F. JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN

# El descubrimiento del mundo

## GEOGRAFÍA Y VIAJEROS EN LA ANTIGUA GRECIA



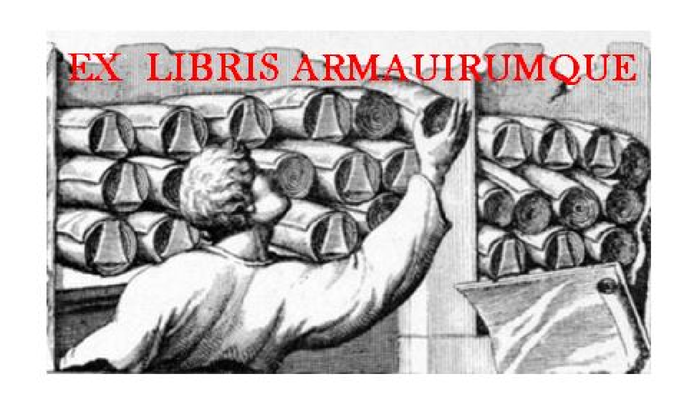
Los griegos nos descubrieron el mundo en todos los sentidos. Tuvieron curiosidad por conocer el mundo exterior que les rodeaba, suplieron con su rica imaginación las enormes lagunas de su conocimiento y dieron unos nombres a las tierras y gentes que han perdurado hasta nosotros. Viajar era toda una aventura, relatar las experiencias vividas parecía tarea más sencilla. La fantasía y la ficción se apoderaron enseguida de todos los relatos y descripciones, pero el avance de los conocimientos geográficos no estuvo siempre en relación directa con la literatura geográfica que aparentemente debía reflejarlos, sino que el mito y la ideología prevalecieron de forma clara sobre la descripción objetiva de la realidad exterior. El público lector al que estas obras iban dirigidas no demandaba un saber de tipo académico, riguroso y objetivo, que tuviera una exacta correspondencia con los progresos conseguidos en el conocimiento de la realidad. Los antiguos mitos continuaron durante largo tiempo campando a sus anchas por esta clase de literatura, a pesar de los descubrimientos más recientes. La fascinación y el misterio envolvían extensas zonas del mundo habitado y todavía era posible encontrar en muchas de ellas recuerdos que testimoniaban el paso de los antiguos héroes. Estas actitudes mentales y esta clase de procedimientos ideológicos y literarios han impregnado nuestra manera de percibir el mundo. Por eso, seguir los pasos de este singular proceso de descubrimiento del mundo por los griegos, que se debatía continuamente entre la realidad y la ficción, constituye una forma de conocernos mejor a nosotros mismos.

***F. Javier Gómez Espelosín,*** *Profesor de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá, es autor de varios libros, entre los que cabe citar Tierras fabulosas de la Antigüedad* (1995), *La imagen de España en la Antigüedad* (1995), *Relatos de viaje de la literatura griega antigua* (1996), *Egiptomanía* (1997), *Alejandro Magno, de la historia al mito* (1997), así como una *Introducción a la Grecia antigua* (1998).

F. JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN

# EL DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO

## GEOGRAFÍA Y VIAJEROS EN LA ANTIGUA GRECIA






Maqueta: RAG




Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-0952-8
Depósito legal: M. 163-2000
Impreso en MaterPrint, S. L.
Colmenar Viejo (Madrid)

# PRESENTACIÓN

El presente libro no pretende ser en modo alguno una historia de la geografía griega en sus diferentes corrientes de pensamiento desde los primeros tiempos de las concepciones arcaicas de la épica hasta los sistemas de representación cartográfica más sofisticados que se inician con Eratóstenes y concluyen con Claudio Tolomeo. Sobre el tema contamos ya con algunos valiosos manuales que aunque no han sido traducidos hasta el día de hoy a nuestra lengua se encuentran fácilmente al alcance de los interesados en el tema. Nuestro objetivo es más modesto y quizá en algún sentido también algo más ambicioso. A lo largo de las páginas que siguen hemos tratado de definir las diferentes etapas del proceso histórico que condujo a los griegos al descubrimiento del mundo a través de los viajes y de la literatura geográfica que reflejaba y narraba esta clase de experiencias. Un proceso que les llevó a tomar conciencia de la existencia de otras realidades ajenas al entorno más familiar e inmediato, a sentir curiosidad por conocerlas, a experimentar sobre el descubrimiento sensaciones que a veces eran contradictorias, y sobre a todo a difundir y propagar estas informaciones a un público expectante cuya única ventana al mundo eran precisamente este tipo de relatos.

El viaje fue sin duda el elemento fundamental en todo este proceso. Viajar significaba la posibilidad de conocer el mundo y la oportunidad posterior de dar a conocer a los demás sus resultados. Viajar era una experiencia penosa y difícil que suponía un enorme prestigio para quien la culminaba con éxito. El *status* heroico del viajero perduró a través de los siglos, desde los primeros relatos épicos hasta sus más lejanos herederos, los protagonistas de los relatos de ficción de la época helenística e imperial. Sin embargo, no todos los que viajaban lo hacían impulsados por el puro deseo de conocer otras tierras y

otras gentes. Desde tiempos inmemoriales hubo individuos arriesgados a los que movía el deseo de conseguir productos preciosos que se encontraban por lo general en regiones remotas. Gentes cuyo principal objetivo era traficar con dichos productos y obtener a cambio cuantiosos beneficios o servir los intereses de un príncipe o de unos nobles que demandaban su consumo. Sus noticias, aunque no siempre eran de fiar, significaron una de las principales fuentes de información a la hora de conocer las tierras y países que conformaban el mundo exterior. Todos los autores las utilizaron en mayor o menor medida, seguramente incluso aquellos que como Polibio y más tarde Estrabón pretendieron sustituir esta clase de testimonios por sus propias observaciones más seguras y fiables, tratando de establecer unos parámetros de veracidad científica que no satisfacían precisamente las noticias que propagaban los comerciantes.

Hubo ciertamente individuos que tuvieron la oportunidad de viajar por sus propios medios y recorrer en persona diferentes países. Desconocemos los detalles puntuales de sus viajes y su forma concreta de financiación salvo en casos muy contados, como el de los exploradores reales enviados por los persas como Escílax de Carianda, o por el gran Alejandro y sus sucesores, como Nearco y Megástenes, o el del ya citado Polibio, que viajaba acompañando a su dueño y protector, Escipión Emiliano, cuando iba al mando de las legiones romanas en sus campañas por la península ibérica y el norte de África. Es muy probable que muchos de estos viajeros recurrieran en ocasiones a las caravanas de comerciantes que discurrían a lo largo de rutas ya bien trazadas con el paso del tiempo como única forma viable o más segura de evitar los problemas y sobresaltos ya de por sí habituales que implicaba la aventura de viajar. Éste pudo haber sido el caso de Heródoto en sus viajes por Asia y Egipto, o el de Piteas en sus navegaciones por las costas de Bretaña y los mares del norte. La ausencia casi total de toda clase de infraestructuras y los numerosos peligros de todas clases que acechaban al viajero por doquier no constituían precisamente un aliciente destacado para emprender la ruta si no se contaba con algún tipo de protección o garantía que redujera de forma considerable tales inconvenientes.

El viaje no aseguraba sin embargo la objetividad del autor ni garantizaba la veracidad de sus informaciones. Cada individuo llevaba consigo sus propios prejuicios culturales que condicionaban seriamente su percepción directa de la realidad y le obligaban a realizar sus observaciones desde un punto de vista parcial. No existían tampoco parámetros generales científicamente probados que permitieran acoger todas las informaciones obtenidas en el transcurso del viaje y situarlas en su lugar correspondiente dentro de los mismos. La imagen que se tenía del mundo era en el mejor de los casos un rudimen-

tario esquema que procedía en esencia de las viejas especulaciones míticas. Un mundo con forma circular rodeado por todos sus lados por el río Océano que conservaba casi intactas sus antiguas cualidades de divinidad primordial y daba forma por tanto a una periferia difusa y misteriosa compuesta por países fabulosos que poseían una naturaleza excepcional y estaban habitados por seres de formas extrañas. Un universo en suma previsible y definido en el que el afán por el conocimiento apenas ponía en riesgo la seguridad y consistencia de sus esquemas previos. No interesaba tanto contemplar el mundo con ojos nuevos siempre dispuestos a modificar nuestra visión de las cosas como valorarlo en función de lo ya conocido y establecer con todo lo nuevo puentes de comunicación que pasaban inevitablemente por el exotismo y la extravagancia o por la rememoración de los antiguos territorios del mito.

Con todas estas limitaciones objetivas y subjetivas, para descubrir y conocer el mundo a veces, quizá lo más frecuente, no era siquiera necesario emprender el viaje. Bastaba con realizar un recorrido libresco a través de los viejos tratados en forma de periplos o periegeseis que se acumulaban en bibliotecas como la del Liceo de Atenas y más tarde en la de Alejandría, de echar mano de las informaciones ajenas que en un mundo cada vez más relacionado llegaban por vía oral a casi todas partes o, si se tenía la oportunidad, bucear en los secos informes oficiales de exploración depositados en los archivos y cancillerías reales. Se viajaba entonces sólo en espíritu, a través de los ojos de otros pero con la intención de dar consistencia y forma a todas estas deslabazadas informaciones que por sí solas constituían tan sólo retazos puntuales e imprecisos de un mosaico mucho mayor cuyas respectivas teselas iban recomponiendo con cuidado e ingenio los nuevos geógrafos de gabinete. Ésta fue entre otras la labor que llevó a cabo Eratóstenes a la hora de componer su descripción del mundo sin moverse seguramente mucho más allá de los límites del recinto alejandrino del que fue por un tiempo director.

Sin embargo, no siempre se componían estos tratados de descripción general con la idea honesta de ofrecer una visión global del mundo dentro de un esquema cartográfico que limitara al máximo las inexactitudes y falacias propias de los viajeros reales. En muchos casos era pura y simple literatura que utilizaba el argumento del viaje para dar consistencia a su historia y dotarla además de todas las apariencias de veracidad posibles. Se trataba simplemente de ofrecer al lector la ilusión de viajar de la mejor manera posible, mediante el uso de su imaginación, a través de espacios abiertos e ilimitados capaces de albergar toda clase de maravillas aunque sin olvidarse nunca de los parámetros míticos que regían la representación del mundo en sus lectores y alentaban por tanto sus horizontes de expectativa. Existía

sin duda el puro placer de fabular, de construir historias asombrosas que fascinaban y cautivaban a un sorprendido auditorio, a la manera de los feacios que escuchaban anonadados las aventuras de Odiseo, según nos recuerda Luciano con cierta ironía, pero existía también a la par el deseo de hacerlas pasar por verdaderas, de solicitar la confianza y complicidad del público mediante todo tipo de argucias y estratagemas. El viaje era sin duda la clave de todo este proceso en el que existía una lucha dialéctica continua entre la realidad y la ficción. No era sólo cuestión de contar una historia, había también que saber dotarla de todos los ingredientes necesarios que garantizasen su verosimilitud y su aceptación como un hecho real por parte de un público cada vez más escamado ante este tipo de relatos.

Era no obstante la única vía para descubrir el mundo con que contaba la mayoría de los hombres. Eran muy pocos los que podían participar directamente en la experiencia fascinante del descubrimiento real que implicaba todo tipo de problemas e inconvenientes. La mayoría debía contentarse con escuchar o leer esta clase de historias, de forma más crédula o crítica, por el afán de conocer o con el simple deseo de divertirse unos momentos con el ingenio y la fantasía de sus autores, con la mayor o menor conciencia de estar participando en un juego literario del que se conocían bien las reglas, con la preocupación de aprender un poco más sobre sí mismos al verse reflejados en espejo ajeno o con la simple curiosidad por las costumbres exóticas de los otros, con la esperanza de recrear unos paisajes de ensueño que sólo se imaginaban en los recintos del mito o de sentir la nostalgia de los paraísos perdidos, pero todos con el firme convencimiento de no poder, y seguramente no querer, comprobar por sí mismos ninguna de tales afirmaciones que ciertamente poco podía variar la realidad de sus vidas.

Hemos tratado de seguir los pasos de todo este fascinante proceso a través de las obras de esta clase más representativas que han llegado hasta nosotros, pero no hemos renunciado a la posibilidad de dar también cabida a todas aquellas noticias dispersas que nos hablan de la existencia de una extensa literatura geográfica, de muy diversa calidad e intenciones, que refleja la amplia gama de posibilidades que los lectores antiguos tuvieron en su día a su disposición a la hora de acudir en busca de noticias de este tipo. Hemos reunido aquí sus escuetos testimonios, a veces poco más que un simple nombre, con la intención de ofrecer al lector un recuento lo más completo posible de la amplia y variada gama de estos productos literarios, la mayoría de ellos simples reelaboraciones librescas cuyas conexiones directas con la geografía real que decían transcribir eran en la práctica completamente inexistentes. Hemos explorado las posibilidades de información de que disponían sus autores, los medios que utilizaron para di-

fundirlas, los procedimientos empleados para dar apariencia de veracidad a sus relatos y las especulaciones de todo tipo que iban asociadas a ellos hasta convertir el viaje, que era sin duda el principal de todos los medios para descubrir el mundo, en una simple excusa argumental que contextualizaba y daba cobijo a tales ocurrencias.

Alcalá de Henares
Octubre de 1998

CAPÍTULO 1

# EL ARTE DE VIAJAR

## UNA FORMA DE RELATO POPULAR

Los cuentos de viajes han fascinado siempre a los hombres. Viajar ha sido en todo momento una auténtica aventura digna de ser contada. Trasladarse de un lugar a otro, la noción de «viaje» y todos los términos relacionados con ella, han suscitado invariablemente una cierta excitación, desde los tiempos más remotos de la prehistoria hasta el momento actual en el que se estimula el sentido de aventura de los usuarios de las redes informáticas con el término navegar. La atracción por lo desconocido y lo extraordinario ha ejercido siempre un profundo influjo sobre el ser humano. Durante mucho tiempo, además, el relato de los viajeros, sensacional casi por definición, era la única ventana por la que la mayoría de los hombres podía asomarse a ese mundo desconocido que se abría más allá de su horizonte cotidiano. La infinita monotonía de la vida diaria incitaba a escuchar con verdadero placer estas historias inusuales en las que abundaban las maravillas y curiosidades.

En ese espacio diferente, situado allende el mar o al otro lado de las montañas y bosques que cerraban la perspectiva geográfica más inmediata, todo resultaba posible, incluso las cosas más extravagantes. Todo era distinto a lo habitual, el paisaje, las gentes que lo habitaban, la flora y la fauna, e incluso el firmamento que uno podía contemplar con sus ojos. Todo lo que uno podía imaginar y desear se encontraba seguramente oculto en aquellos recónditos parajes. Sin embargo, quizá albergaban también las más terribles pesadillas que merodean insistentemente por el espíritu humano, dando así cabida a toda clase de terrores y monstruosidades. Se trataba, en definitiva, de un verdadero campo abierto a entera disposición de los narradores donde se había

neutralizado por completo cualquier distinción entre lo real y lo imaginario. Las oportunidades eran muchas, sólo era cuestión de saber aprovecharlas de la manera adecuada.

Viajar implica siempre un cambio. Dejar a un lado, aunque sea por unos momentos, todas las frustraciones que genera una vida que se halla acosada de continuo por la precariedad, el paso del tiempo, las enfermedades o la muerte. Por delante siempre la aventura, la secreta esperanza de que las cosas sean de otro modo y se abran nuevas luces que den lustre y brillo a una existencia vulgar. Quizá existen todavía, ocultas en alguna parte, las condiciones ideales de otros tiempos lejanos cuando los hombres eran felices y su vida transcurría en medio de la abundancia y la armonía. Esta nostalgia de algo distinto y mejor, de esa mítica edad de oro, nunca ha abandonado del todo la mente del hombre. Ni siquiera en la actualidad, donde tales paraísos figuran en los catálogos de las agencias y tienen un coste determinado.

Sin embargo, las condiciones de rapidez y confort del viaje actual poco o nada tienen que ver con las del mundo antiguo. Las penalidades eran casi infinitas, había inconvenientes de todas clases y era preciso afrontar riesgos casi continuos. La posibilidad de fracaso pendía amenazadora en todo momento sobre el viajero. El retorno era incierto y a veces además decepcionante. ¿Qué quedaba, por tanto, de tan singular aventura? ¿Qué lectura positiva se podía extraer de semejante experiencia? ¿Cómo afrontar el reencuentro con los demás de una manera digna que paliase todas las expectativas malogradas? La única forma de salir airoso de esta situación era convertir por medio del relato una experiencia tediosa y frustrante en una aventura singular, repleta de peripecias de todas clases. Una historia embellecida que permitiera a su autor liberarse de todas las fatigas e infortunios reales. Era la única compensación que muchos encontraban a sus viajes tal y como señala atinadamente Plutarco:

> «... a los que han recorrido mundo y navegado les agrada mucho que se les pregunte, y hablan apasionadamente de una región alejada, de un mar extraño, de costumbres y leyes bárbaras y describen golfos y lugares, por estimar que en esto encuentran cierta gratificación y consuelo a sus fatigas... y esta clase de enfermedad se produce sobre todo en la gente de mar»[1].

La posición del narrador era además privilegiada. Podía modelar a su antojo un espacio completamente imaginario que se hallaba bajo su

---

[1] *Mor.*, 630 B. Algo parecido es lo que afirmaba Pascal cuando condenaba como curiosidad el relato de un viaje que en su opinión era sólo el resultado de la vanidad ya que nadie viajaría por mar por el único placer de ver sin la esperanza de poder comunicarlo luego a su regreso (citado por F. HARTOG en *Mémoire d'Ulysse. Récits sur la frontière en Grèce ancienne*, París, 1996, p. 25).

control. Su auditorio no tenía posibilidad de ejercer una mínima función reguladora ya que apenas existían referentes de ninguna clase ni nadie tenía la intención de acudir a comprobar *in situ* sus afirmaciones. Podía, por tanto, exagerar las acciones más rutinarias, sobredimensionar las distancias de la ruta, convertir en regla lo que sólo había sido excepción, elegir los antagonistas más convenientes, y recurrir a la fantasía siempre que lo creyera necesario. Tan sólo se le exigía como contrapartida una cierta coherencia interna[2] y que no se alejara demasiado de los límites de un contexto veraz que permitiera aceptar los hechos con una dosis de buena voluntad no siempre exenta de recelo y desconfianza.

El relato de viaje gozó de una enorme popularidad a lo largo de toda la Antigüedad. Fue sin duda uno de los elementos constitutivos de los principales géneros literarios como la épica, la historia o la novela. Se convirtió además en el procedimiento narrativo más adecuado para manifestaciones literarias como los relatos utópicos que se impusieron con fuerza a partir del período helenístico. Sus informaciones sirvieron de base a las especulaciones geográficas y con ellas se elaboraron las numerosas descripciones del mundo habitado. Constituyó por último un auténtico vivero de noticias asombrosas del que se aprovecharon géneros marginales como la paradoxografía o los compendios de *mirabilia*.

Desgraciadamente son muy pocos los textos de este género que han llegado hasta nosotros. La mayoría de sus autores no son otra cosa que una serie de nombres dispersos que aparecen mencionados esporádicamente en la *Geografía* de Estrabón o en obras de carácter más heterogéneo como las de Ateneo o del enciclopedista latino Plinio el Viejo. Sin embargo, la vitalidad de esta literatura fue considerable si tenemos en cuenta que todavía en pleno siglo II d.C., Aulo Gelio pudo encontrar en un mercado de Brindisi, y a un precio asequible, las obras de escritores como Aristeas, Isígono, Ctesias, Onesícrito, Filostéfano y Hegesias[3]. En palabras de este autor, latino se trataba de *scriptores ueteres non paruae auctoritatis* (antiguos escritores de reconocido prestigio) que por lo que parece todavía disfrutaban por entonces de una reconocida popularidad. Otro testimonio significativo de la buena acogida que los lectores antiguos dispensaron a esta clase de obras son las críticas acerbas que lanzaron contra el género quienes en alguna medida competían con él, como era el caso de historiadores y geógrafos. Esta tendencia a desacreditar a los autores de relatos de viaje la encontramos ya en Heródoto, cuando manifiesta su desconfianza y sus

---

[2] Este principio se aplicaba incluso a lo increíble; cfr. Luciano, *Hermótimo*, 74.

[3] Aulo Gelio, *N.A.*, IX, 4, 5. Sobre los que han escrito sobre la India véase la crítica de Estrabón, II, 9, 1 (C 70).

dudas hacia esta clase de historias[4]. También Polibio demostró cierto desprecio y desinterés por este tipo de composiciones que atribuía a poetas, mitógrafos, navegantes individuales y comerciantes[5]. Estrabón, por su parte, mostró gran interés en desprestigiar un tipo de literatura que empañaba con sus mentiras y su trivialidad las verdades geográficas que contenían los poemas homéricos[6].

Sin embargo, estos relatos sobrevivieron en buena parte a sus críticos. Así la imagen tradicional de la India en la literatura griega es la que forjó Ctesias de Cnido, autor de una obra sobre el país en la que predominaban al parecer los elementos fantásticos, a comienzos del siglo IV a.C. A pesar de las críticas que recibió, empezando por el mismísimo Aristóteles, tachándolo de mentiroso contumaz[7], fue su imagen de la India la que se impuso como modelo que el resto de los autores posteriores se limitaron a corregir o enmendar[8]. Nadie se atrevió a corregirla de manera radical a pesar de que autores como Onesícrito y Nearco, historiadores de Alejandro, o el embajador seléucida Megástenes viajaron en persona hasta la India y se hallaban, por tanto, en inmejorables condiciones para desenmascarar sus patrañas y fantasías. Optaron, por el contrario, por intensificar todavía más algunos de sus elementos fabulosos y aunque corrigieron ciertamente otros, en definitiva colaboraron de forma activa a mantener y difundir la imagen fantástica de aquellos confines orientales del orbe.

Pero quizá la prueba definitiva de la popularidad de que disfrutaban los relatos de viajes hasta al menos bien entrada la época imperial la tenemos en las críticas de Luciano, un autor que estaba siempre atento a todas las cuestiones de mayor actualidad. Luciano llevó a cabo una ingeniosa parodia del género en su obra *Relatos verídicos*, cuya finalidad expresa no era otra, según confiesa el propio autor, que la de ensartar una serie de mentiras sobre viajes a ninguna parte que nunca había realizado. Criticaba así las pretensiones de veracidad de

---

[4] Véase al respecto el juicio crítico que le merecen algunas de las informaciones griegas sobre Egipto, II, 2, o sobre los confines occidentales de Europa, III, 115-116, o sobre las regiones más remotas de Escitia, IV, 25. Resulta igualmente significativa la afirmación de Heródoto al justificar la elección de Escílax de Carianda por parte del rey persa Darío, para efectuar una exploración de las costas del Índico. Según nuestro historiador, Darío buscaba «exploradores que le merecieran garantías de que le iban a decir la verdad», IV, 44.

[5] Pol. IV, 40 (poetas y mitógrafos); IV, 42, 6 (embustes y fantasías de los navegantes); IV, 39, 11 (desprecio hacia las narraciones de los comerciantes).

[6] Str. I, 2, 22 y II, 3, 4-5. En general sobre esta desconfianza, cfr. J. S. ROMM, *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton, 1992, pp. 172-202.

[7] Al respecto, K. KARTTUNEN, «The Indica of Ctesias and its criticism», en U. P. Arora, ed., *Graeco-Indica. India's Cultural contacts with the greek world*, Nueva Delhi, 1991, pp. 74-85.

[8] J. ROMM, «Belief and other worlds: Ktesias and the Founding of the Indian Wonders», en G. E. SLUSSER y E. S. Rabkin, eds., *Mindscapes. The geographies of imagined worlds*, Carbondale and Edwardsville, 1989, pp. 121-135.

todos sus predecesores que presentaban como experiencias reales lo que no eran más que simples falacias fruto de su propia inventiva. Sin embargo, Luciano optó por seguir el mismo esquema, aprovechando así en su favor la estela de popularidad de esta clase de literatura. Su obra se presentaba de esta forma como una especie de culminación del género a la manera, *mutatis mutandis*, que hizo más tarde Cervantes con el *Quijote* en su intento de parodia de los libros de caballería.

## EL ARTE DE EMBAUCAR

Según el testimonio del mismo Aulo Gelio, el relato de viajes era un género típicamente griego al que apenas habían contribuido los romanos. De hecho la capacidad de fabulación y el arte de mentir figuraban como prerrogativas típicamente griegas dentro de los estereotipos culturales en vigor que manejaban los romanos[9]. Así lo confirman algunas expresiones muy reveladoras como las de Plinio el Viejo, cuando califica a los relatos mitológicos griegos como *portentosa Graeciae mendacia*, o el satírico Juvenal, cuando se refiere a la *Graecia mendax* para ironizar sobre el relato de los viajes de Ulises[10].

No olvidemos que uno de los principales héroes griegos era nada menos que el taimado Odiseo (*polutropos* «el de muchos recursos» como le califica Homero al inicio de la *Odisea*), cuya principal habilidad consistía precisamente en saber engañar a sus antagonistas mediante historias o estratagemas verosímiles[11]. Su habilidad como narrador estribaba precisamente en su capacidad para presentar como verdades lo que no era otra cosa que simples fabulaciones. Éste era, en opinión de Luciano, el arte supremo de Odiseo, quien citando las palabras del propio poeta nos recuerda que

> «sabía decir muchas mentiras semejantes a verdades»[12].

Esta aparente facilidad para inventar historias suscitó ya una cierta desconfianza incluso entre los propios griegos. Siempre cabía la posibilidad de ser víctima de un engaño de estas características a la hora de escuchar un relato de viaje. Esta actitud se refleja en las palabras

---

[9] Al respecto, E. RAWSON, «The Romans», en K. J. Dover, ed., *Perceptions of the Ancient Greeks*, Oxford, 1992, pp. 1-28.

[10] Plin., *N. H.*, V, 4; Juv. X, 175.

[11] Al respecto, P. WALCOTT, «Odysseus and the Art of Lying», *Anc. Soc.* 8, 1977, pp. 1-19.

[12] S. Reece, «The Cretan Odyssey: A Lie Truer Than Truth», *AJPh*, 115, 1994, pp. 157-173; y H. PARRY, «The Apologus of Odysseus: Lies, All Lies?», *Phoenix*, 48, 1994, pp. 1-20. y S. RICHARDSON, «Truth in the Tales of the Odyssey», *Mnemosyne*, 49, 4, 1996, pp. 393-402.

con las que el rey Alcínoo anima a Odiseo a proseguir su relato, después de haber corroborado que no se trataba de uno más de los muchos fabuladores que pululaban por todas partes.

> «Odiseo, al mirarte de ningún modo sospechamos que seas impostor y mentiroso como muchos hombres dispersos por todas partes, a quienes alimenta la negra tierra, ensambladores de tales embustes que nadie podría comprobarlos.»

Esta capacidad de mentir de forma verosímil se hallaba casi por definición en la propia naturaleza de la poesía. Los propios poetas eran bien conscientes de esta situación tal y como revelan algunas de sus afirmaciones. Así, Solón afirma en uno de sus poemas

> «mucho mienten los aedos»

y, más adelante, Píndaro se muestra también consciente del papel determinante que desempeñaba la ficción dentro de las leyendas griegas:

> «Hay sin duda muchas maravillas, mas también las palabras de los hombres rebasan a veces la verdad; embellecidas con mentiras variadas, engañan por completo las leyendas»[13].

> «Pues por encima de ficciones y artificio de altos vuelos hay algo solemne, mas la poesía engaña con historias seductoras»[14].

Esta desconfianza creciente acerca de la veracidad del contenido de la poesía condujo más tarde a posturas extremas como la de Platón, que pretendía expulsar de su ciudad ideal a los poetas, o a actitudes prudentes y cuidadosas a la hora de captar la verdad existente en sus historias como las que reflejan los consejos de Plutarco[15].

Sin embargo, fueron los relatos de viaje los que desarrollaron de manera más efectiva la capacidad de seducir al auditorio mediante determinadas estrategias narrativas que daban apariencia de veracidad al relato. La gama era muy variada. Existía la apelación al testimonio personal –la célebre *autopsia* de los historiadores griegos– que se veía reforzada a veces con la mención de detalles específicos o con una apabullante exhibición de nombres propios, cuya finalidad era dar la apariencia de un conocimiento real basado en la propia experiencia[16].

---

[13] *Ol.* I, 27-29.

[14] *Nem.* VII, 23.

[15] Plut., *Mor.*, 17 D. Sobre la actitud de Platón acerca de la poesía, E. HAVELOCK, *Cultura orale e civilta della scrittura*, Bari, 1983 (Cambridge Mass., 1963), pp. 11-22.

[16] Sobre la *autopsía*, G. NENCI, «Il motivo della autopsia nella storiografia greca», *SCO*, 3, 1955, pp. 22-46, y G. SCHEPENS, *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du v siècle avant J.-C.*, Bruselas, 1980.

En otras ocasiones se transfería la responsabilidad del relato a otras instancias como autores anteriores poco conocidos o los indígenas de la región. Incluso a veces se elaboraban procedimientos mucho más sutiles como atribuir la historia contada a un antiguo manuscrito, ahora redescubierto, o a una obra en lengua no griega a la que se accedía mediante su traducción[17]. En muchas ocasiones se hacía muestra de un cierto talante crítico hacia algunas de las informaciones transmitidas, de forma que esta aparente actitud de rechazo validara por contraste el resto de las noticias que se admitían en el relato con mayor facilidad. O, ya en el colmo del cinismo, se llegaba a advertir al lector del trabajo de selección cuidadosa que el autor había efectuado previamente eliminando del relato todas las noticias increíbles, como parece que hizo Ctesias de Cnido[18].

Esta clase de relatos proporcionaban al público la ilusión de viajar, de tomar parte, al menos con su imaginación, en esa aventura excepcional y arriesgada que parecía en principio reservada tan sólo a los dioses y los héroes. La mente viajaba a través de la poderosa evocación que suscitaba la sola mención de aquellos nombres exóticos que iban apareciendo en el curso de la narración, de las referencias míticas que marcaban el itinerario, o por los cada vez más frecuentes lugares comunes que empezaban a constituir poco a poco un auténtico repertorio dentro de esta clase de relatos. Los confines del orbe, con todo su elenco inagotable de maravillas, rarezas y excentricidades, se ponía al alcance de todos de una forma aséptica, cómoda, segura y gratificante. No era necesario afrontar los riesgos y peligros del trayecto, ni soportar el tedio de las jornadas en ruta, ni demostrar el valor o la astucia necesarios para salir airoso de las situaciones complicadas. Sólo había que dejarse llevar por la imaginación a través de las palabras encadenadas de un relato fascinante.

## La imagen del mundo

En el mundo griego no existieron mapas que permitieran visualizar el conjunto del trayecto o la situación relativa de los puntos de destino y partida. La concepción hodológica del espacio que tenían los antiguos, es decir, la primacía absoluta de la relación lineal entre un punto y otro sin atender a la verdadera situación que uno y otro guardaban entre sí en la realidad, condicionó ciertamente la experiencia

---

[17] Véanse al respecto nuestras consideraciones sobre el periplo de Hanón en el capítulo correspondiente.

[18] Sobre las estrategias de veracidad de Ctesias en particular, F. J. Gómez Espelosín, «Estrategias de veracidad en Ctesias de Cnido», *Polis*, 6, 1994, pp. 143-168.

del viaje[19]. Esta forma de ver las cosas dio lugar a importantes distorsiones de la realidad ya que la ruta no siempre se realizaba siguiendo una dirección recta y por el trayecto más corto, sino que primaban otra clase de consideraciones como la comodidad del camino o las exigencias de seguridad. Por tierra se conocían algunas distancias de las rutas más frecuentadas y por mar se disponía de unas rudimentarias guías de navegación denominadas *periplos,* que suministraban una serie de indicaciones prácticas como las distancias aproximadas entre un punto y otro de la ruta, siguiendo siempre la línea costera, los puertos más seguros o los accidentes geográficos más emblemáticos que podían llamar la atención del marino y guiarle a lo largo del trayecto[20].

La única imagen del mundo ordenada y sistemática la proporcionaban las concepciones míticas que describían la tierra con la forma de un disco cilíndrico rodeado por las aguas del Océano, o, en el mejor de los casos, unos escuetos diseños esquemáticos que situaban sobre los cuatro puntos cardinales algunas de las referencias mejor conocidas[21]. Pero no existía ninguna visión de conjunto que pudiera servir de orientación al viajero, ni siquiera de los territorios limítrofes inmediatos al lugar donde uno habitaba. Esta imagen difusa del mundo circundante provocaba distorsiones considerables en la percepción de la realidad. Por ejemplo, las cadenas montañosas que separaban unas regiones de otras inspiraban una exagerada sensación de distancia que no se correspondía con la realidad. Así, Edipo, cuando se entera en Corinto de su terrible destino, trata de alejarse lo más posible de su supuesta patria para escapar del hado marchándose lo más lejos posible, y acaba en Tebas (!). Incluso regiones aparentemente próximas y familiares como Jonia presentaban también sus dificultades en este sentido. Sabemos así por Heródoto que un contingente de rebeldes jonios que habían llegado a Éfeso precisaron la asistencia de guías locales para que les condujeran a través de su territorio hasta la ciudad de Sardes, que era el objetivo final de su campaña, a pesar de la reducida distancia que existe entre una ciudad y otra[22].

Esta percepción distorsionada de la realidad geográfica que convertía en un conjunto indefinido los territorios que se extendían más allá del horizonte familiar permitió la creación de espacios míticos en pleno

---

[19] Sobre este concepto y su importancia, P. Janni, *La mappa e il Periplo*, Roma, 1984.

[20] Véase al respecto el artículo correspondiente de la Pauly Wisowa, s.v. «Periplus», obra de F. Gisinger, *RE*, XIX, 1937, cols. 841-850, y el libro de R. Gungerich, *Die Küstenbesschreibung in die griechischer Literatur*, Münster, 1950.

[21] Sobre la cartografía antigua en general, O. A. W. Dilke, *Greek and Roman maps*, Londres, 1985. Sobre la problemática concerniente pueden verse los numerosos trabajos que Ch. Jacob ha dedicado al tema. Recientemente, «Disegnare la terra», en S. Settis, ed., *I Greci, Storia, cultura, arte, societa*, vol. I, *Noi e I Greci*, Turín, 1996, pp. 901-953.

[22] Hdt., V, 100.

corazón de la Hélade. Regiones indiscutiblemente griegas como Arcadia, Beocia, Tesalia o la Magna Grecia fueron el escenario apropiado para situar en ellas paisajes idílicos y misteriosos donde acontecían toda clase de fenómenos extraordinarios. Resulta ciertamente ilustrativa a este respecto la frecuencia con que aparecen mencionadas dichas regiones en los fragmentos de los autores del género paradoxográfico, cuya finalidad era dar cuenta de todo tipo de rarezas y curiosidades.

El mar también suscitaba este tipo de falsas impresiones, que se veían a veces intensificadas por la urgencia de los sentimientos. Así, la corta distancia que separa la isla de Lesbos de la costa de Asia Menor se transformaba para Safo en «un vasto mar» en el momento de recordar con nostalgia la ausencia de una muchacha amada[23]. Esta misma sensación acerca del mar como un espacio exterior poco definido y dominado le encontramos en otro pasaje de Heródoto cuando se refiere al recelo de los griegos a marchar más allá de la isla de Delos

> «pues toda la zona que quedaba más al este les infundía pavor, ya que no conocían aquellos parajes y creían que se hallaban atestados de soldados enemigos; es más, en su fuero interno consideraban que Samos se encontraba tan lejos como las Columnas de Heracles»[24].

Esta percepción distorsionada afectaba incluso a mares tan cercanos como el Adriático y el mar Negro, que se hallaban fuera del ámbito más familiar e inmediato, convirtiéndolos así en espacios imaginarios capaces de albergar en sus contornos parajes misteriosos o islas maravillosas. Así, en el Adríatico se situaban las islas del Ámbar (Electrides) y la isla de Diomedes, y ya en su parte más interior, en las cercanías de la desembocadura del Po, se localizaban algunos paisajes tenebrosos de apariencia infernal. El mar Negro, por su parte, daba cabida a lugares como el monte Aquerusio, también con claras resonancias infernales, la isla de Ares, poblada de aves hostiles, y la isla Blanca[25], por donde merodeaba el fantasma de Aquiles.

Esta falsa percepción afectaba también tanto a sus respectivos tamaños y a las distancias que podían recorrerse entre sus puntos mejor conocidos como a la extensión y magnitud de los territorios que los separaban. Existía así la creencia de que ambos mares se hallaban mucho más próximos entre sí de lo que lo están en la realidad y se creía que existía incluso un lugar intermedio, el monte Delfio, desde cuya cima podían avistarse ambas superficies marinas[26].

---

23 Safo, fr. 98 D.

24 Hdt. VIII, 132, 3.

25 Acerca de estas islas, F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Tierras fabulosas en la Antigüedad*, Alcalá de Henares, 1995, pp. 142-147.

26 Pseudo Aristóteles, *Relatos Maravillosos*, 104.

El mundo exterior constituía una página en blanco en el mapa mental de los viajeros que no siempre se rellenaba de la manera adecuada. Los retazos de una realidad geográfica todavía mal percibida y registrada de forma imprecisa se entremezclaban peligrosamente con las demandas de la fantasía. El desconocimiento de la geografía real se pone de manifiesto en la persistencia de ciertos errores a lo largo de la literatura antigua, algunos de los cuales traspasaron incluso las propias fronteras del mundo antiguo. Recuérdese que Colón pretendía llegar a la India en su idea de que el trayecto por mar significaría un avance importante sobre la ruta terrestre. Algunas de estas falsas percepciones resistieron el paso de los siglos y el consiguiente avance de los conocimientos geográficos. Plinio el Viejo, en plena época imperial, todavía reproduce el viejo error de Heródoto, quinientos años antes, que pretendía poder atravesar Asia Menor en cinco días[27].

Ni siquiera la propia presencia *in situ* servía a veces para corregir este tipo de distorsiones. Julio César mantuvo su impresión errónea acerca de la orientación de Gran Bretaña, cuya cara occidental situaba frente a las costas de España, a pesar de que había estado en la isla y había realizado en ella observaciones sobre la duración del día[28]. Tampoco Tácito corrigió este error a pesar de las informaciones que le había proporcionado su suegro Agrícola, que había sido gobernador de la isla[29]. Algo parecido sucedía con la correcta evaluación de las distancias. Estrabón estimaba que la distancia entre los ríos Elba y Rhin era de tres mil estadios, y Veleyo Patérculo, que había sido legado de Tiberio en Germania, la fijaba en cuatrocientas millas romanas. Sin embargo, ambas evaluaciones casi doblan la cifra real.

Esta imprecisión en la correcta evaluación de los datos se transformaba en ignorancia absoluta cuando se trataba de los confines del orbe. Las regiones más occidentales de Europa fueron completamente desconocidas hasta la conquista de Roma. El propio Heródoto, que escribe a mediados del siglo v a.C., confiesa su ignorancia a este respecto:

> «sobre los límites occidentales de Europa no puedo hablar a ciencia cierta»[30].

Sin embargo, la llegada de las legiones romanas hasta aquellas regiones no sirvió para situar definitivamente estos lugares dentro del

---

27 Hdt., I, 72; II, 34; Plin. *N.H.*, VI, 7.

28 Cesar, *B.G.*, V, 13

29 Tac., *Agr.*, X.

30 Hdt. III, 115. Sobre el desconocimiento de Heródoto de las regiones occidentales de Europa, GÓMEZ ESPELOSÍN, *La imagen de España en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1995, pp. 34 ss.

mapa real y diluir las viejas leyendas que iban asociadas a aquellos parajes en la imaginación colectiva. Cuando los soldados romanos se disponían a cruzar el río Leteo (el Limia) en el norte de la península ibérica creyeron hallarse ante el terrorífico río infernal del mismo nombre y su travesía fue considerada en Roma como una gesta heroica[31]. El peso de la imaginación se dejó sentir también, según Tácito, entre los soldados supervivientes de uno de los desastres sufridos en las costas de Germania que hablaban

> «de cosas maravillosas, de la violencia de las tormentas, de aves inauditas, de monstruos marinos, de seres mezcla de animales y hombres, bien porque las habían visto, bien porque habían creído verlas a causa del miedo»[32].

El desconocimiento de las regiones del norte fue también notorio a lo largo de toda la Antigüedad[33]. La imagen de estas latitudes septentrionales apenas experimentó variaciones desde las informaciones fantásticas que presenta Heródoto, extraídas en parte del viaje de Aristeas que pudo haber tenido lugar en algún momento del siglo VII a.C. Los mismos tópicos se fueron repitiendo una y otra vez de manera reiterativa hasta la Antigüedad tardía, reflejando con ello el profundo desconocimiento que existía en el mundo griego, y más tarde también en Roma, acerca de estas regiones desoladas que no prometían demasiado a sus probables conquistadores y sí ofrecían en cambio terribles lecciones sobre las consecuencias de un fracaso en esta tentativa. El persa Ciro había perecido en su campaña contra los masagetas, Darío I sufrió pérdidas considerables en su campaña contra los escitas y ni siquiera el propio Alejandro dirigió sus pasos en aquella dirección.

Sobre los confines meridionales tampoco se tenían demasiadas informaciones. Este estado de incertidumbre queda reflejado en el pasaje herodoteo que narra la colonización de Cirene. Al parecer, los habitantes de la isla de Tera hicieron caso omiso del mandato del oráculo de Delfos de fundar una colonia en Libia

> «pues no sabían en qué parte de la tierra se encontraba y no se atrevían a enviar una colonia a un destino desconocido»[34].

Entre las regiones meridionales del orbe, sólo Egipto resultaba un destino familiar para los griegos. Sin embargo, la mayoría de los que

---

[31] Ep. Ox., 1, 216-217: *Decimus Brutus in Hispania re bene gesta Oblivionis flumen planus transiit.* Cfr. también Str., III, 3, 4; Livio, *Perioch.*, 55; Floro, I, 33, 12; Plutarco, *Quaest. Rom.*, 34, y Apiano, *Iber.*, 72.

[32] Tac., *Ann.* II, 24.

[33] R. CHEVALLIER, «La vision du Nord dans l'Antiquité gréco-romaine, de Pythéas à Tacite», *Latomus*, 43, 1984, pp. 85-96.

[34] Hdt. IV, 150, 4.

viajaron hasta allí apenas rebasaron la zona del delta del Nilo y por lo general no se adentraron más allá de la primera catarata, al menos hasta el período helenístico, cuando ya Egipto se hallaba bajo el gobierno de una dinastía grecomacedonia y se emprendieron expediciones hacia el sur del país con fines comerciales y militares[35].

El mundo oriental era algo mejor conocido ya que los vientos de la historia habían soplado siempre desde aquella dirección. Primero los fenicios y los lidios, y más tarde los persas, habían atraído la atención de los griegos hacia esta parte del orbe. Los contactos fueron constantes y los intercambios frecuentes. Aunque desde muy temprano se tuvieron vagas nociones acerca de la extensión ilimitada de las regiones de oriente, su imagen se construyó sobre todo desde presupuestos míticos e ideológicos que sólo dejaban un leve resquicio a las referencias más precisas de la geografía real[36]. Sin duda fueron muchos los griegos que viajaron hasta el mismísimo corazón del imperio persa, especialmente mercenarios y artistas plásticos que participaron activamente en la construcción de sus grandes palacios[37]. Sin embargo la percepción griega de los persas se basó más en relatos de carácter fabuloso y sensacionalista como la *Historia de Persia* escrita por Ctesias a finales del siglo V a.C., o en estereotipos idealizados carentes de valor histórico como los que presenta Jenofonte en su *Ciropedia,* que en los informes más prosaicos y precisos de los auténticos viajeros.

¿Y qué decir de la India? A mediados del siglo V a.C. era todavía una verdadera *terra incognita,* según podemos apreciar a través de las páginas de Heródoto. Tierra de los confines donde sucedían acontecimientos semilegendarios como las expediciones en busca del oro en lucha con las hormigas gigantes que lo custodiaban. Durante toda la Antigüedad la India continuó siendo una verdadera tierra de las maravillas, caracterizada por un paisaje excepcional donde había lagunas que despedían hacia fuera a quienes se bañaban en sus aguas, poblada

---

[35] Sobre los viajes griegos a Egipto y el conocimiento que se tenía del país, Cl. PRÉAUX, «Les Grecs à la découverte de l'Afrique par l'Egypte», *Chron. Egyp.*, 32, 1957, pp. 284-312, y F. HARTOG, «Les grecs égyptologues», *Annales ESC*, 1986, núm. 5, pp. 953-967. En general, F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN y A. Pérez Largacha, *Egiptomanía. El mito de Egipto de los griegos a nosotros*, Madrid, 1997.

[36] Recientemente sobre este tema, P. GEORGES, *Barbarian Asia and the greek experience*, Baltimore, 1994.

[37] Así sabemos de un tal Teléfanes, Plin. *N.H.*, XXXIV, 68, quien según la opinión de COOK en *Greeks in Ionia and the East*, Londres, 1962, habría sido el gran maestro de los frisos de Persépolis. En las tablillas de pago de Persépolis aparecen nombres griegos, y según sabemos por la inscripción de construcción de Darío, los jonios transportaban y realizaban los revestimientos en piedra. Cfr. G. GOOSENS, «Artistes et artisans grecs en Perse sous les Achéménides», *La Nouvelle Clio*, I-II, 1949-1950, pp. 32-44. En general, G. M. A. RICHTER, «Greeks in Persia», *AJA*, 50, 1946, pp. 15-30, y J. ELAYI, «La présence grecque dans les cités phéniciennes sous l'empire perse achéménide», *REG*, 105, 1992, pp. 305-327.

de seres fantásticos como los cabeza de perro o los pigmeos, y repleta de bestias pavorosas como la marticora o serpientes gigantescas, y de plantas inusuales como un árbol que poseía propiedades magnéticas. Como ya se ha dicho antes, nadie hizo nada por cambiar la visión de las cosas y esta imagen fabulosa de la India se difundió a través de los siglos hasta épocas posteriores, como puede apreciarse en las páginas de Plinio el Viejo o de autores más tardíos como Filóstrato o Solino[38].

Una imagen del mundo, en suma, compuesta a base de retazos indefinidos y con unos contornos difusos que se perdían en la oscuridad y el misterio de unos confines inalcanzables. Una situación que todavía Plutarco describe como tal en plena época imperial

> «... en los mapas, los historiadores, relegando a las partes más extremas de sus tablillas cuanto escapa a su conocimiento, escriben a modo de excusa acotaciones como "lo de más allá dunas áridas y plagadas de fieras" o "sombrío pantano" o "hielo de Escitia" o "mar helado"...»[39].

## Las condiciones del viaje

La experiencia de viajar se ha convertido hoy en día en uno más de esos quehaceres cotidianos desprovistos de todo encanto que en determinadas fechas del año se pone en marcha casi de manera automática. En la Antigüedad las cosas eran de otro modo. Viajar constituía toda una experiencia extraordinaria, una verdadera aventura a la que rodeaban todo tipo de riesgos y complicaciones desde el preciso instante en que uno se alejaba de los límites de la patria. Desde entonces hasta el momento incierto del retorno al hogar se abrían una serie casi interminable de interrogantes que no siempre encontraban una fácil respuesta.

Las condiciones del viaje no animaban precisamente a emprender la aventura. Por tierra las rutas eran largas y fatigosas, y, por si ello fuera poco, una vez que se traspasaban los límites del propio territorio, uno quedaba ya a merced de los vecinos, por lo general poco amistosos, o de los numerosos bandidos que asolaban todos los caminos[40].

---

[38] En general, M. Mund Dopchie et S. Vanbaelen, «L' Inde dans l'imaginaire grec», *LEC*, 57, 1989, pp. 209-226. J. Filliozat, «La valeur des connaissances gréco-romaines sur l'Inde» *JS*, 1981, pp. 97-135. Sobre la extensión de la tradición fabulosa de la India a otros siglos posteriores, R. Wittkower, «Marvels of the East», *Journal of the Warburg and Courtlaud Institute*, 5, 1942, pp. 159-197.

[39] Plut., *Vit. Thes.*, 1.

[40] Sobre los sentimientos hacia el extranjero, M. F. Baslez, *L'étranger dans la Grèce antique*, París, 1984. Sobre la existencia de bandidos en los caminos, Hdt., I, 41,3. Sobre las condiciones de seguridad que a este respecto reinaban en el imperio persa, véase Jenof., *Anab.*, I, 9,13.

Más allá de los campos colindantes con la propia ciudad uno se adentraba en tierra de nadie (las denominadas *eschatiai* o confines extremos del territorio), un espacio marginal compuesto por bosques y montañas, donde tan sólo habitaban las alimañas y seres míticos como los sátiros y los centauros. No era habitual encontrarse a otros seres humanos en estos parajes. De hecho, Edipo muestra su sorpresa al encontrarse en pleno monte Citerón con un pastor que hacía las veces de mensajero[41].

Apenas existían albergues o posadas en las que los viajeros pudieran guarecerse durante la noche o ponerse a salvo de las inclemencias del tiempo. Sólo los miembros de los clanes aristocráticos encontraban alojamiento con facilidad gracias a la extendida red de relaciones de hospitalidad que tenían establecida por todas partes. En cada ciudad siempre podían hallar una casa estrechamente vinculada a la suya por esta clase de relaciones que eran tan estimadas dentro del código de valores aristocrático[42]. Quienes no pertenecían a este grupo privilegiado de individuos lo tenían bastante más complicado y debían aguantar por fuerza todo tipo de contingencias, desde las inclemencias del tiempo y la falta de provisiones, hasta las enfermedades repentinas o los ataques de las alimañas.

La peculiar orografía griega constituía también un obstáculo a salvar en su ruta por los caminantes más atrevidos. Las cadenas montañosas impedían el tránsito de unas regiones a otras y hacían los caminos tortuosos y difíciles. Heraclides, autor de una guía de Grecia central en el siglo III a.C., se muestra obsesionado con la seguridad de los caminos y el carácter transitable de las rutas. Pausanias, en pleno siglo II d.C., encuentra todavía numerosas dificultades en su deambular a lo largo de la geografía griega como el camino que conducía desde el Peloponeso hasta la ciudad de Creusis en Beocia, que era tortuoso y nada tranquilo[43].

Por mar las condiciones no eran mucho mejores, pero era el medio más habitual debido a las difíciles condiciones del viaje por tierra. La relación de los griegos con el mar era ciertamente ambigua, resultado de una extraña mezcla de atracción y terror. El encuentro con el mar constituyó, en opinión de Albin Lesky, toda una nueva experiencia –el término *thalatta* es prehélenico–, pero los griegos nunca completaron

---

[41] Sobre estos paisajes limítrofes, R. Buxton, *Imaginary Greece. The context of mythology*, Cambridge, 1994, pp. 81 ss.

[42] Recuérdese a tal efecto el encuentro entre Glauco y Diomedes, ambos rivales combatiendo en bandos opuestos, pero huéspedes, que tras reconocerse detienen la lucha para intercambiar regalos y saludos, Hom., *Il.*, VI, 121 ss. Sabemos por ejemplo que un viajero como el filósofo Posidonio se alojaba en casa de su huésped Carmolao, un masaliota, cuando hacía sus viajes, Str. III, 4, 17.

[43] Paus. IX, 32.

del todo el proceso de adaptación a esta nueva realidad en una dinámica de desafío y respuesta a pesar del largo período de aclimatación que siguió a este encuentro inicial[44]. Los griegos denominaban habitualmente al mar *pontos* (el camino o la ruta por excelencia), pero al mismo tiempo lo contemplaban como un espacio estéril y desprovisto de caminos, capaz tanto de proporcionar enormes ganancias como de conducir a la perdición total a todos aquellos que le confiaban sus esperanzas[45]. El mar proporcionaba suficientes motivos de temor y preocupación como las terribles tormentas, la posibilidad de naufragio, la aparición de monstruos marinos, la ausencia de vientos favorables para la navegación, la existencia de corrientes traidoras o de bajíos ocultos, la abrumadora sensación de soledad, la monotonía interminable de las jornadas a bordo, o el peligro casi constante de ser objeto del ataque de los piratas[46].

Por lo general se trataba de una navegación de cabotaje que apenas perdía de vista en su curso la línea de la costa. El Egeo parecía el mar idóneo para ello ya que estaba plagado de islas dispersas que servían de puente entre un continente y otro. Cuando se salía a mar abierto y se perdían de vista las costas y sus accidentes más significativos, la capacidad de orientación quedaba a merced de la contemplación del cielo y del acertado escrutinio de los astros. La falta de instrumentos de precisión convertía toda navegación en una completa aventura, confiados siempre los viajeros en el soplo favorable de los vientos, en el correcto seguimiento de las corrientes marinas, en la destreza del piloto y en la secuencia precisa de algunas de las indicaciones referenciales que proporcionaban las rudimentarias guías de navegación existentes como portulanos y periplos[47].

Toda la literatura griega está repleta de alusiones al mar y de metáforas que hacen referencia a los numerosos riesgos que entrañaba[48]. Homero compara en la *Ilíada* la agitación de la asamblea de los

---

[44] A. LESKY, *Thalatta. Der Weg der Griechen zum Meer*, Nueva York, 1973 (Viena, 1947).

[45] Además del libro ya mencionado de Lesky puede consultarse a este respecto S. VRYONIS Jr., «The Greeks and the Sea: An Introduction», en S. Vryonis, ed., *The Greeks and the Sea*, Nueva York, 1993, pp. 3-21, y el reciente libro de P. JANNI, *Il mare degli antichi*, Bari, 1996.

[46] Sobre la importancia del fenómeno de la piratería, H. A., ORMEROD, *Piracy in the ancient world*, Liverpool, reimpr. 1978. También Y. GARLAN, *Guerre et économie en Grèce ancienne*, París, 1989, pp. 173-201.

[47] Sobre las condiciones de la navegación antigua L. CASSON, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton, 1971; del mismo autor, *The Ancient Mariners*, Princeton, nueva ed. 1991; también son útiles F. MEIJER, *A History of Seafaring in the Classical World*, Nueva York, 1986; O. HÖCKMANN, *La navigazione nel mondo antico*, Milán, 1988 (Múnich, 1985). Desde el punto de vista técnico resulta útil el folleto editado en la colección Shire Archaeology por S. McGrail, *Ancient Boats*, Aylesbury, 1983.

[48] Una buena antología de textos al respecto en el libro de JANNI, *Il mare degli antichi*.

aqueos con las grandes olas que los vientos levantan en el mar[49]. Semónides compara también a la mujer de carácter cambiante, que un día ríe y al otro enloquece, con el mar, a veces inmóvil pero muchas veces «azotado por olas de sordo mugido»[50]. Teognis utiliza el mar como referente en sus admoniciones morales, tanto cuando invita a evitar al hombre vil como se huye de un mal puerto como cuando señala que es preferible arrojarse al mar «poblado de grandes monstruos» con tal de huir de la pobreza[51]. Esta imagen terrible del mar reaparece en Anacreonte cuando en medio de un arrebato pide que se le arroje «al mar impío, hirviente de olas espumantes»[52]. Las referencias a tormentas y naufragios que expresan de manera clara el terror que el mar infundía son constantes en la *Odisea* y en los poetas líricos. No faltan tampoco noticias espeluznantes de catástrofes marinas como la que encontramos en un fragmento de Arquíloco sobre el naufragio de una embajada milesia que se dirigía a Paros en los estrechos que separan esta última isla y Naxos, en la que sólo hubo un superviviente, o la que nos transmite Heródoto sobre la terrible tormenta que diezmó la flota persa cuando se hallaba a la altura del monte Atos causando la pérdida de trescientos barcos y unas veinte mil vidas humanas[53].

Son también muy numerosos los epigramas funerarios en los que se alude de forma expresa a naufragios o se menciona el mar como la causa directa de la muerte del individuo al que los versos estaban dedicados. Se habla del «despiadado mar», de «la funesta navegación», de «la terrible cólera del ponto», de «las lúgubres olas», de «los grandes abismos del piélago egeo», o de un «terrible viaje». Son también muy abundantes los poemas de la *Antología Palatina* en los que se menciona un viaje por mar y se alude a las terribles consecuencias que podía entrañar una aventura de esta clase. Valga como ejemplo el presente:

> «No te confíes viajando en el barco profundo ni grande; el viento triunfa siempre sobre la nave. A Prómaco sola una ráfaga hundió y al abismo marino una ola única lanzó a sus compañeros»[54].

De hecho, son numerosas las divinidades que ejercían su protección sobre los marinos desde deidades mayores como Afrodita y Hermes, este último en su condición de dios de los caminos y las encrucijadas, a otras menores como los dióscuros, Cástor y Pólux, o los

---

[49] *Il.*, II, 142.
[50] Fr. 7 D.
[51] *Elegías*, 113-114 y 173-180.
[52] PMG 347.
[53] Arqu., fr. 192 West; Hdt. VI, 44.
[54] *Anth. Pal.*, VII, 665.

Cabiros, pasando por diversos dioses específicos que habitaban en las profundidades marinas como Anfitrite, Leucotea, Tetis, Glauco e incluso Atlas. Existían igualmente otros seres particulares asociados a los dominios marinos como el anciano del mar que recibía diversas denominaciones tales como Proteo, Nereo o Forcis, que conocía todos los caminos, démones de las olas como los feacios o animales benefactores como el delfín, a los que se imploraba en ocasiones el socorro ante las dificultades. Incluso algunos héroes como Teseo o Heracles recibieron también en algún momento esta clase de advocaciones.

Las condiciones de viaje no mejoraron de forma sensible con el correr de los siglos. Las conquistas romanas favorecieron la seguridad y mejoraron de forma sustancial las comunicaciones por tierra, pero el viaje seguía siendo todavía una empresa dificultosa que muy pocos se atrevían a emprender. En un papiro egipcio perteneciente al célebre Archivo de Zenón se hace mención del viaje complicado que tuvo que realizar el padre de este personaje desde Egipto hasta la ciudad licia de Caunos, donde vivía, en el sur de Asia Menor[55]. A finales del período helenístico el viaje seguía siendo una hazaña digna de renombre. Uno de los méritos destacados que figuraban en la estela conmemorativa que la ciudad de Megalópolis erigió en honor de uno de sus más ilustres ciudadanos, el historiador Polibio, era el hecho de haber recorrido la tierra toda y el mar[56]. De la misma forma, en una larga inscripción de la ciudad de Lámpsaco, al norte de Asia Menor, la ciudad expresa su agradecimiento al ciudadano Hegesias por haber emprendido por su cuenta y riesgo una embajada hasta Marsella con el fin de conseguir la alianza con Roma. Al inicio de la misma se ponen de relieve las penalidades sufridas en el curso de un viaje tan largo y difícil[57].

También la estimación errónea de las distancias podía constituir un freno importante a la hora de emprender un viaje. Para atravesar el mar Negro nos dice Heródoto que se empleaban nueve días y ocho noches en la travesía desde los estrechos hasta su recodo oriental, y tres días y dos noches para atravesarlo desde la costa septentrional a la meridional[58]. Para ir desde la costa de Asia Menor hasta la corte persa, a lo largo de la bien acondicionada ruta real, se empleaban tres meses de camino según nos informa el mismo Heródoto[59]. Dentro de los propios contornos griegos las distancias eran también importantes. El

---

[55] Pap. Lond. 1975. Cfr. Cl. ORRIEUX, *Les papyrus de Zenon*, París, 1983, p. 56.

[56] Paus. VIII, 30, 8.

[57] SIG 591 (traducida al inglés en R. K, SHERK, *Rome and the Greek East to the Death of Augustus*, Cambridge, 1984, pp. 4-7).

[58] Hdt. IV, 86.

[59] Hdt. V, 50.

propio historiador nos da cuenta que se precisaban al menos dos días de marcha para recorrer la distancia que separaba Esparta de Atenas[60] y según Jenofonte era necesario un largo día para cubrir la distancia entre las ciudades de Bizancio y Heraclea Póntica, situadas ambas en las proximidades de los estrechos[61]. El medio de transporte más rápido, la nave, podía recorrer a lo largo de un día completo de sol una distancia media de 178 km. Estas valoraciones revelan la tendencia de los navegantes antiguos a sobrevalorar las distancias y por tanto el tiempo necesario para recorrer un determinado trayecto con independencia de las causas naturales que los condicionaban tales como el estado del tiempo, los vientos o las corrientes marinas.

Sin duda, una serie de problemas que hacían del viaje en la Antigüedad una verdadera aventura y una empresa ciertamente arriesgada. No en vano, en pleno siglo II d.C., el célebre geógrafo Tolomeo resumía los problemas habituales que todavía en su tiempo preocupaban de forma particular a los viajeros: el tiempo, la falta de provisiones, las enfermedades, los bandidos y piratas, los animales, las catástrofes naturales y las picaduras o mordeduras[62]. Razones más que suficientes como para optar por una más segura permanencia en casa y viajar solamente en las cómodas alas de la imaginación.

## Las experiencias del viaje

Estas condiciones adversas propiciaron ya entre los primeros poetas una valoración negativa de la aventura viajera. Ni siquiera un héroe como Odiseo, el héroe viajero por excelencia, se mostraba partidario de ello, tal y como descubre ante su auditorio en el momento previo en que se dispone a evocar sus aventuras delante del rey feacio Alcínoo:

> «No hay nada más dulce que la tierra de uno y de sus padres, por muy rica que sea la casa donde uno habita en tierra extranjera y lejos de los suyos»[63].

Tampoco el poeta Hesíodo parece un ferviente partidario del viaje por mar cuando augura los más negros auspicios a su hermano Perses, que se disponía a emprender esta clase de aventura:

---

[60] Hdt. VI, 120.

[61] Jen., *Anab.*, VI, 4, 2

[62] Ptol., *Tetrab.*, IV, 8. Sobre las dificultades y condiciones del viaje, G. Marasco, *I viaggi nella Grecia antica*, Roma, 1978, pp. 15 ss., y en general L. Casson, *Travel in the Ancient World*, Londres, 1976, y F. J. Gómez Espelosín, *Viajeros de la Antigüedad*, Cuadernos de Historia 16, núm. 218, y recientemente J. M. André y M. F. Baslez, *Voyager dans l'Antiquité*, París, 1993, pp. 483 ss.

[63] *Od.*, IX, 34-36.

«Yo no la apruebo (la navegación), por no ser grata a mi corazón. Hay que cogerla en su momento y difícilmente se puede esquivar la desgracia. Pero, aún entonces, los hombres la practican por su falta de sentido común. ¡Y es que el dinero es la vida para los desgraciados mortales! Pero es terrible morir en medio del oleaje»[64].

En uno de los poemas pertenecientes a la *Colección Teognídea* se expresa también con claridad esta decidida preferencia por la tierra natal por muy buenas que puedan resultar las condiciones del viaje al exterior:

«Sí, yo llegué un día hasta Sicilia, llegué a la tierra de Eubea, sembrada de viñedos, a Esparta, la gloriosa ciudad del Eurotas, poblado de cañas, y todos me acogían amistosamente a mi llegada, pero ninguna alegría daban a mi corazón: hasta tal punto sentí que no había nada más querido que la patria»[65].

Un estado de opinión aparentemente generalizado que desde luego no resultaba propicio para suscitar grandes entusiasmos viajeros. No es de extrañar, por tanto, que en uno de los llamados *Himnos homéricos* encontremos una expresión de corte lapidario que a modo de máxima afirma:

«mejor estar en casa, pues es peligroso lo de puertas para fuera»[66].

Tampoco la práctica de la navegación salía mejor parada de las consideraciones más filosóficas de determinados círculos intelectuales donde se la asociaba con la decadencia moral. En opinión de quienes sostenían esta postura, los pueblos que vivían en medio de una renacida edad de oro como los isedones, descritos por Heródoto a partir del testimonio de Aristeas, desconocían por completo las artes de la navegación[67]. La navegación, lejos por tanto de constituir un motivo de progreso, atraía sobre quienes la practicaban todo tipo de males y desgracias en su desesperada búsqueda de ganancias a través de los mares. Se establecía así la línea divisoria entre aquellos pueblos aparentemente primitivos, pero felices por su forma de vida simple, y los actuales, inmersos completamente en un proceso de decadencia moral[68]. Estas prevenciones hacia la navegación aparecen formuladas precisamente en algunos de los dichos populares que se atribuyen al

---

[64] *Tr.*, 683-687.
[65] *Teog.*, 783-788.
[66] *Hym. Hom. ad Her.*, 36.
[67] El testimonio presente procede sin embargo de Máximo de Tiro, 38, 3.
[68] Al respecto pueden verse las consideraciones de Romm, *The Edges of the Earth*, pp. 74 y 163-171.

escita Anacarsis, un individuo procedente de un pueblo salvaje y primitivo que fue luego considerado como uno de los siete sabios de Grecia. Cuando alguien le preguntaba si eran un número mayor los vivos o los muertos, solía responder:

«A los navegantes, ¿en qué grupo los cuentas?»

o bien cuando se le inquiría acerca de las naves que resultaban más seguras, manifestaba:

«las ancladas en el puerto»[69].

Sin embargo, a pesar de todo este aparente estado de opinión en contra, existían también importantes razones que podían incitar al viaje. El viaje servía para unir más a las personas, como nos dice Homero que sucedió con Telémaco y el hijo de Néstor; o bien para olvidar las penas de amor como reconoce Teócrito; o para introducir en nuestras vidas la sensación de variedad con la que combatir la monotonía cotidiana como afirma Agatárquides; o incluso para descartar la culpabilidad de un acusado en juicio, como alega el orador Antifonte en defensa de su cliente acusado de asesinato, que había superado la prueba al haber realizado un viaje por mar que resultó afortunado[70].

## Los viajeros

Aun así, sólo unos pocos se decidieron a emprender la aventura del viaje, y la mayoría de ellos, salvo contadas excepciones, lo hicieron obligados por la fuerza de las circunstancias o por razones perentorias que no les dejaban otra alternativa. Muchos lo hicieron empujados por una necesidad imperiosa, como el padre de Hesíodo, según nos informa el propio poeta:

> «Así mi padre y también tuyo, gran necio Perses, solía embarcarse en naves necesitado del preciado sustento. Y un día llegó aquí tras un largo viaje por el ponto abandonando la eolia Cime en una negra nave. No huía del bienestar ni de la riqueza o la dicha, sino de la funesta pobreza que Zeus da a los hombres»[71].

---

[69] Ambos dichos se encuentran en Diógenes Laercio, 1, 104. Sobre Anacarsis, C. García Gual, *Los siete sabios (y tres más)*, Madrid, 1989, pp. 137-158, y J. Kindstrand, *Anacharsis: The Legend and the Apothegmata*, Upsala, 1981.

[70] Hom., *Od.*, XV, 199; Teocr., *Id.*, XIV, 58-68; Agatarch., en Focio, 250, 442a; Antiph., *Her.*, V, 81 ss.

[71] Hes., *Tr.*, 633-638.

La huida de la miseria debió figurar también como uno de los principales motivos que impulsaron a muchos a la búsqueda de mejores tierras hacia otras partes del Egeo en el curso de los siglos VII y VI a.C., como los que acompañaron a Arquíloco a la isla de Tasos, donde según el poeta

> «... confluyó la basura de toda Grecia»[72].

En otros fueron decisiones de carácter político las que les condujeron hacia un exilio forzado. En el interior de los diminutos estados griegos existía una incesante pugna por el poder entre diferentes clanes aristocráticos que agrupaban a su alrededor a la mayor parte de la población. En esas condiciones resultaba algo habitual que un número considerable de exiliados pululase de unos lugares a otros casi de manera incesante. Sin duda, la ruptura que tales circunstancias provocaban en la vida de tantos individuos debió alcanzar en muchos casos dimensiones trágicas, como podemos vislumbrar a través de los poemas de Tirteo cuando amenaza a los cobardes con ese terrible destino, o de los sentimientos desesperados que expresa Ovidio en sus *Pónticas*, convirtiéndose en magnífico portavoz de un sentir más generalizado que no encontró el eco apropiado a sus anónimos lamentos.

Dentro también de este tipo de motivaciones imperiosas podemos incluir a todos aquellos que se aventuraron hacia tierras extrañas como mercenarios, poniendo sus armas al servicio de príncipes o reyes extranjeros. Conocemos las peripecias de algunos de ellos como el hermano de Safo, Caraxo, que ejerció su oficio por tierras de Egipto y Oriente, o de un tal Fanes, natural de Halicarnaso, que puso sus armas al servicio del faraón Amasis, así como la presencia de un grupo importante de soldados griegos y carios en el interior de Egipto en plena época arcaica que dejaron constancia de sus andanzas a través de varias inscripciones conmemorativas[73].

Había también quienes se veían obligados a viajar a cuenta de su oficio. Éste era el caso de los emisarios reales y de los heraldos de las

---

[72] Arq. 54 D. Un caso semejante en Teognis, 173-180. Sobre los viajes de colonización, G. PUGLIESE CARRATELLI, «Dalle Odysseiai alle apoikiai», *PP*, 26, 1971, pp. 393-417. F. TROTTA, «Lasciare la madrepatria per fondare una colonia», en G. CAMASSA y S. FASCE, eds., *Idea e realtà del viaggio. Il viaggio nel mondo antico*, Génova, 1991, pp. 37-66. Resulta estimulante para la reconstrucción de los aspectos humanos de la aventura colonial la lectura de las páginas de P. FAURE, *La vie quotidienne des colons grecs de la mer Noire à l'Atlantique au siècle de Pythagore*, París, 1978.

[73] Sobre el hermano de Safo, Hdt., II, 135. Las inscripciones pueden encontrarse en J. M. BERTRAND, *Inscriptions historiques grecques*, París, 1992, núms. 4 y 7. Sobre la proliferación de este fenómeno en época helenística, G. T. GRIFFITH, *The mercenaries of the hellenistic world*, Chicago, 1975 (Cambridge, 1935). En general, Y. GARLAN, *La guerre dans l'Antiquité*, París, 1972, pp. 67-74.

diferentes ciudades, de los atletas, de los adivinos, de los poetas, de los filósofos y legisladores, de los médicos y artesanos, todos ellos miembros activos de una privilegiada minoría que veía requeridos sus servicios por doquier y eran por ello calurosamente recibidos allá donde dirigían sus pasos[74]. Los testimonios procedentes de las inscripciones de Olimpia nos revelan el carácter itinerante de muchas de estas profesiones[75].

Había también, desde luego, comerciantes profesionales que tenían en la navegación su forma de ganarse la vida. Conocemos los nombres de algunos de ellos como el célebre Sóstrato de Egina, que consiguió una riqueza sin parangón con sus actividades comerciales en la región de Etruria, atestiguadas por la información epigráfica procedente de la zona[76]. Algunos de ellos efectuaban transacciones tan curiosas como las de un tal Panionio de Quíos, quien, según el testimonio de Heródoto, adquiría muchachos, los castraba y los llevaba hasta Sardes y Éfeso, donde los vendía a un elevado precio[77]. Conocemos también los nombres de otros individuos que aunque se movieron en un ámbito geográfico más reducido no por ello dejaron de correr los consiguientes riesgos que todo viaje comportaba. Es el caso de un tal Timesio de Clazómenas, de Filipo de Crotona o de Dionisio de Focea, que aparecen mencionados a lo largo de las páginas de las *Historias* de Heródoto[78].

Otros, la inmensa mayoría, no han dejado sus nombres para la posteridad y han quedado en el más completo de los anonimatos. Sin embargo, algunos restos materiales dan testimonio de sus actividades en lugares considerablemente apartados de los centros de producción griegos. Éste debió ser el caso del desconocido artífice de la célebre crátera de Vix, que tuvo que ser transportada casi quinientos kilómetros hacia el interior de la Galia desde la ciudad griega de Masalia, o el del desafortunado comerciante que terminó sus días en el fondo de

---

[74] Numerosos ejemplos en Heródoto, así adivinos en I, 62, 4; II, 49, 2; III, 132, 2; V, 44, 2; VII, 6, 3; VII, 37, 3; IX, 33; IX, 37; IX, 38, 2; IX, 95; sabios de todas clases en I, 24; I, 27; I, 29; I, 67, 5; I, 75, 3; II, 14, 13; II, 49, 2; III, 60, 3; IV, 13; IV, 161, 2; V, 113, 2.

[75] *Cfr.* C. MORGAN, *Athletes and Oracles The Transformation of Olympia and Delphi in the Eighth century B. C.*, Cambridge, 1990, *passim*. Sobre los poetas, M. GUARDUCCI, «Poeti vaganti e conferenzieri dell'eta ellenistica», en *Mem. Acad. Nac. Lincei, Class. Sc. Mor. e Fil.*, serie Vi, vol. II, 1929, pp. 629-665.

[76] Sobre Sóstrato, C. TRONCHETTI, «Una precisazione su Sostrato ed Erodoto, IV, 152», *PP*, 30, 1975, pp. 366-368, y F. DAVID HARVEY, «Sostratos of Aegina», *PP*, 31, 1976, pp. 206-214.

[77] Sobre Panionio, Hdt. VIII, 105. Sobre el comercio en general, A. MELE, *Il comercio greco arcaico. Prexis ed emporie*, Nápoles, 1979 y H. KNORRINGA, *Emporos. Data on trade and trader in Greek Literature from Homer to Aristotle*, Chicago, 1987 (Amsterdam, 1926).

[78] Timesio de Clazómenas en Hdt., I, 168; Filipo de Crotona en Hdt. V, 47; Dionisio el foceo en Hdt. VI, 17.

un río ruso, a más de trescientos kilómetros de distancia de las costas del mar Negro, dentro de una barca cargada con calderos de bronce chapados en oro cuando se dirigía hacia el norte en busca de los suculentos beneficios que debía proporcionarle una clientela compuesta principalmente por los príncipes escitas, y posiblemente también el de tantos otros de los que ni siquiera contamos con un recuerdo material como éstos[79].

Dentro de este grupo deberíamos incluir igualmente a una serie de personajes singulares que se aventuraron hacia mares lejanos en busca de fortuna. Personajes como el célebre Coleo de Samos, que según nos cuenta Heródoto fue el primero que llegó hasta Tartesos, en el extremo occidente del mundo, y el más que enigmático Midácrito, quien, según el testimonio de Plinio, habría sido también el primero que marchó en busca del preciado ámbar hacia unas islas del norte[80]. Dentro de un anonimato colectivo, hay que mencionar también a los foceos, quienes, según el testimonio de Heródoto, fueron los primeros que alcanzaron las costas del lejano occidente, descubriendo de forma sucesiva el Adriático, Tirrenia, las costas de Iberia y el mítico reino de Tartesos[81].

Deberíamos recordar también el caso de los primeros turistas, gentes que viajaban a otros países simplemente por el placer de la contemplación (*theoría*, «contemplación» en griego). Éste fue el caso de muchos que, según Heródoto, con motivo de la campaña de Cambises, acudieron a Egipto con el único objetivo de visitar el país[82]. La *theoría* figuró también incluso entre las razones que impulsaron la expedición ateniense a Sicilia en el curso de la guerra del Peloponeso[83]. El viaje «teórico» era la única forma de viaje admisible para algunos filósofos como Platón[84] y fue, por tanto, también la actividad más propia de sabios, que debían viajar hacia el exterior, habitualmente a Egipto o la India, con el fin de confrontar su sabiduría con la de los sabios de aquellos países. Este tipo de viaje fue el que realizó el poeta Solón, primero a Egipto y más tarde a la corte de Creso en Lidia, según nos informa nuevamente Heródoto:

> «... fueron llegando sucesivamente y por diversas razones a Sardes, que estaba en el cenit de su riqueza, todos los sabios de Grecia que a la sazón

---

[79] Sobre el contexto de la célebre crátera de Vix, B. CUNLIFFE, *Greeks, romans and barbarians. Spheres of interaction*, Londres, 1988, pp. 29-32. Sobre el desafortunado comerciante cuyos restos fueron hallados junto a la localidad ucraniana de Pescanoe, R. ROLLE, *The world of the Scythians*, Berkeley-Los Ángeles (Göttingen, 1980), 1989, p. 92.

[80] Sobre Coleo, Hdt., IV, 152. Sobre Midácrito, Plin., *N.H.*, VII, 197.

[81] Sobre los foceos y sus navegaciones a Iberia, Hdt. I, 163.

[82] Sobre los turistas a Egipto, Hdt. III, 139.

[83] Tuc., VI, 24.

[84] Plat., *Resp.*, 556c.

vivían; y entre ellos Solón, el ateniense, quien, después de haber dictado en Atenas leyes a petición de sus habitantes, se había ausentado de su patria por espacio de diez años, embarcándose so pretexto de ver mundo *(kata theorias),* pero en realidad para no verse obligado a derogar ninguna de las leyes que habían promulgado. ... por esta razón ante todo y con objeto de ver mundo *(theorías)* había abandonado Solón su patria visitando la corte de Amasis en Egipto y, posteriormente, la de Creso en Sardes»[85].

De Tales en adelante, pocos fueron los filósofos griegos a los que no se les atribuyó en la tradición un viaje a Egipto, real en alguno de los casos, ficticio en casi todos los demás. La nómina completa de los viajeros ilustres que desde Grecia arribaron a Egipto con esta finalidad «teórica» de aprender la sabiduría ancestral y sagrada del país del Nilo, aparece recogida en el libro I de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia:

«Los sacerdotes egipcios cuentan en efecto, basándose en los relatos de los libros sagrados que han llegado a su país a lo largo de la antigüedad Orfeo, Museo, Melampo y Dédalo, además el poeta Homero y Licurgo de Esparta, e incluso Solón de Atenas y el filósofo Platón, y que vinieron igualmente Pitágoras de Samos y el matemático Eudoxo, así como Demócrito de Abdera y Enópides de Quíos. Como prueba de su presencia muestran representaciones de algunos de ellos y nombres de lugares y edificios que llevan el nombre de algunos otros; aportan además demostraciones extraídas de la doctrina que fue admirada por cada uno de ellos, demostrando que han traído de Egipto todo lo que les ha hecho dignos de admiración entre los griegos»[86].

Según el geógrafo Estrabón, que se hace eco de una tradición que aparece recogida también por Eliano, también Demócrito viajó extensamente por Asia con el objetivo de entrar en contacto con los caldeos, los magos y los sabios de la India[87]. La India fue también el destino de Pirrón de Élide, hasta donde llegó fascinado por la sabiduría de los filósofos indios[88], o del taumaturgo Apolonio de Tiana, según aparece reflejado en la biografía de este personaje escrita por Filóstrato[89].

Sin embargo, no todo queda confinado al terreno de la ficción literaria o de la convención filosófica. En la ciudad griega de Ai-Khanum,

---

85 Hdt, I, 29.

86 Diod. I, 96, 2-3. Sobre el viaje de los sabios griegos a Egipto, GÓMEZ ESPELOSÍN, «La ruta de los sabios. Tópico y verdad del viaje a Egipto a lo largo de la cultura griega», en L. A. GARCÍA MORENO y A. PÉREZ LARGACHA, eds., *Egipto y el Mediterráneo.* Aegyptiaca Complutensia, IV, Alcalá de Henares, 1997, pp. 163-185.

87 Str. XV, 1, 38, y Ael, *V.H.*, IV, 20.

88 Al respecto, A. M. FRENKIAN, «Der griechische Skeptizismus und die indische Philosophie», *Bibl. Or.*, 3, 1959, pp. 214-249.

89 Al respecto, J. CHARPENTIER, «The Indian Travels of Apollonius of Tyana», *Skrifter utgivna av. k. Humanistika Veteenskaps-samdet i Upsala*, 29, 1934, pp. 6-66.

situada en pleno corazón del actual Afganistán, que floreció en el período helenístico, se han encontrado grabadas en su ágora unas máximas délficas que al parecer fueron copiadas por Clearco de Solos en Delfos y trasladadas más tarde por este mismo personaje hasta los mismos bordes del río Oxo en Asia central[90]. Ése fue también el camino que habría emprendido el filósofo neoplatónico Plotino, quien pretendía llegar hasta Persia y la India siguiendo al ejército de Gordiano con el objeto de conocer sus respectivas filosofías. La derrota sufrida por la armada imperial frustró por completo sus planes[91].

[90] Cfr., L. ROBERT, *CRAI*, 1968, pp. 416-457. Las inscripciones se encuentran en P. BERNARD, *Fouilles d'Ai-Khanoum*, MDAFA, t. XXI, 2 vols., París, 1973, pp. 207-237.

[91] Cfr. O. LACOMBE, «Note sur Plotin et la pensée indienne», *EPHE (Sciences religieuses)*, 1950, pp. 3-17.

# CAPÍTULO 2

# HÉROES VIAJEROS

## EL VIAJE DEL HÉROE

El viaje es una actividad que aparece estrechamente relacionada con la figura del héroe. Como ha señalado el estudioso italiano Angelo Brelich, «il vagare sembra piuttosto fondato nella natura dell'eroe»[1]. Casi todos los héroes griegos se vieron obligados en algún momento de sus vidas a emprender largos viajes que los alejaban de su patria por un tiempo. Se trataba por lo general de un exilio forzado a causa de un crimen involuntario, de la orden de un dios que debía cumplirse de forma irremisible, o como resultado de la locura. Existe incluso un héroe llamado Aletes (el que anda errante) que parece definir con su propio nombre la condición natural heroica. La vida errante de un héroe como Alcmeón, obligado a recorrer todos los confines de la Hélade a causa del asesinato de su madre, las andanzas de Belerofonte, forzado a luchar en su exilio con monstruos como la Quimera o pueblos salvajes como los sólimos o las amazonas, o la incesante huida de Dédalo, que le llevó primero de Atenas a Creta y luego hasta Sicilia, constituyen algunos ejemplos significativos.

El viaje constituía la prueba definitiva dentro de toda la serie de etapas que los héroes debían superar a lo largo de su existencia en su caminio hacia la gloria y la inmortalidad. Sólo ellos estaban capacitados para afrontar con éxito las múltiples dificultades que asediaban al viajero desde su partida, como el encuentro con tormentas pavorosas, bandidos crueles y despiadados, monarcas salvajes que no respetaban las normas elementales de la hospitalidad, monstruos terribles, islas

[1] A. BRELICH, *Gli eroi greci*, Roma, 1958, p. 300. Sobre los héroes griegos en general, J. C. BERMEJO BARRERA en *Los orígenes de la mitología griega*, Madrid, 1996, cap. VI.

maravillosas y encantadas, o personajes fantásticos que en ocasiones auxiliaban al viajero en los momentos más difíciles y a veces lo separaban de su destino reteniéndolo en su morada en contra de su voluntad. Todas estas experiencias resumían los temores atávicos de los viajeros a la hora de adentrarse en las zonas marginales *(eschatiai)* que circundaban el territorio civilizado y ordenado de la *polis.*

La experiencia real de muchas gentes que, sobre todo a lo largo de los siglos VIII y VII a.C., emprendieron la aventura de ultramar en busca de mejores condiciones de vida o caminaron durante largas jornadas en su peregrinaje hacia alguno de los santuarios panhelénicos fue constituyendo, a través de un largo y lento proceso de sedimentación, un amplio repertorio narrativo que se iba maquillando con los resortes habituales del cuento popular[2]. Era tan elevado el listón de todo este cúmulo de aventuras que su protagonismo sólo podían asumirlo personajes excepcionales que contaran además con el apoyo y protección de los dioses. Sólo de esta forma podían adquirir estas historias el carácter universal y paradigmático que requería su completa asunción por parte de la comunidad a la hora de ocupar un lugar destacado en la memoria colectiva. Este procedimiento constituía además una vía de legitimación desde un punto de vista religioso e ideológico para la apropiación de nuevos espacios. Los nuevos colonizadores siempre podían justificar su conducta remitiéndose al modelo previamente establecido por las acciones ancestrales del héroe. Los héroes asumieron de esta forma el protagonismo indiscutido de unas historias ancestrales, compuestas en su origen por los retazos de experiencias y peripecias individuales, que ahora adoptaban una nueva significación general para la experiencia colectiva más reciente[3].

El repertorio de experiencias que la aventura colonial proporcionaba era considerable. Desde los distintos lances que originaba la propia navegación hasta la compleja relación, entonces incipiente, con las poblaciones indígenas que habitaban en los nuevos territorios. Las circustancias particulares de cada caso daban lugar a soluciones bien distintas como el empleo de una cierta astucia para desembarazarse de los pobladores originarios, la consecución de acuerdos matrimoniales con los príncipes o las aristocracias locales, el recurso a la intimidación por las armas, la conclusión de alianzas más o menos duraderas, la comisión de crímenes imperdonables que arrastraban tras de sí rencores atávicos, o el surgimiento de temores y recelos infundados. En suma,

---

[2] En general, G. PUGLIESE CARRATELLI, *art. cit.*

[3] Sobre estos procesos de legitimación ideológica, C. DOUGHERTY, *The poetics of colonization*, Nueva York, 1993 y I. MALKIN, *Myth and territory in the Spartan Mediterranean*, Cambridge, 1994. También D. PLÁCIDO, «Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente», *Gerión*, 7, 1989, pp. 41-51.

toda una escala de experiencias que se tradujeron de inmediato en acontecimientos de carácter legendario atribuidos a los primeros fundadores de los nuevos establecimientos coloniales o pasaron a incorporarse como un episodio más dentro de las grandes sagas heroicas[4].

A lo largo del período arcaico seguramente tuvo lugar un amplio proceso de ajuste y remodelación de las viejas leyendas heroicas que rememoraban viajes de aventuras a los confines del mundo. El itinerario mítico, que discurría en un principio a través de un espacio puramente imaginario y fantástico, sin referencias explícitas a la geografía real, se fue adaptando paulatinamente a las nuevas rutas que empezaban a concretarse en esta época colonial. Aunque el itinerario del héroe discurría todavía por un territorio geográficamente poco definido y de contornos territoriales sumamente vagos, su destino en cambio iba configurándose cada vez más dentro del ámbito de influencia de aquellos estados más emprendedores. Dos ejemplos significativos de este proceso son quizá la localización de la ruta argonáutica en la región del mar Negro, una zona que se había convertido en el principal campo de operaciones de la colonización milesia, o los viajes de Heracles al extremo occidente, un área donde los foceos y los samios comenzaban a realizar provechosas incursiones y a establecer alianzas con los reyes locales.

El objetivo final del viaje de los héroes a los confines del mundo era por lo general la consecución de un objeto preciado que poseía cualidades extraordinarias. Las primeras versiones de estas leyendas ponían el acento sobre las dificultades que era preciso superar para conseguir culminar con éxito la aventura. Se trataba sobre todo de poner a prueba las virtudes del héroe y de resaltar la importancia del apoyo divino con que contaba a la hora de realizar la hazaña. Apenas tenía interés la localización geográfica del itinerario seguido para llegar hasta allí. Por lo general se trataba siempre de un espacio mítico de carácter primordial con connotaciones religiosas y escatológicas. El héroe se encontraba, en definitiva, cara a cara con la muerte y conseguía finalmente superar el decisivo lance gracias a la ayuda de los dioses.

La primera dificultad del viaje que el héroe debía superar era el conocimiento de la ruta precisa que debía seguir en su itinerario, ya que nadie anteriormente había frecuentado estos caminos. Este conocimiento de los espacios liminales escapaba por completo al control de los simples mortales y sólo se hallaba en poder de seres de condición semidivina que conocían todos los secretos de este particular entorno.

---

[4] Un repertorio de estas experiencias del proceso de colonización puede encontrarse en las páginas del libro de Faure, *op. cit.* Un panorama general de la historia de la colonización griega en J. BOARDMAN, *The Greeks Overseas*, nueva edición, Londres, 1980, y más recientemente, D. ASHERI, «Colonizzazione e decolonizzazione», en *I Greci. Storia, Cultura, Arte, Societa,* vol I.: *Noi e I Greci*, Turín, 1996, pp. 73-115.

Sin embargo, eran guardianes celosos de estos secretos y había que recurrir a la astucia o al uso descarado de la fuerza para arrancarles la información necesaria. Éste era el caso de Fineo en la epopeya argonáutica, que sólo accedió a informar a los héroes de las etapas que les restaban del viaje cuando los expedicionarios le prometieron liberarle del suplicio al que le sometían las harpías arrebatándole y ensuciando su comida. Este mismo papel desempeñan las Grayas en el mito de Perseo, cuando el héroe les obligó a desvelarle la ruta hacia la morada de las Gorgonas arrebatándoles el único ojo que compartían entre las tres y amenazándolas con no devolvérselo. De la misma forma, también mediante el uso de la fuerza, Heracles obligó a Nereo, el viejo del mar, a revelarle la ruta hacia las Hespérides.

Otra dificultad importante era conseguir un medio de transporte adecuado para arribar con éxito a unos lugares que se hallaban situados más allá de los límites de la geografía real que controlaban más o menos los humanos. Nunca eran medios vulgares y corrientes. Por lo general se trataba de objetos que poseían cualidades mágicas y eran un regalo de los dioses. La célebre nave Argo, cuya proa fabricada por Atenea con madera del roble de Dodona poseía el don de la palabra, fue la que permitió a Jasón marchar en busca del vellocino de oro y afrontar con éxito los continuos desafíos de su viaje. De la misma forma, la copa que Helios le regaló a Heracles fue la que le permitió llevar a cabo la travesía del océano y arribar sano y salvo a la isla Eritía, donde moraba el gigantesco y monstruoso Gerión. Una función semejante desempeñaron igualmente las sandalias de Hermes y el gorro de Hades, que posibilitaron a Perseo evitar la terrible mirada de Medusa y escapar con rapidez de la persecución implacable de sus otras dos hermanas.

Las cualidades propias del héroe, como la astucia, el valor o la fuerza, resultaban insuficientes para culminar con éxito sus excepcionales aventuras, y debía, por tanto, echar mano de la ayuda inestimable de estos procedimientos divinos. Jasón nunca habría conseguido llegar a su destino salvando un obstáculo tan peligroso como las Rocas Simplégades sin la extraordinaria pericia de la nave Argo. Tampoco Heracles habría podido atravesar las aguas primordiales del río Océano si no hubiera contado con la nave tan particular que le sirvió de medio de transporte. Por fin, Perseo no hubiera sido capaz de dar muerte a Medusa con sus propias fuerzas sin haber quedado petrificado al instante por su mirada o resultar aniquilado por la acción vengadora de sus hermanas.

Sin embargo, no parece que la consecución del objeto tan afanosamente buscado constituyera el verdadero objetivo del viaje. No era un talismán necesario para el bien de la humanidad o para la propia supervivencia del héroe. Al concluir su aventura el héroe lo restituía a su lugar de origen o se lo entregaba a los dioses. Jasón entregó el vellocino a Pelias tras su regreso a Yolcos; las famosas manzanas de oro de

las Hespérides fueron luego devueltas al divino jardín, de donde habían sido sustraídas por Heracles en cumplimiento de uno de sus doce trabajos; la cabeza de Medusa pasó a poder de Atenea, que la añadió como símbolo distintivo a su celebrada égida. Lo que verdaderamente importaba era, por tanto, el propio viaje en sí, su condición de máximo desafío que ponía a prueba todas las cualidades del héroe y su capacidad de resistencia casi infinita. La consecución del objeto mágico era tan sólo una forma de demostrar la propia condición heroica y el apoyo constante de los dioses a lo largo de su andadura.

Podemos decir que existió, por tanto, un esquema básico del viaje heroico, concebido como la prueba suprema que el héroe debía superar para conseguir el premio de la gloria. Un esquema inicial, quizá muy simple, configurado básicamente por las exigencias religiosas del mito, que ponían al héroe en peligroso contacto con las fuerzas de la muerte y del más allá[5]. Sin embargo, este esquema se fue enriqueciendo y ampliando progresivamente con otro tipo de elementos procedentes del folclore y el cuento popular. Cobraron así importancia episodios como la lucha contra terribles monstruos, la liberación consiguiente de princesas con las que el héroe se casaba a resultas de su hazaña, o los resortes de carácter mágico que ayudaban a resolver las situaciones más difíciles. También las experiencias reales de los viajes de exploración de los albores del período arcaico incorporaron nuevos episodios que destacaban las penalidades de la navegación o el encuentro con pueblos diferentes y las diversas peripecias que esto implicaba. Por último, las tradiciones locales de los nuevos establecimientos coloniales incidieron también de manera notable en la configuración definitiva de estas historias. Su deseo de arraigar sus orígenes dentro de la tradición legendaria helénica de más rancio abolengo les llevó a tratar de insertar su patria dentro de los viejos esquemas y a buscar por todos los medios a su alcance las vías más apropiadas de conexión con ellos.

Ése fue el papel de los viajes de retorno. Posiblemente en las versiones originales no tuvieron ninguna importancia dado que el objetivo principal del viaje ya se había cumplido y el regreso pasaba a ocupar una posición secundaria. Sin embargo, estos itinerarios alternativos comenzaron a cobrar cada vez mayor interés con el correr de los tiempos. Todas las nuevas fundaciones que reclamaban su lugar correspondiente dentro de la saga heroica hallaron su oportunidad de incorporarse a las viejas tradiciones mediante la extensión casi hasta el infinito de estos caminos de regreso que discurrían ahora a través de un territorio fácilmente identificable en el mapa. El regreso de los Ar-

---

[5] Sobre este aspecto, C. García Gual, *Mitos, viajes, héroes*, Madrid, 1981, pp. 25-75, y Th. van Nortwick, *Somewhere I have never travelled. The Second Self and the hero's Journey in ancient Epic*, Nueva York-Oxford, 1992.

gonautas a través de diferentes rutas, que se extendían por el norte o por el sur, permitió en efecto incorporar dentro de la leyenda otros escenarios que resultaban del todo ajenos al itinerario original. De la misma forma, el regreso de Heracles desde Eritía, a través de las costas de la península ibérica o de las de Liguria, sirvió también para que todos los territorios incluidos en esta nueva andadura del héroe recibieran su correspondiente legitimación legendaria. Tampoco se desaprovechó la oportunidad de hacer pasar a Perseo por Egipto en su viaje de regreso de la tierra de las Gorgonas.

Los héroes constituyen, en definitiva, los puntos referenciales de un espacio abierto y sin límites claros o precisos. Son las señas de identidad que confieren precisamente carta de ley a dichos espacios, demarcando sus confines y estableciendo los itinerarios que daban coherencia y sentido a un territorio informe que había permanecido hasta entonces fuera de toda medida y control. Se trata en suma de una geografía primordial que se corresponde con el tiempo también primordial, de los orígenes, en el que se desenvolvían casi todas las historias heroicas, y en la que el hombre no había ocupado todavía su posición definitiva.

## El viaje de los Argonautas

El viaje hasta los confines del mundo en busca de un preciado objeto constituyó ciertamente un tema popular a juzgar por la envergadura de sus protagonistas heroicos. Parece, en efecto, que el tema gozó desde antiguo del favor de los poetas épicos, especialmente en unos momentos en los que comenzaba la exploración del mundo exterior y llegaban hasta Grecia los ecos de hazañas increíbles llevadas a cabo por intrépidos marinos y en la imaginación colectiva comenzaba a surgir la atracción irresistible por países lejanos envueltos en una aureola de leyenda, en la que se mezclaba la fascinación por todo lo nuevo con los terrores atávicos que despierta el miedo a lo desconocido.

Probablemente el relato heroico más antiguo de esta clase es la leyenda argonáutica. Lamentablemente no se han conservado hasta nosotros ninguna de las primeras versiones literarias de esta historia[6]. Sin embargo sabemos de su antigüedad por las alusiones a la saga que encontramos a lo largo de los poemas homéricos[7]. Quizá ya Hesíodo

---

[6] Sobre los autores épicos que trataron sobre el viaje de los Argonautas, G. L. Huxley, *Greek Epic Poetry*, Cambridge Mass., 1969, pp. 60-84.

[7] En la *Ilíada* se alude a la estancia en Lemnos, donde Jasón habría tenido un hijo, *Il.* VII, 469, y XXI, 41. En la *Odisea* aparecen mencionados el episodio de las Simplégades y se alude al país de Eetes, objetivo final del viaje. Hay incluso quien ha sostenido la idea de que en la *Odisea* se han recogido algunos de los episodios que figuraban originariamente en la saga argonáutica, así K. Meuli, *Odyssee und Argonautika*, Berlín, 1921.

pudo disponer de un conjunto narrativo coherente a juzgar por las diferentes alusiones a la leyenda argonáutica que hallamos en sus poemas. A partir de entonces van haciendo su aparición a través de la literatura griega algunos retazos de la historia, que son utilizados de forma diferente según las intenciones literarias de los respectivos autores y géneros en donde aparecen, desde Simónides y Píndaro hasta los trágicos, sin olvidarnos de las breves incursiones que realizaron historiadores como Heródoto, Ferécides o Helánico de Lesbos[8]. La leyenda constituyó también el tema principal de algunas obras perdidas de las que tan sólo poseemos algunos fragmentos como las de los poetas Eumelo o Epiménides y el mitógrafo Heródoro de Heraclea. Es necesario llegar hasta el siglo III a.C. para encontrar una reelaboración literaria completa de toda la leyenda, obra del poeta alejandrino Apolonio de Rodas, gracias a la cual podemos tratar de esbozar los rasgos más significativos y las diferentes etapas principales de este fabuloso viaje.

Originalmente el viaje discurría a través de un espacio mítico que se extendía de manera indefinida hasta los propios confines extremos del mundo. Así parecen confirmarlo las alusiones al mito que encontramos en los poetas épicos como en Homero, donde se habla tan sólo del país de Eea, un espacio mítico que se hallaba situado en el extremo oriente por su particular relación con el Sol. Se resalta también su estrecha relación con Circe, cuya isla parece que debemos situar también dentro de este ámbito puramente imaginario en la geografía odiseica[9]. Todavía incluso el poeta Mimnermo, a mediados del siglo VII a.C., sigue refiriéndose a este mismo ámbito, cuando alude a una ciudad situada en una región en la que los rayos del Sol descansaban cerca de los bordes del océano. Sin embargo, los testimonios de la época arcaica comienzan a concentrar su atención en un paisaje geográfico más concreto en contraste con esta indefinición. Así, ya en Hesíodo se alude de forma clara al ámbito geográfico del mar Negro, ya que se mencionan de manera expresa algunos de los ríos que afluyen a él, y el poeta Eumelo de Corinto sitúa la Cólquide como el destino final de la expedición. Posiblemente se iniciaba aquí un largo proceso de reajuste del espacio puramente mítico a las coordenadas más reales de una geografía todavía embrionaria.

---

[8] Sobre la evolución de la leyenda argonáutica puede verse F. DESBORDES, *Argonautica. Trois études sur l'imitation dans la littérature antique*, Bruselas, 1979, pp. 7 ss., y la introducción a la edición Budé de Apolonio de Rodas, obra de F. VIAN, París, 1976.

[9] Cfr. F. VIAN, «Les navigations des Argonautes: Élaboration d'une légende», *BAGB*, 1982, pp. 273-285. Acerca de los problemas de identificación de la mítica isla, L. MOULINIER, *Quelques hypothèses relatives à la géographie d'Homère dans l'Odyssée*, Aix-en-Provence, 1958, pp. 77-83, y R. DION, «Où situer la demeure de Circé?», *BAGB*, 4.ª ser., 1971, pp. 479-533.

Este proceso se aceleró con la apertura del mar Negro a la navegación griega en los albores de la edad arcaica y con las vagas noticias que llegaban hasta suelo griego acerca de la existencia de una tierra fabulosa situada en sus confines orientales, cuya posible realidad histórica aparece cada día más clara[10]. A pesar de ello no se agotaban así todas las posibilidades de fabulación. Durante los primeros tiempos del período en cuestión –y quizá también durante buena parte de las épocas posteriores– la región del mar Negro mantuvo casi intactas sus cualidades como una verdadera *terra incognita*, capaz de atraer, por tanto, hacia ella la atención del gran público y permitir a los autores una enorme libertad a la hora de poblar este espacio con todas las fabulaciones procedentes de los cuentos de marinos. En el siglo VIII a.C los navegantes jonios, en particular la ciudad de Mileto, comenzaron a explorar la zona para acabar estableciéndose en sus orillas a lo largo del período subsiguiente[11]. Era, por tanto, una región de los confines del mundo, el espacio adecuado en el que localizar las aventuras de un héroe que debía alcanzar regiones fabulosas y atravesar hasta llegar a ellas una serie de etapas que representaban a la perfección todo el elenco de temores, ensueños y fantasías que acechaban a los navegantes de la época.

Los primeros navegantes griegos que se aventuraron en sus aguas percibieron probablemente el mar Negro como un mar inmenso, similar al Océano interminable. Era un mar muy diferente al Egeo. Aparecía ante su vista una extensión de agua sin islas, con unas corrientes marinas que hacían peligrosa la navegación, y con unas costas abruptas e inhóspitas, muy poco propicias para los navegantes ya que apenas brindaban buenos fondeaderos para las naves, especialmente en la ribera meridional. Sus orillas estaban además habitadas por poblaciones hostiles y misteriosas que suscitaban temor y recelo[12]. El testimonio de Estrabón al respecto parece concluyente:

> «... el hombre de entonces imaginaba simplemente el mar Póntico como cualquier otro océano, y opinaba que los que allí navegaban se alejaban

---

[10] O. LORDKIPANIDZE, *Das alte Kolchis und seine Beziehungen zur griechischen Welt vom 6. zum 4. Jh. v. Chr.*, Konstanz, 1985.

[11] A. J. GRAHAM, «The date of the greek penetration of the Black Sea», *BICS*, 5, 1958, pp. 25-42, y R. DREWS, «The earliest greek settlements on the Black Sea», *JHS*, 96, 1976, pp. 18-31, y más recientemente, P. LEVEQUE, «Recherches nouvelles sur le Pont Euxin», en *L'Océan et les mers lointanes dans l'Antiquité. Actes du Colloque de la Société des Professeurs d'Histoire ancienne de l'Université*, París, 1993, pp. 49-56. Sobre las posibles implicaciones políticas de la epopeya de Jasón en relación con las aspiraciones milesias, R. DION, *Aspects politiques de la géographie antique*, París, 1977, pp. 55-58.

[12] La impresión que esta costa ha dejado en los viajeros se pone de manifiesto en el libro de R. STONEMAN, *Across the Hellespont*, Londres, 1987, pp. 207 ss. En general O. LORDKIPANIDZE, «Les problemes fondamentaux du littoral de la mer Noire dans l'Antiquité», en O. LORDKIPANIDZE y P. LEVEQUE, eds., *Le Pont-Euxin vu par les Grecs*, Besancon-París, 1990, pp. 327-345.

más o menos al igual que los que avanzaban mucho más allá de las columnas. En efecto, estaba considerado como el mayor de los mares existentes en nuestro mundo y por ello le llamaban por excelencia, a él en particular, el Ponto, como a Homero se le llama el poeta»[13].

Heródoto nos informa cómo Darío contempló anonadado el imponente espectáculo que el Ponto Euxino ofrecía a sus ojos cuando se disponía a emprender sus conquistas europeas. Quizá el historiador jonio reflejaba de esta forma la admiración griega por una extensión marina que todavía no era percibida como un espacio del todo familiar a pesar de la creciente implantación de ciudades griegas por casi todas sus orillas[14]. Todavía en pleno período helenístico el historiador Polibio considera pertinente informar detalladamente a sus lectores acerca del Ponto Euxino ya que

«las particularidades de esta región son ignoradas por la mayoría, dado que se encuentra un poco apartada de los lugares que se suelen visitar»[15].

Sin embargo, con el paso del tiempo estas regiones septentrionales pasaron a formar parte del mundo griego y fue necesario, por tanto, que los autores posteriores que se ocuparon de la leyenda argonáutica buscasen para su localización otros ámbitos más desconocidos. Encontraron esta oportunidad en el viaje de retorno, que posiblemente no era tenido en cuenta en la versión original o rehacía simplemente el camino de ida. Condujeron a la expedición por lugares apartados y hasta entonces desconocidos como el lejano occidente o las regiones del norte de Europa a través de las cuales fluía el Danubio, escenario de sus hazañas[16]. No debemos olvidar que se trataba de un viaje extraordinario que demandaba la existencia de una *terra incognita* y por ello era lógico que su ruta fuera renovada continuamente con el paso del tiempo a medida que avanzaban los conocimientos geográficos.

Para hacernos una idea del esquema básico de la historia hemos de recurrir necesariamente a la versión de Apolonio de Rodas, compuesta en la primera parte del siglo III a.C., que es la más antigua de las que se nos han conservado. Aparte del poema de Apolonio, contamos tan sólo con los resúmenes todavía más tardíos del Pseudo Apolodoro y Diodoro, con la versión latina de Valerio Flaco, que siguió en buena

---

13 Str. I, 2, 10.

14 Hdt. IV, 85.

15 Pol. IV, 38, 11.

16 Sobre el regreso de los Argonautas, J. R. BACON, *The voyage of the Argonauts*, Londres, 1925, pp. 107-124; F. WEHRLI, «Die Rückfahrt der Argonauten», *MH*, 1955, pp. 154-157; F. VIAN, «Poésie et géographie: les retours des Argonautes», *Acad. des Inscr. et Bell. Letr. Comptes rendus du séance de l'année* 1987, pp. 249-262, y J. RAMIN, *Mythologie et Géographie*, París, 1979, pp. 95-103.

medida al poeta alejandrino, y con las célebres Argonáuticas órficas, un poema espúreo y también tardío que siguió de cerca los pasos de Apolonio. A pesar de lo relativamente tardío de su fecha, sabemos que Apolonio utilizó informaciones más antiguas a las que tuvo acceso privilegiado gracias a su condición de bibliotecario director de la célebre Biblioteca de Alejandría[17]. Por ello, aunque introdujo su propia perspectiva de la historia y la adaptó a los gustos de su época y a las exigencias literarias del género, realizó sus innovaciones siguiendo de cerca las pistas que le proporcionaban algunos viejos episodios presentes todavía en los relatos de mitógrafos anteriores como Ferécides. Situó el escenario en la cuenca del mar Negro y en ello influyeron quizá poderosamente las numerosas noticias que al respecto proporcionaban los historiadores locales de la región, a juzgar por la importancia decisiva que se asigna en el curso del relato a ciudades como Heraclea Póntica o Cízico.

El viaje es presentado desde el principio como una tarea forzosa en la que el héroe se ve comprometido. Sin embargo, como es habitual, Jasón cuenta con el apoyo de los dioses y la inestimable ayuda de la nave Argo, que facilita de forma considerable los inconvenientes del viaje, ejerciendo además el papel ya señalado de instrumento mágico o divino gracias al cual la empresa puede llevarse a término. Los preparativos de la aventura debieron ser igualmente un punto importante del relato inicial. La participación colectiva de un elenco importante de los héroes helénicos permitía extender de manera casi infinita el número y la variedad de episodios. Se podía así, además, entroncar el relato de la expedición con las grandes empresas colectivas de la Hélade, elevándola al nivel de hazañas singulares como la guerra de Troya o la cacería del jabalí de Calidón. Parece que no llegó a existir un catálogo definitivo de los expedicionarios que pudiera considerarse canónico a juzgar por las diferencias existentes entre unas listas y otras. Sin embargo es muy probable que los participantes de la tripulación original tuvieran todos y cada uno de ellos particulares habilidades que más tarde tendrían ocasión de exhibir a lo largo del trayecto, contribuyendo de esta forma al éxito de la expedición[18].

---

[17] Hay que resaltar asimismo la dependencia de Apolonio respecto de los logógrafos jonios, en particular de Hecateo de Mileto, con quienes compartía además el gusto por la geografía y las leyendas etiológicas, y a los que debió utilizar frecuentemente como fuente de información para la confección de las sucesivas etapas que iban conformando el viaje; cfr. L. PEARSON, «Apollonios of Rhodes and the Old Geographers», *AJPh*, 59, 1938, pp. 11-27 = *Selected Papers*, Scholar Press, 1983, pp. 443-459.

[18] Eso parece deducirse al menos del testimonio de Píndaro donde todos los expedicionarios tienen su área de especialización, cfr. Meuli, *op. cit.*, pp. 1-24. Llama asimismo la atención el aparente énfasis sobre la condición par de los héroes que se refleja en la tradición: Los Dióscuros, los Boréadas, los dos hijos de Hermes, dos adivinos...; cfr. T. GANTZ, *Early Greek Myth. A Guide to the Literary and Artistic Sources*, Baltimore, 1993, p. 345.

De las diferentes etapas que componen el viaje, hay algunas que parecen desempeñar un papel fundamental dentro del esquema narrativo de la historia, y por tanto es más que probable que hubieran figurado desde el principio en el esquema original. Éste es el caso de la estancia en la isla de Lemnos. La isla era el último punto de referencia del orbe griego antes de adentrarse por completo dentro de un espacio fantástico que simbolizaba el problemático paso de los estrechos hacia las aguas de un mar desconocido como el Ponto. Lemnos era ciertamente una isla real y cercana, pero a pesar de ello no resultaba del todo familiar y bien conocida. Se convertía así en una especie de umbral que abría la puerta a lo desconocido y servía por tanto de punto de tránsito entre el espacio real y el imaginario. Más allá de ella comenzaba el terreno abonado para la fabulación por tratarse de un espacio en buena parte desconocido que sólo se veía iluminado por las indicaciones imprecisas de los primeros viajeros que habían tentado la ruta de los estrechos y por el vago recuerdo de las experiencias habidas en las costas poco hospitalarias de sus orillas[19].

La isla gozaba además de un *status* particular dentro del mundo griego[20]. Lemnos constituía un lugar enigmático para la imaginación griega al que se asociaban extrañas historias, como la existencia de una sociedad compuesta en exclusiva de mujeres que habían asesinado a sus maridos. Según la leyenda, las mujeres de la isla habían despreciado a Afrodita y habían sido castigadas por la diosa con una fetidez particular que alejaba a sus maridos del lecho. A consecuencia de ello los varones de Lemnos relegaron a sus esposas y optaron por buscar la compañía de las cautivas indígenas del continente próximo. Las lemnias, despechadas por esta actitud, decidieron asesinar a sus maridos. La idea de un lugar habitado tan sólo por mujeres, que han asumido además las labores propias del hombre, incluida la guerra, resultaba algo que chocaba de forma natural a la mentalidad griega. Esta clase de sociedades tan particulares no era sin embargo algo nuevo en el mito griego. Desde antiguo existía la idea de la existencia de una tribu de mujeres guerreras, las Amazonas, que habitaban en la cuenca del río Termodonte, precisamente en la costa norte de Asia Menor.

En los poemas homéricos se alude a la isla como la patria de los misteriosos sintes, una población prehelénica de la que parecen haberse encontrado incluso restos lingüísticos en alguna inscripción. Sófocles la utilizó como escenario principal de su tragedia *Filoctetes*, el lugar donde el héroe había sido abandonado por causa del hedor insoportable que despedía una herida en su pie causada por una mordedura

[19] Sobre lo desconocido como espacio adecuado para desarrollar la fabulación, véase en general el libro de ROMM, *op. cit.* pp. 172 ss.

[20] Al respecto, F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Tierras fabulosas*, pp. 248-249.

de serpiente. La isla aparece como un lugar apartado y desierto hasta el que no llegaban los hombres[21]. Contaba por tanto con los motivos suficientes para que fuera incluida dentro de un itinerario que debía necesariamente moverse en un difícil equilibrio entre la realidad y la ficción, siendo el punto de partida más adecuado hacia ese objetivo fabuloso. Era necesario que la expedición abordase en sus primeros pasos lugares de la geografía helena que tuvieran una cierta carga de alteridad y misterio para poder así introducir al auditorio en un espacio mucho más nebuloso y abierto en el que el peso de la imaginación se iba a dejar sentir con más fuerza.

El episodio de los dolíones pudo haber figurado también entre las aventuras originales. Describía el encuentro con un pueblo hospitalario que habitaba en una isla de la Propóntide en cuyas montañas vivían también unos terribles gigantes, soberbios y salvajes, que se hallaban provistos de seis brazos. La hospitalidad de los dolíones, que acogieron de forma favorable a los Argonautas cuando arribaron a la isla, contrasta con la hostilidad manifiesta de los gigantes, que se mostraron reacios y hostiles a la presencia extranjera. Una imagen ambigua propia de las tierras desconocidas, que refleja uno de los tópicos de la antropología griega al contraponer un pueblo salvaje y de aspecto monstruoso (eran hijos de la tierra) que habitaba en las montañas, con la población civilizada que vivía en la llanura y cumplía rigurosamente con las normas de hospitalidad.

El episodio de los bébrices pudo muy bien haber figurado también en el relato original. Su rey, Amico, desafiaba por norma a todos los recién llegados a derrotarle en combate si deseaban salvarse de la muerte. Casi todas las sagas heroicas presentan un episodio de similares características. Quizá reflejaba el temor de los viajeros a las arbitrariedades y desaforadas exigencias de los monarcas indígenas que podían encontrar en su camino. Encontramos paralelos de esta clase en la saga de Heracles en los casos de Busiris, Diomedes y Anteo, o en la de Teseo en los diferentes bandidos que sometían igualmente a los viajeros a toda clase de vejaciones, con los que el héroe se vio obligado a luchar. La solución en el caso de los Argonautas no la aporta el protagonista, sino uno de los miembros de la funcional expedición, requeridos como se dijo antes a tenor de sus cualidades particulares y especializadas. Fue, por tanto, Pólux, uno de los dioscuros, quien dio muerte a Amico en combate.

---

[21] Su descripción, aún lejos de ser una aproximación realista al paisaje de la isla, incide en conceptos tales como *eremos* o *eschatia* ciertamente significativos de la visión marginal que se pretende ofrecer al público de un lugar ciertamente poco frecuentado antes del siglo v a.C. cuando fue ocupado por los colonos atenienses; cfr. A. BERNAND, *La carte du tragique*, París, 1985, pp. 108 ss.

El episodio de la desaparición de Hilas en la región de Misia podría haber figurado igualmente en el repertorio original de la historia, si bien no necesariamente con la identidad precisa del compañero de Heracles. El apuesto joven fue raptado por una ninfa de una fuente cuando se disponía a recoger agua para los expedicionarios. Se reflejan en este episodio algunos de los elementos constantes de esta clase de historias como el temor que suscitaban algunos parajes que podían albergar a esta clase de divinidades, como sucede en el caso de Calipso en la *Odisea*, o la creciente pérdida de miembros de la expedición por diferentes circunstancias. Este tipo de episodios esconden quizá también el temor a dejarse seducir por los atractivos de las nuevas tierras y olvidar por completo el deseo de retorno a la patria, algo que se refleja igualmente en el caso de los célebres lotófagos de la *Odisea* homérica.

Sin embargo, este caso es algo diferente. Hilas era el compañero favorito de Heracles, quien como consecuencia de su desaparición se vio obligado a abandonar también la expedición. Su olvido parece más bien una estrategia narrativa cuyo objetivo era desvincular de la historia a un héroe tan especial que ya contaba con su propia saga y cuya capacidad extraordinaria para resolver todo tipo de pruebas podía poner en entredicho el mérito y las cualidades de los restantes miembros de la expedición, y en particular las de su oscuro protagonista[22]. Sin embargo, la leyenda tampoco se podía permitir el lujo de prescindir desde el principio de un héroe tan importante dentro de la nómina de los expedicionarios ya que ello habría redundado en contra del prestigio de una expedición colectiva de estas características. Así, una vez cumplida esta función, lo más prudente era buscar la forma de desembarazarse del héroe a la más mínima oportunidad y ésta se presentó con la desaparición de Hilas.

El encuentro con Fineo y el episodio de las harpías constituye igualmente un motivo pertinente que desempeña una función bien determinada dentro del esquema del viaje heroico a los confines del orbe. Dentro de la saga argonáutica, Fineo cumple la función del informante especial, un adivino ciego en este caso, que conocía la ruta a seguir hacia una tierra fabulosa que se encontraba por su propia naturaleza fuera de los itinerarios habituales. La obtención de la información necesaria, siempre difícil de conseguir, resultó en este caso mucho más fácil a causa de la difícil situación en la que se encontraba el anciano, sometido al acoso constante de las terribles harpías que le impedían alimentarse. Bajo la promesa de liberación de este incómodo acoso por parte de los expedicionarios, Fineo accedió a proporcionar-

[22] Gantz, *op. cit*, p. 348.

les las noticias necesarias acerca del camino a seguir. En esta ocasión fueron los hijos de Bóreas los que a causa de sus alas emprendieron la persecución de las harpías. Una vez más entraban en juego las cualidades especiales de cada uno de los miembros de la expedición y su particular aplicación en determinados momentos claves del trayecto.

A partir de entonces entramos ya de lleno en un espacio diferente, en buena parte mítico y fantástico, pero en el que intervienen también elementos más realistas procedentes de la observación directa de un paisaje excepcional salpicado de rasgos significativos como eran las riberas meridionales del mar Negro. La más célebre de todas las aventuras que tuvieron lugar en esta última parte del trayecto es el paso a través de las Rocas Simplégades o chocantes, al que ya se aludía en la *Odisea*. En este episodio se reflejan seguramente algunos de los terrores que el paso de los estrechos suscitaba entre los marineros antiguos, ya que a causa de las corrientes que discurrían por ellos resultaban siempre peligrosos. La simple visión desde la distancia debía de causar ya una fuerte impresión en los navegantes, que contemplaban con verdadero pavor la próxima travesía por ellos. Su papel parece que era el mismo que el de las más conocidas Escila y Caribdis de las navegaciones odiseicas, que ya en la imaginación de los antiguos representaban los temores a la travesía por el estrecho de Mesina. Uno y otro, el estrecho siciliano y el que daba paso al mar Negro, eran a la postre la puerta de entrada a extensiones de mar abierto que dejaban trás de sí las rutas de navegación mejor conocidas. Con el paso del tiempo y el avance de los conocimientos geográficos, será el estrecho de Gibraltar, la puerta del océano inmenso y desconocido, el que se convertirá en el umbral por antonomasia que daba paso a un espacio mítico abierto a toda clase de fabulaciones.

La ruta hacia el destino final aparece jalonada de lugares enigmáticos, caracterizados por una topografía imponente que poseía además una cierta significación religiosa[23]. Los argonautas arribaron a la isla desierta de Tinias, donde se les apareció Apolo, que iba de camino hacia la tierra de los hiperbóreos. A continuación alcanzaron el monte Aquerusio, un lugar con claras vinculaciones infernales, ya que allí se encontraban la caverna del Hades y las fuentes del río Aqueronte. Fueron acogidos por el rey Lico y los mariandinos, que ofrecieron una cordial alianza a los recién llegados ya que eran enemigos declarados de los bébrices. En este lugar se produjo otra de las pérdidas notables en el grupo de los expedicionarios, la del adivino Idmón, que fue víc-

---

[23] Sobre las descripciones paisajísticas de Apolonio y su función dentro del relato, M. A. HARDER, «Travel descriptions in the Argonautica of Apollonius Rhodius», en Z. VON MARTELS, ed., *Travel fact and travel fiction. Studies on fiction, literary tradition, scholarly discovery and observation in travel writing*, Leiden, 1994, pp. 16-29.

tima del ataque de un terrible jabalí. Otros lugares señalados fueron la desembocadura del río Calicoro, donde Dioniso había celebrado ritos orgiásticos ante una cueva, y la tumba del héroe Esténelo, al que hubieron de propiciar mediante los sacrificios adecuados cuando se les apareció desde lo alto del túmulo. Todos ellos elementos definitorios y significativos de un espacio singular en el que los caminos humanos se entrecruzaban a menudo con las sendas de la divinidad.

Poco después los expedicionarios llegaron a la altura del río Termodonte, en cuyas riberas habitaba el pueblo de las guerreras Amazonas. Es muy probable que su aparición dentro de la saga argonáutica remonte al esquema original dada la omnipresencia de estas terribles guerreras en casi todos los avatares heroicos. Resulta además ciertamente significativo que todavía en este período –el de Apolonio– aparezcan situadas en las riberas del río Termodonte, cuando ya se había trasladado su morada hacia regiones mucho más orientales como las riberas del Yaxartes, donde se produjo el célebre encuentro de Alejandro con la reina Talestris, que Apolonio sin duda debía conocer. El corazón de Anatolia constituía desde hacía tiempo casi una zona de paso por la que habían circulado algunas expediciones militares griegas como la de Jenofonte, que obviamente no habían encontrado en su camino a las míticas guerreras[24]. En cambio, su ubicación en el río Termodonte y su consiguiente aparición en este punto del relato se correspondía bien con la secuencia de la historia original, que es lo que parece que Apolonio trataba a su manera de recuperar.

Sin embargo, Apolonio dejó de lado el desarrollo de este episodio en su reelaboración de la historia. El poeta optó por dejar de lado el episodio dada la abundancia de relatos en los que las Amazonas desempeñaban un papel destacado, pero se vio obligado a mantener su aparición, aunque fugaz, dentro de la secuencia narrativa. Recurrió para ello a una de las estratagemas narrativas más habituales como es la aparición imprevista de una tormenta que obligó a los expedicionarios a alejarse del lugar cuando se hallaban dispuestos a demostrar sus cualidades guerreras en combate contra las temibles guerreras. Apolonio, fiel a sus tendencias arcaizantes, conservó el esquema narrativo de la saga sin alterar sus posibilidades de innovación repitiendo un episodio ya muy trillado que chocaba además con la evidencia de los nuevos descubrimientos geográficos.

No pertenecen, casi con toda seguridad, al esquema original del relato los episodios que contienen descripciones etnográficas de los di-

---

[24] Sobre el mito de las Amazonas y su lugar en la leyenda griega, F. M. BENNET, *Religious cult associated with the Amazons*, Nueva York, 1912, pp. 1-16, y J. H. BLOK, *The Early Amazons. Modern & ancient perspectives on a persistent myth*, Leiden, 1995. Sobre el significado del mito, M. R. LEFKOWITZ, *Women in greek myth*, Baltimore, 1986, pp. 15 ss.

ferentes pueblos que habitaban las costas septentrionales de Anatolia. Desfilan así ante nosotros los cálibes, ocupados en las minas, los tibarenos, cuyas mujeres intercambiaban sus funciones con los hombres después del parto, o los mosinecos, que practicaban unas costumbres completamente contrarias a las de los griegos. Estas escuetas alusiones de tipo etnográfico reflejan sin duda las aficiones geográficas del poeta y su conocimiento de viejos periplos y periegesis en los que figuraban este tipo de informaciones, así como el creciente gusto por el exotismo que se dejaba sentir en toda la literatura helenística[25]. Apolonio contaba además con las noticias relativamente recientes de Jenofonte, quien a lo largo del tramo final de su *Anábasis* había descrito el modo de vida de estas gentes.

En cambio, sí podría haber formado parte de la saga original el habitual encuentro con islas maravillosas de carácter sagrado como la isla de Ares[26], poblada por aves que lanzaban flechas contra todos los que se acercaban hasta ella. La existencia de esta clase de islas consagradas a los dioses, a las que resultaba imposible aproximarse, constituye un rasgo característico de la geografía mítica que predominaba en los orígenes de la leyenda. La utilización masiva de esta clase de motivos por los mitógrafos e historiadores helenísticos como Timeo de Tauromenio, en su pretensión por dotar al occidente griego de una aureola legendaria que resultara parangonable a la del viejo mundo heleno del continente, deja bien claro su carácter arcaizante.

La isla de Ares sirve también de punto de encuentro con los hijos de Frixo, que en su camino de regreso desde Eea hacia Orcómenos habían naufragado junto a la isla. Su aparición se convierte así en la ayuda inesperada que Fineo había profetizado a los expedicionarios justo poco antes de su llegada al destino final. La isla sirvió, por tanto, a un poeta erudito como Apolonio para establecer la conexión entre las dos leyendas, la de Frixo y la de Jasón, cuyo común denominador era el vellocino de oro. Su presencia en el esquema original es más que dudosa si tenemos en cuenta que la estancia de Frixo en Eea echaría por tierra un aspecto tan decisivo como el carácter pionero del viaje de Jasón, un aspecto que resultaba completamente fundamental en la narración de un viaje a los confines del orbe.

Desde esta isla hasta el destino final desfilan por el relato de Apolonio otros pueblos que apenas son mencionados. Una vez más se trata seguramente del interés erudito de Apolonio por dejar constancia de su conocimiento geográfico de unas regiones, para las que ya se disponía en aquellos momentos de mejores y más abundantes informaciones.

---

[25] Cfr. B. Hughes Fowler, *The Hellenistic Aesthetic*, Bristol, 1989.

[26] Al respecto, Gómez Espelosín, *Tierras fabulosas*, pp. 144-145.

Por fin, la Cólquide, el destino definitivo del viaje de los expedicionarios, aparece ante sus ojos en medio de un paisaje excepcional. A un lado las imponentes cumbres del Cáucaso y la llanura y el bosque de Ares, donde se guardaba el vellocino, al otro la desembocadura del río Fasis «de amplia corriente en los confines extremos del ponto», donde arriban finalmente los argonautas. Existen diferentes versiones de su estancia en la corte de Eetes. Un elemento destacado es la presencia de Medea y su relación amorosa con Jasón. El asunto interesó a los trágicos y seguramente también a un poeta helenístico como Apolonio. Sin embargo, es muy probable que la princesa no desempeñase un papel relevante en la leyenda original a pesar del carácter indudablemente antiguo de su figura. En un principio su papel se limitó quizá a prestar al héroe la ayuda necesaria para cumplir su misión, a la manera como sucedió con Ariadna y Teseo, en un motivo típico del cuento popular, si bien hay quien ha sugerido que quizá en la Circe odiseica encontramos un reflejo del papel que pudo haber desempeñado originalmente Medea[27].

La consecución del vellocino por Jasón tras haber superado las pruebas impuestas por Eetes y la propia lucha con el monstruo que lo custodiaba desempeñaron sin duda un papel importante en la leyenda original. Ambos son también elementos extraídos del cuento popular y, de hecho, la lucha con el monstruo aparece representada en dos vasos corintios de finales del VII a.C., donde se refleja una versión algo diferente de la historia. Al parecer, se representa a Jasón siendo tragado por el monstruo con la idea de penetrar en su interior y darle muerte desde sus entrañas. El papel creciente de Medea y el desplazamiento del énfasis hacia sus cualidades de maga y enamorada contribuyeron seguramente a la reelaboración del episodio final en una forma menos primitiva en la que la sagacidad o la oportunidad se convertían en factores decisivos.

Un problema bien diferente se plantea a la hora de considerar el viaje de retorno de los expedicionarios a la patria. El notable aumento de los conocimientos geográficos y la localización de la Cólquide en una región precisa que de forma paulatina iba quedando desprovista del halo de misterio hicieron que la ruta de retorno cobrase un nuevo interés especulativo donde encajar con mayor libertad los componentes fabulosos que iban perdiendo sentido y significación en un itinerario cada vez mejor conocido y frecuentado[28].

---

[27] No hay que olvidar, no obstante, el origen peloponesio aparentemente claro que presenta Medea; cfr. VIAN, «La navigation des Argonautes», p. 275. Sobre el papel de Medea, GANTZ, *op. cit.*, p. 358. En general sobre esta figura mítica, J. J. CLAUSS y S. I. JOHNSTON, eds., *Medea. Essays on Medea in Myth, Philosophy, Literature and Art*, Princeton, 1997.

[28] Véase la significativa diferencia que establece Apolonio en su descripción paisajística entre el libro IV, donde se narra el viaje de retorno, y los anteriores; cfr. HARDER, *art. cit.*

Se adoptaron nuevas rutas que conducían hacia los que en esos momentos eran considerados los auténticos confines del orbe. Una de estas posibles alternativas discurría a través del Fasis hacia el Océano exterior para, desde el sur de la ecúmene, recorrer el norte de Libia y arribar finalmente a Yolcos. Otra encaminaba sus pasos hacia el norte, remontando el curso del Tanais, para salir luego al océano septentrional y regresar por occidente vía el estrecho de Gibraltar. Sin duda se dejaban sentir en este itinerario los ecos de la expedición de Piteas tal y como habían sido reeelaborados por autores posteriores como Timeo. Por fin, otra más les hacía seguir el curso del Danubio para acabar desembocando en el Adriático, desde donde pasaban a la península itálica y sus costas occidentales, un escenario en el que existía la posibilidad de recuperar buena parte de las aventuras odiseicas[29]. Cualquiera de los itinerarios propuestos daba lugar a nuevas aventuras que por su mayor actualidad posiblemente fueron desplazando a las antiguas, cada vez mejor localizadas dentro de una geografía real. Estas tentativas respondían a los requerimientos y preocupaciones de la época helenística como el proceso creciente de «remitificación» de la costa norteafricana impulsado por las poderosas colonias griegas allí instaladas como Cirene, la polémica sobre la localización de las fuentes del ámbar, o la recreación de las aventuras odiseicas en la cuenca tirrena en la que estaban vivamente interesados los habitantes del occidente griego.

No resulta extraño, por tanto, que hiciesen su aparición en el interior de la leyenda argonáutica algunos episodios como el encuentro con Tritón en el norte de Libia, el paso por la isla sagrada del ámbar, situada en el mítico río Erídano, o que se incorporasen a ella los viejos escenarios odiseicos como la isla de las Sirenas o las monstruosas Escila y Caribdis. La propia naturaleza de un viaje como el de los Argonautas hacia una tierra fabulosa demandaba continuamente la renovación de los espacios imaginarios en los que la ficción imperaba por completo y podían por tanto adecuarse más libremente a las cambiantes exigencias ideológicas de cada momento. El avance de los conocimientos geográficos hacía también inevitable el desplazamiento del escenario en busca de la *terra incognita* que necesita toda aventura extraordinaria. El itinerario de ida se había convertido en algo ya establecido y canónico que no permitía demasiadas variaciones. Sólo el viaje de retorno, un viaje imposible que se veía obligado a recorrer todos los confines de la tierra, ofrecía las oportunidades que mitógrafos, historiadores y poetas no dejaron de aprovechar.

---

[29] Véase nota 16.

Heracles es por definición un héroe viajero. Los famosos doce trabajos que el héroe tuvo que realizar le obligaron a recorrer toda la tierra hasta los mismos confines del orbe. Tuvo que viajar incluso al Hades en busca del perro Cerbero, el guardián de los infiernos, lo que constituía seguramente la prueba definitiva que un héroe debía superar. Viajó dentro y fuera de los límites convencionales del mundo griego y fue precisamente a lo largo de estos trayectos cuando tuvieron lugar la mayor parte de sus aventuras, a pesar de que los mitógrafos las consideraron como simples *párerga* (hechos colaterales) a las acciones principales del héroe.

El carácter viajero del héroe se hallaba al parecer firmemente asentado dentro de la tradición griega. Como había sucedido con las primeras versiones de la leyenda de los Argonautas, los viajes del héroe debieron discurrir en un principio por un espacio imaginario y fabuloso en el que tenía mucha más importancia la calidad de las pruebas superadas que la distancia efectiva o la localización precisa de los itinerarios realizados. Esta condición de viajero impenitente por todos los rincones del orbe aparece reflejada en uno de los himnos homéricos dedicados al héroe

> «errante primero por la inmensa tierra y por mar, a causa de las misiones encomendadas por el soberano Euristeo, realizó él mismo muchas acciones temerarias y muchos fueron sus sufrimientos»[30].

Esta misma función adopta el héroe en los poemas de Píndaro, en los que se le describe recorriendo los confines del orbe e imponiendo por todas partes las señales de la civilización:

> «... era el hijo de Alcmena, aquel que al Olimpo fue, después de haber explorado todas las tierras y el lecho del grisáceo mar de hondos abismos y de haber pacificado su travesía para las navegaciones»[31].

Esta imagen de héroe viajero y civilizador constituyó sin duda uno de los rasgos definitorios de su figura a lo largo de toda la tradición literaria para acabar convirtiéndose en el modelo de protector de la humanidad, cuyo elogio gozó de gran popularidad entre los oradores del siglo II d.C.[32] Su imagen como navegante aparece bien atestiguada en

---

[30] *Him. Hom. a Her.*, 4-5 (traducción de A. Bernabé, Biblioteca Clásica Gredos).

[31] Así por ejemplo en *Nem.* III, 22-29 e *Ist.* IV, 57. Sobre el mito de Heracles en Píndaro, cfr. D. L. PIKE, «Pindar's traetment of the Heracles myths», *Acta Classica*, 27, 1984, pp. 15-22.

[32] Sobre este tema en general, L. LACROIX, «Héraclès, héros voyageur et civilisateur», *Bull. de la Classe de Lettres de l'Acad. de Belgique*, 60, 1974, pp. 34-59.

las representaciones artísticas, bien en la copa del sol o en una balsa sostenida por ánforas. Tampoco parece casual su condición de protector de los marinos, tal y como era venerado en Tasos, Rodas y Delos, donde su santuario se hallaba situado junto al de los Dioscuros, que muy pronto asumieron también este mismo papel.

Los viajes de Heracles constituyeron el eje principal en torno al que se organizaban todas las aventuras del héroe. Tomó parte en la expedición de los Argonautas, el primero y más célebre de todos los viajes heroicos. Sus aventuras lo llevaron por casi todos los rincones de la Hélade, especialmente por sus zonas marginales como el interior del Peloponeso o las regiones del norte. Recorrió también las regiones más próximas de Asia Menor y Tracia, lugares en los que las poblaciones griegas que se habían establecido en sus litorales tenían que hacer frente al continuo desafío de un interior hostil o misterioso. Por último viajó hasta los más alejados confines de la tierra, un espacio desconocido en progresiva apertura gracias a los intentos de exploración y colonización de algunos estados griegos.

El Heracles viajero fue poco a poco incorporándose desde los ámbitos imaginarios donde discurrían sus hazañas al principio al devenir histórico de los tiempos y fue también adecuando sus aventuras a las necesidades de la época. El conocimiento incipiente de nuevos espacios geográficos todavía difusos fue la excusa apropiada para trasladar las hazañas del héroe hasta aquellos confines y dar pleno sentido a las experiencias reales que allí se estaban llevando a cabo por personajes más reales de carne y hueso[33]. Sin embargo, las demandas mitificadoras de las nuevas fundaciones griegas hicieron que durante el período helenístico se configuraran nuevos itinerarios que obligaban al héroe a pasar por el lugar debido, otorgando con ello legitimidad y prestigio a la nueva fundación. A partir de entonces ya sólo era cuestión de ordenar adecuadamente las rutas y organizar los episodios a lo largo del trayecto. Una tarea que los mitógrafos se dispusieron a llevar a cabo con la debida eficacia tal y como podemos comprobar a través de los ecos que se dejan sentir en el manual del Pseudo Apolodoro[34].

A la vista de los dispares testimonios con que contamos, reunidos y condensados en la obra del Pseudo Apolodoro, no resulta nada fácil establecer la serie de episodios más representativos que pudieron haber figurado desde un principio en la narración original de los viajes

---

[33] Sobre el extremo occidente, especialmente C. JOURDAIN-ANNEQUIN, «Héracles en Occident. Mythe et histoire», *DHA*, 8, 1982, pp. 227-282, y *Héracles aux portes du soir*, París, 1989. Recientemente, L. ANTONELLI, *I Greci oltre Gibilterra*, Roma, 1997, pp. 89-96.

[34] Sobre la obra del Pseudo Apolodoro, Ch. JACOB, «Le savoir des mythographes (note critique)», *Annales HSS*, mars-avril, 1994, 2, pp. 419-428, y J. C. CARRIÈRE y B. MASSONIE, *La bibliothèque d'Apollodore*, París, 1991.

de Heracles. Sus viajes hacia los confines constituyeron, por su propia naturaleza, el escenario más adecuado en el que situar un mayor número de aventuras adicionales. El espacio imaginario en el que se desarrollaban permitía también una capacidad de fabulación mucho más abierta que en los itinerarios tradicionales que discurrían por los viejos caminos griegos. Ni siquiera los avances del conocimiento geográfico que se produjeron gracias a la acción colonizadora de los griegos por toda la cuenca mediterránea consiguieron disipar del todo la bruma de misterio que en la mentalidad popular envolvía aquellas apartadas regiones del extremo occidente[35].

No contamos con ningún testimonio literario antiguo que nos permita conocer con detalle la narración de los viajes de Heracles. Los poemas épicos dedicados a su figura no han llegado hasta nosotros y en cualquier caso no parece que fueran anteriores a mediados del siglo VII a.C. Éste es el momento en el que el poeta rodio Pisandro compuso la primera de las *Heracleas* de la que tenemos noticia[36]. Fue posiblemente Pisandro el que elaboró de forma sistemática los viajes del héroe más allá de las fronteras de la Hélade, hasta los confines del extremo occidente[37]. Quizá se trataba de la traslación al plano mítico de las hazañas reales que los primeros exploradores rodios llevaron a cabo por aquellas regiones del orbe. Se han encontrado en la península ibérica numerosos objetos de origen rodio que fueron transportados seguramente por comerciantes fenicios que los habían adquirido en Sicilia o en el sur de Italia[38]. Fue casualmente un poeta siciliano, Estesícoro de Hímera, el primero que compuso un poema, la *Gerioneida*, en el que el tema de fondo eran las aventuras de Heracles en aquellos

---

35 Sobre la representación del extremo occidente en la imaginación griega, GÓMEZ ESPELOSÍN, *La imagen de España*, especialmente pp. 73 ss., donde se hallará además citada la bibliografía pertinente.

36 Sus fragmentos se hallan recogidos en la edición de A. BERNABÉ, *Poetarum epicorum Graecorum testimonia et fragmenta*, 1, Leipzig, 1987, pp. 164 ss. Sobre el poeta, Huxley, *op. cit*, pp. 99 ss.

37 De hecho en el fragmento 5 Bernabé = Athen. XI, 469c se alude a la copa del sol con la que Heracles atravesó el Océano. Sin embargo, ya Hesíodo en la *Teogonía* (287-294) revela su conocimiento de los viajes del héroe hasta aquellos confines del Océano en busca de los bueyes de Gerión.

38 Sobre la colonización rodia de occidente, A. R. BURN, *The Lyric Age of Greece*, Londres, ed. con corr., 1967, pp. 147 ss. Con independencia de la veracidad o no de las historias de fundación rodias en esta parte de occidente (cfr. J. MALUQUER DE MOTES, «En torno a las fuentes griegas sobre el origen de Rhode», en *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, pp. 125-138), los hallazgos de objetos de origen rodio, especialmente los famosos «cuencos de pájaro», en establecimientos fenicios de la península ibérica reflejan la existencia de contactos con estas regiones del orbe bien fuera a través de estos intermediarios. No es descartable, por tanto, que el conocimiento de un lejano mercado en las tierras remotas de Occidente estimulase la imaginación de los poetas a la hora de trasladar allí las hazañas de sus héroes. Sobre la cuestión rodia en general, P. ROUILLARD, *Les grecs et la peninsule ibérique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*, París, 1991, p. 93.

confines sobre los que empezaban a llegar por entonces las primeras informaciones a los enclaves griegos de Occidente[39].

La localización de los viajes de Heracles dentro de un espacio mítico en las primeras versiones de la leyenda parecen confirmarla las breves alusiones que aparecen en los poemas homéricos. En la *Ilíada* se menciona su viaje al Hades en busca del perro Cerbero[40]. El viaje al mundo de los muertos constituía a fin de cuentas la prueba definitiva y demostraba la capacidad del héroe de llegar con sus propios pasos más allá de los límites establecidos para los seres humanos. Parece que reviste también este mismo carácter su viaje hasta la isla de Eritía, ya que junto al ganado de Gerión pastaban también en sus inmediaciones las vacas de Hades, lo que parece revelar, por tanto, no sólo una proximidad espacial sino también una cierta asociación entre el monstruoso Gerión y los parajes infernales donde imperaba el dios de los muertos[41].

Una cierta reacción a esta tendencia a trasladar las aventuras del héroe hasta las regiones del extremo occidente aparece en Hecateo de Mileto, quien al parecer recondujo los pasos de Heracles dentro de los límites del orbe helénico. En opinión del logógrafo jonio, ni la morada de Gerión se encontraba en la lejana Iberia ni Heracles había sido enviado a la isla de Eritía, situada «más allá del gran mar». Gerión era el rey de la región occidental de Ambracia, en el Epiro, a donde se habría encaminado Heracles para traer las famosas vacas. Arriano, el autor que nos transmite la noticia, añade, bien por su propia cuenta o siguiendo todavía el argumento hecataico, que se trataba efectivamente de una zona rica en ganados cuya fama pudo haber llegado a oídos de Heracles mucho más fácilmente que si se tratara de las tierras de la lejana Iberia[42]. Mediante esta racionalización del mito Hecateo trataba de echar por tierra la tendencia al parecer imperante por aquel enton-

---

[39] Es el primero también que asocia las andanzas occidentales de Heracles con un término geográfico concreto, el río Tartesos, cfr. D. PAGE, « Stesichorus: The Geryoneïs», *JHS*, 93, 1973, pp. 138-154, donde sostiene, siguiendo la opinión de Barrett, que podría reconstruirse el relato de Estesícoro valiéndonos de la versión conservada en el Pseudo Apolodoro que se habría basado en la *Gerioneida* del poeta siciliano. En contra de esta opinión Ch. BRIZE, *Die Geryoneis des Stesichoros und die frühe griechische Kunst*, Würzburg, 1980, pp. 30 ss. Sobre la leyenda y su localización, G. CRUZ ANDREOTTI, «Estesícoro y Tartesos», *Habis*, 22, 1991, pp. 49-62.

[40] *Il.*, VIII, 368.

[41] Así se refleja en el testimonio de Apol., *Bibl.*, II, 5, 10. Sobre el mito de Gerión y su relación con el mundo de los muertos, J. H. CROON, *The Herdsman of the Dead. Studies of Some Cultd, Myths and Legends of the Ancient Greek Colonisation Area*, Utrecht, 1952. Por el contrario, hay quien como R. DION, «Tartessos, l'Ocean homérique et les travaux d'Hercule», *RH*, 224, 1960, pp. 27-44, sostiene que se trata de una referencia específica a la zona del estrecho de Gibraltar, conservando la tradición el recuerdo de las navegaciones de época micénica hacia aquellas zonas de la ecúmene.

[42] FGrHist I, F 26 = Arr., *Anab.*, 2, 16, 5.

ces de situar las aventuras de Heracles en los confines extremooccidentales del orbe. Resulta ciertamente interesante el hecho de que Hecateo negara rotundamente el viaje de Heracles hasta Eritía, ya que parecía el escenario adecuado en el que situar las andanzas del héroe en la versión original de una leyenda por tratarse de un lugar que disfrutaba de un *status* mítico y fabuloso en la mentalidad griega[43], tal y como había sucedido en el caso de los Argonautas.

En los dos viajes de Heracles a los confines del mundo (en busca de los ganados de Gerión y al jardín de las Hespérides) reaparecen los elementos característicos de esta clase de narraciones. Para empezar, se trata evidentemente de viajes de carácter forzado que el héroe se vio obligado a realizar como dos episodios más de los famosos doce trabajos que le había impuesto Euristeo, el rey de Micenas. El destino era siempre un lugar situado en los confines del mundo, más allá del alcance de los seres humanos, que resultaba imposible localizar sin la ayuda de los dioses o sin el concurso de la información adecuada, proporcionada por seres de carácter semidivino; había que luchar contra un monstruo que guardaba los bienes preciados que constituían el objetivo de su viaje; eran frecuentes las acciones colaterales que tenían lugar en el curso del viaje; y por fin el héroe debía emprender un largo viaje de retorno que constituía el escenario propicio en el que insertar nuevas aventuras que extendían hasta el infinito las andanzas del héroe y le situaban en el comienzo genealógico de numerosos pueblos y ciudades.

La isla de Eritía era el destino final de su viaje en busca de los bueyes de Gerión. Según la tradición más antigua, se hallaba situada al otro lado del Océano y para llegar hasta ella era preciso un medio de transporte particular que superase la incapacidad de las naves humanas para realizar un viaje de estas características excepcionales[44]. Heracles utilizó para ello la copa del Sol, que admirado por la astucia del héroe le proporcionó este medio de transporte. Cuando Heracles atravesaba Libia se sintió agobiado por el calor y lanzó airado sus flechas contra el Sol en señal de protesta. El astro rey contempló con simpatía este infantil acto de rebeldía y decidió facilitar la tarea del héroe.

El motivo del enfrentamiento contra monstruos o seres extraordinarios se cumple en el propio destino final del viaje. En la isla, Heracles tuvo que luchar contra el terrible perro que guardaba el ganado, contra el pastor Euritión, y, por fin, contra el mismo Gerión, un gigante monstruoso que tenía el cuerpo de tres hombres fundidos en uno

---

43 Sobre el *status* mítico de Eritía, GÓMEZ ESPELOSÍN, *Tierras fabulosas*, pp. 124-126.

44 Recordemos que ya la madre de Odiseo le advierte tras su llegada al Hades que «es difícil a los vivos contemplar esto, pues hay en medio grandes ríos y terribles corrientes, y, antes que nada, Océano, al que no es posible atravesar a pie si no se tiene una bien fabricada nave», *Od.*, XI, 156-159. (Traducción de J. L. Calvo, Editora Nacional.)

solo. También en el camino de ida, a través de Europa y Libia, tuvo que dar muerte a numerosos animales salvajes que el conciso resumen del Pseudo Apolodoro no permite precisar con mayor detalle. Consiguió también un objeto preciado de cualidades extraordinarias como eran las célebres vacas de Gerión. Por fin, como recuerdo perenne de su estancia en aquellos confines, a su paso por Tartesos, erigió las columnas que llevan su nombre y señaló de esta forma los límites precisos de todas las navegaciones humanas.

Sin embargo, como sucedió con la saga argonáutica, fue el viaje de regreso hasta Grecia, recorriendo las tierras de Europa occidental, el momento propicio en el que situar la mayor parte de las aventuras que aparecen asociadas a este itinerario. Destacan los enfrentamientos con pueblos hostiles que trataron de robarle su preciado botín, como los ligures, contra los que se vio obligado a utilizar como dardos unas piedras que Zeus había hecho llover sobre la región cuando a su hijo predilecto se le agotaron los dardos[45]. De sus enfrentamientos con bandidos destaca el episodio de Caco en Italia, que trató de robarle el ganado mientras dormía. Es igualmente significativo su enfrentamiento con Erix, el rey de los Elimos en Sicilia, que se había apropiado indebidamente de algunas de las reses que andaban vagando sueltas y desafió al héroe a un combate singular.

A través de todos estos episodios podemos constatar intereses de tipo etiológico, intentos de legitimación política e ideológica, y un claro reflejo de las obsesiones y preocupaciones habituales que asaltaban de continuo a los viajeros como eran la presencia inevitable de bandidos a lo largo de la ruta o el comportamiento salvaje de algunos monarcas que controlaban puntos destacados del trayecto. Las divagaciones y desvíos a que daban lugar estos viajes de retorno quedan también patentes en el caso de Heracles. Así lo revelan su paso por regiones del norte como Tracia o Escitia. En Tracia sus vacas se dispersaron por obra de un tábano que había enviado Hera y tuvo lugar un extraño incidente con el río Estrimón. El héroe lo castigó llenándolo de piedras y lo hizo así del todo impracticable.

En Escitia, el héroe perdió sus vacas cuando se quedó profundamente dormido a causa del frío. Cuando marchó en su búsqueda se encontró con un ser extraño, mitad mujer, mitad serpiente, que le exigió que se uniera con ella a cambio de la devolución de las reses. De esta unión nacieron tres hijos, uno de los cuales, el más joven, se convirtió en el antepasado epónimo de los escitas[46]. Posiblemente se trata de una historia de origen local, que pudo haber surgido en alguna de las

[45] El episodio aparecía ya en Esquilo en el *Prometeo Liberado*, fr. 199 R.
[46] Hdt. IV, 8-10.

ciudades griegas de la región con la finalidad de proporcionar una explicación etiológica de los orígenes de las poblaciones indígenas de la zona[47].

Otro episodio, del que nos informa Isócrates, se refiere a su paso por Mesenia, donde Neleo y sus hijos, con la excepción de Néstor, trataron de robarle el ganado. Heracles les dio muerte a todos ellos e impuso a Néstor en el trono de su padre[48]. Seguramente nos hallamos ante un claro intento de legitimar la posesión doria de esta región, según admitía el propio Isócrates.

Mucho más numerosos son los detalles con que contamos de su viaje hasta las Hespérides, en busca de las manzanas de oro. El héroe tuvo que realizar para ello un largo periplo que lo condujo por todos los confines de la tierra habitada, desde Iliria hasta el Cáucaso. A lo largo del viaje tuvo que pasar sucesivamente por Libia, Egipto, Asia, Arabia, y de nuevo por Libia para terminar llegando hasta el mar exterior. En el curso de este tortuoso itinerario Heracles tuvo que enfrentarse con una serie de adversarios imponentes que constituían una seria amenaza para los viajeros. Combatió con Cicno en el río Equeloro, con Anteo en Libia, con Busiris en Egipto y con Ematión en Arabia.

La primera dificultad era averiguar el itinerario adecuado. Para ello Heracles tuvo que acudir a la región del río Erídano, donde las ninfas le aconsejaron que capturara a Nereo, la divinidad marina que podría proporcionarle toda la información necesaria. Una vez más nos hallamos con el motivo del desconocimiento de la ruta adecuada y de la necesidad consiguiente de obtener una información que sólo se hallaba al alcance de seres divinos o de características excepcionales.

Un papel similar desempeña también su encuentro con el titán Prometeo. Cuando Heracles le liberó de su terrible y eterno castigo, Prometeo le aconsejó que acudiera en busca de Atlas para que fuera él quien llevase a cabo el trabajo. Prometeo se encontraba apresado en uno de los confines del mundo, en el Cáucaso, y por tanto era previsible que Heracles llegase hasta su presencia en su recorrido por estos espacios liminales.

El motivo de la lucha contra el monstruo aparece en la versión de la historia que optaba por trasladar directamente al héroe hasta el afamado jardín donde un dragón insomne vigilaba el árbol del que pendían las inmortales manzanas. Es muy probable que nos hallemos ante uno de los episodios más antiguos si tenemos en cuenta el carácter fabuloso del destino, un lugar estrechamente relacionado con el ámbito

---

[47] Véase al respecto F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote*, París, 1980, pp. 41-45. Sobre los posibles fundamentos «indígenas» de esta historia, W. Kendrick Pritchett, *The Liar School of Herodotos*, Amsterdam, 1993, pp. 45-47.

[48] Isocr., *Arch.*, 19.

divino, y el hecho de que el héroe debió deambular por un espacio geográfico de perfiles indefinidos que le obligó a recorrer tanto los confines orientales como los occidentales.

Aparte de sus dos viajes a los confines del mundo, el resto de sus trabajos se desarrolló dentro de un espacio geográfico de contornos mejor definidos que iban desde el Peloponeso a las regiones limítrofes de la Hélade. Sin embargo, estos episodios transcurrían siempre en zonas marginales *(eschatiai)*, como montañas, bosques y pantanos que constituían el habitat natural de toda clase de seres extraordinarios como ninfas, centauros, sátiros o fieras descomunales, un ámbito hostil y poco frecuentado en el que sólo los héroes de la talla de Heracles tenían posibilidades de sobrevivir con éxito. El héroe tuvo que hacer frente a una serie de bestias imponentes, como el león de Nemea, la hidra de Lerna o el jabalí del Erimanto, que constituían un serio peligro para la seguridad de las zonas cultivadas.

Sus trabajos en Tracia o Asia Menor ofrecían un mayor campo de posibilidades a la hora de asociar a su realización otros episodios colaterales. Así, en el camino hacia Tracia Heracles tuvo que combatir contra el pueblo de los bistones y su rey Diomedes; a su regreso fundó la ciudad de Abdera en honor del personaje homónimo, hijo de Hermes y uno de sus favoritos, que había sido víctima de las yeguas mortíferas del rey tracio.

Su viaje hasta la tierra de las Amazonas, que todavía se localizaba en las riberas del río Termodonte al norte de Asia Menor, le proporcionó la ocasión de realizar un viaje por mar. A lo largo del trayecto, Heracles arribó a la isla de Paros, donde tuvo que dar muerte a los hijos de Minos por haber asesinado a dos de sus tripulantes cuando desembarcaban en la isla; fue acogido por el rey Lico, al que prestó su colaboración en su lucha contra sus enemigos los bébrices; y combatió por fin contra las Amazonas, que habían sido al parecer incitadas por Hera para que presentasen batalla a los recién llegados. A su regreso pasó junto a Troya y allí liberó a la hija del rey, la princesa Hesíone, que había sido expuesta en una roca a un terrible monstruo marino como forma de aplacar la cólera de Apolo; arribó a Eno, donde acabó con el insolente Sarpedón; llegó a la isla de Tasos, donde sometió a sus bárbaros habitantes, y se la entregó después a los hijos de Androgeo para que la poblasen; por último, en Torone, mató a los hijos de Proteo, que le habían desafiado a luchar[49].

---

[49] Apol. II, 8-9. Se trata sin duda de un resumen a la manera del mitógrafo griego, pero da la impresión que los diferentes episodios que aparecen en su relato simplemente aludidos o mencionados pudieron haber tenido un más amplio desarrollo. De hecho, el episodio troyano era ya conocido de Homero, que alude al mismo en la *Ilíada* en dos ocasiones, *Il.*, VII, 452-3, y XXI, 441-457.

En definitiva, todo un conjunto de episodios variopintos que reflejan la inextricable trama en la que se habían fundido a lo largo de etapas sucesivas los ecos de la experiencia colonial, como las ambiguas relaciones con las poblaciones indígenas o las cadenas ininterrumpidas de venganzas, la inevitable presencia de elementos extraídos del cuento popular como la lucha contra monstruos marinos o el rescate de princesas, los afanes etiológicos que encandilaban a todas las ciudades griegas y en especial a las más recientes, y por último la influencia de otras sagas heroicas que trasvasaban con cierta libertad personajes, escenarios y episodios. Todo este proceso se desarrollaba además dentro de un contexto geográfico mejor conocido que permitía trazar con antelación la secuencia lineal de los itinerarios e insertar, por tanto, en el lugar adecuado, las nuevas aventuras previstas. Un procedimiento, en suma, hasta cierto punto elástico que facilitaba las sucesivas reelaboraciones y se convertía en una auténtica bola de nieve que se deslizaba imparable por la pendiente de toda la tradición literaria.

## El viaje de Perseo

Perseo es otro de los héroes cuyas hazañas principales se encuentran relacionadas con un viaje fabuloso a los confines del mundo. Sin embargo, los testimonios acerca de su aventura se encuentran diseminados a lo largo y ancho de la literatura antigua sin que ninguna obra en concreto, al menos de las conservadas hasta nosotros, tenga como tema principal las andanzas del héroe. No parece, en efecto, que fuera uno de los temas favoritos que trataron los poetas épicos y de hecho su nombre no aparece vinculado a ninguna de las célebres sagas legendarias. Homero le menciona una sola vez pero no alude para nada a su célebre hazaña, y aunque nombra en otros tres pasajes a la Gorgona, no establece ninguna relación entre la existencia de este ser monstruoso y las andanzas del héroe[50].

La referencia más antigua la encontramos en la *Teogonía* de Hesíodo, donde al enumerar el poeta la monstruosa descendencia de Ceto y Forcis hace mención de las Grayas y las Gorgonas y alude a la hazaña de Perseo, que consiguió cortar la cabeza a Medusa, la única de las tres hermanas que era mortal[51]. El poeta beocio sitúa la morada de las Gorgonas

> «al otro lado del ilustre océano, en el confín del mundo hacia la noche, donde las Hespérides de aguda voz»

---

[50] Hom., *Il.*, XIV, 320 (Perseo); *Il.* V, 741; VIII, 349; XI, 36, y *Od.*, XI, 634 (Gorgona).
[51] Hes., *Th.*, 270-281.

es decir, en los límites occidentales del orbe, hasta donde se suponía que había debido viajar el héroe para cumplir su hazaña. Es también el mismo Hesíodo, esta vez en el *Escudo*, el que hace referencia a la manera como el héroe llevó a cabo la empresa[52]. Provisto de sandalias aladas, una espada de bronce, unas alforjas y el casco de Hades, Perseo pudo conseguir su objetivo y escapar raudo volando de la persecución implacable de los otras dos hermanas. El tema, al parecer, gozó de cierta popularidad a juzgar por algunas de las representaciones artísticas que lo ilustran ya desde el segundo cuarto del siglo VII a.C.[53]

Sin embargo los pormenores de su viaje hasta esos confines del mundo apenas aparecen mencionados de manera incidental en nuestra tradición hasta los resúmenes del Pseudo Apolodoro y Ovidio[54]. Quizá mucho antes ya Ferécides, en la primera mitad del siglo V a.C., había elaborado un relato más amplio y continuado de toda la historia a juzgar por el resumen que poseemos del mismo en los escolios a Apolonio de Rodas[55]. Aunque realizó algunas modificaciones en la tradición legendaria griega, puede decirse que fue él quien llevó a cabo una cierta sistematización de la misma siguiendo una línea conservadora en contraste con el método racionalista de Hecateo o con el tratamiento más libre de los trágicos[56]. Parece, por tanto, razonable reconocer en el relato de Ferécides el esquema básico y quizá más antiguo de la historia de Perseo, que luego reflejaron por un lado el Pseudo Apolodoro, de manera sumaria, y por otro Ovidio, atendiendo a las razones poéticas que justificaban su inserción dentro de su obra[57].

El resumen de Ferécides nos presenta los rasgos principales de la historia. Una vez más nos encontramos con un viaje de carácter forzado que el héroe se ve obligado a llevar a cabo sin más remedio. Mientras se hallaban en Sérifos, donde habían ido a parar Perseo y su

---

[52] Hes., *Esc.*, 217-237.

[53] Al respecto, T. GANZ, *op. cit.*, pp. 304 ss. En particular, J. M. WOODWARD, *Perseus. A Study in Greek Art and Legend*, Cambridge, 1937, y C. DUGAS, «Observations sur la légende de Persée», *REG*, 69, 1956, pp. 1-15.

[54] Apol. II, 4, y Ov., *Met.*, IV, 615 ss.

[55] En Jacoby *FGrHist* 3 F 10-12. Dentro de la tradición artística, el motivo de la decapitación de Medusa y la persecución consiguiente de las otras hermanas continúa siendo el tema predominante con alguna ligera excepción como un ánfora calcidia de en torno al 520 a.C. sobre la que aparecen tres mujeres calificadas como Neides que se aproximan a Perseo con los dones mágicos que precisa para llevar a cabo su hazaña. Una escena similar se mostraba al parecer en el templo de Atenea en Esparta si hacemos caso del testimonio de Pausanias (III, 17, 3); cfr., Ganz, *op. cit.*, p. 305.

[56] J. B. BURY, *The Ancient Greek historians*, Londres, 1909, pp. 18-20. En general sobre la figura de Ferécides, F. JACOBY, «The First Athenian Prose Writer, *Mnemosyne*, ser. III, 13, 1947, pp. 13-64, y K. VON FRITZ, *Die griechische Geschichtsschreibung*, Berlín, 1967, pp. 63 ss.

[57] Al respecto, K. SARA MYERS, *Ovid's Causes. Cosmogony and Aetiology in Metamorphoses*, Ann Arbor, 1994, pp. 75-77.

madre Dánae en su forzado exilio, el rey de la isla, Polidectes, aprovechó la bravuconada del joven héroe, que había ofrecido la cabeza de la Gorgona como regalo para la boda de Hipodamía, para deshacerse del único obstáculo que podía encontrar de cara a sus intenciones amorosas hacia Dánae. Desesperado ante tan terrible circunstancia, Perseo recibe la ayuda de Hermes y Atenea, que le aconsejan sobre la forma más adecuada de cumplir su promesa. La primera etapa consistirá en recabar la información necesaria de las Fórcides, tres viejas de aspecto espeluznante que poseían un solo ojo y un solo diente para las tres. El héroe se lo robó y de esta forma les obligó a indicarle el camino apropiado hacia las Ninfas, que poseían los objetos necesarios para llevar a buen término su aventura: las sandalias aladas que le permitirían volar, el casco de Hades que le haría invisible, y el zurrón particular en el que habría de guardar la cabeza de la Gorgona una vez la hubiera decapitado con el fin de evitar su mirada terrible capaz de petrificar todo aquello sobre lo que dirigía la vista.

La localización de ambos lugares permanece en la más completa indeterminación geográfica. Ni Ferécides ni posteriormente el Pseudo Apolodoro mencionan para nada la ubicación de las primeras. Sólo Ovidio las sitúa en un paraje ciertamente espectacular, al pie del monte Atlas, resguardadas por una masa rocosa que les servía de fortificación[58]. Sin embargo, y con independencia de los estereotipos paisajísticos que imperan en la poesía de Ovidio[59] y del escaso interés en el relato pormenorizado de las incidencias del viaje[60], es muy posible que su versión se viera influida por la posterior ubicación de la morada de las Gorgonas en las regiones extremooccidentales cuya ruta pasaba indefectiblemente por la región norteafricana donde se hallaba la gran montaña «atlántica». Lo más probable es que la morada de las Grayas o Fórcides se hallara situada en la versión inicial de la historia en un espacio mítico, si no completamente inaccesible para los mortales, al menos sí lo suficientemente dificultoso como para requerir el apoyo indispensable de los dioses.

Más próximo, quizá, al esquema original del relato se halla la versión de Esquilo, que situaba a las Fórcides en la proximidad de las Gorgonas, para las que incluso harían las veces de guardianas[61]. Es cierto, sin embargo, que por exigencias de la realización escénica Esquilo pudo haberse visto obligado a reducir a un solo paisaje en el que

---

[58] Ov., *Met.*, IV, 772-775.

[59] Cfr. C. P. SEGAL, *Landscape in Ovid's Metamorphoses. A Study in the Transformation of a Literary Symbol*, Wiesbaden, 1969.

[60] De hecho, el propio poeta resalta que Perseo concluyó su relato «antes de lo esperado» *ante expectatum tacuit tamen*, IV, 790.

[61] Así en las *Fórcides*, F. 262 N = 459 M. Sobre la geografía de la leyenda de Perseo en Esquilo, A. BERNAND, *op. cit.*, p. 90.

confluirían de manera forzada los tres escenarios sucesivos que originalmente presentaba la historia: Fórcides, Ninfas y Gorgonas[62]. De cualquier manera, da la impresión que Esquilo situaba la morada de estos terribles seres dentro del espacio mítico de los confines del mundo en el que los sistemas de orientación no se ajustaban a las coordenadas geográficas habituales y presentaban una cierta indefinición respecto a los puntos cardinales esenciales. Ésa es al menos la impresión que se desprende del célebre pasaje del *Prometeo encadenado,* en el que se describen las andanzas de Io dentro de un mapa imaginario ciertamente enmarañado que presenta notorias imprecisiones[63].

Quizá debemos interpretar también en esta misma dirección la alusión de Píndaro al viaje de Perseo hacia la tierra de los hiperbóreos[64]. La opinión más generalizada es que habría alcanzado este fabuloso lugar en el curso de su viaje en busca de la morada de las Ninfas, donde iba a adquirir los utensilios mágicos que facilitarían su empresa. Sin embargo, lo más probable es que nos encontremos una vez más dentro de esa absoluta indefinición geográfica que caracteriza a los confines del mundo dentro de la mentalidad mítica en la que tienden a confundirse algunos de los puntos cardinales. De hecho, en el pasaje antes comentado del *Prometeo encadenado* de Esquilo, a renglón seguido de las Gorgonas, aparecen citados los Arimaspos, pueblo de un solo ojo que desde antiguo, al menos desde el relato de Aristeas de Proconeso que se refleja en Heródoto, aparecían situados hacia el extremo norte[65]. No parece descabellado suponer, por tanto, que en el curso de un viaje por estos confines nororientales del orbe se hiciera arribar al héroe al que quizá era el lugar más emblemático de estos confines dentro de la geografía mítica, la morada de los bienaventurados hiperbóreos. Un lugar además muy adecuado a la trayectoria iniciática del héroe, a la vista del particular interés escatológico de Píndaro, que es por otra parte nuestro único testimonio a este respecto[66]. Lo cierto es que en la visión de Esquilo, tanto Io como Perseo prosiguen su viaje desde estos lugares extremoorientales hacia Etiopía, algo que se ajusta

---

[62] P. Arnott, *Greek Scenic Conventions in the fifth Century*, Oxford, 1972.

[63] Al respecto pueden verse las notas de la edición del Prometeo de M. Griffith, «Aeschylus», *Prometheus Bound*, Cambridge, 1983, pp. 213 ss.

[64] Pind., *Pyth.* X, 29-36.

[65] Esq., *Prom.*, 793-806. Sobre el relato de Aristeas, J. D. P. Bolton, *Aristeas of Proconnesus*, Oxford, 1962 (véase el ilustrativo mapa que representa el viaje de Io).

[66] Existe un cierto debate acerca del momento en que se produjo la visita de Perseo a los hiperbóreos, si antes de decapitar a Medusa o después, recibiendo como premio a sus hazañas la estancia en tan idílico y bienaventurado lugar; cfr. E. Robins, «Intimations of inmortality: Pindar, Ol. 3.34-35», en D. E. Gerber, ed., *Greek Poetry and Philosophy. Studies in honour of Leonard Woodbury*, Chico, California, 1984, pp. 219-228, esp. pp. 224 ss. Sobre la función de estas referencias míticas en la poesía de Píndaro, D. Steiner, *The Crown of Song. Metaphor in Pindar*, Oxford, 1986, pp. 140-141.

a la imagen difusa y circular de los confines del mundo que se refleja en este tipo de descripciones.

Fuera cual fuera el itinerario seguido, el destino final del héroe era la morada de las terribles Gorgonas que desde el principio aparecía situada en los confines occidentales del mundo. Nuevamente Esquilo parece representar una alternativa al paradigma originario al situarla en los confines orientales y en una llanura denominada Cistene[67]. La tradición más antigua, que para nosotros aparece representada en Hesíodo, situaba la morada de las Gorgonas en una isla del océano a la que incluso se la denomina en algunas instancias Sarpedonia[68]. Perseo tuvo, de hecho, que llegar hasta ella volando, utilizando, por tanto, un medio de transporte de características extraordinarias que permitía superar las limitaciones humanas para viajar hasta estos confines. La asociación de la morada de estos terribles seres con islas oceánicas que se situaban además de forma cada vez más insistente en el lejano occidente se pone de manifiesto en toda la tradición posterior. Es la imagen que se refleja en Plinio el Viejo, que habla de unas islas denominadas Gorgades localizadas a lo largo de la costa atlántica africana frente al punto denominado Cuerno de Occidente[69]. La información procedería según el enciclopedista latino de un tal Jenofonte de Lámpsaco, autor de un periplo en algún momento de la época helenística[70]. Al parecer, dicho autor no sólo indicaba su precisa ubicación geográfica en un punto de la costa occidental de África, sino que llegaba a precisar también la distancia que las separaba del continente, consistente en dos jornadas de navegación. Éstas serían además las islas que aparecían mencionadas en el célebre Periplo de Hanón cuando el intrépido almirante púnico encontró al final de su recorrido una isla en la que habitaban unos seres muy velludos cuyas mujeres fueron precisamente las que ofrecieron la mayor resistencia a la hora de proceder a su captura ya que los varones salieron huyendo del lugar con gran rapidez.

No es éste el lugar apropiado para entrar a fondo en la problemática que rodea al periplo[71], pero si admitimos como lo más probable que este texto griego remonte en su origen al período helenístico, nos

---

[67] Esq., *Prom.*, 793. El escoliasta conjetura al respecto suponiendo que se trata de una ciudad de Libia o Etiopía mientras que Harpocración, citando al comediógrafo ateniense del siglo V a.C. Cratino, menciona el monte Cistene como uno de los lugares proverbiales de los confines de la tierra.

[68] Sobre este asunto pueden verse nuestras consideraciones en *Tierras fabulosas*, pp. 126-129.

[69] Plin., *N.H.*, VI, 200.

[70] Sobre este autor, F. SUSEMIHL, *Geschichte der griechischen Litteratur in der Alexandrinerzeit*, Leipzig, 1891, p. 692, y F. GISINGER, *RE*, IX, A, 2 s.v. «Xenophon», col. 2051-2052.

[71] Remitimos para ello a su lugar correspondiente dentro del presente libro.

hallaríamos de este modo dentro de la misma onda en que se encontraba el mencionado Jenofonte de Lámpsaco, la de otorgar carta de ley geográfica a las especulaciones míticas que habían venido circulando sobre aquellos confines del orbe desde los tiempos arcaicos mediante procedimientos tan bien conocidos como el de integrar el lugar dentro de las pretendidas andanzas de un almirante cartaginés del siglo V a. C., o dotarlo de unas coordenadas y una posición concreta que resultara plausible dentro del esquema de conocimientos geográficos de aquellos momentos. De cualquier forma, para nuestra intención presente lo que parece claro es que ya en el período helenístico se estableció una estrecha relación entre la mítica aventura de Perseo y el relato de cualquier pretendida navegación por aquellos confines, ahondando y en cierta manera racionalizando así la posición oceánica original de la morada de las Gorgonas[72]. Una posición que se vio sometida a las nuevas demandas de racionalización y a los debates especulativos de naturaleza geográfica que recalaban a veces en el terreno de la mera paradoxografía y que constituyeron la norma dominante a lo largo del período helenístico[73].

La tendencia a situar las aventuras de los grandes viajes heroicos en espacios geográficos más concretos alcanzó también a la historia de Perseo. Los difusos conocimientos sobre la geografía del norte de África que desde la ciudad de Cirene habían alcanzado al mundo griego se dejaron sentir muy temprano de alguna manera en la saga de Perseo. En uno de los ya mencionados fragmentos de Esquilo se decía que el héroe arrojó el único diente de las Grayas al lago Tritón, un lugar emblemático de la geografía de estos contornos de la ecúmene como podemos comprobar en Heródoto, que lo establece como auténtica línea divisoria entre las regiones mejor conocidas y las zonas más salvajes y extremas[74]. Esta concepción del espacio mítico alojado en una todavía brumosa representación de las tierras africanas más occidentales se deja sentir también en la tradición posterior. El mitógrafo helenístico Dionisio Escitobraquión presentaba a las Gorgonas como uno de los muchos pueblos guerreros que habitaban estos contornos de la tierra y que fueron sometidos por la acción civilizadora de un héroe

---

[72] Sobre la influencia de la saga de Perseo en la redacción del texto del periplo de Hanón, J. DESANGES, *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma, 1978, pp. 58 ss.

[73] Seguramente en Plinio se reflejan, aunque de manera quizá un tanto caótica y desordenada, estos debates eruditos que nos remiten a nombres casi desconocidos como los del ya citado Jenofonte de Lámpsaco o de Estacio Seboso, del que Plinio se habría servido como fuente. Acerca de estas cuestiones, L. A. GARCÍA MORENO, «Plutarco, Sertorius 8, 2, 3 y los orígenes de la geografía paradoxográfica latina», en J. García López y E. Calderón Dorda, eds., *Estudios sobre Plutarco: Paisaje y naturaleza*, Madrid, 1991, pp. 27-35.

[74] Hdt. IV, 178 ss. Cfr. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Tierras fabulosas*, pp. 227 ss.

como Perseo[75]. Una línea que siguió también Pausanias, quien atribuye a un misterioso Procles la información correspondiente acerca de un pueblo guerrero y salvaje que asolaba las proximidades del lago Tritón hasta que Perseo puso fin a sus ataques con la ayuda de Atenea[76]. Incluso Ovidio podría situarse también dentro de esta misma línea, cuando en su breve alusión al paisaje que hubo de atravesar Perseo para alcanzar la morada de las Gorgonas menciona

> «regiones muy ocultas y apartadas y de riscos erizados de abruptas selvas»[77].

Un paisaje que requiere, por cierto, una secuencia territorial indeterminada más que el paraje aparentemente reducido de una isla oceánica. Relacionado con esta tendencia a la localización africana, si bien se trataba de una geografía real todavía mal representada en sus contornos mínimos, está el episodio que menciona su encuentro con Atlas en el viaje de regreso. Parece que el asunto se remonta a un autor de ditirambos como Polyido pero que conocemos mejor gracias al correspondiente relato de Ovidio[78]. Su inclusión dentro del relato se explica por el manido procedimiento del personaje que rehúsa dar hospitalidad al héroe en el curso de su viaje o constituye una amenaza inevitable en su avance. Sin embargo, la finalidad del episodio en cuestión es justificar desde un punto de vista etiológico la transformación de Atlas en una gran montaña de aquellas latitudes o explicar las prevenciones que abrigaba Atlas hacia los extranjeros ante la advertencia de un oráculo acerca de un hijo de Zeus que le robaría las manzanas. Uno u otro motivo hablan en favor del carácter tardío de este episodio[79].

También la mención de Perseo en el *lógos* egipcio de Heródoto se explica dentro de esta misma tendencia[80]. Con independencia del paralelo que el historiador establece entre el héroe griego y la correspondiente deidad egipcia, Heródoto admite de pasada que la explicación de su presencia en el país del Nilo se debe a su viaje en busca de la cabeza de Gorgona a lo largo de Libia. Esta presencia de Perseo en Egipto, que Heródoto traslada al nivel del culto y hasta invoca una cierta genealogía mítica, se reflejó también en la denominación de algunos parajes con su nombre como la atalaya de Perseo que caracteri-

---

[75] Ésa es al menos la versión que nos presenta Diodoro de Sicilia, III, 55, que utilizó como fuente a dicho autor; cfr. J. S. RUSTEN, *Dionysius Scytobrachion*, Colonia, 1982.

[76] Paus. II, 21, 6-7.

[77] Ov., *Met.*, 778-779.

[78] Escolio a Licofrón 879 = 837 PMG: Ovid., *Met.*, IV, 627-662.

[79] Cfr. Graf, *op. cit.*, p. 307.

[80] Hdt. II, 91.

zaban algunos de los puntos principales de la costa egipcia[81]. Sin duda, la localización del mito en tierras africanas sirvió a fines diversos que iban desde el deseo de entroncar los venerables y milenarios cultos egipcios con el panteón helénico hasta la explicación etiológica de algunas de las características más llamativas de este territorio como la abundancia de serpientes que procederían de las gotas de sangre que destilaba desde el aire la decapitada cabeza de Medusa[82].

No existen los mismos problemas a la hora de establecer el itinerario de su viaje de retorno. Su paso por Etiopía, donde llevó a cabo la salvación de Andrómeda, que se hallaba encadenada a una roca a merced del acecho de un terrible monstruo marino, es un lugar común de toda nuestra tradición literaria[83]. La elaboración del tema parece que remonta a Ferécides, a pesar de que no aparece en primera instancia mencionado dentro del sumario que poseemos. Sin embargo, Hesíodo ya conocía la historia tal y como prueba uno de los fragmentos de sus *Eeas,* en el que alude vagamente a la célebre pareja[84]. Se trata, por tanto, de un episodio antiguo que quizá no alcanzó inicialmente el desarrollo dramático posterior, que hizo de él uno de los temas favoritos de los trágicos, pero que contenía los ingredientes folclóricos básicos –la lucha contra el monstruo y el rescate de una princesa– que resultaban adecuados para una gesta heroica de estas características[85].

Un viaje, en definitiva, que se ajusta perfectamente a los patrones establecidos del género: su carácter forzado, las aventuras habidas en un espacio mítico, la necesidad de conseguir información acerca de la ruta de personajes singulares semidivinos, la lucha contra el monstruo, la ayuda de los dioses, la utilización de un medio de transporte especial que posibilita el cumplimiento de la aventura, su encuentro con la muerte y la superación de la misma[86], la presencia del héroe en un lu-

---

[81] Hdt. II, 15.

[82] Ésa es al menos la intención del escolio al correspondiente pasaje de las Argonáuticas de Apolonio de Rodas, Jacoby 3 F 12.

[83] Sobre esta tradición, K. M. PHILLIPS Jr., «Perseus and Andromeda», *AJA*, 72, 1968, pp. 1-23.

[84] Hes., fr. 135.

[85] Se ha sugerido que podría tratarse de un mito de procedencia oriental que penetró en el mundo griego a lo largo del denominado período orientalizante. Había de hecho una tradición alternativa que situaba la exposición de Andrómeda en la ciudad de Jopa (la actual Jaffa en Israel) que se remonta al menos a mediados del siglo IV a.C. ya que aparece mencionado en el periplo del Pseudo Escílax. Estrabón localizó también la roca en Jopa (XVI, 2, 28). Sobre los paralelismos orientales, M. L. WEST, *The East face of Helicon. West Asiatic elements in Greek poetry and myth*, Oxford, 1997, pp. 453-455.

[86] Recuérdese a este respecto la significación que se atribuía a la mirada de la Gorgona y su presencia posterior como signo emblemático en los escudos con un valor apotropaico. Aparece también en la *Nekuia* de la Odisea como símbolo de los poderes de captación de la muerte. Cfr. J. P. VERNANT, *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*, Barcelona, 1986 (París, 1985).

gar de significación escatológica, la existencia de *párerga* asociados a la hazaña principal, y la devolución final de los utensilios mágicos a sus legítimos poseedores. Existe incluso la posibilidad de establecer un cierto paralelismo entre el relato de Odiseo en primera persona en la corte de Alcínoo una vez finalizadas ya sus aventuras con el esbozo que aparece en las *Metamorfosis* de Ovidio, cuando el héroe relata sus andanzas ante Cefeo, el padre de Andrómeda, en ambos casos con la presencia inmediata de una princesa (Nausícaa en el caso de la *Odisea* y Andrómeda en el de Perseo) que aparece como el premio posible a todas sus desventuras. Ovidio, sin embargo, a diferencia de Homero, no estaba interesado en el desarrollo pormenorizado de estas andanzas que excedían los objetivos de su obra y se limitó a resumirlas en una frase más general:

> «Añadió también los no fingidos peligros de su largo viaje, los mares y las tierras que desde las alturas vio debajo de él, y los astros que alcanzó con el batir de sus alas»[87].

## El viaje de Odiseo

El más popular de todos los viajes heroicos es sin lugar a dudas el de Odiseo. Sin embargo, no se trata esta vez de un viaje de aventuras hacia los confines del orbe, sino de un viaje de retorno que se prolonga casi de manera indefinida a causa de la acción vengativa de un dios contra la persona del héroe. Perdida la ruta conocida, Odiseo se ve obligado a deambular sin rumbo ni destino por un espacio indefinido y caótico donde tienen lugar todas sus peripecias. El testimonio en este caso es además de «primera mano» ya que es el propio héroe el que narra sus andanzas en los cantos centrales de la *Odisea*. Su relato se convirtió enseguida en el modelo de este tipo de narraciones, como ya señaló en su día el genial Luciano:

> «Su guía y maestro de semejante charlatanería es el Ulises de Homero que disertó ante la corte de Alcínoo acerca de vientos en esclavitud y de hombres de un solo ojo, caníbales y salvajes; y además de animales de múltiples cabezas y las transformaciones de sus compañeros a causa

[87] Ovid., *Met.*, 787-789. La mención final de los astros en su viaje aéreo y la contemplación desde las alturas de las tierras y mares podría apuntar también en otra dirección: la de un autor helenístico que habría construido su relato sobre uno de los nuevos mapas de la ecúmene que circulaban por Alejandría y que dieron como resultado una obra como la de Dionisio el Periegeta, construida desde esta perspectiva. La existencia de poemas como el de Arato sobre los fenómenos celestes pone también de manifiesto el interés popular por esta clase de temas.

de los elixires: con múltiples relatos de este género dejó maravilladas a gentes tan simples como los feacios»[88].

La centralidad del relato de Odiseo dentro del poema épico que le da acogida no parece que se deba solamente al puro azar del encadenamiento narrativo que ha acabado situando en dicha posición la experiencia viajera del héroe. Como es bien conocido, Odiseo inicia el relato de sus aventuras echando mano de su memoria, abriendo con ello una especie de moderno *flash-back* narrativo que retrocede en el hilo de la narración hasta los primeros momentos de su viaje de regreso desde Troya. Quizá todo este pasaje constituía una especie de punto de inflexión narrativo dentro de la estructura general de la obra, ya que de hecho se produce inmediatamente antes de que la acción principal, el regreso a su patria y la consiguiente venganza, se desencadenen ya de forma imparable dentro del tono habitual de la tensión épica.

Su estancia en la tierra de los feacios, donde rememora su historia, constituye además la última etapa de sus aventuras. Es la escala final de sus andanzas que prepara su retorno al mundo real y constituye, por tanto, un estadio intermedio entre el universo mítico-fabuloso en el que el héroe se ha venido desenvolviendo hasta entonces, y el regreso a una realidad mucho más prosaica donde Odiseo debe recuperar el *status* perdido por medio de su terrible venganza[89]. La inclusión del relato de los viajes de Odiseo en este punto de la obra podría tener por tanto una función bien concreta, como sería la de conceder al auditorio un cierto relax, un respiro pausado que, al menos por unos momentos, liberase al auditorio de la tensión épica y de su inevitable monotonía de temas y motivos, transportándole a un universo diferente en el que la imaginación puede volar mucho más libre que dentro de los rígidos esquemas de la epopeya.

El relato de los viajes de Odiseo ya disfrutó, además, de una cierta autonomía narrativa durante la Antigüedad, pues podía aislarse del resto del poema y resultar perfectamente asumible para el auditorio como relato independiente en una ocasión determinada[90]. El relato de

---

88 Luc. *Ver. Hist.* I, 3 (trad. de Andrés Espinosa Alarcón, Biblioteca Clásica Gredos).

89 Sobre la interpretación de este interludio, J. H., FINLEY Jr. *Homer's Odyssey*, Cambridge Mass., 1978, pp. 83 ss. Sobre la posición «intermedia» de Esqueria y su posible identificación, W. B STANFORD. y J. V. LUCE., *The Quest for Ulysses*, Londres, 1974, pp. 134-135.

90 Así se deduce de la denominación que recibió posteriormente: «El apólogo de Alcínoo». El uso más antiguo conocido de esta expresión *(Alkinoou apólogos)* lo encontramos en Platón, *Resp.* 614b. Sobre sus diferentes utilizaciones, K. TÜMPEL, «Alkinou apologos», *Philologus*, 52, 1983, pp. 522-533. A pesar de que según la interpretación que se desprende de la Suda s.v. *Apólogos Alkinóou*, esta expresión se utilizaba para designar cualquier exposición larga y verbosa, la misma existencia del término resulta indicativa de la unidad temática y del *status* independiente que poseía esta parte del poema odiseico. Así

Odiseo presenta además algunas diferencias con otros relatos de viajes heroicos por su mayor dosis de realismo, que refleja casi puntualmente en muchos momentos los pormenores cotidianos de la navegación, mezclada de manera casi discreta con episodios fantásticos procedentes del cuento popular[91].

El protagonista narra efectivamente sus andanzas en primera persona a diferencia de lo que sucede en el resto de la obra donde el control narrativo es asumido desde la perspectiva impersonal del poeta con excepción de los discursos y apelaciones que pone en boca de los respectivos personajes. Desde el principio el héroe declara su evidente disgusto por su condición errante que le obliga a vagar sin rumbo lejos de su añorada patria. No viaja por placer ni por curiosidad o en busca de aventuras. Sus avatares son por el contrario el resultado de la cólera de un dios que le impide retornar a su hogar. Reaparece aquí, por tanto, el motivo del carácter forzado del viaje, rasgo fundamental de los viajes heroicos, que contribuye además a otorgar mayor credibilidad a todo el relato. En este caso, además, la credibilidad del relato de Odiseo se ve reforzada por el asentimiento de un rey como Alcínoo, que se muestra dispuesto a conceder crédito a toda su historia[92].

De cualquier manera, en el relato abundan también los elementos realistas que contribuyen a resaltar la veracidad esencial de la historia. A lo largo del relato aparecen reflejadas, casi de manera un tanto tediosa, las jornadas de navegación que resultan necesarias para trasladarse de un punto a otro de la ruta o las faenas habituales de los marineros en el momento de la partida o de la llegada a los distintos puntos de la travesía. Estos elementos producen en el auditorio una sensación de cotidianeidad que ayuda a digerir con mayor facilidad la intromisión intermitente de elementos fantásticos. Las descripciones

---

se deduce de las citas correspondientes de Eliano, *Var. Hist.*, XIII, 14, o Aristóteles, *Poet.*, XVI, 1455b y *Rhet.*, XVI, 1417a. Sobre la ocasión de la «performance» épica, B. GENTILI, *Poesia e pubblico nella Grecia antica*, Roma-Bari, 1984, pp. 203 ss.

[91] Al respecto véanse los célebres estudios consagrados al tema por D. PAGE, *Folktales in Homer's Odyssey*, Cambridge, Mass., 1973, y R. CARPENTER, *Folktale, Fiction and Saga in the Homeric Epics*, Berkeley-Los Angeles, 1946, y más recientemente U. HÖLCHER., *Die Odyssee: Epos zwischen Märchen und Roman*, Múnich, 1988.

[92] Esta clase de argumento la encontraremos más tarde en plena época imperial en la obra de Arriano cuando al exponer sus criterios de selección de sus fuentes se inclina en favor de Tolomeo, ya que al tratarse de un rey sólo podía decir la verdad. Arr., *Anab., Praef.* 2. Se ha señalado que posiblemente se trata de la influencia de la concepción estoica sobre la realeza (cfr. L. PEARSON., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York, 1960, p. 194), pero no debemos olvidar la insistencia que encontramos en Heródoto y más adelante en Jenofonte sobre la importancia que se concedía a la verdad entre los persas, la monarquía por excelencia entre los griegos, lo que retrotrae en el tiempo de forma considerable esta clase de apreciaciones.

paisajísticas se hallan también en esta misma línea y corroboran la misma impresión de realidad hasta el punto que nada parece quedar fuera del ámbito geográfico más inmediato y familiar [93]. Incluso el infatigable Victor Bérard, que buscaba ansiosamente la localización geográfica de los viajes de Odiseo, llegó a admitir llegado un momento que los puertos y ensenadas que se describen a lo largo de la *Odisea* podrían corresponder muy bien a numerosos lugares de la cuenca mediterránea [94].

La psicología de los personajes adopta también un tono esencialmente realista. Sus reacciones se ajustan a los patrones habituales como el sentir miedo ante las dificultades, alivio con la llegada a tierra, o incertidumbre y expectación ante lo imprevisto y lo desconocido. Sólo las demostraciones continuas de la astucia de Odiseo, que constituye por otro lado el rasgo característico del héroe, rompen esta aparente sensación de «trivialidad» de la historia. Incluso las intervenciones divinas se ajustan a estos mismos patrones, como podemos comprobar en la actitud de Hermes, cuando acude en ayuda de Odiseo a la isla de Circe para protegerle de los encantamientos de la maga y reconoce abiertamente ante el héroe su disgusto personal por haberse visto obligado a recorrer tales distancias por mar.

Sin embargo, a pesar de todos estos elementos realistas, el viaje de Odiseo discurre esencialmente a través de un espacio puramente imaginario en el que predomina sobre todo la fantasía. Un espacio abierto en el que fluctúan todas las referencias de orientación y los límites se extienden hasta lo indeterminado. No obstante, se inicia dentro de una geografía más real que apunta a localizaciones concretas como los alrededores de Troya o la patria de los Cicones en la costa tracia. Pero, llegado un momento, se produce la entrada en esta geografía mítica ajena a todo intento de ubicación en el mapa. Este trasvase de un universo a otro se realiza mediante el motivo de la tempestad, que es también uno de los elementos distintivos y constantes de esta clase de literatura [95]. El cabo Maleas, situado al sur del Peloponeso, constituye la última referencia de la geografía real donde el héroe pierde de forma definitiva el contacto con los mares y pueblos conocidos para adentrarse de lleno en un terreno donde solo la fanta-

---

[93] A este respecto, P. VIVANTE, *The Homeric Imagination*, Bloomington, Indiana, 1970, pp. 73 ss.

[94] V. BÉRARD, *Les navigations d'Ulysse*, 4 vols., París, 1927-1929.

[95] Sobre el motivo de la tempestad, L. BREGLIA, *Le antiche rotte del Mediterraneo documentate da monete e pesi*, Nápoles 1956, pp. 78-80, y aplicado a los relatos existentes sobre las empresas de colonización, M. LABATE, «L'iniziativa individuale nella colonizzacione greca come *topos* narrativo», *ASNP*, ser. III, vol. II, 1, 1972, pp. 100 ss. Sobre su utilización como *tópos* épico, V. CRISTÓBAL, «Tempestades épicas», *Cuadernos de investigación filológica*, 14, 1988, pp. 125-148.

sía o la recreación literaria pueden dar cuenta de sus paisajes y pobladores[96].

Los motivos que aparecen en el relato de Odiseo son los habituales en este género y representan seguramente el repertorio normativo al que se ajustaron más tarde otras narraciones posteriores. La mayoría de ellos reflejan sin duda las primeras experiencias de la exploración precolonial que comenzaba a desarrollarse a lo largo de los siglos VIII y VII a.C., transfiguradas en buena medida por los efectos evidentes de la ficción poética[97]. Sin embargo, el relato de Odiseo es algo más que una simple metáfora narrativa de diferentes navegaciones reales a lo largo de la cuenca mediterránea. Los diferentes episodios mantienen una estrecha relación interna entre sí que establece una serie de paralelismos significativos. Cada uno de ellos encierra además una lectura moral que trata de ejemplificar diferentes facetas del comportamiento humano. Y, con toda seguridad, todo el viaje de Odiseo puede ser también interpretado bajo las claves de un viaje de carácter iniciático con claras resonancias religiosas que nos presenta a su protagonista sometido a diferentes pruebas que deberían culminar con su renacimiento como ser humano o implicado en el proceso que le conduce a enfrentarse con su condición mortal y a tratar de superarla[98].

La secuencia de episodios es bien conocida de todos y no es éste el lugar donde estudiar con detalle cada uno de ellos. Nos limitaremos por el contrario a destacar algunos de los motivos fundamentales que aparecen reflejados en las diversas peripecias del héroe. Uno de ellos es el encuentro con pueblos extraños que ponen a prueba las cualidades del héroe y reflejan los peligros potenciales del mundo exterior. En el caso de Cíclopes y Lestrigones se trata de pueblos hostiles a los extranjeros que incumplen las más elementales normas de hospitalidad. Su aspecto gigantesco y monstruoso sirve para subrayar todavía más esta sensación de alteridad con respecto al mundo real de Odiseo. El triunfo de Odiseo sobre el Cíclope sólo es posible gracias a la *metis*,

---

[96] Sobre las posibles identificaciones de la geografía odiseica, MOULINIER, *op. cit.*, R. DION, «Géographie odysséenne», *Annales ESC*, enero/febrero, 1972, pp. 158-162, y recientemente G. CHIARINI, «Nostos e labirinto. Mito e realtà nei viaggi di Odisseo», *QS*, 21, 1985, pp. 11-35.

[97] O. MURRAY, «Omero e l'etnografia», *en Atti del VII Congresso internazionale di studi sulla Sicilia antica, Kokalos*, 34/35, 1988/1989, pp. 1-13.

[98] Sobre las interpretaciones de las aventuras de Odiseo, K. REINHARDT, «The adventures in the Odyssey», en S. L. SCHEIN, ed., *Reading the Odyssey. Selected Interpretative Essays*, Princeton, 1996, pp. 63-132. Sobre la *Odisea* como viaje iniciático, A. BONNAFÉ, «L'Odyssée voyage initiatique», en *La route. Mythes et realités antiques*, Dijon, 1991, pp. 3-14 y Ch. SEGAL, *Singers, heroes and gods in the Odyssey*, Ithaca, 1994, pp. 65-84. En general sobre el viaje al más allá de los héroes, GARCÍA GUAL, *Mitos, viajes, héroes*, pp. 23-75, y F. BAR, *Les routes de l'autre monde-descent aux enfers et voyages dans l'au-de là*, París, 1946.

la astucia e inteligencia del héroe. Contra los Lestrigones sólo la prudencia le hace evitar el peligro de una muerte segura de la que no se libran muchos de sus compañeros. La antropofagia, que representa la inversión total de la condición humana y su regresión a la naturaleza animal, resalta todavía más la completa alteridad de unos seres que no se rigen por ninguno de los parámetros morales que imperan entre los hombres[99].

A veces, en cambio, el peligro no es apreciable a primera vista. Los Lotófagos acogen de manera aparentemente favorable a los expedicionarios, pero la ingestión de una planta que utilizan como alimento provoca el olvido de sí mismos y el abandono de toda idea de regreso a la patria. Sólo una firme voluntad, capaz de resistir impasible los señuelos y atractivos que ofrecen las tierras desconocidas, permite superar con éxito esta clase de situaciones. Una experiencia que se repite con algunas variantes y con evidentes implicaciones escatológicas en el episodio de las sirenas[100]. En este caso el motivo del temor al olvido del retorno aparece arropado además por un elemento típico de los cuentos de marinos como era la peligrosa atracción que ejercían sobre los navegantes las voces melodiosas y los cantos de algunos seres sobrenaturales que habitaban en islas encantadas.

La presencia de islas misteriosas en las que habitaba una ninfa o una diosa que atraía a los navegantes mediante sus encantos y los retenía en su compañía contra su voluntad constituye seguramente un motivo frecuente en esta clase de relatos. Las islas representaban dentro de la mentalidad griega el escenario adecuado para albergar toda clase de maravillas. Su aislamiento natural les permitía preservar inalteradas unas condiciones de vida que por efecto de la evolución temporal o de los contactos humanos habían desaparecido hacía tiempo de las tierras continentales. Una isla era, por tanto, el espacio más apropiado donde ubicar sociedades ideales o al que relegar seres semidivinos o de carácter extraordinario y monstruoso[101].

---

99 Sobre los Lestrigones, véase el capítulo correspondiente en PAGE, *op. cit.*, y el artículo de A.TSOPANAKIS, «Lestrigoni», QUCC, n.s. 40, 1, 1992, pp. 7-13. Sobre los Cíclopes, Cl. CALAME, «Mythe grec et structures narratives: Le mythe des Cyclopes dans l'Odyssée», en B. GENTILI y G. PAIONI, eds., *Il mito greco. Atti del Convegno internazionale, Urbino 7-12 maggio* 1973, Roma, 1977, pp. 369-391, y J. A. LÓPEZ FÉREZ, «Les Cyclopes et leur pays dans la litérature grecque», en F. JOUAN y B. DEFORGE, eds., *Peuples & pays mythiques*, París 1988, pp. 57-71.

100 Sobre la canción de las Sirenas, P. PUCCI, «The Song of the Sirens», *Arethusa*, 12, 1979, 121-132 = *Schein*, pp. 191-199 y A. IRIARTE, «Le chant-miroir des Sirènes», *Metis*, 8, 1-2, 1993, pp. 147-159.

101 Sobre la importancia de la isla en el pensamiento griego, S. VILATTE, *L'insularité dans la pensée grecque*, Besançon, 1991. Sobre su idoneidad para situar en ellas los fenómenos estraordinarios, véase el magnífico trabajo de Emilio GABBA, «True history and false history in Classical Antiquity», *JRS*, 71, 1981, pp. 50-62, esp. p. 56 ss.

La estancia de Odiseo en las islas de Calipso, Circe y los feacios responde en buena medida a consideraciones de esta clase. Allí es seducido por una diosa como Calipso que le ofrece la inmortalidad, tentado también, aunque en diferente medida, por una maga como Circe que convierte en animales a sus compañeros, y acogido favorablemente en una sociedad ideal como la de los feacios, donde también se le ofrece la oportunidad de casarse con la princesa local y permanecer allí para siempre rodeado de prosperidad y abundancia[102]. La intervención divina contribuye de manera decisiva a la salida airosa del héroe de todas estas situaciones. También resultan determinantes a la hora de adoptar decisiones su firme voluntad de retorno y la convencida autoafirmación de su personalidad que le impulsa a rechazar perspectivas tan prometedoras.

Odiseo cuenta también, como todos los héroes, con la inapreciable ayuda de los dioses. Hermes acude en su ayuda durante su estancia en la isla de Circe y le proporciona el brebaje necesario para protegerse de los maleficios de la diosa. Atenea prepara cuidadosamente toda su estancia en la patria de los feacios y le asiste en los momentos decisivos de su aventura errante. También Eolo, el dios de los vientos, le regala el odre donde estaban encerrados estos elementos, cruciales para una buena singladura, con el fin de facilitarle el retorno a su patria. El propio Eolo y en cierta manera también Circe le indican la ruta adecuada a seguir dentro de este espacio sin referencias ni orientaciones en las que el héroe deambula sin rumbo fijo.

No faltan los elementos fantásticos como la lucha contra seres monstruosos. Dentro de esta categoría entrarían sin duda el Cíclope, al que se describe como semejante a la cima de una montaña elevada cubierta de bosque que se destaca en solitario de las demás, o los Lestrigones, que son también descritos con una metáfora similar. A su aspecto monstruoso uno y otros añaden sus costumbres bárbaras, lo que contribuye por tanto a resaltar su alejamiento natural de las formas y modos de comportamiento propiamente humanos[103]. Pero quizá donde se refleja mejor este elemento fantástico es en el episodio de Escila y Caribdis. Sin embargo, la sutileza narrativa supera aquí con creces el impacto emocional producido por la simple aparición del monstruo. Toda la escena aparece rodeada de un cierto halo de miste-

---

[102] Sobre la significación de estas islas, J. H. FINLEY Jr., *op. cit.*, pp. 74-92. Sobre la condición utópica de la tierra de los feacios pueden verse también nuestras consideraciones en *Tierras fabulosas*, pp. 111-117, donde se hallará además la bibliografía pertinente al caso. Sobre los feacios en general puede verse A. SHEWAN, «The Scheria of the Odyssey», *ClQ*,13, 1919, pp. 4-11 y 57-67.

[103] De hecho así se recalca en el caso del Cíclope cuando se nos dice que «no se parecía a un hombre que come trigo» (*Od.*, IX, 190-191).

rio y expectación angustiada que prepara la aparición en escena de Escila. El héroe no pudo verla en un principio a pesar de que

> «se me cansaron los ojos de otear por todas partes la brumosa roca».

Este clímax ambiental es precisamente lo que provoca el terror y la incertidumbre en Odiseo y sus compañeros más que el aspecto terrorífico de Escila. El vapor, el oleaje y el gran estruendo que produce induce a soltar enseguida los remos de sus manos. El dramatismo de la escena se completa con el paso del estrecho donde habitaban los dos seres y la contemplación impotente de la muerte de algunos compañeros arrebatados por Escila casi por sorpresa. El propio protagonista destaca que

> «aquello fue lo más triste que he visto con mis ojos, de todo cuanto he sufrido recorriendo los caminos del mar».

El episodio refleja sin duda el atávico terror de los marinos a la inmensidad del mar y a las criaturas que moraban en sus profundidades. A pesar de los intentos antiguos y modernos por identificar o explicar estos fenómenos en clave racional, lo más probable es que nos hallemos ante la transfiguración literaria de una experiencia traumática y excepcional con fenómenos habituales de la naturaleza que fueron posiblemente mal observados en su día o mal interpretados por unos hombres para quienes el ámbito de lo real se extendía mucho más lejos que para nosotros[104]. El encuentro descarnado con lo natural, desprovisto completamente de los filtros mediadores de carácter científico que atenúan para nosotros el impacto emocional, sacudía con fuerza la mente y alentaba el surgimiento de los terrores humanos más atávicos e indescriptibles que afloran en lo más profundo del espíritu humano[105].

Sin embargo, el episodio más significativo que condiciona todo su viaje es su visita obligada al mundo de los muertos. La excusa formal que justifica tan inusual destino es la consulta al adivino Tiresias que debe indicar al héroe

> «el viaje, la longitud del camino y el regreso para que marches sobre el ponto lleno de peces»

El viaje al mundo de los muertos constituía la prueba definitiva que enfrentaba al héroe cara a cara con la muerte y le llevaba a tratar

---

[104] G. GERMAIN, *La genèse de l'Odyssée. Le fantastique et le sacré*, París, 1954. Sobre la posible base real de las historias, W. J. WOODHOUSE, *The composition of Homer's Odyssey*, Oxford, 1930, pp. 41-45.

[105] Véase al respecto E. MARTIN, *Histoire des monstres depuis l'Antiquité jusqu'à nos jours*, París, 1980.

de superar esta condición mortal y a adquirir, por tanto, la gloria final de la inmortalidad divina. Era seguramente también la piedra angular de todo viaje de carácter iniciático que revelaba la verdadera esencia del héroe. Sin embargo, Odiseo aprende en el Hades algo más que la forma más segura de retornar a su patria. El héroe se encuentra allí con diferentes personajes, desde su propia madre a algunos de sus compañeros de armas en Troya como un apenado Aquiles que le revela la completa vanidad de los grandes ideales heroicos. Gracias a su excepcional experiencia Odiseo comprende algo tan fundamental como que su destino futuro se halla estrechamente relacionado con su forma de conducta[106].

Un elemento destacado del relato de Odiseo es la relación que se establece entre el héroe y sus compañeros. La superioridad evidente del protagonista resulta comprensible si tenemos en cuenta el contexto épico en que nos encontramos. Su astucia, su voluntad férrea, su capacidad de acción, su prudencia en los momentos complicados y el apoyo constante de la divinidad le confieren una ventaja sustancial sobre el resto de sus camaradas de viaje, mucho más simples y frágiles, que eran además, no lo olvidemos, los súbditos naturales del héroe en su condición de rey de Ítaca.

Esta disparidad de comportamientos se revela de manera clara en el episodio de las vacas de la isla del Sol. A pesar de las advertencias del héroe al respecto, sus compañeros se dejan arrastar por la llamada de sus instintos y dan muerte a los intocables y sagrados rebaños del Sol. Sin embargo, esta superioridad moral no provoca el distanciamiento natural del héroe respecto a sus compañeros. Odiseo demuestra en todo momento una manifiesta preocupación por todos ellos como se aprecia en el caso del joven Elpenor, que había muerto en la isla de Circe a causa de un imperdonable descuido y al que otorgó más tarde los honores funerarios debidos, o su reacción de dolor e impotencia ante el lamentable espectáculo de la muerte de algunos de ellos bajo las garras de Escila.

Ciertamente no se trata de un simple relato lineal en el que los acontecimientos se suceden unos a otros sin más. El poeta ha sabido establecer a lo largo de toda la trama una serie de conexiones internas que dan plena validez narrativa a elementos aparentemente triviales que aparecen en el curso del relato. Así, el vino con el que Odiseo emborracha al Cíclope es un vino especial que el héroe recibió de Marón, el sacerdote de Apolo en la tierra de los Cicones, el episodio inicial de sus aventuras, en prueba de agradecimiento por haber respetado su vida. Dicho vino será el inicio del castigo final de Polifemo, que con

---

106 Sobre la estancia de Odiseo en el Hades, D. PAGE, *The Homeric Odyssey*, Oxford, 1955, pp. 21-51.

su conducta impía había transgredido todas las normas de hospitalidad. También resulta extremadamente pertinente el hecho de que los Cíclopes no sean navegantes ya que esta circustancia permitirá la rápida huida de Odiseo de la isla de estos temibles gigantes y la imposibilidad de cualquier persecución por mar.

En el curso del relato se crean además ciertos momentos de clímax como se puede apreciar en el episodio de los Cíclopes. La narración previa del aspecto que presentaba la isla donde moraban estos terribles seres permite al poeta presentar la escena de la llegada de Odiseo y los suyos en medio de la noche en una atmósfera de bruma espesa y sin luna, que sirve para resaltar la subsiguiente sorpresa que se produce con la llegada del día. De la misma forma la descripción previa de Escila y Caribdis posibilita que la situación concreta del encuentro con el monstruo se presente rodeada de un ambiente de mayor expectativa e incertidumbre, como ya hemos señalado anteriormente[107].

El relato de Odiseo constituye, por tanto, un caso muy particular dentro de los viajes heroicos dado que estamos en condiciones de valorar adecuadamente su estructura literaria y sus contenidos originarios sin necesidad de recurrir a reconstrucciones hipotéticas o tener que echar mano de desconcertantes fragmentos que no acaban de componer un cuadro coherente e integrado. Como acertadamente señaló Luciano, la obra constituyó un modelo a seguir en muchas direcciones a pesar de que su autor ya había utilizado seguramente otras iniciativas anteriores que han quedado completamente en el anonimato. La *Odisea* constituye una sabia mezcla de elementos reales, procedentes de un tiempo en el que se estaban produciendo las primeras experiencias marineras por tierras de ultramar, y fabulosos, extraídos del repertorio atávico y casi infinito de la fantasía humana y de los cuentos populares[108]. Desechados por estériles y absurdos todos los intentos de identificar sobre el mapa las rutas seguidas por el héroe o de relacionar estrechamente algunos de sus episodios con momentos históricos concretos de la aventura colonial de los primeros momentos del período arcaico, el relato de los viajes de Odiseo se nos presenta como un filón repleto de múltiples y sugerentes lecturas y significaciones que no se agotan ciertamente con el repertorio puntual y concreto de sus diversas peripecias heroicas.

---

[107] Sobre la construcción literaria de la Odisea, E. DELEBECQUE, *Construction de l'Odyssée*, París, 1980, y G. E, DIMOCK, *The unity of the Odyssey*, Amherst, 1989. Sobre las estrategias narrativas utilizadas pueden verse también nuestras consideraciones en «Relatos de viaje en la Odisea», *Estudios Clásicos*, 106, 1994, pp. 17-31.

[108] Sobre los relatos populares presentes en la Odisea, CARPENTER, *op. cit.*, y PAGE, *Folktales*.

El accidentado regreso de los héroes griegos desde Troya a su patria constituyó uno de los principales temas del repertorio épico (los denominados *nóstoi*)[109]. Sin embargo, la mayoría de ellos son el resultado de especulaciones mitográficas tardías cuyo principal objetivo no era otro que el de legitimar los orígenes de las fundaciones coloniales del mundo occidental. Muy pocos son antiguos, tal y como podemos comprobar a la hora de rastrear sus huellas dentro del propio poema homérico. De hecho, sólo el viaje de retorno de Menelao aparece referido en la *Odisea* cuando el propio héroe hace balance de sus andanzas ya en Esparta delante de Telémaco y el hijo de Néstor, que habían acudido en busca de noticias sobre Odiseo[110].

A diferencia del relato de Odiseo, el de Menelao se mueve en unas coordenadas geográficas mucho más realistas, aunque conserva todavía indudables retazos que retrotraen la historia al mundo de los viajes heroicos. Entre los diferentes lugares que el héroe afirma haber visitado en el curso de su viaje figuran Egipto, Chipre, Fenicia, Libia y el pueblo de los erembos. La isla de Chipre y Fenicia se sitúan claramente en el horizonte oriental de las navegaciones griegas de los primeros momentos del período arcaico y desde ellos y hacia ellos fluían ya desde tiempo inmemorial las gentes, las ideas y las mercancías de todo tipo[111].

El caso de Egipto es significativo. Es la tierra que centra su atención principal en el momento del relato de sus andanzas y es también aquella en la que dice haber permanecido un mayor tiempo. En su historia se apuntan algunos datos que permiten entrever ya un cierto conocimiento de aquel país, que seguramente era el destino de algunas de las primeras exploraciones griegas a comienzos de la época arcaica, más con objetivos a corto plazo como el comercio o la rapiña que con vistas a un establecimiento de carácter permanente[112]. Se alude así a la desembocadura de un gran río o se hace mención de la isla de Faro, que constituían a todas luces los signos más distintivos para quien se aproximaba a Egipto desde el mar.

Sin embargo, tampoco Egipto es todavía la tierra bien conocida a la que los griegos afluirán con cierta asiduidad para comerciar en el emporio de Naucratis o para servir como mercenarios a las órdenes del faraón. El país del Nilo era todavía por entonces una tierra casi mítica

---

[109] Sobre los *nóstoi*, HUXLEY, *op. cit.*, pp. 162-173.

[110] *Od.*, IV, 79 ss., y 268 ss.

[111] En general sobre las relaciones griegas con Oriente, T. J. DUNDABIN, *The Greeks and their Eastern Neighbours*, Londres, 1957 (sobre la relación con los fenicios, cap. III), y W. BURKERT, *The Orientalizing Revolution*, Cambridge Mass., 1992 (Heidelberg, 1984).

[112] Sobre las relaciones con Egipto, M. M. AUSTIN, *Greece and Egypt in the Archaic Age*, Cambridge, 1970.

situada en un horizonte geográfico todavía mal definido, en algún lugar del mar en dirección hacia el sur donde podían conseguirse lucrativos beneficios en expediciones de pillaje. Un espacio todavía abierto del todo a la imaginación en el que tenían amplia cabida toda clase de maravillas[113]. Menelao alude a las dificultades que comportaba el viaje hasta allí con la expresión «sombrío camino, largo y difícil», dejando así patente la sensación de enorme distancia y el terror que la inmensidad del mar inspiraba en los marinos.

La tierra de Libia se presenta todavía bajo una mayor indefinición. En ella se sitúan algunos prodigios de la naturaleza como el rápido crecimiento de los carneros o su extraordinaria fecundidad. Poco es lo que podemos decir del país de los misteriosos erembos, de identificación más que problemática, que constituía seguramente una designación de alguna de las tierras del sur que se empezaban a conocer de manera incipiente en aquellos primeros momentos de tentativas de exploración[114].

Sin embargo, todavía permanecen anclados en el relato de Menelao algunos de los viejos elementos de los viajes heroicos tales como la aparición del viejo del mar, Proteo, a quien el héroe debió capturar por medio de la astucia camuflándose entre las focas y tendiéndose a su lado en la playa para que le indicara el camino de retorno adecuado, la oportuna intervención divina de la diosa Idotea que acude en ayuda de Menelao y los suyos cuando se hallaban a punto de perecer de inanición, o su retención en una isla, la de Faro, por obra de los dioses que estaban irritados contra él. Un viaje, por tanto, que parece hallarse ya a medio camino entre el universo puramente imaginario de los antiguos héroes, que en sus andanzas por los confines del orbe debían vérselas con monstruos o seres semidivinos, y un horizonte geográfico mucho más real que reflejaba tímidamente las primeras empresas de navegación griegas por el oriente y el sur de la cuenca mediterránea.

También antigua es la célebre saga de Eneas, el héroe posteriormente asociado a la fundación de Roma. Ya en la propia *Ilíada* Poseidón augura el fulgurante destino del héroe, destinado a reinar sobre una nueva Troya que sobrevivirá a las cenizas de la ciudad destruida por los aqueos[115]. Sin embargo, será posteriormente cuando se tras-

---

[113] Al respecto véase el documentado estudio de Ch. FROIDEFOND, *Le mirage égyptien*, Aix-en-Provence, 1971, 1.ª parte, cap. 1, y HARTOG, «Les Grecs égyptologues».

[114] No se ha conseguido identificar este pueblo. Estrabón pensaba que podría tratarse de Árabes. Los estudiosos antiguos trataron por todos los medios de enmendar el texto con el fin de dar sentido al término; cfr. A. HEUBECK, S. WEST y J. B. HAINSWORTH, *A commentary on Homer's Odyssey*, vol. I, Oxford, 1988, p. 198.

[115] *Il.*, XX, 297-308. Sobre la historia de Eneas en general, J. BÉRARD, *La Magna Grecia. Storia delle colonie greche dell'Italia meridionale*, Turín, 1963 (París, 1957), pp. 344 ss. Recientemente, V. MANFREDI, *Mare greco. Eroi ed esploratori nel Mediterraneo antico*, Milán, 1992, pp. 109 ss.

lade el destino del héroe a los mares de occidente convirtiendo su andadura en uno más de los célebres *nóstoi* que siguieron al desenlace final de la guerra troyana. Sabemos así que ya en el siglo VI a.C. el poeta Estesícoro de Hímera divulgaba la leyenda de Eneas como prófugo en los mares occidentales gracias al testimonio de un bajorrelieve de época romana en el que, según afirma la propia leyenda explicativa, se describe una escena de la destrucción de Troya según un relato del poeta. Uno de los cuadros que componen la obra escultórica nos presenta a Eneas junto a Odiseo a punto de embarcarse en una nave rumbo a occidente *(eis ten hesperíam)*[116].

Seguramente no es un hecho casual que sea precisamente un poeta siciliano el primero que nos transmite esta aproximación de la leyenda de Eneas hacia aguas occidentales, donde las nacientes comunidades griegas buscaban la misma legitimación heroica en sus fundaciones que las ciudades del viejo solar helénico. Tampoco parece fortuito que aparezcan estrechamente asociados dos héroes como Odiseo y Eneas, llamados ambos a desempeñar un papel preponderante en el espacio itálico y siciliano a la hora de constituir esta clase de leyendas de fundación de nuevo cuño, vinculadas necesariamente a las andanzas de los dos personajes.

Más determinante parece el testimonio de los historiadores Damastes de Sigeo y Helánico de Lesbos, que en pleno siglo V a.C. y cuando todavía Roma no ha asumido su papel crucial dentro de la historia del Mediterráneo y ni siquiera ha conseguido la hegemonía sobre el Lacio, vinculan el destino de Eneas con el de la ciudad del Tíber. El texto de Dionisio de Halicarnaso, un historiador de época augustea, que contiene la noticia deja también abierta la posibilidad de que Eneas realizara el célebre viaje junto a Ulises, tal y como aparece representado en la *Tabula Iliaca*, o inmediatamente poco después. Sin embargo, es más que probable que esta temprana penetración de la leyenda troyana en Italia tenga mucho que ver con la intensificación gradual a lo largo del siglo V a.C. de las miras atenienses sobre todas estas regiones occidentales. Habría tenido lugar de esta manera un proceso de «troyanización» de las comunidades indígenas de la zona con las que Atenas pensaba establecer importantes acuerdos de colaboración. Sin olvidarnos tampoco de los esfuerzos interesados de dos autores como Damastes y Helánico, procedentes de la región troyana que deseaban proyectar en el momento presente

[116] Se trata de la famosa *Tabula Iliaca Capitolina* que se halla reproducida en A. BAUMEISTER, *Denkmaler des klassischen Altertums*, Múnich, 1889, vol. I, pp. 701 ss, BÉRARD, *op. cit.*, p. 342, no cree que exista base suficiente para utilizarla como testimonio del relato de Estesícoro. En general sobre esta clase de testimonios, A. SADURSKA, *Les tables iliaques*, Varsovia, 1964.

las glorias de un pasado ya remoto del que todavía se sentían de algún modo idealmente partícipes.

De este modo, como bien resume Valerio Manfredi, la leyenda occidental de Eneas, que había sido trasladada hasta occidente por navegantes y comerciantes aislados o por colonizadores de presumible origen greco-asiático, se convirtió, durante el curso del siglo V a.C. en el vehículo privilegiado para la propaganda de la política occidental de Atenas [117]. Posteriormente serán los mitógrafos helenísticos los encargados de señalar las huellas del paso de Eneas por los diferentes lugares de la geografía occidental a través de los nombres de diferentes localidades, nombres de santuarios y ceremonias religiosas instituidas por el héroe, e incluso *xóana* (estatuas de madera de reducido tamaño) que se habían conservado en algunos santuarios así como otra clase de ofrendas. Finalmente, ya en manos de Virgilio, la leyenda se convertirá en una de las piezas clave de la propaganda augustea en favor de una fundación troyana de Roma [118].

Otro viaje heroico relacionado con la colonización griega de occidente es el de Diomedes. Parece que el poeta Mimnermo, en el siglo VII a.C., ya conocía sus aventuras en Italia, según nos informa un escolio a Licofrón [119]. De acuerdo con este mismo testimonio, también los historiadores griegos de occidente Timeo y Lico de Regio narraban la historia del héroe [120]. El propio poeta helenístico, Licofrón, contenía en su obra un relato algo más pormenorizado sobre las andanzas de Diomedes, procedente seguramente de los autores antes citados [121]. También Estrabón, en su descripción de la Apulia, alude en repetidas ocasiones a la leyenda [122]. Por último, es el mitógrafo tardío Antonino Liberal el que ofrece el relato más coherente de todos [123].

Su área de influencia afecta en este caso principalmente a la cuenca del Adriático, con la que ya desde antiguo existían importantes lazos de carácter comercial que tenían que ver quizá en buena parte con las últimas ramificaciones de la ruta del ámbar [124]. La tradición poshomérica atribuye su viaje a la traición de su esposa Egialea, que había planeado su muerte actuando bajo el influjo de la diosa Afrodita, que se

---

117 MANFREDI, *op. cit.*, 149.

118 Sobre la leyenda occidental de Eneas y sus ramificaciones, L. BRACCESI, *Grecità di frontiera. I percorsi occidentali della leggenda*, Padua, 1994, pp. 57-82.

119 Schol. a Licofr. v. 610.

120 Schol. a Licofr. v. 615.

121 Licofr. 592-632.

122 Str. VI, 3, 9.

123 Anton. Liber., 37.

124 Sobre este punto puede verse el trabajo de A. MASTROCINQUE, *L'ambra e l'Eridano. Studi sulla letteratura e sul comercio dell'ambra in età preromana*, Padua, 1991. Sobre la presencia griega en la zona, L. BRACCESI, *Grecità adriatica*, 2ª ed., Bolonia, 1979.

hallaba airada con el héroe a causa de la herida que le había infligido en una batalla, tal y como se describe en el libro V de la *Ilíada*. La historia, concebida parece sobre el modelo de la de Agamenón, hacía encaminarse al héroe hacia Etolia, que era su patria ancestral, pero una tempestad le desvió de su destino previsto y lo arrastró hasta las costas de Apulia. Tras instalarse en el país entró en contacto con los daunios, a los que ayudó en su guerra local con los mesapios, y obtuvo como recompensa la mano de la hija del rey de aquel pueblo. Fundó incluso la ciudad de Argiripa. Según algunas versiones de la leyenda, murió víctima de la traición de su suegro y fue enterrado en unas islas que tomaron su nombre del héroe. Sus compañeros, que no hallaban consuelo para su desgracia, fueron finalmente transformados en aves marinas[125].

En la leyenda de Diomedes aparecen ya entremezclados algunos de los elementos propios de los viajes heroicos, como el carácter forzado del viaje y la cólera divina como motor final de sus desventuras o la lucha contra el monstruo (había tenido que dar muerte en la isla de los feacios al dragón que guardaba el vellocino de oro), con otros *tópoi* bien reconocidos de las nuevas leyendas de fundación que empezaron a proliferar a lo largo del período arcaico en el mundo colonial, como la compleja relación con los indígenas de los nuevos territorios, repleta de todo tipo de ambigüedades. Al igual que sucedió con Eneas y seguramente con algunos otros héroes que han dejado menos huellas en nuestra documentación, las necesidades ideológicas de legitimar determinadas conquistas territoriales y las aficiones anticuaristas de los historiadores y mitógrafos helenísticos completaron y marcaron su itinerario.

125 Sobre la leyenda de Diomedes, BÉRARD, *op. cit.*, pp. 355 ss.; MANFREDI, *op. cit.*, pp. 155-193, y BRACCESI, *Grecità di frontiera*, pp. 85-110.

CAPÍTULO 3

# RELATOS DE VIAJE

## EL VIAJE A LOS CONFINES: LOS PERIPLOS ARCAICOS

Muy poco o nada es lo que nos ha quedado de los primeros periplos arcaicos que, en principio, se limitarían a unas simples guías prácticas para la navegación que indicaban a los marineros la ruta a seguir. El principal criterio orientativo era el seguimiento de la línea costera, de la que se señalaban de manera expresa los principales accidentes tales como los cabos, los golfos, las desembocaduras de los ríos, o aquellos promontorios más sobresalientes, o elementos tan esenciales para la navegación antigua tales como la dirección de los vientos, los puntos de fácil atracadero que podían servir como refugio en caso de tempestad, los lugares donde resultaba posible aprovisionarse de agua, o el cómputo de las jornadas de navegación necesarias para trasladarse desde un punto al otro. De la misma forma debían indicarse también los riesgos que comportaban algunas de estas rutas tales como la existencia de corrientes peligrosas o de bajos fondos, y la presencia de gentes hostiles en las inmediaciones de la costa[1].

---

[1] Sobre los periplos, el ya citado artículo de GISINGER, s.v. *Periplus*; D. GERNEZ, «Les Périples des anciens grecs et leurs rapports avec les livres d'instructions nautiques», *Academie du Marine Belgique*, 4, 1941, 1-19 y el opúsculo de GÜNGERICH, *op. cit.* Recientemente, F. PRONTERA, «Períploi: Sulla tradizione della geografia nautica presso i Greci», en *L'uomo e il mare nella civiltà occidentale: da Ulisse a Cristoforo Colombo, Atti del Convegno di Genova, 1-4 giugno 1992*, Génova, 1992, pp. 27-44. Sobre la existencia y catalogación de un supuesto género periplográfico, F. J. GONZÁLEZ PONCE, «El Corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: Épocas arcaica y clásica», en A. Pérez Jiménez y G. Cruz Andreotti, eds., *Los límites de la tierra: El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, 1997, pp. 41-75.

Son numerosos los pasajes de los poemas homéricos, particularmente de la *Odisea*, que reflejan de manera directa o indirecta la huella de estos primeros libros de bitácora. Así encontramos en la *Ilíada* un pasaje muy significativo a este respecto[2]. La diosa Hera emprende un viaje desde el Olimpo hasta la Tróade, pero en lugar de seguir la línea recta en su trayecto, como sería de esperar de un ser que va volando por los aires, sigue la ruta que sería habitual para los navegantes de la época. Bordea así el golfo termaico, sobrepasa la Calcídica, evitando el paso por el Atos, tan peligroso para la navegación, prosigue desde Acanto a través del mar por Lesbos e Imbros hasta alcanzar finalmente el monte Ida, ya en la Tróade. Son igualmente frecuentes los pasajes de la *Odisea* de corte realista que reflejan de forma puntual tareas habituales de la navegación como los preparativos de la partida, el tedio del viaje a bordo, el atraque en un lugar desconocido para aprovisionarse de agua, la lucha contra la tempestad o los temores atávicos que suscitaba la superficie marina.

Encontramos también la huella de un viejo periplo del Peloponeso en un pasaje del *Himno homérico a Apolo* en el que se narra el viaje de unos cretenses hasta la ciudad de Crisa, en la Fócide, con el objeto de acudir en peregrinación a Delfos[3]. En su viaje desde Creta bordean el cabo Malea en el sur del Peloponeso, toda la costa laconia, el cabo Ténaro, las costas de Mesenia y Élide, y poniendo proa hacia el este y adentrándose en el golfo de Corinto arriban finalmente a Crisa. Sin embargo, ya desde muy temprano estos manuales de navegación debieron dar paso a un tipo de redacciones más elaboradas y con ciertas pretensiones literarias que, utilizando el esquema narrativo elemental de los periplos, se fueron convirtiendo poco a poco en composiciones mucho más complejas desde el punto de vista formal que admitían además entre sus contenidos dosis cada vez más importantes de elementos fabulosos. El naciente espíritu de exploración jonio y los procedimientos de investigación *(historie)* habilitados para el mejor conocimiento del mundo impulsaron con fuerza el desarrollo de esta clase de relatos.

### *Escílax de Carianda*

Uno de los primeros autores que transformaron la forma más simple y utilitaria del periplo en una composición literaria más compleja en la que los elementos de ficción desempeñaban ya un papel desta-

[2] Hom., *Il.*, XIV, 225 ss.
[3] *Him. Apol.*, III, 397-438.

cado fue posiblemente Escílax de Carianda. Escílax era un navegante cario que realizó un viaje de exploración por el océano Índico a las órdenes de Darío I en los últimos años del siglo VI a.C.[4] Nuestra principal fuente de información sobre dicho viaje es un corto pasaje de las *Historias* de Heródoto:

> «Respecto a Asia, la mayor parte de los descubrimientos se llevaron a cabo por parte de Darío, quien, con el propósito de saber, por lo que al río Indo se refiere, en qué parte del mar desemboca dicho río –que, de todos los ríos del mundo, es uno de los dos que presenta cocodrilos–, despachó a bordo de unos navíos a varios exploradores que le merecían garantías de que le iban a decir la verdad; y, entre ellos, a Escílax de Carianda. Los exploradores partieron de la ciudad de Caspatiro y de la región páctica, y navegaron, río abajo, en dirección al lejano oriente, hasta llegar al mar. Luego navegaron por el mar con rumbo oeste y, al cabo de treinta meses, llegaron al mismo lugar desde el que el rey de Egipto había hecho emprender la circunnavegación de Libia a los fenicios que mencioné anteriormente. Y tras el periplo de esos exploradores, Darío sometió a los indios y utilizó las rutas de ese mar»[5].

Aunque Heródoto no menciona en ningún momento la existencia de un relato del viaje de Escílax, existen algunos indicios a lo largo de la tradición literaria griega que apuntan en esta dirección. Para empezar, se ha atribuido a Escílax la autoría de uno de los pocos periplos que se han conservado hasta nosotros en el que se describen las costas del Mediterráneo en el sentido de las agujas del reloj, comenzando por la costa europea[6]. Aunque existe hoy en día una cierta unanimidad en reconocer que se trata de una atribución falsa ya que la obra pertenece con toda seguridad a la segunda mitad del siglo IV a.C., resulta ciertamente significativo que su anónimo autor utilizara como cobertura el nombre del navegante cario. Las razones para ello hay que buscarlas en la fama de que gozaba el viejo explorador dentro de la tradición griega como navegante que había luego puesto por escrito sus experiencias. Seguramente la figura de Escílax era bien conocida en la época clásica a juzgar por la mención destacada de su nombre en el

[4] Sobre la figura de Escílax de Carianda sigue siendo fundamental la aportación de F. GISINGER a la Pauly Wisowa, s.v. «Skylax», *RE*, III A, 1929, cols. 619-646. Además, pueden verse los trabajos de W. REESE, *Die griechischen Nachrichten über Indien*, Leipzig, 1914, pp. 39-52; A. PERETTI, *Il periplo di Scilace. Studio sul primo portolano del Mediterraneo*, Pisa, 1979, cap. II.; K. KARTTUNEN, *India in Early Greek Literature*, Helsinki, 1989, pp. 65-68, y U. P. ARORA, *Greeks on India. Skylax to Aristoteles*, Bareilly, 1996, pp. 16 ss.

[5] Hdt. IV, 44 (todas las traducción de Heródoto están tomadas de la traducción de Carlos Schrader, Biblioteca Clásica Gredos). Una interpretación detallada del viaje de Escílax la ha dado H. SCHIWEK, «Der persische Golf als Schiffahrts- und Seehandelsroute in achaemenidischer Zeit und in der Zeit Alexanders der Grossen», *Bonner Jahrbücher*, 162, 1962, pp. 4-97, esp. pp. 8-19.

[6] Sobre este periplo véase la sección correspondiente.

pasaje herodoteo mencionado[7]. Aunque seguramente ya por entonces su obra se había perdido, había dejado sus huellas en la tradición literaria posterior y de esta estela quiso aprovecharse el oscuro autor del periplo que se ha conservado hasta nosotros, en un claro intento por prestigiar una obra monótona e insípida que albergaba de por sí escasos méritos para hacerse con un lugar dentro de la literatura griega[8].

Heródoto destaca efectivamente el nombre de Escílax a pesar de que según el testimonio del propio historiador fueron varios los exploradores que Darío envió a esa misión y no parece que Escílax ocupase una posición de mando sobre los demás, a juzgar siempre por la noticia que nos transmite el historiador griego. Si Heródoto eligió el nombre de Escílax dejando en el anonimato al resto de sus compañeros de aventura, su decisión pudo obedecer a la fama que había alcanzado el navegante cario no sólo por su aventura, que por lo que vemos fue compartida también por otros expedicionarios de importancia, sino quizá sobre todo por su narración del viaje, una opción que no habían adoptado al parecer el resto de los expedicionarios.

Los ecos de su obra se dejan sentir además en otros lugares de la tradición. Estrabón le menciona como un personaje ilustre de la ciudad de Carianda en su descripción de las costas de Caria en Asia Menor[9], y hace algunas alusiones puntuales a su obra a la hora de recabar criterios de autoridad[10]. Un tal Aelio Dios, un autor desconocido de época imperial, afirmaba al parecer que Escílax había dedicado a Darío un periplo de la ecúmene[11]. También Marciano de Heraclea, autor tardío de un epítome del periplo de Menipo de Pérgamo, menciona a Escílax como el autor de un periplo y en la *Suda*, un diccionario bizantino del siglo X, figura como el autor entre otras obras de un *Periplo fuera de las columnas* y de una *Descripción de la tierra*[12].

Su fama parece haber pervivido a través de los siglos a pesar de que su obra original debió perderse ya en época temprana, y seguramente ya no pudo ser utilizada de manera directa por la mayoría de los autores que hacen referencias a ella. A su nombre se asoció también, a partir del siglo IV a. C., el periplo que se ha conservado hasta nosotros, y esta circunstancia debió originar cierta confusión entre los autores posteriores,

---

[7] Sabemos de algún otro caso como el de Sóstrato de Egina cuya mención ocasional en un pasaje de Heródoto respondía a su bien ganada fama en el terreno del comercio con occidente; cfr. HARVEY, *art. cit.*

[8] Véase la sección correspondiente.

[9] Str. XIV, 2, 20.

[10] Str. XII, 4, 8, y XIII, 1, 4.

[11] La noticia aparece en el escolio que figura en el propio manuscrito Parisinus graecus 443 del siglo XIII que nos ha transmitido el periplo falsamente atribuido a Escílax.

[12] Aparece también mencionado en otros testimonios tardíos como la *Ora Maritima* de Avieno o los Escolios a Apolonio de Rodas; cfr., Jacoby 709 F 8 ss.

que mezclaron sin ninguna clase de remilgos las noticias referidas a la obra original del explorador cario con aquellas otras que remitían al periplo anónimo mucho más reciente[13]. El panorama actual tampoco es mucho más claro. Algunas de las referencias que encontramos en Estrabón, en la *Ora Maritima* de Avieno, o en los escolios a Apolonio de Rodas, no se corresponden con el texto del periplo que ha llegado hasta nosotros. Por otra parte, este último tampoco se ajusta a la afirmación de Marciano de Heraclea en el sentido de que el periplo de Escílax evaluaba las distancias marinas en jornadas de navegación y no en estadios. Quizá debemos suponer que el verdadero Escílax compuso también un periplo del Mediterráneo, que bien constituía una obra independiente o, por el contrario, pudo haber formado parte de un tratado más amplio que abarcaba toda la ecúmene, como pretenden Aelio Dios o el propio Marciano. No olvidemos que si concedemos carta de ley a su viaje de exploración, éste concluyó en Suez a las puertas de la cuenca mediterránea y era además originario de una ciudad costera de Asia Menor. Su elección por Darío para figurar entre los expedicionarios no fue seguramente casual y hasta los oídos del rey debieron llegar los ecos de su experiencia náutica por las rutas y costas del Mediterráneo.

De cualquier manera, los hitos fundamentales de su viaje de exploración fueron la India y las costas de Arabia que a tenor de su importancia y del carácter remoto de estas regiones debieron ocupar un lugar destacado en la obra original de Escílax. La tradición literaria ha conservado en efecto algunos testimonios referentes a Escílax que no nos remiten al periplo conservado bajo su nombre y que podrían haber formado parte, en cambio, de la supuesta obra original del navegante cario. En primer lugar, un pasaje de la *Política* de Aristóteles en el que se atribuye a Escílax una información acerca de los reyes de la India. Según la noticia, los monarcas indios se diferenciaban de forma considerable del resto de sus súbditos[14]. Aunque desconocemos por completo el contexto narrativo original de dicha información, quizá lo más probable es suponer que formaba parte de un relato en el que se describían las costumbres peculiares de un pueblo exótico como los indios, que en la imaginación griega eran los habitantes de los confines orientales del orbe[15]. Si Escílax elaboró un relato sobre su viaje por los

[13] Sobre la confusión que presenta el texto de *Suda* mezclando los datos, ya seguramente poco precisos, acerca del antiguo navegante cario con otro personaje del mismo nombre, originario de Halicarnaso que había escrito una obra contra Polibio y que por tanto pertenecería al siglo II a.C., cfr. REESE, *op. cit.*, pp. 41-42. Sobre este asunto se anuncia un trabajo de GONZÁLEZ PONCE, «Suda, s.v. Skylax. Sobre el contenido y la unidad de FGrHist III C 709», en *Geographia Antiqua*, 6, 1997.

[14] Arist., *Pol.*, VII, 13, 1332b = FGrHist 709 F 5.

[15] Sobre la posición de la India dentro del imaginario griego, GÓMEZ ESPELOSÍN, *Tierras fabulosas*, pp. 198-206.

confines orientales, en él habrían tenido cabida noticias como ésta que incidían en uno de los campos en el que los griegos se mostraron siempre muy interesados, como era la forma de gobierno de la sociedad. La preocupación por este tema se refleja ampliamente en la *Historia de Heródoto,* pero casi con toda certeza podemos afirmar que no constituyó una idea exclusiva suya. Parece más bien una manifestación más, aunque sea en este caso la única con que contamos, de las preocupaciones constantes de la etnografía jonia, la mayoría de las cuales se trasladaron luego a las páginas de su obra[16]. Las ciudades jonias, por su particular situación geográfica e histórica, primero en estrecho contacto con las monarquías orientales como Lidia y más tarde sometidas al dominio del imperio persa, constituían el lugar más apropiado para iniciar y desarrollar especulaciones de esta clase. Más todavía, si cabe, en el caso particular de Escílax, que había viajado en persona a la corte persa y había realizado una exploración por otros países todavía más lejanos, y se hallaba, por tanto, en inmejorables condiciones de ilustrar el debate con datos extraídos de su propia experiencia.

Otro pasaje que podría haber formado parte de la obra original de Escílax es la noticia sobre una planta conocida bajo el nombre de cinara que Ateneo atribuía a Escílax. Dicha planta crecía en las montañas de la India, en una tierra bañada por fuentes y arroyos que estaba situada en las márgenes del río Indo[17]. A juzgar por el propio texto, Ateneo ya no pudo consultar la obra original del navegante cario y encontró la noticia en Polemón, autor de una *Periégesis* en época helenística[18]. El propio Ateneo manifiesta efectivamente sus dudas a la hora de atribuir la noticia a uno u otro autor. En este mismo pasaje y sobre la misma planta Ateneo menciona también una noticia procedente de la *Periégesis* de Hecateo de Mileto. Aunque existen ciertas diferencias entre una noticia y otra, lo más probable es que este último tomase la información respectiva de la obra de Escílax, que había viajado en persona por aquellas regiones, cosa que no había hecho el logógrafo jonio. Ateneo recurrió para este asunto, como seguramente también para muchos otros, a alguna obra de carácter antológico de las muchas existentes en época helenística o imperial en la que las atribuciones de autoría debían ya oscilar de forma considerable entre unos pasajes y otros. Unos pasajes que, además, habían dejado de constituir hacía ya mucho tiempo una cita literal de las obras respectivas para acabar formando parte de un conglomerado heterogéneo de noticias

---

[16] Sobre la etnografía jonia, K. TRÜDINGER, *Studien zur Geschichte der griechischs-römischen Ethnographie*, Basilea, 1918, pp. 8 ss., y K. E. MÜLLER, *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung*, Wiesbaden, 1972, pp. 69 ss.

[17] Athen. II, 82, 70 a-d = FGrHist 709 F 3-4.

[18] Véase el lugar correspondiente.

dispersas que se había ido formando a base de la confluencia ininterrumpida, por vías diferentes y no siempre rigurosas, de todos los posos que habían dejado en la tradición unas obras que habían desaparecido de la circulación hacía ya tiempo[19].

Tampoco resulta muy difícil imaginar que una noticia de esta índole naturalista hubiera pertenecido al relato original de Escílax si tenemos en cuenta que se trataba de una cuestión que figuraba también entre los intereses más destacados de la ciencia jonia. La segura presencia de Escílax en el territorio indio concedía además a su testimonio una reconocida autoridad sobre la materia que sin duda no debió ser pasada por alto entre los círculos intelectuales que se ocupaban de estos temas. No era cuestión de desaprovechar informaciones preciosas que podían contribuir de manera decisiva al conocimiento de la variedad de paisajes y gentes que habitaban la ecúmene, objeto principal de interés de toda la especulación jonia[20].

Tanto una noticia como la otra podrían haber figurado igualmente en el informe oficial que seguramente Escílax elaboró para dar cuenta de su viaje de exploración a su interesado promotor el rey Darío[21]. Ambas informaciones afectaban, de hecho, a dos terrenos, como eran la organización política y la configuración del terreno y sus recursos naturales, que podían interesar sobremanera a la hora de emprender una futura expedición de conquista, tal y como parece que eran las intenciones del monarca persa, quien, según nos indica Heródoto, gracias a los resultados de la expedición de Escílax «Darío sometió a los indios y utilizó las rutas de ese mar»[22]. De hecho, parece que en la obra original de Escílax se incluyeron también noticias acerca de los pueblos que habitaban las costas a lo largo de su itinerario. Así se des-

---

[19] Ya el propio Jacoby reconoce en el aparato crítico que no nos hallamos ante una cita literal («am anfang nicht wortlich»). Sobre la cultura literaria de Ateneo y el uso que hizo de sus fuentes, G. ZECCHINI, *La cultura storica di Ateneo*, Milán, 1989.

[20] A. DIHLE, *I Greci i el mondo antico*, Florencia, 1997 (Munich, 1994), pp. 26 ss.

[21] Sobre la importancia de la exploración previa a la labor de conquista en el imperio aqueménida, V. MARTIN, «La politique des Achémenides. L'exploration prélude de la conquête», *MH*, 22, 1965, pp. 38-48.

[22] De hecho, Darío conquistó poco después la región del Sind; cfr. F. SARRE y E. HERSFELD, *Iranische Felsreliefs*, Berlín, 1910, p. 106. Se ha querido ver una confirmación del viaje de Escílax en la denominada estela de Kabret que nos informa que bajo el reinado de Darío veinticuatro o treinta y dos navíos cargados de tributos o del producto de los impuestos hicieron la travesía desde Egipto hasta Persia; cfr. G. POSENER, *La première domination perse en Egypte*, El Cairo, 1936, pp. 76-77. Sobre el carácter problemático de esta inscripción y de algunas otras encontradas en Suez, J. F. SALLES, «La circumnavigation de l'Arabie dans l'Antiquité classique», en *L'Arabie et ses mers bordiers*, Travaux de la maison de l'Orient, París, 1988, pp. 75-102, esp. pp. 79-86, que defiende la posibilidad de que existieran dos aventuras aisladas sin consecuencias ulteriores. El abandono inmediato de dichas tentativas a causa de sus dificultades habría implicado al mismo tiempo el olvido consiguiente de dichas epopeyas aun a pesar de su carácter excepcional.

prende de la referencia que aparece en el léxico de Harpocración al comentar la expresión «los que habitan bajo tierra», que al parecer empleaba Antifonte en su obra *Sobre la concordia*[23]. En opinión del lexicógrafo griego, Antifonte se referiría con ello a los pueblos que Escílax denominaba en su periplo Trogloditas. Una alusión que era seguramente la primera mención en la literatura griega de este pueblo primitivo, habitante de las regiones del sur de la ecúmene que más tarde Agatárquides y algunas inscripciones tolemaicas identificarían con un pueblo de pastores trashumantes que vivía en la zona costera del mar Rojo[24]. Probablemente en la noticia de Escílax se halla también el origen de la confusión ulterior con los etíopes o los pigmeos, habitantes naturales también ambos de los confines orientales o meridionales del mundo[25].

Sin embargo, no es probable que un informe oficial de estas características llegara a traspasar las paredes de la cancillería real persa y dejase sus ecos en la literatura griega. Por el contrario, parece más probable suponer que el propio Escílax compuso un relato de su viaje con ciertas pretensiones literarias, más amplio que un escueto y seco informe oficial, en el que convivirían en igualdad de condiciones los datos extraídos de la experiencia real de su exploración por las costas del Índico con los elementos fantásticos procedentes de la propia tradición poética griega, del folclore popular indígena o de una mezcla de ambos.

Un viaje real por los confines del mundo no era una circunstancia habitual como para dejarla pasar sin intentar extraer el máximo partido de ella. Hasta entonces sólo los poetas, con la autoridad que les confería la inspiración divina, se habían atrevido a hablar con propiedad de aquellas regiones extremas. Sin embargo ahora, quizá por primera vez, un individuo particular sin más soportes que su propia experiencia y el prestigio que le otorgaba su condición de explorador al servicio del rey persa se hallaba en condiciones inmejorables para relatar su prodigiosa aventura. No sería de extrañar, por tanto, que hubieran hecho aparición en su obra algunos de los elementos de carácter fabuloso que caracterizaban en la imaginación griega aquellos parajes liminales. Ésa es la impresión que nos producen dos nuevas alusiones a la obra de Escílax a lo largo de la tradición literaria griega.

La primera de ellas la encontramos en la *Vida de Apolonio de Tiana*, de Filóstrato[26]. En una alusión aparentemente crítica a los es-

---

23 Harpocr. s.v. *hypo gen oikountes* = FGrHist 709 F 6.

24 Sobre el uso del término, cfr. S. BURSTEIN, en su traducción y comentario a la obra de Agatárquides, *Agatharchides of Cnidus. On the Erythraean Sea*, Londres, 1989, pp. 109 ss.

25 Así en Heródodo IV, 183, se habla de los etíopes trogloditas. Sobre la confusión del término en la tradición, Str. I, 2, 34.

26 Philostr., *V. A.*, III, 47.

critos de Escílax *(xungraphai)* se dice que en ellos hacían su aparición pueblos de características fabulosas como los pigmeos que habitan bajo tierra más allá del Ganges, los hombres que se hacen sombra con sus propios pies (esciápodos), o aquellos otros que poseen una cabeza alargada (macrocéfalos). Da la impresión que se trata tan sólo de una muestra más o menos significativa extraída a modo de ejemplo de un catálogo que quizá era mucho más amplio en la obra original. Dicha impresión podría verse confirmada con otro pasaje, procedente esta vez del historiador bizantino Tzetzés[27]. A los ya citados esciápodos se suman en esta ocasión los de grandes orejas (otolicnos), los de un solo ojo (monophthalmoi), los que engendran una sola vez (enotiktontes) y los que tienen un tamaño monstruoso (ektrapéloi). Toda una galería de seres fabulosos que poblaban en la imaginación mítica los confines del mundo. Escílax no quiso o no pudo renunciar a un bagaje tradicional de esta índole. Su presencia en las inmediaciones de aquellas comarcas repletas de maravillas le garantizaba por un lado una cierta credibilidad a la hora de mencionar a semejantes seres desde una distancia que parecía prudencial, pero no le exculpaba en modo alguno de traicionar las legítimas expectativas de un auditorio acostumbrado a tales fabulaciones por los relatos de los poetas.

Sin embargo, apenas podemos obtener una idea aproximada de la obra de Escílax a base del conglomerado heterogéneo que componen estos dispersos y variopintos pasajes, aunque demos por sentado que todos ellos proceden del relato original del explorador cario. Desconocemos por completo el contexto narrativo que arropaba a esta clase de noticias curiosas o los procedimientos literarios que le permitían introducir en su relato a esta cantidad de engendros excepcionales. Seguramente su obra no quedó limitada a un simple catálogo de maravillas que se iban sucediendo una a otra sin interrupción ante los asombrados ojos de un auditorio excesivamente crédulo. Al menos eso es lo que cabe deducir de la pervivencia de su nombre a lo largo de la tradición y el reconocido prestigio del que parece haber gozado a los ojos de Heródoto, que lo distinguió entre otros muchos exploradores por la confianza que mereció a los ojos de Darío.

Aunque su obra desapareció muy pronto, debió dejar huellas indelebles en la tradición posterior, aunque no podemos identificarlas con plena seguridad. Escílax había llevado a cabo un viaje por los confines del mundo que le había permitido contemplar en directo muchas de las curiosidades y maravillas que albergaban aquellas tierras. Era un testigo privilegiado, favorecido por las circustancias históricas que le daban cobertura, y constituía, por tanto, un testimonio de primera

---

[27] Tzetz., *Chil.*, VII, 629. Ambos pasajes constituyen el F 7 de Jacoby.

mano sobre unas regiones que probablemente nunca antes habían sido recorridas por ningún griego. Era lógico suponer que sus sucesores hicieran un uso abundante de sus informaciones y que, con una mayor o menor dosis de ingenio propio y creatividad, modelaran sus respectivos relatos acerca de aquellos míticos confines sobre el testimonio básico del explorador cario. Esta absorción de sus noticias las hizo quedar pronto integradas en nuevos contextos que les daban forma y sentido por autores posteriores con mayor prestigio como Hecateo o Heródoto. Esta circustancia constituye quizá una de las posibles explicaciones de la temprana pérdida del texto original, ya que al haber sido asimiladas sus noticias en relatos más amplios y de mayores pretensiones como los citados, su conservación directa resultaba del todo innecesaria.

Efectivamente, ni Hecateo de Mileto ni tampoco después Heródoto viajaron en persona hasta la India o Arabia, ni seguramente debían abundar en aquellos momentos las informaciones disponibles sobre estos dos países de las zonas más remotas del imperio aqueménida[28]. Parece, por tanto, lo más probable que Hecateo primero y Heródoto después utilizaran la obra de Escílax a la hora de recabar su información sobre aquellos confines orientales del mundo. Casi nadie discute la utilización directa de Escílax por parte de Hecateo, aunque resulte prácticamente imposible probarla debido al lamentable estado de conservación de la obra del célebre logógrafo milesio. Sin embargo, son ya muchos menos los que admiten la posibilidad de que Heródoto pudiera haber utilizado el relato de Escílax sin pasar a través del filtro inevitable de su predecesor inmediato[29]. La cuestión no tiene visos de

---

[28] No opina así KARTTUNEN, *op. cit.*, pp. 77-79, quien supone que en aquellos momentos no resultaba raro hallar informaciones dentro del imperio aqueménida acerca de aquellas regiones, dados los niveles de intercambio político y comercial que se habían empezado a establecer entre griegos y persas. Sin embargo, la expedición posterior de Nearco parece contradecir esta relativa abundancia de informaciones y apunta más bien en la dirección opuesta, a saber: que la andadura de Escílax había resultado ser un logro excepcional que no tuvo después continuidad alguna. Sobre el desconocimiento de estas rutas hasta la época de Alejandro, J. F. SALLES, *art. cit.*, p. 85, y del mismo autor, «Découvertes du golfe arabo-persique aux époques grecques et romaines», en *L'Océan et les mers lointaines*, pp. 79-97. De hecho, las rutas comerciales por el Índico no se empezaron a frecuentar hasta bien avanzado el período helenístico cuando se descubrió el uso de los monzones y de hecho el primer texto que nos proporciona una información detallada acerca de las rutas y los productos comerciales por estas regiones es es el famoso periplo del mar Eritreo; cfr. L. CASSON, *The Periplus Maris Erythraei*, Princeton, 1989, pp. 11 ss.

[29] Ya E. A. SCHWANBECK, *Megasthenis Indica*, Bonn, 1846, pp. 5 ss., sugirió la idea de que todo lo relacionado con la India en Hecateo y Heródoto derivaba del relato de Escílax. Sin embargo, la opinión mayoritaria sostiene la dependencia de Heródoto de la obra de su inmediato antecesor Hecateo. Ésa era la opinión de Hermann DIELS, «Herodotos und Hekataios», *Hermes*, 22, 1887, pp. 411-444, y sobre todo de Jacoby en las respectivas contribuciones a la Pauly Wisowa sobre los dos autores, *RE*, VIIc, 1912, cols. 2667-2750, y *RE* Suppl. IIc, 1913, cols. 205-520. Al respecto véanse las consideraciones de REESE, *op. cit.*,

resolución definitiva a la vista de las condiciones en que nos hallamos a la hora de comparar los respectivos testimonios. El silencio de los fragmentos de Hecateo o el de los todavía mucho más escasos de Escílax no avala certidumbres de ninguna clase sobre la presencia o ausencia en sus respectivas obras de algunos de los contenidos que encontramos en las páginas de Heródoto. Existen, sin embargo, algunos indicios que podrían, y reconocemos desde el principio que no es posible ir más allá de una hipótesis, resultar ciertamente significativos a la hora de establecer algunas relaciones de dependencia.

La descripción de la India y Arabia que presenta Heródoto en un momento dado del libro III de su Historia podría tener, así, su origen en el relato original de Escílax. En primer lugar, se trata de una digresión que rompe en cierta manera con el hilo narrativo de la historia persa que constituye el tema principal de dicho libro[30]. Existen, además, a lo largo del pasaje en cuestión algunos de lo que podríamos denominar puntos de ruptura, ya que no remiten al discurso anterior o presentan incoherencias que no se justifican en ninguna otra parte del texto. Da la impresión que nos encontramos ante un verdadero injerto, procedente de un contexto ajeno al de la fuente o fuentes principales que se han venido utilizando hasta entonces, que quizá Heródoto introdujo en este lugar porque le parecía el contexto más apropiado donde situar una digresión sobre los confines del mundo y, como era de esperar, no se preocupó demasiado de limar aquellos puntos discordantes que podían delatar la aparente intromisión.

Se habla así del río como centro del hábitat de los indios sin que en momento alguno se haya hecho antes mención de su nombre, o de la centralidad que el río ocupaba en una descripción de la India tal y como la concebían los griegos[31]. Cabría imaginar que la información procedía aquí de un contexto más amplio en el que dicho río cobraba un protagonismo tan destacado que bastaba su sola mención, sin más especificaciones, para dar sentido a aquellos pasajes ulteriores en el desarrollo del relato en los que se hacían referencias a él. No parece muy descabellado que nos atrevamos a identificar dicho contexto con el relato del viaje de Escílax que se había iniciado precisamente en la cabecera del Indo y había discurrido más tarde a lo largo de su curso

---

pp. 53 ss., y KARTTUNEN, *op. cit.*, pp. 69-79. Sobre la dependencia de Hecateo y por consiguiente de Heródoto de la obra de Escílax, A. DIHLE, «Arabien und Indien», en O. REVERDIN y B. GRANGE, eds., *Hérodote et les peuples non grecs*, Tome XXXV de los Entretiens sur l'Antiquité classique, Fondation Hardt, Vandoeuvres-Ginebra, 1990, pp. 41-61.

[30] Cfr. la introducción de D. ASHERI al libro III en la colección italiana Lorenzo Valla, *Erodoto. Le Storie. Libro III. La Persia*, Milán, 1990.

[31] De hecho, Asheri en el comentario al pasaje correspondiente indica: «è l'Indo, stranamente ricordato con il nome solo a IV, 4, 1». Precisamente es este último pasaje en que se menciona la expedición de Escílax.

hasta alcanzar su desembocadura en el mar. Es de imaginar, por tanto, que el río adquiriese un protagonismo especial en el curso de su narración al describir de manera minuciosa las peculiaridades de las gentes que habitaban en sus orillas.

Se menciona también en el pasaje herodoteo la ciudad de Caspatiro y la región páctica como la única referencia geográfica que permite localizar a los indios que llevaban a cabo las célebres expediciones en busca del oro[32]. Sin embargo, dicha ciudad no aparece mencionada en ninguna otra parte del texto anterior de forma que permita al lector utilizarla ahora como punto de referencia ya adquirido. Su única aparición en el texto herodoteo acontece curiosamente, de nuevo, en el pasaje relativo a la expedición de Escílax. En esta ocasión Heródoto nos dice que el explorador utilizó dicho lugar como punto de partida para su viaje, por lo que no cuesta mucho imaginar que esta ciudad y la región colindante ocupasen una posición destacada dentro del relato original y fuese utilizada en algún momento dado como un punto fundamental de referencia.

En este mismo pasaje, y para explicar el modo de vida de los indios que poblaban esta región, se recurre a la comparación con el de los bactrios sin dar mayores aclaraciones adicionales. La única explicación a la forma tan expeditiva de solventar el paso es la lógica referencia a un pasaje anterior en el que la manera de vivir de aquellas gentes ocupaba un espacio mayor que hacía innecesaria su repetición posterior. Sin embargo, no encontramos dicha descripción en ninguna parte de la *Historia de Heródoto.* Una vez más, por tanto, parece que nos hallamos frente a uno de estos puntos de ruptura que introducen cierta incoherencia en el sentido general del relato y ponen, quizá, de manifiesto el carácter intrusivo de todo este pasaje[33].

Tampoco constituye un paso demasiado aventurado el tratar de retrotraer el origen de dicha información al relato original de Escílax si tenemos en cuenta el lugar que pudo haber ocupado en él una región como Bactriana, que constituía la ruta natural desde el corazón del imperio persa hacia la India por la que seguramente había tenido que viajar Escílax hasta llegar al punto de partida de su expedición[34]. La des-

---

[32] Hdt. III, 102. El topónimo aparece también entre los fragmentos de Hecateo aunque con una grafía algo diferente. Véase al respecto el comentario correspondiente de JACOBY, FGrHist. 1 F 295, Kommentar.

[33] Véanse nuestras consideraciones al respecto en «L'Inde dans les récits grecs de voyage», en J. C. CARRIÈRE y otros, eds., *Inde, Grèce ancienne. Régards croisés en anthropologie de l'espace*, París, 1995, pp. 21-37, esp. pp. 25 ss.

[34] Sobre el papel fundamental de Bactria en las comunicaciones del imperio persa con las regiones más orientales y la India, W. J. VOGELSANG, *The rise and organisation of the Achaemenid Empire*, Leiden, 1992, pp. 58 ss., y F. L. HOLT, *Alexander the Great and Bactria*, Leiden, 1988, pp. 11 ss.

cripción de las costumbres y modos de vida de sus habitantes podría haber figurado, por tanto, con todo derecho en el relato original del explorador cario, especialmente en sus inicios. No es de extrañar, por ello, que remitiera más adelante a ella cuando necesitaba establecer los correspondientes paralelos y similitudes como en el presente caso. Éste es el punto, además, en el que Heródoto inicia el célebre relato de las expediciones indias en busca del oro hasta una tierra dominada por unas hormigas gigantes. Una historia de componentes fabulosos que podría haber encajado bien en el relato original de Escílax, tal y como se deduce de las alusiones ya comentadas a la existencia de pueblos fantásticos como los esciápodos o los macrocéfalos. Sin embargo, Heródoto no dio cabida en su historia a esta clase de fabulaciones y sí en cambio acogió el famoso cuento de las hormigas que custodiaban el oro. ¿Qué tenía de especial esta historia?

En primer lugar, Heródoto no era inmune a las buenas historias a pesar de su aparente oposición radical a las fabulaciones de los poetas y, de hecho, en muchos momentos de su historia dio acogida a esta clase de narraciones[35]. En segundo lugar, la historia podía cruzar con cierta facilidad la frontera de la verosimilitud sin que diera la impresión de que en esta ocasión al menos el historiador se había dejado cautivar por los encantos de la fabulación mítica. La historia discurría en un escenario característico de los confines del mundo en el imaginario griego, un desierto, que tal y como el propio historiador nos recuerda al inicio del *lógos* indio, constituía uno de los paisajes habituales de estas regiones remotas[36]. También se adecuaba a lo esperado en aquellas regiones el tamaño inusual de estos animales, ya que debido a la proximidad del Sol todo era más grande de lo habitual, como también se encarga de recordarnos el propio Heródoto[37]. Su aspecto no era particularmente monstruoso ya que era semejante al de las hormigas griegas de las que sólo se diferenciaban por el tamaño. Éste se evaluaba, además, de una manera moderada como intermedio entre el perro y el zorro. Pero, sobre todo, se aportaba lo que parecía una prueba de su existencia que no comprometía frontalmente la credibilidad del narrador. Se afirmaba, en efecto, que en la corte persa podían contemplarse algunos ejemplares de estos curiosos animales que se suponía habían sido capturados en aquellas regiones. No había, por tanto, ninguna necesidad de presentarse como testigo directo de unos acontecimientos que por tener lugar en aquellos remotos confines del mundo

---

35 En general sobre este tema, W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und Zeitgenossen*, Göttingen, 1969.

36 Acerca de la significación del desierto en Heródoto, cfr. H. EDELMAN, «Eremos und eremie bei Herodot», *Klio*, 52, 1970, pp. 79-86.

37 Hdt. III, 106, 2.

escapaban a la posibilidad de contemplación personal. La historia tenía, además, su origen en los relatos de los persas, tal y como resalta oportunamente Heródoto, dejando así momentáneamente en suspenso el grado de credibilidad que podía resultar asumible por el propio autor.

La historia se ha atribuido tradicionalmente a Hecateo, quien, como en tantas otras ocasiones, habría sido la fuente de la que echó mano Heródoto para redactar descripciones de esta índole[38]. Sin embargo, lo cierto es que el personaje más apropiado para haber sido el primero en escuchar una historia semejante, que al parecer tendría además orígenes orientales[39], sería Escílax, que había estado presente en la corte persa, a diferencia de sus inmediatos sucesores. Incluso pudo haber oído hablar del asunto en el curso de su expedición hacia el Indo, bien de los propios persas que le acompañaban, o de los indios con los que pudieron entrar en contacto. Hipótesis por hipótesis, la de Escílax no parece mucho más débil que las otras alternativas que se barajan.

Escílax contaba con una ventaja considerable a su favor. Todas sus afirmaciones sobre los confines orientales del mundo las hacía cómodamente instalado en una atalaya privilegiada desde la que podía otear dicho panorama. Había viajado en persona hasta el imperio persa, que por entonces constituía la región del orbe conocido que lindaba con aquellas remotas regiones. Podía cimentar de esta forma sus informaciones con la autoridad que le confería esta privilegiada posición. Era una estrategia narrativa que ya habían utilizado anteriormente otros como el misterioso Aristeas de Proconeso, quien a mediados del siglo VII hizo una descripción de los pueblos fabulosos que habitaban en el extremo septentrional del mundo, como los grifos y los arimaspos. Aristeas, sin embargo, sólo reconocía haber viajado en persona hasta el país de los isedones, una región intermedia y vecina de aquellos confines donde había tenido la oportunidad de conocer de boca de los indígenas aquellas fantásticas informaciones[40].

Heródoto confiaba además en la respetabilidad de Escílax, quien, no lo olvidemos, había sido elegido por Darío precisamente por este motivo, porque le ofrecía garantías de que le iba a decir la verdad. Un comentario que no resulta gratuito en Heródoto si pensamos que es el

---

[38] Así, A. Dihle, *op. cit.*, p. 29.

[39] Al respecto véase Karttunen, *op. cit.*, pp. 171-176, que ofrece además un resumen de las diferentes teorías modernas que han tratado de explicar el caso.

[40] Sobre esta clase de estrategias utilizadas en los relatos de viaje, A. Dihle, *op. cit.*, p. 12. Sobre esta clase de estrategias en Heródoto, D. Fehling, *Herodotus and his Sources. Citation, Invention and Narrative Art*, Leeds, 1989 (Berlín-Nueva York, 1971), pp. 96 ss. En general sobre esta clase de recursos narrativos, Gómez Espelosín, «Realidad y ficción en los relatos de viaje de la literatura griega», en *La cultura del viaje. Segunda semana canaria sobre el mundo antiguo*, La Laguna (en prensa). Sobre Aristeas, véase más adelante.

propio historiador quien se encarga de recordarnos repetidamente la importancia que los persas concedían a la verdad y el papel tan destacado que ocupaba dentro de su código de conducta moral[41]. No existían, por tanto, razones convincentes para dudar de la veracidad de una historia que un narrador tan reputado en este respecto había incluido en su relato.

En el interior de la historia encontramos además otro posible punto de ruptura que podría remitirnos a un contexto narrativo anterior diferente y más extenso que Heródoto ha decidido ahora reducir en su reelaboración del relato. Es bien conocido el papel protagonista que el camello desempeña en el curso de la historia, ya que los indios conseguían salir airosos de la aventura gracias a las cualidades de dicho animal. Sin embargo, en un momento dado, Heródoto decide pasar por alto la descripción detallada del animal en cuestión por creer que se trata de un tema de sobra conocido por los griegos. A pesar de ello, no se resistió a dejar pasar por alto ciertas peculiaridades anatómicas que podían resultar, en cambio, insólitas y sorprendentes para su auditorio. A la vista de esta repentina autolimitación que resulta finalmente incumplida, da la impresión que Heródoto se encontró con un pasaje en el que la descripción detallada del camello se hallaba plenamente justificada como parte integrante y decisiva del desarrollo de toda la historia. Sin embargo, Heródoto procedió con buen criterio a abreviar una parte de la explicación en vista de que podía resultar en esos momentos completamente ociosa para su público.

No sería quizá descabellado identificar dicho contexto con el relato original de Escílax, en el que tendría pleno sentido una descripción más detallada del camello, ya que por entonces todavía podía considerarse dicho animal como una curiosidad exótica que se utilizaba en las caravanas que atravesaban las rutas comerciales del imperio persa o formando parte de sus ejércitos. Sin embargo, las cosas habían cambiado ampliamente en tiempos de Heródoto tras haber visto desfilar por suelo griego a los contingentes persas en repetidas ocasiones. De esta forma, Heródoto no consideró relevante incluir toda la digresión y tan sólo mencionó explícitamente aquellas particularidades que por su rareza podían interesar a un auditorio que sólo tenía una idea general de este animal sin demasiadas precisiones. Un tipo de observaciones que estaban más al alcance de quien como Escílax había seguramente compartido un largo trayecto de su viaje con estas criaturas.

---

[41] Sobre la importancia que los persas concedían a la verdad, el propio Heródoto insiste en varios pasajes, así I, 136 (uno de los tres principios que inculcaban a su hijos); I, 138 (la mentira era la vergüenza más grande). En la célebre inscripción de Behistún encontramos también una exaltación de la verdad, col. 1, 10; 4, 4-8, 13.

La historia de las hormigas dejó sus ecos en la tradición literaria griega. En época clásica fue utilizada por Sófocles, aunque quizá situaba la historia en Etiopía, en una curiosa confusión entre las dos regiones liminales que fue característica de buena parte de la tradición antigua[42]. No parece, por otro lado, que la fuente utilizada para su composición fuera la misma que la del conocido pasaje de Heródoto, a juzgar por la descripción que ofrecía de las célebres hormigas, algo más detallada que la mera referencia a su tamaño que aparece en Heródoto. Una descripción más detallada que pudo muy bien haber estado presente en el primer borrador de la historia que trataba de transmitir una imagen visual de semejantes bestias. Una circustancia que se adecuaba también a la situación de Escílax y a su interés por cuestiones de índole naturalista, como vimos a través del fragmento sobre la cinara.

Posteriormente la historia reaparece con Nearco, que curiosamente realizó bajo las órdenes de Alejandro la misma ruta de Escílax, al menos hasta la entrada al golfo Pérsico[43]. Se ha destacado el influjo de Heródoto en la obra de Nearco hasta el punto que podría haber utilizado el jonio como lengua para su composición[44]. Sin embargo, en su descripción de las célebres hormigas introdujo elementos que no están presentes en el pasaje herodoteo, como el hecho de que tuvieran pieles semejantes a las del leopardo, tal y como sabemos por Estrabón[45]. Parece probable, por tanto, que Nearco hubiera seguido también los pasos de su viejo predecesor en el terreno literario, imitando su lengua y reactualizando incluso alguna de las historias que contenía el antiguo relato del explorador cario, como la de las célebres hormigas.

Por fin, también Megástenes, otro de los viajeros griegos a la India que escribió después un relato sobre el país, trató también en su obra la historia de las hormigas[46]. A juzgar por el texto de Estrabón, Megástenes mantuvo las líneas fundamentales de la historia, incluido el tamaño aproximado de estos animales, no inferiores al zorro, pero se vio obligado a desplazar el escenario hacia el oriente, hacia regiones que no habían sido visitadas por Alejandro, a otorgarle una ubicación concreta

[42] Soph., fr. 29 Radt. Karttunen muestra sus dudas acerca de que fuera necesariamente en Etiopía donde Sófocles situaba la historia, *op. cit.*, p. 171, núm. 123. Sobre la confusión entre India y Etiopía, ARORA, *op. cit.*, pp. 167-176.

[43] Arr., *Anab.*, VIII, 15, 4 ss. Nearco mejoró todavía más la estrategia de veracidad utilizada afirmando haber visto tan sólo los caparazones de estos animales en el campamento macedonio. KIESSLING, *RE* s. v. «Hyktanis», IX, cols. 103-106, sostuvo la idea de que Nearco conoció y utilizó el relato de Escílax. Las dudas de Jacoby a este respecto en FGrHist II D, 445.

[44] L. PEARSON, *The Lost Histories of Alexander*, pp. 112 ss.

[45] Str. XV, 1, 44.

[46] FGrHist 715 F 23 a-b.

junto a la tribu denominada derdas, y a variar ligeramente la estrategia utilizada a la hora de escapar por los expedicionarios que iban en busca del oro que en lugar de camellos desparramaban pedazos de carne para desviar la atención de las hormigas en la persecución. Como vemos, se trataba tan sólo de ligeras matizaciones que podían contribuir a reforzar de manera evidente la veracidad de la historia. Parece pues probable, a la vista de esta cadena casi ininterrumpida de reelaboraciones, que una historia como ésta tuviera su origen en el primero de los viajeros griegos a la India, Escílax, y fuera luego repetida por todos aquellos que siguieron de una u otra manera sus pasos en esta dirección como una etapa obligada de la misma manera que otros hitos célebres como la patria originaria de Dionisos o los altares de Alejandro. Cada uno de ellos iba introduciendo sin embargo las debidas matizaciones críticas que salvaguardaran su reputación como narrador[47].

También los pasajes relativos a Arabia del libro III de Heródoto presentan un esquema similar. En ellos se describen los curiosos y excepcionales procedimientos utilizados por los indígenas de aquellas regiones para hacerse con los productos más preciados que albergaban dichos parajes, tales como el incienso, la canela, el cinamomo o el lédano. Todos ellos, al igual que el oro custodiado por las hormigas, se encontraban en lugares de difícil acceso y salvaguardados por determinadas especies de animales que impedían su recolección o dificultaban considerablemente la tarea. El incienso lo producían unos árboles custodiados por unas serpientes aladas a las que era necesario ahuyentar mediante la humareda provocada por la quema de unos arbustos determinados. La canela crecía en un lago cuyas orillas eran frecuentadas por una especie de murciélagos de los que era necesario protegerse envolviéndose con pieles todo el cuerpo salvo los ojos. El cinamomo se hallaba en los nidos de unas aves de gran tamaño situados en riscos escarpados que resultaban completamente inaccesibles. Para conseguirlo era preciso derribarlos hasta el suelo mediante una curiosa estratagema que consistía en atraer la atención de dichas aves hacia grandes pedazos de buey descuartizados, que una vez subidos hasta el nido lo hacían ceder luego por el efecto de su peso. Por último, el lédano se hallaba adherido a las barbas de los machos cabríos en un lugar sumamente fétido.

Arabia constituyó ciertamente una de las etapas del viaje de Escílax y curiosamente aparece descrita en el texto de Heródoto a continuación de la India en una secuencia que podría resultar significativa acerca del posible origen de todo el pasaje en cuestión. Además, esta

---

[47] Sobre la tradición posterior de esta historia de las hormigas, véanse los comentarios de Asheri al pasaje correspondiente en el libro citado en núm. 30.

digresión sobre los confines orientales del mundo concluye con la fugaz mención de Etiopía[48]. A diferencia de lo que sucede con la India o Arabia, Heródoto se limita a destacar en esta ocasión los productos preciosos que posee, como oro en abundancia, elefantes y árboles silvestres de todas clases, y a resaltar las características excepcionales de sus habitantes que sobresalían por su talla, apostura y longevidad. Esta brevedad resulta ciertamente sorprendente en este lugar a la vista del conocimiento más amplio sobre Etiopía que Heródoto demuestra en otras ocasiones[49]. Quizá la explicación más factible reside en el hecho de que Heródoto haya utilizado una fuente distinta en los diversos pasajes en los que aparece mencionado el remoto país de los confines meridionales. En este caso se trataría del relato de Escílax que ofrecía una secuencia de escenarios que encajaba a la perfección con la que aparece en la digresión herodotea. La brevedad sobre Etiopía se justificaría además si tenemos en cuenta que en el curso de su viaje apenas pudo entrever esta remota tierra meridional que se hallaba todavía dentro del terreno del mito. Escílax no estaba en condiciones de ofrecer sobre ella informaciones al mismo nivel de «autopsía» que sobre la India o Arabia, unas tierras que había recorrido en parte, o había circunnavegado a lo largo de sus costas, que eran precisamente los lugares que producían los preciados productos a los que se refiere Heródoto.

En todos estos pasajes se detectan también algunos de los intereses naturalistas que debieron caracterizar el relato de Escílax, al menos a juzgar por la noticia sobre la cinara. Se describe así una legumbre que consumían los indios, las peculiaridades anatómicas del camello, los árboles que producían copos de lana, las serpientes aladas y su manera de reproducción, o las especies de ovejas que poseían los árabes. Aparecen también indicios de lo que pudo haber sido una descripción etnográfica más completa como la mención de las costumbres de algunas tribus indias a la hora de tratar a los enfermos, su forma de hábitat, su manera de vestir, su dieta alimenticia, sus prácticas sexuales o ciertas peculiaridades anatómicas. Unos rasgos que debieron caracterizar en bloque a la naciente etnografía jonia, pero que a juzgar por la noticia que aparece en la *Política* de Aristóteles no debieron resultar ajenos a los intereses de Escílax.

El aparente interés de Escílax por los elementos de carácter fabuloso, tal y como permiten suponer las alusiones de Filóstrato y

---

48 Hdt. III, 114. Asheri en el comentario *ad loc* señala que este capítulo «sarebbe meglio al suo posto nel logos etiopico a 17-25...».

49 Véase a este respecto el largo excurso que dedica Heródoto a Etiopía con motivo de la fallida expedición de Cambises en los primeros capítulos del libro III, 17 ss. Al respecto, I. HOFMANN y A. VORBICHLER, *Der Aethiopenlogos bei Herodot*, Viena, 1979.

Tzetzés, se dejan sentir también en estos pasajes herodoteos. Ciertamente en Heródoto no aparecen por ningún lado los pueblos fabulosos a los que aluden dichos autores, pero la situación excepcional de los productos más preciados y la forma ingeniosa de conseguirlos se corresponden bien con un relato en el que debían ser frecuentes esta clase de elementos, si bien hacían seguramente su aparición de forma comedida, a través de estrategias narrativas que mantenían casi intacto el tono de veracidad del relato, atribuyendo todas estas noticias a informadores indígenas o a tradiciones locales que sólo presentaban como garantía su inmediata proximidad a las regiones que albergaban tales maravillas.

Todo el pasaje herodoteo relativo a la India y Arabia presenta los indicios suficientes para suponer que su fuente de información hay que buscarla en el relato de Escílax. El tono general de estos episodios no parece que se ajuste al esquema racionalista que presidía aparentemente toda la obra de Hecateo, destinada a poner orden en el cúmulo informe de las leyendas griegas[50]. Así lo demuestran al menos pasajes tan significativos a este respecto como su célebre preámbulo o las correcciones impuestas a la geografía mítica de los viajes de Heracles hasta occidente. En los pasajes herodoteos subsisten en cambio posibles indicios de un relato de primera mano elaborado por quien tuvo el indudable privilegio de haber podido contemplar por vez primera aquellos remotos confines y dejó constancia orgullosa de su hazaña. Ésa es la impresión que se desprende de la noticia acerca de las tribus de indios descritas cuando se afirma a renglón seguido que no habían sido nunca súbditos del rey Darío[51]. El explorador cario dejaba así patente su orgullo al demostrar que su radio de informaciones abarcaba incluso regiones inexploradas hasta entonces a las que ni siquiera los poderosos brazos del imperio persa, que incluían en su tiempo todas las ciudades griegas de Asia Menor, habían podido alcanzar bajo su dominio. Una impresión similar de proceder de un testimonio de primera mano se desprende de la afirmación sobre la agradable fragancia que exhalaba Arabia, algo que resultaba natural para quien deseaba dejar constancia de haber viajado efectivamente por sus costas y haber disfrutado *in situ* de sus ventajas[52].

---

[50] Sobre Hecateo, véase más adelante.

[51] Hdt. III, 101, 2.

[52] Hdt. III, 113. Este motivo se convertirá además en uno de los rasgos más destacados por los supuestos viajeros que merodearon por las inmediaciones de aquellos parajes. Esa es la impresión que se ofrece en el periplo de Hanón en el momento en que se pretende haber alcanzado los confines meridionales del orbe donde se hallaban estas regiones. Así también en Agatárquides, 97, y Diodoro en su descripción de estos lugares, III, 46, 4. Sobre el carácter mítico de los aromas y perfumes, cfr. A. LALLEMAND, «Le parfum comme signe fabuleux dans les pays mythiques», en Jouan y Deforgue, *op. cit.*, pp. 73-90.

Todo un cúmulo de indicios, en suma, que, siempre dentro del terreno de las hipótesis, nos llevan a suponer que Heródoto pudo haber manejado el relato de Escílax. Quizá no lo hizo de manera directa pero desde luego no a través de Hecateo, y en todo caso de forma no servil, ya que siempre introdujo las precisiones y modificaciones que le parecieron oportunas. A pesar de ello, en el relato final han quedado como indicios de esta operación de trasvase ciertas imprecisiones e incoherencias, que resultan muy difíciles de detectar y subsanar en una forma de hacer literatura que permanecía todavía muy cercana a los métodos de composición oral[53]. Tales indicios nos permiten establecer unas pautas de seguimiento a la hora de identificar su posible origen. Escílax fue sin duda un pionero con su viaje de exploración y con su relato del mismo abrió a la imaginación de los griegos los confines orientales del mundo. Sus noticias e informaciones, aunque reelaboradas y seguramente distorsionadas por la tradición posterior, hicieron inevitablemente escuela en la literatura griega y Heródoto constituye una vez más la primera etapa de este proceso.

### *Eutímenes de Marsella*

Otro de los primeros periplos de los que tenemos noticia es el de Eutímenes de Marsella, que en algún momento del siglo VI a.C. pudo haber realizado un viaje de exploración por las costas occidentales de África hasta la desembocadura de un río que al parecer identificó con las fuentes del Nilo[54]. Como sucede en el caso de Escílax, su obra no se ha conservado hasta nosotros. Sin embargo, sabemos por el testimonio de Marciano de Heraclea que Eutímenes redactó un periplo sobre el mar exterior[55], si bien no podemos deducir nada acerca de la fecha de su composición a causa de la confusión reinante en la relación nominal de autores que ofrece este epitomador tardío.

Como ya demostró en su día Félix Jacoby, todas las alusiones a Eutímenes existentes a lo largo de la literatura antigua se refieren a un único fragmento que ha sido reelaborado sucesivamente por los diferentes autores que lo han transmitido[56]. Dicho fragmento trataba de las causas de las crecidas del Nilo y su origen hay que buscarlo en el libro XI de las *Historias* de Éforo, que constituiría de este modo un *ter-*

[53] Cfr. J. A. S. EVANS, *Herodotus. Explorer of the Past*, Princeton, 1991, pp. 89 ss.

[54] Sobre la figura de Eutímenes y su supuesto viaje de exploración F. JACOBY, s.v. «Euthymenes» en *RE* 6, 1, 1907, cols. 1509-1511; Ch. MOURRE, «Euthyménès de Marseille», *RSL*, 20, 1964, pp. 133-139; R. CARPENTER, *Beyond the Pillars of Heracles*, Nueva York, 1966, pp. 101-103; J. DESANGES, *Recherches*, pp. 17-27, y PERETTI, *Il periplo di Scilace*, pp. 42-44.

[55] Marciano, Epit. Peripl. Menipp., 2 en GGM I, 565.

[56] Muller FHG, IV, 408-409.

*minus ante quem* para datar a nuestro autor[57]. De todas las reelaboraciones que han llegado hasta nosotros, quizá la más completa es la que aparece en una doxografía del siglo III a.C. conocida como el Anónimo de Florencia, en la que se recogían las principales teorías acerca de las irregulares crecidas del Nilo[58]. En él se afirma de manera taxativa que el propio Eutímenes había viajado hasta el mar exterior y había realizado *in situ* algunas observaciones acerca de la dirección del mismo, de la acción de los vientos etesios que impulsaban el agua hacia el interior de las tierras, del carácter dulce de aquélla y de la similitud de la fauna encontrada con la existente en el Nilo.

Poco es lo que aportan el resto de los testimonios, que se limitan por lo general a parafrasear el mismo texto a veces en forma más abreviada[59]. Sin embargo, no sucede lo mismo con el testimonio de Elio Arístides, que dedica un cierto espacio de su discurso sobre Egipto a criticar el relato del supuesto explorador masaliota[60]. Arístides declara todo su escepticismo sobre la viabilidad de una empresa semejante y considera del todo increíbles sus afirmaciones acerca de la existencia de un mar de agua dulce o de la presencia de cocodrilos e hipopótamos en aquellas aguas. Califica además toda la historia transmitida por Eforo de fabulaciones masaliotas equiparables a los cuentos que las nodrizas relatan a los niños a la hora de irse a dormir.

En primer lugar reprocha a Eutímenes no haber resuelto en modo alguno el problema de las crecidas del Nilo y haber creado en cambio uno todavía mayor al transferir la supuesta solución al ámbito desconocido del océano[61]. Nadie además había dado noticias acerca de la condición dulce de ninguno de los mares, ni siquiera aquellos que han navegado por las regiones más próximas a las que hace referencia Eutímenes. Ni gaditanos, cartagineses o masaliotas apoyan con sus informaciones una afirmación de tal calibre. En segundo lugar, Arístides manifiesta sus dudas acerca de cómo pudo haber viajado un hombre hasta aquellos confines y se pregunta sobre los medios utilizados y sobre las razones efectivas que pudieron haber propiciado semejante viaje. Un tipo de consideraciones pragmáticas que ya había realizado anteriormente Polibio para desacreditar el viaje de Piteas[62].

---

57 Al respecto, G. AMIOTTI, «Eutimene di Marsiglia e le piene del Nilo», en M. SORDI, *Fenomeni naturali e avvenimenti storici nell'antichitá, CISA*, Milán, 1989, pp. 60-70, donde se encuentran las referencias oportunas al problema sobre su datación.

58 Anónimo de Florencia, *Sobre la crecida del Nilo*, 5.

59 Así, Séneca, *NQ*, IV a, 2, 22-25; Juan Lido, *De Mens*., IV, 107; Aecio, *De plac. philos*., IV, 1, 2; Pseudo Galeno, *Hist. philos*., 89.

60 Elio Arístides, XXXVI, 85 y 94-96.

61 Sobre la idoneidad de este espacio oceánico para las fabulaciones, ROMM, *The Edges of the Earth*, pp. 200-201.

62 En Str. II, 4, 1-2.

Arístides se sorprende igualmente del escaso eco que ha tenido dicho viaje entre sus contemporáneos y sucesores cuando, de haberse realizado, debería ser considerado en buena lógica como toda una hazaña excepcional.

Por fin, intenta echar por tierra la existencia de una fauna de tipo nilótico en aquellas aguas que Eutímenes había utilizado como evidencia que daba consistencia a su teoría. Para el sagaz Arístides se trataba tan sólo de una simple estrategia narrativa con la que aquél pretendía dar impresión de veracidad a toda su historia. Mediante esta alusión a la fauna bien conocida típica del Nilo, Eutímenes pretendía otorgar un aire de credibilidad al resto de su historia ya que era lógico pensar que la presencia de dichos animales confirmase el entramado previo de su hipótesis. Sin embargo, para Arístides era precisamente el uso de una estratagema semejante lo que confirmaba el carácter ficticio de todo el relato. Arístides demostraba así una actitud crítica mucho más aguda que la de muchos estudiosos modernos dispuestos a creer a pie juntillas en la navegación del masaliota y prestos de inmediato a buscarle en los mapas una ubicación geográfica plausible[63].

Ciertamente resulta difícil admitir sin más la realidad de un viaje de estas características del que además no tenemos más noticia que las escuetas y puntuales indicaciones que aparecen expresadas en el Anónimo florentino. Ni siquiera estamos seguros de la época en que pudo haberse realizado la aventura marina de Eutímenes ni podemos precisar detalles sobre el contexto histórico que hizo posible que la llevase a término. Frente a quienes sostienen una fecha de las postrimerías del siglo VI a.C., se alzan las voces críticas de los que proponen rebajarla hasta la segunda mitad del siglo IV a.C.[64] Hay incluso quien, yendo todavía más lejos, ha supuesto que el viaje de Eutímenes pudo haber continuado en dirección al norte, hacia las aguas del canal de la Mancha, y habría, por tanto, que identificar su obra con el periplo arcaico que habría utilizado Avieno como núcleo central de su *Ora Maritima*[65]. Sin embargo, todas estas inferencias resultan injustificadas ya que no se apoyan en la evidencia disponible, por lo que debemos descartar todo intento de identificar con el río Senegal el término de su viaje o prolongar éste hacia latitudes más septentrionales[66].

---

[63] Ése suele ser el criterio mayoritario a la hora de tratar de la figura de Eutímenes. Sólo Desanges expresa tímidamente la posibilidad de que el relato del masaliota quedara reducido a un simple ejercicio literario; cfr., *Recherches...*, p. 27.

[64] Véanse a este respecto las conclusiones de Desanges y Amiotti en las obras respectivas citadas en las notas 54 y 57.

[65] Tal y como propuso en día A. SCHULTEN, *Ora Maritima*, Barcelona, 1955, pp. 16 ss. Más recientemente, P. FABRE, «Les grecs à la découverte de l'Atlantique», en *L'Océan et les mers lointaines*, pp. 11-20, esp. pp. 13 ss.

[66] DESANGES, *Recherches...*, pp. 20 ss.

La limitada evidencia de que disponemos no nos permite efectivamente ir demasiado lejos. Existen ciertamente razones bien fundadas para dudar de la realidad de un viaje de esta envergadura en un momento en el que las condiciones técnicas de la navegación antigua no hacían factible una aventura marítima por estos derroteros[67]. Están además las críticas bien fundadas de Arístides acerca de la escasa repercusión que una hazaña como ésta tuvo en el mundo griego posterior. Destaca en este sentido el sorprendente silencio de Heródoto, siempre atento a destacar o a mencionar al menos todas estas tentativas de exploración que se llevaron a cabo a lo largo del período anterior, como sucede en los casos de Escílax, Aristeas, Coleo de Samos o incluso de aventuras ajenas al mundo griego como la del persa Sataspes, la de los fenicios a las órdenes del faraón Necao o la de los jóvenes nasamones[68].

Una fácil salida al dilema es la de situar el viaje de Eutímenes en una época posterior, tal y como algunos vienen defendiendo últimamente[69]. Sin embargo, aun admitiendo como más probable la fecha que sitúa la andadura del masaliota a finales del siglo VI a.C., existen otras posibilidades de explicación para la sorprendente ausencia del nombre de Eutímenes de las páginas de Heródoto[70]. Se ha supuesto que podría existir una referencia implícita a Eutímenes en la crítica que Heródoto lleva a cabo contra quienes sostienen que hay que buscar la causa de las crecidas del Nilo en el océano en un pasaje del libro II. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos parece inclinarse más bien en favor de Hecateo como el principal objeto de esta velada alusión[71]. De cualquier manera, no resulta muy difícil imaginar las razones que pudieron haber llevado a Heródoto a ignorar por completo el nombre de Eutímenes.

Para empezar, no debemos olvidar que el viaje del masaliota había discurrido en teoría por uno de los confines del mundo, el occidental, sobre el que Heródoto reconoce abiertamente su ignorancia[72]. Afirma en efecto desconocer la existencia de testimonios oculares válidos que confirmaran la presencia de un mar en los límites occidentales de

---

[67] R., MAUNY, *Les navigations médievales sur les côtes sahariennes anterieures à la découverte portugaise* (1434), Lisboa, 1960, pp. 10-19.

[68] Hdt. IV, 44 (Escílax); IV, 13 (Aristeas); IV, 152 (Coleo); IV, 43 (Sataspes); IV, 42 (Necao); II, 32 (Nasamones).

[69] AMIOTTI, *art. cit.*

[70] Véase el argumento razonado que ofrece DESANGES, *Recherches...*, pp. 26-27, basándose sobre todo en la ordenación cronológica aparente que ofrece el texto de Séneca, que lo sitúa junto a Tales de Mileto. Eutímenes se hallaría, pues, «entre la época de Tales y la generación de Anaxágoras».

[71] Hdt. II, 23. Así lo reconoce el propio DESANGES, *op. cit.*, p. 18.

[72] Hdt. III, 115.

Europa. Las únicas informaciones disponibles en este terreno eran las fabulaciones de los poetas que hablaban precisamente de la existencia de un río Océano que Heródoto rechaza de manera concluyente[73]. No podía, por tanto, considerar válido el relato de quien afirmaba haber viajado hasta aquellas remotas latitudes y haber encontrado allí un testimonio evidente de la existencia del célebre río primordial que circundaba la tierra. Eutímenes quedaba así descartado como posible fuente y era relegado de manera automática al conjunto de fabulaciones míticas a las que el historiador concedía escaso crédito a la hora de construir su historia.

Tampoco Eutímenes podía aspirar a ocupar el *status* del *protos heuretes* o primer descubridor, que tanto interesaba siempre a Heródoto y que le habría llevado a figurar con todos los honores dentro de la nómina herodotea. Esta privilegiada posición de descubridor de occidente la ocupaba en Heródoto el samio Coleo, que tras ser desviado de su viaje a Egipto por una tempestad había atravesado con la ayuda de los dioses las columnas de Heracles y había terminado arribando al fabuloso reino de Tartesos, o incluso los foceos, a quienes el historiador atribuye el descubrimiento de las rutas del extremo occidente[74]. Eutímenes quedaba así también excluido de esta ilustre y casi mítica categoría de primeros descubridores. No había por tanto ningún motivo especial que indujera a Heródoto a incluirle en su historia, sobre todo si le consideraba autor de un relato poco creíble que se movía todavía dentro del terreno del mito.

Existe también la posibilidad de que el relato de Eutímenes ofreciera un bagaje de informaciones relativamente pobre para los intereses de Heródoto. Son efectivamente más bien escasas las noticias que aparecen en su *Historia* acerca de estos confines africanos si exceptuamos el famoso viaje de exploración de los nasamones que afirma haber conocido a través de los habitantes de Cirene. Por los ecos que ha dejado en la tradición posterior, da la impresión que el punto central, si no el único, del relato del supuesto explorador masaliota era su descubrimiento de las fuentes del Nilo y la explicación consiguiente del régimen irregular de crecidas que caracterizaba este río. Si ello era así, la cuestión había sido solventada por Heródoto con su análisis crítico de las diferentes teorías propuestas sin especificar demasiado sobre quienes las habían avalado. De todas ellas, precisamente la que defendía Eutímenes, que situaba las fuentes del Nilo en el Océano, era la que parece haber despertado en Heródoto menor interés a causa de las

---

[73] Hdt. II, 23.

[74] Hdt. IV, 152 (sobre Coleo). A este respecto, GÓMEZ ESPELOSÍN, «Heródoto, Coleo y la historia de la España antigua», *Pólis*, 5, 1993, pp. 151-162. Sobre el problema del *protos heuretés*, véase también L. ANTONELLI, *op. cit.*, pp. 52 ss. Hdt. I, 163 (los foceos).

dificultades que implicaba por reducir la cuestión a un ámbito desconocido que era además el territorio predilecto de la fabulación poética[75]. Su silencio parecía, por tanto, sobradamente justificado a la vista de este tipo de consideraciones[76].

Quizá las intenciones de Eutímenes no fueron otras que la de aportar su particular granito de arena a la debatida cuestión de las fuentes del Nilo, que tanto interés suscitó entre los griegos ya desde las primeras especulaciones de la época arcaica[77]. Como ha señalado con buen criterio Desanges, da la impresión que Séneca en su repaso de las teorías principales sobre la cuestión emplea un criterio básicamente cronológico y sitúa precisamente a Eutímenes en este primer período junto a Tales de Mileto, a pesar de la aparente confusión entre los postulados de ambos. Parece, por tanto, que deberíamos imaginar a Eutímenes como un autor que quiso aprovechar seguramente la moda imperante y compuso un relato de viaje en el que narraba su propia experiencia en el intento de resolver el problema. Arístides resalta, de hecho, el estilo arcaizante y poético que el masaliota empleaba en su obra, un indicio quizá de su pertenencia a esos primeros prosistas jonios a los que alude de manera crítica Estrabón al comparar sus obras con las de los poetas y en las que coexistían, por tanto, la realidad y la ficción[78]. Un grupo en el que se incluían seguramente los relatos de exploración a los confines del mundo, como el ya mencionado de Escílax.

Su postulado central no era nuevo. Ya Hesíodo había atribuido la paternidad del Nilo al mítico río Océano; se trataba tan sólo de dar una forma nueva, más acorde al uso de los tiempos, a este viejo dogma mítico. Eutímenes recurrió para ello a la táctica del viaje de exploración, que como podemos comprobar a través de las páginas de Heródoto debió ser un recurso utilizado habitualmente para exponer nuevos descubrimientos. Además de relatar algunas de estas experiencias, el propio historiador había hecho también buen uso de ella resaltando su presencia *in situ* cuando se trataba de solventar una cuestión debatida como la del curso alto del Nilo, el santuario de Heracles en Tiro o las

---

[75] Acerca de las reservas de Heródoto sobre el testimonio de los poetas, H. VERDIN, «Les remarques critiques d'Hérodote et de Thucydide sur la poésie en tant que source historique», en *Historiographia antiqua. Commentationes Lovanienses in honorem W. Peremans septuagenarii editae*, Lovaina, 1977, pp. 53-76.

[76] Quizá se explica así su primera aparición en la Historia de Eforo, que al parecer utilizó fuentes diferentes a Heródoto para el período arcaico; cfr. G. L. BARBER, *The Historian Ephorus*, reimpr. Chicago, 1993, pp. 113 ss.

[77] A este respecto continúa siendo fundamental la obra de D. BONNEAU, *La crue du Nil, divinité egyptienne à travers mille ans d'histoire*, París, 1964. Un cómodo resumen de esta cuestión puede encontrarse en nuestra *Egiptomanía*, pp. 11-34.

[78] Str. I, 2, 6.

serpientes aladas de Arabia[79]. No es de extrañar, por tanto, que en línea con esta tendencia Eutímenes recurriera a un procedimiento similar que daba al parecer sus frutos otorgando a sus afirmaciones una mayor credibilidad y prestigio.

Echó también mano de las estrategias narrativas habituales que contribuían a dar mayor verosimilitud a la historia según sabemos por el testimonio de Arístides. Sin embargo, el brillante orador no comprendió del todo la sutileza de sus procedimientos. Pues no sólo mencionó haber encontrado la fauna nilótica característica, que confirmaba su descubrimiento de las verdaderas fuentes del Nilo, sino que buscó además una prueba más definitiva que pusiera de manifiesto la condición «oceánica» del término de su viaje, como era la dulzura de sus aguas. Si el Océano era un río en la concepción mítica de los griegos, era lógico imaginar que sus aguas como las de los demás ríos, a los que daba además origen, tuvieran también esta condición. Con esta afirmación, que Arístides parece que no llegó a entender del todo a pesar de su aparente coherencia, Eutímenes pretendía demostrar que había arribado efectivamente al curso del Océano y se hallaba, por tanto, en condiciones de avalar su teoría con la autoridad de su propia experiencia personal. Si juzgamos además por el testimonio del Anónimo florentino, en su relato se incluían también algunas observaciones de carácter astronómico sobre la posición del mar en dirección a las osas. Unos criterios de veracidad que fueron también utilizados en el relato de los marineros fenicios al servicio del faraón Necao, del que nos informa Heródoto[80]. Podríamos pensar, en suma, siempre dentro del resbaladizo terreno de las hipótesis, que Eutímenes no hizo otra cosa que camuflar uno de los viejos principios míticos, aderezado con las observaciones de Tales sobre la acción de los vientos etesios, con los nuevos procedimientos de la *historie* jonia, que tenían en el viaje con toda su carga de observaciones y experiencias personales uno de sus más firmes fundamentos.

### *¿Un paleoperiplo en Avieno?*

Además de los relatos perdidos de Escílax y de Eutímenes, el panorama de los periplos griegos arcaicos se completaría, en opinión de algunos, con el núcleo que sirvió de basde al poeta latino Rufo Festo Avieno para componer su célebre poema titulado *Ora Maritima* en el si-

---

[79] Hdt. II, 29, 1 (el curso alto del Nilo); II, 44, 1-3 (el santuario de Heracles en Tiro); II, 75, 1 (las serpientes aladas de Arabia).

[80] Sobre esta clase de criterios en los relatos de viaje, P. JANNI, «Il sole a destra: estrapolazione nella letteratura geografic a antica e nei resoconti di viaggio», *SCO*, 28, 1978, pp. 87-115.

glo IV d.C. El principal adalid de esta idea ha sido, sin duda alguna, el alemán Adolf Schulten, ilustre estudioso de las antigüedades hispánicas. Schulten creyó detectar en el complejo poema de Avieno una serie de estratos compositivos que iban desde un viejo periplo masaliota de finales del siglo VI a.C. hasta una reelaboración posterior, fechable quizá hacia el año 100 a.C., que habría incorporado nuevas informaciones procedentes del cartaginés Himilcón y del historiador del siglo IV a.C. Éforo[81].

La teoría de Schulten fue rechazada por el francés Berthelot, que a diferencia del alemán relegaba la idea del periplo originario para privilegiar en cambio el papel desempeñado por el propio Avieno en una labor de colación de fuentes antiguas de procedencia diversa que abarcarían un arco cronológico comprendido entre los siglos VI y IV a. C.[82] Una y otra teorías han sentado las bases de toda la investigación posterior sobre el tema hasta época bien reciente[83]. Sin embargo, en la actualidad se ha optado más bien como punto de partida para tratar de aclarar la cuestión de forma definitiva por el estudio filológico exhaustivo del texto de Avieno y el de su inserción dentro de la tradición literaria e ideológica de su propia época[84].

La cuestión es ciertamente compleja. A pesar de los estudios realizados, no se ha encontrado todavía una solución completamente satisfactoria que aclare de manera definitiva el espinoso problema de las fuentes utilizadas por Avieno para componer su poema. Ya casi nadie admite hoy en día la existencia del paleoperiplo postulado por Schulten; sin em-

---

[81] A. SCHULTEN, *Avieno. Ora Maritima*, Fontes Hispaniae Antiquae, 2.ª ed., Barcelona, 1955, pp. 11 ss., donde incluso llegó a tratar de distinguir los diferentes estratos del texto con un tipo de letra distinto. La primera edición de su obra es del año 1922.

[82] A. BERTHELOT, *Festus Avienus. Ora Maritima*, París, 1934.

[83] Así, contra la tesis de Schulten, R. CARPENTER, *op. cit.*, pp. 199-214, ha sostenido la posibildad de que una de las fuentes más importantes utilizadas por Avieno fuera la obra de Piteas de Masalia, que exploró a finales del siglo IV a.C. los mares septentrionales. También piensa en una fuente del siglo IV a.C. el alemán D. STICHTENOTH, *Rufus Festus Avienus. Ora Maritima*, Darmstadt, 1968. En cambio, J. P. MURPHY, *Avienus. Ora Maritima*, Chicago, 1977, se inclina en favor de la tesis de Schulten. Han seguido también la tesis del estudioso alemán M. NINCK, *Die Entdeckung von Europa durch die Griechen*, Basilea, 1945, pp. 183 ss., y en parte también W. ALY, «Die Entdeckung des Westens», *Hermes*, 62, 1917, pp. 298 ss. La edición más reciente a cargo del catalán P. VILLALBA I VARNEDA, *Ruf Fest Avié. Periple Ora Maritima*, Barcelona, 1986, niega rotundamente la existencia del periplo y se inclina en favor de la idea de que Avieno habría reelaborado en una síntesis unitaria una serie de fuentes diversas, alguna de las cuales era de procedencia muy antigua. La nueva edición de las Fontes, J. MANGAS y D. PLÁCIDO, eds., *Avieno*, Testimonia Hispaniae Antiqua 1, Madrid, 1994, no añade ninguna nueva tesis a este respecto, aunque de forma útil reúne toda la bibliografía anterior sobre el tema.

[84] En este sentido se han dirigido los estudios de F. J. GONZÁLEZ PONCE, *Avieno y el periplo*, Écija, 1995, y de A., BALBOA SALGADO, «Rufo Festo Avieno y su Ora Maritima: Consideraciones acerca de un sujeto y un objeto», *Gallaecia*, 13, 1992, pp. 369-398; ambos resultados de sendas tesis doctorales sobre el tema, la del segundo todavía inédita hasta el día de hoy.

bargo, existe también una cierta unanimidad a la hora de reconocer el arcaísmo de buena parte del material utilizado por el poeta latino tardío[85].

Seguramente tampoco es oro todo lo que reluce. Aunque Avieno afirma orgulloso haber utilizado muchas fuentes antiguas para la elaboración de su obra[86], al menos una buena parte de ellas, si es que no todas, es probablemente ficticia. Algunos de los autores mencionados nos resultan prácticamente desconocidos como Pausímaco, Fileas, Cleonte o Euctemón, que por lo poco que sabemos de él fue más un astrónomo que autor de tratados geográficos[87]. A algún otro lo conocemos exclusivamente a través de su fugaz aparición en el poema, como es el caso de Bacoris. Por último, resulta altamente improbable que Avieno dispusiera de las obras de algunos de los denominados logógrafos jonios, tanto de Hecateo de Mileto, Damastes de Sigeo o Helánico de Lesbos. Parece que la mayor parte de estos autores no había sobrevivido más allá del periodo helenístico y existía una cierta confusión respecto a las pocas que lo habían hecho, por lo que debemos suponer que ya que desde mucho tiempo antes las citas de estos autores que aparecen por doquier en la tradición proceden seguramente de fuentes de segunda mano como manuales o antologías que recogían, ya de manera un tanto confusa y entremezclada, las referencias directas a sus obras respectivas[88].

Algo parecido sucede quizá con sus menciones de los viejos anales púnicos que le habrían permitido conocer testimonios como los del cartaginés Himilcón, que describía su viaje por las regiones del insondable océano[89]. Son varias las referencias a *libri Punici* que encontramos dentro de la literatura clásica y casi todas ellas se hallan relacionadas de una u otra manera con la obra del monarca mauritano Juba II, que escribió tratados geográficos en griego y que aparece mencionado también de pasada dentro de la *Ora Maritima*[90]. Al igual que las re-

---

85 Así, PERETTI, *Il periplo di Scilace*, pp. 25 ss., reconoce la antigüedad de las noticias relativas a Tartesos remontables quizá al último cuarto del siglo VI a.C. También ANTONELLI, *op. cit.*, p. 104, admite la posibilidad de que el núcleo base de la descripción de las costas del país tartesio remonte a una fuente antigua datable en el siglo VI a.C.

86 Así, en vv. 10 *vetustis paginis*; 40-41 *multa rerum iunximus,/ ex plurimum sumpta comentariis*; 78-79 *haec fides/ petita longe et eruta ex auctoribus*; 193 *memorant vetusti...*

87 Cfr. A. REHM, *RE*, VI, 1, 1959, cols. 1060-1061.

88 De hecho, ya Dionisio de Halicarnaso reconocía que en sus días la mayoría de estos autores sólo eran conocidos por sus nombres ya que no habían sobrevivido hasta entonces y las pocas que lo habían hecho presentaban serias dudas acerca de su autoría concreta, *De Thuc.*, 23. Cfr. PEARSON, *Early Ionian Historians*, Oxford, 1939, pp. 10 ss.

89 VV. 414-415 *haec nos, ab imis Punicorum annalibus/ prolata longo tempore, edidimus tibi.*

90 Así, Amiano Marcelino XXII, 15, 8, y Solino, 32, 2, y posiblemente también Salustio, *Iug.*, 17-19, cfr. V. J. MATTHEWS, «The Libri Punici of King Hiempsal», *AJP*, 93, 1972, pp. 330-335. En general, sobre el problema de los Libri Punici, R. ONIGA, *Sallustio e l'etnografia*, Pisa, 1995, pp. 51-68, donde resalta el hecho de que los Libri Punici salustianos serían «una raccolta greca de Phoinikika, ricca di notizie erudite e divagazioni mitologiche, secondo uno stile diffuso in età ellenistica».

ferencias anteriores, las alusiones a los anales púnicos no nos remiten a una obra original, cualquiera que ésta fuese, consultada directamente por Avieno, sino que se inscriben muy probablemente también dentro de un contexto de reelaboraciones tardías que remonta quizá en su origen a la obra del ilustrado monarca mauritano. Juba fue además una de las fuentes utilizadas por Plinio el Viejo, que constituye curiosamente la única otra mención con que contamos acerca del viaje de Himilcón.

Las referencias a la literatura púnica como argumento de autoridad que confería un cierto carácter de antigüedad respetable al testimonio así avalado fueron ampliamente utilizadas en la literatura clásica. Dos ejemplos ilustrativos de esta tendencia son sin duda el de Plutarco en su obra *Sobre la otra cara de la luna*, donde alude al descubrimiento accidental de pergaminos sagrados que fueron salvados durante la destrucción de Cartago y escondidos después bajo tierra, o el de la *Efeméride de la guerra troyana* de Dictis de Creta, que afirma haber traducido una versión griega de la obra de Dictis de Cnoso que había escrito en púnico una obra sobre esta guerra más antigua y más completa que la de Homero[91]. No sería de extrañar, por tanto, que en el caso de Avieno nos encontráramos con un procedimiento semejante, tendente a dotar a su obra de un aire de venerable arcaísmo[92].

Conocemos bien, por otra parte, las tendencias arcaizantes y de carácter anticuarista que predominaban en la poesía latina de la Antigüedad tardía a partir de los trabajos de Alan Cameron o Lelia Gracco Ruggini[93]. La mayoría de sus descripciones geográficas presentan una artificiosidad tan considerable y un alejamiento de la realidad de su tiempo que han llevado a Cameron a afirmar que las alusiones geográficas presentes en sus obras fueron tomadas de manuales al uso y de catálogos apropiados en los que aparecían convenientemente clasificados los diferentes ríos, lagos y montañas[94]. Su intención final no era la de informar al lector acerca de estas cuestiones, sino contribuir por estos procedimientos a una cierta estética sofisticada que obligaba

---

[91] Plut., *fac. lun.*, 26, 17. Al respecto, V. KRINGS, «Les lettres grecques à Carthage», en C. BAURAIN *et alii*, eds., *Phoinikeia Grammata. Actes du Colloque de Liège, 15-18 novembre 1989*, Namur, 1991, p. 654 ss. Sobre Dictis de Creta, F. MAZZA, «Dictis di Creta e i libri Fenici» en *Atti del secondo congr. intern. di studi fenici e punici (Roma, 9-14 novembre 1987)*, Roma, 1991, pp. 155 ss.

[92] También San Agustín alude la gran antigüedad y sabiduría de los libros púnicos, pero seguramente él mismo ya no había podido leerlos y se trataba tan sólo de un *topos* más transmitido por la tradición erudita, ya que añade: «como nos informan los doctores más sabios»; cfr. S. LANCEL, *Cartago*, Barcelona, 1994 (París, 1992), pp. 326-327.

[93] A. CAMERON, *Claudian. Poetry and propaganda at the Court of Honorius*, Oxford, 1970, y L. GRACCO RUGGINI, «Arcaismo e conservaturismo, innovazione e rinnovamento (ss. IV e V)», en *Le trasformazione della cultura nella Tarda Antichità*, Roma, 1985, pp. 133-156.

[94] CAMERON, *op. cit.*, p. 345.

al lector a decodificar sus claves fundamentales. Como ha señalado Gracco Ruggini, «el texto se convertía en un sistema de signos que confería prestigio a sus usuarios, calificándolos como personajes dotados de una cultura exclusiva de unos pocos que parecían los más indicados para ocupar los lugares más altos de la política»[95].

El poema de Avieno presenta, en efecto, evidentes huellas de todos los rasgos característicos de la literatura geográfica antigua que se habían convertido con el paso del tiempo en meros tópicos aplicados de manera automática y a veces incluso algo descuidada, desde una perspectiva libresca que poco o nada tenía que ver con el conocimiento directo de la realidad o con el estudio serio de las fuentes anteriores. Un tipo de literatura caracterizado por las evocaciones mitológicas, el gusto por las etimologías eruditas, las alusiones a una etnografía de curiosidades exóticas, la presencia inevitable de alguna de las grandes cuestiones científicas como la identificación precisa de la topografía de las columnas de Heracles y sus distancias, el interés por las migraciones de pueblos como explicación de situaciones históricas posteriores, o, finalmente, la mención de los puntos fundamentales de la geografía sacra que caracterizaba las costas de las regiones más apartadas.

A todas estas características todavía podemos añadir otras como la condición inequívocamente literaria de los paisajes evocados a lo largo del poema[96], que no presentan la más leve traza que permita remitirlos a una geografía real observada en un momento dado, la rareza consciente de los nombres utilizados, muchos de ellos auténticos *hápax* que no aparecen en ninguna otra parte de la tradición, o la llamativa insistencia de Avieno en la desaparición absoluta de todo vestigio que permita identificar la localización actual de muchas de las ciudades antiguas mencionadas en el curso del poema. Muchas de las descripciones realizadas dan, además, la impresión de poseer lo que podríamos calificar como un cierto carácter panóptico. Es decir, parece que la visión tan global que ofrecen de los territorios descritos, con frecuentes cambios de rumbo, el interés particular por el curso de los ríos, la comparación entre los tamaños respectivos de algunas regiones o la localización por referencia a los puntos cardinales del observador, sólo sería posible si suponemos el empleo de un mapa ilustrado como fuente, quizá, a la manera de la obra de Dionisio el Periegeta, lo que permitía esa contemplación total de la ecúmene hecha aparentemente desde las alturas. De este modo, a pesar del carácter antiguo que puedan tener algunos de los materiales traídos a cola-

---

[95] GRACCO RUGGINI, *op. cit.*, p. 144. En este sentido insiste también, siguiendo a la autora italiana, GONZÁLEZ PONCE, *op. cit.*, pp. 124-125.

[96] Estudiados con detalle en el trabajo de GONZÁLEZ PONCE, *op. cit.*, pp. 139 ss.

ción por el poeta, el balance general de la obra es escaso en lo que se refiere al valor global de sus informaciones geográficas y, desde luego, no nos permite aventurar o reconstruir ninguna de las fuentes originarias utilizadas, si es que realmente las hubo en un momento determinado del proceso de composición de la obra.

### *El poema de Aristeas de Proconeso*

Aunque no se trata propiamente de un periplo, sino más bien de un poema épico escrito en algún momento de la época arcaica[97], la obra de Aristeas debe ser considerada aquí ya que es también uno de los primeros testimonios acerca de un viaje hacia los confines del mundo que pudo servir de fuente de información a toda la literatura posterior sobre estas regiones septentrionales de la ecúmene. Nuestra principal información acerca de este extraño personaje procede, una vez más, de las páginas de la *Historia* de Heródoto[98]. De su obra sin embargo sólo se han conservado dos breves fragmentos citados por el autor del tratado *Sobre lo sublime* y por el historiador bizantino Juan Tzetzés[99]. El resto de las noticias que tenemos inciden más bien sobre los rasgos extraordinarios que caracterizaban a su autor, capaz de desaparecer y reaparecer en diferentes lugares y realizar en espíritu viajes de largo alcance al servicio del dios Apolo[100].

Según nos cuenta Heródoto, Aristeas emprendió supuestamente un viaje por tierras del norte que le llevó hasta el país de los isedones. Allí pudo conocer de oídas noticias acerca de las regiones más septentrionales en las que habitaban pueblos de rasgos fantásticos como los arimaspos, que poseían un solo ojo, seres extraordinarios como los grifos, bestias terribles encargadas de custodiar el oro que se producía en abundancia en aquellas apartadas regiones de los confines del mundo, o, todavía más al norte, el pueblo feliz y afortunado de los hiperbóreos. A juzgar por el pasaje de Heródoto, Aristeas proporcionaba tam-

---

[97] Sobre la posible fecha del poema, A. IVANTCHIK, «La datation du poème l'Arimaspée d'Aristéas de Proconnèse», *AC*, 62, 1993, pp. 35-67, pone en duda la fecha propuesta tradicionalmente.

[98] Hdt. IV, 13-16. En general sobre la figura de Aristeas, la monografía ya citada de BOLTON, *Aristeas*. Véanse las observaciones que formulan a esta obra en sus respectivos *review* W. BURKERT en *Gnomon*, 35, 1963, pp. 235-240, y C. J. HERINGTON, en *Phoenix*, 18, 1964, pp. 78-82.

[99] Longino, *De lo Sublime*, X, 4, y Tzetzés, *Chil.*, VII, 676-679 y 686-692. Los fragmentos se encuentran reunidos al final del libro de Bolton y traducidos al castellano en la versión de Alberto BERNABÉ en *Fragmentos de Épica griega Arcaica*, Madrid, 1979, pp. 352-354.

[100] Sobre este tipo de personajes, E. R. DODDS, *The greeks and the Irrational*, Berkeley-Los Ángeles, 1951, pp. 135 ss,, en especial sobre Aristeas, p. 141.

bién informaciones acerca de los movimientos migratorios y expansionistas de los pueblos de toda esta zona que en oleadas sucesivas habían ido expulsando de sus respectivos territorios a los pueblos colindantes.

La obra de Aristeas se ha considerado como una de las fuentes utilizadas por el propio Heródoto a la hora de recabar información acerca de estas regiones del norte del mar Negro, si bien no todas las noticias que se encuentran dentro del denominado *lógos* escítico remontan probablemente a dicho poema[101]. El propio Heródoto pudo haber obtenido informaciones abundantes sobre toda esta zona, incluidas las noticias sobre el poema de Aristeas, en alguna de las ciudades griegas del mar Negro, en particular en Olbia, donde pudo haber recalado por un tiempo en el curso de sus viajes[102]. No resulta nada fácil reconstruir los canales de transmisión por los que toda la información disponible en el mundo griego colonial acerca de las regiones del interior, las más próximas y las más apartadas, pudo llegar hasta Heródoto. Los relatos de comerciantes que frecuentaban la zona, las tradiciones locales formadas recientemente, y el contacto con los indígenas a un nivel que desconocemos son sin duda los principales candidatos para cubrir las etapas de dicho proceso. Sin embargo, Heródoto no desechó tampoco en su afán de información una obra que trataba acerca de estos confines y seguramente en su historia quedan algunas huellas del relato de Aristeas aun con las concesiones necesarias al elevado grado de reelaboración al que nuestro historiador debió someterla.

El relato de Aristeas contenia al parecer una considerable abundancia de informaciones, fantásticas y reales, sobre uno de los confines del mundo, y era además el resultado de la experiencia personal de su autor que decía haber viajado hasta sus inmediaciones. Aristeas era un poeta, y aunque no parece que Heródodo concediera demasiado crédito a esta clase de fabulaciones, probablemente dio cabida en su obra a alguna de las informaciones que refería tan curioso personaje. Su relato debió gozar, además, de un cierto prestigio en la literatura antigua, tal y como se deduce de la pervivencia de su nombre a lo largo de la tradición. Incluso en algún caso se llega a equiparar su nombre al de Heródoto a la hora de mencionar a los autores más ilustres que hablaban acerca de los arimaspos, como hace Plinio el

---

[101] Crítico con las fuentes que Heródoto pudo haber utilizado para toda esta zona se muestra D. FEHLING, *op. cit.*, pp. 21 ss. Por contra, defiende con vehemencia la veracidad de sus informaciones sobre ella W. KENDRICK PRITTCHETT, *op. cit.*, pp. 191-226.

[102] T. S. BROWN, «Herodotus' Travels», *Anc.W*, 17, 1988, pp. 67-75, esp. p. 69. O. KIMBALL ARMAYOR, «Did Herodotus ever go to the Black Sea?», *HSCP*, 82, 1978, pp. 45-62, muestra sus dudas acerca de su estancia en esta región. Sobre la importancia de la ciudad de Olbia como punto de comercio con las regiones del interior, T. SULIMIRSKI, en *Cambridge Ancient History*, III, 2, 2.ª ed., Cambridge, 1991, p. 583.

Viejo[103]. Todavía en época imperial Aulo Gelio pudo encontrar su obra, o más probablemente un texto que se le atribuía, en un puesto de libros en el puerto de Brindisi entre otras obras sobre maravillas y curiosidades, que el propio Gelio califica como *scriptores veteres non parvae auctoritatis*[104].

El relato de Aristeas no era un simple poema épico más insertado dentro de una larga tradición. Por lo que sabemos, Aristeas estaba lejos de ser un narrador ingenuo y desinteresado que trasladaba a su auditorio la narración de todas las maravillas posibles sin más garantías de veracidad que las de su condición de poeta inspirado. Da la impresión, por el contrario, que trató de dotar a su relato de la sensación de veracidad por otra clase de procedimientos. Su viaje, para empezar, no había sido el resultado de una aventura casual. Heródoto resalta el hecho de que Aristeas emprendió su viaje hasta el país de los isedones *phoibólamptos* (poseido por Febo), es decir, conducido en última instancia por la divinidad a la manera como lo fue también otro de los exploradores casi míticos de los confines occidentales, el samio Coleo, que arribó a Tartesos tras atravesar las columnas de Heracles «con ayuda de la divinidad», seguramente la única manera concebible por la que un simple mortal podía alcanzar aquellos confines de la ecúmene[105]. Parapetado en esta condición, su viaje podía discurrir a partir de entonces por comarcas antes inexploradas que lindaban incluso con los propios confines del mundo.

Sin embargo, Aristeas no quiso sobrepasar los límites de la credibilidad y, a pesar de la condición privilegiada que avalaba su viaje, hizo gala de una cierta moderación afirmando que sólo había llegado en persona hasta el país de los isedones. Este pueblo, real o no, constituía probablemente en aquel entonces la última de las etapas de un viaje de estas características que podía ser sometido, en teoría al menos, a la investigación empírica de un viajero más aventurado y entraba de lleno, por tanto, en la órbita de lo real y lo creíble. Era, sin duda, un pueblo remoto que practicaba unas costumbres exóticas casi diametralmente opuestas a las de los griegos y ello le otorgaba el aire de exotismo y alteridad necesarios como para figurar en el borde del mapa imaginario del mundo, pero, aun así, se convertía a partir de esos momentos en un punto de partida admisible para el resto de las informaciones. Todas las noticias sobre las regiones más lejanas pasaban de esta manera a ocupar un segundo grado en la escala de la credibilidad

---

[103] Plin., *N.H.*, VII, 10 *multi, sed maxime inlustres Herodotus et Aristeas Proconnesius scribunt.*

[104] Aul. Gel., IX, 4, 1-4.

[105] Aunque Bolton es bien consciente de esta circustancia excepcional que condiciona su viaje, no parece extraer las consecuencias pertinentes que se deducen de ello, *op. cit.*, p. 141.

ya que Aristeas se limitaba a transferir la responsabilidad de su relato a otras instancias ajenas, aparentemente mejor situadas para el conocimiento de lo que acontecía al otro lado de sus fronteras.

Aristeas hizo también uso de otras estrategias narrativas para dar a su relato un aire de veracidad y verosimilitud que no era el habitual en el ámbito de la poesía. Así se desprende al menos del análisis del célebre fragmento citado por el Pseudo Longino en el que se menciona a unas gentes que vivían en el mar llevando una vida desdichada:

> «Admirable cosa esta para nosotros, cosa grande para nuestras mentes. Unos hombres viven en el agua, lejos de tierra, en alta mar. Son desdichados pues sufren terribles trabajos. Sus ojos en las estrellas, pero su vida la tienen en el mar. Sin duda que muchas veces, tendiendo sus manos a los dioses, les suplican, con sus entrañas penosamente agitadas»[106].

Las interpretaciones que se han ofrecido del mismo han sido del todo variopintas hasta el punto de imaginar que el autor está refiriéndose aquí a una tribu que habitaba en palafitos en medio de una laguna[107]. Lo más probable, sin embargo, es que, como ha apuntado Bowra en un brillante análisis de este fragmento, Aristeas esté poniendo aquí en boca de un pueblo del interior, que el estudioso inglés se inclina por identificar con los isedones, un discurso crítico acerca de las extrañas costumbres de un pueblo como los griegos que utilizaba la navegación como un recurso habitual en sus vidas[108].

Si esto es así, Aristeas introduciría en su relato una estrategia narrativa de amplia fortuna en la literatura universal y que fue utilizada desde luego ya en la Antigüedad por el propio Heródoto en el famoso *lógos* etíope[109]. Se trataba de neutralizar la sensación de extrañeza que experimentamos al contemplar las costumbres radicalmente diferentes de otras culturas mediante una sorprendente inversión de la perspectiva. De esta forma, se trasladaba por unos momentos el punto de atención y aquellos que eran hasta entonces el objeto de nuestro asombro pasaban a ocupar la posición narrativa dominante, pudiendo así dejar constancia de su comprensible asombro ante unas costumbres diametralmente opuestas a las suyas que, por tanto, no conseguían entender desde su propia visión del mundo. Era también una manera de introducir una cierta perspectiva crítica sobre los propios usos y costumbres, generalmente admitidos sin cuestionarlos, relativizando así lo

---

106 Traducción de A. Bernabé, Biblioteca Clásica Gredos.

107 Así, SCHMIDT-STÄHLIN, *Griechische Literatur Geschichte*, I, i, 303, y K. MEULI, en Hermes, 70, 1935, pp. 121 ss.

108 C. M. BOWRA, *On greek margins*, Oxford, 1970, pp. 72-86.

109 Hdt. III, 20-24. Véanse al respecto los comentarios de ASHERI en *Erodoto. Le Storie. Libro III. La Persia*, pp. 232 ss.

que parecía hasta entonces la única norma de comportamiento posible. Aristeas trataba así de compensar la incredulidad admisible de su auditorio hacia las extrañas costumbres de los isedones y sus historias sobre los pueblos que habitaban más al norte mediante esta curiosa inversión de la perspectiva. Eran ahora los propios isedones los que mostraban su asombro ante lo insólito de las costumbres griegas, en este caso concreto la de la navegación, que no tenían explicación posible dentro de su cultura[110].

En esta misma dirección cabría interpretar quizá también otro de los fragmentos de Aristeas, el citado esta vez por el bizantino Tzetzés:

> «Los isedos que se ufanan de su larga cabellera. Y dicen que los hombres que colindan con ellos por arriba, hacia el norte, son numerosos y muy bravos guerreros, ricos en corceles, sobrados de corderos, sobrados de bueyes. Un solo ojo tiene cada uno en su graciosa frente, frondosos son sus cabellos, los más robustos de todos los hombres»[111].

Aristeas refleja también en estos versos sus claras intenciones de presentar a su auditorio un relato creíble, lejos de la fantasía desbordante que cabría esperar en un principio en una obra que describía un viaje a los confines del mundo. Como ha señalado acertadamente Bowra, Aristeas, a través de su hábil manejo del lenguaje épico, nos presenta a isedones y arimaspos en unos términos que se aclimataban a la perfección al mundo familiar de la poesía a pesar de su innata rareza[112]. Unos y otros aparecen en principio descritos más por aquellos rasgos que los aproximan a los propios griegos que a través de sus marcadas diferencias sustanciales. Los isedones se jactan de sus largos cabellos en una manera muy similar a la que refiere Jenófanes para sus conciudadanos de Colofón[113], y los arimaspos, en contra de su primera similitud con los célebres Cíclopes que también poseían un solo ojo, son presentados como un pueblo numeroso que disponía de grandes rebaños y tenía una apariencia que resultaba mucho menos terrible de lo que podía esperarse, a juzgar al menos por la expresión con que caracteriza su rasgo excepcional (tenían un solo ojo en su graciosa frente).

Sin embargo, al mismo tiempo, Aristeas utilizaba también los procedimientos necesarios para conferir a este curioso pueblo el grado adecuado de extrañeza y alteridad que le situaba en aquellas remotas regiones liminales. Se servía para ello de algunos adjetivos de rancia tradición

---

[110] Ésa es la impresión de A. Andrewes, que apunta además la posibilidad de que el discurso incidiera también sobre otros aspectos de la vida griega a juzgar por la expresión griega *kai touto*, tal y como la refiere en nota a pie de página Bowra en el trabajo antes citado.

[111] Trad. de A. Bernabé, Biblioteca Clásica Gredos.

[112] BOWRA, *op. cit.*, p. 85.

[113] Jenófanes, fr. 3., 5 D.K.

homérica que aparecen ahora usados en una forma bien distinta. Éste es el caso de *lásios* para calificar los cabellos de los arimaspos, mientras que en Homero se aplica solamente a los animales, o el de *stibarós*, utilizado para calificar a todo el cuerpo, mientras que en Homero se emplea únicamente para determinadas partes del mismo. Aristeas trataría de ofrecer de este modo la imagen de unos seres extraordinariamente velludos, hasta el punto de que podían ser confundidos con animales, que poseían además una extraordinaria corpulencia que resultaba en exceso musculosa[114]. Una manera, sin duda habilidosa, de presentar nuevas experiencias, que en principio podían resultar desconcertantes y por tanto increíbles, echando mano de referencias familiares que los integraban dentro del universo poético bien conocido.

Desconocemos el contenido preciso del relato de Aristeas, si bien, a juzgar por las evidencias limitadas de que disponemos, parece que su nombre iba asociado de manera principal a los tres pueblos mencionados, isedones, arimaspos e hiperbóreos, y a la existencia de los grifos guardianes del oro. Quizá no es sólo pura casualidad que los dos únicos fragmentos conservados se refieran precisamente a dos de ellos. Ésa es también la impresión que obtenemos del pasaje de Heródoto en el que parece estar dando una especie de rápido sumario de los contenidos principales del poema:

> «Aristeas, hijo de Caustrobio, natural de Proconeso, autor de un poema épico, dijo, que poseído por Apolo, llegó junto a los isedones, y que más allá de los isedones vivían los arimaspos, hombres de un solo ojo; más allá de ellos, los grifos guardianes del oro, y más allá, lindando con la mar, los hiperbóreos»[115].

A juzgar por este aparente sumario, no parece que Heródoto hiciera un uso muy abundante de las informaciones de Aristeas. Poco es lo que cuenta en efecto de los isedones, salvo sus curiosas costumbres funerarias consistentes en devorar en un banquete ritual la carne de sus deudos fallecidos junto con otras reses sacrificiales y en rendir culto a la cabeza del difunto, una vez depilada, limpiada y recubierta de un baño de oro[116]. Curiosamente Heródoto afirma a continuación que se trata de un comportamiento similar en significado, aunque obviamente diferente en el procedimiento empleado, al que los propios griegos realizaban con sus antepasados. Da la impresión que en esta ocasión, al igual que sucedía en el fragmento citado por el Pseudo Longino, nos

---

[114] Bowra, *op. cit.*, pp. 84-86. Es de notar que también Heródoto califica a los arimaspos como hombres, por lo que debía destacarse su aspecto bestial sin que éste neutralizase por completo su condición humana esencial.

[115] Hdt. IV, 13.

[116] Hdt. IV, 26.

encontramos ante una contraposición entre las costumbres de uno y otro pueblo que tenía como objetivo principal la neutralización de la aparente extrañeza por unas costumbres tan dispares mediante la inversión de perspectivas que relativizaba un uso cultural diferenciado. De cualquier manera, lo que parece claro es que se trataba de presentar las extrañas costumbres de un pueblo tan remoto y diferente mediante el uso de la proximidad y semejanza con las costumbres griegas.

A la vista de este indicio, podríamos hallarnos ante uno de esos pasajes que tienen su origen en el relato de Aristeas. Así, vemos cómo al final de la noticia antes mencionada sobre las costumbres funerarias de los isedones se alude de forma sumaria a otras de las características de este pueblo, como su elevado sentido de la justicia o la igualdad existente entre hombres y mujeres. Heródoto, tan aficionado en otras ocasiones a disertar ampliamente sobre rasgos tan sobresalientes como éstos, como sucede en el caso de los persas o en el uso matriarcal de los nombres licios, parece querer pasar rápidamente sobre estas características como si diera la impresión de estar reseñando un pasaje en el que se trataban más ampliamente estas cualidades de los isedones, que no estaba interesado en desarrollar. Aun así no pasó por alto las mismas y las mencionó aunque fuera sólo de pasada.

De hecho, es precisamente a continuación de este pasaje cuando reaparece de nuevo en su relato la mención de los arimaspos y de los grifos que guardan el oro, cuyas noticias atribuye a los isedones en consonancia con el pasaje citado en el que se daba cuenta del relato de Aristeas[117]. Parece, por tanto, como si en este caso Heródoto hubiera vuelto de nuevo a traer a colación, aunque de un modo puntual, el relato del poeta viajero, del que tan sólo le interesaba destacar la curiosa información referida a los isedones, cuya fuente más idónea parecía el testimonio personal de quien decía haber viajado hasta su remoto país. Además, Heródoto parece querer contraponer la información sobre los arimaspos, extraída de un contexto narrativo que no le ofrecía totales garantías, con las noticias más fiables de los propios escitas que presenta además avaladas con el aditamento de una supuesta etimología indígena del nombre de tan misterioso pueblo que explicaba su particular apariencia[118].

---

[117] Hdt. IV, 27.

[118] Quizá se trataba de aplicar, en sentido contrario, el criterio lingüístico que ya había aplicado antes al caso del Erídano, mostrando sus dudas al respecto por tratarse de un término de origen helénico. En este caso, al contrario, la existencia de un nombre de etimología indígena probaría la veracidad de la historia.Un indicio de que la información sobre los arimaspos en Heródoto procede principalmente de Aristeas podemos encontrarla en el pasaje III, 116, donde afirma no estar dispuesto a admitir la existencia de seres con un solo ojo que tienen en todo lo demás una apariencia normal. Sin embargo que los arimaspos tenían esta apariencia sólo lo sabemos por el fragmento de Aristeas que aparece citado en Tzetzés, ya que las referencias que aparecen en Heródoto a estos extraordinarios seres son siempre referidas a su rasgo extraordinario.

Poco es también lo que Heródoto afirma saber acerca de los hiperbóreos si exceptuamos el largo pasaje que tiene a Delos como punto de partida de sus informaciones al respecto[119]. Este pasaje se contrapone además al inmediatamente anterior en el que Heródoto alude a la ausencia de noticias al respecto entre los escitas y los demás pueblos que habitaban estas regiones, con la excepción de los isedones, si bien refleja sus reservas en este último caso[120]. En opinión del historiador jonio, el tema era más bien patrimonio exclusivo de los poetas, pues sobre ellos habían tratado en particular Hesíodo y el autor de los *Epígonos*, cuya atribución a Homero le ofrece serias dudas. Quizá ése era también el caso de Aristeas, quien seguramente ofrecía en su poema una información más detallada acerca de este misterioso pueblo de los confines septentrionales del mundo. Sin embargo Heródoto no podía dar acogida en su relato a una materia de esta índole que no podía ser sometida al escrutinio de la *historie*, al que aparentemente había sometido el resto de sus informaciones acerca de estas regiones del norte. Las noticias que proporcionaban los delios eran, en cambio, más aceptables por tratarse de una tradición sacra que al parecer habrían conservado los sacerdotes de la isla[121].

Poco más podemos decir de la obra de Aristeas. Sin duda, no fue el creador de la tradición mítica que situaba en los confines septentrionales del mundo a pueblos misteriosos como los hiperbóreos o cadenas montañosas como los montes Ripeos. Dicha tradición se remonta al menos hasta Homero en el célebre pasaje de la *Ilíada* cuando Zeus dirige su mirada hacia el norte para contemplar a los criadores de yeguas que se nutren de leche, o a los abios, considerados los más justos de los hombres[122]. También Hesíodo y Alcmán aludieron a ella en sus obras al mencionar a los hiperbóreos, a los comedores de leche o a los montes Ripeos como «el pecho de la noche»[123]. De cualquier forma, parece claro que en su obra hallaron cabida estas viejas tradiciones mítico-cosmológicas. Damastes de Sigeo, un contemporáneo de Heródoto y autor a su vez de un periplo, mencionaba en el mismo orden que Aristeas la sucesión de los pueblos citados e incluía también los famosos montes Ripeos, más allá de los cuales vivían los hiperbó-

---

[119] Hdt. IV, 33-35.

[120] Heródoto no parece decidido a aceptar la veracidad del relato de Aristeas si tenemos en cuenta que en IV, 32 afirma que tampoco los isedones debían decir nada acerca de los hiperbóreos, poniendo así en punto de sospecha el testimonio de Aristeas.

[121] J. Tréheux, «La réalité des offrandes hyperboréennes» en *Studies presented to D. M. Robinson*, vol. II, Washington, 1953, pp. 758 ss. Sobre la actitud de Heródoto sobre el relato de los delios, J. Romm, «Herodotus and Mythic Geography: The Case of the Hyperboreans», *TAPA*, 119, 1989, pp. 97-113, esp. pp. 103-104.

[122] Hom., *Il.*, XIII, 5-6.

[123] Hesíodo, Fr. 150 y 151; Alcmán, fr. 90 Page.

reos en dirección al mar[124]. Este mar, que sólo puede ser el océano exterior en su vertiente septentrional, aparecía también mencionado en el relato de Aristeas como el límite territorial de los hiperbóreos, a juzgar por el «sumario» que nos ofrece Heródoto. Quizá la fuente utilizada por Damastes pudo haber sido Aristeas, pero lo cierto es que no estamos en condiciones de afirmar que todas las noticias sobre estas regiones extremas del mundo presentes en la literatura griega anterior a Heródoto, como las que aparecen en el *Prometeo encadenado* de Esquilo sobre la geografía fabulosa de aquellos confines o en Píndaro sobre la tierra de los hiperbóreos, tengan su origen en el viejo poema sobre los arimaspos.

Probablemente Aristeas conocía bien estas tradiciones y quiso incorporarlas dentro de un contexto mucho más empírico y real que partía de su propia experiencia como viajero[125]. Es muy probable que conociera también las primeras noticias que llegaban al mundo griego acerca de las regiones del mar Negro y de las tierras del interior, por las que empezaban a circular con cierta asiduidad los comerciantes y aventureros griegos en los primeros momentos del período arcaico[126]. No olvidemos que nació y vivió en una ciudad situada en las inmediaciones de los estrechos que daban acceso al Ponto Euxino. Con estos ingredientes y una personalidad poderosa, asociada a los prestigiosos medios apolíneos, se puso manos a la obra y compuso un relato en forma de verso que era en buena medida el resultado de su imaginación sutilmente atemperada con los destellos refulgentes de retazos de una realidad mal conocida todavía seguramente en aquel entonces. Era un poeta y contaba a su favor con su condición de inspirado, pero, por lo que sabemos, optó por no seguir con la línea tradicional de la poesía épica tal y como la conocemos. Por el contrario, decidió presentar en su poema un tema nuevo como era el relato de un viaje aparentemente real a los confines del mundo. ¿Quién mejor que él, un poeta poseído por Apolo, podía aspirar a alcanzar las tierras de los hiperbóreos, el pueblo preferido por el dios? Sin embargo, en consonancia con el espíritu de los nuevos tiempos, quizá con los requerimientos de la nueva *historie* jonia, adoptó las estrategias narrativas que podían asegurarle una mayor credibilidad y decidió fijar un límite para sus andanzas que resultara admisible, dejando el resto de la narración en manos de sus pretendidos informantes, los isedones, que

---

[124] FGrHist 5 F 1.

[125] Una interpretación del viaje de Aristeas como una realidad trasladable al mapa la encontramos en E. D. PHILLIPS, «The Legend of Aristeas: Fact and Fancy in Early Greek Notions of East Russia, Siberia, and Inner Asia», *Artibus Asiae*, 8, 1955, pp. 161-177.

[126] G. R. TSETSKHLADZE, «Greek penetration in the Black Sea», en TSETSKHLADZE y DE ANGELIS, eds., *The archaeology of Greek colonisation*, Oxford, 1994, pp. 111-133.

aparecerían entonces como los depositarios apropiados de toda la información subsiguiente acerca de aquellas desconocidas regiones.

La obra alcanzó el impacto literario suficiente como para merecer el honor de figurar en las historias de Heródoto; sin embargo, debió perderse muy temprano y pasar a formar parte de un legado común de historias fabulosas, confuso y heterogéneo, que ha dejado sus ecos en toda la tradición posterior. También dejaron una huella profunda en la tradición los relatos sorprendentes que circulaban sobre su persona, ya presentes en Heródoto, y que siguieron sin duda una vía diferente y por separado a la de su obra, vinculadas al mundo de las creencias apolíneas y al ámbito de los taumaturgos. Las menciones frecuentes de su extraordinaria vida en autores tardíos como el paradoxógrafo Apolonio, en Máximo de Tiro o en Jámblico así lo atestiguan. El destino de su obra fue diferente y su nombre enseguida se confundió con otros autores de relatos maravillosos, lo que explica seguramente su aparición entre los libros que Aulo Gelio encontró en Brindisi o las dudas que manifiesta Dionisio de Halicarnaso sobre la autoría de una obra que en su tiempo se había transmitido bajo su nombre.

## UNA LITERATURA DE VIAJES: PERIPLOS REALES Y LITERARIOS

### *El periplo del Pseudo Escílax*

El periplo más antiguo que ha llegado hasta nosotros, conservado en un solo manuscrito del siglo XIII y en dos apógrafos más sin apenas valor, fue atribuido sin demasiado fundamento a Escílax de Carianda[127]. Se trata seguramente de uno de los textos más corruptos de la literatura antigua tal y como ya apreció en su día el célebre filólogo inglés del siglo XVIII Richard Bentley. En él abundan los anacronismos, las incoherencias, las interpolaciones, las abreviaciones, y las omisiones de todas clases. La obra es el resultado final de un largo y continuado proceso de anotacion y reelaboración que abarca desde el mismo momento de su composición inicial hasta el final de la Antigüedad.

A primera vista, la obra presenta todos los rasgos de un periplo antiguo con su estilo tosco y repetitivo compuesto por simples fórmulas de transición entre unos paraplos y otros y por su monótona enumeración de localidades costeras y sus distancias respectivas. Describe las costas del Mediterráneo y el mar Negro a partir del estrecho de Gibraltar en el sentido de las agujas del reloj hasta concluir su recorrido

[127] Sobre la tradición textual del periplo, A. DILLER, *The tradition of the Minor Greek Geographers*, Lancaster, 1952 (Amsterdam, 1986), pp. 22-26.

en el lado africano de la entrada al Atlántico con una leve incursión en sus costas exteriores. Una clara muestra de los diferentes estratos de composición que ha experimentado la obra es el empleo de los dos sistemas de medida por jornadas de navegación o por estadios. Otro ejemplo de este largo y complicado proceso es la inclusión de nombres arcaicos que cayeron en desuso, o la de ciudades y pueblos que habían ya desaparecido hacía tiempo cuando se llevó a cabo la redacción definitiva del periplo.

El texto que tenemos a nuestra disposición es tan sólo una larga y tediosa enumeración de puertos, islas, promontorios, cabos y golfos, astilleros o fortificaciones, según van apareciendo a lo largo de las costas del Mediterráneo. Son contadas las digresiones narrativas que alivian la escueta lista de topónimos acompañada de ligeras indicaciones sobre las condiciones portuarias o de las costas adyacentes. Son escasas las distracciones que ofrece este monótono catálogo. Aparecen de cuando en cuando algunas breves alusiones a la geografía mítica de la *Odisea* como cuando se mencionan el santuario de Elpenor o la isla de Calipso, se recuerda la identificación de Corcira con la isla de los feacios, o se resalta la presencia de Menelao en tierras de Egipto. Encontramos también escuetas referencias a determinados episodios de la saga troyana como el de Télefo en Misia, o la mención del santuario de Apolo, donde oficiaba Crises. Por último se detectan igualmente alusiones a otros ciclos míticos como el de los Argonautas, el de Heracles, Perseo o Diomedes. Resultan, sin embargo, ciertamente sorprendentes algunos silencios en este mismo ámbito como cuando en el paso por Ítaca no se alude para nada a su condición de patria de Odiseo o en el paso por la Tróade no se hace ninguna referencia específica. a la saga troyana, así como la notoria ausencia de las amazonas en la descripción de las costas de Asia Menor.

El periplo contiene también algunas sumarias anotaciones de carácter etnográfico sobre algunos de los pueblos bárbaros encontrados a lo largo del recorrido. Se concentran especialmente sobre su forma de vida nómada o sobre el *status* particular que disfrutaban las mujeres en sociedades como las de los liburnios en la región del Adriático o los saurómatas en la zona de Escitia. No son tampoco muy abundantes las noticias de tipo histórico que ilustran el texto. Tan sólo se alude escuetamente a movimientos de población acaecidos hace tiempo en Acarnania y Misia. Sin embargo, sí se da cabida en la obra a noticias de carácter paradoxográfico como la existencia de un fuego inextinguible en un monte de Licia, la presencia de unas aves especiales en una laguna del norte de África o la descripción del célebre jardín de las Hespérides en la misma zona.

Curiosamente, esta clase de noticias son más abundantes en la parte del periplo que describe las regiones limítrofes de la ecúmene,

especialmente las costas de Libia, donde contrastan sorprendentemente con una relativa pobreza de topónimos. Esta circustancia obedecería, en opinión de Desanges, al hecho de que el autor del periplo pudo haber manejado una documentación arcaica que remontaba a un intento de colonización jonia de las costas norteafricanas, llevado a cabo desde Sicilia a comienzos del siglo VII a.C. Dicha tentativa no habría podido sobrevivir a la batalla de Alalia en el 530 a.C., que acabó con las expectativas griegas de expansión por el occidente en beneficio de la hegemonía púnica[128]. Este posible núcleo arcaico original habría ido sufriendo, sin embargo, sucesivas reelaboraciones hasta concluir su redacción definitiva en una fecha próxima a los años 338-335 a.C.

La atención preferente del autor del periplo parece concentrarse especialmente sobre dos puntos. Por un lado los diferentes santuarios que jalonan la ruta que son cuidadosamente mencionados a lo largo de todo el recorrido. Estos puntos jalonaban de forma significativa el espacio imaginario de los griegos, recorrido y marcado antaño por los antiguos héroes. El otro punto de interés es su aparente profesión de helenismo, puesta de manifiesto en la continua mención de la presencia de ciudades o poblaciones griegas en cada una de las regiones que atraviesa el periplo. Marca además de manera patente la diferencia existente entre griegos e indígenas y deja incluso fuera de los límites de la Hélade a regiones como el Epiro, Acarnania o Etolia, resaltando su forma de hábitat en aldeas o pasando por alto la mención por sus nombres de las ciudades existentes en el interior de dichas regiones, especialmente en el caso de las dos últimas. Su interés por destacar una presencia griega bien diferenciada dentro del marco general de su descripción parece así bien probada.

Nuestro autor se sitúa también dentro de los parámetros de la vieja tradición geográfica griega, tal y como aparecen ya recogidos en la historia de Heródoto. Menciona así algunos de sus más egregios elementos como el mítico río Erídano, el papel liminal de las columnas de Heracles, la posición simétrica entre los ríos Istro y Nilo, la condición idílica de los parajes próximos al lago Tritón, o la presencia de los etíopes sagrados en el lado más meridional de la ecúmene.

Sin embargo, revela igualmente las trazas de más recientes actualizaciones a este viejo paradigma jonio como su buen conocimiento del Adriático, del que señala los nombres de las islas que lo pueblan, de los diferentes ríos que van a desembocar en él o de los pueblos que habitaban en sus orillas. Quizá debemos apuntar también en este mismo debe su conocimiento de algunos puntos de la geografía atlán-

[128] DESANGES, *Recherches...*, pp. 87-120.

tica de las costas africanas como la ciudad de Lixos, el promontorio de Solunte, el río Xion o la isla de Cerne, que constituirá a partir de entonces el último punto reconocido de la ecúmene en su vertiente más meridional.

Son muchos los que siguiendo a Müller, el que fuera editor de los *Geographi Graeci Minores,* opinan que la obra no es otra cosa que una compilación realizada por un autor anónimo en la época de Filipo II que se habría servido del nombre del navegante jonio para dar prestigio y relevancia a una obra mediocre que no presentaba mayores atractivos[129].

Por su parte, el estudioso italiano Aurelio Peretti ha defendido, en cambio, la hipótesis de la existencia de un núcleo originario del periplo que podría remontar a la obra del propio Escílax de Carianda. Dicho núcleo habría ido sufriendo sucesivas reelaboraciones y ampliaciones con el paso del tiempo hasta asumir la forma definitiva del texto tal y como lo conocemos hacia la mitad del siglo IV a.C. Una prueba sólida de la autenticidad de este núcleo original para Peretti sería la inclusión de la obra dentro del catálogo de antiguos periplos que realiza Marciano de Heraclea, un autor tardío que llevó a cabo una compilación de escritos de caracter geográfico entre los siglos III y V d.C. La atribución al verdadero Escílax explicaría el estado de los conocimientos geográficos que reflejan determinadas partes de la obra, que son más propias de la época del navegante cario que de un período posterior en el que algunos de esos datos estaban ya desfasados y muchos otros habían caído en el más completo de los olvidos[130].

Los argumentos esgrimidos por Peretti son en muchos puntos ciertamente persuasivos y dejan, incluso, a veces, sin alternativa viable a sus detractores, incapaces de presentar argumentos en su contra tan bien fundamentados. Sin embargo, parece poco factible admitir la pervivencia de la obra pionera de Escílax, que apenas ha dejado huellas en la tradición literaria existente, dentro de un conjunto sometido a tantas reelaboraciones. Tampoco parece que los intereses de un navegante jonio como Escílax se vean reflejados en el texto del periplo

---

[129] Entre quienes sostienen la denominada *communis opinio,* destacan recientemente P. FABRE, «La date de la redaction du Périple de Scylax», *Les Études classiques*, 33, 4, 1965, pp. 353-366, y D. MARCOTTE, «Le Périple dit de Scylax. Esquisse d'un commentaire épigraphique et archéologique», *Boiletino dei Classici*, 7, 1986, pp. 166-182, donde se encontrará mencionada la bibliografía más antigua que defiende esta tesis.

[130] Los trabajos de Aurelio Peretti son fundamentalmente tres: *Il periplo di Scilace. Studio sul primo portolano del Mediterraneo,* Pisa, 1979, donde llevó a cabo un exhaustivo estudio de la obra, y dos artículos más recientes surgidos de la polémica suscitada por sus primeras apreciaciones sobre el carácter del periplo, «Dati storici e distanze marine nel periplo di Scilace», *SCO*, 38, 1988, pp. 13-137, y «La tradizione dei periplo di Scilace», en *Filologia e forme letterarie. Studi offerti a F. della Corte*, vol. I, Urbino, 1988, pp. 261-285.

conservado, ya que son escasas, cuando no inexistentes del todo, las alusiones a cuestiones de índole naturalista o etnográfica[131].

Por su parte, los que atribuyen la obra a un anónimo falsario de mediados del siglo IV a.C. alegan también en su favor poderosos argumentos. Por ejemplo, desde un punto de vista cronológico parece probada la ausencia de cualquier mención a las conquistas de Alejandro y al estado del mundo tal y como quedó tras la intervención del macedonio. Es igualmente manifiesto el interés particular y casi exclusivo que el autor del periplo demostró por las tierras de Grecia, cuya descripción es precisamente la parte de la obra que refleja un mayor grado de actualización. Parece que en el resto se limitó quizá, a recabar noticias diversas de las obras existentes sobre el tema que podía tener a su alcance, que iban desde otros *Periplos* a *Periegeseis* de carácter más literario como la de Hecateo, sin haber seguido de forma decidida a ninguna de ellas. Esta circustancia explicaría el carácter arcaizante y ecléctico que reflejan la mayor parte de ellas.

Tendríamos así, en definitiva, ante nosotros una obra compleja resultado de un largo y complicado proceso de elaboración, en el que han intervenido manos bien diversas y en diferentes fases. Su contenido resulta, por tanto, necesariamente ambiguo y contradictorio a veces ya que no se corresponde con el estado preciso de los conocimientos geográficos de una determinada época. Muestra, por el contrario, el *status* ambiguo y particular de la mayoría de estos textos, desligados de la realidad del momento, cuyas necesidades prácticas apenas podían satisfacer, y apegados a una tradición legendaria y geográfica que sólo muy parcialmente representaban. Un saber geográfico, en suma, estereotipado y carente de todo rigor y de referencias precisas que sólo reflejaba tímidas aspiraciones literarias y estaba destinado a un público que sólo viajaba con su imaginación a través de un espacio bien conocido por otros textos anteriores.

### *El periplo de Nearco*

De los diferentes relatos surgidos a raíz de la campaña de Alejandro, el de Nearco, un cretense que tuvo a su cargo la flota macedonia, es seguramente el más célebre y quizá el mejor conocido. Aunque la obra en sí no se ha conservado, una buena parte de su contenido ha quedado reflejada en la redacción final del libro VIII del *Anábasis* de Arriano de Nicomedia, dedicado en su integridad a la India. También Estrabón hizo un amplio uso de la obra original de Nearco para la

[131] Véase el apartado correspondiente referente a Escílax.

composición de la parte de su Geografía consagrada a la India[132]. Gracias a ello podemos intentar reconstruir en sus líneas generales el periplo original que compuso el navegante cretense que por iniciativa de Alejandro emprendió a comienzos del último tercio del siglo IV a.C. un viaje de exploración a lo largo de las costas del Índico, desde la desembocadura del río Indo hasta la del Éufrates[133].

A diferencia de otras obras de esta clase, el periplo de Nearco está basado en una experiencia de viaje real que se produjo en medio de unas circunstancias históricas determinadas y en la que tomaron parte una serie de personajes concretos del entorno de Alejandro, como el historiador Onesícrito entre otros. Sin embargo, al igual que debió suceder con el periplo de Escílax, Nearco compuso su obra con unas pretensiones literarias que iban mucho más allá del seco informe oficial elaborado con posterioridad a la expedición a instancias del rey para dar minuciosa cuenta de todos los pormenores del viaje y de los descubrimientos realizados en el curso del mismo.

Nearco trató de elaborar una recreación literaria de unos acontecimientos prosaicos y, en muchos casos, carentes de todo interés por su carácter tedioso y rutinario. Para ello era preciso asociar todas las acciones y acontecimientos de la expedición a otros modelos anteriores que gozaban ya de un lugar destacado dentro de la tradición literaria tales como la *Odisea* o Heródoto. El peso de los modelos míticos en el auditorio era algo patente y, por tanto, sólo a través de este tipo de evocaciones podía adquirir la historia un tinte especial que suscitara la atención y el interés del público. Se trataba, en definitiva, de llevar a cabo un juego literario cuyos códigos de referencia no se hallaban en la realidad inmediata de los acontecimientos, desconocidos para la mayoría e incapaces de comprobar su veracidad, sino en otras obras literarias anteriores o en las acciones proverbiales de los viejos héroes viajeros[134].

El viaje de Nearco atravesó en su primera parte los míticos confines de la India y en su relato aparecían los elementos maravillosos proverbiales que definían estos confines orientales en la imaginación griega como árboles enormes, animales exóticos como el loro, capaz

---

[132] J. MEUNIER, «Les Sources de la Monographie d'Arrien sur l'Inde», *Musée Belge*, 1922, pp. 5-24; A. ZAMBRINI, «A proposito degli Indika di Arriano», *ASNP*, 17, 1, 1987, pp. 139-154.

[133] Sobre la figura de Nearco, L. PEARSON, *The lost histories of Alexander the Great*, Filadelfia, 1960, pp. 112-149, y P. PÉDECH, *Historiens compagnons d'Alexandre*, París, 1984, pp. 159-214. Sobre su viaje, M. CARY y E. H. WARMINGTON, *The ancient explorers*, Londres, 1929, pp. 63 ss., y O. SEEL, *Antike Entdeckerfahrten*, Zürich, 1961, pp. 8 ss.

[134] Al respecto pueden verse las consideraciones de Ch. JACOB en la introducción a su traducción de la obra de Dionisio el Periegeta, *La description de la terre habitée de Denys d'Alexandrie ou la leçon de géographie*, París, 1990, pp. 44 ss.

de articular palabras, feroces como el tigre, y serpientes y monos de gran tamaño. Incluso se asomaban también tímidamente animales más fantásticos como las célebres hormigas guardianas del oro de las que Nearco había contemplado sólo algunos de sus caparazones. Desde el punto de vista etnográfico, el colorido y el exotismo estaba también garantizado con la descripción de la vestimenta de los indios, de sus ceremonias nupciales o de su forma de alimentación. No se le escaparon tampoco algunos de los elementos simbólicos del paisaje como la Roca de Aornos o el mismísimo Cáucaso, sobre los que mostró sin embargo una actitud más bien crítica y escéptica.

La segunda parte de su viaje discurrió en cambio a lo largo de unas costas desoladas y casi desérticas que aportaban escasos incidentes gloriosos o dignos de memoria. Sólo la pesca de grandes moluscos, los encuentros casuales con tribus indígenas y algunas situaciones difíciles a causa del hambre y la desesperación aminoraban el tedio de largas y monótonas jornadas de navegación costera. Nearco se veía de esta forma obligado a sacar el máximo partido de los pocos incidentes reseñables que pudieran constituir materia de relato adornándolos con las dosis necesarias de riesgo y aventura con el fin de dar brillo y lustre a una travesía que en la realidad fue seguramente mucho más trivial[135].

La aventura marítima de Nearco se gestó a la sombra de Alejandro. Es el célebre *pothos* del conquistador macedonio el que avala las dimensiones épicas que parece adquirir la aventura. Nearco era seguramente consciente de la importancia que Alejandro confería a todas las decisiones tomadas bajo el impulso de esta fuerza interior que gobernaba muchos de sus movimientos[136]. De esta manera la aventura de Nearco quedó vinculada a la gesta heroica del monarca macedonio. Sin embargo, el propio Nearco pone de relieve los méritos personales que hicieron que Alejandro le designara comandante en jefe de la flota[137]. La expedición de Nearco quedaba así estrechamente asociada a una gesta heroica de gran envergadura de la misma forma que los viajes de retorno de numerosos héroes griegos habían estado asociados a un evento como la guerra de Troya.

Ciertamente el texto que tenemos a nuestra disposición no es el relato original. Tanto Estrabón como Arriano utilizaron el relato de

---

[135] Así lo señala Estrabón, aunque refiriéndose en este caso a otro asunto, I, 2, 40: «... ni sería mencionada como prestigiosa e interesante a ojos de todo el mundo una navegación a través de lugares desiertos, inhabitados y para nosotros tan alejados». Referente a los historiadores de Alejandro el mismo Estrabón señala en XV, 1, 28, que todos los que han acompañado a Alejandro, han preferido referir lo maravilloso más que la verdad.

[136] Sobre el *póthos* de Alejandro y su carácter determinante en ciertas ocasiones, V. EHRENBERG, *Alexander and the Greeks*, Oxford 1938 (Praga, 1937), pp. 52-61.

[137] Arr., *Anab.*, VIII, 20. BADIAN muestra sus dudas acerca de la relación personal tan cercana entre Nearco y Alejandro, «Nearchus the Cretan», *YCS*, 24, 1975, pp. 147-170.

Nearco como fuente y lo sometieron, por tanto, a un proceso de reelaboración que puede haber dejado irreconocibles muchos de sus más significativos episodios. Pueden haber sido suprimidas digresiones que ya no resultaban funcionales dentro del nuevo contexto narrativo, haber reducido la extensión de algún capítulo o trivializado pasajes en los que cobraban especial protagonismo los elementos legendarios o maravillosos. Pero, aun con todo, todavía podemos hacernos una idea aproximada de la estructura general del relato y de sus principales etapas, si bien se nos escapan de manera inevitable numerosos elementos y detalles que en muchos casos pudieron constituir su impronta más destacada.

A juzgar por el texto de Arriano, el relato de Nearco adoptaba la forma habitual del periplo, reflejando de manera puntual las distancias recorridas en cada jornada y designando con sus nombres los diferentes lugares por los que la flota pasaba o en los que terminaba fondeando[138]. Sin embargo, parece que estaba más interesado en ofrecer a sus lectores otro tipo de noticias e impresiones, como las características de los paisajes que iban encontrando en ruta o el tamaño inusual de los peces y mariscos que se veían obligados a consumir como dieta[139]. Seguramente las penalidades que causaba la falta de agua y los temores de ser objeto del ataque de los indígenas constituyeron también una parte importante del relato[140]. Ciertamente, la impresión que extraemos del texto de Arriano reduce la narración a los pormenores insípidos de un diario habitual de ruta. Sin embargo, lo que en Arriano son sólo simples alusiones a las distintas incidencias del viaje, en el relato original pudieron haber tenido una coloración bien diferente que apenas se deja adivinar en el texto que tenemos a nuestra disposición[141].

Nos encontramos, así, a lo largo del texto de Arriano, con algunos incidentes que en el relato original de Nearco pudieron tener quizá un poder evocador mítico mucho más señalado. Éste es el caso de los dos peñascos que los expedicionarios se vieron obligados a atravesar en un momento dado de su ruta, tan próximos entre sí que los remos de los barcos tocaban alternativamente a uno y otro lado de las mencionadas rocas. Un suceso que sin duda podía evocar en la mente de muchos el

---

[138] Arr., *Anab.*, VIII, 21, 3, ss.

[139] Quizá es por este motivo como se explica la crítica que aparece en Plinio, *N.H.*, VI, 96, referente a la imprecisión geográfica que el relato de Nearco ofrecía: «... *nec nomina habet mansionum nec spatia*».

[140] Arr., *Anab.*, VIII, 21, 12.

[141] Al respecto pueden verse nuestras consideraciones en «El Viaje de Nearco por el Índico como relato de viaje», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad española de Literatura general y comparada, tomo II, La Parodia. El viaje imaginario*, Zaragoza, 1994, pp. 395-405.

episodio de las Simplégades[142]. Otro ejemplo de esta clase es también el episodio del llamado Puerto de las mujeres que podía traer a la mente el recuerdo de las célebres Amazonas[143]. Seguramente Nearco no aspiraba a rivalizar en brillantez y fantasia con estos precedentes míticos, pero tampoco descartaba quizá la posibilidad de que se equiparase su aventura a la de un moderno Odiseo que dentro de un contexto mucho más realista sabía también en cada ocasión superar con astucia y sabiduría los obstáculos que se interponían en su camino.

Esta pretensión se pone tímidamente de manifiesto en episodios como el de las ballenas, cuya aparición provocó el terror y el desconcierto entre los marineros de su expedición que nunca antes habían contemplado bestias marinas semejantes. Sin embargo Nearco supo resolver con un pragmatismo y eficacia dignos del propio Odiseo una situación de esta clase haciendo gritar a sus hombres al tiempo que entrechocaban sus escudos produciendo así un terrible estruendo que acabó espantando a los pobres cetáceos[144]. También en algunos de los encuentros con los indígenas se pone de manifiesto este paralelismo odiseico. A pesar de que en la mayoría de los casos se trataba tan sólo de simples escaramuzas, en alguno de ellos la astucia y sagacidad de Nearco resultó decisiva a la hora de tomar una ciudad y conseguir de ella las necesarias provisiones[145]. Nearco desempeño también este mismo papel salvador en alguno de sus muchos encuentros con islas maravillosas, que estaban habitualmente consagradas a una divinidad o poseían cualidades extraordinarias. En el caso de la isla dedicada al Sol, la leyenda afirmaba que todos los marineros que se acercaban hasta ella desaparecían después sin dejar rastro[146]. Sin embargo, Nearco se aproximó en persona a la isla y puso el pie en sus playas demostrando con ello la futilidad de los temores que habían asaltado a sus ingenuos compañeros.

Estas evocaciones míticas encontraron seguramente un buen caldo de cultivo en el motivo de las islas. De hecho, las islas mágicas que albergaban a una diosa o una ninfa habían constituido ya un importante elemento en el relato odiseico. No renunció, por tanto, a referir leyendas de carácter etiológico como la que afirmaba que en la isla había vivido hacía tiempo una Nereida que convertía en su amante a todo el que se acercaba hasta sus orillas, más tarde lo transformaba en pez y finalmente lo arrojaba al mar. Cuando el Sol la ordenó que cesara en su

---

142 Arr., *Anab.*, VIII, 22, 4.

143 Arr., *Anab.*, VIII, 22, 5.

144 Arr., *Anab.*, VIII, 30.

145 Arr., *Anab.*, VIII, 28. Sobre el modelo odiseico en esta manera de comportamiento, P. WALCOT, «Odysseus and the Art of Lying», *Anc. Soc.*, 8 (1977), pp. 1-19.

146 Arr., *Anab.*, VIII, 31.

empeño y le prometió anular el castigo que la obligaba a vivir en soledad, la Nereida se compadeció de todos a los que había metamorfoseado en peces y los restituyó a su estado humano anterior, convirtiéndolos así en los antepasados del pueblo de los «comedores de pescado».

Otras breves indicaciones de Arriano apuntan también en esta dirección como la que alude a la existencia en una de las islas de la tumba del rey Eritro, que fue el primer soberano de estas regiones y dio nombre al mar que baña sus costas[147], la que hace mención de otra isla consagrada a Poseidón y sobre la que estaba prohibido poner el pie[148], o incluso aquella otra, consagrada esta vez a Hermes y Afrodita, en la que pastaban a sus anchas numerosas ovejas y cabras que constituían las ofrendas de los pueblos de la zona[149]. Los paralelismos con episodios míticos como el de la isla de las vacas del sol, con el de la isla Eritía donde vivía Gerión o con el de la isla de Ares que aparece en el ciclo de los Argonautas, son manifiestos a todas luces.

Parece muy significativo a este respecto el comentario de Arriano quien afirrna no entender la forma de proceder de Nearco en estos asuntos, ya que tras presentar con todo lujo de detalles una leyenda procedía después de forma inmediata a probar su falsedad[150]. Demostraba con ello su total incomprensión de ese juego dialéctico sutil entre la realidad y la ficción en que se desenvolvía el relato original de Nearco en su intento por dar lustre y encanto a toda su narración a través de esta clase de evocaciones. Una estrategia que no le impedía mostrar a la vez un espíritu crítico y demoledor con alguna de estas leyendas, una vez que había satisfecho la curiosidad y expectativas en este terreno por parte de sus lectores.

La atracción por lo maravilloso y lo exótico desempeñó sin duda un papel importante en el relato de Nearco. Entraban de lleno en este terreno aspectos como la descripción de los paisajes extraños que la expedición iba encontrando en su camino, especialmente las islas cubiertas de bosque, o las digresiones de carácter etnográfico sobre pueblos primitivos que presentaban un aspecto velludo y poseían garras como las fieras en lugar de uñas que utilizaban a modo de instrumentos cortantes, vestían pieles de animales, y, como no tenían conocimiento del hierro, utilizaban simples piedras como herrarramientas[151]. Estas digresiones, ya tradicionales en esta clase de literatura, servían también para poner de relieve el distanciamiento de estas sociedades indígenas con los parámetros de la vida civilizada en cuestiones tan

147 Arr., *Anab.*, VIII, 37, 3.
148 Arr., *Anab.*, VIII, 37, 4.
159 Arr., *Anab.*, VIII, 37, 10-11.
150 Arr., *Anab.*, VIII, 31, 9.
151 Arr., *Anab.*, VIII, 24, 9.

fundamentales como su dieta alimentaria y la forma de adquirirla. Éste era el caso de los célebres «comedores de pescado», que cazaban los peces en lugar de pescarlos y elaboraban el pan con la pasta que obtenían al moler las espinas de pescado[152].

Tampoco faltaban en el relato original de Nearco las habituales observaciones de carácter astronómico realizadas a lo largo del viaje. Fenómenos como la presencia en el cielo de signos celestes distintos a los que se podía contemplar en el Mediterráneo o la posición bien diferente en aquellas latitudes de algunos otros más familiares[153]. La principal finalidad de dichas observaciones no era otra que conferir al relato un mayor peso de verosimilitud al presentar los fenómenos astronómicos en una situación y un contexto muy diferente al habitual, propios de una latitud distante, y conducir la imaginación de los lectores hacia un escenario diferente con toda la fascinación y el misterio propio de las geografías lejanas.

El periplo de Nearco constituyó sin duda uno de los relatos más célebres y populares de esta clase de literatura. A ello contribuyó también seguramente de manera destacada su estrecha asociación a la gesta de Alejandro, que otorgaba además un cierto tinte heroico a toda su aventura. Nearco era consciente de estas ventajas y decidió sacar el máximo partido de ellas. Conocía muy bien el prestigio de que gozaban las hazañas del gran conquistador macedonio y la aureola de misterio y fascinación que rodeaba a las regiones por las que había discurrido su viaje. Debía de competir con otros autores como Ctesias u Onesícrito, que habían dado pábulo a la fantasía en sus respectivos relatos sobre aquellos confines orientales. Sin embargo, no desdeñó el envite y supo construir un relato que sin alejarse en demasía de las pretensiones realistas de quienes buscaban informaciones veraces de todo tipo sobre aquellas apartadas regiones, contenía no obstante los suficientes elementos de carácter mítico y fantástico que podían atraer la atención y el interés del público. A pesar de las limitaciones con que lo conocemos, resumido y ampliamente reelaborado dentro de un texto con unos objetivos literarios bien distintos, el periplo de Nearco todavía conserva buena parte del encanto que ejercían esta clase de historias.

### *El viaje de Piteas*

El caso de Piteas es uno de los más curiosos de la historia de los descubrimientos geográficos griegos. El célebre navegante marsellés

---

152 Sobre la importancia de la dieta en la dicotomía barbarie/civilización, P. THOLLARD, *Barbarie et civilisation chez Strabon*, París, 1987.

153 Arr., *Anab.*, VIII, 25, 4 ss.

realizó un viaje de exploración por los mares del norte en algún momento del último tercio del siglo IV a.C., pero su recuerdo quedó muy pronto oscurecido por la crítica tenaz de sus detractores[154]. Su obra no ha llegado hasta nosotros y tampoco lo han hecho las de aquellos autores que concedieron crédito a sus informaciones y decidieron utilizar su relato como fuente fundamental, para sus descripciones geográficas. Ha quedado en cambio como único eco desvaído de sus palabras el testimonio interesado y parcial de quienes rechazaron su obra como una sarta de mentiras y falsedades que no merecían ser tenidas en cuenta.

Piteas partió de Marsella, circunnavegó a continuación la península ibérica y alcanzó un lugar en las aguas del golfo de Gascuña, donde tenía lugar el comercio del estaño. Prosiguió su viaje hasta Gran Bretaña, siendo seguramente el primer griego que descubrió la isla y realizó el periplo de sus costas. A partir de este punto su itinerario se complica y resulta algo mas difícil seguir los pasos de su expedición. Es posible que desde el extremo septentrional de Gran Bretaña alcanzase una tierra situada aparentemente algo más al norte a la que denominó Tule y cuya identificación precisa sigue despertando gran polémica entre los estudiosos modernos. Su viaje continuó después por las costas septentrionales de Europa hasta alcanzar un punto indeterminado del Báltico, donde tuvo oportunidad de presenciar el comercio del ámbar y regresó finalmente a su patria quizá por la misma ruta que había seguido en el viaje de ida[155].

Los problemas e interrogantes que existen a la hora de conocer los diferentes detalles de esta prodigiosa expedición, que habría significado el descubrimiento de las regiones más occidentales y septentrionales de Europa para el mundo griego, son numerosos. A la pérdida irreparable de la propia obra de Piteas hay que sumar las de aquellos que lo utilizaron como fuente de información privilegiada, tales como

---

[154] Sobre la fecha del controvertido viaje de Piteas, G. E. BROCHE, *Pythéas le Massaliote: découvreur de l'extreme occident et du nord de l'Europe(IV siècle av. J. C.)*, París, 1935, que considera que tuvo lugar entre el 333 y el 323 a.C.; P. FABRE, «Étude sur Pythéas le Massaliote et l'époque de ses travaux», *LEC*, 43, 1975, p. 44, se inclina en favor de una cronología más alta, entre el 380 y el 360 a.C.; R. DION, *Aspects politiques de la géographie antique*, París, 1977, propone una fecha cercana al 323 a.C. y llega a relacionar incluso la expedición del masaliota con la campaña oriental de Alejandro. R. CARPENTER, *op. cit.*, que fuera de este período propone más bien una fecha entre el 240 y el 238 a.C.

[155] Sobre Piteas y su viaje sigue siendo fundamental el artículo de F. GISINGER para la Pauly Wisowa, *RE*, XXIV, 1963; cols., 314-366. Al respecto pueden verse además de la monografía de Broche mencionada en la nota anterior los trabajos de C. F. C. HAWKES, *Pytheas, Europe and the Greek Explorers*, Oxford, 1975, y más recientemente, E. RENNA, «Pitea di Marsiglia e il viaggio di esplorazione ai confini settentrionali del mondo abitato», en M. CAPASSO y E. PUGLIA, eds., *Scritti di varia umanita in memoria di B. Pezzi*, Sorrento, 1994, pp. 25-41. La bibliografía más antigua sobre Piteas aparece mencionada en el libro de THOMSOM, *History of Ancient Geography*, Nueva York, 1965, p. 143, n. 2.

Dicearco, Eratóstenes, Timeo, Hiparco o Posidonio[156]. Su figura fue además el objeto de una amplia campaña de desprestigio por parte de autores como Polibio y Estrabón, que lo presentaban como un mentiroso empedernido cuyas fabulaciones no merecían ninguna clase de crédito[157]. Estas objeciones han creado también escuela entre algunos estudiosos modernos que han denegado a Piteas un lugar de honor en la nómina de exploradores reales para arrinconarlo entre los numerosos autores de ficción que pulularon por entonces en la literatura griega[158].

A la vista de las dificultades mencionadas no resulta fácil tratar de reconstruir el itinerario seguido por el navegante marsellés. Hay así un amplio debate a la hora de identificar la mayoría de los puntos tocados en su trayecto que afectan especialmente, como era de esperar, a la mítica isla de Tule[159]. No existe tampoco unanimidad sobre la ruta que siguió una vez realizada la circunnavegación de la península ibénica cuando se adentró ya en los mares septentrionales. Desconocemos igualmente las razones que impulsaron la expedición, relacionada por muchos con objetivos de carácter comercial, el apoyo recibido por parte de su patria o los recursos materiales y técnicos con que contó para su realización[160].

Esta situación de incertidumbre afecta por igual a su obra. No estamos seguros, para empezar, de cuál de las obras que la tradición le

---

156 Los fragmentos conservados han sido reunidos por H. J. METTE, *Pytheas von Massalia*, Berlín, 1952, y más recientemente por Ch. H. ROSEMAN, *Pytheas of Massalia, On the Ocean*, Chicago, 1994.

157 R. DION, «La renommée de Pythéas dans l'Antiquité», *REL*, 43, 1965, pp. 443-466.

158 Así, por ejemplo, L. A. GARCÍA MORENO, «Las navegaciones romanas por el Atlántico norte: Imperialismo y geografía fantástica», en V. ALONSO TRONCOSO, ed., *Guerra, exploraciones y navegación. Del mundo antiguo a la edad moderna*, A Coruña, 1995, pp. 101-110, lo considera uno más de los escritos de ficción helenística surgidos en los medios alejandrinos.

159 G. AUJAC, «L'ile de Thule, mythe ou réalité (études de géographie grecque)», *Athenaeum*, 64, 3/4, 1988, pp. 329-343, recogido luego en *La sphère, instrument au service de la découverte du monde. D'Autolycos de Pitanè à Jean de Sacrobosco*, Caen, 1993, pp. 253-267, y S. BIANCHETTI, «Pitea e la scoperta di Thule», *Sileno*, 1-2, 1993, pp. 9-23, en p. 10, n. 8, proporciona un resumen de las diferentes localizaciones que se han propuesto para la mítica isla.

160 Una idea interesante es la propuesta por Christina Roseman, la última editora de sus fragmentos, que sugiere la posibilidad de que Piteas hubiese realizado su viaje en navíos indígenas que circulaban a lo largo de las diferentes rutas comerciales, pasando de barco en barco y de puerto en puerto a lo largo de su complicado itinerario. La amplitud de contactos y conexiones de este tipo establecidos desde hacía tiempo por su ciudad con comerciantes de todo tipo le habría facilitado la tarea. Quedarían resueltas de este modo algunas de las dificultades que se plantean acerca de la los aspectos logísticos de su viaje, ROSEMAN, *op. cit.*, pp. 149-150. Debemos añadir a esta ingeniosa hipótesis que quizá así se entendería su presencia en los dos circuitos comerciales más importantes de las regiones del norte, el del estaño y el del ámbar, dos ámbitos en los que su patria podría estar interesada, pero que seguramente no constituían el objetivo primordial de su viaje.

atribuye pudo haber contenido las noticias e informaciones de su viaje de exploración. Tanto la *Descripción de la tierra (Periodos ges)* como el *Tratado sobre el Océano (Peri Okeanou)* pudieron muy bien haber sido el receptáculo adecuado para acoger este tipo de material. Dado el estado de nuestra documentación, resulta además casi imposible distinguir entre las afirmaciones de Piteas, que fueron el resultado de sus propias observaciones realizadas en el curso del viaje, y aquellas otras noticias que había ido recabando de sus entrevistas con informantes indígenas locales, sobre las que seguramente guardaba las prudenciales distancias y que en más de una ocasión pondría en tela de juicio. El carácter enrevesado de una transmisión escasamente fiable ha entremezclado muy probablemente unas y otras convirtiendo en asertos lo que en origen no eran otra cosa que simples referencias a tradiciones locales de dudosa credibilidad que quizá incluso el propio Piteas utilizó para contrastarlas con sus propias investigaciones. No olvidemos que la gran mayoría de los autores que lo citan, con excepción de sus principales detractores, Polibio y Estrabón, son todos tardíos y lo hacen ya de segunda o tercera mano, por lo que es muy probable que en el trayecto se haya perdido buena parte del sentido original del texto o se haya confundido su redacción y contenido con los de los primeros autores que lo utilizaron como fuente.

Polibio y Estrabón, que aunque son cronológicamente hablando los primeros testimonios de la obra de Piteas son también más de un siglo posteriores a su época, tenían además importantes razones, personales e ideológicas, para denegar toda credibilidad a su obra. Polibio tuvo la oportunidad de viajar por las regiones más occidentales de Europa acompañando a las tropas romanas comandadas por su protector Escipión Emiliano. Pudo así describir de primera mano unos territorios que hasta entonces habían permanecido envueltos en la ignorancia y el misterio para la mayor parte de los griegos[161]. El propio autor era bien consciente de esta situación cuando afirma con orgullo en un momento dado de su obra:

> «... queríamos que los espíritus curiosos compartieran nuestros conocimientos sobre todos estos puntos, ya que es con esta intención que hemos afrontado los peligros y fatigas inherentes a un viaje a través de Libia e Iberia, así como en Galatia y el mar exterior que baña todas estas regiones, y todo esto a fin de rectificar los errores de nuestros predecesores sobre estas cuestiones y de hacer conocer a los griegos también estas partes del mundo»[162].

---

[161] Sobre el carácter pionero de la obra de Polibio en este sentido, véanse nuestras consideraciones en *La imagen de España en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1995, pp. 48 ss.

[162] Pol. III, 59, 7-8.

La figura de Piteas se presentaba, por tanto, a sus ojos, como un incómodo predecesor que podía arrebatarle su merecida gloria en este terreno. Se trataba además de un simple particular sin recursos que no contaba a su favor con el impresionante apoyo logístico que auspició su propia empresa de expedición y en estas condiciones no pudo, por tanto, haber llevado a cabo una expedición de esta envergadura[163]. Ante el peligro que Píteas representaba en este sentido, la única opción al alcance de Polibio era desacreditar su obra al máximo recluyéndola dentro del campo de la ficción pura y simple que nada serio podía aportar al conocimiento. De ahí que se asociase a Piteas con autores de reconocida prosapia en este terreno de la literatura de ficción como Evémero de Mesina, que había escrito una especie de novela utópica en la que se narraba un viaje hasta una isla en medio del océano, o Antífanes de Berga, un autor de relatos fantásticos casi desconocido cuyas manifiestas exageraciones convirtieron su gentilicio, bergeo, en sinónimo de fabulación desmedida[164].

Piteas hablaba además de regiones que según afirma Polibio eran todavía en sus días completamente desconocidas, por lo que quienes como el marsellés se atrevían a escribir sobre ellas no hacían otra cosa que contar puras fabulaciones[165]. Piteas habría llevado a cabo un periplo del norte de la ecúmene, desde Gadeira hasta el Tanais, algo que desde la óptica geográfica tradicional dominante parecia del todo improbable ya que Europa era con mucho el continente más extenso de los tres existentes[166]. Una andadura semejante se hallaba sólo al alcance de los viejos héroes como Heracles o los Argonautas, capaces mediante la ayuda y protección de los dioses de recorrer los confines del mundo.

Sin embargo, ni siquiera el más célebre de todos ellos, el habilidoso y taimado Odiseo llegó a navegar por esas latitudes septentrionales ya que en opinión de Polibio su periplo quedó circunscrito a la cuenca del Mediterráneo[167]. Una circunstancia especialmente significativa si tenemos en cuenta la simbólica equiparación de su persona con la figura de tan emblemático héroe a la hora de defender la experiencia viajera como una de las cualidades esenciales del buen histo-

---

[163] Str. II, 4, 1-2.

[164] Se asocia a Piteas con Evémero en Str. II, 4, 1-2, y con Antífanes en II, 3, 5.

[165] Pol. III, 38, 1-3.

[166] Las pretensiones que Polibio atribuía a Piteas en Str. II. 4, 1-2. Sobre el tamaño mayor de Europa sobre los demás continentes, ya en Hdt. IV, 42. Cfr. G. AMIOTTI, «L'Europa nella polemica tra Erodoto e la scuola ionica» en M. Sordi, ed., *L'Europa nel mondo antico,* Milán, 1986, pp. 49-56. En general, M. NINCK, *Die Entdeckung van Europa durch die Griechen,* Basilea, 1945.

[167] Cfr. F. W. WALBANK, *Polybius,* Berkeley-Los Ángeles, 1972, p. 127, y G. ZECCHINI, «Teoria e prassi del viaggio in Polibio», en G. CAMASSA y S. FASCE, eds., *Idea e realitá del viaggio. Il viaggio nel mondo antico,* Génova, 1991, pp. 111-141.

riador[168]. El viaje de Piteas, en definitiva, no sería creíble, en opinión de Polibio, ni aunque el propio Hermes, el dios viajero por antonomasia, se propusiera como el protagonista de semejante aventura[169]. La postura intransigente de Polibio sobre Piteas se explica, por tanto, a la perfección a la vista de estas dos circunstancias, los prejuicios surgidos de una errónea concepción geográfica de Europa y su vehemente deseo de figurar a la cabeza de los viajeros griegos que habían surcado estas remotas regiones de la ecúmene[170].

En el rechazo de Estrabón intervinieron también poderosamente razones muy semejantes. La idea fundamental del geografo griego era elaborar una descripción de la ecúmene que tuviera un cierto carácter práctico para las elites dirigentes romanas, a las que consideraba su principal auditorio[171]. No se interesaba, por tanto, por las regiones marginales del orbe que por su extrema pobreza, el salvajismo de sus habitantes o las enormes dificultades de acceso, apenas requerían la atención de los futuros conquistadores y administradores del mundo[172]. Piteas se había ocupado precisamente de estas regiones marginales e incluso decía haber viajado en persona por ellas, chocando así frontalmente con las pretensiones y perspectivas de Estrabón, que todavía afirmaba en su día que dichas regiones de la *paroceanitis* (riberas marítimas germánicas más allá del Elba) o el propio curso superior del río Tanais, del que sólo se conocía su desembocadura en el mar de Azov, seguían siendo todavía ampliamente desconocidas[173].

Existía también un importante componente de tipo ideológico que impulsaba a Estrabón a no admitir en modo alguno las informaciones transmitidas por el relato de Piteas. Su formación estoica le hizo erigirse en un tenaz defensor de la autoridad de Homero en todos los dominios de la sabiduría[174]. Esta postura implicaba reconocer la primacía de Homero en el campo de la geografía y por tanto la oposición

---

168 WALBANK, *op. cit.*, pp. 52-53.

169 Str. II, 4, 1-2. En opinión de VAN PAASEN, el propósito de Polibio en su libro XXXIV era escribir una geografía de los confines del mundo y por ello necesitaba resaltar al máximo su carácter pionero en esta dirección, *The classical tradition of geography*, Groningen, 1957, p. 307.

170 Su obsesión en este sentido queda también reflejada en la célebre inscripción conmemorativa que le erigieron sus paisanos de Megalópolis y de la que nos da noticia Pausanias,VIII, 30, 8, en la que se hacía mención de las erranzas de Polibio por tierra y mar.

171 Sobre el carácter de la geografía de Estrabón, Ch. JACOB, *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, París, 1991, pp. 147-166.

172 Véanse al respecto sus consideraciones sobre Irlanda en IV, 5, 4.

173 Str. VIII, 3, 1, (paroceanitis); XI, 2, 2 (el curso del Tanais).

174 Sobre el tema Ch. H. Roseman anuncia un trabajo de próxima aparición en el *ANRW*, II, 37, 3 titulado: «Strabo's Geography: Philosophical Approaches to Geographical Tradition».

mas frontal hacia todos aquellos que ponían en tela de juicio dicha posición. Éste es el motivo de sus críticas a Eratóstenes, que sólo reconocía a Homero su valor como poeta y aceptaba en cambio como válidos los testimonios de autores como Piteas[175]. A esto se sumaba su manifiesta incomprensión de la literatura geográfica de carácter matemático y astronómico a la que sin duda pertenecía Piteas. Aunque a lo largo de los dos primeros libros de su obra Estrabón llevó a cabo un cierto inventario de estas teorías, su torpe manejo de alguno de los datos utilizados y su evidente disgusto a la hora de tratar con tales temas le predisponían contra una adecuada comprensión de una obra compleja en este terreno, como debía ser la del navegante y astrónomo marsellés.

A pesar de todo ello, el interés de Estrabón por la obra de Piteas parece evidente. En la tarea autoimpuesta de rectificación que Estrabón se había trazado sobre las obras de sus grandes predecesores, sólo Piteas era merecedor de esta atención particular fuera de las cuatro grandes figuras que aparecen como antecesores del ilustre geógrafo, Eratóstenes, Hiparco, Polibio y Posidonio, proporcionándonos así una prueba indirecta del *status* que Piteas disfrutaba entre la intelectualidad griega[176]. Parece indiscutible a todas luces que Piteas era un astrónomo de reconocido prestigio, tal y como se vieron obligados a reconocer incluso sus más severos detractores. Un científico reconocido como Hiparco daba al parecer cabida en su obra a numerosas informaciones procedentes de Piteas, e incluso el propio Estrabón dejó constancia en más de una ocasión de la valía indiscutible de sus investigaciones en el terreno astronómico. De hecho, Piteas no redactó un Periplo a raíz de su viaje como habían hecho muchos otros dando cuenta en él de las diferentes peripecias que le acontecieron. Por el contrario, elaboró un tipo de obra bien diferente como era un Tratado sobre el Océano, el primero de los que conocemos, que seguramente se ajustaba mucho mejor a las pretensiones científicas de su expedición[177].

Con independencia de cuáles pudieron haber sido los objetivos oficiales de la expedición, Piteas albergaba intereses de carácter científico, como la comprobación *in situ* de algunas de las viejas teorías de la ciencia griega que eran objeto de intenso debate académico en su tiempo, como la continuidad del océano, las modificaciones sufridas

[175] Al respecto sigue siendo fundamental el célebre estudio de G. AUJAC, *Strabon et la science de son temps*, París, 1966, pp. 59 ss.

[176] ROSEMAN, *Pytheas*, 64.

[177] Ése era también el título de la obra de Posidonio de Apamea, del que no se ponen en discusión sus pretensiones científicas; G. AUJAC, «Les traités sur l'Océan et les zones terrestres», *REA*, 74, 1972, pp. 74-85, recogido también en *La sphère...*, pp. 291-302.

por la Tierra en el curso del tiempo, la explicación de los movimientos de las aguas o las dimensiones precisas del mundo habitado. Aparte de Polibio y Estrabón, su obra sólo es mencionada por aquellos autores que estaban estrictamente interesados en este tipo de cuestiones, como Cleomedes o Gemino, que escribieron sobre fenómenos celestes. Sin embargo, su incidencia en el terreno literario debió ser también considerable a juzgar por los ecos evidentes que ha dejado en obras de ficción en las que las latitudes septentrionales desempeñaban un papel fundamental. Éste parece que fue el caso de obras como las de Hecateo de Abdera sobre los hiperbóreos, las *Maravillas más allá de Tule*, de Antonio Diógenes, el relato de Plutarco sobre la isla de Cronos o las *Argonáuticas órficas*[178]. Como ha señalado Magnani, todas estas obras aparentemente heterogéneas y distantes en el tiempo poseen la característica común de formar parte de una producción literaria cuyos orígenes se remontan a finales del siglo IV a.C. que sufrió en parte el influjo ejercitado por el relato de Piteas y lo utilizó para reelaborar la más antigua geografía mítica a la luz de los nuevos descubrimientos. Estos escritos testimonian además la pervivencia inalterada de las sugestiones que provocó el viaje de Piteas hasta la propia Antigüedad tardía constituyendo de esta forma una auténtica y particular tradición literaria que todavía se pone de manifiesto en la obra del historiador bizantino Procopio de Cesarea en pleno siglo VI d.C.[179]

Son muchas seguramente las informaciones que proceden de Piteas en la configuración del imaginario griego sobre las regiones occidentales y septentrionales del mundo habitado. Nadie antes que él había recorrido en persona estos aledaños y había proporcionado noticias acerca de las regiones que lo componían y los diferentes pueblos que lo habitaban. Todas estas noticias se hallaban sin embargo inextricablemente mezcladas con las especulaciones científicas de carácter astronómico y matemático que constituían los ejes principales en el pensamiento de Piteas y daban sentido a su obra. Una serie de materiales diversos había acabado confluyendo en ella, tales como observaciones directas de fenómenos naturales, especulaciones científicas hechas en función de las teorías vigentes, informaciones variopintas recogidas al paso que remitían a creencias y tradiciones populares en uso, y seguramente también un cierto orgullo personal que ponía el acento en los logros conseguidos, ironizaba sobre las afirmaciones de carácter mítico sostenidas hasta entonces y despertaba, por ello, la lógica animadversión entre sus coetáneos y sucesores. Es

178 S. MAGNANI, «Una geografía fantastica? Pitea di Masslaia e l'imaginario greco», *Riv. Stor. dell'Ant.*, 22/23, 1992/1993, pp. 25-42.

179 Así identifica Tule con Escandinavia, *Bella*, VI, 15, 4 ss. y VIII, 20, 6, o renueva el contacto con el imaginario nórdico y las fabulosas islas del océano en VIII, 20, 47 ss.

fácilmente imaginable, por tanto, que a raíz de una lectura apresurada de un texto complejo y difícil de entender para el profano, como era el texto de Piteas, se extrajeran conclusiones equivocadas a la hora de atribuir las diferentes noticias que contenía a su contexto originario. Si a esta dificultad de base se le añadían prejuicios de otra clase como los que albergaban autores como Polibio o Estrabón, el resultado no pudo ser otro que el de acabar convirtiendo a Piteas en un fabulador impenitente que sumaba en su bagaje experiencias imposibles o noticias fantásticas que en la mayoría de los casos eran quizá tan sólo referencias de segunda mano traídas a colación con una cierta intención crítica.

A pesar de todas las críticas vertidas en su contra, parece evidente que Piteas no hablaba en su obra de ninguno de los dos grandes temas que constituían hasta entonces el entramado fundamental de la geografía mítica de aquellos confines septentrionales. Nos referimos a los célebres montes Ripeos, que desde Alemán eran uno de los puntos cardinales que configuraban el espacio de las regiones del norte en la imaginación griega, y al pueblo mítico de los hiperbóreos, habitantes privilegiados e ideales de aquellas extremas latitudes[180]. Eso es al menos lo que parece deducirse de un pasaje de Estrabón que distingue entre quienes inventaron dichas fabulaciones y las mentiras de Piteas como si se tratase de dos ámbitos diferentes referidos al mismo contexto que no se habían solapado en la obra del marsellés[181].

Tampoco parece que su obra contuviera grandes fantasías a la vista de los reproches que le atribuyen sus más acerbos críticos. Los dos elementos más debatidos son quizá el célebre «pulmón marino», la metáfora utilizada para definir el estado de las aguas oceánicas a partir de un momento dado, y la existencia de la isla de Tule. La primera de las cuestiones ha sido ampliamente debatida y analizada proponiéndose para ella toda clase de explicaciones, casi todas ellas relacionadas indefectiblemente con las experiencias propias de las aguas septentrionales[182]. Lejos de sumar una nueva hipótesis a las ya propuestas, nuestra opinión al respecto es mucho más cauta y conservadora. Seguramente no estamos en condiciones de encontrar la solución al enigma al no disponer del contexto preciso en el que Piteas utilizó dicha expresión ya que el texto con que contamos es nada menos que de tercera mano al citar Estrabón el correspondiente pasaje de Polibio en el que el historiador aqueo criticaba el texto de Piteas. Sin embargo, quizá un indicio del camino adecuado a seguir en este caso nos lo

---

180 Sobre estos dos temas cfr. F. J. Gómez Espelosín, *Tierras fabulosas*, pp. 211 ss., donde se encontrará la bibliografía pertinente.

181 Str. VII, 3, 1.

182 Una revisión de estas explicaciones en Roseman, *Pytheas*, p. 130.

ofrece el vocabulario utilizado por Piteas para definir el fenómeno muy próximo al de la metafísica y con claros precedentes en textos de Platón, Aristóteles y Teofrasto[183]. Quizá no se trataba tanto de la traducción concreta de un fenómeno natural determinado, propio de aquellas latitudes, cuanto de una valoración o de un intento de explicación de la naturaleza de aquellos confines recurriendo para ello al lenguaje apropiado que era el que se utilizaba en la literatura científica y filosófica de la época. De cualquier modo, sus afirmaciones en este respecto no parece que constituyeran un motivo de especial tinte paradoxográfico ya que nada semejante se refleja en los restos de esta clase de literatura que ha llegado hasta nosotros[184]. Piteas pudo limitarse tan sólo a tratar de dar una forma científica, dentro del lenguaje apropiado, a los denominados terrores del Océano que desde muy antiguo alentaban en la imaginación de los marinos, tales como la bruma que impide orientarse por el Sol o las estrellas o la falta de espacio para navegar.

La existencia de Tule como punto más septentrional del mundo habitado suscitó también una seria oposición. Estrabón niega toda realidad a la isla basándose en el hecho de que otros escritores no la mencionan para nada y que sobrepasa con creces los límites admitidos para el mundo habitable, situados a la altura de Irlanda, mas allá de los cuales la vida humana resultaba imposible a causa del frío[185]. Dejando aparte la polémica existente sobre la correcta identificación de la isla, existen también otros puntos oscuros sobre la cuestión. No estamos en condiciones de asegurar que el propio Piteas viajase en persona hasta la isla o que simplemente oyese hablar de ella en algún punto de su trayecto. Tampoco sabemos si las condiciones específicas de habitabilidad que Estrabón critica se referían en la obra original del propio Piteas a la isla de Tule en concreto o eran más bien apreciaciones más generales resultado de sus observaciones etnográficas a lo largo de su viaje de expedición. En esta situación de incertidumbre, lo más prudente parece suponer que Tule era simplemente el punto más septentrional de los que había tenido noticia en el curso de su viaje, cuyas noticias, unidas a sus propias especulaciones matemáticas y astronómicas a las que alude Estrabón sin dar más razón de las mismas en el curso del mismo pasaje, fueron utilizadas por el astrónomo marsellés para comprobar sus teorías acerca de las dimensiones del mundo habitado. De su presencia en Tule sólo hablan Cleomedes y de forma mucho más general Gemino, ambos autores tardíos que remiten a

---

183 Cfr. METTE, *op. cit.*, p. 8, y ROSEMAN, *op. cit.*, pp. 127 ss.

184 Véase al respecto nuestra traducción del *corpus* paradoxográfico en la Biblioteca Clásica Gredos, *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, Madrid, 1996.

185 Str. II, 5, 8.

fuentes anteriores sin identificar a la hora de justificar sus afirmaciones en este sentido[186].

Tampoco la existencia de un lugar donde según le indicaron los indígenas el sol se acostaba al final del día parece que debe atribuirse sin más al débito de Piteas. Dicha afirmación se encuentra en dos pasajes, uno de Gemino y otro de Cosmas Indicopleustes. El primero de ellos no parece conceder a la noticia ningún otro valor que el puramente anecdótico como la percepción local de un fenómeno de dimensiones astronómicas que Piteas se proponía explicar. Por lo que respecta al segundo, se trataba de un monje del siglo VI d.C. que primero fue mercader, autor de una obra destinada a refutar la idea pagana de una forma esférica de la Tierra que chocaba en su opinión con la imagen trasmitida por las sagradas escrituras[187]. La finalidad polémica de dicho escrito, el más que probable desconocimiento de la obra de Piteas por parte de su autor y el desinterés general que demuestra por las cuestiones esenciales que aquél trataba apuntan más bien hacia una utilización descontextualizada de una afirmación cogida al vuelo que podía contribuir a reforzar los argumentos esgrimidos en favor de su teoría, recurriendo a la supuesta autoridad de un pagano que habría comprobado *in situ* la realidad de la misma[188].

Eliminados estos motivos de curiosidad extraordinaria que podían provocar el descrédito, el resto de las noticias que se le atribuyen se adecuan mucho más al contexto científico de la obra de Piteas, en la que las mediciones y los cálculos debían ir a la par con las consideraciones de tipo astronómico y matemático que aparecen recogidas sobre todo en autores interesados en la materia como Cleomedes o Gemino. Una obra sin duda abigarrada y compleja que no resultaba una lectura fácil para quien no fuera experto en los temas que trataba. Polibio y Estrabón, ambos mucho más hombres de letras, incluso en el moderno sentido de la expresión, que expertos en las cuestiones científicas de fondo que se debatían en su obra, no lo entendieron y por las razones ya comentadas hicieron un uso parcial e interesado de sus informaciones. Aislado de los canales de transmisión al gran público por el carácter de su obra, como le sucedió a la mayoría del resto de la literatura científica antigua, quedó muy pronto sumido en el más completo de los olvidos del que sólo le rescataban ocasionalmente la fidelidad de algunos sucesores que ya no conocieron su obra de primera mano, como los antes mencionados Cleomedes o Gemino, o la tenacidad de sus detractores. Piteas constituye, en defini-

---

[186] Cleom., *Met.*, 1, 4, 208-210, y Gem., 6, 9.

[187] Gem., VI, 9; Cosmas Ind., *Top. Crist.*, II, 80, 6-9.

[188] Véanse al respecto las consideraciones de Roseman en su comentario al pasaje en cuestión, ROSEMAN, *op. cit.*, pp. 144-145.

tiva, un buen ejemplo de la relación difícil y problemática que existía en la Antigüedad entre la realidad de la exploración geográfica con todas sus connotaciones de carácter científico y logístico, y el contexto de su recepción y difusión a través de los medios literarios en los que seguían predominando de forma clara el mito y los prejuicios ideológicos.

### *El periplo de Hanón*

El denominado *periplo de Hanón* es sin duda uno de los textos griegos más curiosos y controvertidos que han llegado hasta nosotros[189]. Se ha conservado en un solo manuscrito del siglo IX que se encuentra en Heidelberg y en dos apógrafos del Museo Británico fechables ambos en el siglo XIV[190]. A simple vista tendríamos entre nuestras manos un texto excepcional ya que se trataría nada más y nada menos que de la versión griega del relato original compuesto en púnico por el propio navegante cartaginés, que habría relatado sus hazañas en un breve memorándum para ser inscrito después en una estela de piedra consagrada en el templo de Crono en Cartago. Hanón describía en ella su viaje a lo largo de las costas occidentales de África hasta un punto determinado, muy difícil de precisar, en el que se vio obligado a volver por falta de provisiones. La alusión a las costas selváticas, la presencia de tribus salvajes que hacían sonar por la noche sus tantanes, la descripción casi alegórica de un imponente volcán en erupción que arrojaba ríos de lava hasta el mar o la aparición de los célebres gorilas, parecen indicios más que suficientes para sugerir que la expedición de Hanón alcanzó las regiones tropicales de África, a la que parecen convenir las características apuntadas[191].

---

189 La bibliografía al respecto es ciertamente considerable. Hasta el año 1950 aparece reunida en el libro de Aubrey DILLER, *The tradition of the Minor Greek Geographers,* Oxford, 1952, pp. 48-99 y 179. Desde esa fecha y hasta el año 1978 la recoge el trabajo fundamental de Jehan DESANGES, *Recherches...*, pp. 39-85. Este mismo autor realizó un estado de la cuestión algo más tarde, «Le point sur le Périple d'Hannon: controverses et publications récentes», en *Enquêtes et documents, VI, Nantes, Afrique, Amérique, Centre de recherches sur l'histoire de la France atlantique*, Nantes 1981, pp, 13-29. Bibliografía más reciente en L. A. GARCÍA MORENO, «Precedentes grecorromanos de la navegación atlántica de Bartolomeu Dias: en torno al periplo de Hanón», en *Bartolomeu Dias e a sua epoca, Actas,* vol. II, Oporto, 1989, pp. 237-257. Una reciente puesta a punto de la cuestión con buena perspectiva crítica en Ch. JACOB, *Géographie,* pp. 73-84. Más recientemente, M. M. EUZERMAT, «Le Périple d'Hannon», *CRAI,* 1994, pp. 559-579.

190 Se trata del *Palatinus* 398 y del *Vatopedinus* 655, respectivamente. Al respecto véase la obra de Diller citada en la nota anterior.

191 Entre los muchos partidarios de esta interpretación podemos destacar la obra de G. y C. Ch. PICARD, *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal (IIIsiècle av. J. C.),* París, 1958 o el libro de J. G. DEMERLIAC y J. MEIRAT, *Hannon et l'empire punique,* París,

Sin embargo, las cosas no son tan claras como parecen a primera vista. Para empezar, no resulta fácil datar el texto con una precisión meridiana. Si el texto fuera coetáneo de la supuesta expedición que describe se trataría de una obra de finales del siglo VI o comienzos del V a.C., fechas en las que se suele situar el viaje de exploración del almirante cartaginés[192]. Sin embargo, resulta muy difícil admitir una datación tan temprana para el texto griego que tenemos a nuestra disposición. Los intentos de fechar la obra por el criterio de la lengua utilizada para su redacción no han sido todo lo definitivos que se podría esperar. Según Wolfgang Aly, se trataría de un uso lingüístico muy parecido al del historiador Polibio y por tanto debería situarse el texto a mediados del siglo II a.C.[193] Para Gabriel Germain, en cambio, la lengua utilizada en la redacción del periplo es más propia de un contemporáneo de Aristóteles que escribiría a finales del siglo IV a.C.[194] Por su parte, Carlos Sehrader, siguiendo al sueco Blomquist y tras un detenido análisis lingüístico del texto del periplo, no descarta la posibilidad de que nos encontremos ante un autor del período clásico que ciertamente no era un aticista puro, pero perteneciente al género de descripción de viajes que floreció en los siglos VI y V a.C.[195]

Las menciones del periplo en la literatura antigua tampoco aclaran mucho las cosas. La mayoría de las obras en las que aparece citado son tardías, ya de época imperial, y en algunos casos se trata de textos problemáticos desde un punto de vista cronológico o en los que la propia cita no está del todo clara. Nos encontramos en efecto con alusiones imprecisas como la que aparece en el *Discurso sobre Egipto,* de Elio Arístides, con problemas de transmisión textual como sucede con el

1983. Es también la opinión más común y generalizada que aparece reflejada en los diferentes manuales de geografía, desde el de J. O. THOMSON, *History of Ancient Geography,* pp. 73 ss., y M. CARY y H. WARMINGTON, *op. cit.,* p. 47 ss. al más reciente de F. CORDANO, *La geografia degli antichi,* Bari, 1992, pp. 33 ss. Una excepción es la de P. PÉDECH, *La géographie des grecs,* París, 1976, p. 31, que reconoce que se trata «d'une imposture de la tradition des navigations antiques». También los historiadores de Cartago mantienen la misma postura, tal y como sucede en los recientes manuales de W. HUSS, *Los cartagineses,* Madrid, 1993 (Múnich 1990), pp. 45-48, o S. LANCEL, *Cartago,* Barcelona, 1994 (París, 1992), pp. 103-108, si bien admite sus dudas acerca de la segunda parte del texto muy influida y manipulada por las tradiciones griegas. A. PERETTI, *Il periplo di Scilace,* p. 53, admite la realidad del viaje de Hanón pero reconoce al mismo tiempo que la traducción al griego se debió al deseo de satisfacer la curiosidad de los lectores, el gusto por lo maravilloso y el sentido de la aventura que los poemas y novelas de época helenística estimularon de nuevo.

[192] M. CARY y E. H. WARMINGTON, *op. cit.,* pp. 47 ss.

[193] W. ALY, «Die Entdeckung des Westens», *Hermes,* 62, 1927, pp. 324 ss.

[194] G. GERMAIN, «Qu'est-ce que le Périple d'Hannon», *Hesperis,* 44, 1957, pp. 206-207.

[195] C. SCHRADER, «El mundo conocido y las tentativas de exploración. Los orígenes de la geografía descriptiva en Grecia», en F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN y J. GÓMEZ-PANTOJA, eds., *Pautas para una seducción. Ideas y materiales para una nueva asignatura: Cultura Clásica,* Alcalá de Henares, 1990, pp. 81-149.

tratado de Paléfato, con una simple mención como la que aparece en el Epítome de Marciano de Heraclea, o con referencias ambiguas como las de Ateneo al hacer mención de «las andanzas marinas de Hanón»[196]. El periplo de Hanón sólo es citado de forma clara en el controvertido tratado atribuido falsamente a Aristóteles denominado *Mirabiles Auscultationes,* en la *Geografía* de Pomponio Mela, en la *Historia Natural* de Plinio el Viejo y en la *Anábasis de Alejandro* de Arriano[197].

Las dos menciones más antiguas serían en principio las que aparecen en el tratado atribuido a Aristóteles y en la obra de Paléfato. Sin embargo, tanto la una como la otra presentan problemas de datación casi insolubles ya que a la incertidumbre existente sobre sus verdaderos autores se suma además el carácter compilatorio de ambas que parece reflejar un proceso de adiciones y reelaboraciones sucesivas[198]. Se trata no obstante de dos obras de tipo paradoxográfico cuyos orígenes podrían remontar quizá a los inicios del período helenístico, momento en el que este género literario se desarrolló y cobró especial relevancia y popularidad[199]. Las citas más seguras que aparecen en Pomponio Mela y en Plinio dependen sin duda de una fuente intermedia anterior que podría identificarse con Cornelio Nepote, quien pudo haber utilizado a su vez una fuente griega anterior difícil de precisar, aunque algunos apuntan hacia un tal Jenofonte de Lámpsaco, autor de un periplo en pleno período helenístico[200]. Lo más probable parece, por tanto, que la obra se compusiera en algún momento a lo largo de este período, tanto por la cronología a la que apuntan las citas literarias como por el tipo de literatura que parece haberlas inspirado.

Efectivamente, las cosas parecen bien distintas cuando analizamos la obra con una cierta disciplina filológica, atendiendo a la construcción del propio texto en sí, a sus marcos referenciales inmediatos y a los horizontes de expectativa del público al que iba destinada. El proceso de gestación del texto es ciertamente muy significativo. Según su anónimo autor, se trataría de la traducción al griego de la estela original en púnico. Sin embargo, parece a todas luces que nos encontramos con un claro intento de hacer pasar como un caso más de *interpretatio*

---

196 Un estudio detallado de estas referencias en la obra de DESANGES, *Recherches...*, pp. 45 ss.

197 Pseud. Arist., *Mir. Ausc.*, 37; P. Mela, *Chor.*, III, 90 y 93; Plin. W 11, 169; V, 8 y VI, 200; Air., *Anab.*, VIII, 43,11-12.

198 DESANGES, *Recherches...*, pp. 46 ss.

199 Sobre la paradoxografía como género puede verse nuestra introducción a la traducción de los paradoxógrafos en la Biblioteca Clásica Gredos, *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, Madrid, 1996, pp. 7-39.

200 Sobre este autor, F. GISINGER, *REIX* A, cols. 2051-2055.

*graeca* algo que no lo era en la realidad. No tenemos constancia, en efecto, de que se hicieran traducciones al griego de obras procedentes de otras literaturas que, por lo general, suscitaron escaso interés entre la intelectualidad griega[201]. Tuvieron que ser más bien los propios indígenas, especialmente miembros de las elites dirigentes, quienes realizaran el esfuerzo de transmitir a los griegos su propia cultura, pero, eso sí escribiendo en griego[202]. Esta clase de intentos se llevaron a cabo a comienzos del período helenístico, un momento particularmente adecuado ya que hasta la Biblioteca de Alejandría habían afluido textos de otras literaturas y se había iniciado una tímida labor de traducción, siempre auspiciada desde el lado indígena, como muestra la célebre traducción del Antiguo Testamento llevada a cabo por los setenta sabios enviados desde Palestina[203]. Era, por tanto, el momento apropiado para idear una estrategia de esta clase ya que al presentar la obra como una traducción del púnico, parecería un tipo de iniciativa más creíble dentro de este contexto literario y erudito que había propiciado otras empresas de características similares[204].

Sin embargo, una cierta lógica nos invita a rechazar la posibilidad de que tales circunstancias se hubieran dado en la realidad. No parece muy probable, en efecto, que una empresa de exploración como la que se atribuye al almirante cartaginés fuese aireada a los cuatro vientos revelando incluso algunos de los pormenores de la expedición. En este sentido existía en el mundo griego una imagen de los púnicos bien distinta que los representaba extraordinariamente celosos a la hora de guardar en secreto las rutas seguidas en sus exploraciones por el océano Atlántico, hasta el punto de tratar de confundir por todos los medios a sus posibles competidores[205]. Esta impresión de secretismo viene a confirmarla el propio mito del cierre cartaginés del estrecho, que, aunque debió originarse mucho antes, encuen-

---

[201] Al respecto, A. MOMIGLIANO, «The fault of the greeks» en *Sesto Contributo a la storia degli studi clasici e del mondo antico*, Roma, 1980, vol. II, pp. 513 ss. También F. HARTOG, *Mémoire d'Ulysse. Récits sur la frontière en Grèce ancienne*, París, 1996, pp. 19-20.

[202] Éste fue el caso del egipcio Manetón o del babilonio Beroso quienes al comienzo del período helenístico se vieron obligados a elaborar en griego la historia de sus respectivos países como forma de dar a conocer sus correspondientes tradiciones culturales.

[203] Al respecto, A. LE BOULLUEC, «Sagesses barbares», en Ch. JACOB y F. de POLIGNAC, eds., *Alexandrie III siècle av. J-C.*, París, 1992, pp. 63-79.

[204] Cualquier relato de ficción actual que tomase como punto de partida Internet sería igualmente aceptado como algo habitual dentro del contexto actual y reconocida por tanto su pretensión de veracidad.

[205] Es ciertamente ilustrativa de esta creencia la anécdota que narra Estrabón (XVII, 1, 19) acerca de un comerciante que al sentir que era seguido hizo hundir su propia nave con el objeto de ocultar el destino de su viaje. Igualmente se atribuían también a los fenicios las leyendas sobre los terrores atlánticos como una forma más de alejar de estas rutas a los posibles competidores. Al respecto, R. DION, *Aspects politiques*, pp. 136 ss.

tra todavía eco en Estrabón y ha sido aceptado sin más por muchos historiadores modernos.

Tampoco parece muy de recibo que en la supuesta estela el almirante púnico hiciera pública confesión de las vacilaciones y temores que asaltaron a los expedicionarios en más de una ocasión en el curso del viaje. Esta postura de autoconfesión de las debilidades no coincide para nada con el tono triunfalista y apologético más habitual que suele predominar en los documentos oficiales de carácter conmemorativo dentro de las civilizaciones semíticas[206].

Todo da la impresión, por el contrario, de que se trata de una estrategia de veracidad utilizada por el autor del texto para dotarle de la credibilidad necesaria desde su propio inicio. Parece además muy significativo que todas las alusiones que encontramos en la literatura antigua hacen referencia al texto del periplo y no a la propia expedición en sí que habría dado origen a su elaboración. Heródoto no la menciona y sí lo hace en cambio con otras expediciones no griegas hacia estos confines occidentales de África, como la de los marineros fenicios que realizaron un viaje de circunnavegación a las órdenes del faraón Necao, la del noble persa Sataspes que fracasó en su intento, o la de un grupo de jóvenes indígenas de la tribu de los nasamones que habrían alcanzado las regiones tropicales del continente[207].

El recurso a la traducción parece, por tanto, una excusa bien ingeniada por el anónimo autor del periplo que habría contribuido a dotar de legitimidad a un relato de aventuras que discurría por los confines extremooccidentales y meridionales del orbe. Todo relato de estas características tiene evidentemente la pretensión de veracidad y busca por tanto una presentación lo más realista posible de las circunstancias que rodean al viaje para que puedan además ajustarse a un contexto histórico determinado[208]. El autor del relato habría optado en este caso por el protagonista más idóneo si tenemos en cuenta el prestigio de que gozaban los púnicos en este sentido dentro de la mentalidad griega. Se sabía desde antiguo que habían colonizado las regiones más occidentales del orbe más allá del estrecho de Gibraltar y eran, por tanto, los personajes de carne y hueso más apropiados para protagonizar una empresa de estas características, ya que las nuevas circunstancias demandaban la sustitución de los viejos héroes helenos que ha-

---

[206] En este sentido han insistido quienes rechazan la autenticidad del periplo como Gabriel GERMAIN, «Qu'est-ce que le Périple d'Hannon? Document, Amplification littéraire ou faux intégral», *Hesperis*, 44, 1957, pp. 205-248.

[207] Hdt. IV, 42, 2 (Necao); IV, 43 (Sataspes); II, 32 (Nasamones).

[208] Sobre los procedimientos de validación de esta clase de relatos de viajes, F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, «Realidad y ficción en los relatos de viaje de la literatura griega» en *La cultura del viaje. Actas se la segunda semana canaria sobre el mundo antiguo*, La Laguna (en prensa).

bían surcado con anterioridad aquellas rutas[209]. Un cartaginés llamado Hanón, seguramente un nombre que resultaba a los ojos griegos tópico y distintivo de la cultura púnica, que figuraba al frente de una expedición colonial hacia aquellos confines del orbe, constituía una coartada perfecta a la hora de garantizar la credibilidad de todo el relato.

Se trataba además de un procedimiento literario bien conocido en la propia literatura antigua. Fue utilizado entre otros por el novelista Antonio Diógenes, cuya obra *Maravillas mas allá de Tule* se habría originado en la transcripción de un códice de los tiempos de Alejandro que fue hallado por unos soldados junto a una tumba en la ciudad fenicia de Tiro. Un procedimiento semejante siguieron también el mitógrafo helenístico Dionisio Escitobraquión al presentarse como portavoz de textos mucho más antiguos en su intento por ofrecer una versión racionalista y evemerista de las antiguas leyendas griegas, o Filón de Biblos cuando pretendía transponer en griego la historia fenicia de un tal Sanjuniatón, o el taumaturgo Apolonio de Tiana, cuya biografía relata Filóstrato basándose aparentemente en las memorias dejadas por su compañero Damis, o por fin los enigmáticos Dictis y Dares que afirmaban referir la verdadera versión de la guerra de Troya mucho más antigua que el relato homérico[210].

Existen también otros indicios que nos confirman esta impresión de hallarnos ante una obra de ficción que no refleja para nada el transcurso real de una expedición cartaginesa a los confines del África atlántica. Así, no resulta demasiado convincente la secuencia de topónimos que aparecen en la primera parte del periplo en su descripción de las regiones más septentrionales de la costa occidental africana. Dichos lugares no sólo presentan enormes dificultades de localización arqueológica, sino que ofrecen además una completa apariencia griega. Incluso, llegado un cierto momento, son citados casi en bloque sin prestar la menor atención a factores tan destacados en esta clase de obras como eran su situación precisa, las ventajas de su ubicación concreta o las distancias de navegación existentes entre unos lugares y otros. Éstos serían, a fin de cuentas, los datos más relevantes en un documento oficial de esta clase. Sin embargo, en un relato de ficción tales pormenores técnicos o geográficos sólo tendrían una simple función decorativa para dar cobertura a la acción. Bastaba con demostrar un aparente conocimiento de algunos topónimos de aquellas regiones

---

209 Del vago conocimiento que los griegos tenían acerca de las empresas cartaginesas en el continente africano encontramos una muestra en el célebre pasaje herodoteo sobre el comercio sin palabras entre cartagineses e indígenas, IV, 43.

210 Sobre la continuidad de este procedimiento en la literatura posterior podemos mencionar ejemplos tan célebres como el del poeta Ossian, inventado por la habilidad literaria del escocés James MacPherson, o de la conocida novela de Jan Potocki, *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, llevada también al cine.

para infundir la falsa idea de que se conocían dichos lugares de primera mano para conceder un tono de veracidad a todo el relato.

El cuadro geográfico y etnográfico que el periplo presenta tampoco sugiere una impresión muy diferente. Las apariencias invitan a relacionar con la geografía real de las costas occidentales africanas algunos de estos paisajes, tales como las costas desoladas, las densas selvas, las islas boscosas con lagunas en su interior, los litorales abrasadores, o las elevadas cadenas de montañas. Sin embargo, tales características se ajustan más al cuadro imaginario que en la mentalidad griega se tenía de estas regiones remotas de los confines de la tierra, tal y como habían sido descritas por la tradición literaria, que a una precisa localización dentro del mapa real[211]. De acuerdo con la concepción griega del mundo, las regiones extremas del orbe presentaban un paisaje singular compuesto por extensas regiones boscosas pobladas de fieras, inacabables desiertos o cadenas montañosas infranqueables. En este caso además se trataba, no lo olvidemos, de los confines más meridionales del mundo, que según la teoría griega resultaban completamente inhabitables a causa del calor extremo imperante en aquellas latitudes. El autor del periplo no hacía, por tanto, otra cosa que ajustarse a dicho esquema, respondiendo de este modo a las expectativas de sus lectores y a ese complejo de ideas y concepciones que los franceses denominan el «saber compartido» de una época. Poco importaban las características precisas de unos paisajes desconocidos y sí mucho en cambio el acuerdo total con la imagen del mundo que compartía todo su auditorio.

Algo parecido ocurre con el cuadro etnográfico que aparece reflejado en el periplo. Lejos de corresponder con poblaciones reales que habitaban aquellos contornos africanos, se trataba de dar también en este terreno respuesta adecuada a las expectativas del auditorio. La imaginación griega había poblado los confines de la tierra con poblaciones nómadas o salvajes que destacaban en muchos casos por la proximidad de su forma de vida a la de los animales. Allí estaban también los inevitables etíopes, población mítica de los confines meridionales que fue transmutando con el paso del tiempo su aura utópica inicial de pueblo favorecido por la compañía de los dioses por la de un pueblo mucho más exótico y real, acorde con los nuevos conocimientos de la época sobre las regiones al sur de Egipto[212]. Los expedicionarios car-

---

[211] Sobre la geografía mítica puede verse la obra de J. RAMIN, *Mythologie et géographie*, París, 1979, en exceso positivista, o los más recientes trabajos de A. BALLABRIGA, *Le soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Gréce archaique*, París, 1986, y de J. S., ROMM, *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton, 1992, desde luego mucho más sugerentes y perspicaces.

[212] Véase la célebre monografía de F. M. SNOWDEN Jr., *Blacks in Antiquity. Ethiopians in the greco-roman experience*, Cambridge Mass., 1970.

tagineses hallaron, por tanto, en su camino a gentes de esta clase, como era de esperar desde un punto de vista griego para quien emprendía un viaje por aquellas apartadas regiones.

Adecuar el relato a las expectativas del auditorio era el único procedimiento factible para conseguir la credibilidad general, tal y como revelan los casos de autores como Piteas o Antífanes de Berge, que lograron un amplio descrédito por haber procedido en forma bien distinta, reflejando en un caso la veracidad de sus observaciones que contradecían ampliamente la imagen tradicional de las tierras del norte, o en el otro exagerando al máximo las características fantásticas. Los viejos parámetros heroicos habían variado de forma sustancial con el paso de los tiempos. Las antiguas poblaciones míticas debían adaptarse al nuevo contexto etnográfico que había transformado a los fabulosos etíopes en poblaciones nómadas más primitivas cuyas gentes escurridizas se caracterizaban por su rapidez o a las terribles gorgonas en una tribu de seres velludos cuyas hembras demostraban una enorme agresividad hacia los expedicionarios cuando intentaban capturarlas. El *periplo* de Hanón no hacía, por tanto, otra cosa que adaptarse a estas nuevas circustancias que demandaban un tipo de discurso mítico más riguroso y preciso.

Todo este discurso se ajustaba también con la imagen que se tenía del continente africano en la imaginación geográfica griega como el más pequeño de los tres existentes y con una forma parecida a la de un trapecio o triángulo rectángulo. Esta errónea concepción permitía imaginar la posibilidad de una circunnavegación de todo el continente y ponía en estrecho contacto sus extremos oriental y occidental a traves de esa larga línea oblonga que constituía todo su lado inferior[213]. De ahí que cuando los expedicionarios parecían haber alcanzado un punto avanzado de este largo litoral comenzaran a sentir las fragancias de los perfumes que emanaban de las tierras más próximas, ya que se suponía que se habían acercado a la región de los aromas, que se situaba en el sur de la península arábiga y próxima, por tanto, al extremo oriental del continente africano.

Existen también razones de tipo técnico que invitan a no conceder demasiada credibilidad al periplo como documento de una navegación llevada a cabo en un momento dado del siglo V a.C. Como ha demostrado R. Mauny, la navegación de retorno por aquellos litorales se veía dificultada, si no impedida del todo, por la existencia de un determinado régimen de vientos y corrientes marinas que circulaba a lo largo

---

[213] Al respecto véase el estudio de Robert WERNER, «Zum Afrikabild der Antike», en K. DIETZ, D. HERMIG y H. KALETSCH, eds., *Klassische Altertum, Spätantike und frühes Christentum, Adolf Lippold zum 65. Geburstag gewidmet*, Würzburg, 1993, pp. 1-36, esp. pp. 20 ss.

de las costas occidentales de África en direccion norte-sur. El retorno sólo habría resultado viable a través de alta mar, una circunstancia para la que no parece que estuvieran preparados los navíos de la época a la que el periplo pretende remontarse[214]. De hecho, cuando los portugueses lograron realizar tales navegaciones por vez primera, ya en pleno siglo XV en la época de Enrique el Navegante, lo hicieron siguiendo esa ruta y parece probado que ni siquiera los árabes llegaron a sobrepasar en sus navegaciones el cabo Juby[215]. De manera que si algún atrevido navegante emprendió durante la Antigüedad la ruta que el periplo indica, a la vista de las dificultades intrínsecas que el viaje implicaba desde un punto de vista náutico, lo más probable es que se perdiera para siempre en aquellos apartados parajes, dada la práctica imposibilidad de regresar de su viaje utilizando la misma ruta de cabotaje en sentido contrario[216].

Tampoco favorecían la navegación de cabotaje por aquellos litorales circunstancias tan adversas como el carácter desolado de sus costas, al que se hace referencia en el propio texto, y la consiguiente falta de puestos de aguada y aprovisionamiento que resultaban imprescindibles para una navegación de este tipo, la más habitual entonces y que, a juzgar por nuestro relato, fue también la que siguió el supuesto almirante púnico.

No existen tampoco unos objetivos concretos que podamos atribuir a una expedición militar de esta envergadura a la hora de proseguir su viaje hacia el sur una vez que habían sido ya fundadas las colonias que, según la misma estela, constituían el motivo principal del viaje. Una de las hipótesis propuestas apunta la posibilidad de que la expedición de Hanón tuviera como objetivo final el control del comercio de los metales y el oro de aquellas apartadas regiones. Sin embargo, hoy en día parece que debemos descartar de forma definitiva tales pretensiones a la vista de los resultados de las exploraciones arqueológicas llevadas a cabo en dichos lugares, que revelan una ex-

214 Así parece haberlo demostrado con cierta contundencia Raymond MAUNY en diversos trabajos de los que mencionamos «La navigation sur les côtes du Sahara pendant l'Antiquité», *Révue d'études anciennes*, 57, 1955, pp. 92-101, o su contribución a la *Cambridge History of Africa*, vol. II, Cambridge, 1978, donde aparecen citados sus otros trabajos relevantes a este respecto. En sentido contrario se ha manifestado Raul LONIS, que se ha esforzado en mantener dicha posibilidad en «Les conditions de la navigation sur la côte atlantique de l'Afrique dans l'Antiquité: le problème du retour», en *Afrique noire et monde méditerranéen dans l'Antiquité*, Dakar-Abidjan, 1978, pp. 147-170.

215 R. MAUNY, *Les navigations médiévales sur les côtes sahariennes antérieures à la découverte portugaise*, Lisboa, 1960, pp. 29-30.

216 Eso fue, de hecho, lo que les sucedió a los hermanos Ugolino y Vadino Vivaldi, quienes inspirados por la hazaña de Hanón intentaron llevar a cabo la circunnavegación del continente en el año 1291 y desaparecieron del todo sin dejar ningún rastro.

plotación de los filones en fechas muy posteriores a las de la supuesta expedición cartaginesa[217].

Ni siquiera la existencia efectiva de las colonias cartaginesas fundadas en el curso del viaje de Hanón ha sido confirmada por la arqueología, que sigue manteniendo al respecto un silencio pertinaz. De hecho, la presencia púnica a lo largo de las costas occidentales de África sólo está probaba hasta la altura de la isla de Mogador[218]. Todo apunta por tanto en contra de la posible realidad histórica de la expedición cartaginesa.

Estudios como los de Gabriel Germain o Jehan Desanges han contribuido también a resaltar el carácter esencialmente griego del periplo al poner de manifiesto los numerosos paralelismos existentes entre nuestro texto y las *Historias* de Heródoto, o su evidente contaminación con episodios de la saga de Perseo, dejando así patente una vez más las intenciones literarias de su autor y el marco de referencias míticas que pudo haber utilizado para su composición de la obra. Existía ciertamente toda una tradición literaria sobre las regiones del extremo occidente de África que arranca quizá de los viejos logógrafos jonios como Hecateo de Mileto, dentro de la que figuraba también con plenos derechos el denominado padre de la historia. Esta imagen fue variando con el paso del tiempo y se fueron incorporando a ella nuevos detalles geográficos y etnográficos que en algún caso podían constituir un pálido reflejo de los nuevos descubrimientos realizados. Sin embargo, la imagen creada por el mito y las especulaciones teóricas se mantuvo vigente y en la mayoría de los casos las nuevas noticias se iban adecuando con mayor o menor esfuerzo a los viejos esquemas.

El periplo que tenemos ante nosotros constituye seguramente un eslabón más dentro de esta cadena, por la que fluían ininterrumpidamente las ideas e imágenes que fueron configurando dentro de la imaginación griega los confines meridionales del mundo. Un complejo de ideas denso en el que cabían diferentes inquietudes y preocupaciones, como las puramente mitológicas, empeñadas en recrear a su manera el recorrido de los antiguos héroes, u otras más ideológicas que reflejaban el difícil equilibrio de la condición humana puesta continuamente a prueba en su progresivo encuentro con criaturas y paisajes que representaban grados crecientes de salvajismo, con el peligro evidente de acabar sumida del todo en la pura bestialidad[219].

---

[217] Al respecto véanse los argumentos y bibliografía que resume DESANGES en el trabajo antes citado «Le point sur le Périple d'Hannon», pp. 21-22.

[218] Al respecto véanse las consideraciones del trabajo de DESANGES citado en la nota anterior, pp. 22-27, y las de GARCÍA MORENO, «Precedentes grecorromanos», pp. 249 ss.

[219] Ch. JACOB, «Aux confins de l'humanité: peuples et paysages africains dans le Périple d'Hannon», *Cahiers d'Études africaines,* 121-122, 31, 1-2, 1991, pp. 9-27.

Desde la *editio princeps* de la obra, publicada en 1533 en Basilea, se han sucedido las ediciones y traducciones en un alarde bibliográfico ciertamente inusual para una obra de estas características[220]. Su pervivencia a lo largo de la Edad Moderna ha enlazado con el florecimiento de los estudios africanistas, dentro de los que constituye sin duda una pieza esencial, contemplado, eso sí, desde una perspectiva claramente positivista. Se trata, en suma, de una obra curiosa y singular que sobresaliendo del anonimato y la oscuridad que ha envuelto a la mayoría de esta clase de relatos, que debieron abundar en época helenística, ha concitado el interés y la fascinación de antiguos y modernos, aunque por bien diferentes razones. Los primeros buscaron en ella satisfacer sus ansias de curiosidad por lo exótico y lo singular, acrecentadas quizá también por un cierto deseo de escapismo de un mundo poco satisfactorio que hallaba en esta clase de literatura un consuelo y alivio a muchas de sus tribulaciones cotidianas. Los segundos, confiados en el valor documental de las fuentes antiguas, dieron rienda suelta a su imaginación en un deseo no menos voluntarista de alcanzar el conocimiento preciso de una realidad más remota, que, por sí misma y por el peso ineludible de toda la historia que ha transcurrido desde entonces, se nos presenta como desesperadamente irrecuperable.

### *El periplo de Polibio*

Muy poco es también lo que sabemos del periplo realizado por el historiador Polibio a lo largo de las costas occidentales de África a mediados del siglo II a.C. El propio autor alude vagamente a los peligros que ha debido afrontar a lo largo de sus viajes por el mar exterior sin precisar más al respecto[221]. Tampoco se ha conservado hasta nosotros el libro XXXIV de su *Historia*, dedicado en su integridad a la geografía, donde Polibio haría sin duda referencia a sus propias experiencias y conocimientos adquiridos en el curso de dicha expedición[222]. Nos hallamos así reducidos al resumen que aparece en un pasaje de Plinio el Viejo, muy complicado desde un punto de vista textual, en el que de

---

220 Véase al respecto la abrumadora superioridad del periplo sobre el resto de relatos de este tipo en la bibliografía recogida por DILLER, *op. cit.*, en n. 189. Sobre la pervivencia del periplo en la historia posterior, M. MUND-DOPCHIE, «La survie du Periple d'Hannon au XVI et au XVII siècle», en *Humanistica Lovaniensia*, 38, 1989, pp. 163-175, y de la misma autora, *La fortune du Périple d'Hannon à la Renaissance et au XVII siècle*, Namur, 1995.

221 Pol. III, 59, 7.

222 Sobre el libro XXXIV de Polibio, F. W. WALBANK, «The Geography of Polybius», *Class et Med.*, 9, 1947, pp. 155-182, y P. PÉDECH, «La géographie de Polybe: Structure et contenu du livre XXXIV des Histoires», *LEC*, 24, 1, 1956, pp. 3-24.

manera un tanto confusa se enumeran algunos de los puntos tocados por Polibio en el curso de su viaje de expedición[223].

El pasaje de Plinio presenta, como ya anticipamos, numerosos interrogantes a la hora de determinar la aportación precisa del relato de Polibio a la larga noticia que el enciclopedista latino consagra a la célebre montaña africana del Atlas. Existe la posibilidad de que dicho pasaje contuviera el nombre de Agripa, que constaría así como una de las fuentes principales utilizadas por Plinio para la confección del mismo[224]. A ello se suman los problemas que presenta la terminología empleada con nombres difíciles de aceptar en griego o latín que han suscitado en ocasiones el ingenio de los modernos filólogos a la hora de explicar su origen[225]. Hay también importantes divergencias a la hora de trasladar sobre el mapa actual los lugares y las distancias que aparecen mencionados en el controvertido pasaje hasta tal punto que parece obligado admitir la existencia de diversas fuentes intermedias que han alterado el testimonio original de Polibio en una medida que resulta muy difícil precisar[226].

Las conclusiones concretas que dicho texto permite extraer acerca del viaje de Polibio y las diferentes etapas de que constó la expedición son ciertamente escasas. En él aparecían mencionados algunos de los elementos ya tradicionales de la geografía africana tales como el monte Atlas, que constituía uno de los puntos emblemáticos y definitorios de toda esta parte extrema del orbe[227]. A juzgar por la breve referencia que aparece en el pasaje de Plinio, la visión que se ofrecía del mismo era la ya tradicional, que se remontaba al menos hasta Heródoto, de un lugar misterioso y recóndito mas allá del cual se extendían espacios desconocidos recubiertos de amplios bosques y poblados de fieras de todas clases[228]. Aparecían igualmente una serie de ríos de diferentes nombres caracterizados por su fauna nilótica, compuesta a base de cocodrilos e hipopótamos que recordaban también las viejas teorías acerca del origen oceánico del río Nilo existentes ya entre los científicos jonios a finales del período arcaico[229]. También hacían acto

[223] Plin. *NH*, V, 9-10. Sobre el pasaje en cuestión pueden verse los trabajos de R. MAUNY, «Autour d'un texte bien controversé: le périple de Polybe (146 av. J-C.)», *Hesperis*, 36, 1949, pp. 47-67, y P. PÉDECH, «Un texte discuté de Pline: Le voyage de Polybe en Afrique (H. N., V, 9-10)», *REL*, 33, 1955, pp. 318-332, donde se encontrará citada toda la literatura científica anterior en p. 319, n. 2.

[224] Sobre la cuestión hay un buen resumen en DESANGES, *Recherches...*, pp. 123 ss.

[225] Éste es el caso del río Bambotum, que según la hipótesis propuesta por Wolfgang ALY, *art. cit.*, p. 338, sería sólo la transposición del adjetivo griego *pamboton* (que alimenta a todos).

[226] DESANGES, *Recherches...*, p. 127.

[227] Véanse al respecto nuestras consideraciones en *Tierras fabulosas*, p. 230.

[228] Plin., *NH.*, V, 9: a *monte eo ad occasum versus saltus plenos feris quas generat Africa.*

[229] F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN y A. PÉREZ LARGACHA, *Egiptomanía*, Madrid, 1997, pp. 21 ss.

de presencia los inevitables etíopes, pobladores por definición de estos confines de la ecúmene, aunque ahora catalogados con una mayor precisión aparente. Y por último se dejaba también constancia de la existencia de otros lugares emblemáticos que definían los contornos de estas extremas latitudes como el promontorio Solunte, malinterpretado a la hora de transponerlo al latín como el *promunturium Solis*, que ya en Heródoto delimitaba por el occidente la costa norteafricana, el promontorio Occidental, que marcaba seguramente el punto extremo de la costa occidental cuando ésta se encaminaba ya en dirección al sur, dentro de la concepción trapezoidal que los griegos tenían del continente africano, o el célebre Carro de los dioses, un lugar imaginario de estos confines del mundo, traducido aquí ya en forma de una montaña elevada que culminaba una larga cordillera.

El viaje de Polibio fue sin duda una realidad y para ello contó con el apoyo y soporte material de su protector romano Escipión Emiliano, quien según todos los indicios le había encargado dicho proyecto. Aunque ha habido quienes apoyándose en algunas indicaciones que nos proporcionan los textos antiguos han propuesto que se trataba de una expedición de carácter científico[230], lo más probable es que la misma estuviera auspiciada por consideraciones de tipo estratégico y militar relacionadas directamente con la conquista del imperio de Cartago, entonces en guerra con Roma. Polibio además disfrutaba de una consideración respetable por parte de Escipión como experto en asuntos militares, y de hecho asistió en persona a los principales momentos de sus campañas. No resulta, por tanto, extraña su presencia en una expedición de esta clase en la que quizá el propio historiador mostró su interés personal por formar parte de la misma.

Sin lugar a dudas, aprovechó la oportunidad para conocer en persona una parte del mundo que hasta entonces había permanecido casi completamente velada para el mundo griego. Sólo se habían ocupado de estos confines los autores de descripciones globales del orbe, cuyos ecos encontramos en algunas escuetas referencias dispersas a lo largo de las historias de Heródoto o en el periplo del Pseudo Escílax, o bien obras de ficción que habían utilizado estas informaciones, como el célebre *Periplo de Hanón*. Su aportación en este sentido podía ser, por ello, considerable y situarle así a la cabeza de los pioneros en el descubrimiento de estas apartadas regiones. De esta forma la línea con-

---

230 Plin., *NH.*, V, 9 habla de *scrutandi illius orbis gratia* y en un fragmento del Index Stoicorum de Herculano que se refiere a un episodio de la vida del filósofo estoico Panecio de Rodas se dice que tomó parte en una expedición naval, que se ha identificado con la de Polibio, por amor a la ciencia (pros philomathesin), col. 56 ed. de CRÖNERT en *Sitzungsberichte der Berlin-Akad.* PHIL-HIST *Kl*, 1904, p. 476. Sobre las dificultades que presenta dicho fragmento cfr. DESANGES, *Recherches...*, p. 122.

ductora de todo su relato debió ser seguramente su deseo de enmendar la plana a sus predecesores, que nada sabían de verdad sobre el asunto y habían propagado mentiras sin cuento. Sus críticas a Timeo sobre su desconocimiento de la geografía africana o a Timóstenes, un piloto naval de Tolomeo II que había escrito una obra sobre los puertos, son quizá una buena muestra del tono que presidía su descripción del viaje por aquellos contornos[231].

Además de sus informaciones puntuales sobre los diferentes lugares que la expedición iba atravesando y sobre las distancias respectivas que separaban unos puntos de otros, discutidas y corregidas posteriormente por otras fuentes posteriores, lo que ha originado el estado de confusión presente en el pasaje pliniano, el relato de Polibio contendría también la inevitable referencia crítica a aquellos puntos tradicionales de la geografía mítica de los confines africanos vigente hasta entonces en el mundo griego. Algunos eran elementos naturales todavía mal definidos y otros meras elucubraciones de la imaginación mítica, pero todos ellos figuraban ya con pleno derecho dentro de la imagen reconocida de estos territorios limítrofes. No era, por tanto, cuestión de echarlos abajo, sino tan sólo de corregirlos y enmendarlos, precisando su naturaleza y su ubicación, determinando las distancias existentes hasta los puntos mejor conocidos y especificando y catalogando adecuadamente tanto sus diferentes elementos geográficos, tales como los ríos y los diversos pueblos que habitaban sus contornos. Éste fue seguramente el resultado de un viaje que en el mejor de los casos tan sólo alcanzó las inmediaciones del cabo Juby, limitado por el tiempo y las condiciones marítimas, y presionado su autor por la exigencia personal de situarse a la cabeza de los viajeros griegos por estas latitudes, que le obligaba a tratar y revisar en bloque toda la geografía mítica anterior.

### *El periplo del mar Eritreo*

Otro de los periplos que ha llegado prácticamente íntegro hasta nosotros es el denominado *periplo del mar Eritreo,* conservado en un único manuscrito de comienzos del siglo X que se encuentra en la biblioteca universitaria de Heidelberg[232]. El texto está plagado de erro-

---

231 Pol. XII, 1 y 2.

232 Existe también un manuscrito que contiene el texto del *periplo* en el Museo Británico, de los siglos XIV y XV, pero se trata tan sólo de una copia del manuscrito de Heidelberg y carece por tanto de autoridad independiente. Sobre el texto del *periplo* en general, G. GIANGRANDE, «On the Text of the Periplus Maris Erythraei», *Mnemosyne*, 28, 1975, pp. 293-296, y CASSON, *The Periplus Maris Erythraei. Text with introduction, translation and commentary*, Princeton, 1989, pp. 5-6.

res por todas partes y ha sufrido varias reelaboraciones cuyos resultados finales no sirvieron para mejorar sustancialmente el corrupto texto original. La mayoría de los errores resultan fácilmente explicables si tenemos en cuenta que el texto se refiere a regiones remotas y a productos exóticos, cuyos extraños nombres no siempre encuentran una traducción o transcripción adecuada al griego.

Existe un cierto consenso a la hora de situar la obra en algún momento del siglo I d.C., quizá más probablemente entre los años 40 y 70[233]. La clave para esta datación es la mención del rey nabateo Malico, que parece que debemos identificar con Malico II, que reinó en Petra desde el 40 al 70 d.C.[234]. No sabemos prácticamente nada acerca de su autor, salvo que se trataba de un comerciante griego de Egipto que basándose en su propia experiencia náutica y comercial decidió escribir un manual práctico de navegación por estos mares del sur de la ecúmene para sus colegas de profesión que se decidieran a aventurarse por esas mismas aguas.

La obra responde en buena medida al esquema básico del periplo ofreciendo las típicas noticias sobre las condiciones idóneas de navegación, como la dirección de los vientos, las distancias entre unos puntos y otros, así como la situación de cada uno de los puertos situados a lo largo de la ruta. Sin embargo, la informacion más abundante se refiere a los productos que podían comprarse o venderse en cada uno de los puertos del trayecto. Nos proporciona, por tanto, noticias fundamentales acerca de las rutas comerciales existentes al inicio del imperio romano con las regiones de la costa oriental de África, la península arábiga y la India[235].

La obra describe dos rutas principales que comenzaban en los puertos egipcios del mar Rojo. La primera de ellas discurría a lo largo de la costas africanas hasta llegar a un punto determinado de la costa oriental que quizá debemos identificar con la capital de Tanzania, Dar-es-Salam. La segunda, mucho más importante a juzgar por el espacio que el autor le dedica, nada menos que dos tercios del *periplo,* conducía hasta Arabia y la India y tenía sus puntos de escala principales en las costas del sur de la península arábiga, en el Adén actual, y en las regiones noroccidentales de la India, próximas a la ciudad ac-

---

[233] Existe sin embargo una corriente de estudiosos, encabezada por J. Pirenne, que la data a comienzos del siglo III d.C. Al respecto, W. RAUNIG, «Die Versuche einer Datierung der Periplus maris Erythraei », *Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft in Wien,* 100, 1970, pp. 231-242.

[234] Al respecto, L. CASSON, *op. cit.*, pp. 6-7.

[235] Al respecto véase la monografía especializada de S. E. SIDEBOTHAM, *Roman Economy Policy in the Erythra Thalassa 30 B.C.-A.D. 217,* Leiden, 1986, y L. CASSON, «Graeco-Roman Trade in the Indian Ocean», en S. VRYONIS, Jr., ed., *The greeks and the Sea,* Nueva York, 1993, pp. 67-76.

tual de Bombay, y en las del sur en la costa de Malabar[236]. Esta segunda ruta implicaba sin duda la navegación por alta mar y, por tanto, sólo pudo resultar viable tras el descubrimiento de los monzones, los vientos que soplan desde el noreste entre octubre y abril y en dirección contraria, desde el sudoeste, éntre mayo y septiembre. Aunque el aprovechamiento de estos vientos para la navegación era ya conocido por los marineros orientales, mesopotamios, árabes e indios, desde mucho tiempo atrás, fue seguramente a lo largo de las décadas finales del siglo II a.C. cuando los navegantes griegos los descubrieron y los aprovecharon para intentar por cuenta propia la travesía hasta la India[237].

Además de proporcionar datos estrictamente comerciales, el autor del *periplo* también prestó su atención a la forma de vida de algunas de las poblaciones que habitaban el interior de las costas que jalonaban su recorrido. Así destaca en ocasiones algunos rasgos de su apariencia personal sobre todo cuando resultaba excepcional, su modo de hábitat, su lengua, sus hábitos alimentarios, su manera de vestir o su forma de organización política y social. Se interesó también por características de la fauna, como las rarezas zoológicas existentes en la isla de Dioscúrides, o por los restos arqueológicos que testimoniaban el paso de Alejandro por aquellas regiones. Sin embargo, su interés principal se centra lógicamente en los tipos de productos que podían adquirirse en cada puerto y la forma adecuada de propiciar la voluntad de sus gobernantes o de satisfacer los gustos de las poblaciones locales que se hallaban implicadas en la cadena comercial que conectaba Egipto con las costas de la India. Es sin duda una de las fuentes más importantes para el conocimiento del consumo en el mundo romano a través de los productos de lujo, medicinales o de otra índole, que llegaban desde las lejanas tierras de la India hasta la propia ciudad de Roma.

Sin embargo, el periplo nos proporciona también informaciones puntuales acerca de otras rutas comerciales de carácter interno que confluían con la principal, que constituye el objetivo central de la obra. Sabemos así de la existencia de todo un comercio de artículos de consumo que circulaba entre las costas de Persia, Arabia y África, que no tenía que ver en principio nada con Occidente. De la misma forma conocemos también la realización de ciertas transacciones comerciales de carácter más local por medio de barcazas, balsas o pequeñas

---

[236] Al respecto, E. FRÉZOULS, «Quelques enseignements du Périple de la mer Érythrée», *Ktema*, 9, 1984, pp. 305-325.

[237] El descubrimiento se atribuye tradicionalmente a un tal Hípalo, un capitán de navío que fue honrado además por dicha hazaña denominando con su nombre a uno de estos vientos, así como el mar que había cruzado; sin embargo, en Estrabón se encuentra la mención del viaje de un tal Eudoxo de Cízico que en el 116 a.C. habría realizado dos viajes hasta la India desde Egipto, lo que equivale a decir que utilizó sin duda el conocimiento de los monzones para llevar a cabo con éxito la travesía. Véase la nota correspondiente al texto.

embarcaciones entre unos puntos y otros del recorrido. La gama de productos implicados iba desde los objetos de consumo más cotidiano como herramientas y utensilios domésticos, ropa de todas clases e incluso alimentos, hasta objetos de lujo mucho más costosos cuyos destinatarios principales eran las cortes de los dinastas locales de Oriente y las clases altas del imperio romano.

La primera edición del *periplo* apareció en el año 1533 y desde entonces ha continuado editándose de forma ininterrumpida hasta culminar con las dos grandes ediciones de la obra con que contamos en la actualidad, la de la filóloga sueca Hjalmar Frisk, publicada en 1927, que proporcionó la primera edición adecuada de tan conflictivo texto, y más recientemente la de Lionel Casson, un auténtico especialista en cuestiones de viaje y comercio en el mundo autiguo[238].

### *El periplo del mar Negro de Arriano*

A pesar de su nombre, la obra compuesta por Arriano de Nicomedia tiene poco que ver con un auténtico periplo. Está concebido en forma de carta al emperador Adriano y escrito en primera persona como una narración de viaje. Influido por la *Anábasis* de Jenofonte y por el *periplo* de Nearco, Arriano concibió el periplo como un ejercicio literario destinado a una más amplia audiencia. Fue seguramente durante su etapa de gobernador en Capadocia cuando compuso la obra ya que alude en repetidas ocasiones a su labor de inspección de tropas y guarniciones en toda la zona, así como a una serie de despachos oficiales, redactados lógicamente en latín, la lengua oficial del imperio, que debía enviar periódicamente al emperador[239].

La obra está dividida en tres partes. La primera de ellas comprende el trayecto desde la ciudad de Trapezunte hasta Sebastópolis (1-11) y en ella

[238] H. FRISK, *Le Périple de la mer Erythrée, suivie d'une étude sur la tradition et la langue*, Göteborgs Högskolas Arsskrift, XXXIII, 1927. La estudiosa sueca ha demostrado mediante un exhaustivo estudio lexical y gramatical cómo esta perspectiva resulta indispensable a la hora de comprender el texto de forma adecuada. Acerca de la importancia de la obra de Casson pueden verse los trabajos de reseña de J. ROUGÉ, «Le Périple de la mer Érythrée, à propos d'un livre récent, *Archaeonautica*, 10, 1990, pp. 265-269.

[239] Incluso todavía podemos precisar algo más la fecha de su redacción si tenemos en cuenta que en un momento dado menciona como si se tratara de un evento cercano la muerte del rey del Bósforo, Cotis, que tuvo lugar en el año 131/2, por lo que debió escribir el *periplo* poco tiempo después de este acontecimiento. En general sobre la obra de Arriano y el *periplo* en particular, G. MARENGHI, «Carattere e intenti del periplo di Arriano», *Athenaeum*, n.s. 35, 1957, pp. 177-192 y Ph. A. STADTER, *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill, 1980, pp. 32-41, y más recientemente, A. B. BOSWORTH, «Arrian and Rome: The Minor Works», en *ANRW*, II, 34, 1, 1993, pp. 242-253, y dentro de la misma obra el artículo de A. SILBERMAN, «Arrien, Periple du Pont Euxin: Essai d'interpretation et d'evaluation des données historiques et géographiques», pp. 276-311, con amplia bibliografía al respecto.

Arriano pone de manifiesto sus experiencias como gobernador de Capadocia, inspeccionando la frontera oriental de su provincia y llevando a cabo sus obligaciones diplomáticas y militares con los reinos indígenas de la zona, la mayoría de ellos clientes de Roma[240]. La segunda parte abarca desde el Bósforo tracio hasta Trapezunte (12-16) y en ella se refleja la evidente influencia de su modelo Jenofonte, que recorrió esta región a la vuelta de su malhadada expedición al corazón de Asia, a través de diferentes alusiones literarias. Sin embargo, dada su condición de bitinio, se pone también de manifiesto su buen conocimiento de toda la zona, una región que era colindante con su patria natal.

Por fin, la tercera parte comprende desde la ciudad de Sebastópolis hasta Bizancio (18-25) y es sin duda la menos original de las tres y la que más se aproxima a la forma y estilo de los viejos periplos. Arriano incorpora algunas digresiones con la idea quizá de paliar su sequedad y monotonía. La más destacada de todas ellas es sin duda la que se refiere a la isla Blanca o de Aquiles, situada frente a la desembocadura del Danubio. Sin embargo, quizá sus intenciones iban mucho más lejos. Parece, en efecto, que se trata de una discreta alusión al carácter sagrado de la relación que mantenía su amigo el emperador Adriano con su favorito Antínoo, que había muerto ahogado en el Nilo poco tiempo antes. De esta forma tan sutil Arriano perseguía también propiciar el interés del emperador por esta parte del mar Negro a través de las reminiscencias emotivas que la mítica isla podría suscitar en el espíritu de un Adriano atribulado por la reciente pérdida de su favorito. Tras la muerte del rey Cotis la región requería urgentemente la atención imperial, dada su importancia estratégica para la estabilidad y seguridad de las fronteras del imperio.

Esta tercera parte presenta también ciertos problemas sobre su autoría hasta el punto que se ha llegado a pensar que podría tratarse de un añadido a la obra[241]. Arriano se limitó a reelaborar la informacion sobre la zona que tenía a su disposición sin molestarse siquiera en actualizar aquellas noticias de carácter más obsoleto a pesar de las aparentes facilidades con que contaba para llevar a cabo dicha tarea[242].

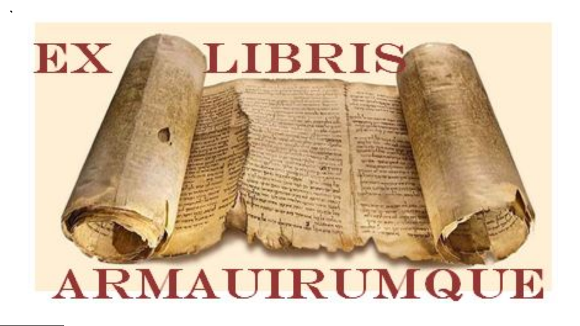
---

240 A este respecto puede consultarse el trabajo de Maria Rosa CIMMA, *Reges socii et amici Populi Romani*, Milán, 1976, especialmente el capítulo V.

241 Sobre este problema pueden verse los trabajos de V. CHAPOT, «Arrien et le Périple du Pont-Euxin», *Revue des Études grecques*, 34, 1921, pp. 129-154, donde se hallará un balance de la bibliografía anterior, especialmente de las obras de Brandis, Reuss y Patsch que fueron quienes plantearon abiertamente la cuestión a finales del siglo pasado y en los primeros años del presente, y de Gerardo MARENGHI, *Arriano, periplo del Ponto Eusino*, Nápoles, 1958, pp. 9-23.

242 Su afirmación sobre dos ciudades, Teodosia y Tiras, que según Arriano se encontraban desiertas en su tiempo, ha confundido ciertamente a los estudiosos, especialmente a la luz de los hallazgos arqueológicos en la zona. Esta aparente inadecuación de los datos a la situación contemporánea del autor ha sido resuelta por Rostovtzeff, que sostiene que di-

Es muy probable, como ya propuso en su día Müller, que Arriano utilizara como principal fuente de información la obra de Menipo de Pérgamo, aunque otros como Reuss han propuesto una dependencia más estrecha del geógrafo Artemidoro de Éfeso[243]. Sin embargo existen también otras opciones. Arriano disponía de su propio conocimiento y de su experiencia personal en estas regiones y sin duda alguna de la obra de su modelo Jenofonte, a quien deseaba emular en buena medida. Pudo también haber recurrido a cualquiera de los periplos existentes, sin embargo, y gracias a su ingenio literario, supo combinar en la forma adecuada este material de segunda mano con el resultado de sus propios viajes, aderezándolo además con algunas alusiones míticas y con el tono personal y afectivo que se desprendía de sus sentimientos hacia el emperador. Arriano consiguió así elaborar una obra muy personal bien diferente de los antiguos periplos a pesar de haber seguido en apariencia las reglas elementales de su composición.




chas ciudades pudieron ser devastadas por los sármatas, que de forma frecuente e impredecible solían arrasar la zona, aprovechando la retirada romana de la región bajo el reinado de Domiciano y Trajano. Estas ciudades fueron así temporalmente abandonadas, pero volvieron a florecer de nuevo posteriormente con la renovación del interés romano en la región. M. ROSTOVZEFF, *Skythien und der Bosphorus*, Berlin, 1931, I, pp. 60-62, y *Iranian and greeks in South Russia*, Oxford, 1922, pp. 154-155.

Sobre la historia general de estas ciudades griegas del mar Negro puede consultarse la ya clásica obra de E. BELIN de BALLU, *L'histoire des colonies grecques du littoral nord de la mer Noire*, Leiden, 1965, actualizada por sucesivas puestas al día que han ido apareciendo sobre todo en la revista francesa *Dialogues d'Histoire ancienne* y más recientemente en la serie *Colloquenda Pontica*, de la que ya ha aparecido el primer número, G. R. TSETSKHLADZE, ed., *Greek and Roman Settlements on the Black Sea Coast*, Washington DC, 1993.

[243] Sobre la dependencia de Menipo véanse las tablas de paralelos establecidas por F. GISINGER en su artículo correspondiente de la Pauly Wisowa sobre Menipo, *RE* s.v. Menippus, 9, XV, 1, 1931, cols. 862-888. Sobre este último y el periplo anónimo de época bizantina que utilizó entre otros a Arriano como fuente, A. DILLER, *op. cit.*, pp. 102-164. Para la discusión de ambas posturas, G. MARENGHI, «Sulle fonti del periplo di Arriano», *Studi Italiani de Filologia Classica*, 29, 1957, pp. 217-223, quien tras rechazar ambas propuestas propone a su vez que la fuente de Arriano pudo haber sido una guía para navegantes, quizá la misma de que disponía la flota imperial, de la que Arriano habría extraído el armazón nominal y de distancias, sobre el que habría insertado aquellas noticias y digresiones que procedían de su directa experiencia personal.

CAPÍTULO 4

# EL MUNDO COMO ESCENARIO

## LAS PRIMERAS DESCRIPCIONES DE LA TIERRA

Conocer el mundo ha sido siempre una de las obsesiones más comprensibles del ser humano. Ejercer el dominio imaginario de los espacios y territorios desconocidos que se abrían más allá del horizonte familiar y cotidiano. Una ilusión que comenzaba con la ordenación de los diferentes pueblos y países, aprehendidos mentalmente en una descripción sumaria que trataba de salvar la sensación de caos que caracterizaba al mundo exterior como espacio indefinido y sin límites. Esta obsesión catalogadora se refleja ya en la épica homérica en su intento por reducir el mundo al dominio y control del metro poético. Hacen así su aparición los primeros catálogos de pueblos, griegos y bárbaros, que en este caso se ajustan a las respectivas listas de contendientes de la guerra de Troya[1]. La disparidad evidente entre ambos, el de los aqueos frente al de los troyanos y sus aliados, muestra la parquedad e insuficiencia de conocimientos acerca del mundo que comenzaba más allá de las fronteras de una Hélade todavía incipiente. A la larga lista de ciudades y pueblos griegos que ocupa 226 versos se contrapone una mucho más sumaria de los troyanos y sus aliados, que queda reducida a tan sólo 62.

Con independencia del estadio histórico de conocimientos a que pueda corresponder el catálogo troyano, algo por otra parte muy difí-

[1] Sobre el Catálogo de los aqueos conocido tradicionalmente como *Catálogo de las naves*, R. HOPE SIMPSON y F. J. LAZENBY, *The Catalogue of Ships in Homer's Iliad*, Oxford, 1970, y más recientemente F. J. GONZÁLEZ GARCÍA, *El Catálogo de las naves. Mito y parentesco en la épica homérica*, Madrid, 1997.

cil de determinar[2], lo cierto es que en él ha quedado reflejado un primer intento de descripción del mundo que rodeaba Grecia. Es muy probable que, como ha señalado Kirk, exista una manifiesta intención arcaizante, omitiendo hechos bien conocidos de los jonios que habitaban las costas de Asia Menor desde mucho tiempo antes de su composición. Sin embargo, aun admitiendo esta circunstancia, el autor del catálogo troyano albergaría la intención de ofrecer un panorama de la geografía (entendido el término en un sentido muy amplio) de aquellas regiones para un auditorio que seguramente desbordaba los estrechos límites de un territorio regional cuyos conocimientos para nada podían afectar a la supuesta actualización del catálogo en cuestión.

El catálogo troyano revela un vago conocimiento de las regiones de Asia Menor que se extendían más allá de la Tróade. No se indica además, a diferencia de lo que sucedía con el catálogo aqueo, el número de los contingentes militares que aportaba cada uno de los aliados. Se mencionan pocas ciudades y en cambio aparece un número relativamente alto de elementos naturales tales como ríos, montañas e incluso un lago, todos ellos pertenecientes a las zonas costeras o a sus inmediaciones. El interior de Asia Menor es ampliamente ignorado, poniendo así de manifiesto la escasa penetración griega en esas regiones. Sin embargo, al igual que sucede con el catálogo aqueo, el catálogo troyano muestra también leves indicios de un intento de organización interna en torno a cuatro radios de acción o rutas que la descripción parece seguir una vez que han sido mencionados los contingentes de la región troyana. Éstos abarcarían a tracios, cicones y peonios por un lado, a paflagonios y halízones por otro, a misios y frigios por un tercero, y finalmente a meonios, carios y licios. Las lagunas parecen afectar especialmente a la región occidental de las costas del mar Negro, donde seguramente todavía no habían penetrado los griegos, y a la costa central de Asia Menor, precisamente el lugar mejor conocido de su auditorio ya que era donde se situaban los principales centros de población griegos de aquella zona.

El catálogo troyano muestra, por tanto, los vagos perfiles de un mundo compuesto por pueblos limítrofes a los que se caracteriza por su armamento como a los cícones o a los peonios, por rasgos sobresalientes de su región como un río, así el Axio de los peonios, el Partenio de los paflagonios, el Meandro de los carios y el Janto de los licios, o una montaña, como el Tmolo a los meonios y el Ftiros a los carios, o por algunos de los productos de su tierra, como las mulas de los paflagonios o la plata de los halízones. A pesar de la aparente in-

[2] Véanse las consideraciones al respecto de G. S. KIRK, *The Iliad: A Commentary, vol. I:books 1-4*, Cambridge, 1985, pp. 248 ss.

mediatez de muchas de estas regiones en la imaginación griega de su auditorio, el poeta introduce también en su sumaria descripción algunos elementos de distanciamiento, capaces de trasladar la imaginación a zonas mucho más remotas que se perdían en los confines de un universo aparentemente tan reducido. Introduce así con la expresión «venidos de lejos» cada uno de los cuatro bloques que componen la segunda parte del catálogo, tal como se ha señalado anteriormente, y sitúa en el interior de estas zonas, o en sus confines, productos preciados como la plata o corrientes de agua singulares como el Axio, «que expande el agua más bella por la tierra», o el Janto, caracterizado por sus turbulencias. Un breve vistazo al mundo exterior que, al tiempo que se hace eco de un estado de conocimientos más o menos compartido, sugiere también sus limitaciones e invita a la imaginación a superarlos.

Aparte de este catálogo troyano son escasas, cuando no del todo inexistentes las tentativas de descripción del mundo circundante que podemos encontrar en la *Ilíada*. Encontramos un leve atisbo de esta clase de descripciones panorámicas al inicio del canto XIII cuando Zeus, situado en el monte Ida, aparta su mirada de la llanura troyana y la dirige hacia las tierras del norte

> «para contemplar las tierras de los tracios, pastores de recuas,
> los misios, luchadores cuerpo a cuerpo, los nobles hipemolgos,
> que se nutren de leche, y los abios, las personas más justas»[3].

Esta breve reseña de las tierras del norte, que se ha considerado el primer ejemplo de idealización de los pueblos bárbaros[4], revela el carácter sumario de los conocimientos geográficos que se tenían de aquellas regiones a comienzos del período arcaico. De los cuatro pueblos mencionados, los tracios y los misios aparecen ya en el catálogo troyano que hemos comentado más arriba y eran seguramente pueblos bien conocidos de los griegos, especialmente los primeros, cuyo nombre se utilizaba casi siempre como referencia proverbial de las latitudes septentrionales[5]. Por el contrario, los denominados criadores de yeguas (hipemolgos) y los abios, caracterizados como los más justos de todos, hacen su única aparición en este pasaje.

En opinión de Bolton, este pasaje homérico dataría de los inicios del siglo VII a.C., cuando tenían lugar las primeras tentativas de ex-

---

[3] *Il.*, XIII, 4-6 (traducción de E. Crespo en Biblioteca Clásica Gredos).

[4] Cfr. A. O. LOVEJOY y G. BOAS, *Primitivism and related ideas in Antiquity*, Baltimore, 1935, pp. 287-290.

[5] Unos y otros aparecen mencionados con relativa frecuencia a lo largo del poema, sobre todo los tracios. Acerca del temprano conocimiento griego de los tracios, cfr. R. F. HODDINOTT, *The Thracians*, Londres, 1981, pp. 81 ss.

ploración de las costas occidentales y noroccidentales del mar Negro[6]. Parece ciertamente significativo el hecho de que aunque se conocen rasgos tan característicos de estos pueblos, como su actividad pastoril o sus hábitos alimentarios, todavía no se les menciona por el nombre genérico de escitas, con el que se designará más tarde en el mundo griego al conjunto de los habitantes de estas regiones septentrionales. El mismo Bolton propone como hipótesis atribuir el pasaje a un griego que vivía en la zona de la Propóntide, que fue la base natural de partida de las primeras exploraciones de la región, basándose en el aparente conocimiento que muestra de la zona al afirmar unos versos más adelante que el punto más alto de Samotracia resultaba visible desde allí.

El pasaje en cuestión no tiene sin embargo el carácter de una simple digresión etnográfica. Por el contrario, desempeña una determinada función dentro de la narración épica en esos momentos, como es la de establecer un contraste entre el lamentable escenario de guerra que representa la llanura troyana y la aparente calma y placidez de esas tierras lejanas regidas por un ritmo de vida bien diferente. El germen para la idealización de los modos de vida de estos pueblos lejanos y primitivos, que llevaban una vida nómada, practicaban una dieta sencilla y poseían un elevado sentido de la justicia, estaba servido. Sin embargo, desconocemos las implicaciones precisas que el autor de este pasaje concedía a dichas cualidades y la base documental, seguramente muy reducida, con que contaba para echar mano de estas referencias. De cualquier manera, este breve pasaje nos indica la existencia de una noción extremadamente vaga de las regiones del norte de la que entraban a formar parte pueblos que contaban en su favor con un lugar bien determinado dentro de la geografía real, como los tracios o los misios, junto a otros mucho menos conocidos a los que era preciso calificar por sus costumbres más que por sus nombres o por una genérica alusión a su comportamiento moral.

Ya no volvemos a encontrar otro intento de descripción global del mundo habitado hasta la poesía de Hesíodo. Al parecer, una descripción de esta clase, una *Periodos ges*, formaba parte del poema perdido de las *Eeas*, conocido también como *Catálogo de las mujeres*[7]. Se trata de un pasaje en el que los hijos de Bóreas sobrevuelan por tres veces la tierra en persecución de las arpías, uno de los episodios que

---

[6] BOLTON, *op. cit.*, p. 192, núm 37.

[7] El subtítulo de *Períodos ges* para esta parte de la obra aparece atestiguado por primera vez en Éforo, en el siglo IV a.C., según sabemos por el testimonio de Estrabón, VII, 3, 9. Sobre el *Catálogo de las mujeres*, M. L. WEST, *The Hesiodic Catalogue of Woman*, Oxford, 1985.

formaban parte de la saga de los Argonautas[8]. Aprovechando tan excepcional viaje aéreo Hesíodo nos ofrece una panorámica de los diferentes pueblos que habitaban los confines de la tierra, así como de alguno de sus rasgos paisajísticos más sobresalientes.

Aparecen así en el curso del fragmento pueblos como los que viven bajo tierra (katudeos), los pigmeos, los negros (mélanos), los etíopes, los libios, los escitas y los hiperbóreos. Una lista a la que podríamos añadir también los glactófagos e incluso algunas poblaciones fantásticas como los semiperros o los macrocéfalos, a juzgar por otros testimonios indirectos que se refieren posiblemente también al mismo pasaje de las *Eeas*[9]. Todo un catálogo sinóptico de la ecúmene en el que se mezclaban los pueblos que tradicionalmente se consideraban como habitantes de aquellos confines como los etíopes e hiperbóreos, recubiertos ambos de una cierta aureola mítica y sagrada, con otros mucho más reales, como los escitas o los libios, procedentes del cúmulo todavía informe de noticias que iban llegando hasta la órbita griega como resultado de las primeras exploraciones y contactos comerciales, y un amplio componente de elementos descaradamente fantásticos en los que entraban a formar parte auténticas aberraciones como los semiperros, los macrocéfalos e incluso los pigmeos, que nada tenían que ver con el pueblo real al que se aplicaría dicha denominación mucho más tarde[10].

Este fragmento hesiódico constituye también el primer resumen de la geografía mítica griega, donde aparecen mencionados algunos de los rasgos naturales referenciales que caracterizarán en la tradición posterior los confines del orbe. Aparece así mencionado el mítico río Erídano, que discurría por alguna región de los confines occidentales y suscitará más adelante el bien fundado escepticismo de Heródoto[11]. Si admitimos la corrección sugerida por Merkelbach, habría que eliminar de la lista la montaña de Atlante, otro de los puntos emblemáticos de la geografía mítica de las regiones occidentales del continente africano; sin embargo, a la vista de los pueblos que aparecen quizá no resulta descabellado imaginar que algunos de ellos fueran ya asociados a rasgos definitorios del paisaje espectacular de las regiones limi-

---

[8] Se encuentra ahora en un fragmento conservado en un papiro de Oxirrinco 1358 (su traducción puede verse en el volumen correspondiente de la Biblioteca Clásica Gredos dedicado a Hesíodo, donde figura como fr. 150). Sobre el fragmento en cuestión, F. GISINGER, «Zur Geographie bei Hesiodos», *RhM*, 78, 1929, pp. 315-328. Algunas precisiones al papiro se encuentran en R. MERKELBACH, «Hesiod fr. 150. 25 M.W», *ZPE*, 2, 1968, p. 6, que propone leer «montaña flegrea» en lugar de «montaña de Atlante».

[9] Frs. 151-153.

[10] Sobre los pigmeos puede verse la ya clásica monografía de P. JANNI, *Etnografia e mito. La storia dei pigmei*, Roma, 1978.

[11] Hdt. III, 115.

nales que les servían de morada. De cualquier modo, todavía permanecen intactos otros puntos como el mismo Etna, casi el volcán por antonomasia que suscitó seguramente la admiración y el temor de los primeros navegantes griegos que arribaron a las costas sicilianas, o las propias montañas flegreas, dando por buena la corrección de Merkelbach, asociadas en la imaginación mítica a la batalla con los gigantes.

Como ha señalado West, tanto el tratamiento sinóptico de la geografía mítica que el pasaje comentado presenta como la gama de pueblos que abarcaba, sugiere una fecha de redacción tardía, probablemente el siglo VI a.C., tal y como revela el más amplio interés etnográfico perteneciente a una fase postodiseica [12]. Por vez primera se traslada al auditorio a un viaje imaginario que le permite contemplar a vuelo de pájaro y de un solo vistazo todos los confines del mundo con los diferentes paisajes y pueblos que los habitaban [13]. Se iniciaba así un procedimiento literario, el de una descripción sinóptica y de carácter global, que tendría importantes consecuencias en la literatura geográfica griega, como podemos apreciar más tarde en obras como las del Pseudo Escimno, la de Dionisio el periegeta, que utiliza también la mirada aérea, o la de Marciano de Heraclea.

Sin abandonar el terreno de la poesía encontramos los rastros de un catálogo similar de pueblos fabulosos que habitaban los confines de la tierra en el poeta espartano Alcmán [14]. Su nombre figura en efecto entre la relación de autores que se ocuparon del tema, tal y como aparece en Estrabón acompañando a Homero, Hesíodo y Esquilo. A su debe el geógrafo griego le atribuye la mención del pueblo de los que se cubren a sí mismos con sus propios pies (esteganópodes) [15]. Desconocemos el contexto concreto en el que aparecía dicha mención, salvo que tomemos en consideración el comentario irónico del orador Elio Arístides que parece aludir a un amplio catálogo de pueblos entre los que el poeta se consideraba objeto de alta estima [16]. En este largo catálogo abundaban al parecer los pueblos fabulosos, que según Arístides siguen siendo todavía buscados por los maestros de escuela, pero a juzgar por otra referencia, esta vez procedente del léxico de Esteban de Bizancio, Alcmán incluía en su lista algunos algo mejor conocidos, como los isedones, que fueron el destino final del viaje de Aristeas [17]. De esta forma, en opinión de Bolton, es muy probable que el poeta conociera la obra de Aristeas, si bien en opinión de otros estudiosos la

---

12 WEST, *op. cit.*, p. 131.
13 ROMM, *op. cit.*, pp. 29- 30.
14 PMG 148 y 156.
15 Str. I, 2, 35.
16 Ael. Arist., *Or.* XXVIII, 54.
17 Véase al respecto el lugar correspondiente a Aristeas.

variante utilizada por Alcmán para designar a dicho pueblo (Esedones) constituiría una prueba en sentido contrario, arguyendo en favor de su tesis que propone para el poema de Aristeas una fecha dentro del siglo VI a.C.[18] Los argumentos de Bolton en favor de su hipótesis parecen consistentes si atendemos a la propia datación de Alcmán, también problemática, al más que posible conocimiento por vía oral del poema de Aristeas, que explicaría con facilidad la variante al referirse al nombre de un pueblo extraño, y la ausencia casi completa de alternativas a la hora de explicar la posible fuente de su información.

No es fácil, ciertamente, intentar explicar las vías de información por las que llegarían a conocimiento de estos poetas, tanto de Hesíodo como de Alcmán, las noticias acerca de la existencia de estos pueblos que habitaban los confines del mundo. Seguramente las informaciones, aunque fuera de una manera un tanto vaga y difusa, debieron circular con mayor fluidez de la que suponemos a través de personajes itinerantes como poetas, adivinos, médicos, artesanos y comerciantes que viajaban de un lugar a otro dentro del orbe helénico, y extenderse hasta otros horizontes en circunstancias favorables para su difusión como eran la celebración de los grandes festivales religiosos o la masiva asistencia a oráculos como el de Delfos, donde debieron confluir noticias procedentes de todas partes[19].

Aunque las oportunidades de viajar desde el mundo griego a las regiones colindantes eran diversas, éstas se vieron sin embargo sensiblemente aumentadas con la entrada en escena de los persas. No sólo se ampliaron las posibilidades de viajar a regiones mucho más lejanas bajo unas condiciones de seguridad que antes probablemente no existían y se afianzaron los contactos entre diversos países que hasta entonces habían permanecido más aislados unos de otros, sino que además fueron muchos los griegos que pasaron al servicio del gran rey y tuvieron la ocasión de viajar en persona hasta la propia corte persa y por las regiones limítrofes del imperio[20]. De esta forma aumentó de forma considerable la masa de informaciones disponibles sobre aquellas áreas más lejanas que hasta entonces habían sido sólo pasto de la fabulación de los poetas.

---

[18] BOLTON, *op. cit.*, pp. 5 y 184.

[19] Acerca de estas cuestiones, C. COULET, *Communiquer en Grèce ancienne. (Ecrits, discours, informations, voyages...)*, París, 1996.

[20] El caso de Escílax de Carianda pudo haber sido sólo uno más o quizá el más conocido de todos por lo que dejó su huella en Heródoto, véase el apartado correspondiente. Sobre la numerosa presencia de griegos en el imperio persa, G. WALSER, *Hellas und Iran*, Darmstadt, 1984, pp. 20-26. Un recuento de sus personas en J. HOFSTETTER, *Die Griechen in Persien. Prosopographie der Griechen im Persischen Reich vor Alexander*, Berlín, 1978. Sobre las vías de comunicación, S. MAZZARINO, «Le vie di communicazione fra impero achemenide e mondo greco», en *La Persia e il mondo greco-romano*, Roma, 1966, pp. 75-84.

Resultado evidente de estas favorables condiciones fue sin duda alguna la elaboración del compendio geográfico de la tierra más importante de todo el período arcaico: la célebre *Periégesis* de Hecateo de Mileto. Desgraciadamente la obra no ha llegado hasta nosotros y debemos conformarnos con los simples y escuetos fragmentos que proceden en su mayor parte de lexicógrafos tardíos como Esteban de Bizancio que no nos permiten hacernos una idea precisa ni de la ordenación de la obra ni tampoco del volumen o de la amplitud de las informaciones a que daba cabida[21]. Hecateo tuvo a su disposición una masa considerable de informaciones cuya procedencia resulta prácticamente imposible determinar. Sus propios viajes pudieron haber desempeñado en este sentido un papel destacado, pero, con la única excepción de Egipto y quizá de algunas de las regiones orientales más próximas del imperio persa, no tenemos ninguna constancia de sus desplazamientos.

Las pruebas de que disponemos no son efectivamente concluyentes. Eso parece el calificativo de *poluplanes* (el que ha deambulado mucho) que le otorga Agatémero, autor de un resumen geográfico de finales del período helenístico o comienzos de la época imperial. Con toda probabilidad dicho calificativo pudo ser tan sólo una impresión personal del mencionado autor, que ya no pudo manejar la obra original de Hecateo, extraída a la vista del contenido variopinto de su obra que abarcaba todos los rincones de la ecúmene[22]. El testimonio de Heródoto en este sentido tampoco parece definitivo. El historiador jonio constituye el único testimonio de su estancia en Egipto a través de la mención de su nombre en una célebre anécdota en la que alude a la estancia de Hecateo en Tebas y en la que sus pretensiones genealógicas no salían precisamente bien paradas de su confrontación con los sacerdotes egipcios del lugar. Se ha sugerido sin embargo que dicho episodio debe quizá evaluarse como un ejemplo más del tópico del sabio viajero que confrontaba su saber con otras culturas y poderes, presente en toda la obra herodotea y utilizado a menudo con evidentes intenciones críticas, más que como un testimonio veraz de la biografía real del sabio de Mileto[23].

---

[21] Ni siquiera el texto que tenemos de Esteban de Bizancio corresponde a la obra original del lexicógrafo, sino que es un resumen posterior de aquella que todavía ha debido reducir más la amplitud de las noticias contenidas, convirtiéndolas en la mayoría de las ocasiones en un simple repertorio de nombres propios. Los fragmentos de Hecateo pueden verse en JACOBY, *FGrHist* 1, y G. NENCI, *Hecataei Milesii Fragmenta*, Florencia, 1954. Sobre la obra de Hecateo en general, L. PEARSON, *Early Ionian Historians*, pp. 25-108, en particular sobre la *Periégesis*, pp. 34-96.

[22] MÜLLER, *GGM*, II, pp. 471-487.

[23] Véanse al respecto las consideraciones oportunas de S. WEST, «Herodotus' portrait of Hecataeus», *JHS*, 111, 1991, pp. 144-160.

Hecateo contaba con numerosas posibilidades de información sin necesidad de recurrir a su propia experiencia viajera. Su posición política destacada dentro de la ciudad de Mileto debió abrirle numerosas puertas en este sentido. Hasta Mileto llegaban además de forma continua las noticias procedentes de los diversos enclaves del exterior que eran por entonces objeto de la activa política de expansión colonial de la poderosa ciudad jonia, así como de otros establecimientos cercanos[24]. Pudo también haber recurrido a obras anteriores, quizá de carácter parcial y sin las pretensiones de globalidad que aspiraba a conferir a su *Periégesis*, como algunos de los viejos periplos, bien de aquellos elaborados para uso práctico de los navegantes o de otros mucho más complejos desde un punto de vista literario, como el de Escílax de Carianda, en los que las informaciones veraces se hallaban ya entremezcladas con elementos puramente imaginarios[25].

La estructura de la *Periégesis* era sin duda simple. Se trataba en el fondo de una somera descripción de ciudades y pueblos tomados en el orden secuencial de un periplo imaginario que iba recorriendo las costas en el sentido de las agujas del reloj. Dicha descripción incluía también una breve mención de las costumbres más curiosas o de las maravillas que podían encontrarse en este recorrido, así como algunas digresiones sobre los orígenes legendarios de muchos de los establecimientos citados o acerca del papel que éstos desempeñaban dentro del mito griego[26]. La obra estaba dividida en dos libros, uno dedicado a Europa y otro a Asia, donde se incluían también al parecer las noticias correspondientes al continente africano, quizá una alusión a su postura teórica acerca de la polémica vigente entre la intelectualidad jonia acerca de la división continental de la superficie terrestre[27].

A pesar de las enormes lagunas que nos ofrece la documentación de que disponemos, todavía podemos constatar sin embargo algunas de las limitaciones de la información de Hecateo. Así, sobre las regiones más occidentales de Europa parece que sus noticias no iban mucho más allá de las columnas de Heracles, reflejando de esta forma el desconocimiento absoluto de los griegos de las costas atlánticas hasta la navegación de Piteas. Faltan también referencias a las regiones cen-

---

[24] Cfr. C. ROEBUCK, *Ionian trade and colonization*, Chicago, 1984 (Nueva York, 1959), pp. 105 ss. y S. BAKHUIZEN, «Carriers of the Mediterranean and Black Seas. An Aspect of the relations between Greece and Foreign Countries in the Archaic Age», en O. LORDKIPANIDZE y P. LEVEQUE, eds., *Le Pont-Euxin vu par les Grecs*, París, 1990, pp. 51-60, esp. pp. 57-58.

[25] A. DIHLE, *I Greci e il mondo antico*, pp. 26-30, sugiere a este respecto incluso la posible utilización de periplos fenicios.

[26] PEARSON, *op. cit.*, p. 30.

[27] Un resumen de la cuestión en BIANCHETTI, *Plota kai Poreuta. Sulle tracce di una periegesi anonima*, Florencia, 1990, pp. 157 ss.

trales y septentrionales de la península itálica cuyo acceso estaba limitado a los griegos por la presencia en la zona de los etruscos. Sus conocimientos de las regiones del Adriático refleja igualmente el inicio de las tentativas de exploración por esta zona cuando los rumores acerca de lugares misteriosos dotados de gran prosperidad comenzaban a difundirse entre los griegos. Tampoco es mucho lo que podemos atribuirle respecto a las regiones más alejadas tales como Escitia, India, o Libia, si dejamos de lado la espinosa y casi irresoluble cuestión de la dependencia de Heródoto en sus respectivos *lógoi* que trataban de estas partes de la ecúmene.

De manera significativa sus fragmentos sobre las regiones mejor conocidas revelan una clara inclinación hacia la interpretación mitológica, aunque siempre trataba de aplicar una cierta crítica racional a las viejas leyendas griegas. Así, en las regiones meridionales de Italia parece haber acomodado su descripción geográfica a los dictados del mito haciendo de los peuceos una tribu de los enotros en base a la leyenda según la cual Peucetio y Enotro eran hermanos[28]. Esta misma tendencia queda bien reflejada en los fragmentos referidos a la península griega y a las costas de Asia Menor con abundantes explicaciones de las alusiones geográficas presentes en los poemas homéricos. Su afición a los nombres raros y arcaizantes de muchos de los lugares que describe no es sino el pretexto que le permite dar entrada a sus disquisiciones de carácter genealógico sobre el origen y la historia más antigua de la ciudad o el pueblo en cuestión.

Sus intereses etnográficos eran también evidentes, aunque la parquedad de los fragmentos conservados no permiten apreciarlo con excesiva claridad. Sin embargo, una cita de Ateneo que remite una noticia sobre las costumbres de los peonios a la *Periégesis* de Hecateo y algunas breves anotaciones que encontramos en los fragmentos sobre las tierras interiores de Asia nos permiten suponer que esta clase de informaciones debieron abundar en la obra del logógrafo milesio y quizá buena parte de ellas fueron después trasvasadas a la historia de Heródoto. En muchos casos la atención de Hecateo debió centrarse sobre este tipo de noticias, sobre todo en lo que respecta a las regiones más apartadas, teniendo en cuenta las dificultades existentes para conseguir una información geográfica más precisa y la necesidad de atender a las expectativas de su auditorio, mucho más interesado en este tipo de cuestiones que en los pormenores topográficos de unos lugares que nunca pensaban visitar.

Hecateo trató además de reducir a su manera el atractivo mítico que los confines de la tierra ejercían sobre la imaginación griega y que ha-

---

[28] PEARSON, *op. cit.*, p. 44.

bían constituido hasta entonces la materia favorita de las divagaciones geográficas de los poetas. Ésa es al menos la impresión que se desprende de su localización del mito de Gerión en las inmediaciones de Ambracia, descartando la posibilidad de que Heracles hubiera podido acudir hasta la lejana Iberia en busca de los célebres ganados[29]. De la misma forma parece que todas las ciudades que aparecían mencionadas en Homero y presentaban problemas para su identificación fueron localizadas por Hecateo lo más cerca del mundo griego que resultaba posible, desechando una ubicación en regiones más remotas[30]. Esto no le impidió incluir en su relato algunos de los pueblos fabulosos que ya habían ocupado su lugar dentro de la poesía épica, tales como los pigmeos o el pueblo de los que se dan sombra a sí mismos con sus propios pies (esciápodes), siendo el primer autor griego que menciona esta fabulosa tribu[31]. Sin embargo, desconocemos el contexto preciso que daba acogida a tales noticias, que muy bien pudo haber sido de carácter crítico o irónico sobre la existencia de tales aberraciones. Quizá podría resultar significativo sobre las intenciones reales de Hecateo a la hora de tratar esta clase de material el fragmento en el que describe el método de lucha que empleaban los pigmeos contra las grullas. Se trataría así de un intento de interpretación del célebre pasaje homérico en el que se hacía alusión a la lucha de este pueblo contra esas aves más que de un retazo aislado de información factual[32].

Estas especulaciones legendarias quedaban además reducidas al parecer a los confines de la Hélade, ya que no tenemos fragmento alguno en el que aparezcan digresiones de carácter mitológico sobre pueblos como los lotófagos, que se consideraban habitantes de las costas de Libia, o sobre otros puntos emblemáticos del continente africano tales como el monte Atlas y el lago Tritón, asociados en la leyenda griega a algunas aventuras heroicas. El espacio de los confines parece que quedaba reservado a la presencia casi constante de elementos maravillosos de todas clases, desde pueblos fabulosos como los citados hasta diversos prodigios naturales como la existencia de islas flotantes o las curiosidades de la fauna nilótica. Es bien conocida la cita de Eusebio que recoge la acusación de Porfirio según la cual Heródoto habría plagiado literalmente en su *lógos* egipcio numerosos pasajes procedentes de la *Periégesis* de Hecateo, tales como la descripción del ave fénix y del hipopótamo o el sorprendente modo de cazar cocodrilos[33].

---

29 Arr., *Anab.* 2, 16, 5.
30 PEARSON, *op. cit.*, p. 71.
31 F. 327: Steph. Byz. s.v. *Skiapódes*.
32 F. 328a: Schol A. B. T Homer. *Il.* III, 6.
33 Eus., *Praep. Evang.*, 10, 3 p. 466B.

Desconocemos no obstante el tratamiento concreto que Hecateo daba en su obra a todo este tipo de noticias y anécdotas. Si tomamos en serio la solemne declaración de intenciones con la que abría su obra, afirmando el carácter ridículo de las historias que contaban los griegos y su firme deseo de contar la verdad, acorde por otro lado con sus más que probables inclinaciones racionalistas[34], no resulta descabellado imaginar que Hecateo presentase muchas de estas noticias y comentarios con una perspectiva crítica e irónica no exenta a veces de un cierto sentido del humor[35]. La posible mayor o menor dependencia de Heródoto de las informaciones de Hecateo a la hora de confeccionar sus respectivos *lógoi* sigue siendo hasta la fecha un problema irresoluble que deja abierta la puerta a toda clase de especulaciones[36]. Una postura generosa en esta cuestión contribuye sin duda a conceder un mayor margen de movimientos a un autor como Hecateo cuyos fragmentos exclusivos, tal y como han llegado hasta nosotros, no permiten ir muy lejos en esta dirección.

## Los viajes de Io

La aparición de la obra de Hecateo no significó la desaparición definitiva de las descripciones globales del orbe de naturaleza puramente poética como las de Hesíodo o Alcmán, ya comentadas. Ésa es al menos la impresión que se desprende de dos pasajes de Esquilo que formaban parte de la trilogía de *Prometeo* en los que se ofrecía al público un panorama global de la geografía de los confines del orbe[37]. La desdichada doncella argiva Io, perseguida por un tábano que la atormentaba incesantemente por indicación de Hera, se encuentra en su deambular con el titán Prometeo. Éste le anuncia el destino de sus futuras andanzas recorriendo todos los confines hasta llegar a Egipto. La escena sirve de pretexto para desplegar ante el auditorio un cua-

---

[34] Al respecto, A. MOMIGLIANO, «Il razionalismo di Ecateo di Mileto», *Atene e Roma*, 12 n.s., 1931, pp. 133-142.

[35] Esa es la sugerencia de O. KIMBALL ARMAYOR, «Hecataeus' Humor and Irony in Herodotus' Narrative of Egypt», *Anc.W.*, 16, 1987, pp. 11-18, que apunta la posibilidad de que Heródoto tomase como testimonios de primera mano lo que tan sólo eran en su origen motivos de ironía y humor en su polémica contra los relatos absurdos de los griegos.

[36] Sobre el tema es ya clásco el trabajo de Diels, ya citado, que argumentaba en favor de una amplia utilización por parte de Heródoto de las informaciones contenidas en la *Periégesis* de Hecateo, especialmente en lo referido a Egipto. Sin embargo, dicha postura ha sido posteriormente matizada por PEARSON, *op. cit.*, pp. 81 ss., por A. B. LLOYD, *Herodotus. Book II: Introduction*, Leiden, 1973, pp. 127-139 y por WEST, *art. cit.*

[37] Esqu., Prom., 696-741 y 790-815. Sobre ambos pasajes puede verse el comentario de GRIFFITH, *Aeschylus. Prometheus*, pp. 213 ss.

dro poético de la geografía mítica de las regiones más remotas, extraído posiblemente de fuentes bien diversas, entre las que Hecateo y seguramente también Aristeas debieron jugar un papel destacado.

La escena se sitúa al norte de Escitia, en un lugar indefinido, desde el que Io deberá atravesar el país de los escitas nómadas, el de los cálibes, artífices del hierro, un río denominado violento (Hibristés) difícil de atravesar, y el Cáucaso, el más alto de los montes. Girando desde allí hacia el sur la doncella alcanzaría el territorio de las Amazonas junto a Salmideso y llegaría a la boca del estrecho meótico que delimitaba la frontera de Europa con Asia. Ya en dirección hacia el oriente, Io debería atravesar la llanura de Cistene donde habitaban las fórcides y las gorgonas y donde estaba también el país de los grifos y los arimaspos que moraban junto al río Plutón. Desde allí viajaría hasta una tierra lejana, la de los etíopes, junto a un río del mismo nombre, que ya de forma directa la habría de conducir hasta el delta del Nilo, objetivo final de toda su andadura.

En este panorama se mezclan lugares y pueblos ya bien reconocidos en la geografía de las regiones colindantes al mundo griego, como el paraje de Salmideso en Tracia, célebre por los peligros de todas clases que implicaba para la navegación, el estrecho meótico, paso casi obligado para quienes se aventuraban hacia las comarcas septentrionales del mar Negro, o los cálibes, que figuraban desde antiguo como una de las regiones productoras de metal en el norte de la costa póntica de Asia Menor, con regiones mucho más apartadas cuyas noticias procedían de las descripciones globales del orbe que incluían la geografía de los confines, como Escitia, la tierra de los etíopes o el país de los grifos y los arimaspos, al lado de pueblos y seres fabulosos que ya poseían un *status* bien definido dentro de la tradición mítica, como las amazonas, las fórcides y las gorgonas. Todo ello aderezado además con el empleo de algunos nombres simbólicos que contribuían a su manera a reforzar la sensación de distanciamiento, propia de una geografía lejana y misteriosa, a la que sin duda aspiraba el poeta, como las denominaciones tan significativas de Violento, Rico o Etíope que se dan a los grandes ríos que debía atravesar Io en su itinerario.

Da la impresión que el propio poeta ha procedido a acumular nombres extraños, algunos de rancia tradición poética que sin duda tenían ya un cierto significado para sus oyentes, y ha ido configurando con ellos un itinerario confuso y desordenado cuya única finalidad era suscitar la fascinación de su auditorio, atraído por el señuelo de la evocación de estos países fabulosos. A diferencia de lo que sucede con un pasaje similar de las *Suplicantes*, en el que se evocan también los viajes de Io y en el que el itinerario seguido por la doncella aparece claro y seguido, pasando desde el Bósforo hacia Asia Menor y desde aquí

hasta Egipto [38], en el *Prometeo* Esquilo procedió a una revisión detallada de dicho viaje con la intención deliberada de conseguir un efecto exótico y distante [39]. La existencia de evidentes errores como la localización de los cálibes en una región mucho más al norte de su tradicional ubicación en las costas meridionales del mar Negro, la desconcertante situación del Cáucaso al noroeste de dicho mar, o la posición de Salmideso junto al país de las amazonas cuando era bien conocido de todos que se hallaba en la costa tracia del mar Negro, pone de manifiesto la relativa despreocupación del poeta a la hora de ofrecer un cuadro coherente de las regiones más apartadas, algunas de ellas ya por entonces bien situadas dentro de la tradición, y su deseo de dar entrada sin más en su obra a un retazo de esta geografía fantástica que pertenecía con plenos derechos al universo del mito y la poesía.

## LA ENCICLOPEDIA HERODOTEA

Sin embargo, el primer gran compendio de una descripción global del mundo habitado lo encontramos en las páginas de las *Historias* de Heródoto, compuesta a mediados del siglo V a.C. Su pretensión de narrar el conflicto que enfrentó a griegos y persas le llevó a describir previamente las tierras y gentes que había ido absorbiendo en su proceso de expansión imperial el que era por entonces el enemigo helénico por antonomasia. Heródoto consagró a este tema casi cinco de los nueve libros que componen sus *Historias* y su descripción constituye un verdadero panorama del mundo en aquellos momentos, así como un testimonio del estado de los conocimientos geográficos griegos en plena época clásica.

A diferencia de la *Periégesis* de Hecateo, las *Historias* de Heródoto no eran sólo una descripción global de la tierra. Sus objetivos eran mucho más ambiciosos que los del logógrafo jonio ya que, según hace constar en el proemio de su obra, su deseo era

> «evitar que con el tiempo los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas, realizadas respectivamente por griegos y bárbaros –y en especial el motivo de su mutuo enfrentamiento– queden sin realce» [40].

---

[38] Esqu., *Suppl.*, 540-564.

[39] GRIFFITH, *op. cit.*, p. 214. Ya H. C. BALDRY, *The unity of mankind in Greek Thought*, Cambridge, 1965, p. 19, sugiere la disposición del poeta a crear todo tipo de oportunidades que le permitieran dar salida a su gusto por los lugares lejanos y exóticos. Hay incluso quien ha llegado a calificar dicho pasaje como «una geografía poética delirante»; cfr. THOMSOM, *op. cit.*, p. 82.

[40] Hdt., *Proem.* (traducción de Carlos Schrader en Biblioteca Clásica Gredos).

Este deseo de dejar constancia del acontecer humano anterior, sobre todo en sus aspectos más destacados y dignos de admiración *(thomastá)*, y de analizar las causas que condujeron al enfrentamiento de unos con otros marcaba ya una cierta diferencia con la obra de sus antecesores[41]. Sus digresiones geográficas no constituían, por tanto, una mera adición a la narración histórica de los acontecimientos, sino que formaban parte de un conjunto más amplio dentro del cual desempeñaban un papel determinado, subordinado también al diseño ideológico y moral que presidía toda la obra[42].

Heródoto, como buen jonio, sentía una enorme curiosidad por el mundo exterior y sin duda se sintió también atraído, al igual que sus contemporáneos, por la fascinación y el misterio que suscitaban las regiones más apartadas y las tierras de los confines. No son pocas las ocasiones a lo largo de su relato en que le vemos dejarse arrastrar por el encanto inigualable de esta clase de historias tal y como circulaban por entonces en boca de los poetas o de los viajeros[43]. Sin embargo, sus pretensiones a la hora de recopilar las informaciones geográficas existentes en su tiempo iban mucho más allá del mero entretenimiento de sus lectores o del placer compilador que sin duda experimentaron muchos de sus antecesores. Su recorrido panorámico por las tierras bárbaras es sólo una contribución más, aunque importante a juzgar por el espacio que ocupa en el diseño global, al tema central de toda su obra, hallar la explicación del conflicto greco-persa y determinar las causas específicas que habían propiciado la victoria griega. ¿Qué hacía de los griegos un pueblo tan especial capaz de derrotar a un enemigo tan superior? Para encontrar la respuesta a este interrogante necesitaba definir previamente las señas de identidad de la propia civilización helénica confrontándola de una manera imaginaria con las costumbres y modos de ser de otros pueblos. Toda su indagación geográfico-etnográfica se convierte así en un complejo laboratorio de experimentación donde se ponían por primer vez a prueba las cualidades y defectos de la cultura griega, considerada por entonces como superior a la de todos los demás pueblos[44].

Heródoto construyó de esta forma toda una «retórica de la alteridad», tal y como la ha definido con gran acierto François Hartog en su magistral estudio sobre el *lógos* escita, cuyo objetivo era proporcionar a su auditorio helénico un terreno apropiado para ejercer la re-

---

[41] Cfr. D. Lateiner, *The historical method of Herodotus*, Toronto, 1989, pp. 6 ss.

[42] H. Immerwahr, *Form and thought in Herodotus*, Cleveland, 1966.

[43] Éste podría ser el caso de sus respectivos *lógoi* indio, árabe y etíope.

[44] Lateiner, *op. cit.*, pp. 145 ss. Sobre el complejo de superioridad helénico sobre el mundo bárbaro y el surgimiento de tales ideas, E. Hall, *Inventing the Barbarian. Greek self-definition through Tragedy*, Oxford, 1989.

flexión sobre su propia identidad, sobre su condición de griegos, mirándose a través de este espejo deformante que constituían desde un punto de vista ideal las culturas de los Otros, de los no-griegos[45]. Este proceso de definición implicaba la descripción, la medida, la comparación y el contraste de un mundo ajeno frente a un universo más familiar y cotidiano que iba revelando de esta forma en muchos puntos sus incoherencias y contradicciones. Una mirada al exterior que se convertía en realidad en un examen introspectivo de la propia civilización griega.

Sin embargo, y a pesar de las sutilezas que implicaba este juego intelectual sobre la definición de lo griego, la descripción de Heródoto no dejaba de ser una mirada hacia el mundo exterior en la que puso en práctica todos sus esfuerzos y posibilidades de conocimiento. El propio historiador había realizado al parecer numerosos viajes que le habían aportado en este terreno una considerable experiencia[46]. Sin duda conocía bien las regiones más propiamente griegas como las costas occidentales de Asia Menor, donde estaba enclavada su ciudad natal, la doria Halicarnaso, así como las islas del Egeo, particularmente Samos, donde pasó una parte de su vida, Samotracia, Delos y Tasos, o el sur de Italia y Sicilia, dado que formó parte de la colonia ateniense de Turio, donde quizá transcurrió la parte final de su vida. Conocía también de primera mano algunas de las regiones limítrofes como Tracia y Macedonia, utilizando quizá como base la ciudad de Abdera, o la costa sirio-palestina, donde visitó la ciudad de Tiro y su templo consagrado a Heracles, e incluso las regiones del mar Negro, particularmente la ciudad de Olbia, donde pasó algún tiempo y pudo haberla utilizado como base para realizar pequeñas incursiones hacia el interior del país. Es posible incluso que llegara a viajar hasta la Cólquide en el extremo oriental de este mismo mar. Sus pasos le llevaron también al norte de África, en concreto a la ciudad de Cirene, donde pudo conocer informaciones acerca de las regiones colindantes y de las comarcas del interior del continente por boca de los habitantes locales.

Fuera de los límites del mundo griego, sus viajes aparecen más problemáticos. Parece que estuvo en Egipto a pesar de las dudas que su descripción del país del Nilo ha suscitado en algún estudioso moderno[47]. Pudo haber viajado también hacia oriente, utilizando las ventajas que a este respecto le brindaba la organizada estructura militar y

---

[45] F. HARTOG, *Le miroir d'Hérodote*.

[46] Sobre el tema, R. P. LISTER, *The travels of Herodotus*, Londres, 1979, y T. S. BROWN, «Herodotus'Travels», *Anc.W.*, 17, 1988, pp. 67-75.

[47] Éste es el caso de O. KIMBALL ARMAYOR, «Did Herodotus ever Go to Egypt?», *JARCE*, 15, 1978, pp. 59-73. Este mismo autor ha puesto también en tela de juicio los viajes de Heródoto hasta la región del mar Negro, en el artículo antes citado.

administrativa del imperio persa[48], aunque desconocemos hasta dónde pudo haber llegado. Parece que pudo haber estado en Babilonia, que le produjo una gran impresión, y quizá en alguna de las capitales persas, si bien en este último caso existen mayores dudas. Sin duda no viajaría sólo, aunque nada sabemos de sus posibles compañeros de viaje. Se ha sugerido que pudo haber participado en caravanas de comerciantes que recorrían habitualmente las rutas principales de comunicación entre los distintos puntos, a juzgar por su buen conocimiento de algunos de los medios de transporte fluvial empleados en el Nilo o el Éufrates o por sus noticias acerca de determinados productos locales y su modo de producción[49].

A la vista de este aparentemente dilatado currículum, parece que las posibilidades de Heródoto a la hora de componer una descripción de las diferentes regiones que conformaban el orbe conocido eran ciertamente considerables. Podía manejar numerosas informaciones de primera mano fruto de su propia observación personal de los lugares, y al tiempo sus estancias más o menos prolongadas en cada uno de ellos le habrían permitido también ir acumulando un buen elenco de noticias diversas como resultado de sus conversaciones con distintos informantes locales o de su encuentro casual con otros viajeros en ruta.

Ciertamente Heródoto se hace eco de numerosas expediciones de exploración que se llevaron a cabo en su época o en los tiempos precedentes, tales como la de Escílax de Carianda por el Índico, la de los nasamones hacia el centro de África, la de Aristeas hacia el norte del mar Negro, de los foceos hacia el extremo occidente, la de los griegos del Ponto hacia las regiones del interior, la de unos marineros fenicios que realizaron la circunnavegación de África a las órdenes del faraón Necao, la del persa Sataspes en su intento de realizar la misma experiencia, la del samio Coleo hasta Tartesos, o la de los cartagineses por las costas occidentales africanas[50]. Sin embargo, parece que en muchos casos hizo caso omiso de estas informaciones o no las consideró del todo relevantes a juzgar por las escasas noticias que nos ha transmitido sobre el lejano occidente que constituye una auténtica laguna dentro de la obra de Heródoto[51].

---

[48] A este respecto, MAZZARINO, *art. cit.*, y J. M. COOK, *The Persian Empire*, Londres, 1983, pp. 107-112.

[49] L. CASSON, *Travel in the Ancient World*, pp. 97 ss. Ésa era desde luego la forma posterior de viajar de algunos viajeros medievales; cfr. M. WADE LABARGE, *Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos*, Madrid, 1992, pp. 271 ss.

[50] Hdt. IV, 44 (Escílax); II, 32 (Nasamones); IV, 13 (Aristeas): I, 163-168 (foceos); IV, 24 (griegos del Ponto); IV, 23 (Sataspes); Iv, 152 (Coleo); IV, 195-196 (cartagineses).

[51] G. NENCI ha hablado de hecho de *barbari senza etnografia* para referirse al tratamiento escaso que Heródoto dispensa a los pueblos de esta parte del orbe; cfr. «L'Occidente barbarico», en REVERDIN y GRANGE, *op. cit.*, pp. 301-321.

Desde luego, Heródoto no tenía ningún método contrastado con el que evaluar la veracidad de sus informantes locales, que en muchas ocasiones trataban de adaptar sus respuestas a las expectativas que el propio historiador generaba con sus preguntas. Surgieron así numerosos malentendidos que incluso hicieron fortuna posterior pero que respondían tan sólo a las concepciones previas de los griegos sobre determinado asunto, gustosamente confirmadas por los indígenas con el único objeto de proporcionar la respuesta satisfactoria a unas cuestiones que ya desde su propia formulación se hallaban encaminadas hacia la dirección prevista por el historiador.

La cadena de intermediarios por la que discurría la información era además en muchas ocasiones tan compleja que, a pesar de los esfuerzos de Heródoto por remontar sus sucesivos eslabones, el resultado final no podía ser otro que un conjunto de noticias progresivamente devaluado que había ido perdiendo precisión en su carga informativa a lo largo de todo el proceso. Sirva de ejemplo el célebre pasaje acerca del viaje que unos jóvenes de la tribu de los nasamones llevaron a cabo hacia el centro del continente africano. Tras haber atravesado el desierto se encontraron con unos hombres de reducido tamaño que los apresaron y condujeron después hasta su tribu, que habitaba un territorio por el que discurría un río enorme en el que había cocodrilos[52]. Las noticias sobre esta azarosa expedición habrían llegado en primer lugar a oídos de su propia tribu, los nasamones, después del retorno de al menos algunos de sus miembros. Algunos de ellos, entre los que parece que no figuraba ninguno de los propios expedicionarios, informaron del hecho al reyezuelo local que gobernaba en el oasis de Siwah, un tal Etearco, con motivo de una visita casual. Este último pasó a su vez la información a unos individuos de la ciudad griega de Cirene que habían acudido a consultar el oráculo de Amón existente en aquel oasis. Por fin la noticia pasó de labios de estos cireneos a los oídos del propio Heródoto cuando recaló en la ciudad norteafricana[53].

Dejando de lado la veracidad de fondo que dicha noticia pudiera contener, lo cierto es que la información acerca de este acontecimiento aparece sometida desde su ocurrencia hasta llegar a su destinatario final a todo un proceso intermedio de reelaboraciones sucesivas que sin duda debieron alterar considerablemente muchos de los detalles e incluso el sentido general del propio suceso. La noticia no surgió tampoco de forma desinteresada e ingenua, como sabemos por el propio historiador, sino dentro de un contexto de polémica, como era el debate existente entre los griegos acerca de las fuentes del Nilo. El relato

[52] Hdt. II, 32-33.

[53] Sobre eta expedición, DESANGES, *op. cit.*, pp. 177-183.

de Etearco lo presenta Heródoto como la respuesta adecuada frente a la afirmación tajante de los cireneos sobre la ignorancia completa sobre el asunto que reinaba en todas partes. Con su relato, Etearco rellenaba esa aparente laguna y se situaba a sí mismo en una posición de supremacía sobre los visitantes griegos, ya que poseía noticias sobre el tema que no estaban antes al alcance de aquéllos. Pero tampoco el relato de los propios nasamones a Etearco parece que fue gratuito si tenemos en cuenta que aquéllos le contaron el fabuloso viaje de sus compañeros de tribu como respuesta a sus impacientes preguntas acerca de si podían decirle algo nuevo sobre los desiertos de Libia. Una información que no se hallaba tampoco exenta de valoraciones subjetivas si tenemos en cuenta que la experiencia de los jóvenes nasamones fue calificada por sus compañeros de tribu como una extravagancia más propia de la edad.

Este tipo de situaciones, con más o menos variaciones, se repitió seguramente con cierta frecuencia, sobre todo en todas aquellas instancias en las que Heródoto atribuye el origen de sus noticias a informantes locales. En la mayoría de los casos este trasvase de la información de unas instancias a otras implicaba necesariamente el uso de intérpretes, cuya total honestidad o su capacidad para la traducción no estaba siempre del todo garantizada. A veces incluso esta circunstancia se complicaba todavía mucho más cuando se trataba de regiones muy apartadas debido a la diversidad lingüística que hacía necesaria toda una cadena de intérpretes para pasar la información desde el origen de la noticia hasta sus destinatarios finales, tal y como sucedía aparentemente en los parajes más remotos de las tierras del norte:

> «Así pues, hasta esos calvos hay un buen conocimiento del terreno y de los pueblos que en él habitan, pues hasta su país llegan algunos escitas, de quienes no es difícil obtener información, y también algunos griegos del emporio de Borístenes y de los demás emporios del Ponto. Por cierto que los escitas que van hasta allí realizan sus transacciones comerciales mediante la intervención de siete intérpretes que usan siete lenguas»[54].

Las diferentes dificultades que era preciso superar para conseguir información sobre las regiones más remotas eran ciertamente considerables desde todos los ángulos, tal y como ya se aprecian a lo largo de las páginas de Heródoto. Sin embargo, será el historiador Polibio, casi tras siglos más tarde, quien se hará eco de estas circunstancias en su pretensión de justificar los errores y falsas concepciones que sus predecesores habían escrito acerca de los confines del orbe:

[54] Hdt. IV, 24.

«En las épocas anteriores han sido pocos los griegos que han tratado de obtener informaciones sobre las extremidades de la tierra, dado que el intento parecía imposible. Eran muy numerosos los peligros que había que correr por mar, incluso innumerables, pero mucho más numerosos eran todavía si se viajaba por tierra. E incluso si alguno, por necesidad o por placer, conseguía llegar hasta los confines de la tierra, incluso de esta forma no conseguía alcanzar su propósito. Pues le era del todo imposible observar las cosas con sus propios ojos, ya que algunas de estas regiones eran todavía bárbaras y otras estaban desiertas, e incluso es más difícil aprender de palabra cualquier cosa sobre los puntos observados a causa de la diferencia de lengua. Y si alguno poseyera incluso estos conocimientos, existe una cosa todavía más difícil que las precedentes, como es la de saber, una vez que se han visto tales cosas, utilizarlas de una manera razonable evitando los relatos extraordinarios y maravillosos para respetar siempre la verdad por uno mismo y no contar nada fuera de la realidad»[55].

El propio Heródoto era bien consciente de sus limitaciones a la hora de conseguir informaciones viables sobre las regiones más remotas. Los confines de la tierra estaban formados en la representación de Heródoto por impenetrables desiertos que impedían cualquier posibilidad de informarse acerca de aquellos territorios, dada la ausencia de seres humanos que pudieran proporcionar noticias sobre ellos[56]. Heródoto confiesa su ignorancia sobre las regiones más occidentales de Europa ya que no admitía la existencia de algunos de los puntos distintivos de la geografía mítica de aquellos confines tales como el río Erídano o las islas Casitérides[57]. Incluso hacía extensiva esta misma incredulidad a la existencia de un mar circundante de aquellas regiones ya que

«pese a que me he preocupado de la cuestión, no he podido escuchar de labios de ningún testigo ocular que los confines occidentales de Europa estén constituidos por un mar»[58].

Una actitud que se repite cuando se trata de informar sobre los confines septentrionales:

«... nadie sabe a ciencia cierta lo que hay al norte del territorio sobre el que ha empezado a tratar esta parte de mi relato; por lo menos no he podido obtener informaciones de ninguna persona que asegurara estar enterada por haberlo visto con sus propios ojos»[59].

---

[55] Pol. III, 58, 5 ss.
[56] ROMM, *The Edges of the Earth*, pp. 33 ss.
[57] Hdt. III, 115.
[58] Hdt, III, 115.
[59] Hdt. IV, 16.

El conocimiento en esta dirección se hallaba obstaculizado por imponentes barreras naturales como los desiertos que se extendían más allá de los tracios o de los comedores de hombres (andrófagos), como las marismas existentes al norte del territorio de los melanclenos, o como las elevadas montañas que se levantaban al norte del país de los argipeos[60].

Más allá de estos límites se abrían espacios abiertos a lo desconocido cuyo vacío sólo podía llenarse a base de los relatos fabulosos que los propios indígenas que habitan las regiones más próximas contaban acerca de ellos. Se trataba sin duda de relatos fantásticos que apenas merecían ninguna clase de credibilidad, como el de los argipeos sobre unos hombres con pezuñas de cabra y otros que dormían durante seis meses al año, o el de los tracios sobre unas tierras enteramente ocupadas por enjambres de abejas, o los de los libios sobre las regiones que había más allá del río Tritón, pobladas de serpientes gigantescas, de leones, de elefantes, de osos, de áspides, de asnos cornudos, de seres con cabeza de perro y otros sin cabeza que tenían los ojos en el pecho, y de hombres y mujeres salvajes[61]. Heródoto considera estos relatos con una mirada crítica y escéptica, bien negándoles rotundamente toda credibilidad, como sucede con el de los argipeos, bien contraponiéndoles una explicación más racional como en el caso de los tracios afirmando la improbabilidad de que las abejas puedan vivir en latitudes tan frías, o bien dejando cautelosamente toda la responsabilidad de la historia en manos de los propios indígenas, como ocurre con las historias de los libios.

Estas fronteras al conocimiento geográfico preciso afectaban por el sur y el oriente a países más definidos como la India, Arabia o Etiopía, que disfrutaban ya desde hacía algún tiempo de un *status* particular en la imaginación griega como tierras fabulosas en las que abundaba toda clase de maravillas[62]. Heródoto aceptaba en estos casos, de forma aparentemente acrítica, el relato de los viajeros que habían explorado aquellas regiones o sus zonas limítrofes. Éste era seguramente el caso de Escílax de Carianda, que navegó bajo las órdenes del rey persa Darío por todas las costas del Índico desde la desembocadura del Indo hasta el mar Rojo y que por tanto incluyó en su periplo historias relativas a todos estos confines del mundo[63]. Es muy posible que Heródoto utilizara la obra del navegante cario como fuente de información principal sobre estas regiones, pero destiló tan sólo aquellas no-

---

[60] Hdt. IV, 18 (comedores de hombres); 20 (melanclenos); 23 (argipeos).

[61] Hdt. IV, 25 (más allá de los argipeos); V, 10 (más allá de los tracios), y IV, 191 (más allá de los libios).

[62] Véanse nuestras consideraciones al respecto en *Tierras fabulosas*, pp. 192-209.

[63] Sobre Escílax de Carianda véase el apartado correpondiente de este mismo libro.

ticias que se ajustaban al marco de su propia narración y dejó de lado historias de carácter más fantástico que podían poner en entredicho la validez general de su relato.

Heródodo siguió este mismo procedimiento aparentemente también con el poema de Aristeas de Proconeso a la hora de extractar sus noticias sobre las regiones del norte. Heródoto no admitía la veracidad de las historias que hablaban de seres con un solo ojo (los arimaspos, que daban nombre al poema de Aristeas) y con el resto del cuerpo igual al de los demás hombres[64]. Tampoco parece que concediera demasiado crédito, aunque no lo declara de forma explícita, a la historia de la lucha entre estos seres y los grifos que custodiaban el oro, que aparece tan sólo insinuada en el sucinto resumen que ofrece del poema de Aristeas, o a la existencia de los hiperbóreos, sobre los que prefiere utilizar descaradamente tradiciones de origen griego como las de los habitantes de la isla de Delos, dejando de lado las posibles fabulaciones que sobre este mítico pueblo pudiera haber contenido el mencionado poema[65].

El relato de viajeros casuales que habían recorrido en persona, o que afirmaban al menos haberlo hecho, las regiones más remotas era el único testimonio disponible acerca de estos asuntos. Heródoto era bien consciente de ello pero sabía también de la necesidad de mostrarse sumamente cauteloso y crítico a la hora de tomar en consideración esta clase de historias. Trató, por tanto, de contrastar siempre que pudo esta clase de testimonios con otros medios. En ocasiones, cuando ello resultaba factible, con su propia observación personal. Así, en varios pasajes afirma haberse trasladado en persona hasta el lugar para comprobar *in situ* la veracidad de alguna de estas historias tal y como se la habían referido. Viajó hasta la ciudad de Buto, en Arabia, para informarse acerca de las serpientes aladas, constatando sobre el terreno la existencia de dichos animales tras contemplar amontonados en el lugar una gran cantidad de sus esqueletos[66].

Se trasladó también hasta determinados lugares de Egipto como Meris para constatar maravillas sorprendentes como su célebre laberinto, o hasta la ciudad de Elefantina con el objeto de recabar más noticias acerca de cuestiones polémicas como las fuentes del Nilo. Viajó también hasta el santuario de Heracles en Tiro con el fin de precisar sus informaciones sobre el polémico origen de este héroe griego[67]. Sin

---

[64] Hdt. III, 116.

[65] Hdt. IV, 13 (resumen del contenido del poema de Aristeas); IV, 32 (tradición sobre los hiperbóreos). Sobre el mito de los hiperbóreos en Heródoto, cfr. ROMM, «Herodotus and mythic geography» ya citado.

[66] Hdt., II, 75.

[67] Hdt. II, 148 (laberinto de Meris); II, 29 (Elefantina); II, 44 (Santuario de Tiro). Sobre el procedimiento de la *autopsía*, G. SCHEPENS, *op. cit.*

embargo en la mayoría de los casos recurrió a otra clase de procedimientos mucho menos arriesgados, como confrontar tradiciones alternativas siempre que estaban a su disposición, o ejercitar simplemente su sentido crítico con el fin de detectar las falacias que contenían los relatos ajenos.

Heródoto no era, de cualquier forma, un observador ingenuo e imparcial dispuesto a dar cuenta de todo lo que veía o llegaba hasta sus oídos sin más contemplaciones. Su mirada se hallaba condicionada y predispuesta por los condicionantes previos que le imponía su propia cultura. Todas su percepciones sólo adquirían sentido por referencia a sus propias categorías ideológicas. El mundo no era un espacio en blanco que Heródoto se dispusiera a rellenar con sus informaciones geográficas. Su percepción del espacio estaba condicionada por un modelo ideal de representación presidido por principios como la simetría y la polaridad que daban sentido y regularidad al esquema. Su vigencia era tal que, a pesar de las contradicciones que ponían de manifiesto los nuevos descubrimientos, nunca se ponía en cuestión su validez universal[68]. Un modelo de un mundo simétrico en el que un centro en el que imperaban la normalidad y el equilibrio contrastaba con unos confines en los que por encima de cualquier consideración real predominaban los aspectos fantásticos, amenazadores y maravillosos.

La configuración del espacio geográfico exterior que aparece en la descripción de la tierra de Heródoto se ajusta a la perfección a estas categorías previas que en buena medida predisponían ya a su autor a efectuar una serie de elecciones. No todo era objeto de interés ni todos los múltiples aspectos que componen la realidad geográfica objetiva de un país recibían la misma atención. Su mirada selectiva se dirigía especialmente a las prácticas culturales que por su agudo contraste con las costumbres griegas podían suscitar asombro y curiosidad. También llamaban su atención aquellos casos que presentaban un cierto paralelismo o semejanza con determinados usos o concepciones griegas, que eran luego explicados mediante el recurso al esquema histórico griego habitual a base de la emigración o de la conquista de antiguos héroes o reyes. El resto, todo lo que resultaba peculiar y distintivo de la cultura observada, sólo obtenía carta de ley según el grado de exotismo o aberración que dichas prácticas ofrecían a la contemplación griega. Sin olvidarnos de la necesidad perentoria de satisfacer las demandas de su auditorio por todo lo excepcional y maravilloso[69].

A pesar de su postura aparentemente crítica a la hora de tratar los confines de la tierra, lo cierto es que Heródoto no se liberó completa-

---

[68] G. LACHENAUD, «Connaissance du monde et représentations de l'espace dans Hérodote», *Hellenica*, 32, 1980, pp. 42-60 y J. GOULD, *Herodotus*, Londres, 1989, pp. 86 y ss.

[69] J. REDFIELD, «Herodotus the Tourist», *ClPh*, 80, 1985, pp. 97-118.

mente de los esquemas del mito que planteaban la existencia de un centro y una periferia con sus respectivas cualidades características. Son muchos los pasajes de su historia que ponen de manifiesto esta dependencia y dejan al descubierto las debilidades de un supuesto nuevo enfoque racional que echaba por tierra todas estas especulaciones fabulosas. Hay, en efecto, algunas afirmaciones que delatan la persistencia en Heródoto de estos viejos esquemas de pensamiento, como la de que los libios eran los más sanos de todos los hombres o los etíopes los más bellos o la creencia, expresada en dos ocasiones, sobre la existencia en los confines del mundo de todas las riquezas y productos más preciados[70].

Esta misma dependencia del mito aparece a veces mucho más disimulada en el interior de sus descripciones etnográficas aunque a primera vista no figuren en el texto ninguna de las referencias habituales de esta clase. Así, en su descripción de los confines septentrionales menciona la existencia de una cadena de montañas que resultan impenetrables, más allá de las cuales no puede conocerse nada con precisión, y presenta a los argipeos como un pueblo sagrado, que destaca por su sentido de la justicia y por su falta de armamento y cuyo país sirve de refugio a todos los fugitivos. Dos apuntes llamativos que recuerdan, si es que no se hallan ocultos bajo ellos, a la mítica cordillera de los montes Ripeos y al pueblo fabuloso de los hiperbóreos[71].

Sin embargo, aun con todas sus limitaciones, la visión del mundo que nos presenta Heródoto revela su aguda percepción de las realidades ajenas, su asombrosa amplitud de miras y su destacada capacidad de análisis. Esta combinación entre sus dotes de observación y su razonamiento analítico se pone de manifiesto en pasajes tan significativos como su consideración de la geografía histórica del valle del Nilo[72]. Sus observaciones acerca del largo proceso geológico que ha intervenido en la gestación de estos territorios pone de manifiesto su pasmosa capacidad para captar un fenómeno de estas características con todas sus implicaciones de orden histórico. Su familiaridad con algunos de los presupuestos de la ciencia jonia se deja sentir en episodios como éste que ponen de relieve su curiosidad por la geografía física y su preocupación por cuestiones tan debatidas como la relación existente entre el entorno natural y el modo de vida económico y cultural de sus habitantes.

---

[70] Hdt. IV, 187 (los libios); III, 114 (los etíopes); III, 116 (los confines del mundo). Cfr. LACHENAUD, *art. cit.*, pp. 50 ss.

[71] Hemos estudiado con detalle la cuestión en «Más allá de la *pólis*. A la búsqueda de los espacios ideales», en D. PLÁCIDO *et alii*, eds., *Imágenes de la Pólis*, Madrid, 1997, pp. 451-467.

[72] Hdt. II, 5, 1-2. Cfr. GOULD, *op. cit.*, p. 86.

Su posición crítica en el debate sobre la división en continentes de la superficie terrestre pone también de manifiesto sus intereses en este sentido. Sin embargo, a diferencia de los sabios jonios que propugnaban la existencia de fronteras naturales como líneas divisorias entre unos y otros, Heródoto concede mayor importancia a la continuidad cultural y a la presencia sobre un territorio de un pueblo determinado que da sentido y existencia a un país como sucede con los egipcios, echando así por tierra el viejo debate sobre el papel divisor del Nilo entre Asia y Libia[73]. Los grandes ríos desempeñan sin duda en su obra un papel fundamental a la hora de trazar fronteras y establecer separaciones dentro del espacio geográfico[74], pero nunca hasta el punto de oscurecer y anular tales continuidades.

La selección de sus fuentes pone también de manifiesto sus cualidades a la hora de seleccionar la información adecuada y correcta, como en el caso de su descripción del mar Caspio. A diferencia del resto de los autores antiguos que imaginaban que se trataba de un mar abierto con salida hacia el océano septentrional, Heródoto resaltó su condición de mar cerrado y facilitó las distancias aproximadas (estimada en días de navegación a remo) de su anchura y longitud. Situó además en su posición correcta a la cadena montañosa del Cáucaso, en la orilla occidental del Caspio, y tenía noticias sobre la diversidad de pueblos que habitaban en sus estribaciones o sobre algunas de sus peculiaridades botánicas. Todas estas indicaciones, aunque no son del todo exactas, tampoco resultan disparatadas en exceso y muestran los avances del conocimiento geográfico puntual de algunas regiones, resultado directo de las observaciones de primera mano realizadas *in situ* por los viajeros griegos, quienquiera que éstos fuesen.

Esta misma impresión se deduce también de otros pasajes en los que Heródoto demuestra poseer un buen conocimiento de la zona y de las distancias aproximadas de la ruta que conducía hasta ella, proporcionando algunos esbozos de lo que pudo haber sido un itinerario regular utilizado quizá habitualmente por comerciantes y exploradores militares persas. Valgan como ejemplo sus noticias sobre la ruta que conducía desde Escitia hasta Media, pasando desde el lago Meótide (el mar de Azov) hasta el río Fasis y el país de los Colcos, cuyo trayecto estima en un viaje de treinta días de camino, para seguir después hasta Media a través del país de los saspires[75].

En cambio a veces, sin necesidad de información, o más bien precisamente a causa de su inexistencia, Heródoto alcanza sus conclusiones mediante el uso de la inferencia a partir del modelo vigente de

---

[73] Hdt. II, 16-18. LACHENAUD, *art. cit.*, p. 51.

[74] Al respecto, O. LONGO, «Idrografia erodotea», *QS*, 24, 1986, pp. 23-53.

[75] Hdt. I, 104.

representación ideal del espacio. Éste es el procedimiento empleado para deducir el curso del Nilo a partir de los datos existentes. Tras el relato de Etearco sobre la exploración de los jóvenes nasamones, Heródoto muestra su acuerdo con la presunción del rey de que era el Nilo el río que atravesaba las apartadas regiones meridionales a las que habían llegado aquellos individuos. Para llegar a esta conclusión apela al sentido común ya que existía en la imagen griega del mundo una completa relación de simetría entre el curso del Istro, que atravesaba según afirma el propio historiador toda Europa, y el del gran río africano[76].

Los *lógoi* herodoteos que contienen su descripción de las diferentes partes del mundo conforman una visión del mundo que revela los condicionantes y limitaciones del conocimiento geográfico griego a mediados del siglo V a.C.[77] En ellos se ofrece un panorama de los diversos territorios que dista mucho de ser exhaustivo y cuyo grado de precisión y correspondencia con las realidades objetivas varía considerablemente de unos pasajes a otros. Su elaboración final es el resultado de la combinación indistinta y a veces hasta contradictoria de las observaciones personales del propio historiador, de las noticias procedentes de otros viajeros anteriores o de sus conversaciones y entrevistas con informantes locales, o del uso de la inferencia y de la aplicación apriorística de un modelo ideal del espacio[78].

De todos ellos, el dedicado a Egipto es sin duda el más amplio y seguramente el más popular de todos. El propio Heródoto justifica esta mayor amplitud de su relato:

> «... voy a extenderme ahora en detalle sobre Egipto, porque, comparado con cualquier otro país, tiene muchísimas maravillas y ofrece obras que superan toda ponderación; por esta razón hablaré de él con especial detenimiento»[79].

El Nilo y su sorprendente régimen de crecidas concentra buena parte de su atención. Heródoto tocaba así uno de los puntos clave de la polémica científica de su tiempo como era la determinación de las causas que provocaban las irregulares crecidas del río africano. Tras una panorámica de las diferentes teorías propuestas, Heródoto se atreve a formular su propia hipótesis basada en el movimiento del Sol, que, desviado de su trayectoria habitual durante la estación invernal por la fuerza de los vientos del norte, provocaría al recorrer la alta Li-

---

[76] Hdt. II, 33-34.

[77] THOMSOM, *op. cit.*, pp. 44-93.

[78] GOULD, *op. cit.*, p. 92.

[79] Hdt. II, 35. La amplia bibliografía existente sobre el *lógos* egipcio aparece recogida en el monumental comentario de Lloyd antes mencionado.

bia los mismos efectos que se producen en invierno en el resto de los ríos, dadas las condiciones atmosféricas de aquellas regiones.

Del curso del río, Heródoto recopila las noticias existentes que le llevan hasta el denominado país de los desertores en el sur, egipcios de la casta de los guerreros que se habían pasado a los etíopes al verse abandonados en sus guarniciones por el faraón Psamético. A partir de allí resultaba prácticamente imposible conseguir cualquier tipo de información ya que la zona se hallaba desierta a causa del ardiente calor[80]. No obstante, Heródoto aduce el relato oído en Cirene sobre la expedición de los jóvenes nasamones como una pieza más de información que pudiera contribuir a la solución del enigma, resuelto más adelante con ayuda de su paralelismo simétrico con el curso del Istro.

Otro de sus focos de atención desde el punto de vista de la geografía física es la configuración del delta, del que describe sus características más señaladas con particular detenimiento en su formación, las plantas específicas que produce y su fauna más característica. Esta última despierta su curiosidad y admiración por su carácter inusual y extraordinario. Procede así a describir con cierto detalle animales como el cocodrilo, el hipopótamo, el ibis o el ave fénix. También las maravillas naturales del país merecen un comentario especial de su parte, y así dedica apartados específicos a fenómenos como el lago Meris o a la isla flotante de Quemis. No escapan desde luego a su punto de mira las imponentes realizaciones humanas como las pirámides, los colosos o el laberinto que hicieron de Egipto una tierra de las maravillas y el primero de los destinos turísticos de la historia. De las diferentes capitales sólo Sais recibe un tratamiento algo pormenorizado debido a la importancia de las realizaciones arquitectónicas llevadas a cabo por el faraón Amasis, que constituye uno de los personajes principales de su historia del país.

Una buena parte del *lógos* egipcio la ocupan sus disquisiciones acerca del carácter y las costumbres peculiares de los propios egipcios. Heródoto se siente fascinado por la antigüedad milenaria del país y admira, aunque no sin ciertas reticencias puntuales, la sabiduría y piedad de sus gentes, concretadas de forma especial en su manera de venerar a sus dioses y en algunas de las leyes que rigen su vida diaria y su organización social. Sus apreciaciones en este terreno no siempre se conforman a la realidad de las cosas y reflejan en más de una ocasión los prejuicios manifiestos de un observador que ha trasladado sus propios esquemas culturales a la valoración de una cultura diferente.

---

80 Hdt. II, 31.

Sus informaciones proceden en parte de la *autopsía*, en parte de las noticias obtenidas de sus conversaciones con los sacerdotes del país, que no tenían necesariamente que ser sólo miembros de los órdenes inferiores, y en parte también de sus especulaciones sobre un tema que gozaba ya desde antiguo de un cierto predicamento entre los intelectuales griegos[81]. Las lagunas e inconsistencias tan evidentes que contiene y la falta de un principio articulador que imponga un cierto orden secuencial en toda la descripción, hasta el punto que resulta difícil seguir un itinerario, han suscitado, como ya anticipamos, las sospechas sobre la estancia efectiva de su autor en el país del Nilo. Sin embargo, el *lógos* egipcio no puede ser leído como una simple guía de viaje en la que aparezcan detallados los diferentes puntos de la ruta y la descripción correspondiente de sus principales monumentos. Por el contrario, se trata más bien de un recorrido ideal a través de un espacio privilegiado por unas condiciones particulares que era capaz de suministrar enseñanzas de todas clases en casi todos los terrenos, elaborado para unos lectores que seguramente no tenían ninguna intención de viajar por el país. Liberado de estas constricciones de tipo práctico, Heródoto no hacía otra cosa que asumir, bajo los dictados de la *historia*, su papel de conductor espiritual a través del mismo.

Los restantes *lógoi* no tienen ni la importancia ni las dimensiones del *lógos* egipcio. El más extenso es el dedicado a la descripción de las tierras del norte que habitaban los escitas. El estudio fundamental de Hartog sobre el mismo ha puesto de relieve su importancia dentro de la economía general de las *Historias* y su especial contraposición al *lógos* egipcio, con el que establece una serie de relaciones de oposición que derivan de la concepción simétrica del espacio. El universo escita que describe Heródoto sólo se ajusta puntual y esporádicamente a las realidades históricas de un momento dado, tal y como las conocemos a través de la arqueología[82].

Al igual que sucedía con Egipto, y en este caso con mayor motivo, dada la casi completa ausencia de maravillas en el territorio escita según reconoce en un momento dado el propio Heródoto[83], se trata de un espacio imaginario que nuestro historiador sólo pudo conocer muy parcialmente desde uno de sus extremos, seguramente la ciudad de Olbia, basándose en sus propias observaciones, probablemente mucho más limitadas que en Egipto por las condiciones naturales y políticas del territorio, en las noticias que podían recogerse entre los griegos que habitaban en aquellos contornos, quizá en algunas tradiciones locales transmitidas a través de alguna de las comunidades mixtas que

---

[81] FROIDEFROND, *Le mirage égyptien*.

[82] A diferencia de lo que opina Kendrick PRITCHETT, *op. cit.*, pp. 191-226.

[83] Hdt. IV, 82.

existían en la región[84], y en el relato de viajeros como Aristeas, cuyas evidentes limitaciones ya han sido señaladas con anterioridad[85].

El *lógos* escita se convierte así en una galería de pueblos diversos instalados en un espacio indefinido al que únicamente dan forma los grandes ríos que discurren a través del territorio. Desde los propios escitas, diferenciados por su forma de vida en escitas agricultores y escitas reales, hasta una serie de pueblos exóticos que practican formas de vida extrañas que representan la antítesis progresiva del modo de vida civilizado. Una escala ascendente que alcanza su máximo grado de alteridad con pueblos como los comedores de hombres, «que no conocen la justicia ni se atienen a ninguna ley», los melanclenos todos vestidos de negro, los neuros, que eran hechiceros y podían incluso convertirse en lobos, o los argipeos, calvos desde su nacimiento, tanto hombres como mujeres, que viven bajo un árbol y poseen un carácter sagrado que les hacía inmunes a cualquier ataque del exterior[86].

A falta de otra clase de maravillas dignas de mención, son los rasgos naturales del país los que atraen de manera particular la atención de Heródoto en el *lógos* escita. Dedica así una especial atención al clima de Escitia y a las consecuencias que se derivan para la vida de las gentes que habitan el país. También los diferentes ríos que atraviesan el país constituyen uno de los puntos privilegiados de todo el relato, especialmente el Istro, que guarda una relación de simetría completa con el Nilo, o el Borístenes, sobre cuyas fuentes Heródoto declara abiertamente su ignorancia. Sin embargo, como ya sucedía en el *lógos* egipcio, son quizá las costumbres escitas, particularmente las funerarias, las que reciben un tratamiento más pormenorizado. Por último irrumpen dentro de este espacio algunos elementos fabulosos que convierten el paisaje escita, siquiera por unos momentos y en zonas muy limitadas, en un terreno privilegiado por el que habían discurrido en su tiempo antiguos héroes como Heracles, cuya huella podía contemplarse todavía impresa sobre una roca junto al río Tires[87], o pueblos de clara raigambre mítica como el de las amazonas, trasladadas ahora mediante razones históricas hasta estas regiones del norte[88].

También el *lógos* libio se ajusta más a menos a estos mismos patrones. Sabemos que Heródoto estuvo en Cirene, pero no nos consta

---

[84] El propio Heródoto menciona en su descripción comunidades como los calípidas, escitas helenizados que habitaban en las inmediaciones de Olbia y en estrecha dependencia de la misma, IV, 17, o los denominados gelonos, griegos que se vieron obligados a abandonar sus emporios marítimos y se instalaron entre los budinos, IV, 108.

[85] Véase el apartado correspondiente.

[86] Hdt. IV, 106 (andrófagos); IV, 107 (melanclenos); IV, 105 (neuros); IV, 23 (argipeos).

[87] Hdt. IV, 82

[88] Hdt. IV, 110-116.

que realizara desde allí incursiones hacia el interior del territorio libio. De hecho, no parece haber viajado siquiera a lugares de las inmediaciones tan emblemáticos como el oráculo de Amón, y está mal informado acerca de los pueblos y países situados más allá de las Sirtes. La pormenorizada relación de oasis, mediante los que Heródoto configura el espacio interior de Libia, ha llevado a suponer a algunos que sus noticias al respecto provendrían de una antigua ruta caravanera que partiendo de Tebas alcanzaría las regiones más occidentales de África. Sin embargo, el propio Heródoto no indica nada que nos lleve a suponer la existencia de un comercio egipcio con esta parte del continente.

En ocasiones menciona informaciones que le habrían suministrado los indígenas seguramente también a través de comunidades mixtas o muy helenizadas que existían en las inmediaciones de Cirene tales como los asbistas, que según Heródoto se dedicaban a imitar todas las costumbres de los cireneos[89]. Sin embargo, en la mayoría de los casos debió obtener tales noticias de sus conversaciones con los propios habitantes griegos de la ciudad libia, tal y como sucedió en el caso ya mencionado de la expedición de los nasamones. Aunque en alguna ocasión invoca a los cartagineses, las noticias sobre las exploraciones occidentales de este pueblo debieron llegar a oídos de Heródoto a través de otros griegos que frecuentaron a los púnicos en lugares como la propia Cirene, Sicilia o Cartago. Heródoto no llegó a viajar hasta la capital púnica y apenas menciona nada de la historia de este pueblo que ejercía su dominio sobre las regiones más occidentales del Mediterráneo.

El *lógos* libio constituye también una galería de pueblos exóticos que practicaban extrañas costumbres de todo tipo. Llaman así poderosamente su atención los usos sexuales de algunos pueblos como los nasamones, cuyas costumbres nupciales imponían que la novia se entregara previamente a todos los convidados a la boda, o como los gindanes, entre quienes las mujeres mostraban a título de gloria mediante ajorcas de piel dispuestas alrededor de los tobillos las veces que se habían unido a un varón. También atraen su interés aquellas poblaciones que poseían una repugnante dieta alimentaria a base de reptiles, como los trogloditas, o curiosa como la de los atlantes, que excluía a todo ser viviente, o quienes como los macas presentaban una extravagante apariencia personal con un corte de pelo semejante a un penacho en el centro de la cabeza.

El territorio libio aparece configurado en una serie de franjas rectangulares que establecen la gradación de los modos de vida y la con-

---

[89] Hdt. IV, 170.

dición cultural de sus gentes en relación a la mayor o menor distancia de las regiones civilizadas de la costa donde se habían instalado las ciudades griegas. Sólo la relación sucesiva de oasis, separados regularmente por un intervalo de diez días de camino, y el río Tritón, constituyen rasgos naturales sobresalientes como para dar forma a un espacio indefinido y abierto en el que faltaban los límites más habituales.

La condición liminal de Libia se aprecia también en otros aspectos como ser una tierra en la que el poder incontenible de la naturaleza muestra toda su fuerza y es capaz de destruir comunidades enteras, como la de los psilos, que fueron completamente sepultados por el viento del desierto, o por ser un lugar donde reaparecen de nuevo algunos de los viejos elementos del mito, como los célebres lotófagos, convertidos ahora en un pueblo cultivador de una curiosa variedad botánica, o por poseer lugares de naturaleza casi paradisíaca como la colina de las Cárites o la montaña del Atlas. En suma, un territorio poblado de toda clase de fieras y en el que habitaban pueblos fabulosos que pertenecían más a la leyenda y al dominio de los relatos fabulosos que al repertorio más o menos realista de una convincente descripción geográfica del continente africano[90].

El *lógos* tracio es muy breve y apenas existe ninguna descripción del territorio que ocupaba este pueblo del norte[91]. Sólo la presencia del Istro constituye una marca delimitativa, más allá de la cual no resulta posible obtener más informaciones. Heródoto describe las curiosas costumbres de los tracios, centrándose una vez más en aquellos aspectos que despiertan su curiosidad o entroncan con las viejas obsesiones griegas tales como las costumbres sexuales o las funerarias. Llama igualmente su atención un rasgo de extrañeza y exotismo, como el hecho de ir tatuados. Al igual que sucede en los demás *lógoi*, Heródoto utiliza el procedimiento de la inversión de costumbres, tales como alegrarse en el momento de la muerte y lamentarse con el nacimiento, o considerar infame el hecho de trabajar la tierra y honrosa la ociosidad, más para ahondar en la propia autorreflexión de la cultura helénica que para dar cuenta de un modo de vida ajeno en forma más o menos objetiva.

También los *lógoi* etíope, indio o árabe son extraordinariamente breves comparados con algunos de los ya tratados y tampoco presen-

---

[90] Son varios los intentos de lectura del *lógos* libio que se han hecho en esta dirección, tratando de plasmar sobre el mapa sus diversos componentes; cfr. S. GSELL, *Hérodote*, Roma, 1971 (Argel, 1915); A. BERTHELOT, *L'Afrique saharienne et soudanaise*, París, 1927, pp. 144-180; G. CAMPS, «Pour une lecture naïve d'Hérodote. Les récits lybiens, (V, 168-199), *Hist. Historiogr.*, 7, 1985, pp. 38-59 y Kendrick PRITCHETT, *op. cit.*, pp. 254-259.

[91] Hdt. V, 3-10.

tan descripciones geográficas distintivas de los países respectivos[92]. Heródoto no viajó hasta ninguno de aquellos territorios ni dispuso de las informaciones locales más próximas, como pudo haber ocurrido en el caso escita, libio o tracio. La única posibilidad de recabar noticias acerca de estas regiones remotas era recurrir a los relatos de viaje que se habían ocupado de ellas, tales como el de Escílax de Carianda, moderando su tendencia a deslizarse inevitablemente hacia lo maravilloso mediante el ejercicio de un cierto sentido crítico o con las vagas referencias que se podían conseguir en los territorios vecinos como Persia o Egipto.

A pesar de esta aparente moderación, son precisamente los elementos fantásticos y legendarios los que parecen predominar en estos tres *lógoi*. Desde relatos claramente fabulosos como el de las hormigas que custodiaban el oro, o el de las diversas maneras de conseguir los preciados productos árabes, hasta espacios ideales como la Mesa del Sol en Etiopía o algunas comarcas de la India cuyos árboles producían copos de lana de una finura y calidad que superaba con mucho a la de las ovejas. El relato del encuentro del rey de los etíopes con los espías enviados por Cambises, que constituye el cuerpo central del *lógos* etíope, presenta todo el aspecto de una fabulación de carácter utópico a través de la que se cuestionan aspectos fundamentales de la vida civilizada, como la dieta alimentaria, los objetos de lujo o las ambiciones expansionistas[93]. Un mundo en suma de los confines con todas las connotaciones que esta condición supone, como la abundancia de los productos más preciados, unos habitantes que viven alejados de la historia y ajenos del todo a sus movimientos ocasionales, como los indios o los etíopes, y la presencia en su territorio de lugares ideales que nos recuerdan su condición casi sagrada y su situación dentro de un espacio mítico todavía fuera del alcance del hombre.

Aun con todo, hay que señalar los evidentes aciertos de Heródoto en la descripción de algunas regiones de oriente como Media o Babilonia, a pesar de su inclinación a exagerar las cifras y su tendencia habitual a referir extraños modos de vida, reconocidas incluso por un defensor de su veracidad histórica como Kendrick Pritchett[94]. De cualquier manera, aun reconociendo el evidente avance que significa la obra de Heródoto, todavía subsisten en su descripción del mundo algunos errores manifiestos como la idea del tamaño superior de Europa con relación a Asia, o su convicción sobre la inexistencia de un mar

---

[92] Hdt. III, 17-18 y 20-24 (etíopes); III, 98-105 (indios); III, 107-113 (árabes).

[93] M. HADAS, «Utopian Sources in Herodotus», *CP*, 30, 1935, pp. 113-121. Sobre el *lógos* etíope en general, HOFFMANN y VORBICHLER, *op. cit.*.

[94] Kendrick PRITCHETT, *op. cit.*, pp. 231-242, en las que examina la descripción de Media y Babilonia.

que bordeara los confines septentrionales y occidentales del viejo continente. Muchas de sus informaciones han sido revalorizadas con el auge de los estudios orientalistas, que han confirmado en parte la calidad de las apreciaciones herodoteas y han servido a sus defensores para rebatir las acusaciones de ficción cuasi absoluta que, quizá de manera algo exagerada, habían vertido en su contra algunos autores modernos[95]. Sin embargo, al mismo tiempo, se ha valorado también el importante papel que han desempeñado en la elaboración de su historia otro tipo de elementos mucho menos realistas y objetivos, como determinados esquemas narrativos procedentes del cuento popular, la sujeción de toda información a unos patrones ideológicos previos o la persistencia evidente de los esquemas míticos, de los que Heródoto no se había desasido del todo y que en todo momento se cuelan por las costuras todavía no bien trabadas del nuevo pensamiento racional.

## Poco más que simples nombres

Aparte de Heródoto, poco o nada es lo que conocemos acerca de otras obras que contenían una descripción global de la tierra. Algunas de ellas pertenecen todavía al mundo de los primeros historiadores jonios, si bien algunos de ellos desarrollaron una buena parte de su carrera en Atenas. La pérdida irreparable de sus obras quizá se produjo ya en época temprana si hacemos caso de la noticia de Dionisio de Halicarnaso, que nos dice que en su tiempo ya sólo se conocían los nombres de estos historiadores[96]. Nos vemos así limitados a las escuetas referencias de los lexicógrafos tardíos y de los escoliastas o al testimonio confuso de los diccionarios bizantinos como la *Suda,* que atribuye a estos autores de manera indistinta obras de diversos títulos que a veces son sólo simples duplicaciones de un único libro o el resultado de la confusión entre distintos autores que tenían el mismo nombre o el mismo gentilicio.

Este último parece ser el caso de **Caronte de Lámpsaco**, al que la *Suda* le atribuye un *Periplo de los lugares que se encuentran más allá*

[95] Quizá la crítica más radical en este sentido, que postulaba un carácter esencialmente ficticio para la mayoría de las informaciones herodoteas, sea la de Fehling, si bien no debemos olvidar los trabajos ya mencionados de O. Kimball Armayor. En defensa de Heródoto se han alzado voces como la de W. Kendrick Pritchett, «Some recent critiques of the veracity of Herodotus», en sus *Studies in Ancient Greek Topography*, Part IV, Berkeley-Los Ángeles, 1982, pp. 234-285, y su monografía, *The Liar School of Herodotos*, en la que procede a una amplia revisión de los diferentes *lógoi* utilizando el apoyo de los especialistas respectivos que, en su opinión, vienen a confirmar las buenas expectativas sobre el buen hacer de Heródoto.

[96] Dio. Hal., *De Thuc.*, 23.

*de las Columnas de Heracles*[97]. No tenemos otra referencia a dicha obra en ningún otro autor y la gran mayoría de los pocos fragmentos existentes pertenecen a dos obras que aparecen mencionadas por Ateneo, los *Horoi* y unos *Persika*[98]. Sólo cuatro fragmentos de contenido mitológico permanecen sin asignar, pero, como ha señalado Pearson, no tiene sentido alguno atribuirlos a una obra determinada en lugar de a otra ya que, dado su carácter claramente digresivo, podrían haber encajado bien en cualquiera de ellas[99]. La única deducción que permite una evidencia tan limitada es la particular afición de Caronte a las digresiones y su gusto por las leyendas paralelas a la tradición poética imperante en las que se ponían de manifiesto ciertos elementos etiológicos.

Es prácticamente muy poco lo que podemos valorar de la obra geográfica de Caronte a la vista de tan escasas posibilidades. Se ha sugerido incluso la hipótesis de que hubiera existido una confusión en la atribución del citado periplo a partir de nombres como el de Caronte de Cartago o el de Jenofonte de Lámpsaco, autores ambos a los que convendría mucho más un título como el citado. En el caso del primero, Stéphane Gsell ha sugerido la posibilidad de que fuera el autor de dicho periplo del mar exterior ya que, dada su condición de cartaginés tendría a su disposición un número considerable de informaciones sobre estas apartadas regiones del extremo occidente procedentes de los viajes de exploración que los púnicos habían llevado a cabo por aquellos confines[100]. También Jenofonte de Lámpsaco fue el autor de una obra de estas características, aunque apenas conocemos nada de él, salvo unas escuetas referencias que aparecen en la obra de Plinio el Viejo[101].

A la vista de estas posibilidades, que no debemos descartar del todo, y de la completa opacidad de sus fragmentos en este sentido, parece altamente improbable que Caronte hubiera elaborado una obra geográfica con tales pretensiones. De hecho, podría ser significativo a este respecto el que su nombre no figure entre los autores de fabulaciones y mentiras que menciona Estrabón, siempre preocupado por estos asuntos y gracias al cual conocemos nombres de autores prácticamente desconocidos que compusieron obras de esta índole, como Ofelas de Cirene[102]. También podría ser indicativo el hecho de que

---

[97] JACOBY, FGrHist 262 T 1. Sobre este autor, PEARSON, *The Early Ionian Historians*, pp. 139-151.

[98] Athen. IX, 394 E.

[99] PEARSON, *op. cit.*, p. 148.

[100] S. GSELL, «Connaissances géographiques des Grecs sur les côtes africaines de l'Océan», en *Memorial Henri Basset*, París, 1928, pp. 293-312, especialmente p. 302.

[101] Plin., *N.H.*, IV, 95 y VI, 199.

[102] Str. XVII, 3, 4.

Heródoto trató con sumo cuidado y cautela todo lo relativo a estas regiones del extremo occidente, y por tanto no parece probable que un autor al que se considera casi contemporáneo suyo y que muestra en sus fragmentos una cierta proximidad con el método del de Halicarnaso[103] se hubiera atrevido a llevar a cabo una obra de estas características en la que prácticamente sólo tenían cabida los elementos fabulosos a la vista de la naturaleza de las informaciones disponibles.

Otro autor al que se le atribuye un periplo general es **Damastes de Sigeo**, perteneciente también a la segunda mitad del siglo V a.C.[104]. Encontramos la noticia en el resumen geográfico de Agatémero, que añade además que Damastes obtuvo la mayor parte de sus informaciones de la obra de Hecateo[105]. De la lista de obras que le atribuye la *Suda* sólo se adecua a esta obra el título *Catálogo de pueblos y ciudades*. Su nombre figuraba entre la lista de autores que habían escrito obras de estas características, tal y como se desprende de su repetida aparición en Porfirio, Avieno, el ya citado Agatémero o Plinio el Viejo. Sin embargo, parece que su testimonio era escasamente fiable en este terreno a juzgar por las afirmaciones de Estrabón en este sentido, que censura a Eratóstenes por haberle utilizado como testimonio[106].

Sin embargo, según el propio Estrabón, también Eratóstenes criticaba las chifladuras de Damastes, tales como su afirmación de que el golfo arábigo (el actual mar Rojo) era un lago, o que el ateniense Diótimo, que figuraba al frente de una embajada a Persia, remontó desde Cilicia el río Cidno hasta llegar al Coaspes que pasa por Susa y llegó en cuarenta días a la capital aqueménida. Damastes decía basarse en el propio testimonio del embajador ateniense, aunque al parecer mostraba también su sorpresa sobre la posibilidad de que el Cidno, tras atravesar el Tigris y el Éufrates, acabara desembocando en el Coaspes. Si esta última prevención se debe efectivamente al propio Damastes y no a Eratóstenes, que es seguramente la fuente intermedia que ha utilizado Estrabón, parece evidente que los conocimientos geográficos de Damastes eran sobre todo de carácter libresco o basados en testimonios poco fiables como el de Diótimo, que quizá malinterpretó la compleja red de vías fluviales que surcaban el próximo oriente en su camino hasta Susa.

Esta misma impresión de una geografía de carácter libresco se desprende del primero de sus fragmentos, procedente de Esteban de Bizancio, en el que Damastes ofrece una lista de los pueblos del norte que coincide casi plenamente con la que suministraba Aristeas. Sólo

[103] PEARSON, *op. cit.*, p. 150.
[104] JACOBY, FGrHist 5.
[105] MÜLLER, GGM II, 471-487.
[106] Str. I, 3, 1.

la mención de los míticos montes Ripeos, desde los que soplaba el Bóreas y que se hallaban siempre cubiertos de nieve, no figura en el resumen de la obra de Aristeas que presenta Heródoto, pero esta circunstancia no excluye de forma absoluta que figurasen también en el poema original[107]. Los pocos fragmentos existentes, con excepción de los dos comentados más arriba, apuntan hacia un autor de aficiones anticuaristas que conocía lógicamente bien la región de la que era originario, la Tróade, y toda su significación posterior en la leyenda e historia griega, y que, llevado quizá de esas aficiones ligadas a la crítica homérica, elaboró un catálogo de pueblos y ciudades del orbe utilizando como fuentes fundamentales para su información las obras de predecesores como Hecateo, tal y como ya apuntaba Agatémero, o de Aristeas. El resultado era una obra artificiosa llena de inexactitudes que no siempre podían corregirse con la apelación a testimonios de primera mano, mal elegidos o malinterpretados por el propio Damastes, como revela el ejemplo del ateniense Diótimo. Sin embargo, su valor compilatorio y quizá exhaustivo, unido a la pérdida temprana de otros repertorios similares, convirtió la obra de Damastes en uno de los tratados usuales en los que obtener informaciones de carácter geográfico, tal y como parece deducirse de su mención en autores tardíos con inclinaciones enciclopédicas como Plinio, Avieno o Agatémero, o de su utilización, seguramente crítica, por parte de Eratóstenes.

Otro posible autor de una descripción global del orbe, también a finales del siglo V a.C., es **Helánico de Lesbos**. En la relación de sus obras que nos ha transmitido la *Suda* no figura ninguna con este título (*Períodos ges* o *Periégesis*)[108], pero muy probablemente algunas de ellas como *Fundaciones de ciudades*, *Sobre los pueblos*, *Denominaciones de pueblos* y *Costumbres bárbaras*, formaban parte de una única obra o eran tan sólo, como ya reconoció en su día Félix Jacoby, títulos alternativos de la misma[109]. Desde luego, su nombre figura en la relación del resumen de Agatémero al lado de autores de los que nos consta de modo casi incuestionable que escribieron obras de esta clase.

Poco es lo que sabemos de la biografía de Helánico, pero parece que su vida se desarrolló principalmente en los medios helénicos y apenas tenemos constancia de viajes al mundo exterior o circundante, salvo que se atribuya un carácter autóptico a títulos como su *Subida al templo de Amón*, que menciona Ateneo, pero sobre la que refleja

[107] Véase la sección correspondiente a Aristeas.

[108] Salvo que se refiera a él la mención acerca de un tal Helánico de Mileto, al que atribuye una *Períodos ges* y unas *Historias*.

[109] Sobre Helánico de Lesbos, PEARSON, *op. cit.*, pp. 152-235. Sus fragmentos pueden leerse traducidos en J. J. CAEROLS, *Helánico de Lesbos*, Madrid, 1991.

igualmente las sospechas sobre su autenticidad[110]. La mayoría de sus obras, que tratan de cuestiones mitográficas y tienen como escenario privilegiado la mayor parte de las regiones griegas, sugiere más bien que nos hallamos en presencia de un autor de esta clase de literatura que por derivación natural se ocupó también de obras geográficas en las que importaban mucho más las listas de nombres que resultaban significativos desde un punto de vista legendario y las fábulas de carácter etiológico, que las noticias fidedignas obtenidas de fuentes de información fiables.

Porfirio afirma de hecho que Helánico había obtenido las noticias que figuran en sus *Costumbres bárbaras* de las obras de Heródoto y Damastes, y Estrabón le menciona entre los autores que no merecen credibilidad alguna por haber referido mitos con la pretensión de que estaban narrando historias verdaderas[111]. Desde luego, no es muy diferente la impresión que se obtiene de una lectura de sus fragmentos conservados. En ellos encontramos las habituales preocupaciones mitográficas que caracterizaban a todos estos primeros historiadores, mezcladas con la creciente afición al exotismo de las noticias etnográficas, cada vez más frecuentes, no exentas a veces de ciertos rasgos utópicos.

Cuestiones de genealogía legendaria, en las que parece que Helánico estaba muy interesado a juzgar por los fragmentos del resto de sus obras, se aprecian en sus fragmentos sobre Persia al tratar del pueblo de los cefenios que el autor hace descender del mítico Cefeo, el padre de Andrómeda. Helánico recogió también en su obra noticias curiosas sobre algunos pueblos como los nómadas de Libia que construían sus casas con espigas. No desechó tampoco informaciones de carácter sorprendente como la existencia de una cueva en Tebas de Egipto en la que no soplaba el viento el día último de mes, o la de una fuente del Indo en la que se hundían hasta las cosas más ligeras. También hacen su aparición en la obra de Helánico preocupaciones típicamente jonias como la de los primeros descubridores o inventores de las distintas prácticas culturales como la vid, inventada por los egipcios, o la escritura de cartas, ideada por primera vez por la reina persa Atosa, o cuestiones de difusionismo cultural que explicasen la existencia de paralelismos con el mundo bárbaro. Helánico concedía así la primacía a los griegos sobre los tracios en el caso de Zalmoxis, que, según su opinión, era un griego de nacimiento que enseñó los misterios a los getas de Tracia, contradiciendo así el parecer de Heródoto que lo había presentado como un esclavo escita de Pitágoras. Por to-

---

110 Athen. XIV, 652 A.

111 Str. I, 2, 35, y XI, 6, 3.

das partes se deja sentir también una constante preocupación por el uso de las denominaciones correctas, que Helánico hacía extensiva a los nombres de pueblos, lugares y divinidades. Una obra, en suma, erudita y heterogénea, cuyas noticias geográficas no representan apenas innovación alguna en este terreno y obedecen más bien a otra clase de preocupaciones que dar cuenta de los avances del conocimiento. Parecen por el contrario una pieza más del amplio mosaico del que forman parte al lado de elucubraciones mitográficas propias, rarezas naturales y etnográficas y un cierto espíritu polémico tal y como se deja percibir en su prurito nominalista o en la presentación de versiones alternativas a algunas de las historias que ofrecía Heródoto. Su afición a los detalles curiosos salvó su obra de la oscuridad en la que cayeron otras similares, arrinconadas por el manifiesto predominio de Heródoto, y aparece así citada a menudo en la literatura posterior a causa de este motivo. Quizá Helánico, viajero sólo a través de los libros como muchos de sus contemporáneos y sucesores, sólo podía aspirar a insertar dentro de un nuevo contexto, y a darle por tanto una significación distinta, informaciones extraídas de los tratados geográficos anteriores.

También debemos adscribir al siglo V la obra geográfica de un tal **Fileas**, que según el testimonio del lexicógrafo Harpocración se trataba de una *Períodos ges*[112]. De su obra sólo poseemos algunos fragmentos que contienen listas de ciudades costeras, algunas referencias sobre un monte, un río y dos estrechos, una serie de etimologías de carácter legendario y algunos elementos de historia mítica. Da la impresión que se trataba de una obra de carácter periegético a la vieja usanza jonia, si bien, a juzgar al menos por la escueta evidencia de que disponemos, sus intereses principales se concentraban en la Hélade, cuyos límites establecía el autor en el río Peneo, a la que hacen referencia también sus etimologías legendarias y los retazos de historia mítica. Un interés por lo helénico que nos recuerda grandemente la obra del Pseudo Escílax, en la que ya se observan de forma nítida estas inclinaciones. Fileas pudo quizá redactar su obra siguiendo alguno de los viejos mapas, de aspecto más bien rudimentario, que circulaban por Atenas en el período clásico, tal y como sabemos por algunas anécdotas procedentes de la comedia o de autores posteriores[113]. Una obra, por tanto, en la que quizá no abundaban los datos de primera mano, salvo quizá para las regiones más próximas como la Tróade para cuya descripción pormenorizada pudo haber utilizado un viejo periplo de la

---

[112] Sus fragmentos no han sido editados, pero sus referencias se encuentran en el artículo de GISINGER para la Pauly Wisowa, s. v. «Phileas von Athen», *RE*, XIX, 2, 1938, cols. 2133-2136.

[113] Por ejemplo Aelian., *V.H.*, III, 28.

zona, y sí en cambio los datos de naturaleza más erudita y anticuaria en la que las especulaciones mitológicas ocupaban un lugar destacado.

De la diversidad de fuentes geográficas existentes en este período y de la circulación de los conocimientos entre los diferentes círculos intelectuales griegos nos da una idea el célebre tratado hipocrático que lleva por título ***Aires, Aguas y Lugares***. Ciertamente no se trata de una descripción global de la tierra a la manera de las citadas hasta ahora, sino de un tratado médico dedicado a considerar las influencias del medio ambiente sobre la complexión física de los hombres y sus diferentes modos de vida. Sin embargo, a lo largo de sus páginas, y a modo de ilustración, aparecen una serie de referencias geográficas a las distintas partes del mundo, que revelan la consulta de una obra de aquellas características en la que figuraban esta clase de informaciones. Se ha perdido sin embargo la parte correspondiente a Libia y Egipto, omitida probablemente del texto que se ha conservado por la falta de los copistas, tal y como se desprende de una frase que da por sentado el tratamiento precedente de estos dos países[114].

El anónimo autor de este tratado se muestra familiarizado con una división natural entre Europa y Asia, que considera como frontera entre una y otra la laguna Meótide (el mar de Azov), y utiliza esta dicotomía para ilustrar sus teorías acerca de la influencia del medio ambiente sobre los pueblos que habitan ambos continentes. Sin embargo, sólo menciona entre los pueblos de Asia a los cabezas largas (macrocéfalos) y a los que habitaban junto al río Fasis. De los primeros se ocupa tan sólo de su irregularidad constitutiva sin aclarar en momento alguno el lugar en el que habitaban ni dar ninguna referencia del mismo[115]. De los segundos ofrece noticias mucho más precisas como la naturaleza de su paisaje, una comarca pantanosa, calurosa, húmeda y boscosa, o su modo de hábitat, compuesto de cabañas de madera y caña construidas en medio de las aguas, y también algunas alusiones a su forma de alimentación, a la bebida en concreto, y a su complexión física[116].

Más abundante es su información sobre los pueblos de Europa, en particular sobre los escitas, que el autor sitúa junto a la laguna Meótide y equipara con los denominados saurómatas[117]. Destaca la posición especial de la mujer en dicha sociedad, que combate a caballo mientras es virgen, y un rasgo peculiar de su anatomía como es la falta del seno derecho, cauterizado cuando eran niñas, con el fin de con-

[114] *Aires*, 13: «Pues bien, así me parece que están las cosas con referencia a egipcios y libios» (traducción de J. A. López Férez en Biblioteca Clásica Gredos).

[115] *Aires*, 14.

[116] *Aires*, 15.

[117] *Aires*, 17.

centrar toda la fuerza sobre el hombro y brazo derechos. Hace mención de los principales rasgos que caracterizaban su paisaje, como una estepa llana y abundante en praderas que carecía de árboles y estaba atravesada por grandes ríos. Resalta igualmente su forma de vida en carros, de los que parece tener una imagen viva y realista, y su particular régimen alimentario a base de carne cocida y leche y queso de yegua. Alude por fin al reducido número y tamaño de los animales que cría el país dada su localización septentrional, situado al pie de los montes Ripeos.

Un cuadro en suma que empezaba ya por entonces a formar parte de un estereotipo cultural como era el de los pueblos nómadas del norte. El autor del tratado se ha mostrado particularmente interesado por los escitas y su forma de vida dado el desarrollo que adquieren sus noticias al respecto, muy superior al estrictamente pertinente para sus necesidades de ilustración. Seguramente no conocía de primera mano estas regiones situadas al norte del mar Negro; sin embargo, pudo muy bien haber obtenido noticias de alguna fuente próxima sobre algunas de las características de estas poblaciones nómadas, como la forma de sus carros o ciertas impresiones paisajísticas fugaces como la breve pero animada descripción de las tierras del Fasis. No es difícil imaginar las posibilidades en este sentido que poseía un médico itinerante a mediados del siglo V a.C. que pudo haber viajado hasta alguna de las numerosas ciudades griegas que bordeaban por entonces la cuenca del mar Negro[118].

Sin embargo, el resto de sus noticias geográficas proceden casi con toda probabilidad de alguno de los tratados existentes, si bien resulta del todo imposible determinar cuál de ellos. Ciertamente no parece que fuera el de Heródoto, ya que presenta importantes diferencias con su obra, como la situación del límite entre Europa y Asia en la laguna Meótide, que el historiador de Halicarnaso identificaba con el río Fasis, o la aparente confusión entre escitas y saurómatas, presentados como pueblos diferentes en la obra del historiador jonio. Sorprende la aparición de viejos elementos poéticos, pertenecientes claramente a la geografía mítica, tales como la mención del pueblo de los cabezas largas o la de los montes Ripeos, que no figuran tampoco dentro de la etnografía herodotea o en sus referencias geográficas fundamentales de las regiones septentrionales. Estas breves pero significativas indicaciones, unidas a la imagen del mundo que parece sostener el autor de este tratado, muy cercana a la vieja idea del disco plano que se iba elevando hacia el norte, nos remiten más bien a una fuente más arcaica

[118] En este sentido, MARASCO, *op. cit.*, pp. 151 ss., y ANDRÉ y BASLEZ, *Voyager dans l'Antiquité*, pp. 213-215 y 229-230. El tema del viaje en los epitafios métricos de médicos lo ha tratado L. ROBERT, *Hellenica*, II, París, 1946.

en la que todavía permanecían firmemente anclados los viejos esquemas del mito.

Hay quien señala a Hecateo como referencia directa, si bien nuestro profundo desconocimiento de la obra del logógrafo jonio nos impide establecer paralelismos precisos con las informaciones que aparecen en el tratado médico[119]. Ciertamente el autor de dicho tratado pertenece de lleno a la ciencia médica jonia de su tiempo y no parece factible atribuirle sin más una concepción mítica del mundo que no tuviera para nada en cuenta los avances realizados en este terreno. De hecho, aunque menciona los montes Ripeos, omite en cambio cualquier referencia al pueblo sagrado de los hiperbóreos, que dentro de la tradición mítica se hallaba estrechamente asociado a dicha cordillera. Sin duda alguna el enfoque racionalista de la ciencia jonia, de la que formaba parte el autor hipocrático, le impedía dar acogida en su obra a un pueblo de estas características, que no presentaba además, a diferencia de los cabezas largas, ninguna malformación física evidente que pudiera ser explicada a través de la teoría del medio y justificara así su inclusión en la obra.

La geografía presente en este tratado hipocrático constituye, por tanto, un fiel reflejo de los conocimientos geográficos de su tiempo, que trataba de integrar, a veces a duras penas, los nuevos y más recientes descubrimientos dentro de un conjunto no siempre bien estructurado y coherente sostenido por un sistema de representación heredado del mito[120].

El resumen de Agatémero atribuye también a **Demócrito** la composición de una *Períodos ges* en la que habría demostrado la forma oblonga de la superficie terrestre con una longitud que era superior a la anchura en una proporción de tres a dos. No conservamos sin embargo ninguna referencia sobre dicha obra ni ningún fragmento que pudiera haber pertenecido a ella. Esta atribución se basó muy probablemente en una tradición posterior que atribuía a Demócrito una amplia experiencia viajera, tal y como aparece recogida en Diógenes Laercio. Dicho autor, que cita como testimonios a Demetrio y Antístenes nos informa que Demócrito viajó hasta Egipto, Persia, el mar Rojo, la India y Etiopía[121]. Incluso se le atribuyeron obras falsas que trataban de estos viajes al extranjero como una disertación caldea y otra frigia[122]. Sin embargo, lo más probable es que nos hallemos ante

---

[119] Así, J. DESAUTELS, *L'imagen du monde selon Hippocrate*, Quebec, 1982, pp. 148 ss.

[120] En general sobre la geografía de este tratado, J. F. STASZAK, *La géographie d'avant la géographie*, París, 1995, pp. 175-207.

[121] Diog. Laert., IX, 35. Sobre la tradición de los viajes de los filósofos, ANDRÉ y BASLEZ, *op. cit.*, pp. 283 ss.

[122] G. S. KIRK y J. E. RAVEN, *Los filósofos presocráticos*, Madrid, 1974 (Cambridge, 1966), pp. 561-562.

un caso más de la aplicación del tópico de los viajes del sabio por todos los rincones de la ecúmene con el objeto de contemplar el mundo exterior *(theoría)* y confrontar allí su sabiduría con los poderosos o los sabios locales. La amplitud de los intereses de Demócrito, que excederían seguramente los de una simple obra de carácter descriptivo, propició el surgimiento y consolidación de dicha tradición.

Casi meras referencias son los periplos que se atribuyen a Ctesias y Calístenes. En el caso de **Ctesias**, ni siquiera estamos seguros del título exacto de su obra ni si su contenido abarcaba en efecto toda la ecúmene o se limitaba tan sólo al continente asiático sobre el que su autor se hallaba mejor informado[123]. El estudio de los fragmentos que se le atribuyen tampoco aclara mucho las cosas ya que además de noticias sobre la India, Paflagonia o Armenia, encontramos también referencias a Egipto, a las regiones del sur, a Umbría y una desconcertante a los numerosos prodigios que acontecían en Tule[124]. Posiblemente Ctesias pudo llevar a cabo una obra de carácter periegético aprovechando las numerosas noticias que había conseguido reunir durante su estancia en Persia, alguna de las cuales, de un indiscutible tinte paradoxográfico, quizá no encontró lugar dentro de sus *Historias de Persia* o en el *tratado sobre la India.* La noticia sobre la pimienta, que era utilizada por unas gentes que habitaban en cuevas subterráneas, o la referencia al pueblo fabuloso de los esciápodes, que se hacían sombra con sus propios pies en los momentos de mayor calor, parecen remitir, en efecto, al mundo imaginario de la India como tierra de los confines donde todas las maravillas resultaban posibles. Para el resto pudo haber utilizado alguno de los tratados ya existentes y por tanto su originalidad se vio reducida a la mera recopilación y selección de sus fuentes. Quizá por ello son tan escasas las referencias que se nos han conservado acerca de las regiones extrasiáticas, hasta el punto que el ya mencionado Harpocración atribuye su noticia sobre los esciápodes a un periplo alrededor de Asia, al ser éstas las noticias más abundantes que habían quedado en la tradición de la obra periegética de Ctesias de Cnido.

Un mero nombre es casi también el de **Éforo de Cumas**, quizá el historiador más importantes del siglo IV a.C. Éforo compuso una historia universal en treinta libros que constituye el primer ejemplo de esta clase de obra historiográfica. Los libros IV y V estaban consagra-

---

123 Los fragmentos en JACOBY, FGrHist 688. Una traducción de los mismos al francés en *Ctésias. Histoires de l'Orient*, París, 1991, pp. 132-135, a cargo de J. Auberger.

124 De ser cierta la adscripción de la noticia a Ctesias por parte de Servio en su Comentario virgiliano, ello implicaría que el médico cnidio, conocía la obra de Piteas que fue el descubridor de dicha isla al mundo griego. Sin embargo, quizá se trata de un simple error por parte de Servio, que acompaña el nombre de Ctesias con el de un tal Diógenes, en clara referencia sin duda al autor de las *Maravillas más allá de Tule*, una novela de tema fantástico en la que la ya mítica isla desempeñaba un papel importante.

dos en su integridad a ofrecer una descripción geográfica de toda la ecúmene. Éforo iniciaba su descripción a la manera de los viejos periplos, partiendo de las columnas de Heracles. A continuación proseguía su camino en el sentido de las agujas del reloj por todas las costas del Mediterráneo y el mar Negro hasta terminar regresando al mismo punto, ahora ya en la costa africana. La obra no se ha conservado hasta nosotros y debemos conformarnos con los escasos fragmentos que nos transmiten Estrabón, que parece haber utilizado el testimonio de Éforo casi sin alteraciones, y una *Periégesis* de mediados del siglo II a.C. atribuida falsamente al geógrafo Escimno de Quíos, que utilizó para su composición los libros de contenido geográfico de Éforo como una de sus fuentes principales[125].

Entendida la geografía como el preámbulo natural de su historia, que se remontaba hasta los tiempos míticos, el panorama del mundo que ofrecía Éforo no correspondía necesariamente con el de su propio tiempo. Se trataba más bien de una compilación de fuentes diversas que remitían a diferentes momentos de la larga historia que se disponía a desarrollar a continuación, desde ciertas digresiones sobre la geografía homérica o historias de fundación de ciudades, hasta noticias más recientes extraídas de repertorios como el de Hecateo, o de los viejos periplos arcaicos que todavía eran accesibles en su tiempo. Una imagen, en suma, arcaica y descompensada que ha quedado definida en su célebre representación de la tierra en forma de rectángulo cuyos lados estaban ocupados por los diversos pueblos que definían los confines del orbe por sus cuatro puntos cardinales: escitas por el norte, etíopes por el sur, indios por el oriente y celtas por occidente.

El primero de los dos libros estaba dedicado a la descripción de Europa y a juzgar por los fragmentos que pueden adscribirse con cierta seguridad al mismo contenía noticias sobre la península ibérica, la Céltica (sur de Francia), Italia, Sicilia, Creta, Tracia y el Quersoneso. El segundo se ocupaba de Asia y a juzgar por los fragmentos conservados una buena parte del mismo estaba dedicada a Asia Menor. Sus noticias abundan especialmente en los aspectos topográfico y etnográfico a la manera de las viejas *Periégeseis* como la de Hecateo, por lo que ha sido considerado por algunos como el último representante de la geografía jonia[126].

---

[125] Los diferentes fragmentos se encuentran recogidos en JACOBY, FGrHist 70 F 30-53 y 128-172. La geografía de Éforo no ha sido precisamente el tema que ha suscitado una mayor atención por parte de los estudiosos modernos; así, la monografía de BARBER, *op. cit.*, dedica tan sólo al tema un breve apéndice de dos páginas, pp. 175-176. Sobre la dependencia de Estrabón de la geografía de Éforo, J. FORDERER, *Ephoros und Strabo*, Diss. Tübingen, 1913; sobre la dependencia de la *Periégesis* del Pseudo Escimno de la obra de Éforo, BIANCHETTI, *op. cit.*.

[126] PÉDECH, *La géographie des grecs*, pp. 56-58.

Su descripción de los escitas, quizá uno de los episodios más comentados de sus libros geográficos, constituye el más claro ejemplo de su actitud en este terreno de la descripción etnográfica. Éforo nos presenta una imagen de los escitas como un pueblo primitivo e idealizado cuyo modo de vida bien podría constituirse en ejemplo a causa de su sentido de la justicia. Son justos en sus relaciones recíprocas, frugales en su dieta alimentaria y poseen todo en común, un modo de vida que los hace prácticamente invencibles en sus enfrentamientos con otros pueblos ya que no tienen ninguna razón que les haga soportar la esclavitud[127]. Ciertamente hace también alusión a la ferocidad y crueldad de sus costumbres, a la que según afirma el propio Éforo han aludido otros autores, pero parece que él opta claramente por quedarse con la otra cara de la moneda. De hecho, incluye entre los escitas al sabio Anacarsis, considerado entre los siete sabios por su autocontrol y su buen sentido, y le atribuye además inventos culturales destacados como los fuelles, el ancla de dos uñas y la rueda de alfarero[128].

Esta visión de las cosas parece apartarle de la versión de Heródoto, que era posiblemente la mejor fuente de información disponible a este respecto. Aun con todo, es muy probable que Éforo utilizase abundantemente para su descripción de Escitia el correspondiente *lógos* herodoteo, tal y como parece desprenderse del pasaje del Pseudo Escimno que trata sobre esta parte del orbe cuyas diferencias con el relato de Heródoto no parecen muy significativas[129]. De todas formas, Éforo se dejó atraer también por la tendencia idealizadora de estos pueblos del norte que ya había hecho antes su aparición en la poesía griega, tal y como el propio historiador reconoce en el pasaje transmitido por Estrabón, y seguramente esta inclinación le llevó a modificar en el sentido deseado algunas de las indicaciones herodoteas que le habían servido de referencia básica, sin descartar tampoco el uso alternativo de obras como la de Aristeas, que abundaba quizá en esta dirección.

A pesar de estos condicionantes la obra geográfica de Éforo revela también ciertos avances en los conocimientos geográficos griegos. Su

---

[127] Str. VII, 3, 9. K. TRÜDINGER, *op. cit.*, pp. 140-141, considera este pasaje como el primer ejemplo de idealización de pueblos primitivos. Más crítico en este sentido se muestra VAN PAASEN, *The Classical Tradition of Geography*, pp. 256-257.

[128] Una discusión acerca de este pasaje y sus posibles influencias y fuentes de información en J. R. GARDINER-GARDEN, *Greek conceptions on Inner Asian Geography and Ethnography from Ephorus to Eratosthenes*, *Papers on Inner Asia*, núm. 9, Bloomington, Indiana, 1987 (sin numeración de páginas), donde se recoge la bibliografía anterior pertinente.

[129] Así lo creyó ya E. H. BUNBURY en su *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till the Fall of the Roman Empire*, Nueva York, 1879, vol. I, p. 185, sin embargo, GARDINER-GARDEN, *op. cit.*, cree deterctar la presencia de otras fuentes junto al relato herodoteo.

interés por las regiones más occidentales de Europa debió estar propiciado por un mejor conocimiento de toda esta zona, como ponen de manifiesto su distinción entre Gades y Eritía, su afirmación sobre la existencia de un templo de Heracles sobre el Cabo Sagrado (San Vicente), o su familiaridad con el fenómeno de la expansión céltica. La identificación de los viajes míticos de Heracles con los puntos extremos de la geografía del extremo occidente deja translucir, en opinión de Serena Bianchetti, un claro intento de marcar de esta forma los límites alcanzados por la expansión griega en unas regiones que hasta entonces habían estado sumidas casi en la más completa oscuridad[130].

Demuestra poseer también ciertas vagas nociones sobre la geografía de las regiones célticas y sobre los confines del continente africano. Mencionaba quizá a los cimbrios, incluía en su descripción una serie de ciudades de Libia y proporcionaba también noticias acerca de las islas existentes en el mar Eritreo[131]. Unas informaciones procedentes quizá del flujo inarticulado de noticias que llegaban por entonces hasta los puertos griegos, a los que arribaban mercancías desde Italia, Sicilia, África, Egipto, Chipre, las islas, Macedonia, la Propóntide y el Helesponto, según declara el propio Éforo en un fragmento dedicado a explicar la ventajosa situación de Beocia por su abundancia de puertos[132].

Sin embargo, al mismo tiempo son todavía muy evidentes las importantes limitaciones que dichas noticias dejaban entrever al ajustarse a los esquemas míticos que convertían estas regiones de los confines del mundo en lugares excepcionales en los que el poder indomable de la naturaleza podía percibirse en toda su crudeza. Así, parece que Éforo refería una noticia sobre los celtas que hablaba de la existencia de grandes mareas que arrasaban frecuentemente sus lugares de habitación, viéndose obligados estos pueblos a reconstruir continuamente sus hogares. Del mismo modo se refería también a la isla de Cerne, situada en los confines de Etiopía, a la que resultaba imposible arribar desde las aguas del mar Eritreo a causa del calor imperante más allá de las columnas de Heracles. Una circunstancia que explicaba quizá el hecho, parece que también referido por Éforo, de que estaba únicamente poblada por tribus etíopes, quedando de esta forma confinada en un espacio inabordable, utópico y por ello indefinido y ajeno a la geografía real, ya que, según parece lamentarse Plinio, no se hablaba para nada de datos tan esenciales como su tamaño o la distancia que la separaba del continente.

---

130 BIANCHETTI, *op. cit.*, pp. 42 ss.

131 Str. VII, 1, 2 (celtas); varias entradas en la Suda y Esteban de Bizancio (ciudades de Libia); Plin., *N.H.*, VI, 198 (islas del mar Eritreo).

132 Str. IX, 2, 2.

De todas formas, parece que la descripción de Éforo tenía pretensiones de ser ordenada y completa y se insertaba además dentro de un esquema regular de la ecúmene, ilustrado quizá por medio de un sumario mapa. Sin embargo, sus resultados finales se hallaban ampliamente condicionados por factores tales como la procedencia dispar de sus informaciones, su subordinación a los viejos esquemas míticos, la supeditación de su geografía a los intereses superiores de la historia de la que formaba sólo una parte, y su inclinación «didáctica» y moralizante. Una geografía en suma de carácter libresco cuyas aspiraciones finales no eran contribuir en alguna medida al descubrimiento del mundo real para sus lectores.

Otro nombre es el de **Eudoxo de Cnido**, un geómetra y astrónomo griego que vivió en la primera mitad del siglo IV a.C. y compuso una descripción global de la tierra *(Períodos ges)* en siete libros. Al igual que Éforo, su tratado debió ir probablemente acompañado de un mapa ilustrativo. Su obra no ha llegado tampoco hasta nosotros y, como suele ser ya norma en estos casos, debemos limitarnos a tratar de reconstruir algunos retazos de su contenido a través de la detenida consideración de sus fragmentos[133]. Sus informaciones proceden una vez más de obras anteriores como las de Heródoto o Ctesias de Cnido, pero también de comerciantes que frecuentaban las regiones del mar Caspio sobre la que Eudoxo demuestra una cierta familiaridad. Así mismo sumaba a estos materiales su propia experiencia viajera que le llevó hasta Egipto, donde realizó además importantes observaciones astronómicas. Su amplia descripción del país del Nilo y sus correcciones a algunas de las afirmaciones realizadas anteriormente por Heródoto revelan su conocimiento de primera mano de las tierras del Nilo[134].

Desde luego, Eudoxo no era ningún lego en la materia. Sus conocimientos de geometría y astronomía le permitían valorar más adecuadamente dentro de su contexto todas las nuevas informaciones que pudiera recibir. Tenía sus propias ideas sobre la forma de la superficie terrestre cuya longitud evaluaba en el doble que su anchura, así como sobre la existencia de dos hemisferios, uno septentrional y otro meridional, con similares condiciones climáticas que se alternaban con el movimiento del Sol entre los trópicos. Pudo haber deducido incluso la

---

[133] Los fragmentos se encuentran reunidos por F. LASERRE, *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, Berlín, 1966, pp. 96-127. Sobre la obra de Eudoxo, F. GISINGER, «Die Erdbeschreibung des Eudoxos von Knidos», en F. BOLL, ed., *ΣΤΟΙΧΕΙΑ, Studien zur Geschichte des antiken Weltbildes und der griechischen Wissenschaft*, Leipzig-Berlín, 1921, y el comentario de Laserre a los fragmentos en pp. 236-268.

[134] Al respecto, G. MÉAUTIS, «Eudoxe de Cnide et l'Egipte», *RP*, 43, 1919, pp. 21-35. Sobre la más que posible influencia de las informaciones de Eudoxo sobre Egipto en la obra de Platón, FROIDEFROND, *Le mirage égyptien*, pp. 318 ss.

forma esférica de la Tierra sobre la base de sus atinadas observaciones astronómicas realizadas en Egipto, Cnido y la región de la Propóntide, que conducirían más tarde al nacimiento de la denominada geografía matemática de la mano de Eratóstenes[135]. Sin embargo, sus manifiestos intereses por los problemas matemáticos de la esférica, como buen discípulo de Platón que era, y su preocupación por la determinación de latitudes concretas que en muchos casos escapaban por completo a su comprobación directa y debían basarse tan sólo en su razonamiento deductivo, ha llevado a pensar que su contribución pudo ser mucho más decisiva y determinante en lo que concierne al diseño del globo celeste que al mejor conocimiento de las regiones circundantes del orbe helénico[136].

No tenemos ni siquiera la seguridad de un nombre a la hora de determinar con precisión la fuente o fuentes de las que se sirvió **Aristóteles** para componer su obra los *Meteorológicos*, en la que aparecen dispersas ciertas informaciones de carácter geográfico que reflejan la consulta de una obra de tipo periegético. El propio Aristóteles alude a este tipo de literatura en un momento dado de su obra cuando trata de ilustrar su afirmación de que los grandes ríos fluyen de las más grandes montañas[137]. A la vista del cuadro sumario que ofrece a modo de ejemplificación de las diferentes cadenas montañosas que cerraban por sus extremos los diferentes confines del mundo y de los ríos que fluían desde ellas, Aristóteles pudo tener a la vista uno de esos mapas esquemáticos que ofrecían un diseño simple de la configuración de la superficie terrestre mediante la indicación de los principales ríos y montañas como verdaderos delimitadores de un espacio abierto y en gran medida completamente desconocido.

Seguramente habían afluido al Liceo numerosas obras de esta clase dentro del esfuerzo compilatorio que caracterizó a la escuela aristotélica, dispuesta a reunir en su seno todas las informaciones disponibles sobre los diferentes campos del saber[138]. De hecho, Aristóteles menciona en su sumario panorama algunos datos que no aparecen en ninguna otra de las fuentes que conservamos, como los nombres de los ríos africanos que fluían desde las montañas de Etiopía[139]. Demuestra poseer igualmente algunas vagas nociones sobre las regiones del extremo occidental de Europa, como pone de manifiesto su mención de

---

[135] En este sentido véanse las observaciones de W. A. HEIDEL, *The frame of the Ancient Greek maps*, Nueva York, 1937, pp. 95-102.

[136] Así lo cree DILKE, *op. cit.*, pp. 22 y 26.

[137] Arist., *Met.*, I, 350a.

[138] M. VEGETTI, «Aristotele, Il Liceo e l'enciclopedia del sapere», en G. CAMBIANO *et alii*, eds., *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. I, tomo II, Roma, 1993, pp. 587-611, y R. FRENCH, *Ancient Natural History*, Londres, 1994, pp. 114 ss.

[139] Arist., *Met.*, I, 350b.

los ríos Danubio y Tarteso, que fluyen desde la cadena montañosa de los Pirineos, o los ríos que fluyen hacia el norte desde los montes Hercinios. Vagas nociones que siguen reflejando un profundo desconocimiento de la realidad geográfica del territorio europeo, tal y como puede verse a través de errores tan señalados como situar el origen del Tarteso en los Pirineos o el que se haga atravesar al Danubio todo el continente.

Las regiones orientales parece en cambio que le resultan algo más familiares, como reflejan sus noticias acerca del Cáucaso o de la región del mar Caspio. Sus noticias al respecto, que distan mucho de ser exactas, no proceden con toda seguridad de las informaciones llegadas con la expedición de Alejandro por aquellas comarcas, ya que la obra se publicó con toda probabilidad antes de que se iniciara la aventura oriental del monarca macedonio[140]. Así parecen probarlo hechos como su tosca concepción de la región del Hindu Kush y su adhesión a la condición de mar cerrado del mar Caspio, que la expedición posterior de Patrocles, bajo las órdenes de Alejandro, convertiría equivocadamente en un golfo del océano exterior. Parece que utilizó más bien fuentes anteriores de carácter libresco como Éforo o Eudoxo de Cnido o a autores como Ctesias, que había descrito en su obra aspectos sobre la fauna y los ríos que atravesaban Asia central[141].

Ciertamente Aristóteles no conoció de primera mano ninguna de estas regiones y obtuvo, por tanto, todas sus informaciones al respecto de las obras de sus predecesores, quizá sin seguir fielmente a ninguna de ellas. De hecho, en sus noticias se detecta la existencia de algunas contradicciones como en sus afirmaciones sobre el Caspio, reducido en un principio a un único mar situado a los pies del Cáucaso y en el que desembocan varios ríos, que aparece luego desdoblado en dos en un pasaje posterior como el Hircanio (el Caspio) y el Caspio (el Aral)[142]. Una posible explicación de estas contradicciones residiría quizá en el hecho de que Aristóteles ha manejado fuentes diversas en la confección de los dos respectivos pasajes. A las noticias extraídas de la contemplación y lectura de una *Períodos ges* que le habría suminis-

---

[140] Sobre los problemas de datación que presenta la obra, véanse las consideraciones de H. D. P. LEE en su edición en la colección Loeb, Aristotle, *Meteorologica*, Londres, 1952, pp. XXV-XXVII.

[141] JACOBY, en su artículo sobre Ctesias para la Pauly Wisowa, s.v. «Ktesias», *RE*, IX, 2, 1922, cols. 2072-2073, descarta la influencia de Ctesias para proponer como alternativas mejores la obra de Eudoxo de Cnido o alguna de las revisiones anteriores que se hicieron de la obra de Hecateo. En favor de Ctesias se pronunció P. BOLCHERT, *Aristoteles Erdkunde von Asien und Libyen*, Quellen und Forschungen zur alten Geschichte und Geographie, Heft 15, Berlín, 1908, pp. 15-22. GARDEN-GARDINER, *op. cit.*, se muestra partidario de esta última opinión.

[142] Así, Arist. *Met.*, I, 351a y II, 354a.

trado el marco general de su geografía, habrían sustituido en momentos más puntuales de la obra otra clase de informaciones más precisas, procedentes esta vez de testimonios autópticos o muy cercanos a ellos.

Quizá Aristóteles dio también cabida en su obra a noticias de carácter oral mucho menos sistematizadas que procedían de los comerciantes que circulaban desde mucho tiempo atrás por aquellas rutas. Así lo confirmarían algunas afirmaciones, como la capacidad cada vez más reducida que la laguna Meótide ofrecía para este tipo de navíos, mucho menor ahora que sesenta años antes, o la visión lejana del Cáucaso desde una zona del mar denominada «las profundidades» a causa de la imposibilidad de tocar fondo mediante una sonda[143]. Quizá también por esta misma vía habrían llegado a conocimiento de Aristóteles algunas de las noticias acerca de la curiosa fauna de estos países como el tarando (posiblemente el reno o el alce), que han dejado su huella en repertorios posteriores[144].

Aristóteles pudo haber utilizado también esta clase de informantes sobre las regiones occidentales, aunque en este caso sus noticias eran mucho menos precisas y consistentes, tal y como desvelan sus escuetas alusiones al carácter navegable del Ródano o las noticias más fabulosas acerca de las costas occidentales africanas, que han podido dejar su huella en el tratado posterior antes mencionado, convertidas ya entonces en puros elementos de carácter paradoxográfico. Nos referimos a noticias tales como la existencia de una montaña denominada Uranio, en cuyas proximidades existía una fuente de aceite aromático, a los bloques de sal fósil cerca de Utica, o a la cantidad sorprendente de atunes que había en un lugar distante cuatro días de navegación de las columnas de Heracles[145]. Noticias todas ellas que, dejando de lado su carácter sensacional, tienen como común denominador la mención de productos susceptibles de comercio e incluso en el último de los ejemplos la mención de la distancia hasta el lugar.

Una geografía, en suma, en la que se mezclaban las informaciones de carácter libresco con otras menos sistematizadas, pero mucho más realistas, que sin embargo todavía encontraban quizá ciertas dificultades para su completa asimilación dentro de los esquemas teóricos, de indudable sello mítico, que regían la representación griega del mundo. En el caso de Aristóteles se sumaban a ello sus inclinaciones científicas, más en consonancia con los avances realizados en el terreno astronómico y en el estudio del medio ambiente, como se aprecian en obras como las de Eudoxo de Cnido o en el tratado hipocrático antes

---

143 Arist., *Met.*, I, 353, a y 351, a.

144 La noticia aparece en el tratado pseudoaristotélico denominado *Mirabiles Auscultationes*, 30, y en léxico de Esteban de Bizancio bajo la entrada «Gelonos».

145 *Mir. Ausc.*, 113, 134 y 136.

comentado. Esta postura más racionalizante se deja sentir en afirmaciones como su rechazo de los relatos fantásticos que se habían elaborado en torno a los montes Ripeos. Sin embargo, el nombre de la mítica cadena montañosa, que Heródoto había evitado cuidadosamente a lo largo de todo su *lógos* escítico, continuaba vivo, como una muestra más de la desconexión todavía existente entre la percepción de la realidad geográfica y la tradición erudita y literaria que pretendía dar forma a una descripción coherente del orbe.

Extraordinariamente poco es lo que sabemos de la *Descripción de la tierra* compuesta por uno de los discípulos de Aristóteles, **Dicearco de Mesina**. Escribió su obra a finales del siglo IV a.C. en unos momentos, por tanto, mucho más favorables que sus antecesores ya que contaba con nuevas informaciones tanto para occidente, provenientes de la expedición de Piteas hacia los mares del norte, como para todo el mundo oriental gracias a la expedición de Alejandro. La obra debió consistir en las explicaciones pertinentes para el diseño del nuevo mapa de la superficie terrestre. A consecuencia de las nuevas informaciones, Dicearco prolongaba tanto la latitud como la longitud del mundo habitado en las dos direcciones, desde las columnas de Heracles hasta el lugar en el que Alejandro había detenido su avance, y desde el círculo polar hasta la región de Méroe en el sur.

Los fragmentos de su obra que han llegado hasta nosotros apenas permiten hacernos una idea del cúmulo de informaciones que contenía y del tratamiento dispensado a las mismas[146]. Tan sólo sabemos del trazado de una línea longitudinal que atravesaba todo el Mediterráneo desde las columnas de Heracles pasando por Sicilia, Cerdeña y el Peloponeso, para prolongarse después a lo largo de la cadena del Tauro, que según la creencia de los griegos se extendía ininterrumpidamente a lo largo de las costas meridionales de Asia Menor hasta el Hindu Kush. Dicho trazado tenía una función cartográfica precisa que anticipaba y esbozaba mediante el cruce de un meridiano ideal que iba desde la ciudad egipcia de Siene hasta Lisimaquia, en las proximidades de los estrechos de los Dardanelos, la representación del mundo más geométrica que encontramos ya más desarrollada en Eratóstenes[147].

Dicearco procedió también a la medición de las distancias de ambos trazados y a una estimación matemática de la altitud de las diferentes montañas. Aunque los pocos datos que conocemos a este respecto distan considerablemente de ser exactos, no debemos olvidar que además de los cálculos matemáticos que su esquema le facilitaba,

---

[146] Los fragmentos de Dicearco se encuentran recogidos en F. WEHRLI, *Die Schule des Aristoteles, Heft I, Dikaiarchos*, Basilea/Stuttgart, 1967, pp. 34-35 (fr. 104-115).

[147] Sobre los avances conseguidos por Dicearco en esta dirección, HEIDEL, *op. cit.*, pp. 110-121.

Dicearco debió utilizar también las informaciones más precisas que llegaban entonces desde los distintos ámbitos gracias a los logros conseguidos por Alejandro y Piteas. La lamentable pérdida de su obra nos ha privado de conocer con detalle, o siquiera de forma aproximada, el contenido de todas estas informaciones que suponían sin duda un avance considerable en el conocimiento del mundo.

## AIRES NUEVOS, MOLDES VIEJOS

Las extraordinarias circunstancias históricas que concurrieron en la última parte del siglo IV a.C., como la expedición de Alejandro hasta los confines de oriente o el increíble viaje de Piteas hasta los mares del norte, propiciaron un avance espectacular de los conocimientos geográficos griegos. La apertura de horizontes se produjo, por tanto, en ambas direcciones, si bien en el caso de Piteas fueron muy pocos los que tomaron parte de la experiencia ya que desconocemos la manera en la que viajaba el intrépido navegante marsellés. Por el contrario, la expedición de Alejandro afectó de forma directa a un buen número de gentes que se vieron implicadas en el desarrollo de la propia campaña, como soldados, asistentes, o formando parte de la numerosa comitiva que acompañaba a las tropas, compuesta de artesanos, buhoneros, comerciantes, cambistas, atletas, artistas, médicos, adivinos, estudiosos, y en general todo tipo de gentes cuyo objetivo era cubrir las necesidades prácticas diarias de un cuerpo expedicionario tan numeroso[148].

Muchos de estos individuos pudieron contemplar con sus propios ojos unos paisajes y unas gentes que hasta entonces habían permanecido semiocultos tras el velo de la ficción y la fantasía. Las noticias llegadas hasta suelo griego a través de la simple comunicación oral de estas gentes acrecentó sin duda el conjunto de informaciones disponibles, si bien en la gran mayoría de los casos se trataba siempre de noticias dudosas y poco fiables que en muchas ocasiones, quizá habitualmente, sufrían la hinchazón artificial en los relatos de sus primeros emisores. De cualquier forma, el flujo creciente de noticias que llegaban desde los confines de Asia a través de estos canales de comunicación oral, con todas sus fluctuaciones, se vio sin duda mucho menos sometido a la imposición de los parámetros imperantes que filtraba todo este tipo de informaciones.

Dicho condicionante se dejó sentir con mucha mayor fuerza en las versiones literarias que surgieron a raíz de la expedición oriental por obra de quienes tomaron parte en ella dentro del numeroso grupo de

[148] Sobre este aspecto de la expedición de Alejandro, P. FAURE, *La vie quotidienne des armées d'Alexandre*, París, 1982, pp. 37 ss.

intelectuales y estudiosos convocados por el propio Alejandro o por quienes, basándose en estos relatos de primera mano, elaboraron con posterioridad obras similares. Todos los denominados historiadores de Alejandro incluyeron en sus obras numerosas noticias sobre la expedición, más o menos sistematizadas, que se referían a la descripción puntual de paisajes imponentes, de una fauna singular y de unos pueblos exóticos y salvajes que practicaban costumbres curiosas. Casi todo era motivo de asombro para unos hombres que pisaban por vez primera, o al menos tenían esa sensación, unas tierras por las que hasta entonces sólo habían discurrido los viejos héroes como Heracles, dioses como Dioniso o grandes conquistadores bárbaros como el egipcio Sesostris o el persa Ciro. La experiencia merecía la pena y quizá uno de sus mejores alicientes era el poder contarlo a los otros.

De todo este cúmulo de relatos e historias ninguna ha conseguido llegar hasta nosotros en su integridad. Conservamos tan sólo retazos dispersos a través de toda la tradición literaria antigua, griega y latina, o reelaboraciones posteriores como las de Plutarco o Arriano, cuyos objetivos personales les impulsaron a llevar a cabo un despiadado proceso de selección en sus fuentes que ha dejado en el camino una masa impresionante de informaciones preciosas. Las noticias de esta clase no constituían el interés primordial de un moralista como Plutarco, decidido a resaltar tan sólo aquellos acontecimientos que contribuían a dibujar el perfil psicológico y humano de sus protagonistas, ni de un militar con pretensiones literarias como Arriano, llamado a convertirse en el Homero del gran Alejandro[149].

De todas formas, a través del marasmo de la tradición literaria, incluidos también estos dos autores, nos han llegado ecos dispersos de la experiencia excepcional que la expedición constituyó desde el punto de vista geográfico como un encuentro con un nuevo mundo que se abría ahora por primera vez a la contemplación y al análisis de sus privilegiados protagonistas. Valga como ejemplo el célebre pasaje de Plutarco que alude a los resultados de la misma:

> «... experiencias propias de la expedición de Alejandro: tormentas, sequías, ríos profundos, cimas sin aves, espectáculos prodigiosos de fieras, formas salvajes de vida, cambios de poderes y dobles traiciones»[150].

Por el oriente la expedición alcanzó hasta el río Hífasis, uno de los afluentes orientales del Indo, por el norte hasta las cuencas de los ríos

[149] Sobre el carácter literario y simbólico del espacio geográfico en el relato de Arriano, Ch. Jacob, «Alexandre et la maitrise de l'espace», *QS*, 34, 1991, pp. 5-40=*Voyages et voyageurs aun Proche-Orient ancien*, Les cahiers du CEPOA 6, Lovaina, 1995, pp.111-135.

[150] Plut., *Mor.*, 327c.

de Asia central Amu-Daria y Sir-Daria, y por el sur hasta el océano Índico, bordeando luego sus costas hasta el golfo Pérsico. Fueron muchos, por tanto, los territorios inexplorados hasta entonces que recorrió la expedición a lo largo de los once años que duró la campaña y seguramente muchos fueron también los descubrimientos realizados en todos los terrenos que fueron cuidadosamente recogidos por los respectivos especialistas que marchaban en la comitiva. Un conjunto de noticias valiosas que ha quedado disperso en obras posteriores como la geografía de Estrabón, en otras de carácter enciclopédico o heterogéneo como las de Eliano, Ateneo o Plinio, o en repertorios de curiosidades como la literatura paradoxográfica[151].

A través de diferentes pasajes dispersos de Estrabón, Quinto Curcio y Arriano principalmente, se reconstruyen algunos de los paisajes atravesados por las tropas macedonias en su marcha penosa, pero imparable hacia los confines orientales. Valles imponentes, desoladas llanuras, impenetrables cordilleras, ríos caudalosos, bosques y desiertos, tierras cultivadas y salvajes se iban sucediendo al paso de la expedición según se adentraba en territorios desconocidos una vez que dejó atrás las capitales persas y emprendió la persecución primero de Darío y después la de sus asesinos. Surgen también a la vista mediante este puzzle de impresiones poblaciones nómadas y agrestes que oponían una tenaz resistencia al avance de los macedonios, ciudades prósperas que contaban con abundancia de recursos o los efectos terribles de las inclemencias climáticas que debieron soportar, desde el tórrido calor de los desiertos hasta el frío helador de las cordilleras nevadas. Los efectos de asombro que produjo una flora y una fauna singulares, con árboles gigantescos y animales de todas clases, han dejado también sus huellas en nuestra tradición literaria, sobre todo en obras especializadas como la de Teofrasto, el discípulo de Aristóteles que escribió una obra sobre las plantas, o en repertorios diversos como el de Eliano dedicado a las curiosidades zoológicas.

Alejandro envió además diversas expediciones de exploración con el fin de conocer mejor algunas de las regiones limítrofes que por la fuerza de las necesidades militares, verdadero objetivo principal de la marcha, iban quedando atrás o como prospectiva de futuras conquistas. Este último fue el caso de la península arábiga en busca de una vía marítima que conectara sus nuevos dominios orientales con Egipto a tra-

---

[151] Sobre la expedición de Alejandro enfocada desde esta perspectiva geográfica pueden verse los trabajos de CARY y WARMINGTON, *The ancient explorers*, pp. 142-152, y H. BERVE, «Alexander der Grosse als Entdecker», en *Gestaltende Kräfte der Antike*, Munich, 1949, pp. 88-108. Una idea de la escasa atención que ha suscitado entre los estudiosos modernos dicha cuestión se obtiene del sumario apartado que le dedica J. Seibert, *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1972, pp. 216-217, en su recensión bibliográfica.

vés del mar eritreo. Conocemos así la expedición de **Arquias** hacia el golfo Pérsico, que descubrió la isla de Bahrein, continuada después por la de **Andróstenes de Tasos**, que elaboró un pormenorizado relato de su viaje que contenía mediciones detalladas del trayecto, importantes apreciaciones sobre el tráfico comercial que discurría por aquellas aguas y numerosas noticias de carácter botánico que fueron luego utilizadas por Teofrasto. Sus pasos fueron seguidos después por un tal **Hierón** ya con el objetivo directo de enlazar por mar con Suez. Su expedición fracasó sin embargo a causa del carácter interminable y desolado de las costas arábigas, que le llevaron a suponer que el tamaño de Arabia era similar al de la India. En dirección al norte, Alejandro envió a **Heraclides** con el objetivo de explorar el mar Caspio y comprobar si realmente se trataba de un golfo que daba salida al océano exterior.

Los pasos de Alejandro no se daban al azar ni como resultado de sus locos deseos de aventura o en su afán de emulación de los antiguos héroes como Heracles. Con independencia de los ecos que la propia propaganda regia ha dejado en nuestras fuentes, lo cierto es que Alejandro llevaba consigo un amplio equipo de estudiosos y especialistas con una finalidad concreta: la de contribuir con sus respectivas habilidades y saberes al dominio del espacio abarcado por las nuevas conquistas[152]. Los denominados bematistas eran los encargados de medir las distancias entre unos puntos y otros, contribuyendo quizá de esta forma al establecimiento posterior de una rudimentaria cartografía. Algunos de ellos emprendieron también expediciones con este objetivo y dejaron constancia de sus resultados en informes cuyos contenidos han dejado sus huellas en la tradición posterior[153].

Sin embargo, la imagen que han transmitido los principales autores que escribieron acerca de la expedición, tales como Onesícrito, Aristóbulo, Nearco y poco después Clitarco, no se corresponde con un conocimiento preciso y detallado de una nueva realidad geográfica recientemente descubierta[154]. Por el contrario, sus relatos estaban llenos de noticias de carácter maravilloso en las que desfilaban paisajes cuasi utópicos como el país de Musicano en la India, pueblos fabulosos que ampliaban la nómina ya existente sobre los habitantes de esta condición que moraban en los confines del orbe, animales sorprendentes como enormes serpientes que alcanzaban una longitud y un tamaño inusitado, y prodigios naturales de todas clases. Esta inclinación hacia

---

[152] Str. II, 1, 6, afirma que estos autores habían redactado un informe global para Alejandro que conservó luego tras su muerte el tesorero Jenocles, quien lo pasó más tarde a Patrocles (véase más adelante).

[153] Sobre los bematistas, CARY y WARMINGTON, *op. cit.*, p. 149.

[154] Sobre los paisajes descritos, PÉDECH, «Le paysage chez les historiens d'Alexandre», *QS*, 1975, 1, pp. 1-15, y 1977, pp. 119-133.

lo maravilloso afectó incluso a los bematistas, aparentemente más apegados al terreno a causa de su ocupación en medir las distancias. Sabemos por Plinio que **Batón**, uno de ellos, hablaba en su relato de gentes que vivían en valles del Himalaya y tenían sus pies vueltos hacia atrás. Su incapacidad de adaptación a otro clima hacía imposible que se les trasladara a la corte de Alejandro, salvando con este hábil procedimiento la sospecha de fabulación indemostrable[155].

Ciertamente no faltaban tampoco de sus obras apreciaciones más consistentes que derivaban de su observación directa sobre el terreno, sobre todo en el caso de **Aristóbulo**, una especie de técnico interesado en las actividades comerciales y agrícolas de las diferentes comunidades humanas que la expedición fue encontrando en su camino. Como observador interesado de las curiosidades naturales incluyó en su obra numerosas noticias sobre la topografía, la hidrografía, la etnografía, la zoología y la botánica de los diferentes territorios por los que atravesó la expedición, siendo quizá el único de los historiadores de Alejandro que mostró verdadero interés por los paisajes impresionantes que se ofrecían a la contemplación[156].

El caso de **Onesícrito** es completamente diferente. Aunque debió dejar constancia en su relato de numerosas observaciones naturales, los verdaderos resortes que determinaron la selección de sus noticias fueron su afición a lo extraordinario y el deseo de fascinar a su auditorio con rarezas, curiosidades y maravillas de todo tipo. Pretendía sobrepasar a sus predecesores en la descripción de las maravillas de la India, Heródoto y Ctesias, valiéndose de su condición de testigo directo de aquel país que lo convertía así en un testimonio mucho más digno de crédito. Ello no le impidió sin embargo prolongar en el tiempo la condición de tierra maravillosa que la India tenía dentro de la imaginación griega, dando cabida en su obra a paisajes más próximos de la utopía que de una realidad geográfica concreta o a excentricidades etnográficas de todo tipo. No en vano seguramente el nombre de Onesícrito figuró a lo largo de la Antigüedad entre los de aquellos fabuladores que habían referido toda clase de patrañas[157].

Aunque los historiadores de Alejandro recorrieron Asia al lado de la expedición y pusieron incluso los pies en suelo indio, a la hora de realizar sus observaciones y ordenarlas narrativamente después en un

---

[155] Plin., *N.H.*, VII, 11.

[156] Sobre los historiadores de Alejandro en general y sobre Aristóbulo en particular, PEARSON, *The lost histoires of Alexander the Great*, pp. 150-187 (Aristóbulo) y P. PÉDECH, *Historiens compagnons d'Alexandre*, pp. 390 ss. (sobre la contribución geográfica de Aristóbulo).

[157] Sobre Onesícrito, PEARSON, *op. cit.*, pp. 83-111; PÉDECH, *op. cit.*, pp. 127-155, y T. S. BROWN, *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Chicago, 1981 (Berkeley, 1949).

relato más o menos coherente no pudieron prescindir del pesado bagaje mítico e ideológico que condicionaba de manera considerable sus percepciones. La imagen del mundo y los esquemas de representación geográfica de las tierras del orbe no habían experimentado variaciones sustanciales y, por tanto, se buscaba enardecidamente encajar las nuevas informaciones dentro de los viejos moldes.

Los viejos errores subsistían, ahora además ampliados por identificaciones aventuradas como la del Tanais (Don) con el Yaxartes (Syr-Daria). Su presencia en las tierras de Asia central no les privó tampoco de prolongar falsas concepciones como la proximidad de aquella región con la laguna Meótide. Los viejos parámetros contribuían también a establecer falsos paralelismos entre el Indo y el Nilo, hasta llegar al convencimiento por parte de Alejandro de que había encontrado la solución al célebre debate de las fuentes del río africano. Como era de esperar, los nuevos datos proporcionados por el avance de la expedición en tierras hasta entonces desconocidas iban alojándose de forma progresiva y a veces un tanto forzada en los viejos esquemas conceptuales que constituían el único registro posible en el que situar y dar sentido a las nuevas informaciones[158].

A pesar de todo, la expedición de Alejandro sirvió sobre todo para dar una nueva dimensión a la ecúmene, ampliando de forma insospechada hasta entonces la percepción griega del espacio terrestre. Se adquiría de esta forma una visión continental, como ha señalado Pédech, basada en la inmensidad de los nuevos territorios conquistados con paisajes y gentes enormemente diversos, que sustituía así la vieja visión mediterránea, basada en la continuidad de la línea costera y en los diversos valles fluviales que afluían a ella[159]. Un mundo nuevo y distinto, abierto a las especulaciones geográficas antiguas que ampliaba las posibilidades de explicación y al que se trasladaban de inmediato los viejos confines del mito con toda su cohorte de aberraciones y fantasías.

Los avances en el conocimiento del mundo tras la muerte de Alejandro no fueron ya tan determinantes. Los nuevos reinos helenísticos que surgieron con la disgregación definitiva del fugaz imperio creado por las hazañas del joven macedonio emprendieron por su cuenta nuevas expediciones de exploración en las fronteras de los territorios que se hallaban ahora bajo sus dominios. La mayoría de ellas tenían como objetivos principales cuestiones mucho más pragmáticas que el simple conocimiento geográfico, tales como la perspectiva de nuevas rutas comerciales cuyo control, y por tanto los beneficios que se pudieran derivar de él, recayeran en manos de estos nuevos reinos, o el suministro de elemen-

---

[158] Sobre el tema, A. B. BOSWORTH, «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi*, 3, 1993, fas. 2, pp. 407-424.

[159] PÉDECH, *op. cit.*, p. 87.

tos tan fundamentales para la guerra como los elefantes, que los tolomeos buscaron afanosamente en el sur de Egipto para contrarrestar la superioridad en este campo de sus tradicionales enemigos los seléucidas.

Tenemos así noticias de la expedición emprendida en el primer cuarto del siglo III a.C. por un tal **Patrocles**, que era un gobernador seléucida, hacia el mar Caspio. Sus resultados fueron más bien decepcionantes si tenemos en cuenta que su relato, a pesar del crédito que le concedieron Eratóstenes y Estrabón, dio lugar a concepciones claramente erróneas como la de que podía irse navegando desde la India hasta dicho mar, o la de que el Caspio era un golfo del océano exterior[160]. Los argumentos en su favor que esgrime Estrabón son su familiaridad con los asuntos geográficos, la confianza de que había sido objeto de parte de los reyes Seleuco y Antíoco, promotores respectivos de la expedición, y el hecho de que contaba al parecer con el informe preciso que diversos autores habían redactado para Alejandro sobre todo el territorio, que le fue entregado por el tesorero Jenocles. No parece sin embargo, a juzgar por las conclusiones obtenidas, ni que su sabiduría fuera tan grande ni que el mencionado informe contuviera informaciones tan detalladas y exactas como se presuponía.

También dentro del dominio seléucida tenemos noticias acerca de la expedición de **Demodamante**, un general que estaba al servicio de los dos monarcas antes mencionados, que atravesó a comienzos del siglo III a.C. el río Yaxartes con el fin de consolidar la frontera nororiental del reino y redactó posteriormente un relato de su viaje que fue utilizado por Plinio para informarse acerca de estos territorios[161]. Sin embargo, las expediciones más fructíferas emprendidas bajo la tutela seléucida fueron sin duda las que se encaminaron hacia la India, en particular las de Megástenes y Deímaco[162].

**Megástenes** fue enviado por Seleuco I como embajador a la corte de Chandragupta a finales del siglo IV a.C. y residió durante algún tiempo en su capital Pataliputra, situada sobre el Ganges. Compuso un tratado sobre la India que suponía un notable incremento en los conocimientos griegos sobre este país ya que abarcaba en su relato regiones que no habían sido pisadas por las tropas de Alejandro y daba también cabida a una serie de noticias acerca de territorios todavía mucho más remotos como la isla de Ceilán o las regiones del Himalaya y el Tíbet. **Deímaco** fue también un embajador seléucida enviado poco tiempo después a la corte del sucesor de Chandragupta que al parecer compuso igualmente otro tratado al respecto.

---

160 Sus fragmentos en JACOBY, FGrHist 712. Str. II, 1, 2 y 6. Sobre la expedición de Patrocles, CARY y WARMINGTON, *op. cit.*, pp. 151-152.

161 Plin., *N.H.*, VI, 49. R. HENNIG, *Terrae incognitae*, Leiden, 1936, vol. I, pp. 172-173.

162 Los respectivos fragmentos en JACOBY, FGrHist 715 y 716.

Uno y otro fueron sin embargo acusados por Estrabón de haber propalado todo tipo de falsedades y mentiras en sus obras. El geógrafo griego les atribuye

> «historias sobre los hombres de orejas como camas, sobre los sin boca o los sin nariz, así como los de un solo ojo, los zanquilargos y los de dedos que se doblan hacia atrás; revivieron también la homérica batalla de las grullas contra los pigmeos, que llaman de tres palmos, y también hablaron éstos de las hormigas que excavan oro, de Panes con cabeza de alfiler, de serpientes que se tragan bueyes y ciervos, con cuernos y todo»[163].

Un panorama excesivamente poco alentador a la hora de constatar el avance de nuevos conocimientos, si la selección realizada por Estrabón es ciertamente significativa del talante de sus respectivas obras. Tanto uno como otro permanecían anclados en las viejas concepciones griegas que hacían de estas tierras de los confines un espacio abierto a toda clase de fabulaciones. Su estancia en el lugar sólo servía en principio para dar mayor consistencia a sus relatos repletos de fantasías que se veían así aparentemente avalados por la evidencia incontestable de un testimonio de primera mano.

Los intereses de Megástenes iban ciertamente por otros derroteros que los de contribuir de forma desinteresada y objetiva al avance de los conocimientos griegos sobre la India. Su estancia en la India era algo excepcional, debido a su condición de embajador, y por tanto tenía la completa seguridad de que muy pocos podrían contradecir sus afirmaciones sobre el país. No era cuestión de desaprovechar una oportunidad de estas características para contribuir con su particular granito de arena a la consolidación de la imagen fabulosa y maravillosa de la India dentro de la imaginación griega. El retrato ideal de la India trazado por Megástenes no se ajustaba del todo a la realidad objetiva a pesar de los numerosos datos geográficos que proporcionaba en su obra como los límites del país, los ríos, montes, ciudades, pueblos, flora y fauna, y sus recursos naturales. Como ha señalado Karttunen, Megástenes situó su experiencia india dentro del esquema ideológico griego y proyectó una utopía griega sobre la India, seleccionando casi inconscientemente de sus impresiones sobre la organización social del país y sobre las costumbres de sus habitantes tan sólo aquellos datos que servían a sus intenciones y venían a confirmar la concepción griega del estado ideal[164].

---

[163] Str. II, 1, 9. (traducción de J. L. García Ramón en Biblioteca Clásica Gredos).

[164] K. KARTTUNEN, *India in Early Greek Literature*, pp. 96-99, donde menciona la amplia bibliografía existente sobre dicho autor; particularmente importante sobre el aspecto utópico de su obra es A. ZAMBRINI, «Gli Indika di Megastene», *ASNP*, ser. 3, 12, 1983, pp. 71-149, y *ASNP*, ser. 3, 15, 1985, pp. 781-853.

También bajo los auspicios del reino tolemaico se emprendieron expediciones de exploración hacia los confines meridionales de sus dominios, especialmente en los primeros tiempos de la dinastía, con el objeto de controlar las vías comerciales que daban acceso a las regiones productoras del incienso y el resto de sustancias aromáticas y de conseguir elefantes para su uso en el ejército[165]. Conocemos los nombres de algunos de estos exploradores, como Filón que habría alcanzado en su viaje la isla denominada de los topacios al sur del mar Rojo, desde donde habría hecho llegar una de estas piedras preciosas hasta la corte como regalo para la reina Berenice[166]. Sabemos también de un tal Aristón que habría realizado una especie de periplo por el mar Rojo desde el Sinaí hasta el estrecho del Bab-el-Mandeb siguiendo la costa de Arabia[167]. Según nos informa Estrabón, un tal Sátiro llevó a cabo una misión exploratoria en estas regiones del sur del mar Rojo, en el territorio de los denominados trogloditas, en la búsqueda de territorios de caza de elefantes[168]. En esta misma dirección, por las costas africanas más allá del estrecho, se dirigieron los pasos de Simias, al parecer el primero que franqueó el paso del estrecho y se adentró en las regiones africanas al sur del cabo Guardafui. Al parecer, se trataba de un «amigo» del rey (un miembro de su entorno más inmediato) que llevó a cabo una serie de experimentos etnográficos en estas regiones con las poblaciones indígenas que las habitaban. Tras haber constatado que eran insensibles a los peores tormentos y no reaccionaban tampoco al pavoroso espectáculo de la masacre generalizada de sus esposas e hijos catalogó a estas gentes como «indolentes»[169]. Otros muchos nombres nos son conocidos a través de breves referencias en Plinio, Estrabón o por el testimonio aparentemente más seguro de algunos papiros o de las inscripciones conmemorativas que erigieron. Personajes como Eumenes, Filipo, Pitángelo, Pitolao, Licas, León y Carimorto, algunos de los cuales dieron incluso nombre a alguna de las bases de caza que fundaron a lo largo de la ruta, dejando así constancia de la envergadura de sus viajes o del tiempo transcurrido en aquellas remotas regiones[170].

Aparte del mar Rojo, las expediciones tolemaicas se dirigieron también al sur de Egipto, a la región de Méroe que en la imaginación griega se identificaba con la mítica Etiopía, situada en un principio en

---

[165] Sobre estas expediciones, CARY y WARMINGTON, *op. cit.*, pp. 171-173, y S. M. BURSTEIN, *Agatharchides of Cnidus*, pp. 1-12.

[166] Sobre estos personajes, DESANGES, *Recherches...*, pp. 248 ss.

[167] Diod. III, 42, 1.

[168] Str. XVI, 4, 5.

[169] Diod. III, 18.

[170] DESANGES, *Recherches...*, pp. 292 ss.

los propios confines del orbe y cada vez más localizada en aquellas latitudes meridionales. Sabemos así de un tal **Dalión** que según Plinio fue el primero en explorar el valle del Nilo al sur de Méroe[171]. Dalión compuso un tratado sobre Etiopía *(Aithiopika)* en el que junto a datos precisos que permitían proceder a una evaluación miliaria del país *(mensura)* figuraban también especulaciones descaradas, como su afirmación de haber recorrido un curso occidental del Nilo que discurría en paralelo con la Gran Sirte o datos puramente fantásticos como sus noticias acerca de un animal fabuloso como la crocota, capaz de imitar la voz humana y atraer de esta forma a los hombres durante la noche siendo devorados cuando caían en la trampa. Otros nombres asociados a estas exploraciones de la región de Méroe son los de Simónides el Joven, que pasó una larga temporada en la zona, Aristocreon, Basilis, Bion de Solos y Pitágoras, un almirante tolemaico que compuso una obra acerca del mar Eritreo.

## GEOGRAFÍAS DE GABINETE

La disponibilidad de todas estas nuevas informaciones alentó el surgimiento de tratados generales de descripción del mundo o de monografías heterogéneas centradas sólo en una región que estaban basados principal, si es que no única y exclusivamente, en la lectura de los numerosos relatos existentes. A ellos se sumaban los informes oficiales redactados por los exploradores para la cancillería real que se habían ido acumulando a lo largo de estos primeros años en los archivos reales. Estos documentos, que eran asequibles ciertamente a muy pocos, contenían minuciosos datos geográficos, observaciones concretas sobre los recursos naturales del país en cuestión e informaciones acerca del armamento bélico o de la disposición favorable o no a la presencia extranjera de los diferentes pueblos que habitaban esos territorios.

Una de estas obras fue quizá la de **Timóstenes**, un almirante de Tolomeo II que escribió un tratado titulado *Sobre los puertos* en once libros[172]. La obra contenía seguramente muchas más informaciones que una simple y escueta lista de los puertos de aquellas regiones que pudieran tener interés político y estratégico para el reino tolemaico. Posiblemente su radio de acción abarcaba desde las costas de Etiopía hasta las regiones occidentales del Mediterráneo, siguiendo una línea

---

171 Plin., *N.H.*, VI, 183. Sobre las dudas que ofrece el calificativo de *primus* a DESANGES, *Recherches...*, p. 258.

172 Los escasos fragmentos de esta obra aparecen recogidos en E. A. WAGNER, *Die Erdbeschreibung des Timosthenes*, Leipzig, 1888.

costera que le llevaría a través del mar Rojo y de las costas norteafricanas hasta la propia Grecia. Para la elaboración de su obra se sirvió sobre todo de su propia experiencia náutica, sin embargo dicha experiencia debió verse limitada a los dominios tolemaicos ya que su conocimiento sobre las regiones más occidentales contenía al parecer importantes lagunas. Ésa es la acusación que dirige contra él Marciano de Heraclea:

> «Seguramente ni siquiera completó la navegación del piélago tirrénico en Europa y no fue capaz de conocer los entornos del estrecho heracleo, ni de nuestro mar ni del exterior. También le pasó lo mismo en el litoral de Libia, al desconocer todos los parajes de más allá de Cartago sobre el estrecho heracleo y sobre el mar exterior»[173].

No sabemos de todas formas si la suposición de Marciano estaba basada en la lectura de la obra completa de Timóstenes o tan sólo de alguno de los resúmenes que se hicieron de ella en un único libro de los que nos da noticia el propio Marciano. De cualquier forma, parece probable que utilizara también fuentes escritas anteriores como Dicearco y Éforo, en las que pudo obtener las informaciones pertinentes que completasen los vacíos de su conocimiento personal[174].

Conocemos también otras dos obras generales de este título de las que apenas poseemos más noticias. Una, la de **Cleón de Siracusa**, al que se ha querido identificar con un personaje siniestro, caracterizado por su carácter adulador que formó parte de la comitiva de Alejandro[175]. La otra es la de **Timageto** que sirvió de fuente a Apolonio de Rodas para la composición de su célebre poema sobre los Argonautas, ya que dicho autor había conducido al parecer a los míticos expedicionarios por el Istro, que desde su fuente en la Céltica atravesaba un lago y acababa desembocando a la vez en el mar Negro y en el Tirrénico[176]. Una teoría que refleja el amplio desconocimiento de las regiones centroeuropeas de este autor, cuya obra pertenece quizá al siglo IV a.C.

Cualquier empresa de este tipo se veía sin duda facilitada por la concentración de la mayoría de estos escritos en la célebre Biblioteca de Alejandría, una circunstancia que favorecía igualmente la redacción de obras todavía mucho más ambiciosas que pretendían abarcar en su descripción toda la ecúmene. Éste fue el caso de la *Geografía*

---

[173] Marc. de Her., *Epit. Peripl. de Men. de Perg.*, 3 (traducción de L. A. García Moreno en L. A. García Moreno y F. J. Gómez Espelosín, *Relatos de viaje en la literatura griega*, Madrid, 1996).

[174] Sobre la obra de Timóstenes, P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., Oxford, 1972, vol. I, p. 522, y vol. III, p. 751 núm. 13, donde se recoge la bibliografía anterior.

[175] Así, Curt. VIII, 5.

[176] Müller, FHG IV, p. 519.

de **Eratóstenes**, considerado seguramente con toda justicia el más grande de los geógrafos antiguos[177]. Las pretensiones de Eratóstenes no eran sin embargo las de componer una descripción de la tierra a la manera de las viejas *Períodos ges,* aunque dispusiera de la suficiente información actualizada para poner al día estos antiguos repertorios. Su aspiración era construir un instrumento teórico preciso, una especie de marco general, que permitiera situar adecuadamente todas las informaciones ahora disponibles y sustituyera los viejos mapas de la ecúmene trazados hasta entonces más con intuición que con recursos técnicos y carentes por tanto de toda precisión y elaborados sobre la base de las concepciones míticas.

A diferencia de sus contemporáneos y colegas del Museo, para quienes la geografía se había convertido en un instrumento más de erudición basado en la discusión y comentario de los viejos mitos, ahora reactualizados como en el caso de los Argonautas por parte de Apolonio de Rodas, Eratóstenes poseía los conocimientos necesarios de astronomía y geometría para llevar a cabo un intento mucho más serio que situar en el mapa real las erranzas de Odiseo o de los expedicionarios de la nave Argo. Rodeado de numerosos textos recientes que describían en una forma pretendidamente precisa y detallada itinerarios y rutas, como los de los bematistas de Alejandro, o de relatos de viaje que daban cuenta minuciosa de la topografía, clima y costumbres de las regiones más remotas de la tierra, Eratóstenes se sentía en la obligación de aprovechar su situación privilegiada para ofrecer, con este material de base y con el utillaje teórico que le proporcionaba su formación geométrica, una nueva imagen del mundo mucho más acorde a los tiempos, más precisa y definida y que, sobre todo, abriera el camino correcto hacia una representación del mundo sobre la que ir acumulando de manera ordenada y cabal los sucesivos conocimientos geográficos[178].

Eratóstenes no era sin embargo un viajero y por tanto de poco podían valerle sus propias experiencias en este terreno. En su condición de geógrafo de gabinete debía recurrir sin más remedio a todas las fuentes de información anteriores que tenía a su disposición en la Biblioteca alejandrina. Pero no se trataba de llevar a cabo una mera labor de compilación de todos estos testimonios anteriores. Su procedimiento de trabajo era más bien el de la «rectificación» de las

---

[177] La bibliografía sobre Eratóstenes es considerable; valgan aquí tan sólo algunas referencias recientes, en las que se menciona la abundantes literatura anterior, como las de FRASER, *op. cit.*, pp. 525-538; Ch. JACOB, «Un athlète du savoir: Eratosthène», en Jacob y DE POLIGNAC, *op. cit.*, pp. 113-127, y J. BLOMQVIST, «Alexandrian Science: The Case of Eratosthenes», en P. BILDE *et alii*, eds., *Etnicity in Hellenistic Egypt*, Aarhus, 1992, pp. 53-73.

[178] JACOB., *art. cit.*, pp. 124 ss.

informaciones anteriores y en especial de los antiguos mapas de la tierra. Se trataba de saber elegir las fuentes adecuadas, aquellas que presentaban mejores cartas credenciales a la hora de referir la verdad, y se mostraban más precisas en sus noticias dejando de lado las historias fabulosas e increíbles, tan del gusto de toda la literatura geográfica anterior. Una labor de crítica filológica e histórica minuciosa que buscaba la coherencia de unos datos con otros y su correcta integración dentro del marco teórico propuesto como principio.

Desgraciadamente no estamos en condiciones de evaluar la amplitud de sus conocimientos ni la extensión y calidad de sus descripciones dada la pérdida casi total de su obra. Sólo a través de Estrabón podemos reconstruir algunas partes de la misma, aunque con grandes dificultades. Estrabón ha recogido en efecto pasajes y noticias de la obra de Eratóstenes pero los ha contextualizado dentro de su propio discurso polémico, borrando del todo los límites que separan una información en bruto sacada de su fuente, de los comentarios pertinentes que suscitó no sólo en el propio Estrabón, sino también previamente en críticos anteriores como Hiparco. Un texto, por tanto, complejo y entramado que no permite asegurar que tengamos delante, sin posibilidad de malas interpretaciones o equívocos, algún retazo de la propia obra de Eratóstenes[179].

Las informaciones propiamente geográficas de la obra de Eratóstenes, dividida en tres libros; debían encontrarse sobre todo en el libro segundo y el tercero, ya que el primero estaba destinado a refutar la pretendida autoridad de Homero como fuente de conocimientos geográficos. En el segundo procedía de hecho a establecer las distancias del mundo habitado, para lo que tuvo que echar mano indefectiblemente de los itinerarios que tenía a su disposición, tales como la obra de Timóstenes, la de los bematistas de Alejandro o una anónima *Lista de Estaciones*, resultado de la misma campaña. Utilizó también los testimonios más directos de los viajeros y exploradores más recientes por las regiones más apartadas, y seguramente también las noticias de comerciantes que realizaban sus transacciones desde Alejandría hacia las zonas más distantes de África o de Asia.

El cuadro de sus conocimientos es ciertamente desigual ya que no disponía de las mismas posibilidades de información sobre las diferentes partes de la tierra. Así, sus noticias acerca de las regiones del próximo oriente, limítrofes con Egipto y el Mediterráneo, presentan un carácter completo y preciso, como era de esperar de un personaje que se encontraba en el centro del poder tolemaico que controlaba

179 Los fragmentos de Eratóstenes se encuentran recogidos por H. BERGER, *Die geographischen Fragmente des Eratosthenes*, Amsterdam, 1964 (Leipzig, 1880). Sobre las dificultades que presenta la tarea de deslindar sus fragmentos, FRASER, *op. cit.*, pp. 525-526.

una buena parte de dichos territorios. Mucho más imprecisas, aunque también muy abundantes, son sus informaciones sobre la India para lo que contaba con los relatos recientes de Patrocles, Megástenes y Deímaco, que completaban las noticias disponibles, ya de por sí muy numerosas, en los historiadores de Alejandro. Eratóstenes encontraba en ellos muchos de los datos requeridos como la mención de las distancias, rasgos fundamentales de la topografía y de las cuencas fluviales, consideraciones climáticas y una serie de prolijas digresiones sobre la etnografía del país.

Para el sur disponía de los informes elaborados por las diferentes expediciones tolemaicas que habían encaminado sus pasos hacia el mar Rojo o hacia la zona de Méroe, e incluso con alguna que otra obra compuesta con motivo de estos viajes por sus protagonistas como en el caso del mencionado Filón. La existencia de un importante tráfico comercial que discurría por las aguas del mar Rojo desde las costas de Arabia, donde se producían las especias y sustancias aromáticas, generó también una serie de informaciones sobre estas regiones que Eratóstenes no debió desdeñar en modo alguno. No olvidemos que Alejandría era entonces el principal puerto del Mediterráneo y hasta ella afluían desde todas partes los hombres y las mercancías.

El caso de Occidente es sin embargo muy distinto. Faltaban las informaciones de carácter práctico, como las de los comerciantes del mar Rojo o los informes minuciosos y detallados de la cancillería oficial tolemaica procedentes de las exploraciones hacia el sur. Eratóstenes se veía obligado a utilizar como única fuente de noticias las obras de los escasos autores que habían escrito sobre estas regiones con algo de propiedad. Uno de los pocos candidatos disponibles, si es que no el único, era sin duda Piteas. Sabemos a través de Estrabón que Eratóstenes tomó en consideración muchas de sus noticias sobre Britania y la península ibérica y aceptó como válidas sus afirmaciones sobre la existencia de un lugar septentrional llamado Tule que pasó a ocupar en el mapa del sabio alejandrino el punto que cerraba por el norte la ecúmene. Sin duda, la condición de Piteas como astrónomo y matemático suscitó la confianza de Eratóstenes, a diferencia de lo que sucedió con autores posteriores como Polibio y Estrabón.

También la obra de Timóstenes fue uno de los repertorios utilizados para describir esta parte del mundo. Aun así aparecían importantes lagunas en su descripción que afectaban especialmente a la costa noroccidental africana entre Cartago y el estrecho. El desequilibrio era manifiesto. Frente a las regiones asiáticas que habían constituido el campo de acción de las conquistas de Alejandro y más tarde de la acción de gobierno de los seléucidas, o de Egipto y sus regiones limítrofes que se hallaban bajo el dominio y el control de la monarquía tolemaica, la cuenca occidental del Mediterráneo no se había visto

afectada por ninguna de estas iniciativas y había permanecido en la distancia casi desde los tiempos del período arcaico. Tan sólo algunas vagas noticias que hacían referencia a las actividades comerciales de los cartagineses en la zona, pero envueltas siempre en un velo de misterio y extrañeza. La postura decididamente crítica de Eratóstenes hacia el mito le impedía aceptar la otra gran veta de informaciones disponibles sobre estas regiones del extremo occidente.

A pesar del avance significativo que la obra de Eratóstenes supuso para el futuro desarrollo de la ciencia geográfica, en ella se perpetuaron algunos de los errores más señalados de la visión del mundo de los griegos. Uno de ellos fue la prolongación de la cadena montañosa del Tauro hacia oriente, ya apuntada en Dicearco y que Eratóstenes incorporó como uno de los elementos esenciales de su diseño de la superficie terrestre. Otra de las falsas concepciones presentes en la obra del gran sabio alejandrino es la errónea posición de la parte oriental de la India, con su punta extrema situada en el mismo paralelo que Méroe. Incluso se detectan errores que afectan a la representación de regiones mucho más cercanas, como su desconocimiento de los tres promontorios que conforman el sur del Peloponeso o su estimación muy a la baja de la distancia existente entre el Adriático y el golfo termaico en Tesalia. Quedan así patentes las limitaciones de una representación del mundo estrechamente ligada todavía a la percepción directa de los lugares y en la que estaban también por desarrollar del todo los implementos de una cartografía científica basada en las observaciones y mediciones de carácter astronómico. El propio Eratóstenes afirmaba al parecer que los autores más antiguos conocían bien los lugares griegos pero tenían en cambio una profunda ignorancia de las comarcas lejanas por su falta de experiencia tanto en los desplazamientos por tierra como en los viajes por mar[180], y desde luego, dando él mismo ejemplo de esta circunstancia, parece que no llegó a visitar el sur del Peloponeso, a pesar de que pasó una parte de su vida en Atenas, lo que le habría permitido quizá apreciar la correcta disposición de sus tres promontorios salientes.

A lo largo del período helenístico se produjeron también un buen sinnúmero de obras que pretendían ofrecer una descripción global de la ecúmene basándose tan sólo en las lecturas realizadas en la confortable comodidad del gabinete de trabajo sin implicar seguramente ningún tipo de experiencia personal viajera que fuera más allá del recorrido más o menos largo que separaba a sus autores de los anaqueles de la biblioteca donde se hallaban los ejemplares consultados para su redacción. Tenemos así noticias de una serie de autores, que en la mayoría de las oca-

---

[180] Str. VII, 3, 6 = Fr. I A.

siones no suponen para nosotros otra cosa que un simple nombre, a los que se les atribuye la composición de un periplo, de una periégesis o de un tratado geográfico. Uno de estos autores es **Mnaseas de Patara** a quien se asocia una obra de estas características que parece haber estado dividida en dos secciones, dedicadas respectivamente a Europa y Asia. En opinión de Fraser, dicho título, periplo o periégesis, no era otra cosa que una simple excusa para dar cabida a una narración de carácter mitológico y genealógico de inclinaciones evemeristas[181].

No sabemos prácticamente nada de la obra de un tal **Eudoxo de Rodas**, que aparentemente habría compuesto también un tratado de geografía, quizá a mediados del siglo III a.C., que a juzgar por los escasísimos testimonios de que disponemos habría dedicado especial atención a los aspectos paradoxográficos, como la existencia en los límites de la Céltica de un pueblo que no podía ver de día y sí de noche o la existencia de unas aves del tamaño de bueyes en una laguna cercana a las columnas de Heracles[182].

Otro de estos autores es **Demetrio de Calatis**, autor de una amplia obra en veinte libros sobre Asia y Europa que tenían también, a juzgar por su título, pretensiones de una descripción global de la tierra[183]. Seguramente se trata del mismo autor al que hace referencia Agatárquides como uno de los escritores que han tratado de las regiones septentrionales de la tierra[184]. Una impresión que parece confirmar el testimonio del Pseudo Escimno, que ha utilizado posiblemente el relato de Demetrio para la composición de la parte correspondiente a estas regiones dentro de su *Periégesis*[185]. En él hacían aparición algunos de los rasgos característicos de estas latitudes como el río Tanais, identificado aquí como el límite de Asia, pueblos como los sármatas o la isla de Aquiles. Esta última adquiere una particular relevancia, al menos en el texto del Pseudo Escimno, ya que se mencionan datos sobre su situación delante de la boca del Istro, sus diferentes denominaciones, y la presencia de una multitud de aves que recibían amistosamente a los visitantes. Destaca igualmente la imposibilidad de contemplar desde aquélla el continente a pesar de la escasa distancia que la separaba de él. Todo esto nos conduce a pensar que quizá, al igual que Mnaseas, la descripción de Demetrio daba

---

181 FRASER, *op. cit.*, p. 534. Los escasos fragmentos atribuibles a su obra se encuentran en MÜLLER, FHG III, pp. 149-158.

182 Apol. I, 24, y Aelian., *H.A.*, XVII, 14. Esta última noticia podría atribuirse también al célebre Eudoxo de Cízico, del que nos consta que estuvo en Gades, si bien no sabemos si llegó a redactar un relato sobre su viaje; cfr. GÓMEZ Espelosín, «Eudoxo de Cízico o el cuento del lobo», *Polis*, 4, 1992, pp. 143-155.

183 Sus escasos fragmentos en JACOBY, FGrHist 85.

184 Agatarch., 64.

185 Ps. Scym., 718-720 y 874 ss.

cabida principalmente a elementos de este tipo, de clara raíz mítica, dentro de una envoltura de apariencia geográfica, que en el caso de las regiones del norte, precisamente la parte de su obra que destaca Agatárquides, venía avalada por su condición de nativo de una de las colonias griegas instaladas en la zona, a las que continuamente llegaban noticias de las tierras del interior.

Otro de estos autores es un tal **Jenofonte de Lámpsaco**, que compuso un periplo que abarcaba también toda la ecúmene. A juzgar por el testimonio de Plinio, se trataba de una obra en la que las islas adquirían una particular relevancia ya que las tres ocasiones en que remite al testimonio de dicho autor son para referirse a islas[186]. En los tres casos se trata también de islas fabulosas situadas en los confines del orbe. Ése es al menos el caso de la Balcia del litoral de los escitas, calificada como una isla enorme, o de las Gorgades, situadas aparentemente en el litoral atlántico africano y vinculadas por el mismo Plinio con las que aparecen en el periplo de Hanón y en las que habitaban unas mujeres enormemente velludas que se resistieron con todas sus fuerzas a la hora de ser capturadas por los expedicionarios.

En uno y otro caso, las respectivas referencias aparecen dentro de un contexto de geografía fabulosa, sobre la que Plinio muestra su escepticismo, en el que se hace referencia a otras islas de esta clase, si bien no se atribuyen ya de manera clara a la obra de Jenofonte. En el primer caso, Plinio hace referencia a unas islas denominadas Eonas, en las que sus habitantes vivían de los huevos y la avena de los pájaros, a otras pobladas por unos seres con patas de caballo, y a otras cuyas gentes tenían unas orejas tan enormes que podían cubrir con ellas todo su cuerpo[187]. En el segundo caso se hace referencia a las islas de las Hespérides, situadas más allá de las Gorgades que mencionaba Jenofonte. El último caso hace referencia a la isla de los Lutmios, de la que no se facilita localización alguna[188], pero la noticia que menciona Jenofonte sobre ella posee igualmente un carácter fabuloso ya que según el autor del periplo el rey de dicha isla alcanzó los seiscientos años de vida y un hijo suyo incluso llegó a superarle, llegando hasta los ochocientos.

Aunque se trata sin duda de un testimonio manifiestamente insuficiente, ya que pudo tratarse de una selección de noticias curiosas dentro de un contexto mucho más amplio, todo apunta sin embargo hacia

---

[186] Plin., *N.H.*, IV, 95; VI, 200, y VII, 155. Sobre Jenofonte de Lámpsaco, el ya citado artículo de. Gisinger para la Pauly Wisowa mencionado en repetidas ocasiones.

[187] Plin., *N.H.*, IV, 95. Que se trata de una fuente griega no caben muchas dudas ya que Plinio hace referencia a estas gentes con sus nombres en griego: *Hippopodes* y *Panotiorum*.

[188] La versión de esta noticia que aparece en Valerio Máximo, VIII, 13, 7, habla de la isla de Latmos, pero da toda la impresión de que se trata de un error de este autor, que ha confundido también las cantidades respectivas de las edades del rey y de su hijo.

una obra de ficción que narraba un periplo por el océano exterior prestando especial, si es que no única, atención a las islas misteriosas y desconocidas que se encontraban en aquellos contornos. Dicha impresión se vería confirmada por la aparente precisión del autor a la hora de indicar las distancias concretas que separaban a estas islas de la costa, tres días en el caso de Balcia y dos en el de las Gorgades. El empleo de este procedimiento tendría como objetivo el dar a todo el relato una apariencia de verosimilitud al reflejar las aparentes etapas de una singladura normal, si bien en este caso ésta se llevaba a cabo por regiones desconocidas sobre las que las únicas informaciones disponibles eran un cúmulo de leyendas y patrañas.

Tenemos también noticias de un periplo atribuido a un tal **Zenótemis**, autor quizá de la segunda mitad del siglo II a.C. que compuso un poema didáctico que a juzgar por los fragmentos que nos han llegado de él se refería esencialmente a las regiones marginales del orbe, pobladas por arimaspos, isedos, hiperbóreos y amazonas[189]. Encajaría con esta apreciación el que algunas de las noticias que aparecen en Plinio sobre piedras preciosas pertenezca también a la obra de Zenótemis, al tratarse de uno de los productos preciados que se daban en la imaginación griega en las regiones extremas del orbe[190]. Una obra por tanto en la que el contenido de carácter fabuloso parece haber eclipsado claramente toda otra clase de información, si es que ésta llegó a existir en algún momento dentro de la obra de Zenótemis.

Otro simple nombre es el de un tal **Éumaco de Neápolis**, que habría compuesto una Periégesis, seguramente a finales del período helenístico, según sabemos por el testimonio del paradoxógrafo Flegón de Trales[191]. La noticia, referida por el autor a los cartagineses, y el hecho de que hubiera compuesto también una historia de Aníbal en dos libros, nos remiten quizá a un personaje vinculado de cerca con los medios púnicos que dispuso posiblemente de un amplio caudal de informaciones en este terreno. Sin embargo, apenas ha dejado huellas en la tradición griega posterior. Poco es lo que puede decirse de un tal **Apolónides**, autor de un periplo en algún momento del siglo I a.C., que contenía también material paradoxográfico a juzgar por la única cita de Plinio según la cual hablaba de un pueblo de Escitia cuyas mujeres eran hechiceras y tenían dos pupilas en cada ojo[192].

Sólo una de estas obras ha llegado hasta nosotros, aunque con importantes lagunas. Se trata de una periégesis escrita en versos yámbi-

---

[189] Sus fragmentos en H. LLOYD JONES y P. PARSONS, *Supplementum Hellenisticum*, Berlín, 1983, pp. 397-398.

[190] Así opina GISINGER en su correspondiente artículo de la Pauly Wisowa sobre dicho autor, *RE*, X A, 1972, cols. 221-223.

[191] Fleg., 1, 18.

[192] Plin., *N.H.*, VII, 17.

cos que fue atribuida sin demasiado fundamento al geógrafo Escimno de Quíos y que se conoce habitualmente con el nombre de **Pseudo Escimno**[193]. Desconocemos la identidad de su autor y existe un cierto debate a la hora de datar con precisión la obra, aunque todo parece indicar que debió haber sido compuesta poco después de la mitad del siglo II a.C.[194] La obra tiene un interés relativo desde el punto de vista geográfico ya que su autor parece haberse limitado a ir ensartando noticias extraídas de diferentes autores, entre los que figuran nada menos que Heródoto, Éforo, Teopompo, Calístenes, Timeo, Eratóstenes, Demetrio de Calatis y Timóstenes, al lado de otros muchos más desconocidos como Cleón de Siracusa, Dionisio de Calcis o Hecateo de Eretria. La mayoría de ellos aparece listada al comienzo de la obra, si bien la existencia de una laguna en el texto nos impide conocer los nombres de algunos otros que quizá figuraron también en esta relación inicial. A lo largo del propio texto suele indicarse la procedencia de las informaciones respectivas, aunque en algunos momentos resulta difícil establecer los límites precisos entre la responsabilidad concreta de unos autores y otros.

El autor de la obra remite de manera constante a otras instancias (*phasin*, afirman) a la hora de proporcionar nuevas informaciones, dejando clara constancia del carácter eminentemente libresco de su obra. De esta forma han confluido en ella noticias de procedencia y datación diversas que repercuten sin duda en el conjunto de la descripción. Al igual que ocurría con el Pseudo Escílax, el autor de esta periégesis se muestra especialmente interesado en resaltar las marcas visibles del helenismo en la geografía de la ecúmene, destacando siempre que puede la presencia griega en determinada zona o explicando la ascendencia de sus gentes mediante el recurso a las fundaciones heroicas o a los grandes viajes de Odiseo o Heracles. Así se explican también quizá las numerosas referencias a las guerras libradas contra los persas durante el siglo V a.C., que contribuyeron a sentar las bases de la identidad helénica. El aspecto fundacional recibe una particular atención en los pasajes dedicados al mundo griego, tal y como era de esperar, que ocupan la mayor parte de la obra que ha llegado hasta nosotros.

Destacan igualmente las referencias de carácter mítico, aunque en algunos momentos da la impresión que éstas han sido ya integradas dentro de un esquema geográfico más concreto, perdiendo así el halo

---

193 El texto en MÜLLER, GGM, I, pp. 196-237.

194 Sobre el problema de la datación, L. PARETI, «Quando fu composta la Periegesi del Pseudo Scimno?», en *Saggi di storia antica e di archeologia*, Roma, 1910, pp. 133-153, que propone una fecha entre los años 130 y 110 a.C., y más recientemente, BIANCHETTI, *op. cit.*, pp. 23-35, que se inclina en favor de una fecha comprendida entre el 137 y el 133 a.C.

de indefinición y misterio que caracterizaba a estos lugares dentro de la geografía puramente mítica. Éste podría ser el caso de la isla Eritía, situada en la proximidad de Gades y de la que tan sólo se mencionan sus célebres ganados, comparados aquí a los egipcios y a los tesprotios, sin hacer ninguna referencia al mito de Gerión. Algo parecido sucede con Tartesos, convertido aquí ya en una ciudad próspera hasta la que llegaban los productos metalíferos de la Céltica y desvelada por tanto su condición de tierra maravillosa de los confines. Sin embargo, en ocasiones, cuando su fuente no le proporcionaba noticias de esta clase, el autor de la periégesis parece haber recurrido a otras instancias en busca de este tipo de leyendas. Éste parece haber sido el caso del Adriático, que ha descrito siguiendo aparentemente el testimonio de Teopompo, pero ha debido recurrir en cambio a Eratóstenes en busca de las fábulas que hablaban de la saga de Faetón y las Helíades que se localizaba en esta zona[195].

La obra presenta una geografía de carácter literario cuya visión de las cosas no sólo no deriva de ninguna experiencia personal sino que ni siquiera responde al intento serio de construir una imagen coherente del mundo de acuerdo con los últimos descubrimientos más recientes. De hecho, el cuadro obtenido no se corresponde en particular a ningún momento determinado, y mucho menos con la época en la que el autor compuso su obra. Encontramos así una descripción del extremo occidente que prescinde completamente de los descubrimientos de Piteas para ofrecer una imagen de la península en la que todavía aparecen ciudades como Ménace que habían desaparecido hacía ya mucho tiempo y una geografía de carácter sumario que reflejaba tan sólo los términos bien conocidos a lo largo de la tradición tales como Eritía, Gadira, Tarteso o la Céltica. Persisten también algunos de los viejos errores como la extraña bifurcación del Istro hacia el Adriático y el mar Negro, o se presenta a Escitia como una tierra desconocida para los griegos al lado de noticias más recientes como las de Teopompo sobre la región del Adriático o las de Demetrio de Calatis sobre las regiones del norte. Una obra en suma que responde completamente al perfil de una geografía de gabinete, realizada mediante la consulta de otras obras anteriores, cuyos principios de selección desconocemos, salvo quizá el de la simple disponibilidad o la mejor adecuación a los intereses personales. Sus objetivos didácticos, que explican el recurso a la forma poética que se prestaba mejor a la memorización y el aprendizaje, ensombrecieron, si es que las hubo en algún momento, las intenciones de ofrecer una descripción del mundo que respondiera punto por punto a la realidad de su tiempo.

---

195 BIANCHETTI, *op. cit.*, pp. 104 ss.

Una obra de esta índole, relacionada también con los medios alejandrinos, es la de **Dionisio el Periegeta**, cuyo texto ha conseguido salvar el paso de los siglos y ha llegado afortunadamente hasta nosotros. Se trata de un manual de geografía de tipo escolar escrito en verso por un tal Dionisio, contemporáneo del emperador Adriano, en el que se describen, a lo largo de 1.187 versos, todas las tierras habitadas, así como los mares, ríos, ciudades e islas[196]. El autor adopta sin embargo una perspectiva ciertamente insólita que le aparta en principio de la tradición de los relatos de viajeros. Lleva a cabo su descripción de la tierra desde el aire. El propio Dionisio destaca la peculiaridad de su forma de viajar, con el espíritu, a diferencia de los viajeros y comerciantes, que recorren la tierra con sus propios pasos en busca de aventura o de fortuna, afrontando riesgos y peligros de todas clases. Puede aspirar de esta forma a conseguir una visión sinóptica de toda la superficie terrestre que no estaba al alcance de aquellos viajeros más reales.

Su descripción se lleva a cabo no obstante a la manera de los viejos periplos, guiando los pasos del lector en el curso de su viaje imaginario a lo largo de todos los confines de la tierra. Un viaje en el que la geografía no es la única protagonista. En el relato también desempeñan un papel destacado las digresiones etnográficas al más puro estilo tradicional, las disquisiciones mitológicas y algunas alusiones de carácter histórico a su propia época. La información que contiene no es ni mucho menos original y de primera mano, sino más bien el resultado paciente de un trabajo libresco en el que se amalgaman las diferentes tradiciones que componían la geografía antigua[197]. El carácter esencialmente ecléctico y anacrónico de la obra puede apreciarse en la pervivencia de algunos pueblos y ciudades que habían desaparecido hacía ya tiempo de la faz de la tierra, pero cuya memoria los conservaba vivos dentro de la tradición libresca. Dionisio pretende conseguir una síntesis asequible de todos los conocimientos geográficos previos de cara a su vulgarización. Su obra se halla muy lejos, por tanto, de cualquier labor de investigación personal de carácter innovador como la que llevarán a cabo en su propio tiempo autores como Tolomeo o Marino de Tiro[198].

---

[196] En general sobre esta obra el estudio fundamental de U. BERNAYS, *Studien zu Dionysos Periegetes*, Heidelberg, 1905, ha sido completado recientemente por los trabajos de Ch. JACOB, «L'oeil et la mémoire: sur la Périegèse de la terre habitée de Denys», en Ch. JACOB y F. LESTRINGANT, eds., *Arts et légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétoriques du monde*, París, 1981, pp. 22-97, y la introducción a su traducción de la obra, *La description de la terre habitée de Denys d'Alexandrie*, ya citada. Una nueva edición del texto es la de I. TSABARI, *Dionisiou Alexandreos. Oikoumenes Periegesis*, Ioannina, 1990.

[197] JACOB, *La Description de la terre*, pp. 18-23.

[198] P. PÉDECH, *La géographie des grecs*, París, 1976, pp. 178 ss. Sobre la obra de Tolomeo, recientemente, G. AUJAC, *Claude Ptolémée. Astronome, astrologue, géographe. Connaissance et représentation du monde habité*, París, 1993, esp. pp. 305 ss.

La elección de la poesía como medio de expresión le permite viajar guiado por las Musas, a las que invoca en repetidos pasajes del poema, a través de todas las regiones de la tierra habitada, sin necesidad de afrontar las penalidades del viaje real. Dionisio va recorriendo la ecúmene, a la manera de los viejos chamanes como Aristeas o Abaris, desde sus confines occidentales en las columnas de Heracles hasta el otro extremo oriental donde se levantaban las erigidas por Dioniso. Sin embargo, a diferencia de estos misteriosos personajes, Dionisio invita al lector a acompañarle en espíritu en su recorrido por todos los espacios de la tierra bajo la conducción de las Musas. El poema está dedicado a Hermes, dios de los caminos y de los viajes, tal y como se descubre en uno de los acrósticos que identifican la obra. El dios se convierte de este modo en el guía que conduce el espíritu de su discípulo geógrafo a lo largo y ancho de su viaje aéreo por la superficie de la tierra[199].

Con el fin de suscitar una imagen del mundo en sus lectores, Dionisio recurre a ciertos procedimientos expresivos como la *ecfrasis*, que ponía ante los ojos del lector objetos como una obra de arte, un personaje, un hecho histórico o un paisaje. Mediante el lenguaje de las formas geométricas, redondeadas o poligonales, intenta traducir al lector la imagen de conjunto que conforman las tierras y países de la ecúmene. En otros casos son objetos familiares del entorno cotidiano, como una piel de animal o la forma de una hoja, los que cumplen esta misión. Libia se representa como un trapecio, Sicilia como un triángulo, Asia como un cono, el Ponto Euxino en la forma de un arco escita, la península ibérica como una piel de buey, el Peloponeso como una hoja de plátano y toda la tierra habitada en la forma de una honda.

Otro aspecto destacable del poema de Dionisio es la constante presencia de catálogos. Una larga serie de nombres extraños y evocadores van surgiendo al paso del imaginario viajero debidamente ordenados espacialmente y jerarquizados de acuerdo con su particular importancia. El viaje imaginario de Dionisio aparece así centrado a lo largo de determinados ejes direccionales como las costas de un mar o las riberas de un río[200]. Incluso pudo haber contado para realizar su descripción con el apoyo de uno de los mapas al uso que circulaban por entonces, lo que le habría permitido ejercer con mayor comodidad esa mirada panóptica hacia toda la superficie terrestre siguiendo unos ejes de referencia fundamentales como eran en este tipo de instrumentos las cadenas montañosas o los cursos de los ríos.

La imagen del mundo que Dionisio ofrece a sus lectores no tiene referentes precisos dentro de la geografía real, a pesar de que era cons-

---

[199] JACOB, «L'oeil et la mémoire», p. 30.

[200] Sobre la importancia de la técnica del catálogo y su aplicación al poema de Dionisio, JACOB, «L'oeil et la mémoire», pp. 42 ss.

ciente de estar escribiendo su obra en un momento decisivo, marcado por el predominio absoluto de Roma. Su discurso geográfico permanece sin embargo completamente anclado dentro de la tradición griega, que justifica y explica casi todos los referentes literarios, mitológicos e históricos presentes en el poema. Dionisio participa de un juego literario en el que las referencias a otros textos anteriores constituyen el camino que permite descodificar todo el cuadro de conjunto, que sólo adquiría sentido y significación a la luz de este saber compartido. Se trataba en suma de crear en el lector la ilusión de dominar el espacio terrestre sin desperdiciar la ocasión tampoco de plantearle algunas de las cuestiones centrales de la cultura helénica como la posición de la civilización dentro de la humanidad, su relación con la divinidad o con el poder político, las leyes que gobiernan el mundo o la influencia de los astros sobre la vida humana.

## BAJO LA ÉGIDA DE ROMA

Aunque la tradición de la geografía erudita de Alejandría continuó en vigor a lo largo del período romano, como puede apreciarse por el tratado ya comentado de Dionisio, compuesto ya en esta época, hubo sin duda acontecimientos decisivos que marcaron un nuevo punto de inflexión en el conocimiento del mundo por los griegos. Los avances de las conquistas romanas en casi todas las direcciones del orbe representaron un nuevo alud de informaciones precisas que sin duda fueron pronto absorbidas en los nuevos tratados de descripción del orbe que continuaban elaborando los griegos. Al igual que ya sucedió con las conquistas de Alejandro y el período inmediatamente posterior, también los años finales de la República y los comienzos del imperio supusieron un notorio avance en la exploración y conocimiento de las distintas regiones del orbe[201].

Los ejércitos romanos penetraron a lo largo de los siglos finales de la República en las regiones del extremo occidente, sobre las que hasta entonces se tenían escasos conocimientos en el mundo griego. La península ibérica, la Galia, Britania, Germania y las regiones norteafricanas empezaron a ser a partir de entonces tierras objeto de exploraciones cuyas noticias llegaban hasta los centros del saber como

---

[201] Sobre las empresas de exploración romanas, THOMSON, *op. cit.*, pp. 168 ss.; N.H. H., SITWELL, *The World the Romans Knew*, Londres, 1984 ; R. CHEVALLIER, *Voyages et déplacements dans l'empire romain*, París, 1988, p. 175 ss.: C. NICOLET, *L'inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'empire romain*, París, 1988, p. 97 ss.; J. N. ROBERT, *De Roma a la China. Por la ruta de la seda en tiempos de la Roma antigua*, Barcelona, 1996 (París, 1993).

Alejandría, donde se desarrollaba el quehacer intelectual de los geógrafos griegos. También en el oriente los avances fueron considerables ya que se abrieron así al mundo algunas de las regiones caucásicas que habían quedado al margen de las conquistas de Alejandro, como Armenia. Poco a poco, incluso aquellas regiones más marginales como las comarcas centroeuropeas o los confines asiáticos empezaron a ser conocidos gracias a las iniciativas romanas, bien de carácter exclusivamente militar, como las acciones de Trajano en Dacia, o mediante el inicio de relaciones diplomáticas y comerciales, como sucedió con la China y Asia central.

Esta apertura de horizontes y la existencia de circunstancias favorables fueron aprovechadas por algunos intelectuales griegos que bajo la égida de Roma contribuyeron de forma decisiva a la ampliación de los conocimientos geográficos. Éste fue el caso de **Polibio**. Ya hemos hecho referencia a su viaje de exploración por las costas africanas, por lo que ahora sólo debemos dejar constancia de su descripción del orbe conocido a la que procedió en el libro XXXIV de su *Historia*, que no ha llegado hasta nosotros salvo en referencias indirectas que proceden en su mayor parte del geógrafo Estrabón[202]. Aunque proporcionaba una visión de conjunto de toda la ecúmene basada en consideraciones de orden general que tenía que ver con la división de la tierra en continentes o con la debatida cuestión de la zonas que constituían la esfera terrestre, su atención pormenorizada se concentraba en el extremo occidente que eran las regiones que Polibio conocía de primera mano[203].

Ciertamente era poco lo que podía decir de Asia después de los avances realizados en esta parte del mundo tras las conquistas de Alejandro. Su experiencia personal, un aspecto que Polibio consideraba fundamental a la hora de componer historia, había tenido lugar en el occidente europeo acompañando a las legiones romanas en su avance casi imparable por aquellas latitudes. Su descripción periegética se limitaba por tanto a la Galia y a la península ibérica. Era además un dominio en el que podía demostrar su condición de pionero, tan importante para él, ya que, con la molesta excepción de Piteas, ningún otro griego había escrito sobre estas regiones basándose en su experiencia personal[204].

---

202 PÉDECH, «La géographie de Polybe», ya citado, ha tratado de restituir a partir de las evidencias disponibles el contenido del mencionado libro.

203 Sobre la posición de Polibio en los debates científicos de su tiempo, P. PÉDECH, «La culture de Polybe et la science de son temps», en *Polybe*, Entretiens sur l'Antiquité classique de la Fondation Hardt, t. XX, Vandoeuvres-Ginebra, 1974, pp. 41-60.

204 Sobre su suspicacia en este sentido con Piteas, véase la sección correspondiente a este navegante marsellés.

De Iberia, Polibio describía sucesivamente las regiones de Lusitania, Turdetania, la zona del estrecho, con especial atención a Gades y las columnas de Heracles, y Celtiberia hasta los Pirineos. Sin duda alguna fue el primero que describió las regiones del interior de la península, prestando atención especial a las particularidades étnicas de sus habitantes y a sus recursos agrícolas y mineros. Sin embargo, no desaprovechó su estancia en la península, especialmente en su vertiente oceánica, para tomar partido desde la posición fundamentada que le aseguraba su *autopsía* sobre las controversias existentes en su tiempo, tales como las particularidades del océano exterior, la extracción del estaño o las enormes riquezas de todo tipo que albergaba Iberia [205].

Sobre su descripción de la Galia poseemos menos informaciones [206]. Sabemos que, al igual que en Iberia, se interesó también por la variedad etnográfica de sus gentes, por su fauna y por sus riquezas minerales. Dedicó al parecer una especial atención a los Alpes, que comparó con las montañas de Grecia y Tracia, a las que sobrepasaban considerablemente en altura. Describía los pasos que permitían atravesar la cordillera y los abundantes lagos que abrigaban, así como los diferentes ríos que fluían desde ellos. Tanto en un caso como en el otro, en su descripción debieron abundar las noticias de carácter extraordinario que lindaban peligrosamente con la utopía o con el género paradoxográfico, como la descripción ideal de la prosperidad que reinaba en este país, la espléndida mansión de un rey ibero que había imitado la molicie de los feacios, o los robles nacidos bajo el agua de Lusitania y los peces subterráneos de la Galia.

El estado fragmentario en que conocemos el libro XXXIV de Polibio no invita a extraer demasiadas conclusiones sobre la manera en que recopilaba sus informaciones geográficas o el tratamiento específico que dispensaba a las mismas. Sin embargo, a juzgar por el conjunto de su obra que todavía podemos leer, Polibio no desdeñó ni mucho menos este tipo de noticias en su historia, propias de una historiografía más propensa a admitir elementos de carácter sensacionalista y fabuloso como la de sus predecesores, a la que por cierto dirigió severas críticas [207]. Posiblemente no fue capaz de resistir a la fascinación que suscitaban esta clase de temas en sus lectores y decidió aprovechar también en este sentido, aunque moderado por sus inclinaciones racionalizantes, su privilegiada posición de testigo presencial de unos territorios hasta entonces sometidos al dominio de la fábula.

---

205 PÉDECH, *art. cit.*, pp. 15-17.

206 E. FOULON, «Polybe et les Gaules», en A. BILLAULT, ed., *Héros et voyageurs grecs dans l'occident romain*, Lyon, 1997, pp. 103-129.

207 Al respecto véase nuestro trabajo «Paradoxografía e historia helenística», en Charis. *II Reunión de historiadores del mundo griego antiguo*, Sevilla, 1997, pp. 275-283.

Una muestra de esta aparente moderación es su postura en el debate sobre la veracidad de los poemas homéricos. Polibio tomó partido en favor del poeta frente a aquellos que como Eratóstenes negaban todo valor histórico a los poemas. Aunque reconocía la presencia de un poso de leyenda en los viajes de Odiseo, Polibio desechaba la posibilidad de que todas las noticias contenidas en los poemas fueran tan sólo el resultado de la imaginación del poeta. Circunscribió al parecer el ámbito de las erranzas odiseicas a la región de Italia y Sicilia contrarrestando así los excesos de aquellos que habían trasladado las aventuras del héroe hasta el océano exterior. Rechazó sin embargo de manera tajante los relatos de Piteas sobre las regiones del norte y tachó también de falsedades a las noticias que otros autores anteriores como Teopompo y Eratóstenes daban acerca de las regiones del Adriático, como la existencia de una vía de comunicación subterránea entre el mar Negro y el Adriático o la desembocadura de una de las bocas del Istro en este mar.

Polibio contaba sobre todo para su descripción con sus observaciones personales, recogidas al paso de sus viajes por aquellas regiones. Dispuso además de otro tipo de informaciones de carácter más práctico, como los informes de los generales romanos en campaña que tenían a su servicio equipos de especialistas que les proporcionaban las noticias adecuadas sobre la topografía del territorio, las características de sus pobladores y seguramente también mediciones precisas de las distancias existentes, como pasos previos para la conquista[208]. Debió recurrir también necesariamente a las obras de sus predecesores como Dicearco, Eratóstenes o Timeo, sobre todo para dejar constancia de sus errores y resaltar así todavía más el acierto propio, empeñado como estaba en enmendarles la plana a todos ellos. La ventaja evidente de Polibio en este terreno era su experiencia de campo frente al carácter libresco de las informaciones recogidas en las obras de los autores mencionados.

Sin embargo, Polibio se hallaba casi en los inicios de la expansión romana y por tanto sus informaciones mostraban todavía evidentes lagunas y algunos errores de bulto considerables, como su desmesurada evaluación de la distancia entre los estrechos de Gibraltar y Mesina en casi el doble de la realidad, muy por encima de la que había realizado ya Dicearco. El avance imparable de las legiones romanas y la mejora considerable de las comunicaciones entre unas regiones y otras del naciente imperio abrieron de nuevo la puerta a informaciones más precisas y detalladas.

---

[208] Sobre este importante aspecto de la logística romana, R. K. SHERK, «Roman Geographical Exploration and Military Maps» en *ANRW*, II, 1, 1974, pp. 534-562, y más recientemente N. J. E. AUSTIN y N. B. RANKOV, *Exploratio: Military and Political Intelligence in the Roman World*, Londres, 1995.

En esta situación se encontraba **Artemidoro**, otro de los autores griegos que compusieron una descripción global de la ecúmene a la manera de los viejos periplos, que al parecer llevaba por título *Geographoumenes* en once libros[209]. La obra se ha perdido y tan sólo contamos con un escueto resumen obra de Marciano de Heraclea casi quinientos años después y con las abundantes citas que encontramos entreveradas a lo largo de la *Geografía* de Estrabón y en el Léxico de Esteban de Bizancio[210]. A juzgar por el título dado a su obra, reservado a los estudios cartográficos, da la impresión que Artemidoro trataba de fundar la imagen del mundo que ofrecía sobre las mediciones empíricas extraídas de las navegaciones y de los itinerarios. En cierto modo, toda una vuelta atrás ya que dejaba a un lado los datos procedentes de las observaciones astronómicas y de los cálculos geométricos.

Mediante una serie de divisiones que seguramente implicaban el uso de un mapa rudimentario, Artemidoro proporcionaba una cantidad apabullante de distancias y mediciones. Cada uno de los itinerarios era dividido en una serie de segmentos parciales cuya suma final procuraba el resultado definitivo. Su obsesión por la precisión le llevó incluso a traducir en estadios las diferentes mediciones realizadas en unidades locales, como el *squeno* utilizado en Egipto. Las interminables listas de topónimos eran también uno de los puntos fuertes de la obra geográfica de Artemidoro, acompañados por lo general de su precisa calificación como centros urbanos o simples aldeas, aspecto este último que censuraba en algunos de sus predecesores como Eratóstenes, que calificaba como puerto un lugar que no pasaba de ser un simple fondeadero.

Sin embargo, a pesar de estas apariencias, la obra de Artemidoro distaba de ser un simple periplo a la manera antigua. Contenía también abundantes digresiones de todas clases como revelan algunos pasajes conservados en Estrabón, como la descripción del mar Rojo o la curiosa noticia sobre el peinado de las mujeres ibéricas[211]. Sin duda, Artemidoro utilizó la información obtenida en el curso de sus propios viajes como uno de los fundamentos que avalaban su actualización geográfica de las obras de sus inmediatos predecesores. Sabemos que viajó por la mayor parte del Mediterráneo, especialmente en Occidente, donde llegó hasta el cabo San Vicente, considerado entonces el extremo más occidental del orbe. Viajó también por las regiones al sur de Egipto, Etiopía y Nubia, sobre las que proporciona abundantes in-

---

209 Sobre Artemidoro, H. BERGER, *Geschichte der wissenschaftlichen Erdkunde der Griechen*, Leipzig, 1903, pp. 525 ss., y PÉDECH, *op. cit.*, pp. 135-140.

210 Los fragmentos se encuentran recogidos por R. STIEHLE, «Der Geograph Artemidor von Ephesos», *Philologus*, 11, 1856, p. 193-244.

211 Str. XVI, 4, 5-19 (mar Rojo), y III, 4, 17 (el peinado de las mujeres ibéricas).

formaciones actualizadas con respecto a la obra de Agatárquides. Por fin, conocía bien Asia Menor, donde estaba Éfeso, su patria natal, y posiblemente también algunas de las regiones colindantes como la zona del mar Negro, como parece demostrar su descripción fragmentada de la ruta que conducía desde Éfeso a través de Asia Menor hasta Tomisa, en Armenia, o su detenida evaluación de las distancias en la costa siria entre Pelusio y Cilicia[212].

A pesar de las frecuentes críticas y de las actualizaciones llevadas a cabo, Artemidoro utilizó seguramente también las informaciones que encontró en las obras de sus predecesores, desde Hecateo a Polibio, pasando por Piteas, Timeo, Timóstenes, Eratóstenes y Agatárquides. Sin duda alguna contaba con las noticias recientes que aportaban las expediciones romanas que se llevaron a cabo a lo largo del siglo II a.C., especialmente en Occidente. Son precisamente las regiones occidentales las que ofrecen un cuadro de noticias más renovado frente a los conocimientos mucho más limitados de su inmediato predecesor en el área, el historiador Polibio[213]. Pero también su detallada descripción de la costa etíope revela abundantes novedades respecto a Agatárquides, que fue seguramente la fuente principal que siguió Artemidoro a la hora de pasar revista a estas regiones del sur de Egipto.

Los avances realizados en el conocimiento del mundo se ponen de manifiesto en algunas de sus afirmaciones que completaban o corregían errores anteriores. Así proporcionaba un trazado mucho más exacto del curso del Ganges, abundaba en detalles que aclaraban la confusión existente sobre el curso superior del Nilo y afirmaba que el Fasis procedía en su origen de las montañas en lugar del océano, como se había supuesto hasta entonces. A la manera de los viejos periplos, sus noticias se limitaban frecuentemente a las costas, descritas con una minuciosidad a veces excesiva a la hora de mencionar incluso las más insignificantes localidades costeras, y al curso de los ríos y valles fluviales. El interior apenas fue objeto de su atención salvo en términos más generales, como la mención de ríos, montañas, llanuras, lagos y desiertos, a menudo sin especificar su localización exacta. A juzgar por su afán de ofrecer una imagen precisa y compacta de la ecúmene, basada en la correcta medición de las distancias, Artemidoro sólo se sentía seguro cuando pisaba terreno conocido, bien por su propia experiencia o por la abundancia de noticias prácticas de las que podía disponer. Para el resto pudo conformarse quizá con seguir los viejos tratados generales, apoyados ahora en una percepción más global y si-

---

212 Str. XIV, 2, 29, y XVI, 2, 33.

213 G. HAGENOW, *Untersuchungen zu Artemidors Geographie des Westens*, Quakenbrück, 1932.

nóptica gracias a la existencia de mapas rudimentarios que le marcaban el camino a seguir.

Al igual que Polibio, también **Posidonio de Apamea**, una de las figuras intelectuales más sobresalientes de la última parte del período helenístico, incluyó en su obra histórica numerosas informaciones de carácter geográfico. Sin embargo sus intereses iban mucho más allá de la pura descripción de gentes y países diversos. Como ha señalado Pédech, Posidonio desarrolló más bien una teoría geográfica, puesta sobre todo de manifiesto en su obra teórica *Sobre el océano*, que seguía el camino señalado por Piteas, que un tratado específico dedicado en su integridad a la geografía descriptiva[214]. Su condición de viajero le permitió realizar numerosas observaciones *in situ* a lo largo de las regiones del Mediterráneo occidental, que eran sin duda las que mejor conocía por propia experiencia. Sabemos que estuvo en Gades, donde estudió el fenómeno de las mareas oceánicas, y en Marsella, lo que le permitió conocer a fondo las regiones circundantes. Recorrió también buena parte de Italia y la región del Adriático. Conocía bien la zona de Siria, donde había nacido, y es probable que viajara también hasta Egipto, donde tuvo la oportunidad de ver el lago Sirbónide.

Su obra sólo ha llegado hasta nosotros de forma fragmentaria a través sobre todo de las numerosas citas de Estrabón y Ateneo y en parte por las informaciones procedentes de su obra que se encuentran en Diodoro[215]. A diferencia de la estructura casi periplográfica que seguía Artemidoro, Posidonio presenta un esquema de descripción mucho más articulado y sistemático que va desde las zonas terrestres, determinadas no sólo por consideraciones de tipo astronómico, sino también por importantes diferencias étnicas, zoológicas y botánicas, a las ciudades, pasando por los continentes, los países, las provincias y las comarcas, caracterizados todos ellos por sus rasgos distintivos propios que les convertían de esta forma en unidades de análisis. Sin duda, toda una escala de estructuras para cuya descripción puntual Posidonio no disponía del mismo grado de información.

Sus propias observaciones fueron seguramente siempre el principal punto de partida para sus descripciones, pero tampoco desechó la ocasión de adquirir en cada lugar noticias complementarias que le remitían incluso a regiones más alejadas. Así, en Gades tuvo la oportunidad de informarse acerca de los viajes de un tal Eudoxo de Cízico, que intentó por dos veces la circunnavegación del continente afri-

---

[214] PÉDECH, *op. cit.*, p. 141. Sobre los aspectos geográficos de su obra, PÉDECH, «L'analyse géographique chez Posidonius», en R. CHEVALLIER, ed., *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges offerts à Roger Dion*, París, 1974, pp. 31-43.

[215] Sus fragmentos están recogidos por L. EDELSTEIN y I. G. KIDD, *Posidonius, I. The fragments*, Cambridge, 1972.

cano[216]. Noticias similares pudo haber acogido también en otros puntos del Mediterráneo como Marsella, otro de los puertos cuyas actividades marineras se prolongaban por todos los confines occidentales. Sus extraordinarias dotes de observación y su perspicacia analítica, puestas de manifiesto en sus consideraciones sobre las causas de las mareas o sobre la actividad sísmica, contribuyeron seguramente a la buena selección de sus fuentes, fueran éstas de tipo oral o basadas en las informaciones contenidas en las obras de sus predecesores.

Entre sus informaciones debemos considerar también las noticias procedentes de las campañas romanas como la expedición de Quinto Servilio Cepión contra los Volscos Tectosages en el año 106 a.C. en Occidente o las de Pompeyo en Oriente, un personaje este último con el que le unía además una relación de amistad. Este tipo de informaciones ha debido dejar huellas visibles en su obra, como puede apreciarse en su descripción etnográfica de los celtas, considerada entre las piezas modélicas del género etnográfico griego[217]. Sin embargo, en otras ocasiones ha debido recurrir necesariamente, ante la ausencia de otra clase de informaciones, a fuentes escritas, como el tratado de Piteas sobre las regiones septentrionales. Posidonio, a diferencia de Polibio, aceptó al parecer sus noticias sobre Tule o Britania considerando sin duda bien fundadas las apreciaciones del navegante marsellés, al que debió leer con gran curiosidad e interés.

Sin embargo, también existían importantes limitaciones en la obra de Posidonio que condicionaban su visión de las cosas como sus planteamientos ideológicos de talante estoico. Su interés por el mundo indígena no era sólo el resultado de sus deseos de conocimiento de las realidades humanas. Parece más bien que fueron sus concepciones filosóficas y morales las que guiaron en buena medida la selección de sus temas en este terreno[218]. No faltaron tampoco en su obra ciertos procedimientos retóricos, como el elogio de las riquezas de Iberia, que Estrabón juzga demasiado exagerado[219]; ni la afición a narrar historias sorprendentes o curiosas, tan enraizada en el espíritu griego. Sin duda el enfoque racionalista de Posidonio actuó a la manera de un poderoso

---

216 Str. II, 3, 5. Sobre el viaje de Eudoxo, CARY y WARMINGTON, *op. cit.*, pp. 98-105; M. LAFFRANQUE, «Poseidonios, Eudoxe de Cyzique et la circumnavigation de l'Afrique», *Revue Philosophique*, 153, 1963, pp. 199-222; J. H. THIEL, *Eudoxus of Cyzicus*, Groningen, 1966; DESANGES, *Recherches...*, pp. 151-17,3 y GÓMEZ ESPELOSÍN, «Eudoxo de cízico», ya citado.

217 J. J. TIERNEY, «The Celtic Ethnography of Poseidonius», *Proc. of the Royal Irish Acad.*, 60, 1960, pp. 189-246.

218 Sobre la postura filosófica y moral de Posidonio, I. G. KIDD, «Posidonius as Philosopher-Historian», en M. GRIFFITH y J. BARNES, eds., *Philosophia Togata*, Oxford, 1989, pp. 38-50. Sobre el papel de los pueblos bárbaros en su esquema histórico, H. STRASBURGER, «Posidonius on the problems of the Roman Empire», *JRS*, 55, 1965, pp. 40-53.

219 Str. III, 2, 9.

filtro a la hora de dar acogida a semejantes historias, muchas de las cuales sólo eran referidas para aportar a continuación la explicación racional más plausible, como la existencia de una llanura pedregosa al sur de la Galia, atribuida en la leyenda al paso de Heracles por la zona[220], o para negar del todo su veracidad como las enormes olas que asolaban el país de los celtas. Pero de todos modos, como ya había sucedido con otros autores anteriores, se seguían colando de rondón por los resquicios de este entramado aparentemente sólido y racional algunos de estos elementos, como nos dejan ver algunas de sus noticias tales como el cambio de color que experimentaban los caballos de los celtíberos cuando se les trasladaba a la Iberia exterior, ciertas curiosidades botánicas que resultaban sorprendentes como los árboles que pudo contemplar en Gades, o la mención de costumbres bárbaras o exóticas como la de los celtas a la hora de exponer las cabezas de sus enemigos, o la anécdota expresiva sobre una mujer ligur que dio a luz mientras trabajaba cavando una fosa[221].

La pérdida de la obra de Posidonio y las dificultades que entraña la recuperación precisa de sus fragmentos, enmarañados muchas veces en la argumentación propia de los autores que le utilizaron como fuente de información fundamental, nos impide conocer con precisión la escala de sus conocimientos o el tratamiento preciso que dispensó a los mismos. En todo caso, su espíritu curioso y su gran capacidad intelectual le facultaban como uno de los testimonios más adecuados a la hora de registrar dentro de un esquema de explicación coherente las nuevas noticias e informaciones que iban afluyendo cada día para un mejor conocimiento del mundo.

Una cierta compensación, no siempre del todo satisfactoria, a la lamentable pérdida de las obras antes mencionadas, es la conservación íntegra de la *Geografía* de **Estrabón**, que llevó a cabo una completa descripción de toda la ecúmene en diecisiete libros[222]. Estrabón compuso su obra ya en época de Augusto cuando las conquistas romanas habían puesto al alcance de los estudiosos un conjunto de informaciones considerable procedente de las muchas campañas de conquista que se habían llevado a cabo durante los últimos tiempos de la República y en el inicio del propio principado. Contaba además con las evidentes ventajas que se derivaban del grado cada vez mayor de romanización que iban alcanzando las diferentes regiones del orbe, convertidas ahora en provincias

---

[220] Str. IV, 1, 7.

[221] Str. III, 4, 15 (caballos de Celtiberia); III, 5, 10 (curiosidades botánicas); IV, 4, 5 (costumbres bárbaras); III, 4, 17 (la mujer ligur).

[222] De la amplia bibliografía dedicada a Estrabón resaltamos los trabajos recientes de F. PRONTERA, ed., *Strabone. Contributi allo studio della personalita e dell'opera*, vol. I, Perugia, 1984. y Ch. JACOB, *Géographie et ethnographie*, pp. 147-166.

romanas, gobernadas por una elite de funcionarios que iban y venían desde Roma y atravesado su territorio por magníficas calzadas que favorecían mucho más la seguridad y comodidad de las comunicaciones.

Parecía en efecto el momento idóneo para proceder a una iniciativa de estas características, dados los progresos alcanzados en todas las direcciones del orbe, de los que el propio Estrabón se hace eco:

> «En efecto, el imperio de los romanos y el de los partos han supuesto para los autores actuales una gran aportación a este tipo de estudios, de la misma manera que la campaña de Alejandro la supuso para los autores posteriores, según afirma Eratóstenes. En efecto, descubrió para nosotros gran parte de Asia y la totalidad de las regiones del norte de Europa hasta el Istro; los romanos, por su parte, descubrieron la totalidad de las regiones occidentales de Europa hasta el río Albis, que divide Germania en dos, así como las regiones de más allá del Istro hasta el río Tiras; y las regiones de más allá hasta el país de los meotes y el litoral que termina en el país de los colcos las dio a conocer Mitrídates, por sobrenombre Eupator, junto con sus generales; por su parte, los partos nos dieron a conocer mejor las regiones de Hircania y Bactriane, así como a los escitas que viven más allá de éstas y que eran mucho menos conocidos por los anteriores geógrafos. De manera que bien podríamos decir al respecto algo más que los que nos precedieron»[223].

Sin embargo, los viajes de Estrabón no le permitían abarcar con su propia experiencia todo el conjunto de la ecúmene. Aparentemente sus viajes habían sido limitados, ya que según reconoce el propio Estrabón iban desde Armenia hasta las regiones itálicas en sentido longitudinal y desde el mar Negro hasta los confines de Etiopía en el sentido norte sur. En cambio, superaba a todos sus predecesores ya que ninguno de ellos había abarcado un espacio similar en extensión aunque hubieran progresado mucho más lejos que él en cualesquiera de las direcciones apuntadas.

Sin embargo, Estrabón contaba también con toda la literatura geográfica anterior, especialmente con Artemidoro con toda su información pormenorizada en toponimia y distancias. Antes de abordar las descripciones particulares de cada uno de los países respectivos, Estrabón proporciona un esquema general que permita al lector hacer inteligible el desarrollo posterior más pormenorizado. Para llevar a cabo esta operación Estrabón ha utilizado con toda seguridad un modelo cartográfico a juzgar por las referencias visuales que proporciona, como la forma metafórica que asume cada territorio, las indicaciones orientativas o los datos numéricos[224]. Dicho esquema revela a la vez las limitaciones de sus conocimientos, como se aprecia en su descrip-

---

[223] Str. I, 2, 1 (traducción de J. L. García Ramón en Biblioteca Clásica Gredos)
[224] JACOB, *op. cit.*, p. 152.

ción de Libia, y la persistencia de viejos errores, como la prolongación oriental de la cadena del Tauro, que dividía Asia en dos partes.

A pesar de que la estructura de la obra sigue el esquema de los viejos periplos con la descripción de la costas en primer lugar y leves penetraciones hacia las tierras del interior después, el texto de Estrabón refleja la emergencia de una nueva retórica descriptiva impulsada por la influencia de los mapas. Los itinerarios costeros o terrestres en los que se apoyaba proporcionan a Estrabón el hilo conductor de su relato descriptivo al que va completando sucesivamente mediante la adición de una serie de datos históricos, literarios, o naturalistas. Sin embargo, esta estructura aparentemente simple tenía también sus riesgos si se invertía el sentido de la lista de topónimos de la fuente original, como parece que le sucedió a la hora de describir las costas del mar Negro al haber elegido un patrón direccional que iba desde el Istro al Tanais, en contradicción con los periplos de la zona que describían sus costas a partir del Bósforo en el sentido contrario a las agujas del reloj[225].

La descripción del mundo a la que procede Estrabón no se corresponde ni mucho menos con una visión objetiva de la realidad. Arrastra tras de sí el inevitable lastre de la toda la geografía helenística anterior, con todas sus grandezas y miserias. En su obra han quedado reflejadas las tensiones intelectuales en las que se debatía la época, con asuntos tan polémicos como el *status* de la poesía homérica dentro de la ciencia geográfica, la injerencia de los relatos de carácter mítico y fabuloso que competían con las descripciones más serias, o la presión ejercida por la corriente de la geografía matemática, difícil de captar en todo su contenido por unos hombres de letras que carecían de la preparación adecuada. A todo ello se venía a sumar el claro posicionamiento político del propio Estrabón, ferviente partidario de las ventajas que implicaba el dominio romano sobre los países y pueblos bárbaros. Aunque anclado todavía en la tradición helénica con todo el bagaje erudito y literario que ésta implicaba a la hora de emprender una tarea de estas características, Estrabón se muestra decidido a liberar de los viejos mitos una geografía ancestral que se ha convertido por la acción civilizadora de Roma en un nuevo espacio político al que definen precisamente este tipo de intervenciones[226].

Aun con todo, la obra de Estrabón refleja algunos de los avances destacados en el conocimiento griego del mundo gracias a las recien-

---

[225] JACOB., *op. cit.*, p. 155, donde se cita a Raoul Baladié, editor y traductor del libro VII como autor de este descubrimiento.

[226] Cfr. P. CIPRÉS y G. CRUZ ANDREOTI, «El diseño de un espacio político: el ejemplo de la península ibérica», en PÉREZ JIMÉNEZ y GRUZ ANDREOTI, *op. cit.*, pp. 107-145. Sobre la desmitificación de la geografía ibérica, GÓMEZ ESPELOSÍN, «Estrabón y la tradición mítica sobre el extremo occidente» en G. CRUZ ANDREOTTI, ed., *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio.* Málaga, 1999, pp. 63-79.

tes campañas de Roma. Demuestra poseer así un conocimiento de los Alpes mucho mejor que el de Polibio, debido a las campañas que habían tenido lugar en este escenario. También destaca con respecto a las fuentes anteriores su descripción más detallada de las regiones caucásicas que habían sido el escenario de las recientes campañas militares de Lúculo y Pompeyo contra Mitrídates VI del Ponto, si bien es posible que algunas de estas informaciones estuvieran ya en Posidonio. Refleja igualmente un conocimiento de primera mano de Capadocia y de las regiones del mar Negro, dada la cercanía de ambas a su lugar de nacimiento. Se ha beneficiado también de las campañas de su amigo Elio Galo en Arabia para obtener noticias inéditas hasta entonces sobre dicha región. Su estancia en Egipto le permitió de la misma forma mejorar la descripción del país, siendo así el primero que ha descrito los oasis de Libia.

La *Geografía* de Estrabón nos ofrece en suma un panorama del mundo que se ajusta relativamente al estado real de los conocimientos de su propia época. Sus observaciones personales, lejos de alcanzar la agudeza de análisis y la perspicacia de Posidonio, no equilibran el peso evidente de toda una tradición literaria que se deja sentir en muchos momentos de la obra. En ella se agolpan casi sin solución de continuidad los viejos periplos con su lista de topónimos y de distancias entre unos puntos de la ruta y otros, las historias locales con su carga mítica relativa a las migraciones de pueblos, fundaciones de ciudades y genealogía, los ecos de la exégesis homérica practicada con denuedo en los medios intelectuales alejandrinos, la paradoxografía con su inclinación hacia las rarezas y curiosidades de todo tipo, retazos de una teoría física de la naturaleza similar a la de Posidonio, aunque no bien digerida del todo, y los típicos comentarios que se podían derivar del quehacer cartográfico.

Los avances registrados en el conocimiento del mundo aparecen también reflejados en dos obras de carácter esencialmente cartográfico y vinculadas más a la corriente de la geografía matemática de Eratóstenes que a la de las obras puramente descriptivas consideradas en esta sección. Nos referimos a las obras de **Marino de Tiro** y **Claudio Tolomeo**, pertenecientes ambas al siglo II d.C. Ciertamente ninguno de los dos autores fue un viajero avezado, sino más bien un estudioso que acogía en su gabinete de trabajo todas las informaciones pertinentes que permitieran avanzar en la mejora del diseño cartográfico de la ecúmene. La experiencia personal fue sustituida en estos dos casos por una labor de recopilación y crítica, supeditada toda ella a unos intereses teóricos que sobrepasaban claramente la pretensión de ofrecer un panorama actualizado del mundo a sus lectores[227]. Unas obras, en

[227] Sobre la obra de Marino de Tiro y Claudio Tolomeo, PÉDECH, *op. cit.*, 178-190; DILKE, *op. cit.*, pp. 72-86; AUJAC, *Claude Ptolémé*, obra ya citada.

suma, de tipo técnico según diríamos hoy en día que no se hallaban al alcance de la mayoría y cuyos destinatarios principales serían seguramente los propios intelectuales alejandrinos implicados también en esta misma tarea.

Debemos dejar constancia sin embargo de alguno de los avances que dichas obras reflejan, tales como las expediciones llevadas a cabo por Septimio Flaco y Julio Materno, en fecha desconocida, hacia el África sahariana, que proporcionaron a Marino de Tiro las mediciones apropiadas para ampliar el espacio de la superficie terrestre en dirección norte-sur. También algunas exploraciones como las de Teófilo y Diógenes habían avanzado hasta la isla de Zanzíbar, y otras como la de un tal Dioscoro hasta el cabo Delgado[228]. Para la prolongación longitudinal, en el sentido este-oeste, Marino utilizó las noticias de un comerciante macedonio llamado Maes Titiano, del que se dice que había conseguido medir la distancia por tierra hasta China. Para la evaluación de la distancia por mar, Marino menciona a un navegante llamado Alejandro que navegó hasta lo que denominó el Quersoneso dorado (la península malaya) y desde allí hasta otros lugares como Zabae, que algunos pretenden identificar con Singapur, y Catigara, que podría corresponder a la actual Hanoi.

En el caso de Claudio Tolomeo también han quedado reflejados algunos de los avances realizados en el conocimiento de las regiones del orbe durante los primeros años del imperio, como puede comprobarse en el caso de Gran Bretaña. Tolomeo se basó en las informaciones obtenidas del viaje de exploración de Agrícola que tuvo lugar entre los años 78 y 84 d.C., así como en evidencias posteriores que alcanzaban hasta los primeros años del siglo II d.C., en las que se refleja el movimiento de las legiones romanas y sus respectivos asentamientos a lo largo del territorio británico. Sus informaciones sobre Germania debió obtenerlas de las expediciones militares en dicho territorio, primero de Augusto y después de Tiberio. Ciertamente ha utilizado de forma considerable a su inmediato predecesor, Marino, que de no haber sido expresamente mencionado por él habríamos perdido constancia de su existencia. A fin de cuentas, Tolomeo trabajó en Alejandría, y allí, en el seno de su célebre biblioteca, pudo consultar seguramente una abundantísima y variada documentación que iba desde los relatos de viaje anteriores, a documentos más prácticos como las obras de los bematistas de Alejandro y sus sucesores, informaciones de comerciantes que recorrían las rutas hacia la India o hacia el sur, o itinerarios romanos en los que aparecían indicados los emplazamientos militares.

---

[228] Sobre estas expediciones, DESANGES, *Recherches...*, pp. 197 ss.

A pesar de todo, todavía subsisten algunos errores fundamentales o importantes lagunas de información. Algunos de ellos afectaban a regiones aparentemente próximas, como el valle del Po, que Tolomeo se representaba siguiendo una dirección este-oeste cuando en la realidad se inclina en una dirección este sureste-oeste noroeste. Respecto al norte de Europa, Tolomeo desconocía el territorio que se extendía más allá del Vístula, y por supuesto imaginaba la península escandinava como un archipiélago compuesto por una isla grande y tres más pequeñas. En su debe, sin embargo, hay que anotar también correcciones importantes que contribuyeron decisivamente a mejorar la imagen de la ecúmene, tales como la localización de Irlanda al oeste de Inglaterra, la correcta orientación de la cadena pirenaica en sentido oeste-este, o el restablecimiento de la condición de mar cerrado para el Caspio, que sin embargo orientó en el sentido equivocado este-oeste, o el trazado correcto del curso y la desembocadura del río Volga, si bien prolongaba hacia el norte la extensión de la laguna Meótide, aproximándola al océano septentrional. Luces y sombras de los conocimientos geográficos antiguos que, dada la proyección posterior de Tolomeo en el Renacimiento y la elaboración de mapas basados en su Geografía, se prologarían todavía en el tiempo hasta épocas bien recientes.

Un compendio importante fue también el de **Protágoras**, autor de un tratado geográfico en seis libros, de los cuales los cinco primeros contenían su descripción periegética de los tres continentes y el sexto estaba dedicado en su integridad a referir toda clase de fenómenos extraños y curiosos al estilo de los paradoxógrafos. Según nos informa el patriarca Focio, la mayoría de estos relatos de tipo paradoxográfico irían avalados por el propio testimonio personal del autor[229]. Sus informaciones iban al parecer acompañadas de las correspondientes estimaciones en distancias medidas en estadios, siguiendo quizá los pasos de la geografía matemática que había iniciado Eratóstenes. Sus mediciones debieron tener fama de exactas cuando fueron adoptadas mucho más tarde por Marciano de Heraclea en su periplo del mar exterior, a pesar de que ya contaba con el testimonio de Claudio Tolomeo, que constituye para nosotros la referencia más precisa en este terreno. Aparentemente se trataba de un autor en el que en extraña simbiosis se habrían mezclado las dos tendencias contrapuestas de la geografía alejandrina, la matemática representada por Eratóstenes y la paradoxográfica y maravillosa iniciada por Calímaco, que tendría después una larga andadura. A juzgar por la disparidad evidente de los pocos testimonios supervivientes en el caso de Protágoras, fue esta segunda tendencia la que le proporcionó una mayor fama.

---

[229] Focio, *Bibl.*, p. 145b, 16 ss.

Se ha hecho ya mención del *Resumen geográfico* de **Agatémero**, una compilación que recogía de forma sumaria las noticias de autores anteriores como Timóstenes, Artemidoro o Menipo de Pérgamo. La obra consiste tan sólo en una breve historia del desarrollo de la disciplina geográfica acompañada de una relación pormenorizada de distancias que se detienen en su enumeración al llegar al límite oriental del Ganges[230]. Carece de toda pretensión literaria, a diferencia de las obras del Pseudo Escimno o de Dionisio, aunque posiblemente tenía como único objetivo servir a la misma finalidad didáctica.

Otras dos obras carentes de toda relevancia a la hora de aportar nueva luz sobre el avance de los conocimientos geográficos griegos, y que dependen en buena medida de la geografía de tipo matemático que se había venido desarrollando en Alejandría en los últimos tiempos bajo la égida de Claudio Tolomeo, son la *Diagnosis de la geografía de la esfera* y la *Hipotiposis abreviada de geografía*[231]. La segunda de ellas pone tan sólo de relieve el creciente interés de los estudiosos por reflejar en sus obras las partes del océano exterior, en este caso el oriental, que el autor iba dividiendo en partes sucesivas a las que otorgaba un determinado nombre desde el extremo sur hasta llegar al mar Rojo. El desarrollo de la cartografía tolemaica hacía posible esta clase de obras, cuya única fuente de datos era la contemplación detenida de alguno de estos mapas, aderezada después mediante el uso de la propia imaginación[232].

Este creciente interés por la realidad geográfica de las costas oceánicas queda patente en la obra de **Marciano de Heraclea**, un autor de finales del siglo IV d.C. que compuso un *periplo del mar exterior occidental y oriental* en dos libros[233]. Aunque se ha perdido la mayor parte de la obra, todavía podemos hacernos una cierta idea de su contenido por los fragmentos que poseemos de ella. La obra es fundamentalmente un resumen de otros tratados anteriores, como el de Artemidoro, el de Protágoras o el de Claudio Tolomeo, de los que el propio Marciano se declara deudor al comienzo del periplo. Su objetivo, según confiesa el propio autor, era contribuir al conocimiento de esta parte de la geografía una vez depuradas las obras anteriores de sus partes más superfluas o completadas sus informaciones con algunos datos procedentes de los nuevos descubrimientos.

---

230 A. Diller, «Agathemerus, Sketch of Geography», *GRBS*, 16, 1975, pp. 59-76.

231 Sobre ambas obras, Pedech, *op. cit.*, pp. 192-193.

232 Sobre el avance de la cartografía tolemaica, Dilke, *op. cit.*, pp. 75 ss.

233 Sobre Marciano de Heraclea puede verse la introducción de L. A. García Moreno a su traducción del texto correspondiente en García Moreno y Gómez Espelosín, *op. cit.*, pp. 434 ss.

Sin embargo, los logros conseguidos no fueron muy prometedores a juzgar por los resultados. La obra de Marciano carece de originalidad y resulta tediosa en muchos momentos por su obsesiva pretensión de mostrarse preciso a la hora de reseñar las distancias costeras. Inicia su descripción por la costa africana al sur de Egipto para continuar después por la ribera asiática hasta los confines del extremo oriente. El texto de Marciano se hace aquí eco de los todavía balbucientes conocimientos del mundo grecorromano sobre la realidad geográfica del extremo oriente, como la mención de la nación de los sinos, situada al final de la tierra habitada. Tales noticias sin embargo ya aparecían en la geografía de Claudio Tolomeo y no revelan por tanto ningún tipo de actualización en esta dirección.

Un panorama semejante presenta el libro segundo, dedicado a la descripción del océano occidental. Marciano inicia su recorrido en las costas europeas para cerrarlo después por las africanas. Marciano se ha limitado a seguir fielmente el camino ya trazado por sus guías elegidos, especialmente Tolomeo y Protágoras, y por tanto apenas ofrece novedad alguna digna de ser señalada. La obra de Marciano constituye un reflejo patente del estado decadente de la geografía a finales de la Antigüedad, ya que en nada se había mejorado la descripción tolemaica y sus autores se habían limitado tan sólo a repetir fuentes anteriores de mucha mayor autoridad con una finalidad epitomizadora o didáctica, contando casi siempre con el imprescindible apoyo de un mapa, labor para la que no parecen contar con la preparación técnica adecuada.

## LITERATURA DE ESPECIALISTAS

Otro de los géneros literarios que contenían también una carga importante de informaciones geográficas eran los tratados particulares dedicados a un país determinado o a una región concreta del orbe. Habitualmente se designaban con el neutro plural del adjetivo correspondiente al gentilicio en cuestión *(Indika, Aiguptiaka, Aithiopika, Lybika....)*. Su contenido solía ser en muchos casos fundamentalmente de tipo histórico, si bien se daba también cabida a otros muchos aspectos como el geográfico, el etnográfico, el naturalista e incluso el que luego se denominará paradoxográfico que incluía todo tipo de rarezas y curiosidades. Su origen se remonta muy posiblemente a la época de los logógrafos jonios cuando la curiosidad sobre los países limítrofes al mundo griego empezaba a atraer la atención y el interés de un público expectante sobre esta clase de obras.

Uno de los primeros escritores que conocemos como autor de un tratado de estas características es **Janto de Lidia**, autor en algún mo-

mento del siglo V a.C. de unos *Lydiaka* en cuatro libros que no han llegado hasta nosotros[234]. Conocemos sin embargo algo de su obra gracias al uso que hicieron de ella autores muy posteriores como Nicolao de Damasco o Estrabón, que probablemente ya no consultaron la obra original del lidio y basaron sus informaciones en un resumen posterior de época helenística, caso de Nicolao, o en el tratado geográfico de Eratóstenes, en el caso de Estrabón. La obra era un conglomerado heterogéneo en el que se mezclaban las noticias de carácter histórico con leyendas de tipo etiológico, observaciones sobre la topografía del país, digresiones etnográficas y un rico anecdotario. Janto trataba de establecer el escenario de las viejas leyendas, daba carta de ley a héroes epónimos ficticios y desarrollaba etimologías, a menudo completamente fantásticas, con el objetivo de explicar el origen de los diferentes pueblos.

Por su origen nativo, Janto conocía a la perfección su propio territorio y podía, por tanto, llevar a buen término una descripción pormenorizada del país. Sin embargo, no eran ésos sus intereses ni seguramente tampoco los de sus posibles lectores, familiarizados de alguna manera con una región limítrofe al mundo griego. Si algo podía atraer la curiosidad y el interés del público griego hacia este cercano país era su lado oriental, su conexión con las leyendas y la historia de un mundo que por entonces empezaba a cautivar la imaginación de unas gentes que tenían ya clara conciencia de la grandeza de estos imperios que de forma terrible habían asomado ya sus narices sobre la vertiente griega pocos años antes. Parece, en efecto, que Janto no describía apenas los usos y costumbres del pueblo lidio y concentraba su atención preferente sobre la historia legendaria de su nación. Un gran número de fragmentos describen de hecho la historia de los antiguos reyes de Lidia que vivieron en la época posterior a la guerra de Troya pero anterior al tiempo de Giges, el primero de los reyes históricos conocidos de los griegos. Una obra en suma en la que el uso de la *historia* se concentró sobre otros aspectos que los puramente geográficos buscando aspectos legendarios y novedosos que no hubieran sido tratados ya con anterioridad por Heródoto[235].

Se ha hecho ya referencia a otro de los autores del siglo V a.C., **Helánico de Lesbos**, a quien se atribuían varios de estos tratados, que quizá constituían las diferentes partes de una obra de conjunto de mayor envergadura que ha sido ya considerada en estas páginas[236]. Sin embargo, quizá el autor que marca la pauta en esta clase de obras es

---

[234] Sobre Janto de Lidia, PEARSON, *op. cit.*, pp. 109-138.

[235] R. DREWS, *The Greek Accounts of Eastern History*, Cambridge, Mass., 1972, pp. 100-103.

[236] Véase la sección correspondiente.

**Ctesias de Cnido**, que a finales de esta época compuso dos tratados de este tipo, uno dedicado a Persia y el otro a la India. Sólo será objeto de nuestra atención el segundo de ellos ya que el primero, al igual que la mayor parte de las obras que llevaban este título, *Persika*, eran sobre todo historias de las guerras libradas por los griegos contra los persas en las que se hacía referencia también a la primitiva historia persa, con tintes inequívocamente legendarios, como preludio al conflicto greco-persa[237].

### *Ctesias de Cnido y los tratados sobre la India*

La obra de Ctesias sobre la India no ha llegado entera hasta nosotros. Sin embargo, conservamos un amplio resumen que hizo de ella el patriarca Focio en el siglo IX d.C., lo que nos permite conocer en líneas generales su contenido[238]. De todas formas, debemos tener presentes las limitaciones que ofrece ya que es posible que en el proceso de selección hayan interferido de manera activa los propios gustos y aficiones literarias del patriarca, que sentía al parecer una cierta debilidad por todo lo sensacional y maravilloso[239]. Sin embargo, a juzgar por las reacciones de los autores contemporáneos y posteriores, que consideraban a Ctesias un autor poco fiable que había dado cabida en su obra a toda clase de fantasías y extravagancias, parece que el resumen de Focio se ajusta en líneas generales a los propios intereses de su autor y representa bien el tono general de su tratado en el que las noticias de carácter fabuloso desempeñaban un papel destacado.

La mala fama de Ctesias en este sentido fue proverbial a lo largo de toda la Antigüedad[240]. Las críticas sobre su forma de enfocar la historia empiezan ya con Aristóteles y llegan casi sin solución de continuidad hasta Luciano, que le situó a la cabeza de aquellos que pretendían hacer pasar por verdaderas cosas que en la realidad nunca habían

---

237 DREWS, *op. cit.*, pp. 31 ss.

238 El texto de Ctesias sobre la India está editado por R. HENRY, *Ctésias. La Perse, L'Inde*, Bruselas, 1947. La traducción española del mismo aparece recogida en GARCÍA MORENO y GÓMEZ ESPELOSÍN, *Relatos de viaje en la literatura griega*, pp. 20-36. A pesar de la sugerencia de que Focio pudo haber manejado ya un resumen de la obra de Ctesias, tal hipótesis queda descartada en el artículo de JACOBY para la Pauly Wisowa sobre nuestro historiador, *s.v.* «Ktesias», *RE*, XI, 1922, col. 2066. Su popularidad debió ser considerable si tenemos en cuenta que su obra podía todavía adquirirse en el mercado de libros de Brindisi en pleno siglo II d.C. según nos informa Aulo Gelio, *N.A.*, IX, 4, 5. Una prueba evidente de su popularidad es también el interés de Luciano por desacreditarlo, cfr. *VH*, 1,3.

239 J. M. BIGWOOD, «Ctesias' Indika and Photius», *Phoenix*, 43, 1989, pp. 302-316. Sobre la forma de proceder de Focio, T. HÄGG, *Photios als Vermittler antiker Literatur*, Upsala, 1975.

240 KARTTUNEN, «The Indika of Ctesias» ya citado anteriormente.

visto ni oído[241]. A pesar de ello, su obra tuvo una influencia determinante a la hora de dar forma a toda la tradición posterior sobre la India, convertida a partir de estos momentos en una tierra de maravillas y prodigios de todas clases[242].

Ctesias no llegó nunca a viajar a la India en persona pero sabemos que pasó un cierto período de tiempo en la corte persa, primero como prisionero y más tarde como médico al servicio de Artajerjes II y de la reina madre, la temible Parisátide, en los últimos años del siglo V a.C.[243] Su estancia en Persia le permitió sin duda recopilar una serie de noticias sobre la India, ya que dicho país era por entonces uno de los territorios tributarios del imperio aqueménida. Ctesias conocía también sin duda las obras de sus antecesores y probablemente trató de utilizar su posición privilegiada de testigo excepcional en el interior de la corte persa para superar con creces sus respectivos relatos. Elaboró una imagen de la India que seguía en parte el modelo elaborado por sus predecesores, pero que recibía ahora su sello propio y personalizado que la diferenciaba en alguna manera de las restantes tierras de los confines con las que compartía hasta entonces determinadas características.

Aportó a las descripciones anteriores la aparente frescura del testimonio de primera mano, reforzando además todas sus informaciones mediante una serie de estrategias narrativas encaminadas a dar apariencia de veracidad a todas ellas[244]. El propio Ctesias reitera en más de una ocasión que está diciendo la verdad, llegando a afirmar incluso que había rechazado algunos relatos maravillosos debido a que podían parecer increíbles a sus lectores griegos. Pretendía dar así la impresión de haber ejercido una cierta moderación a la hora de incluir en su narración elementos maravillosos.

Aunque la capacidad inventiva de Ctesias era considerable, seguramente no todas las informaciones que aparecen en su obra son el producto de la ficción. Detrás de su retórica de las maravillas se ocultan muy posiblemente retazos de información veraz, que han sufrido

---

[241] Los testimonios sobre su persona y su obra se encuentran cómodamente reunidos en la reciente traducción al francés de J. AUBERGER, *Ctésias, Histoires de l'Orient,* col. La Roue à livres, Belles Lettres, París, 1991, pp. 23-28.

[242] Sobre el papel de Ctesias en este sentido, WITTKOWER, *art. cit.*, y ROMM, «Belief and Other Worlds», ya citado anteriromente. En general sobre la tradición de las maravillas indias en los escritores griegos, GÓMEZ ESPELOSÍN, «L'Inde dans les récits de voyage grecs», ya citado antes.

[243] Sobre la polémica en torno a la fecha precisa en que comenzó su cautividad, T. S. BROWN, «Suggestions for a Vita of Ctesias of Cnidus», *Historia*, 27, 1978, pp. 1-19. Un resumen de todas las hipótesis emitidas al respecto en el artículo de B. ECK, «Sur la vie de Ctésias», *REG*, 103, 1990, pp. 409-434.

[244] Sobre este asunto, GÓMEZ ESPELOSÍN, «Estrategias de veracidad en Ctesias de Cnido», ya citado antes.

las distorsiones explicables por efecto de la exageración o de la fantasía de sus informantes. Durante su estancia en Persia tuvo seguramente la oportunidad de asistir a recepciones del rey persa, a las que acudían embajadores de los pueblos indios a entregar sus tributos al gran rey o a gestionar cualquier otro tipo de asuntos diplomáticos. Mantuvo con toda probabilidad largas conversaciones con legados persas que habían regresado de aquel país y escucharía con deleite y curiosidad los relatos de su viaje por aquellas tierras. Por la corte persa desfilaban sin duda emisarios, embajadores, expedicionarios, soldados y todo tipo de personajes persas que por motivo de su profesión habían viajado hasta aquellas tierras. La posición privilegiada de que Ctesias disfrutaba en la corte le permitió entrar en contacto directo con todos ellos y presenciar incluso algunos actos y ceremonias en los que pudieron haberse exhibido algunos de los objetos y personajes a los que alude a lo largo de sus páginas. Son efectivamente frecuentes las ocasiones en las que Ctesias remite a su propia *autopsía* como garantía indiscutible de la veracidad de lo que está narrando.

Es igualmente probable que en este mismo proceso de información intervinieran también activamente comerciantes y mercaderes que hacían habitualmente la ruta de estas apartadas regiones en busca de los productos preciosos que albergaban. Esa impresión se desprende de algunos de los datos que proporciona relacionados con productos susceptibles de interés comercial, como el aceite que se producía en una laguna, o diversos metales y piedras preciosas, o determinadas anécdotas que implican la presencia de comerciantes, como la de una gema con propiedades magnéticas, citando como referencia a un chamarilero de Bactria. La mención de patrones de medida o la alusión a lo que pudo haber sido una vía de comercio interior como la que mantenían los indios con los cabeza de perro apuntan también en esta dirección[245]. Incluso el propio Ctesias pudo haber contemplado quizá con sus propios ojos algunos de los productos fabulosos que aparecen en su obra, que fueron traídos hasta la corte como regalos, tributos o como el resultado de simples capturas ocasionales. Otra posibilidad no desechable es que hubiera tenido también acceso a la consulta de documentos oficiales, aunque sólo fuera de manera oral e indirecta.

Su relato sobre la India es por tanto un mosaico variopinto del que forman parte maravillas naturales como lagunas que expulsan hacia fuera a quienes intentan bañarse en ellas, fuentes llenas de oro líquido, árboles inmensos, animales increíbles como el papagayo capaz de imitar la voz humana o la terrorífica marticora, y pueblos sorprendentes

[245] Ctes., *Ind.*, 2 (chamarilero de Bactria); 11 (laguna productora de aceite); 12 (minas de oro y plata más profundas que en Bactria); 19 (río que arrastra ámbar); 21 (púrpura extraída de una flor); 22 (comercio entre los cabeza de perro y los indios)...

por su propia fisionomía, como los pigmeos, los cabeza de perro o los de grandes orejas que se podían ocultar tras ellas, o por sus extrañas costumbres. Ctesias estructuraba el territorio indio sobre las grandes líneas habituales compuestas por los ríos y las montañas, dando en este caso una relevancia especial al río Indo como rasgo característico y definitorio de todo el país. Las montañas delimitarían seguramente los confines del territorio a juzgar por la presencia en ellas de seres tan extraños como los cabeza de perros. Lagunas y fuentes completaban un paisaje singular en el que imperaban la prosperidad y la abundancia de todas clases.

Sus noticias sobre la espectacular flora y la sorprendente fauna que caracterizaban el país constituían también una parte importante de todo el tratado. Ctesias facilitaba descripciones detalladas de todos ellos, desde animales reales como las enormes serpientes, los elefantes o el papagayo, con su capacidad sorprendente de imitar la voz humana, hasta otras bestias menos identificables y que presentaban claros indicios de pertenecer al folclore popular o a la leyenda, como la célebre marticora, el asno de un solo cuerno o el gusano de río capaz de devorar bueyes completos con sus cuernos y todo.

No faltaba tampoco la pertinente sección etnográfica dedicada a la descripción puntual de los pueblos que habitaban el país y a la consideración detenida de sus diferentes usos y costumbres. Dentro de esta galería de curiosidades y exotismo ocupaban un lugar destacado aquellos pueblos que presentaban rasgos excepcionales en su complexión anatómica como los pigmeos, los ya citados cabeza de perros, los que poseían unas orejas tan enormes que podían ocultarse el rostro con ellas, o gentes desprovistas de ano que se veían obligadas a llevar una dieta particular.

Un cuadro en el que todavía se dejan ver las huellas de las viejas concepciones griegas sobre la configuración del orbe con una India situada en el extremo oriente por donde el Sol hacía su aparición. De esta forma Ctesias nos presenta una tierra en la que reina un calor sofocante que hacía necesaria la intervención de la divinidad para enfriarlo durante treinta y cinco días con el objeto de que pudiera celebrarse una fiesta en su honor y que la gente regresara indemne sin quemaduras[246]. En consonancia con esta creencia, el sol aparecía allí con un tamaño diez veces mayor que en los demás países, a causa de la proximidad con su lugar de nacimiento, y propiciaba la generación de animales también mucho mayores que en el resto de la tierra. También era extremadamente caliente la superficie de las aguas del mar de forma que ningún pez podía habitar en ellas, salvo a una mayor pro-

[246] Ctes., *Ind.*, 8.

fundidad. En la India podían encontrarse además toda clase de productos preciados, tal y como era de esperar en un país situado en los confines del mundo, como ya lo había señalado Heródoto. Dentro también de la misma lógica herodotea se prestaba una atención especial a la forma de obtener dichos productos que hacía en ocasiones necesario el uso del ingenio y de la oportunidad.

Aparecen también en el relato de Ctesias los procedimientos habituales de la etnografía griega que ya habían hecho acto de presencia en el propio Heródoto y quizá mucho antes. Nos referimos a la tendencia a idealizar estas poblaciones de los confines, caracterizadas por un extremado sentido de la justicia, por su desprecio de la muerte o por su perfecta armonía social. Unos tintes utópicos que se reflejan igualmente en la longevidad de los indios o en su excelente estado de salud, rodeados de una naturaleza aparentemente hostil pero que escondía en su interior remedios para casi todos los males, como las raíces de un árbol llamado parebo, que actuaba contra los cólicos, o los cuernos de los unicornios, que utilizados como copas evitaban los espasmos y se convertían en antídotos de cualquier clase de venenos.

No faltan tampoco en su relato algunos de los elementos puramente fabulosos, que estaban presentes desde hacía ya tiempo en la tradición mítica griega, como los célebres grifos que custodiaban el oro de las montañas del norte, descritos aquí de manera casi minuciosa, o algunos otros que aparecen más disimulados y que reflejaban el aspecto terrorífico y amenazador de una naturaleza inquietante, como las serpientes, cuyo veneno producía efectos devastadores tanto vivas como una vez ya muertas, o los excrementos del pájaro dicairos, cuya ingestión provocaba un sueño profundo que al final del día daba paso a la muerte.

La imagen de la India que nos ofrece Ctesias poco tiene que ver con una descripción objetiva y veraz de su realidad geográfica. Sobre un núcleo de informaciones veraces se hallaban sobrepuestos una serie de estratos difíciles de deslindar, como los ecos de viejos mitos indios o de la tradición popular india o persa, que fueron posiblemente mal interpretados, y la manifiesta influencia de la propia tradición mítica y literaria griega, que había construido una imagen particular de las tierras de los confines del orbe[247]. A ello se añadían también otros factores destacados que también hay que tener en cuenta. Así era natural que un científico jonio, en este caso un médico, experimentase una curiosidad insaciable ante el fascinante espectáculo de una naturaleza extraña y excepcional. Era igualmente lógica la pasión por la

---

[247] Sobre los confines del mundo véase el libro de J. ROMM, *The Edges of the Earth*. Más trivial en sus análisis K. KARTTUNEN, «Distant Lands in Classical Ethnography», *Gräzer Beiträge*, 18, 1992, pp. 195-204.

aventura del viajero y su deseo de asombrar a su auditorio, sobre todo si se tenía la oportunidad de describir un territorio considerado hasta entonces un espacio mítico. Era también comprensible que Ctesias, que a pesar de sus privilegios no dejaba de ser un prisionero en la corte persa, sintiera la nostalgia propia de un exiliado y tratase por todos los medios de hallar consuelo a su desgracia. Esta circunstancia le llevó seguramente a reflexionar sobre el mundo de los otros y sobre su propia cultura, idealizando en ocasiones estas sociedades lejanas que representaban formas de vida completamente contrarias a las del mundo griego. Por último estaba también su aspiración a convertir todo en un juego literario cuyas reglas demandaban la prioridad absoluta sobre sus contrincantes y propiciaban por tanto la creación de los procedimientos adecuados para conseguirla por todos los medios posibles[248].

La literatura de esta clase continuó en vigor a lo largo de todo el período helenístico y en algún caso pudo reflejarse en ella la experiencia personal de sus autores, que realizaron un viaje de exploración por el país en cuestión, como sucedió seguramente con algunos de los que acompañaron a Alejandro en su expedición, que escribieron obras sobre la India. Es el caso de **Andróstenes de Tasos**, enviado por Alejandro a costear la península de Arabia, que compuso un Paraplo de la India. Aunque la obra se ha perdido, podemos hacernos una ligera idea de su contenido gracias a algunas noticias sobre plantas y conchas que nos ha conservado Teofrasto[249]. La obra debía abundar en noticias de este tipo, fruto de las observaciones personales realizadas a lo largo de su viaje por la isla de Tilo (actual Bahrein) y las costas del golfo Pérsico. El hecho de que sirviera de fuente de información a personajes de la talla del mencionado Teofrasto o de Eratóstenes, que utilizó sus datos para calcular las dimensiones de la costa arábiga, nos dan una idea de la precisión y minuciosidad de sus descripciones. Éste pudo ser también el caso de un tal **Gorgo**, una especie de técnico que pudo haber escrito un relato en el que daba noticia acerca de los yacimientos de sal gema y de las minas de oro y plata que había en las tierras del reyezuelo indio Sopeites, según sabemos por una escueta referencia de Estrabón[250]. Ya nos hemos referido anteriormente a la expedición de **Patrocles** cuyos resultados debieron quedar reflejados también en un relato de viaje ya que fueron utilizados después por Eratóstenes[251].

Sin duda, la India fue uno de los países que recibieron una atención preferencial en este campo ya que tenemos noticias sobre un buen nú-

---

248 J. AUBERGER, «L'Inde de Ctésias», en CARRIÈRE *et alii, op. cit.*, pp. 39-59.

249 Los fragmentos en JACOBY, FGrHist 711

250 Str. XV.

251 Sus posibles fragmentos en JACOBY, FGrHist 712.

mero de obras que trataron sobre ella, la mayoría de las cuales no pasan de ser meras referencias. Éste es el caso de la de un tal **Taurón** que quizá siguiendo el camino marcado por Ctesias compuso un tratado de estas características en el que, a juzgar por las escasas referencias que tenemos de su obra a través de Plinio, abundaban las noticias de carácter fabuloso, como la existencia de un pueblo denominado coromandas que habitaba en los bosques y emitía horribles alaridos en lugar de palabras. Tenían además un cuerpo completamente velludo, los ojos glaucos y los dientes propios de un perro[252].

Ya nos hemos referido anteriormente a las obras compuestas por **Megástenes** y **Deímaco**, embajadores seléucidas que fueron enviados respectivamente a la corte de Chandragupta y de su sucesor, en las que abundaban también este mismo tipo de noticias. La obra de Megástenes, para la que poseemos un mayor número de fragmentos, presentaba también otros focos de interés, como la descripción de la organización social de la sociedad india, si bien todas sus informaciones a este respecto se hallaban mediatizadas por los objetivos propagandísticos y por las propias inclinaciones ideológicas de su autor. Era sin duda una obra destinada a un público ávido de curiosidades exóticas y en disposición de poder apreciar las divagaciones filosófico-moralizantes de su autor. Sobre la India escribieron también **Demodamante de Mileto**, un general seléucida, y un tal **Dionisio**, enviado también a la India en embajada por Tolomeo II, pero desconocemos casi todo sobre sus respectivas obras.

No mucho más es lo que sabemos sobre la obra de **Ortágoras**, que pudo haber formado parte de la expedición de Nearco, dado que los escasos fragmentos que poseemos de ella se ocupan de regiones por las que discurrió la misma, como el río Acesines o la costa de Carmania. Sus noticias abarcaban desde las puramente naturalistas aderezadas con ciertos tintes sensacionalistas, como el tamaño descomunal de las serpientes del Acesines o los monstruos marinos que acechaban por las costas de Gedrosia, de casi cien metros de longitud, a las de corte mitológico y legendario como la presencia de la tumba del rey Eritras en una isla cercana a la costa de Carmania. No faltaban tampoco las noticias etnográficas curiosas, como la de los cabreros que alimentaban a sus cabras utilizando como pienso pescado seco, o las observaciones de tipo astronómico, como la ausencia de la osa en el mar Rojo y el orden cambiado que presentaban las estrellas visibles en dicho espacio marino[253].

Desconocemos prácticamente todo de las obras compuestas por **Sosandro** y **Basilis**, de los que poseemos tan sólo escuetas referen-

---

252 Plin., *N.H.*, VII, 24.

253 Los fragmentos de Ortágoras en Jacoby, FGrHist 713.

cias. Al primero le atribuye Marciano de Heraclea una obra de esta clase y del segundo tenemos una breve referencia en Ateneo que alude al libro segundo de su obra, en la que trataba de la lucha de los pigmeos contra las grullas, que podría ser indicativo del tipo de noticias que contenía[254].

### *Los Tratados sobre Egipto*

Otro de los países que fue objeto de una atención privilegiada en este terreno fue Egipto, tal y como era de esperar por la fascinación que ejerció sobre la imaginación griega a lo largo de toda su historia[255]. La presencia de la monarquía tolemaica acrecentó la presencia griega en el país y constituyó por tanto un serio acicate para la propagación de esta clase de literatura. Poseemos una larga lista de autores que compusieron obras de esta clase que llevaban por título *Aigyptiaka,* la mayoría de los cuales no pasa de ser un simple nombre sin más referencias. Conocemos una larga serie de nombres de los cuales una buena parte son originarios de Egipto, como Caronte, Liceas, Filisto, o Policarmo, todos ellos nacidos en Naucratis, o los alejandrinos Apión, Queremón o Lisímaco, sin mencionar otros claramente egipcios como es el caso de Manetón, Mosmes o Asclepíades el egipcio. Junto a ellos aparecen autores preocedentes de otros lugares pero que hicieron quizá su carrera literaria en los medios alejandrinos, como Aristágoras de Mileto, León de Pella, Asclepíades de Mende, Evágoras de Lindos, Calíxeno de Rodas, Trásilo de Mendes, o Damoteles[256].

En la mayoría de los casos se trataba sólo de historias locales aderezadas con todos los ingredientes habituales del género, que en el caso de Egipto presentaban además alicientes particulares por toda la larga tradición mítica y anticuaria que iba asociada al país del Nilo. Las noticias de contenido geográfico no eran seguramente el plato fuerte de todos estos diversos tratados, salvo quizá aquellas cuestiones polémicas que siguieron coleando a lo largo de toda la Antigüedad, como el debate existente sobre las fuentes de Nilo, un tema al que casi todos deseaban contribuir con su particular granito de arena. La fascinante historia del país, las cuestiones religiosas, las conflictivas relaciones de los héroes griegos con Egipto y sin duda alguna las mil y una curiosidades de todo tipo que presentaba el país constituyeron sus principales focos de atención.

---

[254] Sus referencias respectivas en JACOBY, FGrHist 714 y 718.

[255] Al respecto puede consultarse nuestra *Egiptomanía* y M. FUTRE PINHEIRO, «A atracçao pelo Egipto na literatura grega», *Humanitas*, 47, 1995, pp. 441-468.

[256] Sus fragmentos y referencias pueden encontrarse en JACOBY, FGrHist 3 C 608a-665.

De entre todo este ingente material, sólo la obra de **Hecateo de Abdera** ha conseguido traspasar el velo de los siglos y llegar hasta nosotros a través de las abundantes referencias que pueden encontrarse de la misma en la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia[257].

La obra de Hecateo sobre Egipto no es desde luego un simple tratado sobre la geografía del país. Compuesto en el último cuarto del siglo IV a.C. bajo los auspicios del gobierno tolemaico, el tratado sobre Egipto de Hecateo era más una obra de carácter propagandístico y filosófico en la que las informaciones de tipo geográfico ocupaban tan sólo una reducida parte. Su larga estancia en el país le convirtió en un testigo privilegiado capaz de corregir los errores de sus predecesores, que habían basado sus noticias en observaciones parciales y mucho más apresuradas. Tuvo además acceso a ciertas tradiciones nativas a través de los sacerdotes egipcios que le permitieron conocer más a fondo algunas de las leyendas propias del país, y por supuesto elaborar un esquema más coherente de su historia anterior. Hecateo fue así capaz de completar muchas de las informaciones anteriores y ofrecer un cuadro descriptivo de algunos monumentos mucho más preciso y detallado que lo que podemos encontrar en el *lógos* egipcio de Heródoto. Pero, de todas formas, en su descripción se mezclan también junto a los relatos sacerdotales otras noticias que proceden de las obras de sus antecesores griegos sobre el terreno y los resultados de sus propias especulaciones de tipo racionalista. Una obra en suma mejor estructurada y completa que las anteriores en este ámbito, que sirvió además de modelo para los autores posteriores que trataron del tema, pero en la que las informaciones veraces sobre la geografía del país estaban completamente supeditadas a otra clase de intereses mucho más ambiciosos y no pasaban por tanto de cumplir un escueto papel funcional.

Relacionada en cierto modo con Egipto, aunque se refiere sobre todo a las regiones del sur, está la obra clave de **Agatárquides de Cnido**, *Sobre el mar Eritreo*, que contenía una pormenorizada descripción de las costas del mar Rojo y de la forma de vida y costumbres de las poblaciones indígenas que habitaban dichos territorios. La obra de Agatárquides no ha llegado completa hasta nosotros, pero poseemos amplios fragmentos gracias al resumen que hizo de ella el patriarca Focio en su Biblioteca y a la abundante utilización como fuente directa de información sobre estas regiones por parte de Diodoro de

---

257 Sus fragmentos en FGrHist 264. Sobre Hecateo, O. MURRAY, «Hecataeus of Abdera and Pharaonic Kingship», *JEA*, 56, 1970, pp. 141-171, y S. M. BURSTEIN, «Hecataeus of Abdera 's History of Egypt», J. H. JOHNSON, ed., *Life in a Multi-Cultural Society: Egypt from Cambyses to Constantine and Beyond*, Chicago, 1992, publicado luego en Burstein, *Graeco-Africana*, Nueva York, 1994, pp. 19-27.

Sicilia[258]. Al parecer, fue la última obra que escribió este célebre historiador del mundo helenístico, que ya había elaborado antes una historia monumental en dos partes que continuaba la de Polibio.

Agatárquides hizo carrera gracias a sus contactos con algunos miembros destacados de la elite política que gobernaba Egipto a mediados del siglo II a.C. y por ello pudo tener acceso a un buen número de informaciones sobre las regiones del sur de Egipto que se encontraban en los informes de las expediciones de exploración enviadas hasta esas zonas por los sucesivos gobiernos tolemaicos. Se ha datado la composición de la obra en el reinado de Tolomeo VI, cuando tuvo lugar la expansión en Nubia. Agatárquides no fue testigo presencial de las noticias que narra en su obra ya que no llegó a viajar en persona hasta aquellas latitudes, sino que realizó su trabajo desde la comodidad confortable que ofrecía la Biblioteca alejandrina. Tuvo que limitarse, por tanto, más bien a sintetizar el material que encontró disponible en los archivos oficiales y en las obras de sus predecesores sobre el terreno, especialmente las de aquellos que escribieron tratados sobre Etiopía, como Dalión o Basilis, o más específicos sobre su propia zona de interés, como el de un tal Pitágoras[259]. Sin embargo, consideraba plenamente justificada su tarea ya que no existía hasta el momento ninguna obra de carácter general que abarcara todo el sur del mundo habitado, a diferencia de lo que sucedía con otras partes del orbe.

La obra de Agatárquides proporcionaba una gran cantidad de informaciones sobre estas regiones del sur, especialmente desde el punto de vista etnográfico dado que ofrecía un panorama completo de los diferentes pueblos que habitaban a lo largo de las costas del mar Rojo. Sin embargo, la obra tenía un carácter marcadamente histórico, y de hecho toda esta información etnográfica estaba al parecer confinada al último libro, el quinto, concebido como una especie de apéndice que completaba la información ofrecida por los cuatro libros anteriores. Agatárquides no sólo se ocupaba de la descripción geográfica de aquellas regiones y de las costumbres de sus habitantes, sino que incluía también abundantes noticias sobre la fauna de aquellas tierras y sobre todos aquellos fenómenos naturales de carácter inusual y extraordinario *(thaumasia)* en consonancia con los gustos de la época.

La imagen de las regiones del sur que nos presenta Agatárquides es la de unos territorios habitados por poblaciones primitivas que vi-

---

[258] La obra de Agatárquides puede leerse en castellano en la traducción de García Moreno en GARCÍA MORENO y GÓMEZ ESPELOSÍN, *op. cit.*, pp. 122-277. Sobre Agatárquides, además de la introducción a la traducción mencionada, puede verse BURSTEIN, *Agatharchides of Cnidus*, donde se recoge la amplia bibliografía anterior.

[259] Fragmentos en Athen. IV, 183 f y Aelian., *N.A.* XVII, 8, 9.

vían en una estrecha relación con su entorno natural, del que con mayor o menor ingenio debían extraer los medios para subsistir. Las notas de exotismo están presentes a lo largo de todo el relato con referencias constantes a sus extrañas costumbres, especialmente a una dieta alimentaria a base de tortugas marinas, frutos de las plantas, avestruces, saltamontes o extrañas mezclas de sangre y leche, como los trogloditas. No falta tampoco esa tendencia ya presente desde hacía tiempo en la etnografía griega a idealizar este tipo de poblaciones bárbaras. Se destaca así la sencillez de su forma de vida que aleja todo tipo de disturbios y complicaciones, la ausencia de ambiciones, la comunidad de mujeres e hijos o el desprecio de la muerte, signos todos ellos de una actitud vital que superaba en ocasiones a la de los hombres civilizados. Sin embargo, también reaparecen en medio de este cuadro idealizado los terribles azotes de una naturaleza inclemente y cruel que se manifiesta en toda su crudeza en estas regiones de los confines del orbe. Agatárquides se refiere a bandas de mosquitos agresivos que obligaban a huir a los habitantes de la región hacia los lagos, a una sobreabundancia de escorpiones y tarántulas que había dejado desiertas algunas comarcas de la zona, o a las frecuentes inundaciones que anegaban todo a su paso y obligaban a las gentes a buscar temporalmente otro lugar para vivir.

Agatárquides aplicó sobre sus descripciones todo un esquema de pensamiento antropológico que era pura y exclusivamente helénico. Adoptó las ideas de Aristóteles y Dicearco acerca de la interacción entre los modos de vida de las gentes y el entorno natural en el que habitaban en una dialéctica de desafíos y respuestas que tenía como último objetivo la supervivencia. Agatárquides utilizó los esquemas de desarrollo cultural propuestos por estos autores para aplicarlos de manera mecánica a su material etnográfico, clasificando y organizando los diferentes pueblos de la zona por su manera de procurarse alimentos. Sin embargo, a pesar de ello, el cuadro resultante constituye una descripción vívida y compleja de las diversas sociedades que habitaban aquellas regiones del sur y de las diversas maneras de adaptarse a su entorno natural. Su atención preferente iba sin embargo dirigida a los sufrimientos experimentados por todos estos pueblos como resultado de la intervención tolemaica en aquellas regiones que Agatárquides contemplaba con ojos muy críticos a tenor de sus terribles resultados sobre el medio natural y humano[260].

Se atribuye también la composición de un *periplo sobre el mar Eritreo* a un tal **Alejandro de Mindos**, autor de escritos sobre zoolo-

---

260 Véanse las consideraciones respectivas de Burstein y García Moreno en las respectivas obras citadas en las notas anteriores.

gía de mediados del siglo I d.C. A juzgar por los fragmentos que poseemos de sus obras, de tinte marcadamente paradoxográfico, es muy probable que éste fuera también el tono predominante de dicho tratado. Su evidente interés por toda clase de *mirabilia* procedentes del medio natural como animales, plantas, lagunas, ríos y fuentes, nos lleva a suponer que quizá utilizó el tratado anterior de Agatárquides como una de las fuentes de información de las que extraer noticias de esta clase, dada su particular abundancia en estas regiones del sur, como podemos ya comprobar en la obra mencionada. Según sabemos por Focio, poseía un cierto encanto a la hora de escribir y se mostraba extraordinariamente escrupuloso en la utilización de sus fuentes[261].

### *Tratados sobre Libia*

El continente africano en general, lo que los griegos denominaban Libia, fue también objeto de algunas obras de esta clase, que con excepción de los ecos presentes en el correspondiente *lógos* herodoteo y en algunas obras posteriores apenas han dejado huellas visibles en la tradición literaria[262]. En la mayoría de los casos se trataba de iniciativas emprendidas por nativos de la ciudad de Cirene interesados exclusivamente en las leyendas y mitos de fundacion relacionados con la historia primitiva de su ciudad, como fue el caso de Aristipo, Teocresto, Acesandro y Agroitas. Este último daba cabida al parecer también a otros sectores de la mitología líbica, con alusiones al viaje de Heracles hacia el jardín de las Hespérides. Algo parecido debió suceder con las obras de este título que compusieron Menecles de Barca, otra ciudad griega de la zona, y Lico de Regio, nativo de la cercana Sicilia. Obras de este título se atribuyen también a Filisto de Naucratis, Alejandro Polihistor, al rey mauritano Juba y a un tal Posidonio de Olbia. En el caso del Polihistor, se ha sugerido la posibilidad de que el relato libio formase parte de una obra de carácter más general en la que pretendía presentar al público romano un panorama de las diferentes regiones de la ecúmene. De cualquier forma, el desinterés por las cuestiones geográficas, patente en los escasos fragmentos que poseemos de sus diferentes obras, puede quizá extrapolarse también a su obra sobre Libia y asignarle un lugar dentro de la lista mencionada en la que los intereses de sus autores iban más allá de la pura geografía.

---

261 Sobre este autor pueden verse nuestros *Paradoxógrafos griegos*, pp. 159-161.

262 N. BERTI, «Scrittori greci e latini di 'Libyka': la conoscenza dell' Africa settentrionale dal V al I secolo a. C.», en M. SORDI, ed., *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán, 1988, pp. 145-165.

La helenización de Cartago que tuvo lugar a lo largo de la época helenística y la existencia de crecientes contactos de los intelectuales griegos con los medios púnicos favoreció sin duda el surgimiento de esta clase de obras que, en teoría al menos, podían intensificar ahora sus conocimientos sobre las regiones más occidentales del continente africano, hasta entonces veladas al conocimiento griego y expuestas por tanto a toda clase de fantasía y elucubraciones de carácter mitológico[263]. Sin embargo, parece que las cosas continuaron por los senderos ya marcados y el tono general de dichas obras apenas experimentó variaciones significativas. Todo lo más se insertaron algunas tradiciones legendarias nativas que recibían su adecuada explicación en términos griegos, o encontraban su lugar dentro de las grandes sagas helénicas.

Comienzan a circular entonces una serie de noticias que afectan a las regiones más occidentales del continente africano, relacionadas de forma estrecha con la expansión cartaginesa, que encontraron cabida dentro de la tradición literaria griega. Ecos evidentes de este tipo de noticias se han conservado en las obras de Salustio o en Plutarco, a las que llegaron a través de la utilización directa o indirecta de alguna de las fuentes originarias que las contuvieron[264]. Un ambiente de fantasías relacionadas con los extremos confines del orbe que se interferían con las viejas leyendas de los héroes griegos que habían realizado expediciones hacia estas regiones occidentales tales como Perseo o Heracles. Fue seguramente de estos medios de donde surgió la idea que dio pie a la creación del ya comentado periplo de Hanón, y seguramente también hay que asignar a estos mismos medios obras desconocidas como la de un tal **Procles** el cartaginés, a la que se refiere Pausanias, que hablaba de la existencia de hombres y mujeres salvajes en el desierto de Libia, uno de cuyos miembros había llegado hasta la laguna Tritónide y fue luego víctima del ataque de Perseo[265]. El relato de Procles, que como vemos insertaba la historia de la gorgona dentro de este contexto libio, era al parecer una de estas típicas narraciones fabulosas que pretendían pasar por verdaderas ya que, según nos informa el mismo Pausanias, su autor afirmaba haber visto algunos de estos hombres salvajes en Roma.

Todas estas tradiciones y noticias diversas debieron confluir en la obra de **Juba II**, el rey de Mauritania, que compuso a finales del siglo

---

[263] Sobre la Cartago helenística y sus contacto con el mundo griego, K. VÖSSING, «Cartagine», en G. CAMBIANO *et alii*, eds., *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. I. *L'Ellenismo*, t. 2, Roma, 1993, pp. 769-789.

[264] Sobre las fuentes de Salustio a este respecto, G. M. PAUL, *A Historical Commentary on Sallust's Bellum Iugurthinum*, Liverpool, 1984: R. ONIGA, *op. cit.*, y GARCÍA MORENO, «Plutarco, Sertorius», ya citado antes.

[265] Paus. II, 21, 6.

I a.C. una obra de esta clase en tres libros, redactada en griego, de la que tenemos algunas referencias a través de una serie de fragmentos que han llegado hasta nosotros. El relato libio del monarca mauritano contenía abundantes noticias de tipo zoológico y botánico, como era de esperar en un personaje que conocía a la perfección sus propios dominios y tenía además a su entera disposición todas las informaciones procedentes de la biblioteca de Cartago que pudo haber sido trasladada hasta su reino. La creciente penetración romana en el norte de África tras la destrucción final de Cartago había suscitado un gran interés por uno de los aspectos más llamativos de estas regiones, como era la variedad casi infinita de su fauna. El tratado de Juba contenía seguramente numerosas noticias de esta clase que conectaban además claramente con este interés zoológico, como atestiguan los fragmentos que se refieren a la inteligencia y costumbres de los elefantes. Sin embargo, en ella ocupaban también un espacio importante otro tipo de noticias como las botánicas, y sobre todo las elucubraciones legendarias acerca de los episodios míticos que habían tenido Libia como escenario, tales como el trabajo de Heracles que lo había conducido hasta el jardín de las Hespérides. Parece que el objetivo principal de su obra era presentar a los romanos una síntesis de los conocimientos sobre su país, y para ello tuvo que echar mano inexcusablemente de toda la literatura griega anterior sobre el tema[266]. Una obra, por tanto, una vez más en la que a los posibles resultados de una cierta *autopsía* se sobreponían de forma abrumadora las lecturas e indagaciones de carácter erudito y libresco con una fuerte inclinación hacia los aspectos anticuarios y mitológicos, en detrimento de otros aspectos como el puramente geográfico, que habrían resultado, al menos para nosotros, mucho más interesantes por la condición y posibilidades de su autor en este sentido.

### *Tratados sobre las regiones del norte*

Las regiones del norte no suscitaron el mismo interés que las del sur o el oriente ya que son mucho menos numerosas las noticias que tenemos acerca de tratados dedicados por entero a la descripción de las mismas. Ello se explica sobre todo por dos circunstancias. En primer lugar los conocimientos sobre aquellas zonas no progresaron en la misma medida que en otras áreas, que fueron objeto de la conquista macedonia primero y romana después y facilitaron por tanto las expe-

---

[266] Sobre los *Libyka* de Juba II, S. GSELL, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, París, 1929, VIII, p. 251 ss., y el correspondiente artículo de JACOBY para la Pauly Wisowa, *RE*, IX, cols. 2384-2395. Sobre Juba II en general, SUSEMIHL, *op. cit.*, pp. 402-414.

diciones e incluso la instalación de muchas gentes procedentes del mundo griego en aquellas latitudes. El límite alcanzado por el mundo griego en dirección septentrional no experimentó grandes variaciones con respecto a las fronteras ideales ya establecidas a lo largo de la época arcaica cuando se instalaron una serie de ciudades griegas a lo largo de todas las costas del mar Negro. En segundo lugar no existía en aquella región del mundo ningún gran imperio que estimulase la imaginación histórica y legendaria griega, con el correspondiente deseo de rastrear en ella los orígenes y andanzas de muchos de sus héroes. El contenido «histórico», con un interés manifiesto por todos los aspectos anticuarios y míticos, que caracterizaba por lo general esta clase de tratados, no encontró así en las regiones del norte ni el material ni los estímulos apropiados para su desarrollo.

No obstante, todavía existían viejos mitos griegos, como el de los hiperbóreos o incluso el de las amazonas, que indujeron a algunos a encaminar sus indagaciones librescas en esta dirección. A lo largo del siglo IV a.C. se produjeron además dos importantes acontecimientos que abrieron en buena medida el velo de misterio que rodeaba estas regiones y aportaron importantes conocimientos nuevos. En primer lugar la famosa expedición de los diez mil en la que tomó parte Jenofonte, que luego describió dramáticamente en su célebre *Anábasis.* Gracias a él se tuvo puntual noticia sobre muchos de los pueblos que habitaban en las márgenes del mar Negro, especialmente en sus costas meridionales y se dio así salida a un flujo de informaciones variopintas cuyos ecos se vislumbran en algunas obras posteriores como las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas. En segundo lugar, el viaje de Piteas hacia los mares del norte reavivó el interés hacia aquellas desconocidas regiones y alentó posteriormente una serie de leyendas y descripciones relacionadas con las costas del océano septentrional cuyos ecos se perciben claramente en la obra de Diodoro o en la de Plinio, por no citar su influencia en obras de ficción como el *Tratado sobre los hiperbóreos,* de Hecateo de Abdera, o las *Maravillas más allá de Tule,* de Antonio Diógenes. Se explica así la existencia de algunas obras de esta clase dedicadas por entero a la Escitia, al océano del norte, o incluso a las costas del mar Negro, que era sin duda la estribación meridional de toda esta área.

Tenemos así noticias de un tal **Mnesímaco de Faselis**, un autor ya de la primera parte del período helenístico, de cuya obra conocemos tan sólo un par de fragmentos transmitidos hasta nosotros por el escoliasta de Apolonio de Rodas[267]. Su contenido incidía probablemente sobre los aspectos mitológicos y sagrados de toda la zona relaciona-

[267] Los fragmentos en JACOBY, FGrHist 841.

dos principalmente con la saga argonáutica, si es que tiene alguna validez cualquier inferencia que podamos realizar a partir de una evidencia tan sumaria. Algo similar puede decirse de **Timonacte**, conocido también a través de dos breves alusiones del escoliasta de Apolonio, que dentro de la misma línea concedía algún espacio en su obra a la saga de los Argonautas. Meros nombres son también **Posidonio de Olbia**, quien a juzgar por su origen debería haber poseído los suficientes conocimientos de primera mano sobre la región si es que decidió utilizar la amplia tradición oral y escrita que debía haberse acumulado en su ciudad natal acerca de las regiones del interior en lugar de acogerse a las viejas especulaciones de carácter mitológico, **Agatón de Samos** o **Ctesipo**, interesados en peculiaridades hidrológicas o botánicas muy en consonancia con la tendencia paradoxográfica imperante a lo largo de todo el período helenístico y de la época imperial subsiguiente[268].

Ya sobre las regiones más extremas de la Escitia y quizá más concretamente sobre las costas del océano septentrional y las islas que podían encontrarse a lo largo de este trayecto compuso una obra un tal **Filemón** a mediados del siglo I a.C., del que poseemos tan sólo breves referencias en Plinio y una en Tolomeo. Para ello siguió seguramente los pasos de Piteas, cuyas informaciones pudo completar gracias a las nuevas noticias que llegaban sobre la región gracias a las campañas romanas en Germania o a los informes obtenidos de los comerciantes que circulaban por este área, a juzgar por sus noticias sobre el comercio del ámbar del que distinguía dos variedades diferentes según los lugares donde se encontraba. En su obra hablaba al parecer de la zona del Báltico, de Germania y de las islas británicas. Dividía el océano septentrional en varias partes que iban adoptando además nombres distintos según se avanzaba por sus costas, según el testimonio de los indígenas de la región. Sin embargo, se mantenían los viejos errores de orientación de las islas ya que representaba a una Irlanda con forma alargada de oeste a este y situada al norte de Britania[269].

Sobre la región del Ponto parece que trataba fundamentalmente el periplo atribuido a **Calístenes**, historiador oficial que Alejandro llevó consigo en la campaña oriental. Sólo poseemos unos pocos fragmentos de esta obra conservados todos ellos en el escoliasta de Apolonio de Rodas[270]. Lógicamente todas las noticias se refieren al escenario de la expedición argonáutica con una discusión acerca de la embos-

---

[268] JACOBY, FGrHist 843 (Agatón); 844 (Ctesipo). De Posidonio, Jacoby no recoge fragmento alguno.

[269] Plin., *N.H.*, IV, 95; XXXVII, 33 y 36, y Ptol. I, 2, 7. Sobre este autor, E. NORDEN, «Philemon der Geograph», *Ianus*, 1, 1921, pp. 182 ss., y PÉDECH, *op. cit.*, pp. 174-175.

[270] Los fragmentos en JACOBY, FGrHist 124 F 6-7 y 39-40.

cada que sufrieron en Cízico, una referencia a la isla de Tinia, otra al río Partenio de Paflagonia y una alusión a la leyenda de Oritía y Bóreas con relación al cabo Sarpedón. En opinión de Pédech, se trataría de una obra circunscrita a las costas meridionales del mar Negro en la que predominaban las alusiones de carácter erudito y las elucubraciones mitológicas[271]. Calístenes se hallaba sin duda bien preparado para disertar acerca de este tipo de cuestiones, como podemos apreciar por el resto de sus fragmentos o por el tono general de su *Historia de Alejandro,* a quien aspiraba a convertir en un nuevo héroe helénico que reactualizaba ahora las viejas hazañas de sus antecesores míticos.

Conocemos también los nombres de otros autores que compusieron tratados de esta índole sobre la región del mar Negro como **Andrón de Teos**, autor de un periplo sobre el Ponto en la segunda mitad del siglo IV a.C., cuyos escasos fragmentos conocemos gracias al testimonio del escoliasta de Apolonio de Rodas[272]. Como era de esperar, dado el contexto en que los conocemos, se trata de especulaciones mitológicas referidas al ciclo de los Argonautas. Algo similar ocurre con las obras de un tal **Apolodoro** o de **Dionisio de Olbia**, cuyas únicas referencias proceden también de la misma fuente antes mencionada[273]. El caso de **Diofanto** es algo diferente ya que Agatárquides le sitúa junto a Demetrio de Calatis como uno de los dos escritores que compusieron obras descriptivas de las regiones septentrionales del orbe[274]. Además de las puntuales referencias sobre el escenario de la saga argonáutica, Diofanto incluía también en su obra noticias sobre las regiones escíticas a juzgar por la escueta referencia de Esteban de Bizancio sobre el pueblo de los abios, cuya denominación explicaba a través del lugar en el que habitaban, el río Abiano. Sin embargo, la procedencia homérica de dicho pueblo nos inclina a suponer que sus informaciones geográficas pudieron hallarse entreveradas con digresiones eruditas de esta clase que no siempre tenían su correspondencia en la geografía real. Un tipo de obras de carácter erudito que en la mayoría de los casos serían tan sólo fruto de la recopilación y resumen de otras obras anteriores a la manera del anónimo *periplo del mar Negro,* conservado entre los restantes testimonios de los denominados geógrafos griegos menores y editado consiguientemente en el repertorio de Müller[275].

---

271 PÉDECH, *Historiens compagnons d'Alexandre*, pp. 19-20.
272 JACOBY FGrHist 802.
273 JACOBY, FGrHist 803 y 804.
274 Agatarch., *De mar. Rubr.*, 64. Los fragmentos en JACOBY, FGrHist 805.
275 MÜLLER, GGM, I, pp. 402-423. Sobre este texto, DILLER, *The tradition of the Minor Greek Geographers*, pp. 102 ss., que lo considera «a tesellation» procedente del Epítome de Menipo redactado por Marciano, del periplo de Arriano y del Pseudo Escimno.

Las regiones occidentales apenas fueron objeto de interés por razones bien conocidas como su marginalidad de las corrientes históricas o la ausencia de viajeros griegos en la región que hubiesen redactado posteriormente escritos descriptivos sobre ellas[276]. Sin embargo, es muy probable que esta aparente ausencia de literatura especializada se paliase en cierta medida por la particular atención que dispensó a las informaciones geográficas un autor como **Timeo de Tauromenio**, originario de Sicilia, cuya historia constituye seguramente la primera historia del mundo griego occidental[277]. El interés de Timeo por todo el occidente parece bien probado a pesar de la pérdida irremediable de su obra, que conocemos tan sólo por las huellas evidentes, y a veces no tanto, que ha dejado en otros autores posteriores. Se ha sostenido con mayor o menor fuerza argumentativa la procedencia de Timeo de una buena parte de los pasajes sobre el occidente contenidos en obras como el tratado pseudoaristotélico *Mirabiles Auscultationes,* o en la historia de Diodoro[278]. Una y otra contienen efectivamente numerosas informaciones en las que priman especialmente las noticias de carácter fabuloso y las especulaciones mitológicas.

Timeo conoció la obra de Piteas y por su origen siciliano pudo tener acceso a un buen número de noticias sobre las regiones occidentales. Sin embargo, no eran ésos sus intereses principales. Su obsesión por otorgar al mundo griego de occidente una mitología de rango similar a la que disfrutaba el viejo mundo helénico pasaba necesariamente por extender hasta aquellas tierras las sagas heroicas más destacadas, prolongando sus hazañas por una geografía desconocida que ofrecía además para sus lectores el aliciente adicional de las *terrae incognitae*. Utilizó las informaciones de Piteas para dicha finalidad y trazó de este modo nuevos itinerarios para los Argonautas o Heracles, que se veían obligados a pasar finalmente por las tierras de Italia y Sicilia tras su andadura extraoceánica. Una vez más nos encontramos con una obra de biblioteca en la que la observación personal apenas desempeñaba papel alguno, tal y como Polibio le reprochaba. Una historia a la moda de los tiempos dirigida a

---

[276] Al respecto véanse nuestras consideraciones en «Iberia as a Barbarian Land: Perception of a Cultural Stereotype», *Anc.W.*, 24, 2, 1993, pp. 131-142.

[277] Sobre Timeo, T. S. BROWN, *Timaeus of Tauromenium*, Berkeley-Los Ángeles, 1958; L. PEARSON, *The Greek historians of the West. Timaeus and his predecessors*, Atlanta, 1987, y R. VATTUONE, *Sapienza d'Occidente. Il pensiero storico di Timeo de Tauromenio*, Bolonia, 1991.

[278] Así, J. GEFFKEN, *Timaios' Geographie des Westens*, Berlín, 1892 pp. 52-71 y 83-99, y R. DREWS, «Diodorus and his sources», *AJP*, 83, 1962, pp. 383-392. En contra de esta suposición J. DE HOZ, «Notas sobre las fuentes para la historia antigua de Hispania», *Habis*, 2, 1971, pp. 137-141.

un público más interesado en la recreación fantástica de las viejas navegaciones heroicas y en los numerosos *mirabilia* que tenían lugar en estos territorios de los confines, perfectamente aptos a acoger en su seno todo tipo de extravagancias, que en conseguir hacerse con una información geográfica medianamente objetiva que pudiera constituir una plataforma de arranque para un mejor cocnocimiento del mundo.

Conocemos algunas obras dedicadas a la historia de Italia *(Italika)* como la atribuida al paradoxógrafo *Antígono de Caristo*, cuyo contenido debía consistir básicamente en especulaciones de esta clase y curiosidades de todo tipo. Ciertamente la geografía occidental no constituía un tema particularmente atractivo si se la despojaba de todas las adherencias que la relacionaban estrechamente con las andanzas odiseicas. Existían sin embargo algunas regiones particulares, como la cuenca adriática, que todavía suscitaban la atención de los lectores por la presencia de recuerdos míticos vinculados al ciclo de Diomedes o a la leyenda de Faetón. Todo un conjunto de especulaciones mitológicas que sin duda se desparramaron por toda una serie de obras de esta clase, ajenas por tanto a los intereses de la geografía.

Quizá un mayor interés suscitaban los paisajes y territorios de la lejana Iberia, pero por lo que sabemos su descripción iba también asociada a las divagaciones míticas y a todo ese bagaje de noticias maravillosas que iban entrando poco a poco en los repertorios paradoxográficos. Conocemos en este campo la obra de **Asclepíades de Mirlea** sobre la Turdetania, de la que tenemos conocimiento a través de una referencia de Estrabón[279]. Dicho autor pasó largo tiempo en la zona enseñando letras griegas y cabe por tanto suponer que basó sus informaciones en sus propias observaciones sobre el terreno. Sin embargo, a juzgar por las noticias que recoge Estrabón, sus intereses iban encaminados una vez más en la dirección de las especulaciones mitológicas destinadas en este caso a trasladar las andanzas de los héroes griegos hasta el territorio de Iberia. Hablaba así de un santuario de Atenea en una ciudad del interior denominada Odisea en virtud de su mítico origen, de la presencia de griegos en tierras gallegas, donde habrían fundado incluso varias ciudades, de la estancia en Iberia de algunos de los compañeros que partieron de Mesenia con Heracles o de laconios en Cantabria. Reforzaba incluso sus afirmaciones con demostraciones factuales, como la existencia de escudos y tajamares en el citado santuario que recordaban el paso del héroe por el lugar. Un cúmulo, por tanto, de fantasías y sinrazones que sólo ha servido para dar pábulo a la imaginación calenturienta de muchos eruditos locales modernos empeñados en resucitar a cualquier precio tales despropósitos.

---

[279] Str. III, 4, 3 y 19.

Sobre las curiosidades naturales de Iberia, en pleno hervor paradoxográfico, pudo haber escrito también un tal **Andrónico** cuya única noticia nos la ha llegado a través de uno de los repertorios de este tipo de literatura conocido como el *Paradoxógrafo Palatino*[280]. Hacía referencia a la existencia de cálculos de varios colores que se formaban a veces bajo la mirada del espectador y sobre una fuente de agua dulce y potable en la que si uno metía las manos las sacaba al cabo de un rato pegadas con un trozo de sal. Un tipo de noticias que muy bien podía uno encontrarse en las obras de Artemidoro, de Posidonio o incluso del propio Asclepíades, y de cuya selección con este sesgo paradoxográfico pudo haberse encargado el mencionado Andrónico.

De otra de las regiones de los confines como Arabia se ocupó al parecer el ya mencionado **Juba** que escribió un tratado sobre la región dedicado a Gayo César, el hijo adoptivo de Augusto. La obra se ha perdido, pero ha dejado numerosas huellas en el texto de Plinio[281]. Redactado a la manera de un periplo, la obra contenía numerosas informaciones de todas clases, dada la amplitud de intereses del erudito monarca mauritano. Para ello utilizó abundantemente a los historiadores de Alejandro y a todos los que con posterioridad escribieron sobre la zona. Prestaba especial atención a la ciudades y a sus mitos de fundación en consonancia con sus aficiones anticuaristas y mitológicas, ya reseñadas en relación con su obra sobre Libia. Otro de sus focos de interés eran las costumbres de los diferentes pueblos que habitaban la región y los recursos económicos con que contaban. La presencia de abundantes datos de esta índole, relacionados directamente con el intenso tráfico comercial que discurría por esta zona, indica la posibilidad de que Juba hubiese utilizado también abundantemente informaciones de esta procedencia, no sólo de tipo oral, sino quizá incluso escritos del tipo del periplo del mar Eritreo, cuya composición data precisamente de un período muy próximo.

Otra de las regiones extremas era Partia, y al parecer mereció también la atención de un autor como **Apolodoro de Artemita** que compuso una historia de los partos en el siglo I a.C. que fue muy utilizada por Estrabón[282]. Sus informaciones sobre la región tenían como base, además de sus propias observaciones ya que era originario de la zona y al parecer viajó mucho, la existencia de relaciones intensas entre el

---

[280] Par. Pal., 12. No parece viable su identificación con el filósofo peripatético del mismo nombre que vivió en el siglo I a.C. y puso en orden las obras olvidadas de Aristóteles y Teofrasto.

[281] Plin., *N.H.*, VI, 96-205.

[282] Sobre Apolodoro de Artemita, W. W. TARN, *The greeks in Bactria and India*, Nueva Delhi, 1980 (Cambridge, 1951), pp. 44-45, y recientemente J. R. GARDINER-GARDEN, *Apollodoros of Artemita and the Central Asian Skythians*, Bloomington, 1987.

nuevo reino parto y Roma durante la época de Sila, con todas las implicaciones subsidiarias que este entramado político significaba. Por otro lado, las caravanas de comerciantes circulaban desde hacía tiempo a través de estas regiones y es más que probable que proporcionasen un cúmulo de noticias considerable al respecto que bien pudieron ser utilizadas por este autor. No en vano, poco tiempo después otro autor llamado **Isidoro de Cárax** compuso por encargo de Augusto una obra titulada *Estaciones partas* que describía un itinerario caravanero que iba desde la ciudad de Zeugma en el Éufrates hasta Alejandría de Aracosia, situada en el actual Afganistán[283]. La obra indicaba las ditancias entre los distintos puntos del trayecto y proporcionaba sucintas informaciones sobre las diferentes localidades que atravesaba, especificando en muchos casos su situación topográfica. Posiblemente la obra que poseemos no es más que un resumen de un tratado de mayor envergadura denominada *Periégesis de Partia.* La procedencia de sus informaciones en los comerciantes que circulaban por estas rutas se aprecia en sus noticias detalladas sobre la pesca de las ostras perlíferas en el golfo Pérsico y sobre los momentos apropiados para llevar a cabo este tipo de tarea. Isidoro era además originario de Cárax, una ciudad situada en el curso inferior del Tigris, por lo que cabe suponer también en sus noticias una elevada carga de *autopsía.* Por último, sabemos también de otra obra sobre Partia de autor desconocido que ha dejado sus huellas en la historia de Trogo Pompeyo[284]. La riqueza de las informaciones contenidas en dicha obra era al parecer considerable debido entre otras cosas a la experiencia viajera de su autor que le permitió conocer la capital parta, Dara, e incluso le condujo hasta la India, donde pasó un tiempo considerable.

De las obras que se ocuparon de Etiopía ya hemos hecho alguna referencia a la hora de hablar de las expediciones tolemaicas al sur de Egipto. Sin embargo, debemos dejar aquí constancia de la existencia de algunos tratados denominados *Aithiopika,* obra de autores como Filón, Dalión, Bión, Aristocreon o Simónides el Joven. A juzgar por el testimonio de Plinio, estas obras contenían abundantes informaciones sobre la topografía de la región con interminables listas de ciudades y tribus, aunque no se hallaban tampoco exentas de numerosas noticias sobre curiosidades de todo tipo, como la presencia de pueblos cuyo monarca tenía un solo ojo sobre la frente; los comedores de fieras salvajes, que se alimentaban de la carne de panteras y leones; los comedores de todo, que a tenor de su nombre eran capaces de devorar cualquier cosa que se ponía a su alcance; los comedores de

---

[283] El texto de Isodoro de Cárax puede leerse en la edición de W. H. SCHOFF, *Parthian Stations by Isidore of Charax*, Chicago, 1989 (Londres, 1914).

[284] Al respecto, TARN, *op. cit.*, pp. 45 ss.

hombres; los que ordeñaban perros cuya cabeza era la propia de este animal, y los artabatitas que poseían cuatro patas y andaban errantes como las bestias[285].

Sin duda, en todas ellas se dejaba constancia de la presencia *in situ* de los autores respectivos, que habían encabezado expediciones hacia la región, como Filón o Dalión, que navegó todavía un largo trecho más allá de Méroe, o habían permanecido durante un tiempo en la zona, como fue el caso de Simónides el Joven, que pasó cinco años en Méroe mientras escribía su obra. Se facilitaban además las distancias y mediciones precisas y se daba también cuenta de las posibilidades y recursos de la zona así como de algunas noticias históricas sobre alguna de las ciudades existentes en aquellos contornos. Sin embargo, a pesar de toda esta pesada carga de factualidad, sus autores no fueron ajenos a los gustos de su tiempo por todas las curiosidades y maravillas que albergaban los países remotos, y por ello dieron cabida en sus obras a esta clase de informaciones, aunque quizá presentadas con cierto distanciamiento crítico si atendemos a la calificación de *fabulosa,* que precede en el resumen pliniano a todo este tipo de noticias.

## *Geografías paradoxográficas*

Resta por fin hacer mención de algunas obras de carácter esencialmente paradoxográfico que contenían importantes noticias de tipo geográfico, extraídas seguramente en la mayoría de los casos de otras fuentes anteriores o de repertorios a los que sus autores tuvieron acceso. El carácter eminentemente libresco de toda esta producción reduce al mínimo grado la posibilidad de encontrar en ella signos evidentes del avance de los conocimientos o un interés por las informaciones geográficas que vaya más allá de la mera contextualización de las noticias sorprendentes y curiosas que constituían su empeño principal. Éste es el caso de **Filostéfano de Cirene**, contemporáneo de Calímaco, que escribió una obra sobre los ríos curiosos en la que quizá trataba de explicar los extraños fenómenos que sucedían en este medio hidrológico dentro de un cierto esquema racionalista[286].

Algo similar sucedería con otras obras, como las de **Antígono de Caristo**, que se sirvió probablemente de las abundantes referencias que podía encontrar en el *corpus* aristotélico; la de **Ninfodoro de Siracusa**, al que se atribuyen también un periplo, compuesto seguramente a partir de diferentes extractos de otras obras anteriores como

[285] Plin. VI, 183 ss.

[286] Los fragmentos sobre la obra de Filostéfano pueden verse en nuestra traducción de los paradoxógrafos griegos, pp. 51-54.

las de Teofrasto y Timeo; la de **Polemón el periegeta**, una personalidad relevante dentro de la cultura helenística[287] que elaboró una periégesis de talante erudito, fruto de una cuidadosa selección de sus fuentes, o la de **Nicolao de Damasco**, autor de una *Historia universal* cuyo último volumen pudo estar compuesto sólo de historias curiosas acerca de las costumbres de pueblos bárbaros, procedentes en su mayor parte de repertorios anteriores de este tipo, como los aristotélicos *Nomima Barbarika*. De todas estas obras, con excepción de la de Antígono, poseemos tan sólo pequeños fragmentos que no nos permiten hacernos una idea precisa de sus contenidos ni de las intenciones de su autor[288]. De cualquier forma, parece que en todas ellas las diferentes noticias de carácter geográfico se limitaban a encuadrar las informaciones paradoxográficas que constituían su principal centro de atención.

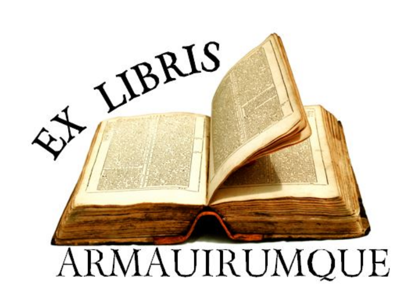
Toda esta enorme producción literaria pone una vez más de manifiesto la diversidad de intereses y curiosidades que alentaban en el interior de la cultura griega. Las posibilidades de información sobre las maravillas del mundo exterior eran cada vez más numerosas y el cada vez mayor número de lectores demandaba noticias de este género, lo que hizo que surgiera toda una literatura especializada que daba salida a este tipo de inquietudes. La mayoría de los nombres incluidos aquí nos da una idea de nuestra pavorosa ignorancia sobre el contenido diverso y variopinto de esta clase de obras en las que debieron primar intereses ciertamente espúreos al propio quehacer puramente geográfico. Sin embargo, también obtenemos así una idea aproximada acerca de las increíbles posibilidades de información y difusión existentes y de la necesidad creciente de ir depurando mediante epítomes, reelaboraciones actualizadas o simples antologías todo el amplio material disponible en las bibliotecas y los archivos de las cancillerías reales. Sin embargo, desde el estricto punto de vista de los conocimientos geográficos, con excepción de algunas obras señaladas, la mayoría de estos tratados no pasaron de ser meros ejercicios literarios carentes de todo intento de actualización o rectificación, que se iban sumando así al devenir de una rica producción erudita en constante movimiento.

---

287 Sobre Polemón, SUSEMIHL, *op. cit.*, pp. 665-676.

288 Todos los fragmentos se encuentran recogidos en nuestros paradoxógrafos.

# VIAJES LITERARIOS




El viaje reaparece continuamente como tema a lo largo de la literatura griega desde la *Odisea* homérica hasta las últimas manifestaciones de la época imperial. Viajan los héroes de la épica y la tragedia y viajan también los sabios y los reyes en la historia y en la filosofía. El viaje cambia la perspectiva vital de las personas e introduce nuevas posibilidades en sus horizontes. El viaje, y especialmente en el mundo antiguo, como ya pudimos comprobar en el capítulo primero del presente libro, constituía también una prueba que sometía el carácter del individuo a todo tipo de comprobaciones, tanto físicas, como psicológicas y morales. El viaje supone el encuentro con los otros, con una realidad ajena y distinta que resulta a menudo muy difícil de comprender bajo los patrones y modelos de la propia cultura. El viaje significa también conocimiento, la satisfacción de la curiosidad y la búsqueda constante de nuevas realidades. Y el viaje significa, por qué no, también variedad, la posibilidad de introducir aires nuevos en la monotonía monocolor de la vida cotidiana[1].

Motivos todos ellos más que sobrados para que los autores griegos de cualesquiera de los géneros literarios introdujeran el viaje como uno de los temas centrales de sus obras. Viajes con referencias aparentemente realistas como los que menciona Heródoto a lo largo de su *Historia*, o viajes puramente imaginarios que sólo servían de pretexto argumental para presentar otro tipo de consideraciones que tenían que ver con la propia forma de vida griega o con la búsqueda incansable

[1] Para una consideración del viaje como actividad vital, E. J. LEED, *The Mind of the Traveller. From Gilgamesh to Global Tourism*, Nueva York, 1991.

de sus señas de identidad, como el de los espías comedores de pescado a la tierra de los etíopes, que nos presenta también Heródoto, o los de los sabios griegos a Egipto en busca de la sabiduría.

El viaje constituye la mejor oportunidad de aprender, de abrir nuevos espacios al conocimiento mediante la meticulosa recopilación de todas las observaciones realizadas a lo largo del trayecto. Impresiones paisajísticas, datos sobre la fauna o la flora, apreciaciones sobre las costumbres ajenas, curiosidad y asombro ante lo inaudito y lo extraordinario, todo un abanico de posibilidades que desde muy temprano comenzaron a conformar la agenda del viajero griego que partía en aventura hacia otras tierras. Viajar además para comunicar después sus resultados a todos los que habían quedado atrás como un aliciente más, a veces el único y el más importante, del atribulado y esforzado aventurero. Una posición narrativa que fue sin duda bien aprovechada a causa de las muchas y variadas posibilidades que ofrecía a la hora de presentar al público un material determinado que se alejaba de los parámetros más familiares. El viaje en suma convertido en literatura cuya principal finalidad era crear esta ilusión en los lectores u oyentes, trasladándoles con la imaginación a territorios inexplorados, a regiones indeterminadas situadas allende los mares o a un universo de ficción que la estrategia del viaje convertía en real al menos por unos momentos.

## Divagaciones oceánicas

El descubrimiento de nuevas tierras en los albores del período arcaico permitió imaginar a muchos la posibilidad de llevar a cabo un viaje hasta los confines del orbe, una circunstancia que hasta entonces había estado por definición sólo al alcance de los héroes. En aquellos momentos resultaba ya posible que algunos otros personajes más de carne y hueso realizasen un viaje de estas características a pesar de las dificultades que una tarea semejante implicaba. Sus nombres pasaron enseguida a formar parte de la leyenda, ciertamente no al nivel de las viejas hazañas heroicas, pero sí con la resonancia suficiente como para haber conseguido traspasar el velo de los siglos y quedar grabados de algún modo en la memoria de los hombres. Gentes como el célebre Coleo de Samos, el navegante que, según el testimonio de Heródoto, arribó a Tartesos después de que su nave desviada por los vientos de su trayecto habitual hacia Egipto lograse atravesar las columnas de Heracles[2].

---

[2] Hdt. IV, 152.

Viajes quizá también de estas características debieron ser los de Eufemo de Caria y Cleón de Magnesia, de los que tenemos noticia a través de Pausanias. Eufemo fue desviado de su ruta hacia Italia por los vientos, al igual que le sucedió a Coleo, y su nave arrastrada hacia el mar exterior. Una vez allí pudo contemplar islas desiertas y otras que estaban habitadas por hombres salvajes. Según su relato, los marineros denominaban a estas últimas Satirídas a causa de la forma corporal de sus extraños pobladores, que tenían la piel tostada por el sol y una cola posterior no más pequeña que la de los caballos. Cuando estos extraños seres avistaron la nave de Eufemo, se lanzaron al asalto en busca de mujeres. Los marineros salieron del paso desembarcando en una de las islas una mujer bárbara, que al parecer iba en la nave, a la que los pretendidos sátiros hicieron objeto de toda clase de ultrajes sexuales[3].

El caso de Cleón parece mucho más oscuro ya que Pausanias sólo nos dice que estuvo en Gades y que cuando regresó a la ciudad después de haberse visto obligado a salir de ella temporalmente por orden de Heracles tuvo la ocasión de contemplar un hombre marino tendido sobre la playa. Su tamaño era enorme y estaba ardiendo ya que había sido herido por el rayo del dios[4]. Con independencia de la veracidad de fondo de este tipo de historias, por otra parte más que sospechosas, lo cierto es que reflejan la pervivencia de esta clase de relatos sobre navegaciones oceánicas hasta plena época imperial.

La existencia de un mar exterior que se abría insondable e inmenso más allá de los límites establecidos de la tierra como eran las columnas de Heracles había inspirado desde antiguo fábulas y narraciones de todas clases que han dejado sus huellas a lo largo de la literatura antigua. Era de esperar sin embargo que con el progresivo descubrimiento de estas regiones, primero por obra de la expedición de Piteas hacia las regiones del norte y después por la intervención romana en todo el occidente, las cosas experimentasen una variación significativa a este respecto. Sin embargo, no ocurrió de este modo. Los ecos de las leyendas acerca del pavoroso océano que habían aterrado la imaginación de los navegantes se mantuvieron en vigor sin perder al parecer un ápice de toda su fascinación. La imagen de un litoral sacudido de manera incesante por un poderoso e implacable oleaje se deja sentir todavía en la obra de Pausanias cuando hace alusión al territorio donde habitan los celtas, situado en los confines de Europa, junto a un mar inmenso y no navegable hasta sus extremos debido a la existencia de mareas y de monstruos que no se parecen en nada a los de los restantes mares[5].

---

[3] Paus. I, 23, 5-6.
[4] Paus. X, 4, 6.
[5] Paus. I, 4, 1.

Esta fascinación por el océano exterior y los terrores que albergaba los encontramos también en las leyendas que circulaban acerca de las navegaciones cartaginesas por aquellas aguas, que han quedado definidas para nosotros en las andanzas adscritas a dos personajes concretos como son las figuras de Hanón e Himilcón. Del primero ya hemos analizado el relato de su supuesta navegación hacia los confines atlánticos de África, que habría llegado a oídos del público griego a través de la traducción del texto original que figuraba inscrito en una estela dedicada en el ágora de Cartago. De Himilcón poco es lo que sabemos con excepción de la fugaz mención de Plinio en su balance de las navegaciones atlánticas y de su comparecencia como testigo directo dentro de la *Ora Maritima* de Avieno. El poeta latino aduce en efecto el testimonio del propio almirante púnico sobre los terrores del océano, afirmando que la navegación resultaba casi imposible a causa de la ausencia de vientos, de la pesadez de sus aguas que apenas permitían el avance de la nave o de las numerosas algas que sobresalían hasta la superficie reteniendo la nave en medio de grandes malezas. A todas estas dificultades se venía a sumar la terrorífica presencia de monstruos marinos que merodeaban por los alrededores[6].

Resulta ciertamente curioso, a pesar de toda su tendencia arcaizante o de su supuesta utilización de fuentes antiguas, que un autor como Avieno del período imperial, en su etapa ya madura, considere todavía necesario traer a colación el testimonio del almirante cartaginés para ilustrar de manera visual los terrores del océano exterior. Las evidentes ventajas de una cita de estas características no se le escapaban a Avieno ya que, a fin de cuentas, los cartagineses eran sin duda los testigos más apropiados a la hora de proporcionar informaciones autópticas sobre estas apartadas regiones, dado que en la imaginación grecoromana ocupaban esta posición de pioneros en este terreno. De esta forma se hacía mucho más creíble la noticia ya que se retrotraía la experiencia a los primeros momentos de la exploración de la zona. Ningún narrador consciente habría dejado pasar de lado unas garantías de autenticidad y verosimilitud tan señaladas como seguramente ya hizo en su día el astuto y anónimo autor del célebre periplo de Hanón. A este mismo conjunto de relatos cabe atribuir también las noticias dispersas que encontramos acerca de una isla o islas situadas en medio del océano que disfrutaban de un clima ideal y gozaban de todas las ventajas de la naturaleza, que han dejado sus rastros en las páginas de algún repertorio paradoxográfico o en la historia de Diodoro.

La persistencia de este tipo de relatos hasta una época tardía como la de Avieno revela también con claridad el interés existente entre el

[6] *Or. Mar.* 118 ss.

público culto acerca de los confines oceánicos, cuyo halo de misterio no había sido desvelado del todo por las expediciones atlánticas de Roma. El testimonio de Tácito, mencionado en el primer capítulo, acerca de los terrores que asaltaron la imaginación de los soldados romanos que tomaron parte en la campaña de Germánico del año 16 d.C. en el mar septentrional constituye buena prueba de ello[7]. Las violentas tempestades, las aves de tamaño descomunal o las diversas y monstruosas formas que adoptaban animales y hombres en aquellas latitudes eran al parecer los elementos que destacaban de su experiencia la mayor parte de sus despavoridos e involuntarios protagonistas. Unas experiencias que el propio Tácito no duda en atribuir al miedo que todavía despertaban estas regiones en el ánimo de las gentes comunes, cuya imaginación se hallaba todavía poblada de las fantasías y terrores que caracterizaban en el mito a estas apartadas regiones. Un fenómeno similar acaeció al parecer cuando las tropas romanas tuvieron que atravesar el río Limia en el norte de España, que según algunos se identificaba con el mítico Leteo, el pavoroso e infernal río del olvido[8].

Leyendas similares afectaban también a otros confines del orbe limitados por el océano, como era el caso de las regiones occidentales africanas. Circulaban en efecto algunas historias acerca de los terribles monstruos que merodeaban por los extremos de Libia en un desarrollo aparentemente lógico de noticias ya antiguas a este respecto, como la afirmación herodotea acerca de la proverbial abundancia de fieras de todas clases al sur de los desiertos que cerraban la zona septentrional del continente. De la mezcla de estas noticias, basadas quizá en su origen en puntuales informaciones veraces acerca de la realidad incuestionable de la rica fauna africana, con aventuras míticas como la de Perseo, que tuvieron como escenario estas apartadas regiones del occidente, surgieron otras leyendas de esta clase, como la que aparece reflejada en un discurso de Dión de Prusa que habla de la existencia de una raza de monstruos crueles y salvajes que llegaban en sus correrías en busca de alimento hasta la proximidad de las Sirtes[9]. La fisonomía femenina de tales monstruos, la importancia de sus ojos a la hora de hechizar y atraer a sus víctimas y su aparente predilección por los seres humanos nos recuerda efectivamente al mito de las gorgonas que se ajusta a grandes rasgos a un contexto semejante. Tales monstruos, que tenían forma serpentiforme, fueron aniquilados finalmente por Heracles en su labor de limpieza general de toda esta clase de bes-

---

[7] Tac., *Ann.*, II, 23-24.

[8] App., *Ib.*, 71.

[9] Dio. Prus., V. Sobre este mito libio, G. THIELE, «Zur Libyschen Fabel», *Philologus*, 75, 1919, pp. 227-231.

tias. La pervivencia de estas leyendas en un autor como Dión, perteneciente ya de lleno a la época imperial, representa quizá tan sólo la vertiente literaria y moralizante de un complejo legendario que tenía también sus derivaciones más reales como la historia referida por Tuberón, que recoge Aulo Gelio, acerca del combate de un cónsul romano contra una enorme serpiente junto al río Bagias en Libia, cuya piel trasladó a Roma una vez vencida[10].

Sin embargo, los misterios que ocultaba el océano no eran siempre de estas características aterradoras. La imaginación platónica trasladó a este ámbito desconocido su célebre Atlántida, una isla con un tamaño superior al de los continentes conocidos que en la historia primordial de la humanidad había ejercido su soberanía y dominio sobre casi toda la tierra[11]. La ubicación de la mítica isla en el exterior de las columnas de Heracles parecía todavía en pleno siglo IV a.C. el lugar idóneo en el que situar un espacio desconocido que de forma un tanto alegórica representaba un estadio anterior de la historia de la propia Atenas, fuera por tanto, necesariamente, de las coordenadas geográficas que definían el espacio griego. Como consecuencia además de la destrucción final de este continente oceánico, el mar exterior se había convertido en absolutamente impracticable para la navegación con aguas poco profundas y llenas de lodo, que recuerdan en buena medida las leyendas cartaginesas acerca del océano exterior mencionadas anteriormente.

Este lodo impracticable impedía además la comunicación de las gentes de nuestro mundo con las realidades geográficas mal discernidas e imprecisas que aparecen sugeridas en el *Timeo* acerca de la existencia de otra gran masa continental que configuraba la otra ribera del océano exterior. Sin embargo, no existen en estos curiosos pasajes platónicos especulaciones geográficas de ninguna clase, sino más bien, como ha señalado acertadamente Romm, una pseudogeografía al servicio de su filosofía[12]. Los habitantes de la vieja ecúmene, a la manera de los desgraciados moradores de la caverna, se veían obligados a vivir apartados por infranqueables barreras de lo que parecían ser las formas geográficas más perfectas que se atisbaban más allá del horizonte en las que la vida discurría por la cima de las cumbres montañosas respirando el aire puro y no contaminado de este mundo inferior nuestro y en la proximidad de los mismos dioses. Sólo mediante el as-

---

[10] Aul. Gell., *N.A.*, VII, 3. Se trata del cónsul Atilio Régulo. El incidente recuerda en su resultado al episodio final del periplo de Hanón cuando los expedicionarios capturaron con grandes esfuerzoa a las mujeres gorilas y llevaron sus pieles hasta Cartago.

[11] Sobre el mito de la Atlántida, que no es nuestra intención tratar aquí, existe una abundante bibliografía de la que damos cuenta en nuestras consideraciones al respecto en *Tierras fabulosas*, pp. 251-257.

[12] ROMM, *The Edges of the Earth*, pp. 125 ss.

censo hacia los aires, a la manera de Sócrates, tal y como lo representa Platón en el *Fedón*, podía superar el hombre las barreras de percepción que impiden la contemplación directa de los mundos situados más allá de la ecúmene.

Una intención diferente tenía la Merópide del historiador Teopompo de Quíos, situada también en este espacio abierto que se extendía más allá de las columnas de Heracles[13]. Al parecer, se trataba de una historia que Sileno había referido en su día al frigio Midas acerca de la existencia de un continente inmenso que superaba en tamaño a los demás continentes de nuestro mundo, que eran en realidad simples islas, y como era de esperar dentro de este ámbito de magnitudes, también en la envergadura y talla de sus respectivos habitantes. Teopompo presenta un cuadro de la vida en este continente escindido en dos ciudades que refleja a su manera las dos caras de la moneda que habían caracterizado en la tradición mítica a los confines de la tierra. Un aspecto positivo e idealizado representado por una ciudad pacífica, justa y piadosa, que disfrutaba de todo tipo de bendiciones rememorando así las condiciones de vida que reinaban en la remota edad de oro. Por otro lado, y como representación de los aspectos negativos y aterradores que encerraban estos ámbitos, la otra ciudad era extremadamente belicosa y siempre se hallaba en pie de guerra. Sus habitantes perecían por efecto de las enfermedades o de los golpes recibidos en las continuas batallas. Este cuadro se completa con la adición de un paisaje singular, situado en los confines de este territorio, en el que había una enorme sima denominada «sin retorno» por la que atravesaban los ríos del placer y la aflicción, en cuyas orillas crecían unos árboles que proporcionaban a sus habitantes los frutos apropiados, uno les sumía en un llanto eterno que duraba hasta el momento de la muerte y el otro les provocaba el olvido y les hacía rejuvenecer progresivamente hasta su desaparición final.

Las intenciones paródicas de Teopompo no pasan evidentemente inadvertidas. La coexistencia en el mismo espacio de dos mundos diametralmente opuestos daba seguramente cabida a numerosas consideraciones de tipo satírico y moral que no han quedado reflejadas en el puntual resumen que nos ha transmitido Eliano. Por lo que sabemos de su autor, resulta difícil imaginar que renunciase a extraer el máximo partido de una ficción de estas características que le permitía fabular sin límites ni miramientos acerca de las cuestiones fundamentales de su tiempo[14]. Un espacio abierto que Teopompo aprovechó también

---

[13] El relato se encuentra en Aelian., *V.H.*, III, 18. Al respecto pueden verse nuestras consideraciones en *Tierras fabulosas*, pp. 257-261.

[14] Sobre Teopompo y sus ideas, PÉDECH, *Trois historiens méconnus. Théopompe, Duris, Phylarque*, París, 1989, pp. 207 ss.

para poblar con algún elemento singular como el lugar denominado «sin retorno», característico de su afición por lo maravilloso, que al parecer le había llevado a agrupar todas las muchas noticias de esta clase que había conseguido reunir en uno de los libros de su historia.

Este tipo de fabulaciones no eran ajenas probablemente a las especulaciones geográficas de la época, que empezaban a considerar la posibilidad de que existiera un segundo mundo habitable, otra ecúmene que sería en este caso la antiecúmene, en el hemisferio meridional, considerado hasta entonces un lugar inhabitable a causa del excesivo calor reinante[15]. La cuestión de las antípodas y la posibilidad de someterlas al dominio de los grandes imperios como el de Alejandro o el de Roma dio sin duda pie a una serie de especulaciones de carácter filosófico y moral cuyos ecos encontramos en el célebre sueño de Escipión que aparece al final de la *Republica* de Cicerón. Para el célebre orador y filósofo romano, las Antípodas representaban el tipo de territorios que nunca podrían ser objeto de conquista y por tanto constituían el símbolo visible de los límites de la expansión romana[16]. De cualquier manera, tanto los continentes oceánicos de Platón y Teopompo como las posibles Antípodas de los geógrafos griegos no eran otra cosa que mundos aparte, espacios diferentes que no se sometían a las reglas habituales de la geografía y que, por tanto, permitían desarrollar a sus autores consideraciones de índole moral o filosófica que no implicaban directamente a ninguna sociedad real e inmediata con todo el valor generalizador que esto suponía a la hora de ejercer la crítica o de extraer la correspondiente moraleja final.

Nadie había imaginado sin embargo que existiera la posibilidad de viajar hasta aquellas tierras y sí en cambio el que sus habitantes pudieran alcanzar si lo deseaban los límites de nuestro mundo, tal y como ya ocurrió en su día con los soberbios atlantes que atacaron Atenas o con los belicosos habitantes del continente meropio que llegaron hasta la tierra de los hiperbóreos en expedición de conquista, a la que posteriormente renunciaron tras comprobar la, a sus ojos, miserable existencia de este pueblo privilegiado. La perspectiva cambió sin embargo de forma radical con la apertura de horizontes que tuvo lugar a finales del siglo IV a.C. con las conquistas de Alejandro en oriente y la expedición de Piteas hacia los mares del norte. Entonces ya no parecía completamente descabellado considerar la posibilidad de que cualquier ser humano pudiera viajar hasta una de aquellas tierras ideales situadas en medio del océano. Ciertamente seguían siendo circunstancias excepcionales las que impulsaban al viaje a estos azarosos prota-

---

[15] La historia de la cuestión se encuentra recogida en A. RAINAUD, *Le continent austral: Hipothèses et découvertes*, Amsterdam, 1965 (París, 1893), cap. I.

[16] ROMM, *op. cit.*, pp. 133 ss.

gonistas, convertidos de la noche a la mañana en testigos privilegiados e involuntarios de un mundo singular en el que permanecían inalterados los parámetros que habían conformado la existencia humana durante la mítica edad de oro.

El viaje no era en este caso más que una excusa para dar entrada a especulaciones de carácter utópico en las que los únicos factores geográficos que tenían alguna función eran la condición de islas, que garantizaba la conservación de un espacio primigenio de estas características[17], y la distancia insuperable que las separaba del mundo real, poniéndolas así a resguardo de toda alteración de sus patrones de vida por la molesta y perjudicial intromisión de individuos procedentes de nuestro lado del mundo, sometido desde antiguo al proceso de degeneración moral progresiva que describía el mito hesiódico de las razas y regido en consecuencia por unas condiciones de vida y unos principios morales bien diferentes.

Una de las fabulaciones utópicas más célebres que utilizaban el viaje en este sentido es seguramente la de **Evémero de Mesina**, compuesta al inicio del período helenístico, de la que conocemos tan sólo un resumen que ha llegado hasta nosotros incorporado en las páginas de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia[18]. El propio Evémero se convertía en el viajero privilegiado que con motivo de una expedición hacia el sur bajo las órdenes del monarca macedonio Casandro llegó hasta unas islas situadas en el océano meridional, al sur de las costas de Arabia. En el relato subsiguiente, que llevaba al parecer el curioso título *de Inscripción sagrada (Hiera Anagraphe)*, Evémero describía su visita a una de estas islas que tenía por nombre Panquea. Las islas se hallaban a una gran distancia del continente a pesar de que su referente geográfico más proximo era nada más y nada menos que la Arabia feliz, un territorio rico y próspero que ya constituía por sí misma una tierra de las maravillas adornada con todo tipo de productos preciosos[19]. La isla, en consecuencia, aunque estaba situada en medio del océano, se ajustaba a la perfección al contexto de sus referencias geográficas reales más inmediatas.

La descripción de la isla, al menos a juzgar por el resumen de Diodoro, era más bien sumaria ya que Evémero se limitaba a destacar tan sólo algunos de los elementos esenciales que constituían su paisaje como una fértil llanura, una colina sobre la que se había erigido un

---

[17] Sobre la importancia de las islas en este sentido véase el artículo antes citado de Gabba.

[18] Diod. V, 41-46. Los supuestos fragmentos de la obra de Evémero están recogidos por G. VALLAURI, *Evemero di Messene*, Turín, 1956. Sobre la utopía de Evémero remitimos igualmente a nuestras *Tierras fabulosas*, pp. 261-267. Recientemente, V. DOMÍNGUEZ GARCÍA, *Los dioses de la ruta del incienso. Un estudio sobre Evémero de Mesene*, Oviedo, 1994.

[19] Véanse nuestras consideraciones en *Tierras fabulosas*, pp. 206-209.

santuario de Zeus y un monte elevado consagrado a los dioses y denominado significativamente el trono de Urano. Se reseñaban también las abundantes riquezas que poseía la isla, poblada de árboles de todas clases y tamaños que configuraban a veces auténticos vergeles, una fauna muy diversa y múltiples minas de todos los metales. Es muy probable sin embargo que en el relato original estos puntos acaparasen una mayor atención, dada la inclinación de la literatura histórica y geográfica del período helenístico a ocuparse con cierto detenimiento de este tipo de cuestiones, según nos hace saber con un incuestionable tono crítico el historiador Polibio[20].

De cualquier modo lo que parece haber ocupado el lugar preferente en el relato de Evémero no son las cuestiones geográficas. Su intención específica era bien diferente a la de dar cuenta de un lugar maravilloso situado en medio del océano a la manera de otras descripciones similares, referidas esta vez a los confines occidentales, a las que hemos hecho referencia anteriormente. Tanto el título dado a su obra, como el protagonismo que adquieren en el resumen de Diodoro los aspectos religiosos relacionados con el culto dispensado a los dioses por los habitantes de la isla y el hecho de que los propios dioses hubieran ocupado en un tiempo este territorio, apuntan más bien en una dirección bien distinta. Evémero formulaba en la obra la célebre teoría, que luego ha recibido en justicia su nombre para denominarla, según la cual los antiguos dioses habían sido originariamente monarcas justos y benevolentes o sabios inventores que fueron luego divinizados por sus agradecidos súbditos en respuesta a los beneficios de todas clases que habían recibido por su parte durante su etapa de reinado.

El viaje de Evémero aparecía descrito al parecer con cierta minuciosidad geografica y se facilaban todo tipo de datos y mediciones precisas, como el tamaño de las cosas o la distancia que separaba unas islas de otras. Se especificaba incluso un punto de partida concreto para el viaje, como era la costa de la Arabia feliz, lo que permitía localizar las islas dentro de un contexto geográfico real. Se suministraban además las pertinentes consideraciones de tipo astronómico y direccional, como la afirmación de que podía verse la India desde el promontorio más oriental de la isla, que contribuían igualmente a contextualizar todo el relato dentro de una óptica que pretendía pasar por realista a todos los efectos. Dentro de este mismo contexto realista hay que entender las continuas alusiones al comercio del incienso y la mirra, que constituían también los típicos productos de la costa arábiga, desde la que supuestamente Evémero había emprendido el viaje. Esta pretensión de estar narrando una experiencia real la confirman las críticas

[20] Pol. III, 57, y IX, 1.

que hicieron a Evémero autores posteriores como Polibio o Estrabón, que consideraban su obra entre los productos de ficción que no merecían crédito alguno[21].

Seguramente Evémero tenía a su disposición una serie de relatos acerca de las tierras del sur, que incluían la costa árabiga de los aromas o sobre la India, que pudo haber utilizado para su descripción de los paisajes y los recursos de Panquea. Dada su proximidad en el tiempo pudo tener acceso todavía a las distintas relaciones que los almirantes y exploradores enviados por Alejandro habían elaborado sobre la península arábiga. Desconocemos sin embargo el grado de influencia que ejercieron sobre su relato, dado que tan sólo contamos con el resumen de la obra elaborado por Diodoro y no tenemos por tanto la evidencia necesaria para evaluar detalladamente este tipo de cuestiones. Lo que sí parece seguro es que el relato de Evémero poseía una cierta lógica y coherencia internas si tenemos en cuenta que los habitantes que componían la población de la isla eran oceanitas, escitas, indios y cretenses. Dejando de lado la presumible presencia de los oceanitas, que era lógico imaginar que constituyeran la población originaria de la isla, la mención de escitas e indios resultaba igualmente lógica ya que se trataba de los pueblos que ocupaban los confines orientales, por el lado norte y el sur respectivamente, tal y como se había tenido la ocasión de comprobar en el curso de la expedición de Alejandro. Otra cuestión bien distinta es el tema de los cretenses. Su presencia en la isla se justifica tan sólo por las exigencias del guión ideado por el propio Evémero, que hacía proceder de la isla mediterránea todos los aspectos relacionados con el aparato sagrado de Panquea, incluidos los propios sacerdotes. Un tema que constituía por otra parte su verdadero foco de atención.

El territorio de Panquea parece más que un paisaje natural resultado de observaciones directas, un espacio altamente sofisticado en el que los elementos arquitectónicos y ornamentales desempeñan un papel destacado. La pormenorizada descripción de los edificios y objetos que componen el paisaje principal de la isla constituye quizá la parte en la que el relato alcanza su mayor grado de idealización. Este tono de perfección sagrada afecta incluso a la naturaleza circundante, que adquiere así un aire de irrealidad notorio que la aleja de cualquier referencia paisajística concreta y la aproxima en cambio a precedentes en este terreno como el de la Atlántida platónica, en la que las construcciones y jardines habían alcanzado también un alto grado de sofisticación y perfeccionismo. De hecho, la isla en su conjunto no reúne todas las condiciones de una tierra de utopía en sentido pleno ya que

[21] Así, Str. I, 3,1, y II, 3, 5.

una parte de la misma se encontraba sometida al imperio de bandas de ladrones y bandidos que atacaban con frecuencia a los campesinos.

Las intenciones del autor no eran evidentemente las de describir un paisaje real, ni tampoco las de trasladar a sus lectores mediante la imaginación hasta un paraíso tropical. La insistencia sobre los aspectos sagrados que conforman la topografía insular, el papel rector de la casta de los sacerdotes y lo que podríamos denominar como «la conexión cretense» puesta de manifiesto en el origen de estos últimos y en su protagonismo en la historia ancestral de la isla, reflejada en la célebre inscripción que daba título a la obra, constituyen ciertamente los elementos más relevantes de todo el relato. Panquea es sólo un espacio singular y sagrado, separado del mundo por las aguas del océano, limitado casi a sí mismo si tenemos en cuenta que sus riquezas minerales no podían ser sacadas fuera de la isla de la misma forma que no les estaba permitido a sus sacerdotes abandonar el espacio sagrado, hasta el punto que los propios panqueos podían darles muerte si les encontraban fuera de este espacio sagrado. El viaje a la isla y su situación en medio del océano no tiene por tanto otra finalidad que la de servir de cobertura a todo este territorio sagrado, aislado en el espacio y en cierta manera en el tiempo, que constituía el foco de atención de las reflexiones filosóficas y religiosas de su autor.

Otro viaje oceánico que conduce al viajero hasta unas islas de características extraordinarias es de un tal **Jámbulo**, cuyo relato conocemos también gracias al resumen que nos ha transmitido Diodoro[22]. El propio viajero se convierte aquí también en el autor del relato que refleja sus experiencias en un tono altamente autobiográfico. No falta aquí tampoco la contextualización realista de la historia, ya que, al igual que sucedía con Evémero las andanzas de Jámbulo tienen también como punto de partida las regiones meridionales extremas de la ecúmene. Al parecer, se trataba de un comerciante que cuando se dirigía hacia la zona de Arabia en la que se producían las famosas especias fue raptado primero por unos bandidos y después por unos etíopes que le obligaron a ejercer la función de chivo expiatorio enviándolo hacia mar abierto con el objetivo de purificar su país de este curioso modo. La idea era que tras una larga singladura que podía durar hasta seis meses arribasen por fin a unas islas en las que habitaba una sociedad perfecta rodeada también de todo tipo de bendiciones. De esta manera los etíopes conseguirían un largo período de prosperidad para su territorio.

---

[22] Diod. II, 55-60. Sobre la utopía de Jámbulo remitimos igualmente a nuestras consideraciones en *Tierras fabulosas*, pp. 267-273, donde se halla mencionada la bibliografía pertinente.

La descripción de la isla rompe aquí con todos los moldes posibles y crea un espacio de ficción absoluta cuya única referencia inmediata son las formas perfectas que caracterizan a la fisonomía territorial de la isla y a la conformación física de sus habitantes. La belleza y la armonía constituyen los rasgos principales que definen a todo el conjunto. La isla era redonda y sus habitantes extraordinariamente hermosos y todos iguales con cualidades tan destacadas como la posesión de dos lenguas que les permitía emitir toda clase de sonidos y mantener incluso al mismo tiempo varias conversaciones simultáneas. Pretender encontrar cualquier clase de referente geográfico real en todo este cuadro constituye sin duda una imperdonable pérdida de tiempo. El autor se muestra sólo interesado en retratar una sociedad perfecta que vive en medio de la prosperidad y la abundancia y se rige por leyes justas y sabias. Una rememoración sin duda de la vieja edad de oro, dado que hasta la muerte, presente en la isla, llegaba a sus habitantes de una manera dulce y apenas traumática tras tenderse sobre una planta que les adormecía a la manera de un sueño. Existen sin embargo ciertas acotaciones a este mundo ideal como el establecimiento de una edad límite para sus vidas que no les estaba permitido sobrepasar, o la imposición de un cierto principio de eugenesia por el que a la hora del nacimiento se seleccionaba sólo a los más aptos.

El relato parece que tenía también pretensiones de veracidad ya que a las incidencias iniciales del viaje ya mencionadas hay que añadir el final de la historia, con un Jámbulo expulsado de la isla después de siete años de estancia a causa de su inadaptación a una forma de vida tan perfecta, debido a la nefasta influencia que ejercía sobre su conducta toda su educación anterior en el mundo real que no se regía ciertamente por los mismos parámetros. Tras cuatro meses de travesía naufragó finalmente en las costas de la India, que parecía el lugar más indicado al que arribar tras una navegación oceánica por aquellas latitudes. Una vez allí pudo contar su historia a un monarca de la región en Pataliputra, que, dado su carácter filoheleno, le acogió con hospitalidad y simpatía. Este último detalle puede servir de punto de referencia a la hora de intentar datar la obra, ya que dicho contexto no se explica bien antes de los viajes de Megástenes por la región como embajador seléucida a comienzos del siglo III a.C. Es probable incluso que su autor hubiera podido verse influido por los escritos de este último sobre la India, y en concreto sobre aquellas regiones que había visitado, descritas igualmente con un alto grado de idealización y utopismo.

El viaje se convierte de nuevo en la excusa argumental que permite a su autor presentarnos una tierra ideal separada del mundo real en la que puede así dar cabida librémente a sus especulaciones utópicas, no exentas ciertamente de importantes limitaciones que reflejaban segu-

ramente sus inquietudes a este respecto. Es más que probable, tal y como han señalado varios estudiosos modernos, que en el diseño de la obra hayan incidido de manera destacada algunas de las corrientes filosóficas de la época, en particular las de tendencia cínico-estoica, cuyas reflexiones sobre la sociedad congeniaban efectivamente con las que aparecen reflejadas en el relato de Jámbulo. Una vez más también, de poco le sirvieron todas las argucias narrativas que contribuían a presentar el relato como el resultado de una experiencia real, como la mención de ciertas observaciones de carácter astronómico, la precisión demostrada en la descripción de algunos de los fabulosos animales que poblaban la isla o sus intentos por situar las islas dentro de unas coordenadas aparentemente reales. La perspicacia de Luciano le hizo situar a Jámbulo dentro de la lista negra de fabuladores incorregibles al lado de figuras tan destacadas como Odiseo o Ctesias[23].

## TRAS LOS PASOS DE PITEAS

Si las navegaciones de Piteas a finales del siglo IV a.C. apenas dejaron una estela visible dentro de la tradición geográfica griega a causa de su marginación por parte de autores como Polibio o Estrabón, no sucedió lo mismo en el terreno de la literatura de ficción. Como ha señalado con acierto Stefano Magnani, a partir de este momento encontramos una serie de obras en las que se detectan claramente los ecos de la andadura geográfica del navegante marsellés por las latitudes septentrionales. La ambientación geográfica, los acontecimientos extraordinarios interpretados frecuentemente en clave mágico-religiosa o pseudocientífica, la aparición de islas oceánicas que sirven como lugar de encuentro, o la presencia de un componente astronómico que recibe una particular atención son algunos de los elementos que el estudioso italiano ha señalado como características comunes de una serie de obras que van desde este mismo período, finales del siglo IV a.C. hasta ya bien entrada la época imperial en pleno siglo V d.C., en las que cabe destacar la influencia visible de una tradición de noticias sobre las regiones del norte alentada y puesta en circulación por los descubrimientos de Piteas[24].

La primera de estas obras cronológicamente hablando es sin duda el *Tratado sobre los hiperbóreos,* compuesto por el ya mencionado **Hecateo de Abdera** a finales del siglo IV a.C. Como ya suele ser tristemente norma casi habitual, la obra no ha llegado hasta nosotros

[23] Luc. V.H., I, 3.
[24] S. MAGNANI, *art. cit.*, pp. 30 ss.

y sólo conocemos algunas referencias que ha conservado de la misma Diodoro de Sicilia[25]. Se trata de una obra de carácter esencialmente ficticio escrita seguramente con una finalidad bien determinada, como era la de recrear el viejo mito del pueblo sagrado que llevaba una existencia beatífica en el extremo norte de la ecúmene, separados del mundo de los hombres por la infranqueable barrera de los montes Ripeos[26]. Los recientes descubrimientos de Piteas constituían desde luego una ocasión idónea para redefinir más adecuadamente dentro de coordenadas más actuales la geografía de aquellas apartadas latitudes.

Desconocemos si el tratado de Hecateo estaba planteado como un relato de viaje, aunque da la impresión que se trataba más bien de una obra con pretensiones descriptivas de unas tierras privilegiadas que habían pasado ahora a ocupar un lugar bajo el sol de la geografía real después de la aventura boreal del marsellés. Lo que sí parece seguro es que Hecateo trataba de presentar la obra con una cierta intencionalidad realista a juzgar por el cuidado puesto en los datos y mediciones o por la presencia de puntuales observaciones de carácter astronómico, en consonancia con las nuevas demandas de una época que estaba asistiendo al nacimiento y consolidación de la denominada rama matemático-astronómica de la ciencia geográfica.

Hecateo localizaba la patria de los míticos hiperbóreos en una isla denominada Helixoia, situada en el océano más allá de la Céltica y cuyo tamaño no era menor al de la bien conocida Sicilia. La isla poseía un suelo fértil gracias a un clima extremadamente suave que proporcionaba en abundancia toda clase de bienes a sus habitantes. Un marco habitual y genérico de toda tierra de utopía que no se ajusta para nada a un territorio situado en latitudes aparentemente tan septentrionales. Al igual que sucedía en el caso de Evémero, la atención de Hecateo se concentraba especialmente sobre los aspectos mítico-religiosos de la isla, como su topografía sagrada o las formas de culto que sus habitantes dispensaban al dios. Una impresión que parece confirmar la lectura del escueto resumen del tratado de Hecateo que encontramos en las páginas de la *Historia de los animales* de Eliano, quien parece dar a entender que éstos eran precisamente los temas que acaparaban el contenido principal de la obra[27]. De hecho, en el resumen de Diodoro ocupan una posición destacada la descripción puntual del recinto sagrado de la isla, dedicado a Apolo, en el que había construido un templo de forma redonda, la historia mítica según la cual

[25] Diod. II, 47. Los fragmentos están recogidos por JACOBY, FGrHist 264.

[26] Ésta es la interpretación de L. BERTELLI, «L'utopia», en G. CAMBIANO *et alii*, eds., *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. I: *La produzione e la circolazione del testo, t. 1, La Polis*, Roma, 1991, pp. 493-524, esp. p. 516.

[27] Aelian., *H.A.*, XI, 1.

Leto, la propia madre del dios, había nacido en la isla, y la existencia de buenas relaciones entre griegos e hiperbóreos, que al parecer habían existido desde siempre hasta el punto de llegar incluso a intercambiar visitas a sus respectivos países.

Entreveradas sin embargo con este tipo de consideraciones mítico-religiosas, Hecateo proporcionaba también algunas indicaciones, seguramente mucho más sumarias, que puntualizaban y precisaban la desvaída geografía de la zona. Mencionaba la existencia del océano septentrional que bañaba las costas de los escitas, quienes al parecer lo denominaban Amalquio, un término que en su lengua significaba congelado, aludiendo de esta forma a las indicaciones de Piteas sobre la presencia de importantes obstáculos para la navegación en estas regiones del norte. Citaba también, según sabemos por el testimonio de Esteban de Bizancio, un río de la zona, denominado Carambico, que daba incluso nombre a los habitantes de una isla que se hallaba en sus proximidades, considerados también, según la escueta noticia del lexicógrafo, miembros del linaje de los hiperbóreos. Por último, daba cuenta de un notable fenómeno astronómico que podía contemplarse en aquellas latitudes, como era la observación de la Luna a una distancia tan reducida que permitía apreciar incluso la existencia de ciertas prominencias en su suelo. Una apreciación que se hallaba igualmente en consonancia con las afirmaciones de Piteas, quien había hablado por extenso de la influencia de este astro sobre las mareas oceánicas.

Es muy probable, como ha supuesto Magnani, que en esta actualización geográfica de la zona a la que parece proceder Hecateo con el objeto de dotar al mítico pueblo de los hiperbóreos de un contexto más realista y acorde con los conocimientos geográficos del momento, hayan tenido su peso las descripciones que realizó en su día Piteas de entidades geográficas más reales como Britania o la enigmática Tule. La forma triangular de la isla Helixoia recuerda en efecto la de la isla británica y la localización extrema y su fuerte caracterización mágico-astronómica remiten de manera indefectible a la cuasi mítica Tule. Una actualización geográfica que no prescindía sin embargo de alguno de los viejos elementos del mito, como la presencia inevitable de los montes Ripeos, desde los que bajaban en tropel hacia el santuario numerosas bandadas de cisnes que parecía que iban a purificarlo con su aleteo, ni de las idílicas condiciones climáticas que rodeaban la existencia de los hiperbóreos a pesar de las noticias en sentido contrario que empezaban a circular ya por entonces acerca del rígido clima invernal de estas latitudes. La geografía volvía a perder de nuevo la partida frente a los intereses ideológicos, teñidos en este caso de un fuerte contenido mítico-religioso.

La influencia de la obra de Piteas se deja sentir con igual claridad en una de las obras de ficción más sorprendentes de la que tenemos

noticia. Nos referimos a la novela de **Antonio Diógenes** titulada *Maravillas más allá de Tule*, que ya desde el propio título de la obra revela la indiscutible herencia piteana. Nuestro conocimiento de la obra es extraordinariamente limitado ya que debemos conformarnos tan sólo con el escueto resumen de la complicada trama que nos ofrece el patriarca Focio[28]. La mítica isla se convierte en el escenario principal de toda la acción y los viajes que realizan sus desgraciados protagonistas se ajustan en buena medida a los itinerarios seguidos por el navegante marsellés en su singladura por los mares del norte. La protagonista femenina Dercilis pasea sus desventuras a través de Iberia, del país de los celtas, de Aquitania y de la región de los ártabros. Por su parte, Dinias, el narrador de la historia, viaja desde la región del mar Negro a través del Caspio y de los montes Ripeos hasta la boca septentrional del río Tanais y la costa del océano, donde, ya en condiciones mucho más realistas que en la ficción de Hecateo, reinaba un frío intenso.

Los descubrimientos realizados por Piteas permitieron elevar la latitud habitable muy por encima de la zona que se consideraba hasta entonces el límite de la ecúmene. Un tipo de noticias que sin duda fueron muy bien aprovechadas por un hábil fabulador como Diógenes, que quizá debemos situar hacia el siglo I d.C., para extender casi hasta el infinito los escenarios de su relato. La obra contenía seguramente todas las estrategias de credibilidad posibles con la firme idea de presentar un panorama de la acción que resultase verosímil dentro de un espacio geográfico desconocido y misterioso para la mayoría de sus lectores, pero que había sido ya incorporado desde hacía tiempo con las navegaciones de Piteas a los parámetros geográficos que entraban dentro del ámbito de lo posible.

Sin embargo, esto no le impidió dar cabida en su obra a todo tipo de fabulaciones y patrañas, como la de una ciudad en Iberia cuyos habitantes sólo veían por la noche mientras eran ciegos por el día. No evitaba tampoco los viejos tópicos de la etnografía griega, como la inversión de los papeles entre mujeres y hombres que tenía lugar entre el pueblo de los ártabros. Y por supuesto hacían su irrupción masiva en la obra toda clase de fenómenos maravillosos, entre los que no faltaban los inevitables elementos de carácter astronómico que guardaban ya una relación un tanto lejana con las observaciones puntuales

[28] De los veinticuatro libros de que constaba la obra, nuestro conocimiento se ve reducido a las diez páginas que ocupa el resumen de Focio. El texto se encuentra en Foc., *Bibl.*, 166. Sobre esta obra pueden verse las consideraciones de M. FUSILLO en Antonio Diogene, *Le incredibili avventure al di là di Tule*, Palermo, 1990, pp. 11-49 donde se recoge la bibliografía fundamental. Recientemente, J. S. ROMM, «Novels beyond Thule: Antonius Diogenes, Rabelais, Cervantes», en J. TATUM, ed., *The Search for the Ancient Novel*, Baltimore, 1994, pp. 101-116.

que hizo Piteas en este campo. Hacían así su aparición en la obra unos habitantes del polo ártico que debían soportar una larga noche que podía llegar a prolongarse hasta todo un año, o se consideraba la posibilidad de que los protagonistas llegasen hasta las inmediaciones de la Luna. Una obra por tanto en la que la fantasía y la ficción iban progresivamente ganando terreno en detrimento de cualquier otra clase de informaciones, utilizadas quizá sólo al principio para proporcionar un contexto más o menos realista a su obra dentro de un espacio que todavía conservaba prácticamente íntegras todas sus posibilidades de fabulación. El propio Focio parece estar cansado de referir estas increíbles historias y por ello, al final de su resumen y a la hora de dar cuenta de su llegada hasta las cercanías lunares, se limita a comentar con una evidente ironía que habrían observado todo aquello que era lógico que viera cualquiera que había sido capaz de inventar tales historias.

En una obra de **Plutarco**, que lleva por título *Sobre la cara de la Luna*, encontramos también algunos ecos de la influencia de Piteas en su descripción de los mares del norte[29]. En ella nos presenta Plutarco una isla situada en el océano que llevaba por nombre Ogigia, en la que, según contaban los indígenas, se encontraba Crono encarcelado por Zeus. Las condiciones naturales que rodean la isla la sitúan dentro del catálogo, posiblemente ya por entonces muy extenso, de islas fabulosas en las que reinaban unas condiciones casi paradisíacas. Sus habitantes, llegados allí en un principio para cumplir con sus deberes rituales hacia el dios, decidieron permanecer luego en ella a causa de la bonanza de sus condiciones naturales. Destaca asimismo el curioso lugar en el que dormía el viejo Titán, una cueva profunda que brillaba como el oro y perfumada por la fragancia de los aromas que sobre ella desparramaban incesantemente las aves.

En este caso el viaje vuelve a desempeñar su función de cobertura argumental de toda la historia, ya que Plutarco pone todo el relato en boca de un cartaginés que había tenido noticia acerca de dicha isla de un extranjero que había viajado desde ella hasta Cartago. Se sitúa la isla en la dirección occidental del océano, de la que Britania marcaba los confines extremos. Menciona también de pasada la existencia de un mar helado o la brevedad de las noches estivales que se habían convertido ya en un verdadero lugar común a la hora de hacer referencia a estas latitudes. Y por último hace alusión igualmente a la posible existencia de otro continente situado más allá de las islas, separado de nosotros por un mar fangoso a causa de los aluviones constantes que

[29] Plut., *Mor.*, 941-945. Una introducción y comentario al texto se encuentran en la traducción de D. DEL CORNO y L. LEHNUS, «Plutarco», *Il volto della luna*, Milán, 1991, donde se recoge la bibliografía pertinente al caso.

iban depositando los numerosos ríos que atravesaban aquella desconocida masa continental.

Todo un conjunto de reminiscencias geográficas puntuales que le sirven a Plutarco para presentar dentro de un contexto realista, entendiendo por tal adecuado a las condiciones de los conocimientos de la época, su fabulación filosófica, cuyos antecedentes inmediatos remontan quizá hasta el *Timeo* de Platón, como ha sugerido Hamilton[30], y en el fondo hasta una escatología que procede en un grado creciente de complejidad de los tiempos de Hesíodo[31]. La isla de Ogigia, que rememora en cierta medida a la Tule de Piteas, se ha convertido en el relato de Plutarco en una isla de la abundancia y el saber, el espacio distante más apropiado en el que situar esta clase de especulaciones.

Los descubrimientos realizados por Piteas sirvieron entre otras cosas para proporcionar un nuevo espacio abierto en el que situar el retorno de los Argonautas. El historiador Timeo había explotado ya esta nueva veta prolongando su itinerario hacia el norte por el río Tanais y haciéndoles regresar después navegando a lo largo de las costas septentrionales y occidentales de Europa hasta su definitivo retorno a Grecia. Un trazado que ha dejado sus huellas manifiestas en las denominadas **Argonáuticas órficas**, una obra de mediados del siglo V d.C. que vuelve a recomponer el viejo mito dentro de un contexto en el que priman otro tipo de preocupaciones. Subsisten sin embargo los viejos mojones emblemáticos de la ruta como los montes Ripeos o los hiperbóreos, y adquieren un destacado protagonismo las islas sagradas como la de Deméter, a la que no resultaba posible aproximarse, o la mismísima isla de Circe. A su lado, en cambio, hacen su aparición el ya célebre mar Cronio, con sus proverbiales bajos fondos y su ausencia de vientos que hacían casi imposible la navegación, o el promontorio de los Cimerios, que según algunos correspondería a la moderna península de Jutlandia, habitada entonces por los cimbrios, confundidos aquí con el mítico pueblo homérico[32].

Un conjunto de historias en suma que escogieron como escenario las regiones más septentrionales de la ecúmene, desde muy antiguo reducidas al silencio y al misterio de inmensas extensiones desconocidas que ni siquiera permitían asegurar a un autor como Heródoto el que existiera un mar en sus confines. Los descubrimientos de Piteas abrieron sin embargo la veda sobre un nuevo espacio narrativo, abierto

---

[30] W. HAMILTON, «The Myth in Plutarch's De Facie (940 F-945D)», CQ, 28, 1934, pp. 24-30.

[31] Al respecto, Y. VERNIÈRE, *Symboles et mythes dans la pensée de Plutarque*, París, 1977, pp. 272-284.

[32] Sobre esta obra, F. VIAN, «Le périple océanique des Argonautes dans les Argonautiques orphiques», en JOUAN y DEFORGE, *op. cit.*, pp. 177-185.

hasta entonces sólo a las especulaciones míticas, que gracias a este conjunto de informaciones aparecía ahora bajo una cobertura geográfica más realista que, sin perder apenas parte de su carga mítica, permitía acoger con mayores garantías las viejas fabulaciones de antaño.

## Peregrinos del saber

Entre los viajeros habituales que recorrían las rutas y los caminos de manera incesante estaban sin duda los sabios como Solón, que visitó Egipto y la corte del rey Creso en Lidia, o los muchos poetas y filósofos que según Diodoro viajaron hasta Egipto a lo largo de toda la historia. Esta tradición del sabio viajero que confrontaba sus experiencias y conocimientos con los maestros reconocidos de culturas milenarias como Egipto o la India se mantuvo vigente a lo largo de toda la Antigüedad. Encontramos así de nuevo a Pitágoras como incansable viajero que recorre todas las partes del mundo en la biografía ficticia del sabio griego compuesta por **Porfirio** en el siglo III d.C. Habría viajado a Egipto recomendado por el tirano Polícrates al faraón egipcio Amasis, a Italia, y entre los árabes, caldeos y hebreos. Era precisamente de sus viajes por todos estos pueblos de donde Pitágoras se agenció la mayor parte de su sabiduría. Una geografía, por tanto, puramente referencial que sirve únicamente para realzar los perfiles sapienciales de la biografía del sabio en cuestión.

Sin embargo, quizá el viaje en busca de la sabiduría más célebre de todos es del taumaturgo Apolonio de Tiana, cuya biografía ideal fue compuesta por **Filóstrato** en el siglo III d.C. Aparentemente decía estar basada en el testimonio directo de un tal Damis, que fue discípulo de Apolonio y le acompañó en el curso de sus viajes. Apolonio había emprendido un viaje hasta Mesopotamia y la India con el objeto de confrontar su sabiduría con la de los magos y los brahmanes. Un viaje que, como el propio Apolonio había manifestado, no era del todo voluntario ya que debía acudir allí donde le conducía la sabiduría y la divinidad. Más adelante, sin embargo, reconoce a las preguntas de un eunuco del rey de Babilonia que viajaba hasta la India por curiosidad de lo de había allí. Todo el viaje de Apolonio se convierte de este modo en un repaso convencional y obligado del catálogo de las maravillas de la India, tal y como había sido configurado por todos sus predecesores sobre el terreno, desde Heródoto y Ctesias a los historiadores de Alejandro y Megástenes[33].

---

[33] P. Pédech, «La découverte de l'Inde après Alexandre», en *Voyages et voyageurs au Proche-Orient ancien*, Cahiers du CEPOA 6, Lovaina, 1994, pp. 175-197.

El viaje a la India es, una vez más, tan sólo un pretexto para dar cabida a otro tipo de consideraciones que tienen que ver directamente con las preocupaciones filosóficas, morales o literarias de nuestro autor. Sus fuentes de información fueron de hecho los escritos que hasta esos momentos se consideraban los clásicos en la materia, sobre todo los historiadores de Alejandro y Megástenes. No existe ninguna intención de actualizar los conocimientos en función de los nuevos descubrimientos realizados o de las abundantes noticias que generaba el intenso tráfico comercial entre la India y Roma, existente en aquellos momentos[34]. De hecho, parece ciertamente significativo que el viaje de Apolonio se hubiera realizado por tierra siguiendo el itinerario trazado por la campaña de Alejandro cuando en esos momentos la vía de comunicación con la India más frecuentada era sin duda la travesía marítima, especialmente tras el descubrimiento de los célebres monzones, por la que discurría todo el tráfico comercial mencionado.

Sin embargo esto no representaba un problema especial para Apolonio, quien apenas toma conciencia de las dificultades materiales que un viaje de estas características implicaba. Llegar hasta la India era casi un juego de niños para un sofista del prestigio y renombre de Apolonio, arropado a lo largo de las diferentes etapas intermedias por anfitriones reales, como los reyes de Babilonia o Taxila. Unas etapas que son sólo un pretexto más para servir de marco a los diálogos y disquisiciones que ponen de relieve la sabiduría del protagonista sobre diferentes cuestiones. Un viaje, por tanto, simbólico y casi puramente espiritual en el que los aspectos logísticos estaban bien organizados y las múltiples incomodidades y penurias pasaban completamente inadvertidas o a un discretísimo segundo plano de la narración.

La visión de la India que prevalece claramente en la descripción de Filóstrato es la imagen literaria de un país de maravillas cuyas notas geográficas más sobresalientes eran sin duda la magnificencia de sus ríos, la imponente apariencia física de sus gentes, el ya bien conocido paralelismo entre el Indo y el Nilo y la alusión a los desiertos que separaban al país del resto del mundo conocido. Sin embargo, a esta imagen ya tradicional se habían sumado ahora una serie de mojones emblemáticos que marcaban la ruta seguida por Alejandro y conmemoraban su estancia en aquellas tierras. Era así obligado el paso por la peña de Aornos, cuya conquista supuso tantos esfuerzos; por el campo de batalla donde se había librado la contienda con el rey Poro, donde podía contemplarse un pórtico erigido como trofeo de la victoria macedonia; el templo del sol, en el que estaban dedicadas las estatuas de

---

[34] Al respecto, M. WHEELER, *Rome beyond the Imperial frontiers*, Londres, 1955, pp. 164 ss., y SIDEBOTHAM, *op. cit.*, pp. 162 ss.

oro de Alejandro y el rey indio, los relieves decorativos que narraban sus hazañas, o por los altares dedicados a los doce dioses que señalaban el punto más oriental alcanzado por la campaña.

En la India existían también referencias de otra clase que afectaban a la geografía religiosa del país, recorrido en su día por personalidades divinas como el propio Dioniso o Heracles. Era lógico, por tanto, que Apolonio fuera redescubriendo igualmente a lo largo de su viaje estos nuevos indicios, como el santuario del dios en la cima del monte Nisa, donde todavía podían verse los laureles plantados por él. Pero, sobre todo, la India albergaba en su territorio un sinfín de maravillas de todas clases que vuelven ahora a desfilar de nuevo ante los ojos del sorprendido viajero. Productos como el bálsamo que destilaban los árboles de las riberas del Hífasis, utilizado como ungüento nupcial; el aceite que se extraía de un gusano blanco que al prender producía una llama inextinguible; el cuerno del asno salvaje con el que se fabricaba una copa milagrosa que garantizaba la completa inmunidad; las plantas aromáticas y los árboles de toda especie. Animales fabulosos como los peces pavorreal o los dragones, y curiosidades humanas como una pequeña mujer que era mitad blanca y mitad negra. Un relato en el que no faltaban los consabidos procedimientos de todo este tipo de narraciones como la caza de su animal más característico, en este caso los dragones, presentada además desde un punto de vista autóptico, o las dificultades existentes para la obtención de un producto tan preciado como la canela, que los indígenas solventaban recurriendo a la ayuda de los monos.

Sin embargo, Filóstrato no se limita a repetir el catálogo tradicional sin más comentarios. La privilegiada posición de su protagonista, que ha conseguido llegar hasta unas regiones que hasta entonces no habían sido alcanzadas por ningún otro viajero, incluidos aquí los propios Dioniso o Heracles, le capacitaba para ejercer una cierta crítica sobre sus antecesores sobre el terreno, confirmando sus noticias, matizándolas de algún modo o limitándose simplemente a desmentirlas sin más. Reafirma así la existencia de los pigmeos, si bien trasladaba su morada hasta una región situada más allá del Ganges que entraba por tanto ya dentro del terreno de lo desconocido. Afirma haber visto con sus propios ojos la célebre gema pantarbe que poseía extraordinarias propiedades magnéticas, si bien era posesión exclusiva de los sabios ya que para conseguirla era necesario el uso de la razón. Ofrece incluso una pormenorizada descripción de los grifos que custodiaban el oro, pero indica que se trataba de unos animales consagrados al sol. Desmiente en cambio la existencia de la marticora o del agua de oro que manaba de las fuentes como puras y simples fabulaciones.

Las cosas cambian casi radicalmente cuando nos aproximamos al destino final del viaje, la colina de los sabios, situada significativa-

mente entre los ríos Hífasis, límite extremo de las campañas de Alejandro, y Ganges, del que se tenía conocimiento desde los tiempos de Megástenes. Entramos ahora en un espacio diferente y sagrado ante el que los propios guías indios experimentan fuertes sensaciones de temor y reverencia. Las barreras del lenguaje son completamente neutralizadas, ya que todos podían hablar griego y en sus modos de expresión aparecen incluso ciertas resonancias pitagóricas. La descripción del lugar adquiere casi tintes oníricos. Los sabios habitan en una colina tan alta como la acrópolis de Atenas, que aparece rodeada de una nube. En ella se encuentra también un pozo con un fondo profundamente azul que cuando a mediodía el sol incidía directamente sobre él emanaba hacia el exterior una especie de arco iris, un cráter de fuego en el que se justificaban todas las faltas intencionadas, un par de grandes tinajas que contenían respectivamente la lluvia y los vientos, y una serie de imágenes de los dioses entre las que podían verse las de Atenea, Apolo y Dioniso.

Un viaje por tanto realizado en buena parte a través de la literatura anterior, de la que Filóstrato demuestra ser buen conocedor, como revela cuando se refiere a las observaciones astronómicas realizadas por Ortágoras, o a muchas de las noticias transmitidas en su día por Nearco, como las que hablaban de las célebres serpientes gigantescas. Pero al mismo tiempo también un viaje espiritual cuyo destino final es un espacio singular dotado de toda clase de simbolismos en el que el sabio protagonista alcanza la confirmación de su sabiduría, motivo central y casi único por el que se había trasladado hasta aquellos confines[35].

Filóstrato hace viajar también a Apolonio hacia Etiopía, que es considerada casi como una extensión occidental de la India, con la que comparte una serie de características tales como la naturaleza de sus ríos respectivos, la posesión de especias, animales como el león y el elefante, así como otras muchas fieras de diversas clases, hombres negros que no existen en los demás continentes, las razas de los pigmeos y los cabezas de perro, y riquezas auríferas custodiadas por terribles guardianes como los grifos y las hormigas. Tras atravesar la frontera con Egipto, Apolonio se dirige hacia el templo de Memnón para alcanzar después su destino final en el lugar donde se hallaban los gimnosofistas. A diferencia de la colina de los sabios en la India, los gimnosofistas habitaban en una colina de escasa altura a poca distancia del Nilo, en un espacio con pocos árboles y un bosquecillo no grande. Vi-

[35] Sobre el viaje de Apolonio a la India, G. ANDERSON, *Philostratus*, Londres, 1986, pp. 199-226. y nuestras consideraciones en «L'Inde dans les récit de voyages grecs», pp. 32-37 y dentro del mismo volumen, Ph. HANUS, «La vie d'Apollonios de Tyane: d'une géographie réelle à une géographie mythique», pp. 81-97.

vían al aire libre sin ninguna clase de resguardo, pero habían construido una especie de albergue para los extranjeros que les visitaban, semejante a los pórticos que había en Olimpia.

De nuevo nos encontramos con un espacio singular construido sobre las viejas especulaciones, que suponían la existencia de una continuidad espacial entre Etiopía y la India, y las noticias más recientes que hablaban de poblaciones primitivas situadas al sur de Egipto, tal y como las había descrito Agatárquides, que llevaban una vida austera y simple carente de todas las sofisticaciones de la civilización. El resultado final no es otro que el de volver a contrastar la sabiduría de Apolonio con la de unas gentes que desde la época de Alejandro habían gozado de un gran prestigio en este terreno. Su presencia en Etiopía en lugar de en la India, donde la tradición les había situado habitualmente, se explica quizá en parte por la necesidad de crear un nuevo espacio sapiencial al sur de Egipto, que superase la fama tradicional de los sacerdotes del país, vistos ahora bajo una óptica mucho menos favorable, tal y como aparecían reflejados a veces en las novelas contemporáneas. La supuesta proximidad natural entre la India y Etiopía facilitaba extraordinariamente las cosas en este sentido ya que permitía ubicar allí de modo lógico a unos sabios que en la literatura anterior eran habitualmente adscritos a las regiones de la India. Con ello emulaba además la visita de Alejandro al oasis de Siwah y su entrevista con los sacerdotes del oráculo del dios allí existente.

Apolonio viaja también hacia las columnas de Heracles y las regiones limítrofes, si bien en este caso el objetivo principal de su itinerario no es la confrontación de su sabiduría con la de otros sabios prestigiosos como en la India o Etiopía, sino la contemplación de las maravillas naturales que acontecían en aquellos lugares. Sin embargo, incluso en este caso se pone de manifiesto su particular capacidad para encontrar las causas verdaderas que permiten explicar y comprender algunos de aquellos fenómenos. Éste es el caso de las grandes mareas del océano o la debatida identidad de las columnas de Heracles. No obstante, como a lo largo de todo su trayecto, el viaje de Apolonio continúa siendo la excusa que permite a Filóstrato dar cabida, en medio de un contexto geográfico esencialmente de carácter literario y simbólico, a las preocupaciones de tipo filosófico y moral que incorpora su protagonista. Un recorrido en suma por todo el canon de lo que podría denominarse la geografía retórica, por todos aquellos países que contaban con una cierta tradición dentro de la literatura griega y en los que era posible por tanto proceder a la recreación literaria que podía esperarse de un sofista como Filóstrato. La poderosa influencia de las especulaciones utópicas anteriores, de los diversos *topoi* etnográficos popularizados por los diferentes tratados de esta clase dedicados a la India o Etiopía y la convención de la reunión y encuentro

del sabio con otros personajes han compuesto un cuadro imaginario completamente alejado de la realidad geográfica de su tiempo, sometido en ocasiones al juego narrativo de la credibilidad, en el que el viaje y todas sus diversas implicaciones desempeñaban un papel destacado. Un viaje que, como ha señalado Elsner, le sirve a Filóstrato para reflejar el progreso espiritual de su protagonista y definir su camino hacia la divinidad, dentro de un esquema de pensamiento mucho más amplio que propugnaba la superioridad del poder sagrado griego dentro del nuevo universo imperial romano[36].

## EN LOS LÍMITES DE LA FICCIÓN

Las enormes posibilidades que ofrecía el relato de viajes para el desarrollo de la fabulación han quedado ya patentes en el relato de Antonio Diógenes, capaz de trasladar a sus protagonistas hasta la mismísima Luna con el objeto de sorprender y asombrar a sus lectores. La irresistible atracción que ejercían las regiones septentrionales del mundo, con todos los fenómenos extraodinarios que acontecían en sus contornos, condujo a algunos autores a situar en ellas las más extravagantes peripecias. Desafortunadamente es muy poco lo que sabemos de un tal **Antífanes de Berge**, que a comienzos del período helenístico habría compuesto una obra de ficción que tenía como escenario estas latitudes. Al parecer, hablaba de una ciudad tan fría en la que se helaban incluso las palabras que salían de la boca de sus habitantes, si bien existía la posibilidad de escucharlas en verano cuando por efecto del deshielo volvían a estar de nuevo en circulación[37]. Sus exageraciones manifiestas y su fantasía desbordante debieron ser de tal calibre que su gentilicio empezó a usarse para calificar a quienes fabulaban sin remilgo alguno recurriendo a toda clase de patrañas. Al parecer, Eratóstenes definió de esta manera a Evémero por sus historias sobre la isla de Panquea, y Estrabón le devolvió la pelota al considerar que poco se diferenciaba quien en lugar de al bergeo utilizaba a Damastes como testimonio, como parece que hacía en ocasiones el geógrafo alejandrino[38].

Sin embargo, el viaje como motivo de ficción llevada a sus extremos alcanza su cima indiscutible con la obra de **Luciano de Samósata** titulada *Historias verdaderas*, una parodia de todo el género

[36] J. ELSNER, «Hagiographic Geography: Travel and allegory in the life of Apollonius of Tyana», *J.H.S.*, 117, 1997, pp. 22-37.

[37] Plut., *Mor.*, 79 A. Sobre la figura de Antífanes, G. KNAACK, «Antiphanes von Berge», *RhM*, 61, 1906, pp. 135-138.

[38] Str. I, 3,1, y II, 4, 1.

que al mismo tiempo se convierte en una de sus mejores piezas[39]. Luciano advierte ya a sus lectores en el prólogo de la obra que todo lo que figura a continuación son tan sólo una sarta de mentiras sin ningún fundamento real y justifica la existencia de esta clase de relatos como un reposo agradable para el lector de asuntos más serios. Sin embargo, lo que marca la diferencia con sus antecesores es su intención descarada de hacer pasar por verdaderas este tipo de historias en tanto que él anunciaba ya desde el principio su carácter completamente ficticio. Pero, convenciones literarias aparte, lo cierto es que, una vez iniciada la narración, su autor, el propio Luciano, adopta el papel esperado en este tipo de historias y trata por todos los medios de presentar su relato dentro de los mismos parámetros realistas que sus antecesores, de los que quizá sólo se diferencia por la mayor exageración de las incidencias que componen la trama y por la imparable dosis de fantasía que contiene toda la obra.

El viaje imaginario de Luciano comienza como era de esperar en las columnas de Heracles, que todavía en aquel entonces continuaba ejerciendo su papel de puerta hacia lo desconocido. Desviados por una tormenta que dura ochenta días, arriban hasta una isla maravillosa en la que encuentran una estela de bronce que dejaba constancia de la presencia en el lugar de Heracles y Dioniso. En la isla había un río de vino de abundante corriente y en el río unos peces que sabían lógicamente a vino y producían por tanto la embriaguez si uno se alimentaba de ellos. Las fuentes del río eran además unas extrañas vides con forma de mujer hasta la cintura y de cuyos dedos nacían sarmientos cargados de racimos. Sus besos, al igual que sucedía con los peces, producían en buena lógica también la embriaguez.

No contento con estas fantasías que superaban ya con mucho a sus antecesores que habían fabulado sobre islas maravillosas situadas en el océano, Luciano decide trasladar a sus personajes a través de un medio diferente, el aire, poco utilizado hasta entonces salvo en las fantasías de la comedia antigua. Los protagonistas llegan nada más y nada menos que a la Luna, concebida como una isla flotante y de forma redonda que resplandecía situada en medio del aire. Sus habitantes eran los cabalgabuitres, así denominados porque cabalgaban sobre buitres enormes cuyas plumas eran mayores que el mástil de un navío mercante. Luciano procede a continuación a describir detalladamente los

[39] Dentro de la abundante bibliografía dedicada al estudio de esta obra genial destacamos los trabajos de M. FUSILLO, «Le miroir de la lune. L'Histoire vraie de Lucien de la satire à l'utopie», *Poetique*, 73, 1988, pp. 109-135; C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972, pp. 76-94, y del mismo autor, *Figuras helénicas y géneros literarios*, Madrid, 1991, pp. 249-257; y recientemente, A. GEORGIADOU & D. H. J. LARMOUR, *Lucian's science fiction novel true histories. Interpretation and Commentary*, Leiden, 1998.

extraños seres que allí habitaban y presta especial atención a la curiosa forma en que nacían, dado que en la Luna no existian mujeres. Estos curiosos seres actuaban por tanto primero como esposas hasta los veinticinco años y después como maridos, y quedaban embarazados en la pantorrilla. Existían por otro lado los arbóreos que nacían de las bellotas caídas de un árbol carnoso que surgía en la tierra al plantar en ella los testículos humanos. La muerte no existía, ya que tras la vejez se disolvían y se convertían en aire. Su dieta consistía en aspirar el humo de las ranas asadas y la bebida en el aire exprimido en copas. Fabricaban sus perfumes de las cebollas, sus vides producían agua y utilizaban sus vientres como alforjas, ya que podían abrirlos y cerrarlos a discreción. Los ricos utilizaban ropas de vidrio, mientras que los pobres debían conformarse con hilado de bronce, que era un metal que abundaba en el país. Tenían además unos ojos desmontables que podían intercambiar entre sí y unas orejas como hojas de plátano. En el palacio real había un espejo situado sobre un pozo en el que podía contemplarse toda la Tierra.

A pesar de toda esta considerable exhibición de ingenio, la fantasía de Luciano no parece tener límites y traslada a sus viajeros hasta el país del Zodíaco, que era «frondoso, fértil y bien dotado de agua y otras riquezas». En su camino de regreso hacia la Tierra pasan por la ciudad de las lámparas y por la de los Nubecuclillos, en la que el viento les impidió detenerse. De nuevo en el mar fueron tragados por una ballena, en cuyo interior había una isla cubierta de un denso bosque con árboles de todas las especies y tierras cultivadas. Tras una expedición por este extraño territorio encuentran un templo de Poseidón y a los habitantes del lugar que les muestran las ventajas de la isla, como el vino dulcísimo que producen sus vides, un manantial de agua fresca y una laguna que albergaba peces de todas las clases. En la isla había también otras gentes menos hospitalarias cuya descripción pone a prueba una vez más el ingenio cómico de Luciano, tales como los saladores, con ojos de anguila y rostro de bogavante, los tritoncabritos, con medio cuerpo humano y el otro parecido al del pez espada, los manosdecangrejo, los cabezatunes, los coladuras y los aletasdebarbada, y que se encontraban en guerra con los anfitriones momentáneos de los protagonistas del viaje.

Cuando consiguen salir de la ballena, prendiendo fuego al interior del enorme cetáceo, llegan a una isla llena de vides situada en medio de un mar de leche que tenía la forma de un enorme queso compacto, en cuyo centro se alzaba un templo dedicado a Galatea. Arriban después a la isla de Corcho, cuyos habitantes tenían los pies de este material, lo que les permitía correr libremente sobre las aguas del mar. Llegan a continuación a la isla de los afortunados, donde pueden asistir a los juicios de conocidos personajes de la mitología o de la historia. La

ciudad era toda de oro y el muro que la protegía de esmeralda. Las puertas, siete en total, eran de una sola pieza de madera de cinamomo. Los cimientos y el suelo eran de marfil. Había además templos de todos los dioses construidos de berilo y enormes altares de amatista. Un río de mirra corría a su alrededor y utilizaban como baños casas de cristal caldeadas con brasas de cinamomo. Sus habitantes sólo tenían cuerpos en apariencia y nunca envejecían, dado que conservaban inalterada la misma edad con la que habían llegado hasta el lugar. Vivían en medio de una luz tenue semejante a la aurora matinal y sólo conocían una estación, la primavera, y un único viento, el céfiro. El país, como era de esperar, poseía flores y plantas de todas clases y sus vides producían doce cosechas al año, y sus árboles frutales hasta trece, ya que durante un mes daban fruto en dos ocasiones. La proverbial abundancia de estos lugares alcanza aquí ya un grado de paroxismo, ya que hasta las espigas producían el pan apto ya para el consumo y había en los alrededores de la ciudad 365 fuentes de agua y otras tantas de miel, 500 de mirra, siete ríos de leche y ocho de vino.

En las afueras de la ciudad se encontraba también el célebre Elisio, descrito como un prado bellísimo rodeado de un espeso bosque que brindaba su sombra a todos. Los lechos eran de flores y los vientos actuaban de sirvientes. Unos árboles de cristal producían copas de todos los tamaños que se llenaban de forma inmediata de vino, y los celebrantes eran coronados por los pájaros, que expandían sobre ellos flores de los prados vecinos mientras revolotean cantando. Unas nubes repletas de mirra desprendían su perfume bajo una suave presión de los vientos. Homero y los poetas más celebrados participaban del banquete cantando himnos y poemas de manera incesante, ya que cuando los cantos cesaban ocupaban su lugar los cisnes, golondrinas y ruiseñores, acompañados por todo el bosque bajo la dirección del viento. Poseían además dos fuentes, la de la Risa y el Placer, de las que bebían para conseguir la actitud adecuada que les permitía tomar parte en las celebraciones.

Luciano y los suyos fueron expulsados de la isla tras siete meses de estancia, una cifra que sin duda recuerda la estancia de Jámbulo en las islas del Sol. Su viaje les llevó a continuación hacia la isla siniestra, donde recibían sus castigos los malvados. Estaba rodeada de un olor terrible a azufre y de un aroma que parecía de hombres asados, era rocosa y pelada, sin árboles ni agua. Todo el país era sumamente feo y su suelo se hallaba repleto por todas partes de cuchillos y picas. Los ríos que fluían en esta ocasión eran de fango, sangre y fuego, en consonancia con el carácter lúgubre del lugar. Llegaron después a la isla de los Sueños, que era completamente irreal, y por tanto retrocedía siempre que uno trataba de aproximarse a ella. La ciudad se encontraba rodeada por un bosque de adormideras y mandrágoras en el que sólo moraban

los murciélagos. Fluía por allí un río llamado Noctámbulo, y había dos fuentes, denominadas respectivamente Dormilona y Todanoche. Estaba rodeada por un muro alto y polícromo semejante en color al del arco iris. En su interior se hallaban los templos de la Noche, que era la divinidad más venerada en el lugar, y del Gallo, además del palacio de Hipno. Sus habitantes, los sueños, eran de diversa índole, unos hermosos y de bella apariencia y otros en cambio pequeños y feos.

Los protagonistas del viaje pasaron allí una estancia de treinta días, después de la cual emprendieron de nuevo su ruta. Llegaron así al país de los calabazapiratas y de los que iban montados en delfines, atravesaron por un mar que tenía forma de bosque de pinos y cipreses desprovistos de raíces. Arribaron más tarde a una sima inmensa que les transportó por fin a un mar mucho más suave y familiar, donde se hallaba la isla de los bucéfalos, con los que se vieron obligados a luchar. Pasaron a continuación junto a unos hombres que navegaban con sus propios cuerpos tendidos boca arriba utilizando su miembro viril como mástil de la vela, y llegaron por fin a una isla habitada sólo por mujeres. Aparentemente todas ellas eran jóvenes y hermosas, pero tenían patas de burro y se alimentaban de los extranjeros que llegaban hasta la isla. Al final de su viaje los protagonistas arriban al continente que se encontraba frente al mundo habitado, pero Luciano decide poner fin en este punto a su historia, si bien promete continuar la misma en unos libros futuros que nunca se escribieron.

Esta obra de Luciano es posiblemente uno de los textos más ricos en referencias literarias de toda la literatura antigua. A lo largo de todo este desfile de fantasías y aberraciones de todas clases pasa revista a una serie de formas literarias que van desde la poesía a la historia, pasando por los relatos de viaje de tendencia utópica o paradoxográfica que habían sido tan populares a lo largo del período helenístico. Sin embargo, son probablemente los filósofos y sus elucubraciones los que constituyen el objeto principal de todas las críticas que encierra la obra[40]. El desarrollo lineal del viaje por mar se ve interrumpido a lo largo del relato por tres viajes subsidiarios, como son el que lleva a los protagonistas a la Luna, el episodio en el interior de la ballena y la visita a las islas de los Bienaventurados, que constituyen en sí mismos lo que podría denominarse viajes en busca del conocimiento. Todo el relato podría ser interpretado así a la luz del tipo de viaje espiritual que aparece en algunos de los diálogos platónicos en el que los viajeros alcanzan ocasionalmente el mundo de los muertos.

Al mismo tiempo, las *Historias verdaderas* podría catalogarse como el antecedente más claro de los relatos modernos de ciencia-ficción, ya

[40] GEORGIADOU & LARMOUR, *op. cit.*, pp. 40 ss.

que en ellas encontramos algunos de los elementos y recursos que luego constituirán pautas y procedimientos narrativos propios de este género literario[41]. En definitiva, con todas las posibles significaciones, seguramente muchas y variadas, que encierra la obra, se trata de un viaje fabuloso a través de un espacio imaginario e inalcanzable que se sitúa ya desde el principio fuera de los parámetros de la geografía real. No sólo los lugares visitados aparecen fuera de todo contexto realista como la Luna, el aire o el interior de la ballena, sino que las posibilidades del medio de transporte parecen también ilimitadas al ser capaz la nave en que viajaban de trasladar a nuestros protagonistas a través de estos espacios irreales sin aparentes problemas de locomoción. Una apoteosis en suma de la fantasía y los recursos imaginativos de Luciano en la que el viaje actúa una vez más como trama argumental de fondo que da cabida a toda clase de parodias, críticas y extravagancias.

Cierra este apartado otro de los productos más destacados de la imaginación griega que utilizó también el argumento del viaje como uno de sus componentes narrativos más destacados. Nos referimos a la célebre **novela de Alejandro**, una tradición iniciada seguramente en Alejandría a lo largo del período helenístico que continuó en vigor y se fue acrecentando a lo largo de los siglos siguientes hasta desembocar en plena Edad Media, con el florecimiento de una serie de obras que derivaban directamente de aquélla[42]. Su exponente más completo en la literatura griega es una obra compuesta durante la época imperial que se atribuyó sin ningún fundamento al historiador Calístenes, que había acompañado a Alejandro durante una buena parte de la campaña oriental. Su anónimo autor utilizó como fuentes fundamentales una biografía de Alejandro, compuesta ya en época helenística, en la que se daba cabida a numerosos elementos ficticios que nada tenían que ver con la realidad histórica de su protagonista, y una serie de cartas igualmente ficticias atribuidas al propio Alejandro, al rey persa Darío, a su madre Olimpíade y a otros destacados protagonistas de su entorno, que al parecer circulaban ya como obras independientes a lo largo del mismo período[43].

Dejando a un lado toda la primera parte de la novela que se ocupa de la leyenda del faraón Nectanebo, que habría sido el verdadero padre

---

[41] GARCÍA GUAL, *Figuras helénicas*, pp. 249 ss.

[42] Sobre esta tradición medieval, sigue siendo fundamental la obra de G. CARY, *The medieval Alexander*, Cambridge, 1956.

[43] Al respecto pueden verse los trabajos de T. HÄGG, *The novel in Antiquity*, Berkeley-Los Ángeles, 1983 (Upsala, 1980), pp. 125-143; GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, pp. 67-71, y *Figuras helénicas*, pp. 233-248. Puede verse además la espléndida introducción del mismo autor a su traducción de la obra en la Biblioteca Clásica Gredos, Pseudo Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid, 1988, pp. 9-31. Recientemente, W. J. AERTS, «Alexander the Great and Ancient Travel Stories», en VON MARTELS, *op. cit.*, pp. 30-38.

de Alejandro en algunas versiones, de toda la infancia y juventud del monarca macedonio y de las etapas de su conquista de oriente, la segunda parte nos introduce en un mundo de fantasía por el que circula Alejandro con la facilidad aparente de los antiguos héroes. Recorre enormes bosques con árboles de diversas clases que producían frutos extraños y poblados por unos seres llamados plantas (Fitos) que tenían un tamaño descomunal. Atraviesa una región herbosa habitada por gigantes salvajes que tenían una forma corporal esférica y un rostro de aspecto leonino, y por otros seres que no tenían pelo en todo el cuerpo. Marcha también por el denominado país de los comedores de manzanas, donde pudieron ver un hombre de gran tamaño con todo el cuerpo cubierto de vello que ladraba como un perro. Al tratar de capturarle salieron en su ayuda de un pantano otros muchos miles de seres de esta misma especie. Llegaron también a un río en medio del cual había unos árboles que crecían y menguaban en consonancia con los movimientos diarios del Sol. Destilaban unas lágrimas de aroma dulcísimo parecido a la mirra persa; sin embargo, cuando intentaron recoger esta sustancia fueron azotados por una divinidad invisible que les impidió llevar a cabo su tarea. En ese mismo río había unas piedras negras que tenían la propiedad de volver de ese color a quien las pisaba, y unos pájaros no muy diferentes a los habituales pero que despedían fuego si se les tocaba. Atravesaron después una región arenosa en la que habitaban fieras parecidas a asnos salvajes que tenían seis ojos y unos hombres acéfalos que tenían su rostro en el pecho. Llegaron al mar, donde encontraron un cangrejo enorme en cuyo interior había unas perlas bellísimas que indujeron a Alejandro a explorar el fondo del mar en busca de este tipo de maravillas. Introducido el rey en una especie de rudimentario batiscafo, pudo bajar al fondo del mar y contemplar las cosas que allí había hasta que un pez enorme lo arrastró hasta la costa. Alcanzó después el país de los Bienaventurados, donde encontró la fuente de la inmortalidad y unas aves que tenían rostro humano. Subido en una de ellas, decidió explorar por el aire aquellos lugares para ver si había alcanzado efectivamente los confines de la tierra, que constituía el último objetivo de su viaje. Fue sin embargo obligado a regresar de aquellos parajes por un ser alado con figura humana que le instó a permanecer en la tierra y a no intentar repetir esta clase de expediciones.

Todo un universo irreal y ficticio en el que se acumulan todo tipo de aberraciones y muchas de las fantasías imaginadas por otros autores acerca de las criaturas que habitaban en los confines del orbe. Todo este material heterogéneo que agrupa en su interior paisajes sorprendentes y tenebrosos al lado de otros de aspecto más paradisíaco y acogedor, seres monstruosos y terroríficos que atacan a los expedicionarios junto a otros mucho más frágiles y fácilmente asimilables, deriva en buena parte de toda la tradición literaria anterior y en modo alguno representa ni siquiera

de lejos cualquier contemplación directa de un paisaje real o de unas gentes de carne y hueso. Una vez transcurridos los episodios bien conocidos de su andadura oriental, se traslada a Alejandro a través de un espacio imaginario que yuxtapone sin orden ni concierto todo este tipo de elementos. Un producto claramente híbrido en el que han confluido de manera desordenada y caótica los distintos elementos e imágenes que configuraban la geografía mítica de los confines del mundo. El viaje de Alejandro hasta estos confines le sirve al autor para camuflar mediante este fantástico andamiaje el que quizá constituía el verdadero *leit-motiv* de toda la obra, como era el encuentro del monarca macedonio con la muerte, que se presentaba así al final de su trayecto como la verdadera barrera infranqueable que Alejandro no sería capaz de traspasar[44].

Conocemos también una carta de Alejandro dirigida a Aristóteles en la que el monarca macedonio narra sus experiencias con las múltiples maravillas que encerraban aquellas tierras. De nuevo, una vez más, vuelven a hacer su aparición los ya tópicos elementos de un catálogo tradicional que desde los tiempos de Heródoto y Ctesias había venido repitiéndose con ligeras variaciones y algunas matizaciones puntuales[45].

Las fantasías asociadas al viaje habían alcanzado un grado de ficción tan elevado que se hacía necesario implementar nuevos espacios como la Luna, el aire, el vientre de una ballena, o el fondo del mar, para poder dar cabida a todo este tipo de fabulaciones. Sin embargo, a pesar de todas estas atrevidas innovaciones debidas al ingenio y al talento de autores como Antonio Diógenes, Luciano o el anónimo autor de la novela de Alejandro, no se abandonaron del todo otros espacios aparentemente más familiares como los ya celebrados confines del orbe, situados ahora por lo general en las regiones del extremo norte o en los confines de la India[46], ni tampoco los viejos territorios del mito como las islas de los afortunados, los campos elisios o incluso el mundo de los muertos, siempre abiertos a desempeñar su papel decisivo dentro de cualquier tipo de relatos en los que el viaje, cada vez más literario que real a pesar de los esfuerzos de sus autores, iba conduciendo a unos protagonistas que buscaban siempre algo más que satisfacer simplemente su curiosidad por el mundo.

---

44 R. STONEMAN, «The Alexander Romance. From history to fiction», en J. R. MORGAN & R. STONEMAN, eds., Greek Fiction. The Greek Novel in Context, Londres, 1994, pp. 117-129.

45 Sobre esta carta, L. L. GUNDERSON, *Alexander's Letter to Aristotle about India*, Meisenheim am Glan, 1980.

46 En esta búsqueda de los extremos cada vez más remotos conocemos la existencia de un tal Amometo, contemporáneo quizá de Calímaco, que compuso una obra de carácter utópico sobre el pueblo de los Atacores, situados en el extremo de Asia, en una bahía del mismo nombre, protegida del resto del mundo por unas colinas bañadas por el sol y con unas condiciones climáticas que recordaban mucho a las de los hiperbóreos. Cfr. Plin., *N.H.*, VI, 55. Sobre Amometo, FRASER, *op. cit.*, p. 521.

# BIBLIOGRAFÍA GENERAL


ALY, W.: «Die Entdeckung des Westens», *Hermes*, 62, 1927, pp. 299-341.

— *Volsmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und Zeitgenossen*, Göttingen, 1969.

AMIOTTI, G.: «L'Europa nella polemica tra Erodoto e la scuola ionica», en M. Sordi, ed., *L'Europa nel mondo antico*, CISA, Milán , 1986, pp. 49-56.

— «Eutimene di Marsiglia e le piene del Nilo» en M. Sordi, ed., *Fenomeni naturali ed avenimenti storici nella antichità*, CISA, Milán, 1989, pp. 60-70.

ANDERSON, G.: *Philostratus*, Londres, 1986.

ANDRE, J. M. y BASLEZ, M. F.: *Voyager dans l'Antiquité*, París, 1993.

ANTONELLI, L.: *I Greci oltre Gibilterra*, Roma, 1997.

— *Il periplo nascosto*, Roma, 1998.

ARNOTT, P.: *Greek Scenic Conventions in the fifth Century*, Oxford, 1972.

ARORA, U. P.: *Greeks on India. Scylax to Aristoteles*, Bareilly, 1996.

ASHERI, D.: *Erodoto. Le Storie. Libro III. La Persia*, Milán, 1990.

— «Colonizzazione e decolonizzazione», en *I Greci. Storia, Cultura Arte Societa, vol. I. Noi e I Greci,* Turín, 1996, pp. 73-115.

AUBERGER, J.: *Ctésias. Histoires de l'Orient*, París, 1991.

— «L'Inde de Ctésias», en J. Cl. Carrière *et alii,* pp. 39-59.

AUJAC, G.: *Strabon et la science de son temps*, París, 1966.

— «Les traités sur l'Océan et les zones terrestres», *Revue d'études anciennes*, 74, 1972, pp. 74-85.

— «L'île de Thule. Mythe ou réalité (études de géographie grecque)», *Athenaeum*, 64,3/4, 1988, pp. 329-343.

— *Claude Ptolémée. Astronome, astrologue, géographe. Connaissance et représentation du monde habité*, París, 1993.

AUSTIN, M. M.: *Greece and Egypt in the Archaic Age*, Cambridge 1970.

AUSTIN, N. J. E., y RANKOVN, B.: *Exploratio: Military and Political Intelligence in the Roman World*, Londres, 1995.

BACON, J. R.: *The Voyage of the Argonauts,* Londres, 1925.

BADIAN, E.: «Nearchus the Cretan», *Yale Classical Studies*, 24, 1975, pp. 147-170.

BAKHUIZEN, S.: «Carriers of the Mediterranean and Black Seas. An Aspect of the Relations between Greece and Foreign Countries in the Archaic Age», en O. Lordkipanidze y P. Leveque, eds.: *Le Pont-Euxin vu par les Grecs*, París, 1990, pp. 51-60.

BALBOA SALGADO, A.: «Rufo Festo Avieno y su Ora Maritima: Consideraciones acerca de un sujeto y un objeto», *Gallaecia*, 13, 1992, pp. 369-398.
BALDRY, H. C.: *The Unity of Mankind in Greek Thought*, Cambridge, 1965.
BALLABRIGA, A.: *Le soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaique*, París, 1986.
— *les fictims d'Homére*, París, 1998.
BAR, F.: *Les routes de l'autre monde- descent aux enfers et voyages dans l'au-de là*, París, 1946.
BARBER, G. L.: *The Historian Ephorus*, Chicago 1993 (Cambridge, 1935).
BASLEZ, M. F.: *L'étranger dans la Grèce antique*, París, 1984.
BAUMEISTER, A.: *Denkmaler des klassischen Altertums*, Múnich, 1889.
BELIN DE BALLU, E.: *L'histoire des colonies grecques du littoral nord de la mer noire*, Leiden, 1965.
BENNET, F. M.: *Religious Cult Associated with the Amazons*, Nueva York, 1912.
BERARD, V.: *Les navigations d'Ulysse*, 4 vols., París, 1927-1929.
BERARD, J.: *La Magna Grecia. Storia delle colonie greche dell'Italia meridionale*, Turín, 1963 (París, 1957).
BERGER, H.: *Die geographischen Fragmente des Eratosthenes*, Amsterdam, 1964 (Leipzig 1880).
— *Geschichte der wissenschaftlichen Erdkunde der Griechen*, Leipzig, 1903.
BERMEJO BARRERA, J. C.: *Los orígenes de la mitología griega*, Madrid, 1996.
BERNABÉ, A.: *Poetarum Epicorum Graecorum Testimonia et Fragmenta*, I, Leipzig, 1987.
BERNAND, A.: *La carte du tragique*, París, 1985.
BERNARD, P.: *Fouilles d'Ai-Khanoum*, MDAFA, t. XXI, 2 vols., París, 1973, pp. 207-237.
BERNAYS, U.: *Studien zu Dionysos Periegetes*, Heidelberg, 1905.
BERTELLI, L.: «L'utopia», en G. Cambiano *et alii*, eds.: *Lo spazio letterario della Grecia antica, vol. I, La produzione e la circolazione del testo, t. 1, La Polis*, Roma, 1991, pp. 493-524.
BERTHELOT, A.: *L'Afrique saharienne et soudannaise*, París, 1927.
— *Festus Avienus. Ora Maritima*, París, 1934.
BERTI, N.: «Scrittori greci e latini di 'Libyka': la conoscenza dell' Africa settentrionale dal V al I secolo a. C.», en M. Sordi, ed.: *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán, 1988, pp. 145-165.
BERTRAND, J. M.: *Inscriptions historiques grecques*, París, 1992.
BERVE, H.: «Alexander der Grosse als Entdecker», en *Gestaltende Kräfte der Antike*, Múnich, 1949, pp. 88-108.
BIANCHETTI, S.: *Πλωτα και Πορευτα. Sulle tracce di una periegesi anonima*, Florencia, 1990.
— «Pitea e la scoperta di Thule», *Sileno*, 1-2, 1993, pp. 9-23.
BIGWOOD, J. M.: «Ctesias' Indika and Photius», *Phoenix*, 43, 1989, pp. 302-316.
BLOK, J. H.: *The Early Amazons. Modern & ancient Perspectives on a persistent Myth*, Leiden, 1995.
BLOMQVIST, J.: «Alexandrian Science: The Case of Eratosthenes», en P. Bilde *et alii*, eds.: *Etnicity in Hellenistic Egypt*, Aarhus, 1992, pp. 53-73.
BOARDMAN, J.: *The Greeks Overseas*, nueva edición, Londres, 1980.
BOLCHERT, P.: *Aristoteles Erdkunde von Asien und Libyen*, Quellen und Forschungen zur alten Geschichte und Geographie, Heft 15, Berlín, 1908.
BOLTON, J. D. P.: *Aristeas of Proconnesus*, Oxford, 1962.

BONNAFE, A.: «L'Odyssée voyage initiatique» en *La route. Mythes et realités antiques*, Dijon, 1991, pp. 3-14.
BONNEAU, D.: *La crue du Nil, divinité égyptienne à travers mille ans d'histoire*, París, 1964.
BOSWORTH, A. B.: «Arrian and Rome: The Minor Works» en *ANRW*, II, 34,1, 1993, pp. 242-253.
— «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi*, 3, 1993, fasc. 2, pp. 407-424.
BOWRA, C. M.: *On Greek Margins*, Oxford, 1970.
BRACCESI, L.: *Grecità adriatica*, 2.ª ed.: Bolonia, 1979.
— *Grecità di frontiera. I percorsi occidentale della leggenda*, Padua, 1994.
BREGLIA, L.: *Le antiche rotte del Mediterraneo documentate da monete e pesi*, Nápoles, 1956.
BRELICH, A.: *Gli eroi greci*, Roma, 1958.
BRIZE, Ch.: *Die Geryoneis des Stesichoros und die frühe griechische Kunst*, Würzburg, 1980.
BROCHE, G. E.: *Pythéas le Massaliote: découvreur de l'extreme occident et du nord de l'Europe (IV siècle av. J. C.)*, París, 1935.
BROWN, T. S.: *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Chicago, 1981 (Berkeley, 1949).
— *Timaeus of Tauromenium*, Berkeley-Los Ángeles, 1958.
— «Suggestions for a Vita of Ctesias of Cnidus», *Historia*, 27, 1978, pp. 1-19.
— «Herodotus'Travels», *Ancient World*, 17, 1988, pp. 67-75.
BUNBURY, E. H.: *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till the Fall of the Roman Empire*, Nueva York, 1879.
BURKERT, W.: «Review of Aristeas of Proconnesus, by J.D.P. Bolton», *Gnomon*, 35, 1963, pp. 235-240.
— *The Orientalizing Revolution*, Cambridge Mass. 1992 (Heidelberg, 1984).
BURN, A. R.: *The Lyric Age of Greece*, Londres, ed. con corr.: 1967.
BURSTEIN, S.: *Agatharchides of Cnidus. On the Erythraean Sea*, Londres, 1989.
— «Hecataeus of Abdera's History of Egypt», J. H. Johnson, ed.: *Life in a Multi-Cultural Society: Egypt from Cambyses to Constantine and Beyond*, Chicago, 1992, publicado luego en Burstein, *Graeco-Africana*, Nueva York, 1994, pp. 19-27.
BURY, J. B.: *The Ancient Greek Historians*, Londres, 1909.
BUXTON, R.: *Imaginary Greece. The Context of Mythology*, Cambridge, 1994.
CAEROLS, J. J.: *Helánico de Lesbos*, Madrid, 1991.
CALAME, CL.: «Mythe grec et structures narratives: Le mythe des Cyclopes dans l'Odyssée», en B. Gentili y G. Paioni, eds.: *Il Mito greco. Atti del Convegno internazionale, Urbino 7- 12 maggio* 1973, Roma, 1977, pp. 369-391
CAMASSA, G., y FASCE, S.: eds.: *Idea e realtà del viaggio. Il viaggio nel mondo antico*, Génova, 1991.
CAMERON, A.: *Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius*, Oxford, 1970.
CAMPS, G.: «Pour une lecture naïve d'Hérodote. Les récits lybiens (V, 168-199), *Histoire de l'Historiographie*, 7, 1985, pp. 38-59.
CARPENTER, R.: *Folktale, Fiction and Saga in the Homeric Epics*, Berkeley-Los Ángeles, 1946.
— *Beyond the Pillars of Heracles*, Nueva York, 1973.
CARRIERE, J., y MASSONIE, B.: *La bibliothèque d'Apollodore*, París, 1991.

CARRIERE, J. C. *et alii,* eds.: *Inde-Grèce ancienne. Régards croissés en anthropologie de l'espace*, París, 1995.
CARY, G.: *The Medieval Alexander*, Cambridge, 1956.
CARY, M., y WARMINGTON, H.: *The Ancient Explorers*, Londres,1929.
CASSON, L.: *Ships and Seamanship in the Ancient World,* Princeton, 1971.
— *Travel in the Ancient World*, Londres, 1976.
— *The Periplus Maris Erythraei*, Princeton, 1989.
— *The Ancient Mariners*, Princeton, nueva ed. 1991.
— «Greaco-Roman Trade in the Indian Ocean» en S. Vryonis, Jr. ed.: *The Greeks and the Sea*, Nueva York, 1993, pp. 67-76.
CHAPOT, V.: «Arrien et le Périple du Pont-Euxin», *Révue des Études grecques*, 34, 1921, pp. 129-154.
CHARPENTIER, J.: «The Indian Travels of Apollonius of Tyana», *Skrifter utgivna av. k. Humanistika Veteenskaps-samdet i Upsala*, 29, 1934, pp. 6-66.
CHEVALLIER, R.: «La vision du Nord dans l' Antiquité gréco-romaine, de Pythéas à Tacite», *Latomus*, 43, 1984, pp. 85-96.
— *Voyages et déplacements dans l'empire romain*, París, 1988.
CHIARINI, G.: «Nostos e labirinto. Mito e realtà nei viaggi di Odisseo», *Quaderni di Storia*, 21, 1985, pp. 11-35.
CIMMA, M. R.: *Reges socii et amici Populi Romani*, Milán, 1976.
CIPRES, P., y CRUZ ANDREOTTI, G.: «El diseño de un espacio político: el ejemplo de la península ibérica», en A. Pérez Jiménez y G. Gruz Andreoti, pp. 107-145.
CLAUSS, J., y JOHNSTON, I., eds.: *Medea. Essays on Medea in Myth, Philosophy, Literature and Art*, Princeton, 1997.
COOK: *Greeks in Ionia and the East*, Londres, 1962.
COOK, J. M.: *The Persian Empire*, Londres, 1983.
CORDANO, F.: *La geografia degli antichi*, Bari, 1992.
COULET, C.: *Communiquer en Grèce ancienne. (Ecrits, discours, informations, voyages...),* París, 1996.
CRISTÓBAL, V.: «Tempestades épicas», *Cuadernos de investigación filológica*, 14, 1988, pp. 125-148.
CROON, J. H.: *The Herdsman of the Dead. Studies of Some Cultd, Myths and Legends of the Ancient Greek Colonisation Area*, Utrecht, 1952.
CRUZ ANDREOTTI, G.: «Estesícoro y Tartesos», *Habis*, 22, 1991, pp. 49-62.
CUNLIFFE, B.: *Greeks, romans and barbarians. Spheres of interaction*, Londres, 1988.
DAVID HARVEY, F.: «Sostratos of Aegina», *Parola del Passato*, 31, 1976, pp. 206-214.
DE HOZ, J.: «Notas sobre las fuentes para la historia antigua de Hispania», *Habis*, 2, 1971, pp. 137-141.
DEL CORNO, D., y LEHNUS, L.: Plutarco, *Il volto della luna*, Milán, 1991.
DELEBECQUE, E.: *Construction de l'Odyssée*, París, 1980.
DEMERLIAC, J. G., y MEIRAT, J.: *Hannon et l'empire punique*, París, 1983.
DESANGES, J.: *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique,* École française de Rome, Roma, 1978.
— «Le point sur le Périple d'Hannon: controverses et publications récentes», en *Enquetes et documents, VI, Nantes, Afrique,* Amérique, Centre de recherches sur l'histoire de la France atlantique, Nantes 1981, pp. 13-29.
DESAUTELS, J.: *L'imagen du monde selon Hippocrate*, Quebec, 1982.
DESBORDES, F.: *Argonautica. Trois études sur l'imitation dans la littérature antique*, Bruselas, 1979.

DIELS, H.: «Herodotos und Hekataios», *Hermes*, 22, 1887, pp. 411-444.
DIHLE, A.: «Arabien und Indien» en Reverdin y Grange, pp. 41-61.
— *I Greci e il mondo antico*, Florencia, 1997 (Múnich, 1994).
DILKE, O. A. W.: *Greek and Roman Maps*, Londres, 1985.
DILLER, A.: *The Tradition of the Minor Greek Geographers*, Amsterdam 1986 (Lancaster, 1952).
— «Agathemerus, Sketch of Geography», *Greek Roman and Byzantine Studies*, 16, 1975, pp. 59-76.
DIMOCK, G. E.: *The Unity of the Odyssey*, Amherst, 1989.
DION, R.: «Tartessos, l'Ocean homérique et les travaux d'Hercule», *Révue Historique*, 224, 1960, pp. 27-44.
— «La renommée de Pythéas dans l'Antiquité», *Révue des Études latines*, 43, 1965, pp. 443-466.
— «Où situer la demeure de Circé ?», *Bulletin de l'Assotiation Guillaume Budé*, 4.ª ser.: 1971, pp. 479-533.
— «Géographie odysséenne», *Annales ESC*, Enero/febrero, 1972, pp. 158-162.
— *Aspects politiques de la géographie antique*, París, 1977.
DODDS, E. R.: *The greeks and the Irrational*, Berkeley-Los Ángeles, 1951.
DOMÍNGUEZ GARCÍA, V.: *Los dioses de la ruta del incienso. Un estudio sobre Evémero de Mesene*, Oviedo, 1994.
DOUGHERTY, C.: *The poetics of colonization*, Nueva York, 1993.
DREWS, R.: «Diodorus and His Sources», *American Journal of Philology*, 83, 1962, pp. 383-392.
— *The Greek Accounts of Eastern History*, Cambridge, Mass.: 1972.
— «The Earliest Greek Settlements on the Black Sea», *Journal of Hellenic Studies*, 96, 1976, pp. 18-31.
DUGAS, C.: «Observations sur la légende de Persée», *Révue des Études Grecques*, 69, 1956, pp. 1-15.
DUNDABIN, T. J.: *The greeks and their Eastern Neighbours*, Londres, 1957.
ECK, B.: «Sur la vie de Ctésias», *Révue des Études Grecques*, 103, 1990, pp. 409-434.
EDELMANN, H.: «Ερημος und Ερημιη bei Herodot», *Klio*, 52, 1970, pp. 79-86.
EDELSTEIN, L., y KIDD, I. G.: *Posidonius, I. The Fragments*, Cambridge, 1972.
EHRENBERG, V.: *Alexander and the greeks*, Oxford, 1938 (Praga, 1937).
ELAYI, J.: «La présence grecque dans les cités phéniciennes sous l'empire perse achéménide», *Révue des Études Grecques*, 105, 1992, pp. 305-327.
EUZENNAT, M. M.: «Le périple d'Hannon», *Comptes Rendus de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres*, 1994, pp. 559-579.
EVANS, J. A. S.: *Herodotus. Explorer of the Past*, Princeton, 1991.
FABRE, P.: «La date de la redaction du Périple de Scylax», *Les Études classiques*, 33, 4, 1965, pp. 353-366.
— «Étude sur Pythéas le Massaliote et l'époque de ses travaux», *Les Études Classiques*, 43, 1975, pp. 25-44 y 143-165.
— «Les grecs à la découverte de l'Atlantique», en *L'Océan et les mers lointaines*, pp. 11-20.
FAURE, P.: *La vie quotidienne des colons grecs de la mer Noire à l'Atlantique au siècle de Pythagore*, París, 1978.
— *La vie quotidienne des armées d'Alexandre*, París, 1982.
FEHLING, D.: *Herodotus and his sources. Citation, Invention and Narrative Art*, Leeds, 1989 (Berlín-Nueva York, 1971).

FILLIOZAT, J.: «La valeur des connaissances gréco-romaines sur l'Inde», *Journal des Savants*, 1981, pp. 97-135.
FINLEY, J. H. Jr.: *Homer's Odyssey*, Cambridge Mass., 1978.
FORDERER, J.: *Ephoros und Strabo*, Diss. Tübingen, 1913.
FOULON, E.: «Polybe et les Gaules», en A. Billault, ed., *Héros et voyageurs grecs dans l'occident romain*, Lyon, 1997, pp. 103-129.
FRASER, P. M.: *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., Oxford, 1972.
FRENCH, R.: *Ancient Natural History*, Londres, 1994.
FRENKIAN, A. M.: «Der griechische Skeptizismus und die indische Philosophie», *Bibliotheca Orientalis*, 3, 1959, pp. 214-249.
FREZOULS, E.: «Quelques enseignements du Périple de la mer Érythrée», *Ktema*, 9, 1984, pp. 305-325.
FRISK, H.: *Le Périple de la mer Erythrée, suivie d'une étude sur la tradition et la langue*, Göteborgs Högskolas Arsskrift, XXXIII, 1927.
FROIDEFOND, Ch.: *Le mirage égyptien*, Aix-en-Provence, 1971.
FUSILLO, M.: «Le miroir de la lune. L'Histoire vraie de Lucien de la satire à l'utopie», *Poetique*, 73, 1988, pp. 109-135.
— Antonio Diogene, *Le incredibili avventure al di là di Tule*, Palermo, 1990.
FUTRE PINHEIRO, M.: «A atracçao pelo Egipto na literatura grega», *Humanitas*, 47, 1995, pp. 441-468.
GABBA, E.: «True history and false history in Classical Antiquity», *Journal of Roman Studies*, 71, 1981, pp. 50-62.
GARCÍA GUAL, C.: *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.
— *Mitos, viajes, héroes*, Madrid, 1981.
— *Los siete sabios (y tres más)*, Madrid, 1989.
— *Figuras helénicas y géneros literarios*, Madrid, 1991.
GARCÍA MORENO, L. A.: «Precedentes grecorromanos de la navegación atlántica de Bartolomeu Dias: en torno al Periplo de Hanón», en *Bartolomeu Dias e a sua epoca, Actas*, vol. II, Oporto, 1989, pp. 237-257.
— «Plutarco, Sertorius 8, 2, 3 y los orígenes de la geografía paradoxográfica latina», en J. García López y E. Calderon Dorda, eds., *Estudios sobre Plutarco: Paisaje y naturaleza*, Madrid, 1991, pp. 27-35.
— «Las navegaciones romanas por el Atlántico norte: imperialismo y geografía fantástica», en V. Alonso Troncoso, ed., *Guerra, exploraciones y navegación. Del mundo antiguo a la edad moderna*, A Coruña, 1995, pp. 101-110.
— GARCÍA MORENO, L. A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Relatos de viaje en la literatura griega*, Madrid, 1996.
GARDINER-GARDEN, J. R.: *Greek Conceptions on Inner Asian Geography and Ethnography from Ephorus to Eratosthenes*, Papers on Inner Asia, 9, Bloomington, Indiana, 1987.
— *Apollodoros of Artemita and the Central Asian Skythians*, Bloomington, 1987.
GARLAN, Y.: *La guerre dans l'Antiquité*, París, 1972.
— *Guerre et économie en Grèce ancienne*, París, 1989.
GANTZ, T.: *Early greek myth. A guide to the literary and artistic sources*, Baltimore, 1993.
GEFFKEN, J.: *Timaios'Geographie des Westens*, Berlín, 1892.
GEORGES, P.: *Barbarian Asia and the greek experience*, Baltimore, 1994.
GENTILI, B.: *Poesia e pubblico nella Grecia antica*, Roma-Bari, 1984.
GEORGIADOU, A., y LARMOUR, D. H. J.: *Lucian's Science fiction novel true histories. Interpretation and commentary*, Leiden, 1998.

GERMAIN, G.: *La genèse de l'Odyssée. Le fantastique et le sacré,* París, 1954.
— «Qu'est-ce que le Périple d'Hannon? Document, Amplification littéraire ou faux intégral?», *Hesperis*, 44, 1957, pp. 205-248.
GERNEZ, D.: «Les périples des anciens grecs et leurs rapports avec les livres d'instructions nautiques», *Academie de Marine Belgique*, 4, 1941, pp. 1-19.
GIANGRANDE, G.: «On the Text of the Periplus Maris Erythraei», *Mnemosyne*, 28, 1975, pp. 293-296.
GISINGER, F.: «Die Erdbeschreibung des Eudoxos von Knidos», en F. Boll ed., *ΣΤΟΙΧΕΙΑ, Studien zur Geschichte des antiken Weltbildes und der griechischen Wissenschaft*, Leipzig-Berlín, 1921.
— «Zur Geographie bei Hesiodos», *Rheinische Museum*, 78, 1929, pp. 315-328.
— s.v. «Menippus», *RE* 9, XV, 1, 1931, cols. 862-888.
— s.v. «Periplus», *RE*, XIX, 1937, cols. 841-850
— s.v. «Phileas von Athen», *RE*, XIX, 2, 1938, cols. 2133-2136.
— s.v. «Pytheas», *RE,* XXIV, 1963, cols. 314-366.
— s.v. «Xenophon», *RE*, IX, A, 2, 1983, cols. 2051-2052.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Viajeros de la Antigüedad,* Cuadernos de Historia 16, 218.
— «Eudoxo de Cízico o el cuento del lobo», *Polis*, 4, 1992, pp. 143-155.
— «Herodoto, Coleo y la historia de la España antigua», *Polis*, 5, 1993, pp. 151-162.
— «Iberia as a Barbarian Land: Perception of a Cultural Stereotype», *Ancient World.*: 24, 2, 1993, pp. 131-142.
— «Relatos de viaje en la Odisea», *Estudios Clásicos*, 106, 1994, pp. 17-31.
— «El viaje de Nearco por el Índico como relato de viajes», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad española de literatura general y comparada, Tomo 2, La parodia. El viaje imaginario*, Zaragoza, 1994, pp. 395-405.
— «Estrategias de veracidad en Ctesias de Cnido», *Polis*, 6, 1994, pp. 143-168.
— «L'Inde dans les récit grecs de voyage», en Carriere *et alii,* pp. 21-37.
— *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, Madrid, 1996.
— «La ruta de los sabios. Tópico y verdad del viaje a Egipto a lo largo de la cultura griega», en L. A. García Moreno y A. Pérez Largacha, eds., *Egipto y el Mediterráneo*, Aegyptiaca Complutensia, IV, Alcalá de Henares, 1997, pp. 163-185.
— «Más allá de la pólis. A la búsqueda de los espacios ideales», en D. Plácido *et alii,* eds., *Imágenes de la Pólis*, Madrid, 1997, pp. 451- 467.
— «Paradoxografía e historia helenística», en *Χάσις. II Reunión de historiadores del mundo griego antiguo*, Sevilla, 1997, pp. 275-283.
— «Estrabón y la tradición mítica sobre el extremo occidente» en G. Cruz Andreoti, ed., *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga, 1999, pp. 63-79.
— «Realidad y ficción en los relatos de viaje de la literatura griega» en *La cultura del viaje. Actas de la segunda semana canaria sobre el mundo antiguo*, La Laguna (en prensa).
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.; PÉREZ LARGACHA, A., y VALLEJO GIRVES, M.: *Tierras fabulosas en la Antigüedad*, Alcalá de Henares, 1995.
— *La imagen de España en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1995.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., y PÉREZ LARGACHA, A., *Egiptomanía. El mito de Egipto de los griegos a nosotros*, Madrid, 1997.
GONZÁLEZ GARCÍA, F. J.: *El Catálogo de las naves. Mito y parentesco en la épica homérica*, Madrid, 1997.

GONZÁLEZ PONCE, F. J.: *Avieno y el Periplo*, Écija, 1995.
— «Suda, s.v. Σκυλαξ. Sobre el contenido y la unidad de FGrHist III C 709», *Geographia Antiqua*, 6, 1997.
— «El corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: Épocas arcaica y clásica», en Pérez Jiménez y Cruz Andreotti, pp. 41-75.
GOOSENS, G.: «Artistes et artisans grecs en Perse sous les Achéménides, *La Nouvelle Clio*, I-II, 1949-1950, pp. 32-44.
GOULD, J.: *Herodotus*, Londres, 1989.
GRACCO RUGGINI, L.: «Arcaismo e conservadurismo, innovazione e rinnovamento (ss. IV e V)», en *Le trasformazione della cultura nella tarda antichità*, Roma, 1985, pp. 133-156.
GRAHAM, A. J.: «The Date of the Greek Penetration of the Black Sea», *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 5, 1958, pp. 25-42.
GRIFFITH, G. T.: *The mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge, 1935.
GRIFFITH, M.: Aeschylus, *Prometheus Bound*, Cambridge, 1983.
GSELL, S.: *Hérodote*, Roma, 1971 ( Argel, 1915).
— «Connaissances géographiques des grecs sur les côtes africaines de l'Océan», en *Memorial Henri Basset*, París, 1928, pp. 293-312.
— *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, París, 1929.
GUARDUCCI, M.: «Poeti vaganti e conferenzieri dell'eta ellenistica», en *Memorie della Academia Nazionale dei Lincei, Class. Sc. Mor. e Fil.*, serie VI, vol. II, 1929, pp. 629-665.
GUNDERSON, L. L.: *Alexander's Letter to Aristotle about India*, Meisenheim am Glan, 1980.
GUNGERICH, R.: *Die Küstenbesschreibung in die griechischer Literatur*, Münster, 1950.
HAGENOW, G.: *Untersuchungen zu Artemidors Geographie des Westens*, Quakenbrück, 1932.
HÄGG, T.: *Photios als Vermittler antiker Literatur*, Upsala, 1975.
— *The Novel in Antiquity*, Berkeley-Los Ángeles, 1983 (Upsala, 1980).
HALL, E.: *Inventing the barbarian. Greek self-sefinition through tragedy*, Oxford, 1989.
HAMILTON, W.: «The myth in Plutarch's De Facie (940 F-945D)», *Classical Quatterly*, 28, 1934, pp. 24-30.
HANUS, Ph.: «La vie d'Apollonios de Tyane: d'une géographie réelle à une géographie myhtique», en Carrière *et alii*, pp. 81-97.
HARDER, M. A.: «Travel descriptions in the Argonautica of Apollonius Rhodius», en Z. Von Martels ed., *Travel fact and travel fiction. Studies on fiction, literary tradition, Scholarly discovery and observation in travel writing*, Leiden, 1994, pp. 16-29.
HARTOG, F.: *Le miroir d' Hérodote*, París, 1980.
— «Les grecs ĕgyptologues», *Annales ESC*, 1986, 5, pp. 953-967.
— *Mémoire d'Ulysse. Récits sur la frontière en Grèce ancienne*, París, 1996.
HAVELOCK, E.: *Cultura orale e civilta della scrittura*, Bari, 1983 (Cambridge Mass., 1963).
HAWKES, C. F. C.: *Pytheas, Europe and the Greek explorers*, Oxford, 1975.
HEIDEL, W. A.: *The frame of the Ancient Greek maps*, Nueva York, 1937.
HENNIG, R.: *Terrae incognitae*, Leiden, 1936.
HENRY, R.: *Ctésias. La Perse, L'Inde*, Bruselas, 1947.
HERINGTON, C. J.: «Review of Aristeas of Proconnesus by J. D. P. Bolton», *Phoenix*, 18, 1964, pp. 78-82.

HEUBECK, A.; WEST, S., y HAINSWORTH, J. B.: *A Commentary on Homer's Odyssey,* vol. I, Oxford, 1988.
HÖCKMANN, O.: *La navigazione nel mondo antico*, Milán, 1988 (Múnich 1985).
HODDINOTT, R. F.: *The thracians*, Londres, 1981.
HOFSTETTER, J.: *Die Griechen in Persien. Prosopographie der Griechen im persischen Reich vor Alexander*, Berlín, 1978.
HOFMANN, I., y VORBICHLER, A.: *Der Aethiopenlogos bei Herodot*, Viena, 1979.
HÖLCHER, U.: *Die Odyssee: Epos zwischen Märchen und Roman*, Múnich, 1988.
HOLT, F. L.: *Alexander the Great and Bactria*, Leiden, 1988.
HOPE SIMPSON, R., y LAZENBY, F. J.: *The Catalogue of Ships in Homer's Iliad*, Oxford, 1970.
HUGHES FOWLER, B.: *The Hellenistic Aesthetic*, Bristol, 1989.
HUSS, W.: *Los cartagineses*, Madrid, 1993 (Múnich, 1990).
HUXLEY, G. L.: *Greek Epic Poetry*, Cambridge Mass., 1969.
IMMERWAHR, H.: *Form and thought in Herodotus*, Cleveland, 1966.
IRIARTE, A.: «Le chant-miroir des Sirènes», *Metis*, 8, 1-2, 1993, pp. 147-159.
IVANTCHIK, A.: «La datation du poème L'Arimaspée d'Aristéas de Proconèse», *L'Antiquité Classique*, 62, 1993, pp. 35-67.
JACOB, Ch.: «L'oeil et la mémoire: sur la Périegèse de la terre habitée de Denys», en Ch. Jacob y F. Lestringant, eds., *Arts et légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétoriques du monde*, París, 1981, pp. 22-97.
— *La description de la terre habitée de Denys d'Alexandrie ou la leçon de géographie*, París, 1990.
— «Aux confins de l'humanité: Peuples et paysages africains dans le Périple d'Hannon», *Cahiers d'études africaines*, 121/122, 31, 1-2, 1991, pp. 9-27.
— *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, París, 1991.
— «Alexandre et la maitrise de l'espace», *QS*, 34, 1991, pp. 5-40 = *Voyages et voyageurs aun Proche-Orient ancien*, Les cahiers du CEPOA 6, Lovaina, 1995, pp. 111-135.
— «Un athlète du savoir: Eratosthène», en Jacob y De Polignac, pp. 113-127.
— «Le savoir des mythographes (note critique)», *Annales HSS*, Mars-avril, 1994, 2, pp. 419-428.
— «Disegnare la terra», en S. Settis, ed., *I Greci: Storia, cultura, arte, società*, vol. I, *Noi e I Greci*, Turín, 1996, pp. 901-953.
JACOB, Ch., y DE POLIGNAC, F., eds.: *Alexandrie III siècles avant J.-C.:* París, 1992.
JACOBY, F.: s. v. «Euthymenes» *RE*, VI, 1, 1907, cois. 1509-1511.
— s.v. «Hekataios», *RE* VII C, 1912, cols. 2667-2750.
— s.v. «Herodotos», *RE* Suppl. II C, 1913, cols. 205-520.
— s.v. «Ktesias», *RE* IX, 2, 1922, cols. 2072-2073.
— «The First Athenian Prose Writer», *Mnemosyne*, ser. III, 13, 1947, pp. 13-64.
JANNI, P.: «Il sole a destra: Estrapolazione nella letteratura geografica antica e nei resoconti di vaggio», *Studi Classici e Orientali*, 28, 1978, pp. 87-115.
— *Etnografia e mito. La storia dei pigmei*, Roma, 1978.
— *La mappa e il Periplo*, Roma, 1984.
— *Il mare degli antichi,* Bari, 1996.
JOUAN, F., y DEFORGES, B., eds.: *Peuples et pays myhtiques*, París, 1988.
JOURDAIN ANNEQUIN, C.: «Héracles en Occident. Mythe et histoire», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 8, 1982, pp. 227-282.
— *Héracles aux portes du soir*, París, 1989.

KARTTUNEN, K.: *India in Early Greek Literature*, Helsinki, 1989.
KARTTUNEN, K.: «The Indica of Ctesias and its criticism», en U. P. Arora, ed., *Graeco-Indica. India's cultural contacts with the creek world*, Nueva Delhi, 1991, pp. 74-85.
— «Distant Lands in Classical Ethnography», *Gräzer Beiträge*, 18, 1992, pp. 195-204.
KENDRICK PRITCHETT, W.: «Some Recent Critiques of the Veracity of Herodotus», en sus *Studies in Ancient Greek Topography*, Part IV, Berkeley-Los Ángeles, 1982, pp. 234-285.
— *The Liar School of Herodotos*, Amsterdam, 1993.
KIDD, I. G.: «Posidonius as Philosopher-Historian», en M. Griffith y J. Barnes, eds., *Philosophia Togata*, Oxford, 1989, pp. 38-50.
KIESSLING: s.v. «Hyktanis», *RE* IX, 1, 1914, cols. 103-106.
KIMBALL ARMAYOR, O.: «Did Herodotus ever go to Egypt?», *JARCE*, 15, 1978, pp. 59-73.
— «Did Herodotus ever go to the Black Sea?», *Harvard Studies of Classical Philology*, 82, 1978, pp. 45-62.
— «Hecataeus'Humor and Irony in Herodotus'Narrative of Egypt», *Ancient World*, 16, 1987, pp. 11-18.
KINDSTRAND, J.: *Anacharsis: The Legend and the Apothegmata*, Upsala, 1981.
KIRK, G. S.: *The Iliad: A Commentary, vol. I: books 1-4*, Cambridge, 1985.
KIRK, G. S., y RAVEN, J. E.: *Los filósofos presocráticos*, Madrid, 1974 (Cambridge, 1966).
KNAACK, G.: «Antiphanes von Berge», *Rheinische Museum*, 61, 1906, pp. 135-138.
KNORRINGA, H.: *Emporos. Data on trade and trader in greek literature from Homer to Aristotle*, Chicago, 1987 (Amsterdam, 1926).
KRINGS, V.: «Les lettres grecques à Carthage», en C. Baurain *et alii*, eds., *Phoinikeia Grammata. Actes du Colloque de Liège, 15-18 novembre 1989*, Namur, 1991, pp. 654 ss.
LABATE, M.: «L'iniziativa individuale nella colonizzacione greca come topos narrativo», *Annali della Scuola Normale di Pisa*, ser. III, vol. II, 1, 1972, pp. 91-104.
LACHENAUD, G.: «Connaissance du monde et représentations de l'espace dans Hérodote», *Hellenica*, 32, 1980, pp. 42-60.
LACOMBE, O.: «Note sur Plotin et la pensée indienne», *EPHE (Sciences religieuses)*, 1950, pp. 3-17.
LACROIX, L.: «Héraclès, héros voyageur et civilisateur», *Bulletin de la Classe de Lettres de l'Académie de Belgique*, 60, 1974, pp. 34-59.
LAFFRANQUE, M.: «Poseidonios, Eudoxe de Cyzique et la circumnavigation de l'Afrique», *Révue Philosophique*, 153, 1963, pp. 199-222.
LALLEMAND, A.: «Le parfum comme signe fabuleux dans les pays mythiques», en Jouan y Deforges, pp. 73-90.
LANCEL, S.: *Cartago*, Barcelona, 1994 (París, 1992).
LASERRE, F.: *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, Berlín, 1966.
LATEINER, D.: *The historical method of Herodotus*, Toronto, 1989.
LE BOULLUEC, A.: «Sagesses barbares», en Jacob et De Polignac, pp. 63-79.
LEED, E. J. L.: *The Mind of the Traveller. From Gilgamesh to Global Tourism*, Nueva York, 1991.
LEFKOWITZ, M. R.: *Women in greek myth*, Baltimore, 1986.

LESKY, A.: *Thalatta. Der Weg der Griechen zum Meer*, Nueva York, 1973 (Viena, 1947).
LEVEQUE, P.: «Recherches nouvelles sur le Pont Euxin», en *L'Océan et les mers lointanes*, pp. 49-56.
LISTER, R. P.: *The travels of Herodotus*. Londres, 1979.
LLOYD, A. B.: *Herodotus. Book II: Introduction*, Leiden, 1973.
LLOYD JONES, H., y PARSONS, P.: *Supplementum Hellenisticum*, Berlín, 1983.
LONGO, O.: «Idrografia erodotea», *Quaderni di Storia*, 24, 1986, pp. 23-53.
LONIS, R.: «Les conditions de la navigation sur la côte atlantique de l'Afrique dans l'Antiquité: le problème du retour», en *Afrique noire et monde méditerranéen dans l'Antiquité*, Dakar-Abidjan, 1978, pp. 147-170.
LÓPEZ FÉREZ, J. A.: «Les Cyclopes et leur pays dans la litérature grecque», en Jouan y Deforge, pp. 57-71.
LORDKIPANIDZE, O.: *Das alte Kolchis und seine Beziehungen zur griechischen Welt vom 6. zum 4. Jh. v. Chr.:* Konstanz, 1985.
— «Les problemes fondamentaux du littoral de la mer Noire dans l'Antiquité», en O. Lordkipanidze y P. Leveque, eds., *Le Pont-Euxin vu par les Grecs*, Besancon-París, 1990, pp. 327-345.
LOVEJOY, A. O., y BOAS, G.: *Primitivism and related ideas in Antiquity*, Baltimore, 1935.
MAGNANI, S.: «Una geografia fantastica? Pitea di Massalia e l'immaginario greco», en *Rivista storica dell'antichità*, 22/23, 1992/1993, pp. 25-42.
MALKIN, I.: *Myth and territory in the Spartan mediterranean*, Cambridge, 1994.
MALUQUER DE MOTES, J.: «En torno a las fuentes griegas sobre el origen de Rhode», en *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, pp. 125-138.
MANFREDI, V.: *Mare greco. Eroi ed esploratori nel Mediterraneo antico*, Milán, 1992.
MANGAS, J., y PLÁCIDO, D., eds.: *Avieno, Testimonia Hispaniae Antiquae*, I, Madrid, 1994.
MARASCO, G.: *I viaggi nella Grecia antica*, Roma, 1978.
MARCOTTE, D.: «Le Périple dit de Scylax. Esquisse d'un commentaire èpigraphique et archéologique», *Bolletino dei Classici*, 7, 1986, pp. 166-182.
MARENGHI, G.: «Carattere e intenti del Periplo di Arriano», *Athenaeum*, n.s. 35, 1957, pp. 177-192.
— «Sulle fonti del Periplo di Arriano», *Studi Italiani de Filologia Classica*, 29, 1957, pp. 217-223,
— *Arriano, Periplo del Ponto Eusino*, Nápoles, 1958.
MARTIN, E.: *Histoire des monstres depuis l'Antiquité jusqu'à nos jours*, París, 1980.
MARTIN, V.: «La politique des Achémenides. L'exploration prélude de la conquête», *Museum Helveticum*, 22, 1965, pp. 38-48.
MASTROCINQUE, A.: *L'ambra e l'Eridano. Studi sulla letteratura e sul comercio dell'ambra in età preromana*, Padua, 1991.
MATTHEWS, V. J.: «The Libri Punici of King Hiempsal», *American Journal of Philology*, 93, 1972, pp. 330-335.
MAUNY, R.: «Autour d'un texte bien controversé: Le Périple de Polybe (146 av. J. C.)», *Hesperis*, 36, 1949, pp. 47-67.
— «La navigation sur les côtes du Sahara pendant l'Antiquité», *Révue d'études anciennes*, 57, 1955, 92-101.
— *Les navigations médiévales sur les côtes sahariennes antérieures à la découverte portugaise*, Lisboa, 1960.

— *Cambridge History of Africa*, vol. II, Cambridge, 1978.
MAZZA, F.: «Dictis di Creta e i libri fenici», en *Atti del secondo Congresso internazionale di studi fenici e punici (Roma, 9-14 novembre 1987)*, Roma, 1991, pp. 155 ss.
MAZZARINO, S.: «Le vie di communicazione fra impero achemenide e mondo greco», en *La Persia e il mondo greco-romano*, Roma, 1966, pp. 75-84.
MCGRAIL, S. L.: *Ancient Boats*, Aylesbury, 1983.
MEAUTIS, G.: «Eudoxe de Cnide et l'Egipte», *Révue de Philologie*, 43, 1919, pp. 21-35.
MEIJER, F.: *A History of Seafaring in the Classical World*, Nueva York, 1986.
MELE, A.: *Il Comercio greco arcaico. Prexis ed emporie*, Nápoles, 1979.
MERKELBACH, R.: «Hesiod fr. 150. 25 M.W.», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 2, 1968, p. 6.
METTE, H. J.: *Pytheas von Massalia*, Berlín, 1952.
MEULI, K.: *Odyssee und Argonautika*, Berlín, 1921.
MEUNIER, J.: «Les sources de la monographie d'Arrien sur l'Inde», *Musée Belge*, 1922, pp. 5-24.
MOMIGLIANO, A.: «Il razionalismo di Ecateo di Mileto», *Atene e Roma*, n.s. 12, 1931, pp. 133-142.
— «The Fault of the Greeks», *Daedalus*, 104, 2, 1975, pp. 9-19.
MORGAN, C.: *Athletes and oracles. The transformation of Olympia and Delphi in the Eighth century B. C.*, Cambridge, 1990.
MOULINIER , L.: *Quelques hypothèses relatives à la géographie d'Homère dans l' Odyssée*, Aix-en-Provence, 1958.
MOURRE, Ch.: «Euthyménès de Marseille», *Rivista di Studi Liguri*, 20, 1964, pp. 133-139.
MÜLLER, K. E.: *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung*, Wiesbaden, 1972.
MUND-DOPCHIE, M,. y VANBAELEN, S.: «L' Inde dans l'imaginaire grec», *Les Études Classiques*, 1989, pp. 209-226.
— «La survie du Periple d'Hannon aun XVI et au XVII siècle», *Humanistica Lovaniensia*, 38, 1989, pp. 163-175.
— *La fortune du Périple d'Hannon à la Rennaisaance et au XVII siècle*, Namur, 1995.
MURPHY, J. P.: *Avienus. Ora Maritima*, Chicago, 1977.
MURRAY, O.: «Hecataeus of Abdera and Pharaonic Kingship», *Journal of Egyptian Archaeology*, 56, 1970, pp. 141-171.
— «Omero e l'etnografia», en *Atti del VII Congresso internazionale di studi sulla Sicilia antica, Kokalos*, 34/35, 1988/1989, pp. 1-13.
NENCI, G.: *Hecataei Milesii Fragmenta*, Florencia, 1954.
— «Il motivo della autopsia nella storiografia greca», *Studi Classici ed Orientali*, 3, 1955, pp. 22-46.
— «L'Occidente barbarico», en Reverdin et Grange, pp. 301-321.
NICOLET, C.: *L'inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'empire romain*, París, 1988.
NINCK, M.: *Die Entdeckung von Europa durch die Griechen*, Basilea, 1945.
NORDEN, E.: «Philemon der Geograph», *Ianus*, 1, 1921, pp. 182 ss.
*L'Océan et les mers lointanes dans l'Antiquité. Actes du Colloque de la Société des Professeurs d'Histoire ancienne de l'Université*, París, 1993.
ONIGA, R.: *Sallustio e l'etnografia*, Pisa, 1995.

ORMEROD, H. A.: *Piracy in the ancient world,* Liverpool, 1978.
ORRIEUX, Cl.: *Les papyrus de Zenon*, París, 1983.
PAGE, D.: *The Homeric Odyssey*, Oxford, 1955.
— *Folktales in Homer's Odyssey,* Cambridge, Mass., 1973.
— «Stesichorus: The Geryoneïs», *Journal of Hellenic Studies*, 93, 1973, pp. 138-154.
PARETTI, L.: «Quando fu composta la Periegesi del Pseudo Scimno?», en *Saggi di storia antica e di archeologia*, Roma, 1910, pp. 133-153.
PARRY, H.: «The Apologus of Odysseus: Lies, All Lies?», *Phoenix*, 48, 1994, pp. 1-20.
PAUL, G. M.: *A historical commentary on Sallust's Bellum Iugurthinum*, Liverpool, 1984.
PEARSON, L.: «Apollonios of Rhodes and the Old Geographers», *American Journal of Philology*, 59, 1938, pp. 11-27 = *Selected Papers,* Scholar Press, 1983, pp. 443-459.
— *Early Ionians Historians*, Oxford, 1939.
— *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York, 1960.
— *The greek historians of the West. Timaeus and his Predecessors*, Atlanta, 1987.
PEDECH, P.: «Un texte discuté de Pline: le voyage de Polybe en Afrique (H. N. V, 9-10)», *Révue des Études Latines*, 33, 1955, pp. 318-332.
— «La géographie de Polybe: Structure et contenu du livre XXXIV des Histoires», *Les Études Classiques*, 24,1, 1956, pp. 4-24.
— «L'analyse géographique chez Posidonius», en R. Chevallier, ed., *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges offerts à Roger Dion*, París, 1974, pp. 31-43.
— «La culture de Polybe et la science de son temps», en *Polybe*, Entretiens sur l'Antiquité classique de la Fondation Hardt, t. XX, Vandoeuvres-Ginebra, 1974, pp. 41-60.
— «Le paysage chez les historiens d'Alexandre», *Quaderni di Storia*, 1975, 1, pp. 1-15, y 1977, pp. 119-133.
— *La géographie des grecs*, París, 1976.
— *Historiens compagnons d'Alexandre*, París, 1984.
— *Trois historiens méconnus. Théopompe, Duris, Phylarque*, París, 1989.
— «La découverte de l'Inde après Alexandre», en *Voyages et voyageurs au Proche-Orient ancien*, Cahiers du CEPOA 6, Lovaina, 1994, pp. 175-197.
PERETTI, A.: *Il Periplo di Scilace. Studio sul primo portolano del Mediterraneo*, Pisa, 1979.
— «Dati storici e distanze marine nel Periplo di Scilace», *Studi Classici ed Orientali*, 38, 1988, pp. 13-137.
— «La tradizione del Periplo di Scilace», en *Filologia e forme letterarie. Studi offerti a F. della Corte*, vol. I, Urbino, 1988, pp. 261-285.
PÉREZ JIMÉNEZ, A., y GRUZ ANDREOTI, G., eds.: *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, 1998.
PHILLIPS, K. M. Jr.: «Perseus and Andromeda», *American Journal of Ar- chaeology*, 72, 1968, pp. 1-23.
PHILLIPS, E. D.: «The Legend of Aristeas: Fact and Fancy in Early Greek Notions of East Russia, Siberia and Inner Asia», *Artibus Asiae*, 8, 1955, pp. 161-177.
PICARD, G., y C. Ch.: *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal (III siècle av. J. C.)*, París, 1958.

PIKE, D. L.: «Pindar's traetment of the Heracles myths», *Acta Classica,* 27, 1984, pp. 15-22.
PLÁCIDO, D.: «Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente», *Gerión*, 7, 1989, pp. 41-51.
POSENER, G.: *La première domination perse en Egypte*, El Cairo, 1936.
PREAUX, Cl.: « Les grecs à la découverte de l'Afrique par l'Egypte», *Chronique d'Egypte*, 32, 1957, pp. 284-312.
PRONTERA, F., ed.: *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, vol. I, Perugia, 1984.
— «Períploi: Sulla tradizione della geografia nautica presso i Greci» en *L'uomo e il mare nella civiltà occidentales: Da Ulisse a Cristoforo Colombo, Atti del Convegno di Genova, 1-4 giugno, 1992*, Génova, 1992, pp. 27-44.
PUCCI, P.: «The Song of the Sirens», *Arethusa,* 12, 1979, pp. 121-132 = Schein, pp. 191-199.
PUGLIESE CARRATELLI, G.: «Dalle Odysseiai alle apoikiai», *Parola del Passato*, 26, 1971, pp. 393-417.
RAINAUD, A.: *Le continent austral: Hipothèses et découvertes*, Amsterdam, 1965 (París, 1893).
RAMIN, J.: *Mythologie et géographie*, París, 1979.
RAUNIG, W.: «Die Versuche einer Datierung der Periplus maris Erythraei», *Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft in Wien,* 100, 1970, pp. 231-242.
RAWSON, E.: «The Romans», en K. J. Dover, ed., *Perceptions of the Ancient Greeks*, Oxford, 1992, pp. 1-28.
REDFIELD, J.: «Herodotus the Tourist», *Classical Philology*, 80, 1985, pp. 97-118.
REECE, S.: «The Cretan Odyssey: A Lie Truer than Truth», *American Journal of Philology*, 115, 1994, pp. 157-173.
REESE, W.: *Die griechischen Nachrichten über Indien*, Leipzig, 1914.
REHM, A.: s.v. «Euktemon», *RE,* VI, 1, 1959, cols. 1060-1061.
REINHARDT, K.: «The adventures in the Odyssey», en Schein, pp. 63-132.
RENNA, E.: «Pitea di Marsiglia e il viaggio di esplorazione ai confini settentrionali del mondo abitato», en M. Capasso y E. Puglia, eds.: *Scritti di varia umanita in memoria di B. Pezzi*, Sorrento, 1994, pp. 25-41.
REVERDIN, O., y GRANGE, B., eds.: *Hérodote et les peuples non grecs*, Tomo XXXV de los Entretiens sur l'Antiquité classique de la Fondation Hardt, Vandoeuvres-Ginebra, 1990.
RICHARDSON, S.: «Truth in the Tales of the Odyssey», *Mnemosyne*, 49, 4, 1996, pp. 393-402.
RICHTER, G. M. A.: «Greeks in Persia», *American Journal of Archaeology,* 50, 1946, pp. 15-30.
ROBERT, J. N.: *De Roma a la China. Por la ruta de la seda en tiempos de la Roma antigua*, Barcelona, 1996 (París, 1993).
ROBINS, E.: «Intimations of inmortality: Pindar, Ol. 3.34-35», en D. E. Gerber, ed., *Greek poetry and philosophy. Studies in honour of Leonard Woodbury*, Chico, California, 1984, pp. 219-228.
ROEBRUCK, C.: *Ionian Trade and Colonization*, Chicago, 1984 (Nueva York, 1959).
ROLLE, R.: *The world of the Scythians,* Berkeley-Los Ángeles, 1989 (Göttingen, 1980).
ROMM, J.: «Belief and other worlds: Ktesias and the Founding of the Indian Wonders», en G. E. Slusser y E. S. Rabkin, eds., *Mindscapes. The Geographies of imagined worlds*, Carbondale and Edwardsville, 1989, pp. 121-135.

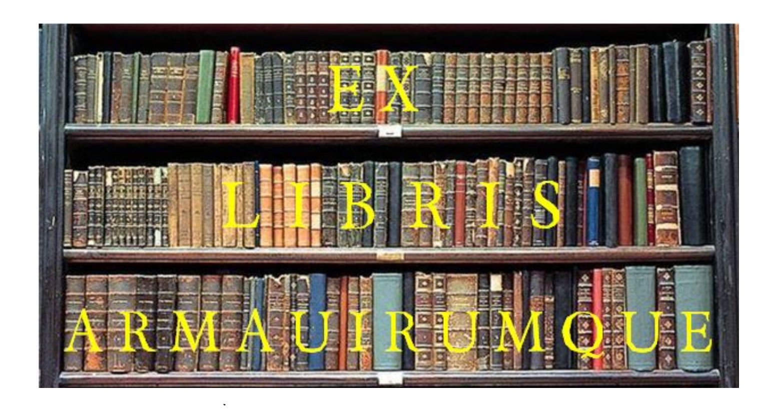
— *Herodotus, Il periplo nascosto*, Roma, 1998.
ROMM, J. S.: «Herodotus and mythic geography: The Case of the Hyperboreans», *Transactions of American Philological Association*, 119, 1989, pp. 97-113.
— *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton, 1992.
— «Novels beyond Thule: Antonius Diogenes, Rabelais, Cervantes» en J. Tatum, ed., *The Search for the Ancient Novel*, Baltimore, 1994, pp. 101-116.
ROSEMAN, Ch. H.: *Pytheas of Massalia, On the Ocean*, Chicago, 1994.
— «Strabo's Geography: Philosophical Aproaches to Geographical Tradition», en *ANRW* II, 37, 3 (en prensa).
ROSTOVTZEFF, M.: *Skythien und der Bosphorus*, Berlín, 1931.
— *Iranian and greeks in South Russia*, Oxford, 1922.
ROUGE, J.: «Le Périple de la mer Érythrée, ă propos d'un livre récent», *Archaeonautica*, 10, 1990, pp. 265-269.
ROUILLARD, P.: *Les grecs et la peninsule ibérique du VIII^e^ au IV^e^ siècle avant Jésus-Christ*, París, 1991.
RUSTEN, J. S.: *Dionysius Scytobrachion*, Colonia, 1982.
SADURSKA, A.: *Les tables iliaques*, Varsovia, 1964.
SALLES, J. F.: «La circunnavigation de l'Arabie dans l'Antiquité classique», en *L'Arabie et ses mers bordiers*, Travaux de la Maison de l'Orient, París, 1988, pp. 75-102.
— «Découvertes du golfe arabo-persique aux époques grecques et romaines», en *L'Océan et les mers lointaines*, pp. 79-97.
SARA MYERS, K.: *Ovid's Causes. Cosmogony and Aetiology in Metamorphoses*, Ann Arbor, 1994.
SARRE, F., y HERSFELD, E.: *Iranische Feldsreliefs*, Berlín, 1910.
SCHEIN, S. L., ed.: *Reading the Odyssey. Selected Interpretive Essays*, Princeton, 1996.
SCHEPENS, G.: *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du V siècle avant J.-C.*: Bruselas, 1980.
SCHIWEK, H.: «Der persische Golf als Schiffahrts-und Seehandelsroute in achemenidischen Zeit und in der Zeit Alexanders der Grosse», *Bonner Jahrbücher*, 162, 1962, pp. 4-97.
SCHOFF, W. H.: *Parthian Stations by Isidore of Charax*, Chicago, 1989 (Londres, 1914).
SCHRADER, C.: «El mundo conocido y las tentativas de exploración. Los orígenes de la geografía descriptiva en Grecia», en F. J. Gómez Espelosín y J. Gómez-Pantoja, eds., *Pautas para una seducción. Ideas y materiales para una nueva asignatura: Cultura Clásica*, Alcală de Henares, 1990, pp. 81-149.
SCHULTEN, A.: *Avieno. Ora Maritima*, Fontes Hispaniae Antiquae, Barcelona, 1955.
SCHWANBECK, F. A.: *Megasthenis Indika*, Bonn, 1846.
SEEL, O.: *Antike Entdeckerfahrten*, Zúrich, 1961.
SEGAL, C. P.: *Landscape in Ovid's Metamorphoses. A Study in the Transformation of a Literary Symbol*, Wiesbaden, 1969.
SEGAL, Ch.: *Singers, Heroes and Gods in the Odyssey*, Ithaca, 1994.
SEIBERT, J.: *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1972.
SHERK, R. K.: «Roman Geographical Exploration and Military Maps», en *ANRW*, II, 1, 1974, pp. 534-562.
— *Rome and the Greek East to the Death of Augustus*, Cambridge, 1984.
SHEWAN, A.: «The Scheria of the Odyssey», *Classical Quaterly*,13, 1919, pp. 4-11 y 57-67.

SIDEBOTHAM, S. E.: *Roman Economy Policy in the Erythra Thalassa 30 B.C.-A.D. 217*, Leiden, 1986.
SILBERMAN, A.: «Arrien, Periple du Pont Euxin: Essai d'interpretation et d'evaluation des données historiques et géographiqucs», *ANRW*, II, 34, 1, 1993, pp. 276-311.
SITWELL, N. H. H.: *The world the Romans Knew*, Londres, 1984.
SNOWDEN, F. M. Jr.: *Blacks in Antiquity. Ethiopians in the Graeco Roman Experience*, Cambridge Mass., 1970.
STADTER Ph., A.: *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill, 1980.
STANFORD W. B., y LUCE, J. V.: *The Quest for Ulysses*, Londres, 1974.
STASZAK, J. F.: *La géographie d'avant la géographie*, París, 1995.
STEINER, D.: *The Crown of Song. Metaphor in Pindar*, Oxford, 1986.
STICHTENOTH, D.: *Rufus Festus Avienus. Ora Maritima*, Darmstadt, 1968.
STIEHLE, R.: «Der Geograph Artemidor von Ephesos», *Philologus*, 11, 1856, pp. 193-244.
STONEMAN, R.: *Across the Hellespont*, Londres, 1987.
— «The Alexander Romance. From history to fiction», en J. R. Morgan & R. Stoneman, eds., *Greek fiction. The Greek novel in context*, Londres, 1994, pp. 117- 129.
STRASBURGER, H.: «Posidonius on the problems of the Roman Empire», *Journal of Roman Studies*, 55, 1965, pp. 40-53.
SUSEMIHL, F.: *Geschichte der griechischen Litteratur in der Alexandrinerzeit*, Leipzig, 1891.
TARN, W. W.: *The greeks in Bactria and India*, Nueva Delhi, 1980 (Cambridge, 1951).
THIEL, J. H.: *Eudoxus of Cyzicus*, Groningen, 1966.
THIELE, G.: «Zur Libyschen Fabel», *Philologus*, 75, 1919, pp. 227-231.
THOLLARD, P.: *Barbarie et civilisation chez Strabon*, París, 1987.
THOMSON, J. O.: *History of Ancient Geography*, Nueva York, 1965.
TIERNEY, J. J.: «The Celtic Ethnography of Poseidonius», *Procceedings of the Royal Irish Academy*, 60, 1960, pp. 189-246.
TREHEUX, J.: «La réalité des offrandes hyperboréennes», Studies presented to *D. M. Robinson,* vol. II, Washsington, 1953, pp. 758 ss.
TRONCHETTI, C.: «Una precisazione su Sostrato ed Erodoto, IV, 152», *Parola del Passato*, 30, 1975, pp. 366-368.
TROTTA, F.: «Lasciare la madrepatria per fondare una colonia», en Camassa y Fasce, pp. 37- 66.
TRÜDINGER, K.: *Studien zur Geschichte der griechischs-römischen Ethnographie*, Basilea, 1918.
TSABARI, I.: *Dionisiou Alexandreos. Oikoumenes Periegesis*, Ioannina, 1990.
TSETSKHLADZE, G. R., ed.: *Greek and Roman Settlements on the Black Sea Coast,* Washington DC, 1993.
— «Greek penetration in the Black Sea», en Tsetskhladze y De Angelis, eds., *The Archaeology of greek colonisation*, Oxford, 1994, pp. 111-133.
TSOPANAKIS, A.: «Lestrigoni», *Quaderni Urbinati de Cultura Classica*, n.s. 40, 1, 1992, pp. 7-13.
TÜMPEL, K.: «Alkinou apologos», *Philologus*, 52, 1983, pp. 522-533.
VALLAURI, G.: *Evemero di Messene*, Turín, 1956.
VAN NORTWICK, Th.: *Somewhere I have never travelled. The Second Self and the hero's Journey in ancient Epic*, Nueva York-Oxford, 1992.

VAN PAASEN, Ch.: *The Classical Tradition of Geography*, Groningen, 1957.
VATTUONE, R.: *Sapienza d'Occidente. Il pensiero storico di Timeo de Tauromenio*, Bolonia, 1991.
VEGETTI, M.: «Aristotele, Il Liceo e l'enciclopedia del sapere», en G. Cambiano *et alii*, eds., *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. I, tomo II, Roma, 1993, pp. 587-611.
VERDIN, H.: «Les remarques critiques d'Hérodote et de Thucydide sur la poésie en tant que source historique», *Historiographia antiqua. Commentationes Lovanienses in honorem W. Peremans septuagenarri editae*, Lovaina, 1977, pp. 53-76.
VERNANT, J. P.: *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*, Barcelona, 1986 (París, 1985).
VERNIERE, Y.: *Symboles et mythes dans la pensée de Plutarque*, París, 1977.
VIAN, F.: «Les navigations des Argonautes: Élaboration d'une légende», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, 1982, pp. 273-285.
— «Poésie et géographie: les retours des Argonautes», *Acad. des Inscr. et Bell. Letr. Comptes rendus du séance de l'année*, 1987, pp. 249-262.
— «Le périple océanique des Argonautes dans les Argonautiques orphiques», en Jouan y Deforge, pp. 177-185.
VILATTE, S.: *L'insularité dans la pensée grecque*, Besançon, 1991.
VILLALBA I VARNEDA, P.: *Ruf Fest Avié. Periple Ora Maritima*, Barcelona, 1986.
VIVANTE, P.: *The Homeric imagination*, Bloomington, Indiana, 1970.
VOGELSANG, W. J.: *The rise and organisation of the Achaemenid Empire*, Leiden, 1992.
VON FRITZ, K.: *Die griechische Geschichtsschreibung*, Berlín, 1967.
VÖSSING, K.: «Cartagine», en G. Cambiano *et alii*, eds., *Lo spazio letterario della Grecia antica, vol. I. L'Ellenismo*, t. 2, Roma, 1993, pp. 769-789.
VRYONIS, S. Jr.: «The greeks and the Sea: An Introduction», en S. Vryonis, ed., *The greeks and the Sea*, Nueva York, 1993, pp. 3-21.
WADE LABARGE, L: *Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos*, Madrid, 1992.
WAGNER, E. A.: *Die Erdbeschreibung des Timosthenes*, Leipzig, 1888.
WALBANK, F. W.: «The geography of Polybius», *Classica et Medievalia*, 9, 1947, pp. 155-182.
— *Polybius*, Berkeley-Los Angeles, 1972.
WALCOTT, P.: «Odysseus and the Art of Lying», *Ancient Society*, 8, 1977, pp. 1-19.
WALSER, G.: *Hellas und Iran*, Darmstadt, 1984.
WEHRLI, F.: «Die Rückfahrt der Argonauten», *Museum Helveticum*, 1955, pp.154-157.
— *Die Schule des Aristoteles, Heft I, Dikaiarchos*, Basilea/Stuttgart, 1967.
WERNER, R.: «Zum Afrikabild der Antike», en K. Dietz, D. Hennig y H. Kaletsch, eds., *Klassische Altertum, Spätantike und frühes Christentum, Adolf Lippold zum 65. Geburstag gewidmet*, Würzburg, 1993, pp. 1-36.
WEST, M. L.: *The Hesiodic Catalogue of Woman*, Oxford, 1985.
— *The east face of Helicon. West Asiatic elements in greek poetry and myth*, Oxford, 1997.
WEST, S.: «Herodotus'Portrait of Hecataeus», *Journal of Hellenic Studies*, 111, 1991, pp. 144-160.
WHEELER, M.: *Rome beyond the Imperial frontiers*, Londres, 1955.

WITTKOWER, R.: «Marvels of the East», *Journal of the Warburg and Courtlaud Institute*, 5, 1942, pp. 159-197.
WOODHOUSE, W. J.: *The composition of Homer's Odyssey*, Oxford, 1930.
WOODWARD, J. M.: *Perseus. A Study in greek Art and legend*, Cambridge, 1937.
ZAMBRINI, A.: «Gli Indika di Megastene», *Annali della Scuola Normale di Pisa,* ser. 3, 12, 1983, pp. 71-149 y ser. 3, 15, 1985, pp. 781-853.
— «A proposito degli Indika di Arriano», *Annali della Scuola Noramle di Pisa*, 17, 1, 1987, pp. 139-154.
ZECCHINI, G.: *La cultura storica di Ateneo*, Milán, 1989.

# ÍNDICE


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE